

A woman with red lips and a black beaded necklace is shown from the chest up, holding an open book. The book's cover is dark with a gold-embossed portrait of a woman. The background is dark with a faint image of the Tower Bridge.

*El Libro  
de las  
Palabras Perdidas*

*DANIEL CAET*

# Contenido

[Copyright](#)

[Dedicatoria](#)

[Prefacio](#)

[Visitas](#)

[Libros](#)

[Cuentos](#)

[Opio](#)

[Espejos](#)

[Paredes](#)

[Barro](#)

[Vidas](#)

[Herencias](#)

[Deudas](#)

[Retorno](#)

[Travesía](#)

[Samsara](#)

[Principio](#)

[Fin](#)

[Luz](#)

[Gracias](#)

[Otros libros del autor](#)

## *Copyright*

No se permite la distribución total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

Copyright © 2019 Daniel Caet  
Todos los derechos reservados.

## *Dedicatoria*

A mi marido, por saber entender y facilitar que yo me pase el día persiguiendo mis sueños.

Gracias por tanto amor y paciencia.

A la vida, por no dejar que los sueños se agoten.

## *Prefacio*

De la mentira, guíanos a la verdad,  
de la oscuridad, guíanos a la luz,  
de la muerte a la inmortalidad,  
paz, paz, paz.

*Oración tradicional de Diwali, festival hindú de la luz.*

## *Visitas*

Londres. 1880

La sombra observó a la mujer, oculto en la oscuridad del callejón. Por fin el momento que había esperado durante tanto tiempo había llegado. Notaba como su respiración se aceleraba, su pulso amenazaba con sucumbir a la excitación, sus manos temblando ligeramente en anticipación. Por fin, remuneración. Aquella mujer pagaría por todo su sufrimiento, como muchas otras antes que ella. La mujer detuvo sus pasos por instante, como si hubiese escuchado algo, mirando a su alrededor, buscando sin saber qué debía encontrar. No había riesgo alguno de que encontrase nada, y la sombra lo sabía, hacía mucho tiempo que había aprendido a ocultar sus pasos, a vivir en la oscuridad. Aún así, su cuerpo se tensó ligeramente preparándose para un eventual ataque. Aquella mujer aparentemente frágil era un enemigo terrible, también eso lo había aprendido hacía mucho tiempo. Un error que no repetiría. La mujer continuó su camino satisfecha de que sus sospechas eran innecesarias. El último de sus errores. La sombra siguió tras ella, en el conocimiento de que nadie podría verle, pues él era oscuridad en la oscuridad y aquella ciudad estaba llena de lugares oscuros. Sus pies ascendieron por la escalera de madera sin hacer ningún ruido, porque las sombras no tienen pies, pero tienen dientes y garras. No habría gritos, su poder los ahogaría. Nadie sabría que estaba allí, nadie excepto la mujer que sabía perfectamente quién

era la sombra. Su mente sólo podía pensar ya en una cosa, la sangre caliente derramándose en sus manos.

Anna aceleró el paso, más para intentar que su cuerpo ganase algo de temperatura que por prisa. Sus botines repiqueteaban en el adoquinado de Eaton Square como si quisiesen competir con el ruido de los carruajes y los transeúntes que, como ella, se dirigían a sus casas para refugiarse del terrible frío de marzo que arrasaba Londres. El sol se había escondido hacía algo más de una hora y los lampareros ya habían encendido las lámparas de gas que rodeaban la plaza como hacían cada noche, un ritual que se repetiría al amanecer cuando recorrerían una a una cada farola para apagarlas de nuevo. Por fin llegó a la última casa de las que se alineaban en el lateral sur de la plaza. Nunca le había gustado aquella casa, demasiado oscura para lo que una muchacha de campo como ella estaba acostumbrada y en el medio del nuevo barrio de moda londinense, rodeada de toda la estirada clase acomodada que había decidido invadir Belgravia y convertirlo en su nuevo señorío a falta de poder permitirse vivir con la aristocracia en lugares como Mayfair o Westminster. El segundo mejor lugar de Londres, como les gustaba llamarlo a aquellos que vivían en una ciudad donde el código postal de tu residencia era más importante que tu propio nombre. Evidentemente, Anna no había tenido posibilidad alguna de decidir. Su residencia había sido elegida por su difunto marido mucho antes incluso de que se casasen y, para cuando su esposo la había traído a vivir a Londres con él, la casa, la decoración y hasta el servicio ya estaban escogidos. Una de las muchas cosas que como mujer se había visto obligada a aceptar. Anna se detuvo un segundo para observar el carruaje que estaba esperando a la puerta de la casa antes de decidirse a llamar. Pronto la puerta de color negro se abrió y una mujer bajita y algo entrada en carnes la recibió.

—¡Señora, por dios, me tenía preocupada, hace un buen rato que ha anochecido! —dijo la mujer con rostro de visible enfado—. Será mejor que entre y se caliente, va a caer usted enferma.

—No se preocupe señora Prescott, estoy perfectamente. Simplemente la reunión ha durado un poco más de lo normal —respondió Anna entregándole su abrigo a la mujer.

—Tiene la señora una visita, la señora condesa espera en la sala de estar.

—Sí, lo he adivinado, he visto su carruaje esperando afuera, gracias

señora Prescott. ¿Podría traernos un te caliente, por favor?

—Acabo de servirlo, señora.

—Siempre tan eficiente, señora Prescott, ¿qué haría yo sin usted?

—No me cabe duda, que caer enferma —replicó la mujer con un nuevo reproche que provocó una sonrisa en Anna mientras la mujer se giraba para desaparecer de camino a la cocina.

Anna abrió la puerta del salón de visitas de la casa y no le dio tiempo ni siquiera a saludar antes de que la mujer, alta, elegante y vestida con las ropas más finas, que estaba de pie junto a la chimenea le soltara otra reprimenda.

—¡No sé cómo puedes soportar que esa mujer te hable así querida, deberías ponerla en su lugar!

—Esa mujer es la persona más buena que conozco y la que más se preocupa por mí junto contigo, mi querida Beatrix —contestó Anna a la par que se acercaba para abrazar tiernamente a la mujer.

—Sea como fuere, es tremendamente molesta. Además, creo que me odia.

—En eso no me atrevo a decirte que estés equivocada —replicó Anna con una sonrisa juguetona mientras se servía un té de una tetera de plata que estaba colocada sobre la única mesa de la sala—. ¡Estoy helada!

—Dime que no vienes andando desde Mayfair.

—Bueno, no me ha quedado otro remedio Beatrix, ya sabes que Lady Rocheford vive en Park Street y, dadas mis circunstancias, no me puedo permitir declinar invitaciones de lo poco de la sociedad londinense que aún está dispuesta a recibirme en su casa.

—Sí, lo sé, pero a lo que me refiero es a que sabes que puedes utilizar uno de mis coches cuando quieras.

—Y tú sabes que te lo agradezco mucho, pero cuanto menos gente sepa de tu relación conmigo es mejor, por el bien de tu vida social.

—¡Al diablo con mi vida social! Aquí son todos unos fariseos. Ninguno de los señoritos y señoritas de esta ciudad se atrevería a decir nada en mi contra o por extensión en la tuya, no mientras mi marido siga controlando los muelles de la ciudad.

—Aun así, mejor no correr riesgos.

—Como gustes —respondió la mujer dando la batalla por perdida—. Dime al menos cómo fue el encuentro con esa víbora de Clarisa.

—Ya te imaginarás que Lady Rocheford no estaba interesada para nada en mis servicios como institutriz de sus hijas, su único interés era intentar averiguar de primera mano lo máximo posible de mi problema con Lady



Ashley.

—Deberías haberle dado material para sus chismes, invéntate cualquier cosa sobre esa vieja zorra.

—Sabes que yo no soy así, prefiero pasar página.

—¡Si al menos lo hicieses, pero las dos sabemos que sigues sintiéndote culpable por algo de lo que no fuiste responsable en absoluto!

—Fui yo quién le contó la verdad a Josephine.

—¡Oh, por favor, Anna! Tú no eres responsable de haberte encontrado a su prometido arrodillado entre las piernas del mozo de cuadras. Quisiste advertirla para que no acabase en un matrimonio infeliz y miserable. Lo hiciste por el cariño que sentías por esa chiquilla. No fue culpa tuya que la histérica de ella se presentase en casa del prometido para montar un escándalo. Y, hasta donde yo sé, no fuiste tú quien le dio la cuerda con la que decidió colgarse de la lámpara del salón de baile de su madre. Ya sé lo que me vas a decir —dijo sin dejar que la interpelase—, todo fue muy dramático y terrible; pero nada de todo eso fue culpa tuya.

—Lo que importa es que para Lady Ashley sí lo fue.

—Esa vieja arpía ha sacado de ti tanto como ha podido para sus propios intereses durante mucho tiempo y al final te da la patada como lo hizo. No hay justificación. De todas maneras, siempre dije que estaba envidiosa de ti y lo sigo diciendo.

—No seas ridícula, Beatrix, ¿envidiosa de qué?

—De tus talentos, querida, y si me apuras hasta de tus maldiciones.

—Dejémoslo, ¿quieres?, sea como fuere no podemos cambiar el pasado y la realidad es la que es, sin los ingresos que me daba el trabajar para Lady Ashley y con mi cartera de clientes potenciales tan reducida más vale que empiece a buscar otras fuentes de ingresos porque con el dinero que Stuart me dejó a duras penas podré sobrevivir unos meses.

—¡Déjame que te ayude entonces, sabes que puedo hacerte un préstamo de la cantidad que necesites hasta que las cosas se arreglen!

—¡De ninguna manera, antes volvería a casa de mi madre que recurrir a eso!

—No sé con cuál de las dos acabaría antes esa decisión. Este orgullo tuyo acabará por matarte, ¿lo sabes? —replicó la mujer derrotada una vez más.

—Probablemente, pero soy como soy, Beatrix.

—Bueno, yo ya te lo he dicho, si me necesitas sabes que siempre puedes contar conmigo.

—Lo sé, y te lo agradezco —respondió Anna con una sonrisa—. Y ahora dime, no habrás venido sólo para reñirme, ¿no me traes ningún chisme recién salido del horno?

—¿Cuándo te he fallado yo? Espera que te cuente lo que he oído...

Para cuando Beatrix había terminado de poner a Anna al día habían pasado tres cuartos de hora y Anna empezaba a notar que el cansancio hacía que le fallase la concentración.

—Bueno, será mejor que te deje, creo que te he saturado por hoy —dijo la mujer dándose cuenta de que empezaba a perder a su audiencia—. Prometo venir a verte en unos días para ver cómo va todo, ¿de acuerdo? Y si surge cualquier cosa, avísame de inmediato.

—De acuerdo. Y una vez más, gracias —respondió Anna dándole un tierno abrazo que la mujer respondió sin reparos.

Cuando Beatrix hubo dejado el salón, Anna se sentó en uno de los sillones que había junto a la chimenea, de cara a la única ventana de la sala. Un reloj de pared a sus espaldas anunció las siete de la tarde. Una mujer de su edad que se considerase decente se retiraría a sus habitaciones para dar por concluido el día, pero Anna no era capaz de encontrar las fuerzas para ello, tan sólo la idea de subir las escaleras hasta las habitaciones del piso superior era descorazonadora. Si tan sólo pudiese pasar unos minutos a solas, sin nadie que esperase conversación, simplemente pensando en nada, tan sólo con los ojos cerrados y en silencio. Si tan sólo fuese posible. Pero no lo era, hacía mucho tiempo que no lo era. Un frío familiar llenó la habitación, un frío que conocía muy bien y que, de alguna forma, nacía de su interior. Podía sentir cómo el fuego de la chimenea dejaba de calentar, sus fuerzas extinguidas por algo más poderoso, más oscuro. Su piel se erizó adivinando lo que venía a continuación. Sus ojos se abrieron lentamente para encontrarse con aquel rostro frente al suyo, como si estuviese intentando mirar directamente en su alma, sólo que aquella criatura no tenía ojos con los que mirarla. Su piel, de un tono blanco ceniciento, translucía para dejar ver algo parecido a venas bajo ella y se plegaba sobre los huesos de los pómulos. La boca mostraba los dientes amarillos de un cadáver y las cuencas vacías eran simplemente dos grandes pozos negros. Y, sin embargo, aquel ser respiraba, algo parecido a un aire helado y fétido salía de su boca y se metía en las fosas nasales de Anna que notó cómo su corazón se aceleraba ante aquella visión horrenda. Pero sabía que lo peor estaba por llegar. Como si le hubiesen arrastrado con una cuerda el cuerpo de la criatura se alejó de Anna hasta la ventana mientras su

boca se abría en un grito de angustia capaz de hacer morir de terror a cualquier persona. Anna estuvo tentada de llevarse las manos a los oídos, pero se contuvo. Aquella criatura y ella no eran extraños, no solo porque llevaba años recibiendo aquella visita diariamente, de día, de noche, en cualquier oportunidad en la que se encontraba sola, sino porque ese ser deformado y terrible había sido en otro tiempo su marido. Anna se obligó a respirar, aunque el olor a podredumbre de aquel ser llenase sus pulmones y consiguió que su corazón se calmase al menos un poco. Sus labios se abrieron y susurró las mismas palabras que le susurraba cada vez.

—No sé qué quieres, no puedo ayudarte. ¡Déjame en paz, te lo ruego!

La criatura respondió con otro de sus alaridos de dolor. Esta vez Anna se vio obligada a llevarse las manos a los oídos para parar aquel sonido, cerrando los ojos con fuerza como si aquel gesto fuese a desterrar a aquel ser de su mente. Inmediatamente sus labios se abrieron para intentar gritar más fuerte que él, esperando que así se sintiese derrotado y la dejase finalmente.

—¡Vete de aquí! —El grito llenó el salón.

—Señora, ¿se encuentra bien? —La voz de la señora Prescott visiblemente preocupada le respondió desde la puerta. Anna bajó las manos y trató de aparentar que se encontraba bien, un truco que no funcionaría con la buena mujer. Su pregunta no era más que retórica, pues nadie mejor que ella sabía que su señora no estaba bien, la había visto en ese estado muchas veces antes—. Discúlpeme la señora, me iba a retirar si no necesitaba nada más, pero ha llegado una visita.

—¿Una visita? ¿A estas horas? ¿De quién se trata?

—Es un inspector de la la policía metropolitana —respondió la mujer como dejando la frase en el aire claramente sugiriendo lo incomprensible de la situación.

—Pero ¿qué quiere un inspector de Scotland Yard conmigo a estas horas?

—No lo ha dicho señora, pero insiste en que no puede esperar.

—Muy bien, en ese caso hágale pasar —contestó Anna resignada mientras se levantaba del sillón y se atusaba el vestido. La mujer desapareció para regresar al cabo de un instante seguida por un hombre alto y fornido que Anna calculó debía tener unos treinta y pico años, con una barba desaseada de un par de días. Llevaba un traje de tweed que había visto tiempos mejores, pero que, aún así, seguía siendo mejor que lo que habitualmente usaban sus compañeros de profesión. Un abrigo raído y un sombrero eran todo lo que llevaba en las manos. La señora Prescott anunció al visitante como el

detective Gables y se retiró inmediatamente.

—Señorita Parr, antes de nada, le ruego que disculpe las horas.

—Señora.

—¿Cómo?

—Que es señora, no señorita.

—Lo siento, la he visto tan joven, que he asumido...

—No debería usted asumir, detective, o le auguro poco futuro en su profesión —le espetó Anna sin compasión—. Espero que sea usted consciente que no es propio de una señora como yo recibir visitas a esta hora en su casa. Espero que me explique por qué razón no podía esperar hasta mañana.

—Como le he dicho, lo lamento, pero se trata de un caso de vida o muerte, bueno, para ser más exacto de muerte.

—Me temo que no le entiendo, detective.

—¿Le importaría que nos sentásemos? Creo que puede llevarme un rato explicarme. —Anna se sentó en el sillón de mala gana y el hombre lo hizo en una silla junto a la mesa dejando sus aperos en el respaldo—. Lo que me trae hasta su casa a estas horas es una petición de ayuda.

—¿Ayuda? ¿Qué ayuda puedo prestar yo a Scotland Yard?

—Bueno, digamos que se trata de ayuda especializada. Me encuentro inmerso en la resolución de un caso que ha derivado en una situación que requiere de ciertos conocimientos de naturaleza, digamos esotérica.

—No sé muy bien a qué se refiere por naturaleza esotérica —mintió Anna—, pero si lo que necesita es una bruja o una vidente debería darse usted una vuelta por el East End, estoy convencida que encontrará lo que busca. Este Londres nuestro está repleto de magos, hechiceros e iluminados de toda clase y condición, en cada esquina sale un nuevo visionario que anuncia una nueva creencia o religión.

—Y, sin embargo, no son sólo las clases populares las que han encontrado una nueva adicción en los movimientos de naturaleza ocultista, ¿verdad?

—No sé a qué se refiere.

—Creo que lo sabe usted muy bien, señora Parr. Viene usted recomendada por Lady Ashley.

—Señor mío, está usted mintiéndome en mi propia casa. Si supiese algo de mí sabría que Lady Ashley y yo no tenemos relación alguna.

—Es verdad, pero la han tenido en el pasado, ¿no es cierto? No me ha sido muy fácil encontrarla, señora Parr, pero finalmente Lady Ashley tuvo a bien indicarme dónde vivía y no dudó en alabar sus virtudes como concedora

de lo oculto y reafirmar la idea de que sólo usted podría ayudarme. Es usted una de sus estudiantes si no me equivoco —respondió el hombre dejando a Anna confundida. Su relación con Lady Ashley estaba absolutamente rota. ¿Por qué habría aquella mujer, que le guardaba un odio profundo, de recomendarla para ningún tipo de tarea? Anna decidió que para salir de dudas lo mejor era seguir el juego de aquel hombre, fuese el que fuese.

—Veo que ha hecho usted sus deberes antes de venir a verme. ¿Puedo preguntar por qué yo?

—Me gustaría poder responderle a esa pregunta, pero no tengo respuesta alguna.

—Señor mío, si pretende que siga perdiendo mi tiempo con usted en conversaciones en círculos me temo que tendré que pedirle que abandone mi casa —respondió Anna indignada levantándose como por resorte de su asiento.

—Señora —contestó el hombre igualmente alterado—, tengo el cadáver mutilado de una mujer en el depósito y ni siquiera una pista de quién puede ser su asesino o de si ese asesino puede matar a otra persona esta misma noche. Le prometo que nunca habría venido hasta usted si no fuese porque creo estar volviéndome loco. Esa mujer, que está más que muerta, lleva apareciéndose en mi casa cada noche desde el día de su muerte para gritarme su nombre como una letanía. Así que, si puede usted tranquilizarse y darme un segundo, yo intentaré recuperar las pocas fuerzas que la falta de sueño me ha dejado y le explicaré lo que sé.

Anna no supo qué responder, pero no hizo falta. Su cuerpo tomó la decisión de sentarse de nuevo y escuchar lo que aquel hombre tenía que decirle. El hombre le explicó que llevaba trabajando para la policía metropolitana, o Scotland Yard como todo el mundo les llamaba por la ubicación de su cuartel, cinco años. En ese tiempo se había labrado una fama de investigador concienzudo y eficiente que había dado como resultado que le fuesen asignados los casos más difíciles. Cuatro días antes había recibido la orden de investigar la muerte de una mujer en el barrio de Spitalfields. El cadáver había sido encontrado por el casero de la mujer al intentar cobrar la renta semanal, pero lo que el detective Gables había encontrado al entrar en la minúscula habitación superaba todo lo que pudiese haber visto antes. La mujer, de mediana edad, estaba completamente desnuda, clavada a la pared de la habitación. Su garganta había sido cercenada de par en par para que la sangre se derramase sobre el suelo de madera de la sala y su cuerpo había

sido abierto de par en par y vaciado como si de un cerdo en el matadero se tratase. Pero eso no había sido todo. El cirujano del depósito había examinado el cadáver para encontrarse con que sus genitales habían sido sellados usando algo muy caliente que había hecho que la carne se fundiese. No había duda de que aquella horrenda tortura había tenido lugar mientras la víctima aún estaba viva. El pobre hombre le había indicado a Gables que nunca antes había visto una barbarie de esa naturaleza, y tampoco lo había hecho el inspector.

—Lo sorprendente del caso, más allá de la depravación y la crueldad que demuestran, es que ninguno de los vecinos pudo oír absolutamente nada ni notó nada extraño. En la habitación no pudimos encontrar ninguna evidencia que nos indicase que alguien más había estado allí y la puerta no estaba forzada, lo que me hace pensar que la víctima podía conocer al asesino y le dejó entrar. —El hombre paró un segundo intentando coger aire—. En cualquier otra circunstancia no habría recurrido a usted o a ninguna otra persona, estoy acostumbrado a solucionar mis casos con mis habilidades, pero desde que descubrimos el cadáver, cada noche esa mujer se ha aparecido en mi casa para atormentarme porque no se me ocurre otra forma de llamar a esto. Al principio pensé que me estaba volviendo loco, que de alguna manera la desmedida crueldad de este asesino me había afectado, y entenderé si usted cree lo mismo, pero no podía dejar de venir a verla porque no puedo soportar ni un minuto más ver el rostro demacrado y macilento de esa mujer que me mira con sus cuencas vacías y me grita su nombre una y otra vez. Anna Parr.

—Y, ¿qué le hace pensar que yo soy la Anna Parr a la que esa aparición se refiere?

—Que la última noche la mujer gritó un nombre junto al suyo, el de Lady Ashley. Así que le hice una visita y ella me confirmó que solo conoce a una Anna Parr. Me sorprendió descubrir que Lady Ashley es un activo miembro del movimiento Teosófico y que usted había sido su estudiante. De alguna forma todo ello me confirma que usted es la persona a la que la mujer se refiere.

—Mi relación con Lady Ashley no tiene nada que ver con la Teosofía, o al menos no sólo con ello. No puede usted creer que yo puedo serle de alguna ayuda sólo por mis intereses educativos, ¿verdad?

—No lo creo yo, señora Parr, lo cree la víctima. No sé por qué esa mujer quería que la encontrase, pero es evidente que así es, así que, aún a riesgo de acabar en un sanatorio, aquí estoy. Y por la forma en la que ha reaccionado a mi historia, algo me hace pensar que usted también lo cree. O al menos, que no

piensa usted que esté perdiendo la cabeza. ¿Me equivoco? —Anna tardó un segundo en responder y el hombre no esperó respuesta alguna—. Mire, entiendo que todo esto es muy extraño, que mi petición es de todo menos común. No necesito que me responda ahora mismo, puede usted pensarlo esta noche si quiere. Esta es mi dirección, si cree que puede ayudarme le ruego que me lo haga saber a la mayor brevedad, como le he dicho antes, no sé cuando el asesino puede atacar a una nueva víctima. No la molesto más —concluyó el hombre levantándose del asiento y dejando un trozo de papel sobre la mesa—, espero no haber perturbado mucho su descanso.

—No se preocupe inspector, buenas noches.

—Detective —respondió el hombre mirándola desde la puerta.

—Muy bien, detective.

El hombre abandonó la casa y Anna se quedó mirando el papel sobre la mesa desde la distancia, sin atreverse a cogerlo siquiera. La historia de aquel hombre, el rostro de la mujer que le visitaba, todo era demasiado parecido a su propia historia, a su propio visitante. Pero, ¿qué clase de ayuda podía prestarle ella? Y, ¿por qué aquella mujer gritaba su nombre? Aquella noche apenas pudo dormir. Intentó todo lo que se le pasaba por la cabeza, leer, prepararse un té caliente, hasta colocar varias veces la colección de libros de su cuarto, pero nada funcionó. A la mañana siguiente, la señora Prescott entró en su habitación con el desayuno como cada día, pero la encontró despierta.

—No me diga que no ha dormido nada. Pero, ¿qué voy a hacer con usted, señora? Hágame el favor de comer algo que recupere las fuerzas —le soltó mientras le ponía la bandeja con el desayuno enfrente.

—Señora Prescott, ¿está Toby en casa?

—Sí señora, acaba de traer el carbón para el día.

—En ese caso, ¿puede hacerme el favor de pedirle que lleve esta nota a esta dirección?

—Claro señora, pero este es el nombre de ese mentecato de policía de ayer, ¿no?

—Sí, así es —dijo Anna poniendo la bandeja a un lado y levantándose de la cama para ponerse un batín de algodón de color marrón.

—¡Ay, señora! Espero que no se esté metiendo usted en problemas.

—Yo también lo espero señora Prescott, yo también lo espero.

Toby corrió por las calles de Londres en dirección a un viejo piso de alquiler, con una habitación y una pequeña cocina en los bajos de una casa de Chelsea. El hombre recogió la nota de manos del muchacho y la abrió casi con

ansiedad para leer su contenido, una sola frase escrita con una caligrafía exquisita.

*Recójame a la hora de comer.*

Apenas tres horas después, un cochero llamaba a la puerta de la casa preguntando por la señora Parr. Anna no tenía idea de cómo iba a ser capaz de ayudar al detective Gables, pero algo en su interior le decía que era importante que lo intentase, así que pensó que era preferible tomar la misma actitud que siempre había tenido para todo en la vida, lanzarse al vacío y ya aprendería a volar sobre la marcha. Cuando Toby volvió de entregar la nota le envió de nuevo a la calle, esta vez para cancelar otra de las entrevistas para un posible trabajo que tenía programadas. Le dolió enormemente tener que hacerlo, en sus circunstancias no podía permitirse perder oportunidades, pero prefirió no pensarlo. Se puso un vestido de color azul oscuro que no llamase la atención, con un abrigo del mismo color y un sombrero que se anudaba al cuello con un lazo de un tono ligeramente más claro. Cuando salió al exterior de la casa, se sorprendió al encontrarse un carruaje bastante más opulento de lo que esperaba. En su interior se encontraba el detective Gables con la misma ropa del día anterior.

—Buenos días, señora Parr —dijo mientras le tendía la mano para ayudarla a subir al carruaje que olía a una mezcla de estiércol y el sudor del detective—. ¡Le agradezco muchísimo que haya accedido a ayudarme!

—Sigo sin creer que pueda ayudarle en manera alguna, detective.

—¿Puedo preguntarle entonces por qué ha decidido verme hoy?

—Porque todos tenemos nuestros fantasmas, detective Gables, y eso es algo que entiendo perfectamente —respondió críptica mientras se sentaba junto al hombre y el conductor arrancaba el vehículo—. Además, no puedo quedarme tan tranquila sin saber por qué razón uno de esos fantasmas suyos parece saber quién soy.

—Le agradecería que me llamase Andrew.

—Por supuesto, como usted desee.

—Gracias, Anna.

—Señora Parr está bien de momento, si no le importa —soltó Anna dejando al hombre con un palmo de narices.

—Claro, como prefiera —respondió el hombre sonrojándose ligeramente



como un niño al que han reñido por meter mano al bote de las galletas.

—Y bien, Andrew, ¿le importaría explicarme a dónde vamos?

—Dado que ninguno de los dos tenemos idea alguna de por qué la vida parece haberse empecinado en que nos encontremos, he pensado que, si la víctima tenía tanto interés en involucrarla a usted en el asunto de su muerte, quizá sería bueno que empezásemos por visitar la escena del crimen, si le parece bien.

—Como usted quiera —respondió Anna y aquella fue la última palabra que dijo en todo el trayecto.

El carruaje les llevó hasta la esquina del antiguo mercado de Spitalfields que en otros tiempos había sido famoso por el comercio de seda inglesa. El que había sido un mercado floreciente había desaparecido con la legalización del importe de seda francesa, mucho más barata que la fabricada en el país y que había convertido en indigentes a los comerciantes locales. El área había sido después ocupada por emigrantes de origen judío que en su mayoría regentaban negocios de sastrería y zapatería, pero que no habían conseguido evitar que la zona degenerase hasta convertirse en el epítome del suburbio londinense peligroso y oscuro. Para Anna aquella era la primera vez que visitaba esa zona de Londres y su rostro mostraba un desagrado ante lo que veía que no escapó la atención del detective.

—Comprendo que hace mucho tiempo que no viene por aquí —preguntó con cautela.

—En realidad, es la primera vez —respondió Anna sin dejar de mirar el panorama a su alrededor—. Nunca he tenido la necesidad, así que lo único que sabía de esta zona es lo que comenta la gente en los círculos acomodados de la ciudad. Pero, por lo que veo, no están muy desencaminados. ¿Qué está haciendo esa gente? —preguntó indicando a unas mujeres vestidas con poco más que harapos que recogían algo del suelo de la calle acompañadas por dos muchachos descalzos de no más de cinco o seis años.

—Recogen excrementos de perro que luego les venden a los fabricantes de cuero, los usan en el proceso de curtido.

—Pero, los recogen con las manos desnudas y los están poniendo en sus mandiles.

—Sí, aquí el hambre no deja espacio para el asco, señora mía —respondió haciendo que Anna se sintiese avergonzada—, ¿bajamos?

El detective ayudó a Anna a bajar del carruaje y la guió por Dean Street hasta una especie de callejón sucio y oscuro que se adentraba en los edificios

que se apilaban en el lateral de la calle. Un olor a algo que le recordaba a Anna a cebolla hervida llenaba cada rincón. En la esquina, un par de mujeres desaliñadas y con pinta de enfermas se lanzaron en dirección al detective en cuanto le vieron, ofreciéndole sus servicios por un par de chelines. Una de ellas se percató de la presencia de Anna y decidió incluir en la oferta un servicio a tres por un chelín más. El detective sonrió a las mujeres y les indicó que no estaba interesado mientras agarraba a Anna por el brazo para hacerla avanzar por el callejón con gesto protector.

—En Londres hay dos tipos de puta —dijo anticipando la pregunta de Anna—, las que se abren de piernas en los burdeles frecuentados por la aristocracia y las que lo hacen donde pueden. Estas mujeres son del segundo tipo.

—Se olvida usted de un tercer tipo —respondió Anna sorprendiendo al detective—, las que se abren de piernas en las casas de los nobles y que se niegan a llamarse a sí mismas putas, pensando que son mejores que estas pobres desgraciadas.

—Veo que no es usted tan inocente como había supuesto, señora Parr —respondió el hombre sonriendo abiertamente—. La casa a la que vamos está al final del callejón.

El edificio tenía sólo dos alturas y se encontraba enclaustrado entre otros dos de similar aspecto. Las puertas y ventanas estaban en el mismo estado de abandono aparente de toda la zona y por un segundo Anna se preguntó si sería seguro entrar en él. El detective la guió hasta la segunda planta por unas escaleras de madera de estado ruinoso que llevaban a una minúscula puerta. Gables sacó una llave de su bolsillo y la abrió haciendo que se desplazase con un chirrido. Inmediatamente un olor dulce, intenso y desagradable golpeó a Anna haciendo que se llevase la mano a la nariz.

—Sí, lo siento. El dueño está interesado en alquilar la habitación de nuevo tan pronto como sea posible y ha hecho limpiar el antro con cantidades ingentes de jabón carbólico para eliminar la sangre que había impregnado la madera. Después de dos días, el olor a podredumbre era insoportable.

Anna intentó ignorar el olor y entró en la habitación oscura y húmeda. Los cristales de la única ventana en la esquina de la sala habían sido cubiertos con algún tipo de pintura haciendo imposible que el sol llegase nunca al interior. El único mobiliario presente era un camastro minúsculo y una mesa con una silla que habían conocido tiempos mejores y que estaban ubicados en el lado derecho junto a una pequeña chimenea que debía haber servido de fuente de

calor y lugar en el que cocinar. Las maderas del suelo chirriaron quejándose cuando Anna pisó sobre ellas, pero ella no se percató porque toda su atención estaba centrada en otra cosa. En la pared del fondo de la sala podían verse unos grandes agujeros que Anna comprendió inmediatamente que debían haber sido donde la pobre víctima había sido colgada. Casi de forma automática, sus pasos la guiaron hasta aquellos orificios y sus dedos acariciaron las marcas en la pared con miedo.

—Deberían haber arreglado eso, supongo que no se han dado cuenta —dijo Gables.

—¿Qué puede hacer que un ser humano demuestre este grado de crueldad con otro ser? —respondió Anna recordando la descripción del hallazgo del cuerpo que el detective le había dado la noche anterior—. ¿Qué puede motivar algo así?

—A veces no hay una razón lógica, señora Parr. Los seres humanos somos criaturas muy complejas. En los años que llevo trabajando para Scotland Yard he llegado a aceptar que los hombres vivimos en un frágil equilibrio. De repente, algo, cualquier cosa, puede hacer que ese equilibrio se rompa y que terminemos haciendo cosas que nunca pensamos que haríamos. Sólo tiene que echar un vistazo a la cantidad ingente de sanatorios repartidos por Londres. En esta ciudad hay más locos que cuerdos.

—Se sorprendería usted de saber cuántos cuerdos hay en esos sanatorios y cuántos locos los dirigen —respondió Anna cortante haciendo que el detective sintiera que había puesto el pie en terreno pantanoso y prefiriese no continuar por ese camino. De repente, Anna sintió cómo un frío familiar recorría su espalda y se metía hasta sus huesos. Su cuerpo se giró esperando encontrar la figura de su marido frente a ella mientras pensaba que no podía existir peor momento, pero cuando sus ojos se posaron sobre la puerta, la figura que se encontraba frente a ella era muy diferente. Se trataba de una mujer bajita y regordeta, vestida con unos harapos y que la miraba fijamente con las mismas cuencas vacías que estaba acostumbrada a ver en su esposo. Su piel, de un color gris pálido parecía estar hecha de mármol sucio y descuidado y su boca sin dientes se abrió para pronunciar una sola frase que resonó arrastrada en los oídos de Anna.

—¡Es la hora, hermana!

Con la última sílaba, la imagen de la mujer extendió su mano y se lanzó hacia Anna como intentando agarrarla, haciendo que su cuerpo reaccionase de forma automática y se retirase hacia atrás, golpeándose en la cabeza con la

pared del fondo para perder el equilibrio y caer al suelo.

—¡Señora Parr! ¿Se encuentra usted bien? —Anna podía oír las palabras del detective, pero no podía responder. Su mente se encontraba en un lugar muy diferente, un lugar lleno de grandes árboles que apenas dejaban pasar la luz cálida del sol. Sus pies estaban descalzos y se encontraba en algún tipo de escalera de piedra que ascendía a un gran edificio construido del mismo material. De repente, la figura de la mujer apareció a su lado, pero esta vez no era la imagen ominosa y terrible que recordaba haber visto un momento antes, sino un rostro amable que le sonreía y que acarició su cara con dulzura.

—Ha pasado mucho tiempo pequeña, pero es la hora.

—Pero, ¿la hora de qué? —preguntó Anna.

—Pronto todo será revelado, hasta entonces recuerda, ¡protege el verbo pase lo que pase! —El cuerpo de la mujer se llenó de una luz intensa y desapareció dejando a Anna confundida y llena de miedo al encontrarse sola.

—¡No, espera, no te vayas! ¡No sé a qué te refieres!

—¡Señora Parr, señora Parr!, ¿puede oírme? —La voz del detective volvió a resonar en su cabeza y de repente su cuerpo se agitó como por resorte y su mente la trajo de vuelta a la habitación oscura y pestilente. —¿Qué ha ocurrido?

—Por dios, aparte eso, ¿quiere? —contestó Anna aturdida, apartando con su mano un bote de sales de amoníaco que el detective intentaba desesperadamente acercar a su nariz en la esperanza de que recuperase el sentido.

—Me tenía usted preocupado. Ha perdido el conocimiento con el golpe. ¿Qué diablos ha ocurrido?

—¿A qué se refiere? ¿Acaso no lo ha visto?

—¿Ver el qué? Lo único que he visto es que de repente usted se echaba contra la pared y caía al suelo.

—¿Y la mujer? ¿No ha visto a la mujer?

—La única mujer que he visto aquí es usted, señora Parr. ¿Ha visto usted algo más?

—He visto a una mujer, bueno, una presencia que recordaba a una mujer. Bajita, entrada en carnes, de unos cincuenta años.

—¿Un fantasma?

—Llámelo como quiera, el caso es que estaba aquí mismo, mirándome.

—¿Le ha hablado?

—No, no me ha dicho nada —mintió Anna—, pero hizo el intento de

tocarme y me pilló por sorpresa.

—Por su descripción podría ser la víctima, se parece mucho a la imagen que se apareció en mi casa —indicó el detective ayudándola a levantarse del suelo—. Esto está siendo cada vez más raro y cada vez entiendo menos. Confiaba en que traerla hasta aquí serviría de algo. Dado que la mujer se le ha aparecido a usted también habría esperado que de alguna forma ese ser le habría dicho algo que aclarase todo esto, su muerte...

—Siento que no haya podido serle de mayor ayuda, detective —contestó Anna intentando suavizar la clara decepción del hombre.

—No es culpa suya, señora Parr, en última instancia solo puedo estarle agradecido por haberse dejado arrastrar por mí hasta aquí. Toda esta situación es demasiado extraña para cualquiera, es sólo que pensé que podría obtener alguna pista que me ayudase a encontrar a la bestia que hizo esto y, con suerte, conseguir que esa mujer pueda descansar, que podamos hacerlo todos.

Anna dio un par de pasos para intentar acercarse al hombre con intención de ofrecer algún tipo de consuelo, pero al hacerlo una de las tablas del suelo se rompió bajo su pie haciéndola tropezar y acabó en los brazos del hombre.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, ha sido la tabla, se ha roto y por eso he tropezado —respondió Anna colocándose el sombrero que se había desplazado por la caída—. Un momento, ¿qué es eso? —En el hueco que había quedado descubierto al romperse la tabla se veía algo parecido a una tela vieja de color granate. Anna se agachó y sacó el pequeño envoltorio del agujero. Se trataba de una bolsa de terciopelo con un pequeño cordón del mismo color. Los dedos de Anna abrieron el paquete y vaciaron su contenido. En sus manos apareció un hermoso collar de color plateado que tenía engarzada una única piedra en forma de lágrima.

—Vaya, parece que nuestra amiga tenía algún que otro secreto —dijo el detective—. Imagino que eso debe pertenecer a alguna incauta señora de sociedad que aún se estará preguntando qué ha sido de su collar.

—¿Quiere decir que es robado?

—Bueno, es de lo más normal. Ya ha visto en qué condiciones vivía esta mujer. Aparte de algún que otro servicio como partera no se le conocía oficio alguno. Aunque pobre, de alguna manera pagaba la renta de esta habitación. En esta parte de Londres eso solo se puede conseguir de dos maneras y no creo que esta mujer pudiese competir con meretrices más jóvenes, así que el siseo y el hurto probablemente eran sus únicas opciones.

—Pero eso no tiene sentido, detective —respondió Anna con absoluta seguridad—. Mire este saco, es obvio que lleva escondido mucho tiempo. Si la mujer robaba para subsistir, ¿por qué guardar esta pieza que podría haberle dado ingresos para vivir decentemente durante varios meses? ¿Por qué esconderla en lugar de venderla inmediatamente?

El detective no tuvo tiempo de responder porque el ruido de pasos en la escalera interrumpió su conversación y Anna, en un acto reflejo, guardó el paquete y su contenido en su bolsillo.

—¿Señora Eszes? —preguntó una mujer joven y delgada vestida con un abrigo barato desde el quicio de la puerta—. ¡Oh, discúlpenme! Estoy buscando a la señora Eszes, María Eszes. Creo que vive aquí...

—Así es..., bueno, era. Soy el detective Gables, de la policía metropolitana, ¿puedo preguntarle su nombre?

—Me llamo Katherine St. John, trabajo para la biblioteca Harrison, la señora Eszes es una de nuestras clientes. ¿Le ha ocurrido algo?

—Me temo que la señora a la que busca ha fallecido, señorita St. John.

—¡Oh, por dios, cuánto lo siento! —respondió la joven llevándose las manos al rostro—. ¿Qué ha ocurrido?

—Me temo que no puedo decírselo, forma parte de nuestra investigación.

—¿Investigación? ¿Quiere decir que no ha sido muerte natural? ¡Ay, pobre mujer!

—¿Puedo preguntarle por qué ha venido a buscarla? —interrumpió Anna.

—Esta es la señora Parr, nos está ayudando en la investigación —aclaró el detective al ver el rostro confundido de la muchacha al recibir una pregunta de aquella desconocida.

—Como le he dicho antes, la señora Eszes es una de nuestros clientes. Le proporcionamos regularmente libros en préstamo y llevaba varios días esperando un volumen que nos ha llegado esta mañana. Parecía tener un interés enorme en él, así que decidí acercárselo yo misma.

Anna había oído hablar de estas bibliotecas con anterioridad. En un Londres donde tan solo la clase acomodada podía permitirse el acceso a libros de todo tipo, había florecido un negocio que permitía que la clase media pudiese acceder a novelas y otros volúmenes en préstamo a cambio del pago de una cuota mensual.

—¿Puedo preguntarle de qué libro se trata?

—Sí, claro, es un libro de historias y cuentos de la antigua india —dijo la mujer sacando el pequeño ejemplar de su bolso—. La señora Eszes parecía

disfrutar mucho de este tipo de libros, ha leído todos los que hemos podido conseguir de este autor. Incluso parecía estar bien informada de que un nuevo libro llegaría a nuestras manos, ha estado preguntándonos por él durante semanas.

Anna cogió el ejemplar de manos de la muchacha y acarició la portada donde aparecía dibujado algo semejante a un templo oculto entre grandes árboles que le recordó inmediatamente al lugar de su visión. El título del libro era muy genérico, leyendas de las indias, cuarto volumen. El nombre del autor llamó mucho más su atención. Lord William Fitzroy.

—No oído hablar nunca de este autor, ¿es conocido?

—En realidad no mucho —respondió la joven retirándose el pelo de la cara en un gesto que a Anna le resultó infantil—, aparte de la señora Eszes creo que sólo otro par de personas han tomado prestados sus libros.

—¿Le importaría que me quedase el libro? Podría ayudarnos en la investigación —preguntó Anna.

—Bueno, necesitaré explicar a mi jefe lo que ha ocurrido con el libro, pero supongo que tratándose de una investigación policial...

—Puede usted enviar una nota por el coste del libro a Scotland Yard, a nombre del detective Gables, le reembolsaremos el coste.

La muchacha aceptó mucho más tranquila de saber que no tendría que justificar ante su jefe la pérdida del volumen y se dispuso a marcharse.

—Una cosa más —le dijo Anna haciendo que se girase en la puerta—. ¿Cree que sería posible que encontrase para mí alguno de los otros volúmenes de este autor?

—Sí, claro, no debería ser un problema.

—Perfecto, ¿podría hacerlos llegar al 10 de Eaton Square? Y, si recordarse algo más con respecto a la señora Eszes, o algo que ella comentase sobre el autor o los libros, podría sernos de gran ayuda.

—Por supuesto, siempre he querido poder involucrarme en algo tan emocionante como una investigación policial —dijo la muchacha su rostro claramente iluminado por la ilusión—. Le haré saber cualquier cosa que pueda recordar.

—Muchas gracias —respondió Anna sonriendo y dejando que la muchacha se marchase claramente excitada.

—¿Puedo preguntarle a qué ha venido todo eso? —le preguntó Gables una vez que estuvieron de nuevo a solas.

—Estará de acuerdo conmigo en que es evidente que no sabemos nada de

la víctima y me cuesta creer que todo sea tan sencillo como parece. Esta mujer, aparentemente sin recursos ni trabajo que se los proporcione, no solo es una mujer con cierta formación, capaz de leer con avidez, sino informada de las últimas publicaciones de su autor favorito. Para hacer todo aún más inexplicable, es capaz de pagar la cuota mensual de una biblioteca a pesar de vivir en estas condiciones y guardar bajo el suelo de su vivienda la única forma de ingresos que podría haber cubierto todos esos gastos. Parece obvio que la señora Eszes tenía una parte oculta, ¿no le parece?

—Parece un razonamiento lógico, es verdad.

—Aún más, usted mismo dijo que la puerta no estaba forzada, que parecía como si la víctima hubiese dejado entrar a su asesino. Si es así, ¿no cree que cabe la posibilidad que la víctima y el asesino se conociesen debido a estos otros intereses de la señora Eszes? Creo que al menos es algo que merece la pena explorar.

—Si sigue usted así tendré que recomendarla para un puesto en Scotland Yard, señora Parr —dijo el detective con una amplia sonrisa.

—No puedo estar menos interesada, pero agradezco el cumplido, Andrew.

Dejaron la habitación con más preguntas de las que tenían al llegar, pero convencidos de que tenían un hilo del que empezar a tirar. Si ese hilo les llevaría a algún resultado o no era imposible saberlo, pero al menos el callejón en el que habían decidido adentrarse parecía tener alguna salida. Volvieron al carruaje que les llevó de vuelta a Eaton Square y durante todo el camino Anna no pudo dejar de pensar en su encuentro con aquella mujer, en aquella escalera oculta entre árboles y en las palabras que le había dicho. Proteger el verbo ¿A qué podía referirse? ¿Y, por qué Anna sentía que aquella mujer no era realmente una extraña? Demasiadas preguntas sin respuesta y una única forma de aclarar todo aquello, tratar de averiguar tanto como pudiese sobre María. Esa noche no cenó, se retiró directamente a su habitación, para enfado de la señora Prescott. Sus manos acariciaron el libro que le había entregado la joven bibliotecaria y sin dudarlo un segundo empezó a leer.



## *Libros*

Anna se levantó tarde al día siguiente. El libro la había tenido enredada toda la noche. No estaba escrito con un talento excepcional, de hecho, la forma de relatar las historias que contenía le había parecido bastante mediocre, pero a pesar de todo, de alguna manera cada historia, cada leyenda descrita en sus páginas había resonado dentro de ella impidiéndole dejar el libro a un lado, ni siquiera para recuperar el tan necesario sueño. Se encaminó medio dormida hasta el pequeño comedor que ocupaba el invernadero que hacía las veces de extensión en la parte trasera de la casa. Aquel lugar, lleno de plantas y en el que la luz del sol quedaba atrapada cada mañana, se había convertido en una especie de refugio para ella cuando finalmente se mudó a Londres para vivir con su marido; un lugar que, de alguna forma, le recordaba a los espacios abiertos y las montañas de su infancia en Escocia.

La señora Prescott le sirvió un té y unos huevos revueltos, un desayuno más apropiado para alguien que va a hacer una tarea laboriosa, pero Anna pensó que era mejor no discutir con aquella mujer de hierro y devoró el desayuno sin rechistar. Había bajado el libro con ella y cuando terminó el desayuno no pudo por menos que abrirlo de nuevo esperando encontrar algo que le diese alguna pista de por qué María podía haber estado tan interesada en él; pero no encontró nada. Quizá simplemente le gustaban los cuentos de hadas y brujas o tenía una conexión particular con la india. A fin de cuentas, desde que el imperio había tomado el control de aquella parte del mundo, eran

muchos los británicos que habían emigrado, de forma voluntaria o forzada, a esas tierras. Quizá María tenía un hermano en el ejército destinado en las indias que le había hecho llegar noticias que despertasen su interés por aquel mundo diferente y misterioso. O quizá simplemente aquél era un libro más y ella estaba dándole demasiadas vueltas a algo que no iba a llevarle a ningún sitio.

La señora Prescott volvió a sacarla de su ensimismamiento.

—Señora, ha venido...

—¡Hola, soy yo, me dijo que me acercase si le encontraba los libros o si recordaba algo más! —resonó la voz chillona de Katherine por detrás de la señora Prescott que se giró con cara de indignación por las libertades que se tomaba aquella joven.

—¡Ah, sí! Es verdad. Adelante, pase. No se preocupe señora Prescott, todo está bien —dijo Anna intentando calmar a la mujer que era evidente que quería echar a patadas a la muchacha—. Siéntese, por favor. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Un té, quizá?

—No, muchas gracias. Estoy bien —respondió sentándose en uno de los sillones frente a ella—. Esta casa suya es impresionante.

—Supongo que comparada con las condiciones en las que parte de nuestros conciudadanos viven puede parecerlo —replicó sin poder evitar echarse a reír.

—¡Dígame a mí! Vivo en una habitación alquilada encima de las oficinas de la biblioteca. Comparada con esta casa aquello es una trampa para ratas. Aunque he de reconocer que al menos está bien ubicada, las oficinas están en Oxford street cerca de Hyde Park.

—Ya veo. ¿Puedo preguntarle algo?

—Sí, claro, dígame.

—¿En qué convento se crió usted? —le soltó Anna dejando a la muchacha sorprendida.

—¡Carajo!, ¿cómo lo ha sabido? ¿Es usted una de esas clarividentes? He oído que a veces Scotland Yard las contrata cuando están perdidos, que viene siendo casi siempre. —Anna volvió a reír a carcajadas ante el desparpajo de aquella joven.

—No, no, nada más lejos de la realidad. La verdad es que ha sido su nombre lo que me hizo pensar que pudiera ser el caso. Cerca de donde yo crecí había un convento de monjas que funcionaba como orfanato. Cuando dejaban la institución todos los niños recibían el mismo apellido, Saint James,

en honor al santo que era patrón del convento. Además, les regalaban un pequeño crucifijo de plata o una medalla de la virgen para que les amparase en su vida. No he podido evitar notar que lleva usted algo semejante al cuello.

—¡No tengo palabras, es usted verdaderamente observadora! —contestó la muchacha con una sonrisa inmensa, feliz de ser el centro de atención—. Me criaron las monjas del convento de St. John y St. Patrice en Hertfordshire, de ahí mi apellido. El nombre por su parte es lo único que mi madre me dejó, aparentemente escrito en una nota en el cesto en el que me entregó a las monjas. Las hermanas no sabían más de ella, ya sabe, ellas no hacen preguntas. Supongo que su historia, la mía, no es muy diferente de la de otros muchos. Probablemente soy el fruto de la prostitución, o de una relación clandestina o de una violación. —Anna no percibió ninguna amargura en la voz de Katherine, pero aun así se sintió en la obligación de hacer que la muchacha no se sintiera mal en forma alguna.

—Los pecados de su madre, fuesen cuales fuesen, no son los suyos, si me entiende lo que quiero decir. Además, eso puede pasar en todas las familias. Mi historia podría haber sido semejante —continuó Anna sabiendo que tenía toda la atención de la joven—, en realidad yo nunca conocí a mi verdadero padre. Mi madre era una joven de pueblo del sur de Escocia a la que su familia colocó a trabajar de doncella para una señora de alcurnia aquí en Londres. Seis meses después había sido engañada por el hijo de la señora con promesas de matrimonio hasta que se quedó embarazada y, ya se imaginará, no quiso saber nada del asunto. Mi madre tuvo que elegir entre echarse a las calles o volver a su casa avergonzada, y yo podría haber sido uno de esos niños de convento si no fuese porque el pastor de su pueblo, que acababa de enviudar, estuvo de acuerdo en casarse con ella y no le importó nunca de quién era el hijo que llevaba en el vientre. Así que, ya ve. No hay nada de qué avergonzarse.

—¡Oh, en realidad no me siento avergonzada! La vida es lo que es, no podemos elegirla. Solo podemos pelearla.

—Eso es una gran verdad —contestó Anna sonriendo—, pero dígame, ¿qué es lo que ha podido averiguar?

—¡Ah, sí! En realidad, con respecto a los libros no he tenido mucho éxito. Los volúmenes que me pidió están desaparecidos. Nada extraño, a veces algunos de nuestros clientes no devuelven los ejemplares a tiempo o no los devuelven en absoluto. Pero mientras buscaba los libros recordé que hacemos que todos nuestros clientes rellenen una ficha con sus datos y he buscado la de

la señora Eszes por si hubiera algo de utilidad para ustedes —dijo la muchacha entregándole una hoja de papel sucio a Anna que dejó la taza de té que tenía entre sus manos para recibirlo.

—Esta ficha es de hace tan sólo seis meses.

—Sí, la compañera de la oficina que le hizo la ficha cree recordar que la señora Eszes acababa de llegar a Inglaterra desde Hungría o Rumanía o algún otro país del continente. Cuando hizo la ficha ni siquiera tenía una dirección permanente aún.

—Pero, eso es muy extraño, ¿no le parece? ¿Una mujer llega de repente a un país desconocido y lo primero que hace es registrarse en una biblioteca? Eso no tiene ningún sentido.

—Lo sé, yo tampoco puedo explicarlo. ¿Ha descubierto el detective algo más con respecto a ella?

—Me temo que no demasiado —resonó la voz del detective Gables desde la puerta haciendo que las dos mujeres se girasen para encontrarse con el hombre flanqueado por la señora Prescott visiblemente indignada.

—Señora, otra visita. —Anna casi creyó poder oír el rechinar de los dientes de la mujer que miraba de reojo al detective.

—Gracias señora Prescott, no se preocupe, puede pasar.

—No estaría de más que en Scotland Yard les enseñaran modales a estos cantamañanas —dijo la mujer mientras se marchaba incapaz de tragarse lo que pensaba, haciendo que las dos mujeres se echaran a reír.

—Creo que he hecho una amiga —dijo el hombre con sorna mientras se acercaba a las dos mujeres—. ¿Puedo sentarme?

—Por supuesto, Andrew. La señorita St John estaba explicándome lo que ha podido averiguar sobre la señora Eszes y los libros, pero me temo que tan sólo hace que el misterio sea un poco más grande. —Anna relató al detective lo que la joven St. John le había contado con respecto a la llegada a Londres de María.

—En realidad no me sorprende —contestó el hombre—, todo en torno a esta mujer es muy extraño. Anoche volví a Spitalfields para preguntar a los vecinos y la gente que normalmente anda por allí cualquier cosa que pudiesen saber de ella, pero parece ser que era una gran desconocida. No se relacionaba realmente con nadie del barrio aparte de las contadas ocasiones en que, como le dije, había ayudado en algunos partos. Pero eso contribuyó a hacerla pasar desapercibida. Un barrio como Spitalfields está lleno de gente de todos los lugares y no todos se dedican a negocios completamente limpios,

si sabe a lo que me refiero, así que nadie se mete en la vida de nadie. Si uno quiere esconderse probablemente es el lugar perfecto. Tal parece que la identidad de nuestra amiga María va a ser un callejón sin salida, pero, ¿qué me dice de los libros? ¿Ha conseguido averiguar algo de ellos?

—Se lo contaba ahora mismo a la señora Parr. Me temo que tampoco he tenido mucha suerte con eso. En realidad, todo lo que se refiere a los libros es también bastante extraño.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Anna.

—Bueno, al ver que no podía localizar los otros volúmenes del autor pensé que quizá contactando con el editor podría solicitar nuevas copias para usted, pero resulta que es imposible.

—¿Por qué razón?

—Porque no hay tal editor —respondió la muchacha dejando a Anna y al detective sin comprender nada—. Normalmente todos los libros que llegan a la librería vienen de las empresas editoriales que los publican, los compramos directamente a ellos porque eso reduce costes. Pero estos libros son una excepción. No son publicados por ningún editor, ni grande ni pequeño. Aparentemente es el propio autor el que ordena la impresión de las copias y se encarga de la distribución. Probablemente eso explica por qué el nombre del autor no les resultaba conocido.

—Pero entonces, ¿cómo llegan los libros hasta ustedes?

—Pues eso me ha costado un esfuerzo enorme averiguarlo, pero finalmente he dado con algo. Los libros nos los proporcionó un hombre llamado Tobias Donnelly.

—¿Tobias Donnelly? ¿El cojo Donnelly? —preguntó el detective.

—Entiendo que debe ser el mismo hombre, sí, porque nadie pudo darme más datos de él, pero una de mis compañeras recordaba que en alguna ocasión que había aparecido por la biblioteca para hablar con el jefe arrastraba uno de los pies ligeramente.

—Entiendo que sabe de quién hablamos, Andrew.

—Me temo que sí. Este individuo es un viejo conocido de Scotland Yard. Ha estado involucrado en tantos tipos de crímenes como pueda imaginarse, todos ellos siempre menores, el tipo es listo y se asegura de no meterse en nada que pueda acabar con su cuerpo colgando de una soga.

—Bueno, pues tal parece que nuestro amigo Donnelly es la única opción que nos queda para intentar averiguar qué le pasó a María. ¿Tiene alguna idea de dónde puede encontrarse este señor?

—Sé dónde se le puede encontrar cada noche, si es a lo que se refiere.

—Perfecto, entonces será mejor que vayamos esta misma noche a hablar con él —dijo Anna con resolución.

—Un momento señora Parr —respondió el detective—. Creo que es mejor que eso me lo deje a mí, esa situación puede ser cuanto menos peligrosa por no hablar de que el entorno donde creo que el cojo puede encontrarse no es un lugar para una señora como usted.

—Le agradezco la consideración por mi seguridad y mi reputación detective, pero fue usted quien solicitó mi ayuda. Este no es uno de los casos a los que está usted acostumbrado, creo que ya se ha percatado de ello. Si quiere que le siga ayudando, cosa que parece que sigue usted necesitando, va a tener que involucrarme en cada paso de la investigación, de lo contrario mi participación en todo este embrollo acaba ahora mismo.

—Muy bien —respondió el detective derrotado—, es evidente que no voy a poder hacerla entrar en razón, pero le repito nuevamente que el entorno no va ser el apropiado para una mujer decente.

—Dos —interrumpió la voz de Katherine.

—¿Cómo?— respondieron a la par Anna y el detective.

—No pensarán que yo me voy a quedar fuera de esto ahora que es cuando más interesante se pone. Sin mi información ustedes no tendrían ninguna pista que seguir, no tengo ninguna intención de quedarme al margen. Quiero saber cómo acaba todo esto.

—¡De ninguna manera! —respondió Gables.

—¡De acuerdo! —dijo Anna.

—¡Un momento...!

—Detective, Katherine está en lo correcto, sin ella estaríamos en un callejón sin salida, lo menos que podemos hacer es no dejarla fuera de la resolución de este misterio.

—Señora Parr, esto es una investigación por un asesinato de una crueldad extrema, el culpable sigue suelto, estamos hablando de un asesino, ¿me comprende? Esto no es un juego.

—¡Y ninguna de nosotras se lo toma como tal! —respondió Anna irritada—. Sea como fuere, el destino nos ha puesto juntos en este embrollo y no parece que vayamos a conseguir desenredarlo sin la ayuda de todas las partes. Así que, por el bien de todos, si queremos capturar a esa bestia es mejor que trabajemos juntos.

El detective se quedó mirando a Anna claramente irritado, pero sabiendo

que no tenía ningún argumento de peso para contradecirla. Finalmente, bajando sus hombros claramente vencido, acabó por claudicar.

—Muy bien, pues si estamos de acuerdo, díganos detective, ¿dónde debemos ir esta noche?

—El cojo frecuenta cada noche el mismo lugar.

—Sí, eso ya nos lo ha sugerido. Y, ¿qué lugar es ese?

—Un burdel de alto copete cerca de Berwick Street. ¿Entiende ahora mis reparos?

—Sí, lo comprendo detective —respondió Anna seria—, pero, si no le importa, deje que seamos nosotras las que nos preocupemos de nuestra reputación. Si puede recogernos al anoecer, Katherine y yo estaremos listas a la hora que nos indique.

—Por favor, llámenme Kitty, todos mis conocidos me llaman así.

—Muy bien Kitty —respondió Anna con una sonrisa—, en ese caso creo que todo está decidido, esta noche vamos a hacerle algunas preguntas al señor cojo y esperemos que esto nos lleve a aclarar la muerte de la pobre María.

Gables apareció para recogerlas justo cuando el sol empezaba a ocultarse como habían acordado. Kitty, como la joven insistía ahora en que la llamasen, había aparecido en la casa de Anna una media hora antes para desconsuelo de la señora Prescott que pasó un buen rato rezongando que su señora no tenía tiempo para atender tanta visita y que, por supuesto, iba a acabar enferma. Sin embargo, Anna estaba encantada. Encontraba la presencia de la joven de lo más refrescante y su inagotable excitación por el trabajo que tenían por delante hacía que Anna no tuviese tiempo de arrepentirse por haber aceptado verse involucrada en aquella historia de la que ya no podía desentenderse. No es que quisiese hacerlo, desde luego, la imagen de la mujer en aquella especie de gran edificio entre los árboles seguía dando vueltas en su cabeza, y la idea de que de alguna forma aquella imagen no era más que un recuerdo no la abandonaba.

Anna no era una extraña para el mundo esotérico y oculto en absoluto, ni este para ella, aunque aquella no había sido su elección. Cualquiera otra persona se habría vuelto loca si de repente su difunto marido empezase a aparecerse a su alrededor, pero ella había decidido atajar aquel problema de forma diferente y buscar tanta ayuda como le fuese posible para entender aquella situación. Por desgracia, en su mundo, una mujer que se presentaba en

casa de su doctor contando este tipo de problema en la esperanza de que este le ayudase a encontrar expertos en el tema solo podía acabar en un lugar, un sanatorio; así que Anna había acabado dando con sus huesos en Bedlam, supuestamente para una cura de nervios. Acabó pasando tres largos meses encerrada en aquel horrible lugar que aun habitaba en sus pesadillas. Para cuando finalmente logró convencer a los doctores que se encontraba perfectamente bien y volvió a casa, Anna había comprendido que necesitaba otro tipo de ayuda y así fue como Lady Ashley había entrado en su vida.

La mitad del siglo había traído consigo una auténtica explosión de interés por todo lo relativo al esoterismo, espiritismo, mancias, brujería y cualquier cosa que pudiese garantizar una conexión con lo sobrenatural. Por toda Europa habían surgido nuevos movimientos espirituales basados de forma más o menos fiel en antiguas religiones y creencias, y aquellos hombres y mujeres asociados con ellos se habían convertido en los nuevos guías espirituales de una sociedad hambrienta de explicaciones y de nuevas y excitantes experiencias. Una de las más conocidas había sido Madame Blavatsky, de origen ruso, aunque residente en París, fundadora del movimiento Teosófico y mentora de Lady Ashley. Anna había oído hablar de Lady Ashley, casi siempre en tono de burla, en los corrillos de matronas de la clase media, pero fiel a su carácter, lejos de dejarse llevar por los chismes, había decidido averiguar por sí misma si aquella mujer podía ayudarla en forma alguna. Así que un buen día se presentó en casa de Lady Ashley sin siquiera solicitar una entrevista. Tan pronto como se conocieron fue evidente que entre ambas mujeres existía un nexo basado en el beneficio mutuo. Evidentemente Lady Ashley quedó fascinada por la situación por la que Anna atravesaba y por tener relación con alguien que parecía tener contacto directo con el mundo espiritual. Por su parte, Anna vio en Lady Ashley una ruta de acceso a una cantidad ingente de información que le ayudaría a conocer profundamente el mundo esotérico y, con suerte, no solo explicar aquello que le estaba tocando vivir, sino conseguir pararlo. Aquella simbiosis perfecta había durado casi tres años hasta que finalmente, la muerte de la hija de Lady Ashley, de la que consideraba a Anna única culpable, había roto el vínculo. Y, sin embargo, era aquella mujer la que la había recomendado con el detective Gables y la última responsable de que se viese envuelta en aquel misterio.

Berwick Street se encontraba en Soho, así que tomaron un carruaje de



alquiler que los llevase hasta allí. El barrio estaba próximo a la zona de teatros que ahora ocupaba la mayor parte del West End londinense. Los teatros, adaptados a todo tipo de audiencias y bolsillos, siempre habían sido parte importante de la ciudad y siempre habían gozado de una magnífica salud, pero en los últimos veinte años el tipo de espectáculo que ofrecían había evolucionado de las dramáticas obras serias al género musical y la comedia y, en algunos casos, a un tipo de espectáculo diferente donde la ropa de las señoritas era poco cercana a lo decente. Anna suponía que la sociedad londinense se había cansado de obras que solo les recordaban los dramas propios y había decidido favorecer aquellos espectáculos que les ayudaban a desentenderse de ellos. Evidentemente Anna nunca había estado en ninguno de estos espectáculos porque su marido simplemente no lo hubiera permitido, inadecuado para una señora de su alcurnia a pesar de que él fuese un asiduo espectador. De todas maneras, Anna sospechaba que aquel hábito suyo había tenido más que ver con la proximidad de los teatros a una cantidad ingente de locales donde la ginebra corría a raudales que a un verdadero interés cultural.

El más famoso de todos los teatros era sin duda el Alhambra, un local ubicado en el centro de Leicester Square y decorado, como su nombre indicaba, en estilo morisco con todo y minaretes y que se caracterizaba por sus grandes espectáculos que incluían caballos, trapezistas, una banda de hasta sesenta músicos e incluso elefantes. Hasta cinco mil personas tenían cabida en su recinto que se llenaba cada noche sin falta por todos los jóvenes, y no tan jóvenes, caballeros de la ciudad a los que, inevitablemente les siguieron las prostitutas. Pronto el Alhambra se había convertido en sinónimo de depravación y vicio, aunque esto no había reducido ni un ápice su popularidad, al contrario, las colas de gente esperando entrar comenzaban horas antes de la apertura y daban varias vueltas a la plaza. Anna se moría por acudir a uno de aquellos espectáculos y ver en primera persona de qué se trataba todo aquello de lo que todo el mundo hablaba, pero su situación como viuda y sin hermanos u otros familiares masculinos que la acompañasen lo hacían imposible para una señora que se llamase decente.

El carruaje les llevó hasta Picadilly Circus para tomar Shaftesbury Avenue y adentrarse a la izquierda por Wardour Street. Cuando finalmente llegaron a Berwick Street ya era noche cerrada y la calle apenas tenía transeúntes. El detective las ayudó a bajar de carruaje y las guió hasta un minúsculo callejón que se comunicaba con la calle y que alguien había llamado de manera bastante pretenciosa Livonia Street.

—¿Esta usted seguro que esta es la dirección, Andrew? —preguntó Anna al ver que el callejón estrecho y corto estaba completamente vacío.

—Sí, ¿por? ¿Hay algo que le resulte extraño?

—Bueno, no sé, esperaba ver gente. Se supone que es un local de éxito, ¿no?

—Así es, pero su éxito radica en su discreción. Los hombres que vienen aquí pertenecen a la alta sociedad y no les interesa que el mundo conozca que les gustan cierto tipo de placeres.

—¿Cierta tipo? ¿Cómo cuáles?

—Bueno, digamos por ponerlo de una forma sencilla que, cualquier tipo. La especialidad del local es satisfacer cualquier forma de perversión. Ya se imaginará que el precio no es barato, lo cual lo hace aún más exclusivo.

—Ya veo, ¿y cómo llaman a este lugar exactamente?

—El jardín de Core —respondió Kitty inmediatamente sorprendiendo a sus acompañantes—. Lo pone en la puerta.

—Ese es un nombre curioso —dijo Anna.

—¿Por qué?

—Porque Core es el otro nombre de la diosa Perséfone en la mitología griega, la reina del inframundo, del infierno. No es un nombre muy atractivo para un supuesto lugar de placer.

De repente el ruido de alguien abriendo un cerrojo les interrumpió e inmediatamente la puerta se abrió haciendo que una luz cálida iluminase parte del callejón.

—Por favor, adelante —les indicó un hombre bajito y bastante mayor que iba vestido de forma impoluta con una especie de librea. Anna y Kitty se miraron sin entender plenamente lo que estaba ocurriendo, pero el detective, lejos de parecer sorprendido, se adentró en el local así que ambas mujeres le siguieron. El interior era completamente diferente de lo que Anna había esperado encontrar. Lejos de ser un lugar oscuro y sórdido, frente a ella se desplegaban varios salones, todos ellos iluminados por grandes candelabros de cristal que colgaban del techo y diferentes lámparas repartidas por las esquinas. El olor era una mezcla intensa de humo de tabaco y un perfume dulce que se hacía difícil de olvidar. A su alrededor, una gran cantidad de sillones y divanes llenaban los salones donde varias personas parecían descansar y charlar sin mayor complicación. A primera vista aquello no cuadraba con la imagen que Anna tenía de un burdel, pero una vez que prestó atención al detalle de lo que la rodeaba pudo darse cuenta de que no todo era lo que

parecía. En una de las esquinas del fondo un hombre de unos cuarenta años y elegantemente vestido acariciaba la entrepierna de un muchacho que no parecía tener más de quince años y que, reclinado sobre él, jugaba con su lengua en su oreja. Algo más allá, el grupo de personas que parecía charlar y divertirse eran en realidad un grupo de hombres jóvenes rodeados de mujeres con los pechos descubiertos que se insinuaban a ellos sin reparos, y en el lado derecho otro grupo de caballeros reían mientras un enano aparecía y desaparecía bajo las faldas de una joven que alternaba las risas con gemidos de placer.

—Bienvenido a mi casa detective —interrumpió sus pensamientos una voz dulce de mujer a sus espaldas que hizo que Anna se girase para encontrarse con una hermosa mujer de pelo negro azabache y unos ojos verdes de una intensidad como Anna no había visto jamás. La mujer había superado su juventud, pero se conducía con un porte y una elegancia que, junto con el exquisito vestido de baile color verde esmeralda bordado con encaje negro que llevaba, la convertían en una auténtica visión. —Sí, sé quién es usted y por qué está aquí.

—Discúlpeme señora, pero me gustaría saber a quién me dirijo si fuese posible —respondió el detective muy serio.

—Mi nombre es Madame De la Cours, aunque mis amigos siempre me han llamado Camille. Es cuestión de decidir si desea usted ser mi amigo o no.

—Pero, ¿cómo ha sabido...? —interrumpió Kitty.

—Uno de mis muchos talentos es saber, querida. El don de la visión puede ser una carga, pero a veces es útil.

—No se deje usted engañar por esta mujer, señorita St. John, es bien sabido que Scotland Yard está plagado de topos que filtran información a los barrios bajos de la ciudad. Además, no me cabe duda de que tiene vigías en el callejón convenientemente escondidos que puedan alertarla de la llegada de cualquier extraño, este tipo de negocios viven de lo que son capaces de ocultar.

—¡Oh, por supuesto que tengo vigías! —respondió la mujer sin perder la sonrisa—, pero se equivoca usted en algo, ninguno de los que trabajamos en esta casa tenemos nada que ocultar, aquí son sólo nuestras visitas las que guardan secretos. —Y sus ojos verdes se clavaron directamente en los de Anna haciendo que un escalofrío recorriese su espalda.

—No me importan sus argumentos señora, estoy aquí en misión oficial para encontrar a un hombre llamado Tobias Donnelly que parece frecuentar su

local. ¿Está ese hombre aquí esta noche?

—Así es, detective —respondió la mujer sin reparos—, de hecho, déjeme ver —dijo mientras giraba la cabeza haciendo como que escuchaba sin dejar de sonreír—. Sí, mi pequeña Georgina acaba de terminar con él exactamente ahora. Marcel les acompañará si desean hablar con el caballero siempre y cuando no les importe que aun esté encadenado a la pared. ¡Es muy especial mi Georgina! —concluyó indicando con su mano al hombre que les había abierto la puerta.

Gables y Kitty siguieron al hombre escaleras arriba, pero cuando Anna se disponía a hacer lo mismo la mano enguatada de la mujer sobre su brazo la detuvo.

—Señora Parr, ¿tendría usted un momento?

—¿Cómo sabe usted mi nombre? —contestó Anna intentando controlar el evidente disgusto que aquella mujer le provocaba.

—Como le he dicho antes, sé muchas cosas. He pensado que tal vez estaría usted interesada en ver qué más cosas puedo saber —contestó críptica.

—No tengo ningún interés en lo que mujeres como usted puedan contarme, señora. —De repente se fijó en la mano de la mujer que aun seguía sobre su brazo. Sobre aquella mano enguatada un gran anillo de oro viejo brillaba reflejando la luz del salón. Anna se dio cuenta de que la piedra, un único cristal en forma de lágrima, era prácticamente idéntico a uno que ya había visto antes, la gran piedra del collar de María. Sus ojos se fijaron en los de Camille y, sin saber bien por qué, aceptó la invitación.

La mujer la condujo por un pasillo oscuro hacia la parte trasera del edificio, hasta una puerta de madera de color rojizo, sacó de entre sus pechos una llave con la que abrió la puerta y sin dudarle se adentró en la sala. La habitación era en realidad un pequeño salón con una mesa central rodeada de sillones y cubierta de toda clase de objetos. Anna pudo reconocer colgantes de algún metal que estaban grabados con símbolos claramente esotéricos, un cuchillo ritual y una especie de manojo de hierbas atadas con un lazo de color rojo. En la pared opuesta había una pequeña vitrina con más objetos que Anna no podía distinguir desde su posición y junto a ella un pequeño armario bajo lleno de frascos de distintos tamaños cubiertos con etiquetas amarillentas escritas a mano. Anna sabía lo que significaba todo aquello. Aquella mujer no sólo era la dueña de aquel burdel, sino que evidentemente era una practicante de la brujería o, al menos, esa era la imagen que deseaba dar. Anna había podido leer mucho con respecto a la brujería y su historia gracias a Lady

Ashley, pero siempre había algo que le había fallado, nunca había tenido la oportunidad de hablar con una bruja de verdad. Londres estaba plagado de hombres y mujeres que decían tener un poder u otro, pero Anna no había encontrado nunca uno que pudiese demostrar ser algo más que un charlatán. Y, sin embargo, Anna creía firmemente que debían existir personas así, capaces de hacer cosas extraordinarias gracias a su capacidad para canalizar un poder externo, fuese el de la naturaleza o algo más oscuro. Era consciente de que aquella mujer podía ser una timadora más, pero algo dentro de sí misma le pedía que se dejase llevar. Su forma de reaccionar ante lo que veía no pasó desapercibida para su anfitriona.

—No sea tímida, señora Parr, sus preguntas no me ofenderán.

—¿Es aquí donde engaña a las pobres ignorantes de la alta sociedad o usted se centra tan sólo en sus maridos? —le soltó sin piedad claramente a la defensiva. La mujer se rió sonoramente mientras se sentaba en uno de los sillones que rodeaba la pequeña mesa.

—¡Tiene usted un carácter de lo más encantador! En realidad, no engaño a nadie, no vivo de esto, señora Parr, es usted una de las pocas privilegiadas que ha entrado en esta sala. ¿Quiere sentarse? —respondió la mujer señalando un sillón frente al suyo a la par que cogía un baraja de cartas de la mesa y empezaba a mezclarlas con desinterés.

—¡No, por supuesto, usted vive del vicio de los hombres que vienen a su casa!

—¿Qué le hace pensar que los hombres son nuestros únicos clientes?

—Bueno, es evidente, sólo hay que ver quién está ahora en sus salones, Madame. Además, ninguna señora que se digna llamarse así se rebajaría a algo tan vil.

La mujer volvió a reír sin dejar de barajar las cartas constantemente mientras sus ojos, verdes como los de un gato, no se retiraban de Anna.

—¿Eso es lo que cree? ¡Déjeme ilustrarla! Sin duda alguna ha visto usted al grupo de jóvenes caballeros que compartían su tiempo con una señorita y con Ricky, el enano.

—Sí, era imposible no verlos.

—Bien, quizá le sorprenda saber que mi cliente es ella, los caballeros que la acompañan trabajan para mí —dijo la mujer dejando a Anna sin saber que decir—. En su vida cotidiana esa señora es una respetable madre de familia, esposa de un comerciante que viaja todo el tiempo y que no puede satisfacer sus necesidades. Cada vez que su marido se marcha, ella viene aquí para pasar

un buen rato, recibir lo que necesita y hacerlo sin que nadie la juzgue por ello. A la mañana siguiente, ella vuelve a su casa para ser la esposa perfecta sin haber hecho daño a nadie y siendo mucho más feliz, lo cual hace muy feliz a su marido, quien, por cierto, está perfectamente al tanto de los entretenimientos de su esposa. Ya ve señora Parr, sus muchos prejuicios sólo sirven para nublar su capacidad de observación. ¿Me pregunto de dónde puede venir todo eso? —concluyó la mujer mientras sacaba una de las cartas del mazo y la colocaba sobre la mesa.

—Supongo que no esperará que le dé explicaciones de mi vida, ¿verdad?

—¡Oh, por supuesto que no! Muy al contrario, le he pedido que viniese aquí y me dejase mostrarle que más cosas puedo saber, lo mínimo que puedo hacer es demostrarle que no soy una charlatana. —Y Anna no pudo evitar preguntarse por un segundo al oír aquella palabra si la mujer podía leer su pensamiento.

—Si insiste...

—¡Vaya, supongo que era de esperar!

—Si va a hablar hágalo, pero deje de hacerme perder el tiempo.

—El emperador. La culpa es de un hombre, siempre es de un hombre. Un padre. ¡No, un marido! —La voz de la mujer bajó de tono hasta convertirse en un susurro mientras sacaba una nueva carta. Esta vez la carta representaba a una mujer sentada en una especie de trono con una luna a sus pies y un gran manto cubriendo sus piernas. Anna reconoció la carta inmediatamente, la emperatriz, pero esta vez, la carta estaba invertida. —¡Lo siento mucho, señora Parr, aunque no lo crea comprendo su carga!

—¡No sé a qué se refiere!

—Y, sin embargo, sí lo sabe. Ha reconocido usted la carta en cuanto la he puesto sobre la mesa, usted conoce el tarot.

—Le repito que no sé a qué se refiere.

—Como desee, las cartas me dicen que no puede usted tener hijos. ¿Me equivoco, señora Parr?

Las palabras de la mujer escocieron como si alguien hubiese echado sal sobre una herida abierta, una que no cerraría jamás. Había pasado más de un año de su llegada a Londres cuando los doctores habían confirmado la terrible noticia. Tan pronto como había llegado a la capital su marido había sido claro en qué era lo que esperaba de ella, la esposa perfecta y sumisa, que fuese la ideal señora de su casa y, ante todo, que le diese muchos hijos que continuasen su nombre. Si Anna había esperado amor, pronto fue evidente que eso no se

encontraba en la agenda de su esposo. Para él, los momentos de intimidad tan sólo tenían dos objetivos; por un lado, su propio desahogo, por el otro hacer que su mujer se quedase embarazada. Cuando después de seis meses, un tiempo que él consideraba más que razonable, Anna aún seguía sin concebir, la arrastró hasta los mejores doctores de la ciudad sin siquiera preguntarle qué le parecía. El veredicto de todos los especialistas fue unánime, Anna nunca podría quedarse embarazada. Aquella noticia fue devastadora para ella, pero para su matrimonio sería el principio del fin. Su marido, lejos de comprender que aquella situación era terrible e inevitable, focalizó toda la culpa en Anna. Primero la acusó de haberle engañado ocultándole su condición, después la amenazó con un divorcio que la dejaría en la calle y sin derecho a nada y finalmente, se limitó a cercenarla completamente de su existencia ignorándola incluso cuando estaban solos en la misma sala. No pasó mucho tiempo antes de que empezase a pasar más tiempo fuera de casa que dentro de ella, entre tabernas y burdeles, gastando su dinero a dos manos y sin preocuparse de nada más. Las pocas veces que venía a su cama lo hacía de forma abusiva y despreciable, y Anna vivía en el miedo constante de que le contagiase sífilis o alguna otra enfermedad que hubiese cogido de aquellas mujeres con las que andaba. Para hacer su vida aún más dura, su marido no dudaba en contarle los placeres que aquellas mujeres le proporcionaban con todo lujo de detalles para, acto seguido, remarcar que ella nunca había sido capaz de satisfacerle de aquella manera, porque ella no era una mujer completa. Aquella pesadilla había acabado una mañana de diciembre cuando un oficial de la policía metropolitana había venido a la casa para solicitarle que acudiese al depósito a fin de confirmar la identidad del cuerpo de un hombre al que habían sacado del río y que, a juzgar por su reloj, podía ser su marido. Aquel momento horroroso para cualquier persona había sido en realidad un desahogo para Anna. Ver el rostro hinchado y macilento de su esposo en la mesa del depósito había llenado sus pulmones de un suspiro de descanso que, sin embargo, tuvo que retener pues ninguna señora decente se alegraría de la muerte de su esposo. Por desgracia, ni siquiera en la muerte su marido estaba dispuesto a darle descanso alguno y las visiones de su fantasma habían comenzado a atormentarla esa misma noche.

Anna quiso responderle a la mujer que no era verdad, que sus cartas le mentían, pero enseguida reconoció aquel impulso como algo provocado por aquella idea que su marido había intentado inculcar en ella desde que aquella terrible noticia había llegado a sus vidas, que debía sentir vergüenza, que ella

no era una mujer como las demás, e inmediatamente rechazó caer en aquella actitud.

—Así es, supongo que ha hecho usted sus deberes. No sé cómo ha sabido que yo vendría aquí esta noche, pero no me cabe duda de que ha procurado usted averiguar tanto como le fuese posible sobre mí para poder montar este numerito suyo.

—Es usted una auténtica incongruencia, señora Parr. Ha estudiado usted sobre el mundo de lo oculto y sobrenatural durante años, pero al mismo tiempo se niega a aceptar que exista y forme parte de su vida —respondió la mujer dejando el mazo de cartas sobre la mesa.

—No sabe usted nada de mí, Madame, y no es usted alguien cuyo juicio me importe lo más mínimo. ¿Quiere que juguemos a su juego? Muy bien, entonces juguemos las dos. Le demostraré que yo no necesito de cartas para poder averiguar cosas como usted.

—¡Ah!, ¿es usted vidente entonces? —replicó la mujer con sorna.

—No señora, simplemente observo lo que hay a mi alrededor. Y lo que veo me dice que no es usted francesa, sino italiana, probablemente lleva años entre nosotros, pero no ha conseguido eliminar completamente su acento y el nombre por el que se hace llamar puede engañar a otros, pero no a mí. Tiene usted muchos más años de los que aparenta y el maquillaje con el que adorna su cara no puede disimularlo porque el olor de la tintura que usa para que su pelo blanco no lo parezca la delata. Deduzco que lleva años padeciendo alguna enfermedad, probablemente sífilis, que la obliga a llevar esos guantes largos, aunque pasados de moda para evitar las marcas de la enfermedad, que está lo suficientemente avanzada para hacer que sus manos tiemblen en reposo, algo que ha sido obvio en cuanto ha comenzado a barajar las cartas. Además, su pequeña colección de frascos está plagada de diferentes lotes de láudano que sin duda usa para calmar los dolores que la enfermedad le acarrea. ¿Estoy acaso equivocada? —La mujer se quedó mirándola muy seria sin decir una palabra por un rato que a Anna le pareció larguísimo hasta que finalmente volvió a dirigirse a ella.

—¿Y qué más crees que puedes ver, Anna? —le preguntó usando su nombre de pila sin que Anna se diera cuenta.

—¡Que llevas buscándome mucho tiempo! —soltó Anna sin pensar y sin saber de dónde había sacado aquello.

—¡Es hora de despertar, hermana! —dijo la mujer de repente agarrando su brazo con su mano enguantada.



—¡No! —gritó Anna retirando su brazo con violencia en un movimiento reflejo para acto seguido coger el mazo de cartas y lanzarlo contra la mujer. Las cartas volaron en el aire mientras Anna se levantaba corriendo del sillón y huía hacia la puerta. Una sola de las cartas calló sobre la mesa boca arriba y los ojos de la mujer aún sentada en su sillón y los de Anna desde la puerta se fijaron en la figura que las miraba desde aquel dibujo. Un hombre viejo vestido con un hábito de monje que portaba un candil en su mano, el ermitaño. Anna no esperó y abrió la puerta con dificultad para salir corriendo por el pasillo. Pero, mientras se alejaba, la voz de la mujer resonó en su cabeza.

—¡Cúidate del anciano, Anna! ¡No debe alcanzar el verbo, sólo tú puedes protegerlo!

Anna corrió por los salones del burdel en busca de la salida sin ver muy bien a dónde se dirigía. Tan solo quería huir de allí, escapar a como diese lugar, hasta que se dio de bruces con un hombre que la retuvo en sus brazos sin dejarla moverse. Anna forcejeó intentando liberarse, pero aquellos brazos eran fuertes y no tenían ninguna intención de dejarla marchar. Finalmente, la voz del hombre llegó hasta sus oídos.

—Señora Parr ... Anna, por dios, ¿qué le ocurre?, ¿se encuentra bien? — Los ojos de Anna se elevaron para encontrarse con los del detective Gables que la miraba con preocupación—. ¿Se encuentra bien?

—¡Sí...sí, me encuentro bien, tan solo necesito salir de aquí, no puedo estar ni un minuto más en este lugar, por favor, sáqueme de aquí!

—Por supuesto —respondió el detective visiblemente preocupado por su estado y sosteniéndola por los brazos la llevó hasta la calle donde se encontraron con Kitty.

—¿Qué le ha ocurrido? Pensé que la habíamos perdido, cuando me giré usted ya no estaba allí —dijo la muchacha.

—Nada, nada, de verdad —mintió Anna—. Me he perdido y me he asustado al no saber cómo salir de este lugar ni poderles encontrar. Siento mucho haberles asustado.

—Pero, ¿está usted pálida! —respondió el detective.

—No ha sido nada, de verás, ya se ha pasado. Pero, cuéntenme ustedes, ¿han tenido alguna suerte con el tal Tobias? —dijo Anna deliberadamente cambiando de tema.

—La verdad es que ha sido extremadamente útil, claro que el detective ha

sido eficientísimo y no le ha dejado ninguna opción, le agarró por el pescuezo y no paró de zarandearle hasta que nos dijo todo lo que sabía de los libros — soltó Kitty claramente impresionada.

—Un comportamiento un tanto excesivo para un protector de la ley, ¿no le parece?

—A veces no queda más salida con estos desgraciados que usar sus propias armas, señora Parr —respondió el hombre serio.

—El caso es que el tal Tobías no sabe nada de los libros ni conoce a la pobre María —continuó Kitty en estado de excitación—, resulta que el autor le contacta cada cierto tiempo para pedirle que distribuya unas pocas copias de sus obras y le paga una buena cantidad de dinero por semejante tontería. Él se limita a hacer el trabajo y cobrar el dinero, pero no sabe más.

—Y, ¿por qué creen que no les ha mentado?

—Porque el detective le estaba apretando los...

—No creo que la señora Parr necesite de tanto detalle —interrumpió Gables haciendo que la muchacha se sonrojase—. Digamos que estoy seguro y ya.

—En conclusión —continuó Anna sin querer preguntar más por aquello—, que estamos como al principio.

—Bueno, en realidad no —respondió el hombre—. El desgraciado este nos ha explicado que el autor, el tal Lord Fitzroy, le especifica dónde y cuándo deben entregarse los libros. De alguna manera, parece que no es casualidad que los libros acabaran en la biblioteca donde trabaja Kitty y quizá tampoco en las manos de la señora Eszes.

—¿Quiere decir que puede existir una conexión entre la muerte de María y el tal Lord William Fitzroy?

—Creo que es algo que merece la pena explorar.

—Bueno, en ese caso, ¿a qué esperamos?, es mejor que vayamos a verle cuanto antes.

—Me temo que es mejor que hablemos de eso con más calma, quizá cuando haya usted descansado algo.

—¿Por qué razón?

—Porque vive en Escocia —le espetó Kitty sin dejar responder al detective y Anna sintió de repente como si un gran peso le hubiera caído sobre los hombros.

Cuando el carruaje la dejó por fin en su casa Anna se encontraba muy mareada, probablemente debido a la tensión que le habían generado los acontecimientos en el jardín de Core. Tan pronto como la señora Prescott la vio entrar supo que algo no estaba bien e insistió en que se reclinase en el diván del estudio mientras ella le preparaba un reconstituyente. Anna odiaba aquella habitación, no porque la sala en sí tuviese algo que odiar, sino porque había sido el lugar favorito de su marido. Era la sala más grande del piso inferior y también la más luminosa, aunque aquello no importase a aquellas horas de la noche; pero también era la sala donde su marido se había recluido para aislarla de él cuando las terribles noticias de su infertilidad se habían confirmado, así que Anna había aprendido a mantenerse alejada de aquella suerte de guarida del león y, con el tiempo, había borrado de su cabeza la existencia de aquella habitación. Cuando la señora Prescott la dejó a solas el miedo se apoderó de ella acentuando aún más su malestar. Miedo a que, como era habitual, su marido aprovecharse que se encontraba sola para aparecer nuevamente y someterla a su habitual tormento.

—Si me estás oyendo, ahora no, te lo ruego. Hoy no puedo más —susurró Anna sin querer abrir sus ojos. Y por una vez, fue como si le hubiese escuchado porque sólo la señora Prescott cargada con una bandeja con toda clase de cosas interrumpió el silencio de aquel momento. La buena mujer había preparado su concepto de reconstituyente, muy lejos del té con yema de huevo que cualquier otra persona esperaría. Sobre la bandeja había un cuenco con sopa, un plato con unas tiras de bacon y dos huevos, un plato de avena con leche que podría servir de desayuno a un grupo considerable de obreros y una gran copa de Brandy que fue lo primero que Anna llevó a sus labios acabándola de un trago.

—Gracias señora Prescott.

—De nada señora, bien sabe usted que yo no soy mujer de andar metiéndome donde no me llaman, pero no me diga que no le advertí que iba usted a caer enferma —respondió la mujer provocando una sonrisa en Anna que en realidad fue el mejor reconstituyente.

—¿Quiere la señora que ponga el anillo en su joyero?

—¿Cómo?

—El anillo, que si quiere que lo ponga en el joyero.

—¿Qué anillo? —preguntó Anna completamente confundida.

—El que estaba en el bolsillo de su abrigo. Se ha caído al ir a colgarlo, debería usted tener más cuidado, señora, estas cosas si se pierden lo hacen

para siempre —respondió la mujer extendiendo su mano y mostrando lo que había encontrado. Allí, en la mano de la señora Prescott estaba el anillo de Madame de la Cours. La pieza, que parecía aun más grande en la mano minúscula de la buena mujer, refulgía a la luz de las lámparas del estudio lanzando reflejos de un luz intensos. Anna no podía comprender cómo aquel anillo había llegado hasta el bolsillo de su abrigo. ¿Acaso aquella mujer lo había hecho a propósito para acusarla de robo? Pero, ¿cuándo había introducido el anillo en su abrigo? No habían estado suficientemente cerca en ningún momento y Anna recordaba que la mujer no se había desprendido de él en absoluto. De cualquier manera, Anna se encontraba demasiado mal para pensar en ello y decidió que al día siguiente iría sin falta a devolver el anillo a aquella mujer antes de que aquello la metiese en problemas.

—Si puede dejarlo en mi habitación, se lo agradezco mucho, señora Prescott. Después puede retirarse si lo desea, es muy tarde y lleva usted muchas horas de pie.

—Yo me acostaré cuando sepa que usted está en su cama señora, ni un minuto antes —replicó la mujer dándose la vuelta y marchándose con anillo y abrigo sin darle opción a Anna a protestar.

Anna tardó un buen rato en encontrar las fuerzas para subir a su cuarto, pero finalmente lo logró. Cuando por fin pudo quitarse el vestido fue como si le hubiesen retirado una armadura. Su cuerpo aún estaba en tensión y sus músculos le dolían tanto que hasta el roce de su camisón era una tortura. Se sentó frente a su tocador para deshacerse el peinado y vio que la señora Prescott había dejado el anillo sobre la mesa. Anna se quedó mirando fijamente la piedra que seguía refulgiendo como si tuviese vida propia y de repente sus manos abrieron uno de los cajones de la cómoda. Allí, envuelto en su saco de terciopelo rojo estaba el collar de María. Sin saber por qué, Anna lo sacó de la bolsa y lo colocó sobre la mesa junto al anillo. Tan pronto como las dos piezas estuvieron juntas, las dos piedras empezaron a emitir un gran resplandor, como si se hubiesen reconocido. Aquel fulgor duró tan sólo un instante, pero fue suficiente para que no pasase desapercibido para Anna.

—Pero, ¿qué diablos es esto? —dijo en voz alta a la par que su mano cogía el anillo y en un acto reflejo se lo ponía sobre su dedo anular. Tan pronto como lo hizo, Anna sintió como su cabeza volvía a dar vueltas y su visión se volvía borrosa. Sus manos intentaron agarrarse al vestidor, pero ya no había

nada donde agarrarse. Cuando su visión se aclaró la escena que se presentó ante ella era muy diferente. Ya no se encontraba en su cuarto sino en un espacio abierto, una especie de campo cubierto de espigas doradas bañadas por el sol del atardecer. Al fondo, a la sombra de un árbol, dos mujeres vestidas con ropas que a Anna le resultaron extrañas estaban enzarzadas en una conversación y el sonido de sus palabras llegaba hasta ella.

—Margie, por todos los dioses, ¿quieres prestar atención? —resonó una voz que a Anna le resultó familiar—, esto puede salvarte la vida en el futuro.

—Lo sé, lo sé, y te estoy prestando atención Camille, pero estoy aburrida de repetir lo mismo una y otra vez —protestó la segunda mujer que se giró de forma que su rostro quedaba frente a Anna que se dio cuenta que se trataba de una chica joven con unos rasgos que le resultaban ligeramente familiares. La primera mujer hizo un ruido como de fastidio y reinició su cantinela.

—Repíteme conmigo. Tomillo y Lavanda para purificar y sanar, Laurel para potenciar tus hechizos de barrera. El romero y la albahaca para manejar las emociones.

—Y para encontrar el amor —soltó la joven sacándole la lengua a su maestra.

—Sí, para eso también, pero ya aprenderás que eso no es lo más importante. Cállate y repíteme. Esta es muy importante. Manojos de ruda atados con un lazo rojo mantendrán alejados de cualquier espacio a cualquiera que busque tu mal, aunque sea por medios mágicos. Y si la combinas con Salvia puedes crear un hechizo de destierro capaz de devolver a los demonios al infierno.

—¿Fue difícil para ti, Camille? —preguntó la joven interrumpiendo a su maestra.

—¿Aprender todo esto? Sí, claro, siempre lo es, pero es más fácil si prestas atención.

—No me refiero a esto, me refiero en general. Descubrir lo que somos. ¿Fue difícil? —La mujer respiró profundamente y de forma sonora como quien sabe que debe tener paciencia con un niño.

—Claro que fue difícil, nuestro papel no es sencillo. Tenemos una responsabilidad muy grande Margie, y eso es un peso que no tenemos la opción de rechazar, debemos cargarlo sí o sí, aún a costa de sacrificar todo lo demás, aún a costa de nuestra propia vida. ¡Claro que es difícil! Pero siempre debes recordar que nuestro papel es también un privilegio, somos las protectoras de lo más preciado que hay en el mundo. Ser una de las madres es

un honor, pequeña y, además, debes recordar que nunca estarás sola —dijo y sus palabras sonaron cargadas de dulzura—. ¡Anda, ven aquí y dame un abrazo!

—Gracias Camille.

—Gracias, ¿por qué?

—Por todo, pero sobretodo por encontrarme y quererme tanto.

—No seas tonta pequeña. ¡Anda, vamos! Creo que por hoy hemos tenido las dos suficiente lección, es mejor que volvamos a casa, está oscureciendo. — Las dos mujeres se giraron para enfilar el camino que las sacaba de aquel campo y que estaba frente a Anna. Cuando por fin pudo ver el rostro de la mujer frente a ella Anna sintió como perdía las fuerzas. Aquella cara que la miraba fijamente mientras acompañaba a la joven de vuelta a casa era el rostro de Madame de la Cours tal y como la había visto apenas unas horas antes, tan sólo el maquillaje las diferenciaba, pero no había lugar a dudas de que eran la misma persona. De repente, una frase pronunciada por aquella mujer al conocerla vino a su cabeza al mismo tiempo que la imagen se convirtiera en una oscuridad absoluta. «Mis amigos me llaman Camille».

Las manos de la sombra ajustaron las cuerdas que sujetaban a la mujer al poste y sus dedos acariciaron suavemente sus brazos. Recuerdos de otro tiempo compartido vinieron a su cabeza, pero fueron inmediatamente reemplazados por el dolor de lo que había ocurrido antes, la traición que había hecho que toda felicidad compartida no tuviese ningún valor. La mujer intentó hablar, pero la mordaza se lo impedía. Intentó convocar imágenes en su cabeza, pero la sombra había bloqueado todo acceso. Intentó convocar su poder para soltar sus ataduras, pero el poder de la sombra era superior al suyo y darse cuenta de ello la desconcertó. Si su poder había crecido de aquella manera ella no sería la última víctima, todo estaba en peligro si su enemigo había aprendido tanto. La sombra se colocó frente a ella y miró profundamente en sus ojos. La mujer notó como su mente era invadida por aquella oscuridad, una oscuridad que portaba una sola frase que resonó en su mente al mismo tiempo que las llamas prendían a sus pies ascendiendo por sus ropas devorándolo todo. «Moriréis todas».

Anna se despertó aterida de frío. Estaba tumbada en el suelo de la

habitación y el fuego que la señora Prescott hacía encendido para ella hacía tiempo que se había apagado. Apenas podía mover sus brazos y sus piernas que estaban tensos y helados. Miró su mano y el anillo de Madame de la Cours aún estaba en su dedo. Sacando fuerzas de donde pudo se puso en pie y cogió su bata de encima de la cama. Cuando se la puso por encima sus miembros empezaron a entrar en calor y responder y lo primero que hizo fue quitarse aquel anillo y lanzarlo sobre la mesa como quien toca una brasa ardiendo. El anillo rodó hasta colocarse al lado del collar de María y Anna pudo ver claramente como de nuevo un breve fulgor era emitido por las dos piedras. Su cabeza estaba llena de preguntas para las que no tenía ningún tipo de respuesta, pero su cuerpo estaba demasiado cansado para permitirle concentrarse en ellas. Se metió en la cama sin quitarse la bata y desde allí, cubierta con las mantas, se quedó mirando aquellas dos piezas de joyería que parecían llamarla desde el tocador. Anna hizo esfuerzos titánicos para mantenerse despierta, debía pensar en qué significaba todo aquello, en por qué todo parecía conectarse. ¿Quién era Camille? ¿Cuál era su relación con María? ¿Quiénes eran las madres? Y, por encima de todo, ¿qué significaban sus visiones y qué tenía todo aquello que ver con ella? Pero su cuerpo pudo más y finalmente su ojos se cerraron sin que Anna pudiese hacer nada por evitarlo.

Al día siguiente se levantó casi a la hora de comer. Era evidente que su cuerpo había dicho basta y que necesitaba aquel descanso. Afortunadamente se había despertado fresca y revitalizada y en cuanto vio el anillo sobre la mesa volvió a ella su determinación de vestirse y devolvérselo a Madame de la Cours. Con los acontecimientos del día anterior su guardiana, la señora Prescott, no la dejaría salir de casa sin comer, pero no importaba, tan pronto como acabase se dirigiría a aquella casa de vicio y le cantarían las cuarenta a aquella mujer. Apenas acaba de empezar con la copiosa comida que la señora Prescott le había preparado cuando la mujer entró en el comedor.

—Discúlpeme señora, pero tiene usted una visita —dijo la mujer en su habitual tono de enfado.

—¿De quién se trata?

—Del energúme...

—Soy yo —interrumpió Gables desde detrás de la mujer haciendo que esta le echase una mirada asesina.

—Está bien señora Prescott, no importa —respondió Anna intentando calmar a la mujer sin éxito—. Adelante Andrew, ¿qué hay de nuevo? ¿Algún avance en el caso?

—Me temo que sí, aunque más que un avance parece lo contrario.

—¿Qué ha ocurrido? —contestó Anna dejando la comida a un lado.

—Me temo que nuestro asesino ha vuelto a hacer aparición.

—¡Oh, dios! —dijo Anna llevándose las manos a la boca—, ¿qué ha ocurrido?

—Hemos encontrado el cadáver de una mujer atado a un poste y calcinado en Greenwich, junto al Támesis, todo indica que la quemaron viva.

—¡Por todos los dioses, eso es horrible!

—Así es señora Parr, parece que su crueldad no tiene límite.

—Pero, ¿por qué cree que se trata de la misma persona?

—Hemos logrado identificar el cadáver por las pocas cosas que llevaba encima que no fueron destruidas por el fuego.

—¿De quién se trata? —preguntó Anna a la vez que un escalofrío recorría su espalda.

—El cadáver pertenece a Madame de la Cours.



## *Cuentos*

Las palabras del detective hicieron que Anna tuviese que agarrarse por un segundo al asiento como si su mundo se hubiese sacudido de repente. Saber que aquel asesino sin escrúpulos había arrancado una vida nuevamente era lo suficientemente terrible, pero comprender lo que significaba que su víctima hubiese sido aquella mujer la dejó sin aliento. Sus manos se aferraron al bolsillo de su vestido donde aún llevaba el anillo que pretendía haber devuelto a la mujer esa misma tarde. Sintió la tentación de contarle todo sobre él al detective, pero algo dentro de ella le dijo que probablemente pensaría que estaba loca si le contaba sus imágenes de la noche anterior y decidió callarse.

—No debería habérselo dicho, es evidente que no está usted recuperada de lo ocurrido ayer y estas emociones no le ayudarán. Es terrible que esa mujer haya muerto de esa manera, pero me temo que no había nada que pudiésemos hacer.

—Usted no lo entiende, Andrew...

—¿Qué es lo que tengo que entender?

—Esa mujer ha muerto por nuestra culpa.

—¿Nuestra culpa? ¿De dónde saca eso, señora Parr?

—Pero, Andrew, ¿es que no lo ve? Ese hombre, ese bastardo sabe que estamos tras su pista, es la única explicación. Esa mujer no tenía ninguna relación con su caso hasta que nosotros nos plantamos en su local, hasta que la

pusimos en su campo de visión. Y mire lo que ha ocurrido.

—Señora Parr, creo que está usted exagerando. Estoy convencido de que si el asesino la ha escogido como su siguiente víctima se debe exclusivamente a la casualidad. O si lo prefiere, e insiste en buscar razones, quizá por su relación con el cojo Tobías. A fin de cuentas, es el único vínculo con la muerte de la señora Eszes.

—Le repito que se equivoca, Andrew —contestó Anna tajante—. Esa mujer no tenía relación alguna con las actividades del tal Tobías, más allá del hecho de que solía frecuentar su prostíbulo, un cliente más.

—Razón de más para pensar que todo fue una casualidad, nada vincula a las dos víctimas.

—Si estuviese usted tan seguro de eso no habría asumido, como lo ha hecho, que el asesino es el mismo. Usted sabe tan bien como yo que hay una relación.

—Disculpe señora —interrumpió la voz de la señora Prescott que miraba con hastío desde la puerta—, ha llegado otro oficial de policía, dice que necesita hablar urgentemente con el detective Gables.

Anna miró al detective que le devolvió la mirada claramente sin saber qué podía ocurrir, pero que, disculpándose con Anna, salió para ver de qué se trataba. Cuando volvió apenas unos instantes después su rostro estaba mucho más serio y pálido que cuando dejó la sala.

—¿Qué ocurre? —preguntó Anna con ansiedad.

—Ocurre que quizá tenga que darle la razón.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Los hombres de la brigada han encontrado el cadáver del cojo Tobías esta mañana en el puerto. Bueno, debería decir que han encontrado parte, más concretamente la cabeza.

—¿De verdad cree usted aún que todo esto es simplemente casualidad?

—No —admitió Gables—, no puedo seguir pensándolo. Pero lo que más me asusta es lo que esto puede significar para usted.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que si el asesino sabe que estamos tras él como usted postula y esa es la razón por la que está eliminando a cualquiera de nuestras fuentes de información, es probable que también sepa quiénes somos y, en ese caso, ni usted ni la joven Kitty están seguras. Es imprescindible que dejen ustedes la ciudad.

—¿Cómo? Un segundo, no vaya tan rápido creo que está usted exagerando.

—¿Exagerando? Estamos hablando de un asesino señora mía, y uno con una especial habilidad para la crueldad y el salvajismo, si me permite decirlo. Hace un instante era usted quién intentaba convencerme de que ese hijo de puta, si me disculpa que use estas expresiones delante de usted, sabe que estamos tras él. Como oficial de policía no puedo arriesgar sus vidas. Si existe la más mínima posibilidad de que estén ustedes en peligro es mi obligación...

—¡Déjelo ya!, ¿quiere? —soltó Anna elevando el tono de voz.

—¿Que deje el qué?

—El papel de caballero en armadura resplandeciente, es irritante —soltó Anna cortando al detective—. Desde el primer momento que consentí ayudarle era consciente de dónde me metía y de que lo que estábamos investigando era un caso de asesinato. No tengo ninguna intención de darme por vencida ahora que es evidente que estamos en la pista correcta, y no creo que Kitty tenga ninguna intención de hacerlo tampoco, especialmente considerando sus sentimientos por usted.

—¿Sus qué? —respondió el detective saltando como por resorte.

—¡Oh, por favor Andrew! La muchacha está completamente obnubilada con usted. De hecho, puede usted guardar el papelito de caballero para ella que lo apreciará más que yo.

—Le puedo asegurar que yo...

—No tiene usted ninguna necesidad de asegurarme nada, a fin de cuentas, son sus vidas, no la mía. Lo que a mí me interesa es atrapar a ese malnacido y cuanto antes, mejor. Y sería usted muy torpe si no se da cuenta de la ventaja estratégica que tenemos ahora mismo.

—Pero, ¿ha perdido usted la cabeza? ¿Cómo puede hablar de ventajas estratégicas cuando es su vida la que puede estar en peligro?

—¡Es evidente que le hemos puesto nervioso! Nadie lamenta más que yo que esa mujer y ese hombre hayan tenido que pagar con sus vidas que atrajéramos su atención hacia ellos, pero si ha acabado con ellos es porque estamos en la pista correcta.

—Señora Parr —respondió el detective intentando hablar de forma calmada, aunque era evidente que no había nada de calma en él—, si cree que voy a permitir que se queden ustedes en Londres y continúen ayudándome es obvio que no se da cuenta usted de con quién está hablando.

—No, es usted el que no me entiende. No tengo ninguna intención de quedarme en Londres.

—Bueno —respiró el hombre sintiendo que finalmente Anna había entrado en razón—, me alegro de que por fin se dé cuenta de que lo mejor es...

—Kitty y yo nos vamos a Escocia. Mañana mismo, de hecho.

El detective intentó convencer a Anna de toda manera humanamente posible de que debía mantenerse alejada de nada que tuviese que ver con el caso, pero ninguno de sus intentos dio resultado alguno. Si Anna tenía algo, era una cabeza dura como las piedras y era evidente que no iba a darse por vencida. Poco sabía el detective que en realidad a Anna no le hacía ninguna ilusión tener que regresar a Escocia. Aunque la dirección que el tal Tobías les había proporcionado correspondía a una zona cercana a Edimburgo y muy alejada de las orillas del Loch donde ella se había criado, Escocia era Escocia, y este viaje era una forma como otra cualquiera de volver a casa, a una casa que ya no era suya si es que alguna vez lo había sido en absoluto. Desde el mismo momento en que se había enterado de la ubicación del tal Lord William Fitzroy, Anna había sentido como las puertas de su mente se había abierto a un montón de recuerdos que había sabido bloquear y que no hubiera querido recuperar jamás. Esa misma tarde Anna envió a Toby con una nota para Kitty pidiéndole que se reuniese con ella en su casa a la mayor brevedad. La muchacha no solo se tomó su nota al pie de la letra, sino que apareció en casa de Anna junto al muchacho. Cuando logró calmar la ya conocida emoción de la muchacha por aquella convocatoria —que evidentemente sugería algo excitante y desconocido—, le explicó los acontecimientos que habían tenido lugar y sus intenciones de no retrasar ni un momento más la visita al tal Lord Fitzroy. Kitty evidentemente, lejos de asustarse por los hechos, empezó a dar saltos de alegría emocionada por la idea de continuar con la investigación para desesperación de Gables que no tuvo más opción que darse por vencido. Acordaron que Kitty indicaría a su jefe que debía desplazarse a Escocia a cuidar unos días de una tía enferma inexistente, apelando a la conmiseración del hombre para asegurarse de que a su vuelta Kitty aún tendría un trabajo al que regresar, y en la esperanza de que algo de verdad hiciera la mentira más creíble.

Kitty apareció a la mañana siguiente con cuatro piezas de ropa dobladas bajo el brazo y un par de zapatos raídos de la mano que había cambiado por los botines de invierno que llevaba puestos. Era evidente que la muchacha no tenía más posesiones que aquellas y Anna decidió no hacer ningún comentario

que pudiese hacerla sentir mal; en su lugar, le indicó que le diera sus cosas a la señora Prescott para que lo pusiera en uno de sus baúles. A las doce en punto del medio día se encontraban en la estación de Kings Cross, dispuestas a embarcar en un tren de la compañía ferroviaria de Lancashire y Yorkshire en dirección a Edimburgo. El lugar al que se dirigían tenía por nombre Gowkshill y estaba situado a una decena de millas al sur de Edimburgo. Desgraciadamente no había tren que las llevase hasta allí, así que tenían dos opciones. Podían ir en tren hasta Edimburgo y desde allí descender en carruaje hasta Gowkshill, o bien ir hasta York y dirigirse en carruaje en dirección norte. Anna decidió optar por la primera opción que parecía la más directa.

La estación de Kings Cross rebosaba vida y Kitty no podía dejar de mirar a todas partes. El aire olía al vapor de los trenes, a la suciedad de las vías y el carbón. La cantidad de viajeros que se movían en todas las direcciones cargados de equipaje era abrumadora y hacía imposible andar, pero para la joven, que claramente no había viajado jamás en tren, todo lo que había a su alrededor le parecía maravilloso. La señora Prescott se había encargado de conseguir un mozo que les llevase el equipaje hasta el mismo andén de la estación, así que Anna y Kitty solo tuvieron que preocuparse de encontrar el vagón que les correspondía. El equipaje estuvo cargado en su compartimento justo en el momento en que el revisor recorría todo el tren indicando que quedaban sólo cinco minutos para partir, así que las dos mujeres se sentaron intentando ponerse tan cómodas como les era posible para el viaje de diez horas que les esperaba por delante. Afortunadamente, Beatrix había decidido intervenir tan pronto como Anna le explicó que debía viajar a Escocia y les había conseguido billetes en primera clase, lo cual hacía que no tuviesen que compartir asientos ni conversación con nadie más.

—¡Muchas gracias señora Parr! —dijo de repente Kitty justo cuando el tren empezaba a moverse.

—¿Gracias? ¿Por qué? —preguntó Anna respondiendo a la joven con una sonrisa mientras se retiraba los guantes de terciopelo que llevaba puestos y los dejaba en el asiento junto a ella.

—Por traerme con usted. Estoy segura de que el inspector no quería que lo hiciese, no le habrá sido fácil convencerle.

—Primero de todo, hagamos un trato. Tú me llamarás Anna y yo te llamaré Kitty, sin más señora Parr, ni tratamientos formales, ¿de acuerdo? Ya que estamos metidas en esta aventura juntas creo que es justo que nos consideremos amigas, ¿no te parece?

—Muy bien Anna, como quieras —contestó la joven con una sonrisa.

—Perfecto. Entonces, con respecto a tu pregunta, Kitty, no soy el tipo de mujer que pide permiso y creo que eso es algo que el detective ya ha entendido —continuó Anna riendo—, o eso o lo entenderá después de esto.

—Algún día me gustaría ser una mujer tan segura como tú.

—¿De verdad es esa la imagen que te doy?

—¡Oh, sin duda! Eres una mujer independiente, que toma sus propias decisiones. ¡Eso es tan poco habitual! Nunca he conocido a una mujer que se involucre en la investigación de un caso de asesinato con Scotland Yard y que trate a un detective de igual a igual. Mucho menos aún una mujer viuda. Debe ser terrible perder al amor de su vida. Yo no sé si sería capaz de volver a salir a la calle después de eso.

Anna miró fijamente a la joven y se preguntó si debía romper aquella imagen idílica del amor que inundaba sus pensamientos o dejar que fuese la vida misma quien le mostrase lo dura que podía llegar a ser. Finalmente decidió que algo intermedio era posiblemente la opción acertada.

—Me temo que no todos los amores son igual de afortunados. En mi caso, la felicidad ha sido algo esquiva; de todas maneras, cuando te ves sola y sin apoyos de ningún tipo no quedan muchas más opciones que echarte el mundo a la cabeza y continuar adelante. Aunque entiendo lo que quieres decir con respecto a lo poco común de mi caso. Sospecho que Andrew tampoco está acostumbrado a tanto libre albedrío, aunque lo disimula como puede. Probablemente lo acepta porque sabe que me necesita, nos necesita —rio Anna.

—Probablemente, pero la verdad es que hacen ustedes muy buena pareja, usted es tan decidida y él es tan valiente. —Anna se dio cuenta inmediatamente de cuál era la verdadera preocupación de Kitty y no quiso tener a la muchacha en vilo por algo que para ella no tenía mayor relevancia.

—¿Te lo parece? No sé, no es mi tipo de hombre supongo, no le encuentro ningún atractivo.

—¡Ah, ¿no? ! ¡Pensé que quizá al trabajar juntos...!

—¡Absolutamente no, no tengo ningún interés en volver a meter a ningún hombre en mi vida, mucho menos al detective! Como tú has dicho, es tan valiente que yo no podría estar al lado de un hombre que arriesga constantemente su vida —replicó Anna dándole a la muchacha exactamente lo que quería y haciendo que una sonrisa incontrolable le llenase el rostro—. Veo que tienes una gran admiración por él.

—Sí —replicó la joven sonrojándose como una manzana madura—, es la primera vez que conozco un hombre tan admirable.

Anna sonrió ante la inocencia de la muchacha e hizo un esfuerzo por recordar si alguna vez ella había tenido aquella candidez, pero fue incapaz de recordar nada parecido y, por un instante, se sintió triste. Su historia de amor, si es que había tenido algo en su vida que se pudiese llamar así, había sido muy diferente. En realidad, su matrimonio había sido concertado como muchos otros. La creencia popular era que sólo cuando un hombre y una mujer se unían con el propósito común de tener una familia que fuese tan prospera como fuese posible era cuando un matrimonio podía durar. Los sentimientos y la pasión eran tan solo estorbos en el camino que, en particular una mujer, debía evitar a toda costa. Así que cuando sus padres decidieron que había llegado el momento de encontrarle marido Anna decidió que aquella iba a ser la única oportunidad que iba a tener para salir de la sombra oscura y alargada de su madre y abrazó la opción con todas sus ganas. Pronto su padre adoptivo había encontrado al candidato ideal. Un joven y prometedor empleado de banca, hijo de una de las familias del pueblo que habían emigrado a Londres para hacer fortuna y lo habían conseguido con éxito. Sus padres, temerosos de lo que su hijo pudiese encontrar como esposa en aquella ciudad de vicio que era Londres, habían decidido buscarle una buena esposa de pueblo, bien educada, religiosa y conectora de cual debía ser su lugar y que mejor lugar para ello que su pueblo de origen. Una carta al pastor de su antigua parroquia y la candidata ideal había parecido inmediatamente, su propia hija. Anna estaba desde luego educada, hasta donde ser hija de un pastor podía permitírsele lo cual significaba que leía con fluidez en inglés y francés, sabía todas las matemáticas que necesitaría para llevar una casa decentemente y, aunque Anna no era en absoluto religiosa, ser hija de un pastor serviría como prueba de su idoneidad religiosa. Apenas tres meses después de aquella primera carta su marido se presentó en el pueblo para casarse con ella y acto seguido volver a Londres dejándola a la espera de su orden de reunirse con él en la capital. No hubo ternura, besos ni siquiera miradas cómplices. Pero Anna no lo esperaba. Aquel hombre, por otro lado, suficientemente agradable a la vista, no era para ella más que un pasaje a cualquier otro lugar, no importaba dónde. O eso había creído entonces.

El viaje transcurrió entre conversaciones banales y viajes al coche

restaurante. Kitty, tal y como Anna esperaba, no paró de hablar en todo el trayecto, pero Anna agradeció que la mantuviese entretenida de aquella manera y que le evitase pensar en todos los acontecimientos de los últimos días. Las imágenes de María en aquel templo antiguo y de Camille con aquella muchacha seguían en su cabeza sin querer marcharse. De alguna forma Anna sabía que había algo más en ellas, algo muy importante que debía conectarlo todo, pero que se le seguía escapando. En su bolso de mano, sobre su regazo, estaban las dos joyas, el anillo y el collar, y Anna casi creía que podía sentir el calor del fulgor que generaban cuando estaban la una junto a la otra, como si pudiesen reconocerse, como si la reconociesen a ella misma.

La voz del revisor anunciando que estaban punto de llegar a Edimburgo la sacó de sus pensamientos de forma abrupta. Tan pronto como el tren se paró en la estación Anna llamó a uno de los muchos mozos de equipaje que esperaban en el andén y le dio instrucciones para que cargase los tres baúles que traían consigo. Beatrix lo había organizado todo para que un coche alquilado las esperase en la estación listo para llevarlas hasta Gowkshill. En apenas unos minutos las dos mujeres y sus bultos se encontraban sentadas en el carruaje que traqueteaba por las calles adoquinadas de Edimburgo en dirección a su destino. Anna no tenía ni idea de qué podían encontrar allí; por suerte para ellas, el cochero parecía conocer bien la zona y les aseguró, en aquel delicioso acento suyo que Anna había perdido hacía mucho tiempo, que en el mismo Gowkshill podrían encontrar alojamiento en la posada del pueblo que era un local suficientemente limpio y relativamente decente. Aquellas palabras no sirvieron para que Anna y Kitty quedaran muy tranquilas, pero fuese aquella posada como fuese, tendría que servir por unos días. Anna intentó averiguar si el cochero conocía a la familia Fitzroy, pero, aunque el hombre sabía de la existencia de lo que él llamaba un casoplón inmenso cerca del pueblo, no sabía a quién pertenecía.

Cuando por fin llegaron a Gowkshill el sol ya se había puesto. El cochero paró el carruaje en medio de lo que parecía una pequeña plaza rodeada de casas de piedra gris y en la que no había ni un alma. Al fondo una de las casas proyectaba algo de luz a través de sus ventanas ayudando a que el lugar no pareciese tan lóbrego.

—Esa es la posada —indicó el hombre señalando con un gesto de la cabeza hacia la casa iluminada—, pero no se queden aquí que se van a quedar ustedes heladas, pasen dentro que yo llevo su equipaje.

Anna y Kitty hicieron caso al hombre, aunque no demasiado convencidas.



La puerta de la posada chirrió escandalosamente cuando Anna la empujó y un golpe de calor agradable las recibió. La sala era mucho más grande de lo que el edificio daba a entender por fuera. Dos grandes chimeneas ubicadas en los laterales alojaban grandes fuegos que hacían que la temperatura fuera verdaderamente agradable. En uno de los fuegos una gran pieza de carne de algún animal imposible de reconocer se asaba lentamente. La parte central de la sala era un gran mostrador que formaba un cuadrado de forma que desde allí se podía ver todo el local. El resto del espacio estaba lleno de grandes mesas de madera con sillas alrededor, pero todas las mesas excepto una estaban vacías. Tan pronto como entraron en la sala los hombres sentados a la mesa se giraron para mirar con descaro a las dos mujeres haciendo que se sintieran realmente incómodas.

—¡Bienvenidas! —dijo una voz grave de mujer desde detrás del mostrador—, ¿puedo ayudar a las señoras?

—Buenas noches —respondió Anna encaminándose hacia la mujer alta y delgada—, necesitamos habitaciones para pasar la noche, quizá varios días. Nos han dicho que esta es la única posada en el pueblo.

—Así es, pero no se preocupe, tenemos habitaciones de sobra, no solemos tener muchos visitantes. Pero una señora como usted ya se habrá dado cuenta de eso por la forma en que estos gañanes la miran —gritó la mujer claramente con la intención de que los hombres se enterasen.

—Vale, vale Morag, no hace falta ponerse así, no pretendíamos ofender —le chilló de vuelta uno de los hombres.

—Vuelve a tu cerveza Angus o tendré que llamar a tu mujer y te va a sacar de aquí a patadas para que aprendas lo que tienes que mirar. —El hombre respondió con un gruñido que fue respondido con las risas sonoras de sus compañeros y a Anna le dio la sensación de que la amenaza de la mujer no era en vano—. ¡Discúlpeles, no estamos acostumbrados a tener señoras finas de capital por aquí!

—Na gabh dragh, tha mi a 'tuigsinn —soltó Anna en un acento que dejó a Kitty descolocada.

—¡Pero bueno, si es usted escocesa! Perdóneme, no he reconocido su acento cuando entró.

—Me temo que he perdido el acento casi completamente y no queda mucho de mi lengua materna. Hace años que me fui de aquí.

—Bueno, yo siempre digo que si una nace en esta tierra se la lleva consigo allí donde vaya, así que para mí sigue usted siendo escocesa de pura

cepa y sólo por eso voy a darles las mejores habitaciones de la casa.

—Se lo agradezco muchísimo —contestó Anna con una sonrisa sincera.

—Vengan conmigo, luego les subiremos su equipaje.

La mujer les guió escaleras arriba hasta un pasillo estrecho con puertas a ambos lados. Abrió una de las puertas y le dijo a Kitty que aquella sería su habitación entregándole la llave e indicándole que su hija subiría en un momento a encender el fuego. Acto seguido llevó a Anna hasta el fondo del pasillo y abrió la última puerta. La habitación que le mostró era bastante más grande que la de Kitty, con una gran chimenea que ocupaba toda la pared del lado derecho y un gran ventanal de piedra.

—Esta es la habitación para novios, pero dado que no tenemos ninguna boda en ciernes, creo que estará usted más cómoda aquí.

—Muchísimas gracias.

—No hay de qué. Si quiere refrescarse, les tendré preparada algo de cena para cuando quieran bajar.

En ese mismo momento el cochero apareció con su equipaje y Anna les agradeció de nuevo la amabilidad a ambos. Antes de quitarse siquiera el abrigo sacó la ropa de Kitty de su baúl y fue a entregársela a su habitación al tiempo que le indicó que la recogería para bajar a cenar cuando hubiese acabado de asearse. Tan pronto como bajaron de nuevo a la sala, la mujer les puso sobre la mesa dos platos llenos de patatas hervidas, col y una cantidad enorme de haggis. Cuando Kitty vio el aspecto de aquella especie de revuelto de color oscuro y olor intenso torció el gesto, pero convencida por Anna se animó a probar un poco y acabó por devorarlo con un hambre de lobo. Anna estaba deseando poder retirarse a dormir, pero no parecía que Kitty estuviera por la labor de facilitárselo. La posadera les había traído cerveza para acompañar la cena y, mientras Anna se había mantenido alejada de ella sabedora de lo fuerte que podía ser, Kitty había acabado la suya como si se tratase de agua, lo cual hacía que estuviese aún más habladora de lo que de por sí era habitual en ella.

—Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Qué vamos a hacer con Lord Fitzroy?

—Bueno, creo que lo mejor que podemos hacer es presentarnos en su casa y tratar de sonsacarle todo lo que podamos con respecto a los libros y, con algo de suerte, averiguar si conocía a alguna de las dos víctimas.

—Pero ¿así, sin avisar? Yo no he visto un Lord en mi vida, pero estoy convencida que nos dará con la puerta en las narices.

—Sí, probablemente tengas razón, pero este señor escribe libros. Quizá

no sea tan desagradable con dos señoritas de sociedad, fanáticas seguidoras de sus obras y que han decidido emprender este viaje para conocer a su autor favorito, y conseguir que les dedique los ejemplares que he traído conmigo en uno de mis baúles.

—¿Señorita de sociedad? ¿Yo? Creo que se va a dar cuenta de que soy lo más alejado de eso que se puede encontrar en cuanto abra la boca. Por no hablar de mi ropa.

—Puede que tengas razón y sea mejor que intentes hablar lo menos posible y pasar por una tímida muchacha de clase alta, pero por la ropa no debes preocuparte. La señora Prescott me ha preparado tres baúles para este viaje, sospecho que debe haber enviado todo mi armario conmigo. Así que, mañana nos vamos juntas a ver al tal Lord William y vamos a utilizar nuestras mejores armas de mujer para persuadirle de que nos lo cuente absolutamente todo.

Esa noche Anna no pudo dormir. Quiso culpar a la cama, pero sabía que esa no era la razón. Los rostros de María y Camille seguían viniendo a su cabeza cada vez que cerraba los ojos y sus palabras volvían a resonar en su mente una y otra vez. De repente se dio cuenta de algo en lo que no había caído hasta ese momento. Tanto la visión de María como Camille cuando la conoció en persona se habían dirigido a ella con el mismo término. Hermana. Podía recordarlo con claridad. No le había dado ninguna importancia cuando lo había escuchado, pero ahora no podía evitar preguntarse por qué dos mujeres que no la conocían de nada se habían dirigido a ella de una manera tan extraña. Ni por qué aquel término hacía que su piel se erizase. Desde la muerte de Camille, Anna había estado dándole vueltas a cuál era la relación entre las dos víctimas, qué unía a aquellas mujeres además de su asesino y de repente lo veía claro como el agua. ¿Cómo podía no haberse dado cuenta antes? Había un nexo de unión que no había considerado hasta entonces, ella misma. Las apariciones de María susurraban su nombre y en realidad habían sido el desencadenante que la había llevado hasta Camille. Le había dicho al detective Gables que la razón de la muerte de Camille era que, en su busca del asesino, ellos habían acabado en el jardín de Core, pero ¿y si esa no fuese la verdadera razón? ¿Y si aquellas mujeres estuvieran relacionadas de una forma que nadie conocía? ¿Y si de alguna forma ella tuviese algún papel en aquella relación? Un estruendo terrible la sacó de su ensimismamiento. La ventana de

la habitación se abrió de repente golpeando contra el marco de piedra, aunque milagrosamente no se rompió. Anna la cerró inmediatamente y vio que se había desatado una tormenta y que un viento endemoniado barría la plaza del pueblo. Su piel se erizó y Anna quiso creer que se debía al frío de la noche, pero una parte dentro de sí sabía que la tormenta se había desatado también en su interior.

Anna se despertó tan pronto como el sol salió e inundó toda su habitación. No recordaba a qué hora había logrado por fin quedarse dormida, pero sabía que no había sido pronto. Sin embargo, su cuerpo se encontraba fresco y lleno de energía así que su humor, normalmente terrible a primera hora, era bastante bueno y casi estaba excitada por la pequeña aventura que Kitty y ella tenían por delante.

Cuando acabó de arreglarse bajó las escaleras hasta el comedor y la posadera la recibió con una sonrisa sincera.

—Ya le tengo el desayuno listo, espero que tenga hambre porque les he preparado algo contundente.

Anna se sentó a la mesa y acto seguido Kitty hizo aparición casi dando saltos alrededor de la mesa como una niña pequeña.

—Veo que has descansado bien.

—La verdad es que sí, caí en la cama como si me hubieran dado un martillazo por la cabeza. Supongo que fue la cerveza —rio la muchacha.

—Probablemente —le respondió Anna uniéndose a las risas.

El desayuno fue tan contundente como les habían prometido. Era evidente que la dueña de la posada se estaba desviviendo por ellas y por su bienestar y aquello provocó en Anna una calidez en su interior y un aluvión de recuerdos. Aquella forma de ser cercana, sincera y amable era lo que recordaba de su infancia en Escocia, algo inherente al carácter escocés que no había podido encontrar en la falsedad y la vida impostada de la gran ciudad. Era verdad que Anna había crecido en la Escocia rural donde aquel carácter era aún más marcado. Suponía que en una ciudad como Edimburgo las cosas no serían tan diferentes a Londres, pero, por un segundo, Anna echó de menos estar rodeada de gente buena y sincera, alguien que no buscara ningún interés en su trato con ella. Una categoría en la que, de aquellos que la rodeaban en Londres, sólo podía incluir a Beatrix y a la señora Prescott. Sus ojos se fijaron en la joven Kitty que devoraba con ansia unos huevos revueltos con salmón y se dio

cuenta de que ella también entraba en aquella categoría de personas sin dobleces y de sinceridad absoluta. Personas en las que lo que se ve es lo que hay y alrededor de las cuales uno se sentía relajado y sin necesidad de ser nada más que lo que uno era.

—Disculpe señora —dijo la posadera acercándose hasta la mesa con algo en la mano.

—No se preocupe, dígame.

—Acaban de dejar esto para usted —dijo entregándole un sobre de color sepia.

—¿Para mí? —preguntó Anna extrañada mientras cogía el sobre de sus manos. Nadie sabía que se encontraba en aquella posada, ni siquiera Gables o Beatrix. «¿Quién puede enviarme esto?»

Sus manos recorrieron el sobre que no tenía nada más escrito en el exterior aparte de su nombre. Al abrirlo, una tarjeta de color dorado apareció en el interior. Estaba hermosamente decorada con flores en el mismo color, Anna pudo reconocer que se trataba de una invitación antes incluso de leer el texto de la tarjeta y quedarse pálida.

—¿Qué ocurre Anna? ¿Son malas noticias?

—Es...es una invitación a un baile de gala, esta noche.

—¿Una invitación? Pero, ¿de quién?

—Bueno, eso es lo sorprendente. Es una invitación de Lord Fitzroy para un baile en Gowkshill Manor esta noche.

—¿Cómo? Pero, ¿cómo sabe ese hombre quién eres? Y, ¿cómo ha sabido que...?

—¿Que estamos aquí? Yo me estoy preguntando lo mismo. Esto no tiene ningún sentido.

—Anna, esto es muy extraño. Quizá deberíamos olvidarnos de nuestro plan y volver a Londres. Hay algo que no me gusta.

—Pues creo que te va a gustar aún menos...

—¿Por qué? —respondió Kitty asustada por la insinuación.

—Porque la invitación es para las dos —le contestó tendiéndole la invitación donde claramente se podía leer su nombre bajo el de Anna.

—Ahora sí que estoy sinceramente asustada. —Y su mano alcanzó la medalla que llevaba al cuello en un acto reflejo—. Supongo que no te estarás planteando acudir, ¿verdad?

—Bueno...

—¿Bueno? Anna, este señor ha averiguado de alguna manera quienes

somos y que hemos venido hasta aquí por él. Yo no sé nada de caza, pero esto suena a trampa de cazador. Lo mejor que podemos hacer es volver a Londres cuanto antes.

—Espera un segundo. Hemos venido hasta aquí para hablar con este hombre y aclarar su papel en la muerte de dos mujeres. ¿En qué cambia nuestro plan que nos haya invitado él?

—En que nuestro disfraz de seguidoras de su obra ya no servirá. Si ha averiguado quienes somos y donde estamos, ¿quién sabe qué más puede saber?

—Exacto, no me cabe duda de que igual que ha averiguado quienes somos, habrá hecho lo mismo con nuestras intenciones y, aun así, nos ha invitado a su casa. Una persona que quisiese ocultar algo no haría eso, ¿no te parece?

—Yo sigo pensando que todo esto es muy raro.

—Lo es. Pero tú querías una aventura, muy bien, pues ya tenemos nuestra aventura.

Se miró en el espejo y se atusó el pelo que se había recogido de la mejor manera posible. Colocó sus pechos nuevamente dentro del escote del vestido esperando que no le diese ningún disgusto aquella noche. No estaba acostumbrada a llevar vestidos con los hombros descubiertos. En realidad, era curioso que la señora Prescott hubiese escogido precisamente aquel vestido, sin duda alguna el más elaborado de los pocos vestidos de fiesta que poseía y el único que nunca había llegado a usar. Había tenido que encargarse que se lo hiciesen cuando su marido había sido invitado a una cena de gala organizada por el dueño del banco para el que trabajaba, cena a la que se esperaba que asistiese nada menos que el Príncipe de Gales. En un intento de captar la atención de las personas influyentes que se esperaban en aquella fiesta de cualquier manera posible, su marido le había instruido para que no escatimase en el coste a la hora de asegurarse que su vestido fuese digno de atención. Y así lo había hecho. Desgraciadamente, apenas una semana antes de poder usar aquella maravillosa pieza de sastrería los médicos habían confirmado su incapacidad para tener hijos y el infierno se había desatado a su alrededor. El vestido y ella misma se convirtieron en cosas sin utilidad alguna relegadas a un rincón oscuro de la casa. Mientras sus manos se deslizaban por la suave seda de color rojo sangre del vestido Anna no pudo por menos que pensar que ya era hora de que ambos, el vestido y ella misma, dejaran la oscuridad.

Se puso los guantes cortos de encaje negro que tenía sobre la mesa y cogió

el abanico y el chal que acompañaban al vestido dispuesta a salir en busca de Kitty, cuando algo llamó su atención desde el espejo. No sabía muy bien por qué, pero a la hora de decidir con qué adornarse aquella noche había escogido ponerse el hermoso collar de María y el anillo de Camille. En el espejo, las dos lágrimas de cristal que adornaban las joyas parecieron refulgir por un instante como si le recordasen que estaban allí, junto a ella y Anna no pudo evitar que un escalofrío recorriese su espalda. Su mente sabía que no hacía frío en aquella habitación, que aquella reacción suya nada tenía que ver con la temperatura que la rodeaba, pero intentando engañarse a sí misma se colocó el chal sobre los hombros y salió al pasillo. Kitty la estaba esperando a la puerta de su cuarto y casi la arrolló cuando intentó salir.

—Perdón, iba a llamar ahora mismo —dijo mirándola de arriba abajo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Anna al ver la cara de preocupación de la joven.

—Iba a preguntarte qué tal estaba, pero creo seriamente que es mejor que vayas sola. ¡Estás hermosísima! A tu lado voy a parecer ridícula y te voy a deslucir.

—No digas tonterías, estás preciosa. No estaba segura de si alguno de mis vestidos te quedaría bien, pero ese es exactamente de tu talla y ese tono de verde hace juego con tus ojos. Lo único que necesitas es ponerte esto —dijo Anna tendiéndole un collar sencillo de oro con una sola piedra de color azul.

—¿Esto? ¡De ninguna manera, si lo pierdo me muero! Voy bien así.

—Llamarás mucho más la atención si no llevas ninguna joya, es un baile. Además, este collar me lo regaló mi difunto esposo, no me lo pongo nunca y es una pena porque es muy bonito. Al menos contigo tendrá la oportunidad de hacer aquello para lo que fue creado, ser hermoso.

Kitty aceptó a regañadientes y las dos mujeres bajaron al comedor listas para ser recogidas por el coche que las llevaría hasta Gowkshill Manor. En cuanto aparecieron en la sala todos los hombres se giraron para mirarlas pillados por sorpresa por lo que se mostraba ante sus ojos.

—¡Están ustedes preciosas, parecen dos reinas! —les espetó la posadera en cuanto las vio recibéndolas con una sonrisa inmensa—. El coche ya las está esperando fuera.

La mujer había contratado al mismo cochero que las había traído desde Edimburgo y aquello dejó a Anna más tranquila. Ya era noche cerrada, pero las mantas que el hombre había puesto sobre el asiento las protegieron del frío en el corto trayecto hasta la mansión. Cuando el coche se acercaba a la casa

podieron ver que el último tramo del camino había sido iluminado con velas colocadas en postes altos que guiaban a los carruajes en la oscuridad hasta la explosión de luz que era la mansión. Anna había visto muchas de aquellas mansiones antes gracias a Beatrix, pero aquella era probablemente una de las más grandes. La entrada de la casa tenía un gran pórtico de piedra al que se ascendía por unas grandes escaleras desde el patio de entrada donde los carruajes de los invitados que ya habían llegado se acumulaban desordenadamente. El conductor llevó su vehículo hasta el mismo pie de la escalera donde dos criados de la casa las ayudaron a bajar del carruaje y les indicaron que debían ascender la escalinata hasta la entrada principal. Las dos mujeres obedecieron y, al llegar a la parte superior, otros dos criados, esta vez de claro origen indio, ataviados con turbantes y vestimentas largas de vivos colores cubiertas de brocados, les indicaron el camino al interior guiándolas hasta un salón de baile inmenso bañado en una deliciosa luz dorada. Los ojos de Anna se iluminaron al ver lo que se mostraba ante ella y no fueron los únicos.

—¡Santa María santísima! —soltó Kitty sin poder reprimir su sorpresa.

—¡Es increíble!

Si la casa era impresionante en su exterior, el interior lo era aún más. El salón no era un salón estrictamente hablando, al menos no al estilo de las casas de Londres a las que estaba acostumbrada Anna. El espacio que se desplegaba ante sus ojos era inmenso y hacía al mismo tiempo las veces de sala de recepciones y hall de entrada puesto que al fondo de la sala una gran escalera ascendía hasta los pisos superiores. Por todas partes había grandes plantas claramente importadas de ambientes más cálidos y que, junto con la indumentaria de los sirvientes que se paseaban entre los invitados ofreciendo bebida y comida, y el intenso olor a algún tipo de incienso que Anna desconocía, le daban un aire exótico que invadía todos los sentidos. Tan pronto como entraron en aquel espacio se sintieron transportadas a algún otro lugar, un lugar mágico y misterioso. Por todo el salón había una gran cantidad de gente repartida en corrillos, charlando animadamente. Los vestidos de las señoras denotaban que aquellos invitados tenían una alcurnia considerable y Anna empezó a preocuparse por cómo iban a integrarse en aquellos círculos sin llamar la atención y, aún más importante, cómo conseguirían acercarse a Lord Fitzroy.

—Es algo especial, ¿verdad? —resonó una voz a su espalda y las dos mujeres se giraron para encontrarse con un hombre mayor, probablemente



cercano a los ochenta años, que se había colocado a su lado y miraba al salón como ellas.

—Verdaderamente lo es —respondió Anna tan amable como pudo—. Lord Fitzroy no ha escatimado esfuerzos para hacer que sus invitados vivan una experiencia inolvidable.

—¡Oh, siempre lo hace! Sus fiestas son memorables, aunque todo el mérito se debe a su esposa. Lady Fitzroy es la verdadera responsable de esta belleza.

—No tengo el gusto de conocer a Lady Fitzroy.

—No se preocupen, estoy seguro de que tendrán la oportunidad esta noche, Lady Fitzroy nunca se pierde una celebración como esta.

—Y, ¿qué es exactamente lo que estamos celebrando? —interrumpió Kitty.

—¿Qué le parecería el hecho de estar vivos? —le contestó el hombre con una sonrisa. En ese momento uno de los sirvientes se acercó hasta ellas con una bandeja de copas llenas de un líquido dorado. Anna cogió una de las copas y se giró para ofrecérsela al anciano, pero este había desaparecido.

—¿Dónde ha ido?

—No tengo idea, Kitty, pero supongo que le volveremos a ver. Demos una vuelta por el salón y busquemos un sitio discreto donde poder colocarnos hasta que Lord Fitzroy decida hacer aparición.

Se colocaron en el lateral este del salón, junto a unas puertas de cristal que daban paso a una terraza desde la que se podían ver los grandes jardines que rodeaban la casa y que estaban iluminados con las mismas velas en postes del camino de entrada. Desde allí pudieron observar con discreción al resto de invitados. Mientras para Kitty todo era nuevo y digno de admiración y sospecha, Anna no veía a su alrededor nada más que los comportamientos aburridos y pretenciosos de la alta sociedad con los que convivía cada día en Londres debido a su trabajo. Probablemente en el grupo de gente que se mostraba frente a ella hervían las mismas ansiedades, necesidades y deseos que en la gran capital. Madres buscando maridos convenientes para sus hijas, hijas que cotilleaban a espaldas de sus supuestas amigas haciendo escarnio de sus ligerezas, maridos y padres en busca de amante con la que entretenerse no siempre a escondidas de sus esposas, hombres de negocios en busca del dinero que les salve de la ruina y el éxodo social y, en general, una cantidad inmensa de intereses de todo tipo. Eso era lo que hacía que valorase aún más a Beatrix. A pesar de ser un miembro de esa sociedad y de saber jugar a ese juego con maestría extrema, Beatrix siempre había sido una amiga fiel que

había estado a su lado desde el día que la conoció y que aún seguía haciéndolo. Beatrix era lo único que le hacía conservar algo de esperanza en una sociedad de la que Anna siempre se había sentido completamente desconectada.

De repente, un gran murmullo recorrió el salón y Anna y Kitty dirigieron su mirada hacia la fuente del sonido. Ascendiendo por la escalera, el hombre frágil que había hablado con ellas unos instantes antes se colocó de pie en el noveno o décimo escalón de cara al salón.

—¡Amigos míos! Me alegra enormemente que todos vosotros hayáis podido estar aquí compartiendo esta velada con este viejo decrepito.

—¡No me digas que ese es...!

—Lord Fitzroy. Me temo que sí —respondió Anna sin poder retirar sus ojos de aquel hombre que las había engañado tan hábilmente.

—Empiezo a estar muy preocupada.

—No debes, esto no cambia nada para nosotras. Él sabe quiénes somos y nosotras quién es él.

—Creo que, en ese juego de saberes, él tiene más cartas...

—Pero por más que lo intentéis no podéis engañarme —continuó la voz del hombre—, soy consciente que no estáis aquí para ver a este pobre anciano celebrar lo poco que le puede quedar de vida. Estáis aquí atraídos por la belleza y la luz de mi esposa como moscas a la miel. —Y todo el salón estalló en una carcajada. —Muy bien, pues no os haré esperar más. ¡Aquí tenéis a la princesa Baharati de Allahabad, lady Fitzroy, la luz de mis días!

El hombre se giró para mirar escaleras arriba al mismo tiempo que un murmullo de admiración recorría la sala y Anna no pudo evitar sentir la misma emoción que se palpaba en el salón cuando sus ojos se fijaron en la mujer que descendía lentamente por ella. La elegancia de aquella criatura excedía todo lo que ella hubiese visto jamás. Alta, delgada y con un tono de piel que, aunque era más claro que el de los sirvientes que había visto esa noche, no dejaba lugar a dudas de su origen hindú. Su cuerpo estaba ceñido por un vestido de seda de color dorado que acentuaba sus formas. Sus pies descalzos y sus manos estaban cubiertas de dibujos de color ocre oscuro y adornados con anillos de oro. En su rostro una cadena del mismo material unía dos pendientes dorados, uno en su oreja y otro en su nariz. Su pelo, negro como el ala de un cuervo brillaba suelto y liso tras ella recorriendo toda su espalda y cubierto por un velo dorado. Sus labios rojos como una granada madura y sus ojos, oscuros y profundos como el cielo nocturno, hacían imposible retirar la

mirada de su rostro. La mujer descendió lentamente hasta colocarse al lado de su marido que cogió dulcemente su mano y juntos se adentraron en el salón. La pareja fue saludando entonces uno por uno a todos los invitados, tomándose su tiempo, haciendo sentir a todos los asistentes que eran el centro del mundo, como si nadie más estuviese en la sala, contribuyendo a que aquel encantamiento que había comenzado con la entrada de la mujer perdurase eternamente. Cuando por fin llegó el turno de Anna y Kitty, fue la mujer quien habló, con una voz que recordaba al agua de un arroyo.

—¡Querida señora Parr, me alegro mucho de que haya decidido usted aceptar nuestra invitación, y que haya traído con usted a la señorita St. John!

—Es un placer estar aquí Lady Fitzroy —contestó Anna de manera formal—, aunque he de decir que ha sido una sorpresa recibir su invitación. No éramos conscientes de que sabían ustedes que estábamos de visita en Gowkshill.

—¡Habría pensado usted las cosas más extrañas! —rio la mujer y su risa era deliciosa—, William ya me ha dicho que ha tenido el gusto de charlar con ustedes al principio de la velada, pero ni siquiera ha tenido la delicadeza presentarse. Espero que sepan ustedes perdonarle, la edad le ha vuelto un poco cascarrabias y olvidadizo —continuó la mujer agarrando la mano de su esposo en un gesto cariñoso—. En realidad, es mucho más sencillo de lo que parece. Uno de mis criados las vio llegar a la posada y le preguntó al cochero por sus nombres. Pensamos que dos señoras como ustedes agradecerían algo de entretenimiento civilizado como a mi esposo le gusta llamar a estas reuniones. Espero que no les molestase.

—¡Oh, al contrario, Lady Fitzroy! En realidad, estamos aquí por su esposo. Somos ávidas lectoras de sus obras y ya que debíamos venir a Edimburgo pensamos que podríamos conocer al autor —mintió.

—En ese caso, creo que el destino las ha traído hasta aquí, porque en realidad es a mi esposa a quién buscan.

—Lo que mi marido intenta decir —dijo la mujer al ver la confusión en el rostro de Anna—, es simplemente que las historias que aparecen en sus libros son historias tradicionales de mi tierra que yo le he contado a lo largo de estos años.

—Así es, yo simplemente me he limitado a hacer de escriba, pero la voz que ustedes escuchan en esas historias es la de Baharati.

—Lleva usted un collar y un anillo verdaderamente hermosos —interrumpió de repente la mujer—, tendré que empezar a pensar que es el

destino quien verdaderamente las ha traído aquí.

—¿Por qué lo dice?

—Porque las piedras que adornan sus joyas son muy apreciadas en mi cultura, de hecho, tienen un nombre muy hermoso, las lágrimas de Saraswati.

—La madre del conocimiento, la esposa de Brahma.

—Así es, veo que conoce usted a mis dioses.

—Tan solo lo que he podido leer en los libros de su marido, pero he de reconocer que son historias difíciles de olvidar.

—Esas historias contienen el saber del tiempo, señora Parr, siempre es acertado prestarles atención.

De repente, alguien desde el otro lado de la sala levantó la voz.

—Lady Fitzroy, no nos haga sufrir más, ¡cuéntenos un cuento!

—¡Sí, por favor! —respondió otra voz.

—¡Un cuento, sí! —replicaron otras.

—Creo que no puedes negarte a la petición de tu audiencia, querida —le dijo Lord Fitzroy.

—Muy bien, como deseen —respondió la mujer con una amplia sonrisa—. Si me disculpa, señora Parr. Será para mí un placer continuar hablando con ustedes algo más tarde si lo desean.

—El placer será nuestro, Lady Fitzroy —respondió Anna y la mujer se alejó hacia el centro del salón. Colocándose en una especie de plataforma cubierta de cojines que Anna no tenía duda que había sido posicionada adelantándose a aquella petición, la mujer se sentó colocando las piernas a un lado y con un movimiento pausado y lleno de gracia se retiró el velo que le cubría la cabeza. Si aquella mujer había parecido hermosa cuando hizo su entrada en el salón, en aquel momento parecía una auténtica diosa sacada de una leyenda de un lugar exótico y un murmullo de admiración recorrió de nuevo el salón reafirmando los pensamientos de Anna. Los criados que se encontraban en el salón apagaron estratégicamente algunas de las lámparas de la sala consiguiendo un efecto de luz parecido a un atardecer. Al mismo tiempo, algunos de los pebeteros que emitían aquel olor dulce e inolvidable parecieron intensificar su emisión y la mente de Anna, como la de todos los presentes, empezó a viajar llevados por el sonido dulce y susurrante que salía de los labios de la mujer.

*Mucho tiempo antes de que el mundo fuera mundo y de que los pájaros llenaran los cielos, antes de que las aguas del mar humedecieran la tierra y*

*mucho tiempo antes de que el hombre la horadase con sus pies, el universo ya era el universo pues el universo siempre ha sido. En él los dioses vivían en armonía asegurando que los ciclos de principio y fin se respetasen y repitiesen una y otra vez sin cesar, hasta el final de los tiempos cuando el universo debiese dejar de ser. Sus manos capaces de moldear la energía misma del mundo manejaban con dulzura todo lo que les rodeaba.*

*Brahma, el señor de todos los dioses, guiaba los pasos de sus hermanos y hermanas a fin de que todo se mantuviera dentro del orden supremo como siempre había sido. En aquel tiempo nuestro mundo era tan sólo piedra fría y oscura, sin vida, sin luz. El buen dios Brahma volvió sus ojos hacia esta piedra y decidió que no era justo que estuviese en la oscuridad, así que cogió la luz de su propio pecho y la depositó en el corazón de aquel mundo frío y pedregoso. Gracias a la cálida luz de Brahma, esta roca que era nuestro mundo se iluminó y se volvió cálida y acogedora, fértil. Pero Brahma deseaba que nuestro mundo de piedra tuviese vida y para ello no era suficiente con que la roca tuviese el calor y la luz para mantener la vida; necesitaba una vida que mantener. Así, Brahma montó en su carro mágico y cruzó el universo para hablar con su hermano Shiva y pedirle ayuda para crear la vida. Shiva, reticente al principio a usar su poder creador en una simple roca, finalmente accedió convencido por su esposa Sati de que aquel sería un hermoso regalo. Convencido, Shiva cogió su jarra mística que contenía la Amrita, el néctar de la inmortalidad, y le agregó las semillas de los árboles y los animales, desde el más grande al más insignificante y todos los trató con la misma dulzura. Una vez llena, se la entregó a Brahma y le pidió que con su poder trajese el agua sobre la roca hasta que esta estuviese inundada. Una vez que el diluvio hubiese inundado la tierra solo debía colocar la jarra entre las aguas y pronunciar unas palabras mágicas que le susurró al oído para que esta hiciese el resto. Brahma obedeció a su hermano, agradecido por su ayuda, y tan pronto como colocó la jarra como Shiva le había indicado la vida empezó a fluir de ella y sus semillas se diseminaron por el mundo. Y Brahma lloró de felicidad al ver lo que había sido creado.*

*Durante mucho tiempo Brahma y el resto de los dioses disfrutaron de la belleza de su creación que llenaba sus sentidos como ningún otro lugar en el universo. Y quién más disfrutaba de aquel hermoso jardín era la diosa Saraswati, la esposa de Brahma. Le gustaba andar descalza entre las flores y las hierbas que plagaban los campos, bañarse desnuda a la luz de la luna*

*en los arroyos y en los mares, descansar a la luz cálida del sol del atardecer en las faldas de las montañas mientras pájaros de miles de colores revoloteaban a su alrededor como si quisieran agradecerle lo que su esposo había creado. Pero un día, mientras dormía junto a un estanque lleno de flores de loto, Saraswati tuvo un sueño en el que aquel paraíso era destruido y, con toda certeza, supo que aquel sueño era una predicción del futuro. Saraswati supo entonces que no podía permitir que aquella belleza fuese dañada en forma alguna, que era necesario que aquel regalo de los dioses fuese protegido; así que voló más allá del sol del amanecer para encontrarse con su esposo y comunicarle aquello que la angustiaba.*

*—¿Qué es lo que te ocurre, esposa? ¿Cuál es el problema, luz del día? —le dijo Brahma al verla visiblemente preocupada.*

*—Tengo miedo, esposo mío, miedo de perder el hermoso regalo que nos has hecho —y le contó su sueño. Brahma, que sabía de las dotes adivinatorias de su esposa, no dudó por un instante que aquella visión era verdad y abrazándola le dijo:*

*—Si las cosas han de ser cómo las has visto en tus sueños, la solución es clara, luz del día. Deberé crear a un guardián, un pastor que cuide de las criaturas de nuestro jardín para que nada pueda dañarlas.*

*Así Brahma y Saraswati se amaron aquella noche como lo habían hecho siempre, quizá con mayor intensidad de la que les había arrebatado nunca, pero en lugar de derramarse en ella, Brahma vertió su esencia sobre una hermosa flor de loto que su esposa había traído del jardín. Después depositó el loto en un lugar donde pudiese recibir la luz del sol del amanecer. Cuando Saraswati se despertó al día siguiente, sobre el loto se encontraba un hermoso joven, creado a imagen y semejanza de Brahma. Una criatura nacida del amor de Brahma y Saraswati y de la luz del sol; porque eso son los hombres, criaturas de amor y luz. Aquel joven fue el primero de nosotros, y su nombre fue Manushya. La diosa Saraswati, al ver al joven sintió un inmenso amor por aquella pequeña criatura y decidió que no debía estar solo, así que le rogó a su esposo Brahma que crease una compañera para él y el dios así lo hizo. Cogió la flor de loto de la que había nacido Manushya, la regó con la luz brillante y poderosa de la luna y le pidió a Saraswati que le diera su aliento, y así fue como Shatupra llegó a ser.*

*Manushya y Shatupra vivieron felices en el jardín de los dioses por muchos años rodeados de sus hijos, los hijos de sus hijos y los hijos de estos que se extendieron por toda la tierra y formaron pueblos. Y todos ellos*

veneraban a Manushya como su rey, el primer rey de los hombres, un rey sabio que velaba por el bienestar de todos, que cuidaba del jardín de los dioses y al que sus hijos amaban sinceramente. Sus vidas fueron largas, pues Brahma les protegía de toda enfermedad o daño y el jardín les proveía de todo cuanto pudiesen desear, pero a pesar de ello, todo ciclo llega a su fin y el día llegó en el que la vida de Shatupra se agotó. Su pérdida sumió a Manushya en un terrible dolor y la soledad ahogó su corazón. Colocó su cuerpo en la cima de una montaña, desde donde Shatupra pudiese ver el cielo cada amanecer y cada atardecer como siempre le había gustado hacer, y en aquel lugar Saraswati hizo nacer un hermoso árbol de jazmín para recordar siempre su bondad y su amor.

Durante meses Manushya vagó por los campos y los montes, los ríos y los desiertos llorando a su esposa perdida sin que nada ni nadie pudiese ofrecerle consuelo alguno hasta el punto de que sus hijos creyeron que la pena les haría pronto perder al padre bien amado. Hasta que un día, mientras arrastraba sus pies por un camino polvoriento, Manushya oyó una canción que venía de un arroyo cercano. Al acercarse para escuchar mejor aquella melodía Manushya se encontró con que esta provenía de los labios de una joven que se bañaba desnuda en el arroyo, ajena a su mirada. Ante la visión de los pechos turgentes de la muchacha y de la sonrisa del color de la granada madura que iluminaba su rostro, Manushya cayó completamente enamorado de ella y sólo pudo desde ese momento pensar en poseerla. Su nombre era Shatindra y aunque él no lo sabía, sería la perdición de todos los hombres.

Tan pronto como volvió a su hogar, Manushya envió orden de que la joven y su familia se presentasen ante él y así lo hicieron. Cuando aparecieron ante Manushya, Shatindra, comprendiendo que solo había una cosa que su rey pudiese querer de ella, se presentó vestida con sus mejores galas dispuesta a sacar el mejor partido de aquella situación. Sin perder un segundo Manushya acordó con el padre de la muchacha que esta se convertiría en su nueva esposa, a lo que el hombre aceptó encantado. Pero Manushya no estaba dispuesto a esperar el tiempo necesario para la preparación de la boda así que, sin respetar la tradición ni el luto por su primera esposa, metió a Shatindra en su cama esa misma noche para horror de sus hijos que sintieron como la memoria de su madre era ofendida. Incluso antes de que la boda tuviese lugar, Shatindra mostró a todos los que la rodeaban qué clase de mujer era, comportándose de forma mezquina y

*altanera con todos aquellos que se cruzaban en su camino. Y la gente lloró al darse cuenta cuán diferente de Shatupra era aquella mujer. Pero nadie podía suponer lo que ocurriría después.*

*Shatindra pronto comprendió que el vigor de Manushya, que tenía tantos años como el mismo mundo, no era suficiente para satisfacer sus apetitos y comenzó a buscar otros lechos en los que dar rienda suelta a sus instintos. Y el hombre elegido para ello fue Mahesh, el hijo menor de Manushya. Mahesh y Shatindra se atrajeron el uno al otro cómo las moscas a un panal de miel pues los dos poseían el mismo corazón frío y oscuro. Mahesh, el menor de veinte hermanos, sabía que no era su destino suceder a su padre en el trono y eso le comía por dentro hasta devorarle las entrañas, pues su hambre de poder no tenía límite alguno. Un hambre que Shatindra supo acentuar llenando sus oídos de palabras dulces que le alababan por encima de sus hermanos y su propio padre.*

*—Estoy segura de que tu padre esconde de ti los secretos del mundo que Brahma le ha transmitido, secretos que solo tu deberías conocer. ¡Imagina el poder que ello puede darte! Si tan solo tú fueras rey. Podríamos estar juntos para siempre, nada ni nadie podría separarnos jamás y yo no tendría que compartir jamás el lecho de otro hombre.*

*Aquellas palabras alimentaron la oscuridad que habitaba en Mahesh como un veneno lento pero seguro hasta que, finalmente, Mahesh acudió a ver a Manushya para reclamar aquello que creía que le correspondía. Sin embargo, si Mahesh había esperado que Manushya reconociera su valía y le daría un lugar de honor a su lado, se equivocó completamente. Manushya, que, aunque amaba enormemente a su hijo sabía de su naturaleza oscura, replicó diciendo que para un padre todos sus hijos son iguales en sus ojos y en su corazón y que no le pondría por encima de sus hermanos que eran mayores que él.*

*Mahesh abandonó la casa de Manushya montando en cólera y volvió a los brazos de Shatindra. Cuando le contó lo que había ocurrido, la mujer, lejos de recriminarle su torpeza, utilizó sus palabras envenenadas para asegurarse de que su ambición no disminuiría un ápice.*

*—Mi amado, no debes preocuparte porque tu padre no quiera darte un lugar a su lado como crees merecer porque, en realidad, tú mereces mucho más, a mis ojos tú eres más que un rey, tú eres un dios y como tal es el poder de Brahma lo que debes buscar. Los dioses son injustos con nosotros los hombres, nos tratan cómo si fuéramos sus esclavos que cuidan de su*



*hermoso jardín; pero en realidad este jardín nos pertenece y con él todos los misterios de la vida que nos rodea. Sin embargo, Brahma se niega a compartir su conocimiento y su poder con nosotros, sólo Manushya sabe de sus secretos. Y ese es el poder que debes encontrar, amado mío, el poder de un dios. Consigue el poder de los dioses y juntos gobernaremos este mundo para siempre.*

*Aquella idea envenenada anidó en el corazón de Mahesh como una serpiente y desde ese momento, todos sus actos fueron encaminados a una sola cosa, alcanzar el poder de los dioses. Mahesh se convirtió en el hijo perfecto, respetuoso de su padre, protector de su familia y el mejor guardián posible del jardín. Y su padre creyendo que su hijo había cambiado por fin, llenó su corazón de orgullo por el hombre que Mahesh era y, casi sin darse cuenta, empezó a pasar más y más tiempo junto al joven, hasta el punto de que los hombres comentaban como Mahesh era el bastón en el que Manushya y su reinado se apoyaba. Pero nadie podía ver que todo era una estrategia para ganarse la confianza de su padre. Así, cada vez que salían a recorrer el jardín, Mahesh le preguntaba discretamente por la creación de todas aquellas cosas hermosas que les rodeaban, pero la respuesta de Manushya siempre fue la misma.*

*—Esta belleza nació del amor de los dioses. —Y le contó la historia de la jarra mística de Shiva y las palabras de la creación.*

*Mahesh supo tener paciencia y no mostrar su frustración ante las respuestas de su padre y así fueron pasando los años y Manushya fue haciéndose cada vez mayor. Hasta que un día, mientras paseaban junto al árbol de jazmín sobre la tumba de Shatupra, Mahesh le preguntó de nuevo a su padre.*

*—Padre, no lo comprendo. ¿Cómo puede surgir todo esto tan sólo del amor y la palabra de los dioses? ¿Qué pasará si los dioses necesitan crear la vida nuevamente? ¿Recordarán cómo debe hacerse?*

*—No debes preocuparte hijo mío —dijo sin ver la trampa en la que estaba cayendo—, pues Brahma y Shiva se han asegurado de que esas palabras estén escritas en piedra para que duren eternamente y están a buen recaudo en una caverna que nadie conoce.*

*—¿Nadie? ¿Ni siquiera tú, padre? Pero, ¿qué pasará si los dioses se olvidan de donde está la caverna? —Manushya se quedó pensativo por un momento y, sin poder ver el error que cometía finalmente le confesó a Mahesh donde se encontraba la caverna para que pudiese protegerla*

*cuando él ya no estuviese.*

*Esa misma noche, sin perder un instante, Mahesh y Shatindra fueron en busca de la caverna y la encontraron donde Manushya le había indicado, en lo alto de una montaña cubierta por la nieve eterna y desde donde se podía ver el mundo entero. Al adentrarse en ella, vieron que una gran luz lo llenaba todo, una luz que provenía de una tabla de piedra llena de inscripciones que parecía flotar en el vacío de la cueva. Mahesh no dudó un instante y agarró la tabla apretándola contra su pecho. La tabla era pesada, pero sus ojos la recorrieron leyendo cada una de sus palabras. En ese instante la cueva, que había sido creada por Brahma para evitar que nadie pudiese acceder a la tabla, empezó a derrumbarse y Mahesh corrió hacia la salida seguido de Shatindra. Justo cuando se acercaban a la salida el suelo de la cueva se derrumbó tras Mahesh dejando a Shatindra atrapada. La mujer gritó con todas sus fuerzas pidiendo a su amado que le ayudase a cruzar el gran espacio vacío que ahora les separaba, pero para ello Mahesh debía soltar la tabla que llevaba en brazos y, para horror de Shatindra, se dio la vuelta y la dejó para morir en aquella cueva; pues para Mahesh ni siquiera el amor era más importante que su sed de poder.*

*Cuando Brahma descubrió lo que había ocurrido montó en cólera por la traición de las criaturas a las que había creado de su propio ser y a las que había dado todo el amor del mundo. Su primera idea fue pedirle a su hermano Shiva que destruyese a los hombres hasta que no quedase de ellos ningún recuerdo; pero su otro hermano, Vishnu, que había sido el encargado de preservar la creación, le pidió que no lo hiciera y que les castigase de otra manera. Así Brahma decidió que los hombres no eran merecedores de los regalos que les había hecho y que a partir de ese instante deberían enfrentar la vejez y la enfermedad, que sus vidas serían cortas y que deberían subsistir con aquello que el jardín pudiese ofrecerles hasta el día en que demostrasen ser dignos nuevamente de su amor.*

*Por su parte, Mahesh asumió todo el poder que las palabras de la creación le daban y logró escapar del castigo de muerte de Brahma y vivir eternamente; pero su cuerpo, que no era más que un cuerpo mortal, no estaba preparado para el poder de los dioses y se convirtió en una criatura horrenda de piel oscura y ojos de reptil que a la que Brahma castigó a vagar por la tierra eternamente sólo y apartado de todos los hombres. Y desde ese día, su nombre no es ya Mahesh sino el maldito, la sombra y su única meta es crear el caos y la destrucción hasta el día en que pueda vengarse de los*

*dioses.*

Cuando el cuento terminó un estruendo de aplausos recorrió todo el salón y fue como si, de repente, todos los asistentes hubiesen recuperado el aliento que habían contenido durante toda la historia. Tal había sido el efecto de las palabras de aquella mujer. Anna no pudo evitar unirse a aquel reconocimiento increíblemente emocionada no tanto por la belleza de la historia sino por la forma en la que aquella mujer era capaz de transmitirla. Ahora entendía por qué su marido no había podido evitar el deseo de poner aquellas historias en papel y compartirlas con el mundo; lamentablemente su talento como escritor no podía igualar el de su esposa como contadora de historias. Como si la mujer hubiese podido escuchar sus pensamientos, su rostro se giró para mirarla fijamente y sonreírle con una dulzura inmensa.

La fiesta prosiguió como cualquier otra fiesta de sociedad y no hubo más oportunidades de escuchar nuevas historias; de hecho, Anna no volvió a ver a Lady Fitzroy en la siguiente hora y pensó que quizá se había retirado a descansar. El ruido de la gente hablando y riendo a su alrededor mezclado con la música y los intensos aromas de la sala de repente se volvieron cargantes y Anna se sintió un poco mareada.

—Creo que necesito un poco de aire, será mejor que salga a la terraza.

—¿Quieres que te acompañe?

—Quizá sería mejor que intentases ver si puedes encontrar a Lord Fitzroy y hablar con él un poco más, a ver qué es lo que podemos descubrir de nuestros anfitriones.

—De acuerdo, me daré una vuelta a ver si está por algún lado. ¿Nos vemos aquí en un rato?

—Sí, intenta que parezca que te diviertes.

—En realidad lo estoy pasando bastante bien, está siendo una noche de lo más sorprendente —replicó Kitty con una sonrisa—, a ver cómo acaba...

Anna salió por las puertas dobles del fondo de la sala que daban a la gran terraza. El aire fresco de la noche hizo que se sintiera inmediatamente recuperada y reclinada sobre la balaustrada mirando hacia el jardín se sintió por un momento lejos de todos los acontecimientos recientes de su vida, tan solo importaba el presente y el presente le hacía sentirse serena.

—Es muy hermoso cuando está iluminado, ¿verdad? —resonó la voz de Lady Fitzroy tras ella haciendo que Anna se girase.

—Sí, sí lo es. Tiene cierta calma que, de alguna forma, se transmite a quien lo mira.

—Debería usted verlo a principios de verano cuando las flores lo llenan todo de color. La explosión de alegría y luz es tan inmensa que, en esos días, me recuerda mucho a mi tierra —dijo acariciando la balaustrada con sus manos hermosamente decoradas con aquellos tatuajes.

—Debe ser difícil para usted. Quiero decir que Inglaterra debe ser muy diferente de su país, el clima sin ir más lejos.

—Lo es, y no puedo decir que no lo extraño, pero mi gente suele pensar que la vida te lleva a donde debes estar justo cuando debes estar. No creemos en el azar. Siempre hay una razón para todo lo que nos ocurre, señora Parr.

—Yo también lo creo, pero ese determinismo me da algo de miedo. Quiero pensar que aún me queda la posibilidad de cambiar algo de mi futuro, que no todo está escrito.

—¡Oh, por supuesto que puede cambiarse! Pero digamos que hay determinadas etapas que debemos cumplir sí o sí. Nuestras elecciones marcan las bifurcaciones del camino, pero el camino ya existe.

—Es una idea con la que puedo comulgar —respondió Anna sonriendo a la mujer—. Hablando de destino, ¿puedo preguntarle cómo es que se convirtió usted en Lady Fitzroy?

—En realidad mi matrimonio fue concertado, como es tradición entre mi pueblo. Mi padre es el Rajá de Allahabad. Cuando los británicos invadieron el país mucha de mi gente quería levantarse en armas, hacerles frente, pero mi padre supo ver que eso sólo traería un baño de sangre y desgracia para su pueblo. Así que decidió firmar un tratado con los ingleses. Lord Fitzroy acabó siendo designado gobernador de la región y, como tal, prácticamente vivía con nosotros. Mi padre acabó por comprender que este matrimonio sería conveniente para ambas partes y para calmar cualquier posible ansia de revuelta contra los ingleses. Como ve no es una historia llena de romanticismo, pero debo reconocer que he sido afortunada, William es un buen hombre.

—Es evidente que le tiene a usted adoración, sólo hay que ver la introducción que le ha hecho. Por cierto, su historia, su forma de contarla debería decir, ha sido muy hermosa.

—Muchas gracias señora Parr, es usted muy amable. Mi pueblo tiene tradición de contar sus historias en las familias, las aldeas, los pueblos. En cualquier reunión alguien tiene una historia que contar y todos las escuchamos

atentamente porque contienen la sabiduría de nuestros antepasados que llega hasta nosotros en forma de palabras. Debería usted prestarles atención, hay muchas verdades en los cuentos de nuestros mayores.

—Bueno, quiero creer que estos cuentos y leyendas son formas de contar el mundo de forma que cualquiera pueda entenderlos...

—¿Quiere decir que no cree usted que Manushya y Mahesh existieron alguna vez, que son inventados?

—Bueno —balbuceó Anna sin saber si aquella era una pregunta con trampa —, sí, eso es lo que creo.

—Seguro que se ha dado usted cuenta de que en mi historia salen elementos que usted seguramente ha escuchado en otras historias de otros lugares. El diluvio, el hombre creado a imagen y semejanza del dios, el jardín de los dioses, el mundo creado por la palabra. ¿Cómo explicaría usted esto?

—Bueno, supongo que una misma historia puede transmitirse a través de los pueblos y dar lugar a diferentes variantes que todos ellos incorporan a sus creencias. Esos elementos ya aparecen en la mitología asiria y sumeria, y posteriormente en la hebrea y de ahí al cristianismo.

—Exacto. Y, sin embargo, todos esos pueblos las han considerado suficientemente importantes para que los elementos clave no se vean alterados a pesar del paso del tiempo. ¿No cree que eso puede ser porque quizá su relevancia es grande?

—Supongo que es posible, sí —respondió Anna algo desconcertada por la lógica del razonamiento de aquella mujer—. Pero no dejan de ser historias bellamente contadas.

—Lo importante de la historia no es quién la cuenta sino quien la escucha. Lo único relevante es lo que decides hacer con ella, Anna —dijo usando su nombre de pila—. ¡No cierres tus ojos a la verdad que te rodea, hermana!

Aquella palabra dejó a Anna paralizada y de repente sintió como le faltaba el aire y su cabeza daba vueltas y sentía que perdía el conocimiento. Cuando sus ojos se abrieron se encontraba en un salón mucho más pequeño, recostada en un diván rodeada de Kitty y uno de los sirvientes.

—Menos mal, ¡vaya susto nos has dado!

—¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Has perdido conocimiento, te has caído redonda en la terraza. Te han traído hasta este salón para que la gente no te sofocase. ¿Quieres beber algo? Te hará sentirte mejor.

—Lady Fitzroy...

—Sí, ¿qué ocurre con ella?

—Lady Fitzroy estaba conmigo en la terraza...

—Me temo que se equivoca señora, yo estaba junto a usted y estaba usted sola cuando de repente se desplomó al suelo —replicó el joven sirviente con un acento muy marcado.

—No es verdad, ella estaba a mi lado, estábamos hablando...

—Lo lamento señora, pero Lady Fitzroy se retiró a sus habitaciones hace más de una hora. Quizá estaba usted con alguien más y yo no lo vi —añadió el joven intentando no resultar ofensivo para Anna.

—Probablemente —dijo Anna, aunque sabía que aquella no era la verdad, al menos, no la que ella había vivido.

—Creo que será mejor que nos vayamos —dijo Kitty—, la noche ha sido muy larga y si los Fitzroy se han retirado no vamos a conseguir sacar nada más de esta fiesta. ¿Podrás caminar hasta el coche?

—Sí, creo que sí —respondió Anna levantándose lentamente. El sirviente las acompañó hasta el coche para asegurarse de que Anna estaba bien y sólo las abandonó cuando el cochero le confirmó que él se hacía cargo de todo. Anna no dijo una frase en todo el camino hasta la posada y Kitty, como adivinando que no era el momento, le permitió aquel instante de silencio. Sin embargo, en la cabeza de Anna había una palabra que se repitió una y otra vez hasta que finalmente se quedó dormida. Hermana.

El sol la encontró despierta, sentada al tocador de la habitación, mirando su propio rostro en el espejo. No podía recordar cuántas horas llevaba así. Aunque había conseguido quedarse dormida, terribles pesadillas en las que revivía las muertes de María y Camille habían hecho aparición. Podía ver el cuerpo de María desangrándose colgada de aquella pared y el de Camille devorado por las llamas, y sólo un sonido acompañaba a esas escenas, la voz de aquellas mujeres llamándola con el mismo apelativo usado por Lady Fitzroy, hermana. Ya no había lugar a más excusas ni a más dudas. No tenía idea de cómo ni por qué, pero ahora estaba segura de que ella era el punto de unión entre todas esas mujeres. Por qué ella precisamente era algo que no podía responder, nunca había conocido a esas mujeres antes, ni siquiera tenían un entorno común, pero todas ellas se dirigían a ella con la misma familiaridad. Anna sintió como una rabia desconocida se empezaba a apoderar de ella, rabia por no poder comprender, rabia porque ninguna de aquellas

mujeres le contase toda la verdad, una rabia que no podía contener ya más. María y Camille estaban muertas, y sus espíritus, fantasmas o lo que quiera que fuese que se aparecía ante ella no parecían querer decir más de lo que ya le habían contado; pero Lady Fitzroy era un asunto diferente. Aquella mujer estaba a un paso de ella y Anna sabía que no le había contado todo lo que sabía. Había venido hasta Gowkshill para aclarar la implicación de Lord Fitzroy en las muertes de aquellas dos mujeres y no pretendía marcharse sin que Lady Fitzroy le diera toda la información que tuviese, hasta la última palabra.

Se vistió con las ropas más cómodas que tenía y se colocó un par de botas de montar. La combinación era extraña, pero no le importaba nada. Cogió su viejo abrigo azul y bajó al comedor en busca de la posadera.

—¡Buenos días señora Parr! —le recibió la mujer con su habitual sonrisa.

—Buenos días. No se moleste en prepararme el desayuno hoy, por favor, no tengo tiempo para eso —le soltó dejando a la mujer sorprendida por lo repentino de la respuesta—. ¿Sabría decirme cuánto puedo tardar en llegar a la mansión de Lord Fitzroy desde aquí a pie?

—¿A pie? Supongo que le llevará más o menos una hora, pero no hay ninguna necesidad. El cochero de anoche no está disponible hoy, pero si me da un momento puedo preguntar en el pueblo si alguien más puede llevarla.

—No, no, se lo agradezco, pero no es necesario. Me vendrá bien estirar las piernas un poco.

—Como quiera, pero hoy hace un día de los mil demonios, sospecho que tendremos una buena tormenta más tarde.

—En ese caso será mejor que me dé prisa. —Y sin decir una palabra más salió de la posada como alma que lleva el diablo.

La posadera no se había equivocado en su descripción del tiempo. El viento era especialmente intenso ese mañana y el cielo tenía un color gris oscuro que no dejaba lugar a dudas de que, más tarde o más temprano, se desencadenaría una tormenta de proporciones bíblicas. Anna dudó por un segundo si debía volver a la posada y o correr el riesgo de que la tormenta la pillase a medio camino, pero la ansiedad por hablar con Lady Fitzroy y aclarar toda aquella situación pudo más y siguió caminando. La carretera que llevaba a la mansión discurría entre campos de cultivo y cercados llenos de ganado con unos pocos árboles repartidos aquí y allí, ningún lugar donde poder refugiarse ni por un instante del viento frío que le cortaba la cara. Cuando por fin vio la verja de la mansión al final del camino se sintió aliviada

al pensar que podría ponerse a cubierto al menos por un rato. Empujó la verja con sus dos manos y por un instante temió que estuviese cerrada, pero esta cedió sin problemas y se abrió para dejarla pasar. Anna miró a su alrededor y sintió que algo era diferente de la noche anterior. El camino de ascenso y los terrenos que lo rodeaban parecían descuidados y casi abandonados, como si nadie se hubiese encargado de su mantenimiento en mucho tiempo. Anna supuso que al pasar por allí en medio de la noche y con la decoración de velas y los trajes vistosos de los sirvientes no se había percatado de la realidad, pero aquella idea solo pudo calmarla por un instante, el tiempo que tardó en llegar hasta la gran entrada de la casa y comprender lo que se presentaba ante sus ojos. La gran mansión iluminada de la noche anterior había sido reemplazada por una versión diferente de sí misma, en visible estado de abandono. El gran patio de entrada y la escalera de ascenso estaban cubiertos de hojas y la maleza había crecido por todas partes reclamando el espacio como propio. Los grandes ventanales del frontal estaban cubiertos con portones de madera que hacía tiempo que habían perdido su color y no había rastro de presencia alguna alrededor.

«No puede ser, esto no tiene sentido», pensó Anna e inmediatamente se dirigió hacia el lateral de la casa que daba a los jardines en busca de alguien que pudiera darle una explicación, cualquiera. Si la noche anterior los jardines habían sido una hermosa visión hoy parecían un campo de cultivo abandonado. No había flores, las fuentes estaban vacías y sucias y era evidente que hacía tiempo que nadie había prestado atención alguna a la vegetación de forma que era difícil distinguir el jardín del bosque que rodeaba la casa. Incapaz de comprender todo lo que estaba viendo Anna no se dio cuenta del hombre que se encontraba frente a ella y chocó contra él cayendo hacia atrás y acabando sentada en el suelo.

—¡Vaya, discúlpeme la señora! ¿Se encuentra usted bien? —dijo agachándose junto a ella para ayudarla a levantarse.

—Sí, sí, no se preocupe, ha sido culpa mía, iba mirando al jardín —contestó Anna. El hombre que estaba frente a ella era considerablemente alto y con una barriga acorde a su altura. Llevaba una chaqueta vieja de pana y una gorra hecha del mismo material y tenía una cara y una sonrisa que inspiraban confianza. —Estoy buscando a Lord y Lady Fitzroy, pero no sé muy bien por dónde se accede a la casa. ¿Puede usted ayudarme?

—¿A Lord y Lady Fitzroy dice? ¿Está usted segura? —preguntó el hombre visiblemente confundido.



—Sí, claro, quedé con ellos ayer en que me pasaría a despedirme —  
mintió.

—¿Ayer? Me temo que eso es imposible, señora mía.

—¿Qué quiere decir con imposible? —le contestó Anna ofendida.

—Bueno, me refiero a que Lord Fitzroy murió hace diez años, así que a menos que vea usted fantasmas, señora mía, es poco probable que haya usted podido hablar con él.

—¡Eso es imposible, yo he estado en una fiesta en esta casa anoche, con otro centenar de personas, y Lord Fitzroy estaba allí tan vivo como lo estamos usted y yo!

—¿Una fiesta? ¿En esta casa? ¿No se habrá confundido la señora de casa? Este casoplón lleva cerrado desde la muerte del viejo. Como murió sin hijos lo heredó un sobrino que vive en las Américas y nunca viene por aquí. Ya le digo, diez años cerrada. A mí me pagan una miseria para que venga de vez en cuando a comprobar que nada se haya venido abajo, pero aparte de eso, la casa está tan muerta como su dueño.

—Le repito que eso es imposible, lo vi con mis propios ojos.

—Bueno, pues si la señora no me cree coja usted por este camino hasta el fondo del jardín donde empieza el bosque y se encontrará con la tumba del viejo —respondió el hombre enfadado por la falta de fe de aquella mujer—. Y, por cierto, es imposible que hubiese una Lady Fitzroy porque el viejo no se casó nunca.

Anna enfiló el camino sin ni siquiera despedirse del hombre que hizo algún comentario con respecto a los modales de las señoras que Anna no pudo oír bien. Su cabeza daba vueltas sin poder comprender nada. Era imposible que hubiese imaginado todo aquello, Kitty estaba también allí, ella podría corroborarlo, y los otros invitados también. Pero, al mismo tiempo, Anna sabía que era imposible que la casa hubiese entrado en ese estado de abandono en una noche. La lógica le decía que era imposible que se tratase del mismo lugar y, sin embargo, otra parte de sí le decía que sí lo era, aunque no pudiese explicar lo ocurrido la noche anterior. Cuando llegó al final del camino, ante ella apareció una especie de mausoleo de granito, no demasiado alto, imitando un pequeño templo y en su interior una única lápida de mármol gris con un único nombre. William James Alexander Fitzroy. Las fechas no dejaban lugar a dudas, aquel hombre había fallecido casi diez años antes. Bajo el nombre un listado de títulos cantaba sus alabanzas y, entre ellos, Anna comprobó que figuraba el de gobernador de Allahabad. Al menos aquello

cuadraba con las palabras de Lady Fitzroy la noche anterior. Anna buscó alrededor, pero no pudo encontrar otras lápidas, tal y como el hombre le había indicado, no había evidencia de ninguna Lady Fitzroy. Anna sintió como si le hubiesen colocado una enorme piedra encima. Sus esperanzas de aclarar su papel en las muertes de María y Camille, y de poder atrapar al asesino que las había cometido se habían esfumado dejándola con un misterio aún mayor, uno que tenía que ver con ella misma.

El graznido de un cuervo la sacó de su ensimismamiento y le hizo comprender que no había nada para ella en aquel lugar. Sus pasos lentos y pesados la llevaron de vuelta al camino que se alejaba de la mansión. Antes de cruzar la verja, Anna se giró de nuevo para mirar a la casa por última vez y, por un segundo, la imagen que se mostró ante ella era la que recordaba de la noche anterior, la gran mansión hermosa y llena de vida, y hasta creyó ver en uno de los ventanales el rostro de Lady Fitzroy que le sonreía; pero un instante después la imagen fue reemplazada por la realidad, la casa oscura y abandonada, tan muerta como sus ocupantes.

El camino de vuelta a la posada se le hizo eterno. La tormenta había empeorado y caminar contra el viento era más difícil por momentos. Una tromba de agua empezó a descargar justo cuando entraba en la plaza del pueblo y Anna dio las gracias de que no la hubiese pillado más lejos o habría llegado empapada.

—¡Señora Parr, déme su abrigo y siéntese junto al fuego que entre en calor! —le dijo la posadera en cuanto la vio entrar.

—Muchas gracias, la verdad es que lo agradeceré, vengo helada —replicó Anna, aunque sabía que el fuego no podía hacer nada con el tipo de frío que ella sentía.

—¿No está con usted su joven amiga? —preguntó la mujer claramente sorprendida de que hubiese llegado sola.

—¿Se refiere a Kitty? ¿Por qué habría de estar conmigo?

—Se levantó un poco después que usted y tampoco quiso desayunar. Salió a la calle sin decir a dónde iba, así que supuse que iba tras usted.

—¿Tras de mí? Eso no es posible, ella no sabía a dónde me dirigía —respondió Anna con preocupación—. ¿Sería posible enviar a alguien a buscarla? No es propio de ella ausentarse así, quizá si...

La puerta de la posada se abrió de repente golpeando contra la pared y el cochero de la noche anterior entró en la posada corriendo cargando algo en brazos.

—¡Ayuda, rápido, llamad al médico! —gritó—. La he encontrado tirada en el camino, está desfallecida.

Anna miró horrorizada al cuerpo que llevaba en brazos y comprobó que era el de Kitty, empapada y completamente desnuda. El hombre corrió escaleras arriba con el cuerpo de la joven, con Anna y la posadera corriendo tras él. Metieron su cuerpo en la cama cubriéndola con mantas mientras la mujer encendía el fuego de la habitación y le gritaba a su hija que fuese en busca del médico. Unos minutos más tarde, un hombre mayor y bajito, con gafas y un maletín negro apareció en la habitación y les pidió a todos que salieran de la sala incluida Anna sin que sus protestas sirviesen de nada. Anna no se movió de la puerta de la habitación en todo el rato que el hombre estuvo dentro y, cuando por fin la puerta se abrió y el doctor salió de nuevo, supo inmediatamente que algo no estaba bien.

—¿Cómo se encuentra doctor? —preguntó Anna con ansiedad intentando controlar el temblor de sus manos.

—Se encuentra en estado de shock, pero creo que se recuperará —dijo el hombre quitándose las gafas—, ahora mismo lo más importante es que descanse. Cuando esté despierta necesitaré hacer una nueva exploración para comprobar cómo evoluciona el daño.

—¿El daño? ¿A qué se refiere, qué ha ocurrido?

—Me temo, señora Parr, que su amiga va a necesitar de todo su apoyo cuando despierte.

—Y lo tendrá, no lo dude por un segundo, pero, ¿qué es lo que no me está usted contando, doctor? Si debo ayudarla necesito saberlo todo.

—Lo comprendo, señora Parr. —Y el hombre hizo una pausa para coger aire. —Su joven amiga ha sido violada de la forma más terrible que he visto jamás.

Y en ese momento, Anna pensó que sus piernas no podrían soportar más su peso y se derrumbaría, así que se apoyó con la mano en la pared.

—Hay una cosa más. Su amiga conservaba esto en su puño —dijo el hombre mientras le entregaba un pedazo de papel. Cuando Anna lo cogió y leyó la única frase que contenía todo su mundo se vino abajo.

*Una a una pagaréis, hasta que todas las hojas hayan caído y solo queden cenizas..*

Sabía que había cometido un error, uno que podía alejarle de su objetivo. Su deseo había tomado las riendas sin dejarle pensar adecuadamente. No era la primera vez, sus instintos siempre habían podido más que su raciocinio. Un defecto que los siglos no habían sido capaces de cambiar; en todo caso, cada vez le costaba más resistirse al poder absoluto de sus pasiones. Su pasión por la sangre, por el dolor ajeno, por la muerte. Ni siquiera se trataba de sexo; nunca lo había sido. La piel de aquella joven le había embriagado, pero no por la necesidad de poseerla sino de que ella se supiese poseída, no por su tersura, sino por las ansias de desgarrarla, no por su olor dulce y limpio sino por su afán de corromper esa pureza. ¡Oh, cómo había disfrutado aquel momento! Eso era algo que el sexo no podía ofrecerle, sólo la muerte y el dolor podían permitirle alcanzar el éxtasis. Había logrado parar a tiempo, justo antes de que su deseo por la muerte de la joven lo destruyese todo. El hombre la había encontrado justo donde él la había dejado, en el lugar exacto para que fuese encontrada. Cuando vio como levantaba su cuerpo inerte para depositarlo en su carro un pellizco de remordimiento le invadió el corazón. Debería haberla matado. ¿Qué importaba una muerte más? Pero sabía que esta sí podría tener importancia en su plan, había sido mejor así. Ya encontraría alguien más con quién satisfacer sus instintos. Ya habría otras muertes, de eso estaba seguro.

## *Opio*

Las dos mujeres paseaban por uno de los caminos centrales de Hyde Park en dirección al palacio de Kensington protegiéndose con sombrillas del calor de Julio. El parque estaba repleto de gente aquella mañana, desde niñeras que habían sacado a los chiquillos bajo su cargo a jugar al parque con sus cometas, a caballeros de grandes bigotes que se paseaban en corrillos discutiendo sobre política y, por supuesto, toda la alta sociedad londinense tan ansiosa por disfrutar del poco sol que la ciudad les ofrecía como cualquier otra persona.

—¡Me alegro de que por fin te hayas decidido a salir, no puedes pasarte todo el día encerrada entre tus libros!

—Lo sé, Kitty, pero ya sabes que no puedo con esta frustración —contestó Anna—, ni con esta angustia tampoco. Hace ya cuatro meses.

—Lo sé, créeme que lo sé, intento no contar los días, pero es casi imposible.

—Perdóname —replicó Anna dándose cuenta de su error—, aquí estoy yo volcando mis frustraciones en ti en lugar de ayudarte.

—¿Ayudarme? Nadie podría haberse compadecido más de mí, por dios, ¡si hasta me has llevado a vivir a tu casa!

—Eso no lo he hecho por compasión, Kitty, sino porque verdaderamente disfruto de tu compañía —le replicó con una sonrisa—. Creo que he pasado demasiado tiempo sola. Además, la señora Prescott está encantada.

—Eso es porque sabe que te doy la misma tabarra que ella con que vas a caer enferma.

—Eso es verdad —rio Anna.

Los últimos cuatro meses habían volado sin que Anna se diera apenas cuenta. Tras las devastadoras noticias de lo que le había ocurrido a Kitty en Escocia Anna había insistido en traerla de vuelta a Londres tan pronto como fuese posible, pero el doctor se negó de forma tajante hasta que hubiese recuperado las fuerzas, lo cual les hizo estar en aquella posada varios días. Habían mantenido a Kitty sedada durante al menos los dos primeros días, así que no hubo forma de averiguar por ella misma lo que le había ocurrido y aquel vacío de información destrozó los nervios de Anna que se sentía tremendamente culpable por haberla dejado sola. La mujer segura que Kitty tanto admiraba había sido remplazada por una mujer frágil y apesadumbrada por la pena y la culpabilidad.

Cuando Kitty despertó por fin nadie se atrevió a explicarle lo que le había ocurrido dado que ella parecía no recordar nada; solo Anna se dio cuenta de que sus ojos reflejaban un miedo que no tenían antes y comprendió que, en realidad, la muchacha estaba intentando guardarse un dolor que solo acabaría por destruirla. Anna quería hacer lo único que sabía que podría ayudar a la joven en aquel momento, abrazarla y llorar con ella, sin preguntar nada; pero también sabía que no podía permitirselo, la nota que el doctor le había entregado y que guardaba en su bolsillo se lo impedía. Le costó encontrar el valor, pero finalmente fue capaz de enseñarle la nota y, comprender que lo que le había ocurrido no había sido fruto de la casualidad o la mala suerte, que su atacante no era un depravado cualquiera sino alguien que la había escogido de forma deliberada como víctima, hizo que Kitty se rompiera finalmente y fuese capaz de contarle a Anna lo que había vivido. La muchacha no recordaba haberse levantado aquella mañana de la cama y no recordaba tampoco haber salido en su busca, como la posadera había descrito. Su primer recuerdo eran las ramas de los árboles cortándole las manos y la cara mientras ascendía por el bosque lejos del camino. No sabía dónde iba, o quizá sí porque era como si sus pies la guiasen de forma automática. Recordaba haber llegado a una especie de claro rodeado de árboles densos que impedían ver nada más allá del espacio que delimitaban. De repente algo saltó sobre ella, al principio pensó que debía tratarse de un animal, tal era su fuerza y su rabia. Pronto se dio cuenta de que era un tipo diferente de bestia. La criatura la apretaba con sus brazos ahogándola con su peso de forma que no podía moverse. Intentó

gritar, pero las palabras se negaban a salir de su boca, no podía emitir sonido alguno. El único sonido que podía percibir eran las palabras de aquella criatura, palabras que resonaban en su mente, palabras mudas. «Ahora sabrás cuál es vuestro lugar». De repente notó como la criatura destrozaba sus ropas y abría sus piernas con sus rodillas sin que ella pudiese hacer nada para evitarlo pues aquel ser era mucho más fuerte que ella. Un instante después un dolor terrible recorrió su cuerpo cuando la criatura la desgarró al penetrarla. Quiso perder el conocimiento, les rogó a todos los dioses que la librasen de aquel dolor, pero la criatura no sabía de dioses y continuó de una manera brutal. Kitty quiso morir en aquel momento, al menos la muerte sería una escapatoria y casi pensó que lo había conseguido cuando recibió aquel golpe terrible en la cabeza. Lo siguiente que recordaba eran las manos del hombre que la había encontrado, cubriéndola con algo cálido y susurrándole que pronto estaría bien. Las últimas palabras que oyó antes de perder el conocimiento.

La muchacha no pudo continuar, pero tampoco hacía falta. Aquel relato y aquella nota que temblaba entre sus manos solo significaban una cosa. Aquella criatura que había matado ya a dos mujeres sabía quiénes eran, sabía qué hacían en Escocia y aquella era su forma de hacérselo saber. Anna sintió que no podía más, que los secretos que guardaba empezaban a pesar demasiado, especialmente cuando esos secretos podrían ser los responsables de lo que le había ocurrido a aquella persona de la que se sentía responsable. Así que allí, en aquella habitación de una posada de pueblo, le contó todo lo que sabía. Le habló del fantasma de María y de su conversación con Camille, de sus visiones y del collar y el anillo que aún conservaba. Le contó su conversación con el jardinero de la casa de Lord Fitzroy y cómo nada de lo que habían vivido juntas la noche anterior parecía ahora ser verdad. Anna sacó todo de su pecho en la esperanza de que aquello pudiese ayudar a Kitty, que, de alguna manera, sirviese para que no quisiese continuar, que la odiase si fuese necesario, pero que hiciese cualquier cosa por alejarse de ella y de aquel misterio que estaba llenando sus vidas de desgracia, y recuperase su existencia tranquila y feliz si es que aquello era posible. Sin embargo, la reacción de Kitty la pilló completamente por sorpresa. Kitty la miró fijamente a los ojos y le habló con una serenidad que la dejó atónita.

—Gracias por compartir conmigo esta verdad, tu verdad, pero si estás esperando que me aleje de todo esto es porque aún no me conoces. Esta criatura no me ha atacado por mi relación contigo, ni siquiera por estar

involucrada en la investigación del detective Gables. Este monstruo me ha atacado por ser mujer. Para él soy un castigo que debe servir de ejemplo y amenaza para todas las mujeres. Pagareis todas. ¿A quién crees que se refiere con todas? Su venganza es contra las mujeres y no me cabe ninguna duda al respecto. Es probable que todas sus víctimas tengan algo en común que ahora mismo se nos escapa, pero su venganza va mucho más allá. Su única meta es llenarnos de miedo, del mismo miedo que muchos hombres nos han inculcado a lo largo de la historia y que ese miedo no nos deje ser quienes debemos ser. Sus palabras mientras abusaba de mí fueron muy claras, quería ponerme en mi lugar, bajo él, a su servicio, un objeto a su disposición. Y eso, Anna, es algo que no voy a tolerar. Por culpa de ese miedo mi madre fue usada y descartada, por ese miedo tuvo que renunciar a mí, por ese miedo tu marido te dejó a un lado cuando no podías concebir hijos, como quien aparta una vaca estéril de su rebaño. No sé tú, Anna, pero yo no quiero seguir viviendo con miedo.

Aquellas palabras despertaron en Anna un fuego que, por un segundo, había perdido. En aquel instante decidió que haría todo lo que fuese necesario para encontrar a aquel asesino, para aclarar el porqué de las muertes de María y Camille y cuál era su papel en aquel misterio. Lo haría por Kitty y por el resto de mujeres que como ella había sido obligadas a vivir en el miedo, incluida ella misma.

Unos días después volvieron a Londres y Anna le pidió a Kitty que se quedase a vivir con ella. Una parte de ella lo hacía porque aún se sentía culpable, pero la otra parte lo hacía porque ella tampoco quería estar sola. Kitty dejó su trabajo en la biblioteca y, gracias a la inestimable ayuda de Beatrix, empezó a trabajar en una tienda de telas del barrio de Kensington. Si al principio la joven había creído que aquel entorno era demasiado elegante para ella, en apenas un par de semanas estaba plenamente integrada y al menos parecía feliz. En sus ratos libres ayudaba a Anna, que se había volcado por completo en su investigación, intentando leer tanto como le era posible sobre las leyendas de la india, intentando averiguar quién podría ser la mujer que se les había presentado como Lady Fitzroy, y cualquier detalle sobre María y Camille que les ayudase a entender el misterio del que ahora formaban parte. Su contacto con el detective Gables se había reducido enormemente. El hombre, al conocer la noticia de lo acontecido en Escocia, se había sentido terriblemente culpable por haberlas dejado marchar. Aquello, unido a que su asesino no había vuelto a hacer aparición lo que había hecho que fuese requerido para nuevos casos, provocó que sus visitas a la casa de Anna se



espaciaran cada vez más. Anna era consciente de que aquello entristecía a Kitty que aún seguía claramente ilusionada con el hombre, hasta el punto de ignorar de manera casi dolorosa los avances del hijo de la dueña de la tienda en la que trabajaba, claramente enamorado de ella.

Las dos mujeres volvieron a casa de su paseo por el parque cuando el sol empezaba a caer. Anna se disponía a ascender los peldaños que la llevaban a la puerta cuando, de repente, alguien la arrolló haciéndola caer al suelo arrastrando a Kitty en la caída.

—Pero, ¿por Dios bendito...? ¿Puede usted mirar por dónde va? —gritó al joven de unos quince años responsable del golpe. Pero no recibió respuesta. En su lugar el muchacho lanzó algo sobre su regazo y salió corriendo como alma que lleva el diablo sin siquiera mirar atrás.

—¿A qué ha venido eso? ¿Te encuentras bien? —preguntó Kitty levantándose del suelo y sacudiéndose el vestido para después ayudar a Anna a hacer lo propio—. Esta gente no tiene modales.

—No ha sido casualidad —respondió Anna.

—¿Cómo?

—Que no ha chocado con nosotras por casualidad. ¡Mira! —dijo mostrándole el sobre amarillento que el joven le había lanzado—. Será mejor que entremos.

Tan pronto como entraron en la casa y le dieron las sombrillas de mano a la señora Prescott, las dos mujeres se encerraron en el estudio que ahora estaba plagado de los libros de Anna por doquier.

—Bueno, ¿qué es? —preguntó Kitty ansiosa.

Las manos de Anna abrieron el sobre temblando ligeramente, no tanto por la emoción, sino por miedo a qué puerta pudiese abrir aquella nota.

—No entiendo nada.

—¿Por qué?

—Míralo tú misma —dijo entregándole la pequeña nota que contenía el sobre. Kitty la cogió y leyó los garabatos a duras penas legibles que contenía y su rostro replicó la incomprensión de Anna.

—Busca a Ming Li Xia —leyó—. Pero, ¿quién demonios es Ming Li Xia? Y, ¿qué clase de nombre es ese?

Los siguientes días fueron desesperantemente lentos e infructuosos. Cualquier otra persona habría ignorado aquella nota, la habría roto y lanzado a

la chimenea sin preocuparse más de ella, pero a aquellas alturas Anna ya tenía claro que su vida, la de Kitty y hasta la del detective Gables habían dejado de ser como las de cualquier otra persona el día que aceptó la petición de ayuda de Andrew. Así que, sin cuestionarlo, aceptó que aquella nota tenía algo que ver con todos los acontecimientos que la habían rodeado en los últimos meses y una parte de ella se sentía casi agradecida de que al menos hubiese ocurrido algo que implicase algún cambio en su situación. Por desgracia, la excitación de aquel nuevo desarrollo había durado poco, básicamente tan poco tiempo como había requerido para darse cuenta de que no sabía por dónde empezar. Era evidente que aquel no era un nombre británico, hasta un idiota se daría cuenta de ello, pero averiguar su procedencia era harina de otro costal. Londres era una de las ciudades más grandes del mundo y el imperio británico la potencia mundial más poderosa del momento. Inevitablemente eso la convertía en el destino muchos barcos provenientes de las diferentes colonias cargados de mercancías de lo más variado y en los que siempre había una tripulación que, aunque fuese en su mayoría de origen británico, frecuentemente incorporaba ciudadanos de sus puertos de partida. Algunos de aquellos ciudadanos habían decidido instalarse en una capital que, sobre el papel, les ofrecía posibilidades que no tenían en sus propios hogares y, con los años, aquellos primeros inmigrantes atrajeron a familiares, vecinos y compatriotas que habían ido creando sus comunidades con sus leyes y normas propias y, en algunos casos, incluso con sus territorios específicos en la ciudad. Pero Anna no sabía de todo aquello más que lo que había escuchado en los corrillos de sociedad y era muy consciente de que aquella era, con toda seguridad, una imagen distorsionada, pasada por el filtro del amor por el escándalo y el cotilleo de las matronas de un estrato social que se consideraba mejor que los demás. Si quería averiguar quién era Ming Li Xia y cuál era su papel en todo aquel embrollo necesitaba la ayuda de alguien que estuviese más cercano a esa parte de la sociedad que para ella era extraña y oculta, y esa persona era el detective Gables.

Anna había respetado la ausencia que Andrew había impuesto entre ellos porque, en cierta forma, compartía la culpabilidad que sentía. Pero también sabía que, si no lograban parar a aquel monstruo, Kitty no sería la última víctima y eso estaba por encima de cualquier otra consideración. Así que sin darse tiempo para dudar de su decisión Anna se dirigió al lugar donde creía que le sería más sencillo encontrar al hombre. Las oficinas centrales de la policía metropolitana en la misma calle que les daba su nombre popular,

Scotland Yard. Cuando llegó al edificio sintió algo de aprensión, a fin de cuentas, aquel era el lugar donde se suponía que todo lo execrable de la sociedad londinense iba a parar; pero cuando entró en el interior se dio cuenta de que, en realidad, aquello era un edificio de oficinas como el de cualquier otra institución. Sin duda el edificio poseía calabozos, salas de interrogatorio y todo el tipo de parafernalia que Anna podía concebir asociada al trabajo del detective, pero si así era, la policía metropolitana se había asegurado de mantenerlo lejos de la vista del público general. Anna preguntó en un mostrador en la entrada por el detective Gables y un joven oficial le indicó que, de encontrarse en el edificio, estaría en el segundo piso. Lamentablemente, el detective no se encontraba en aquella segunda planta y uno de los hombres en la sala le indicó que no habían sabido nada de él en los últimos dos o tres días. Aquello alarmó ligeramente a Anna, pero el hombre, adivinando la preocupación en su rostro, la tranquilizó explicándole que aquello era bastante común en los oficiales de campo. Decepcionada por la falta de éxito, Anna abandonó Scotland Yard dispuesta a volver a casa, pero en ese momento recordó que aún poseía la tarjeta con su dirección que el detective le había entregado el día que se presentó en su casa y decidió probar suerte.

Llegó a Chelsea poco después de las doce y lo primero que tuvo que hacer fue preguntar por Oakley Street pues no estaba familiarizada con el barrio. Anna no pudo por menos que pensar que aquel era un lugar extraño para que viviese un detective. Chelsea era tradicionalmente un barrio bohemio y de artistas. Pintores, escritores, poetas y hasta actores habían encontrado en Chelsea su refugio y formado su propia comunidad, como los inmigrantes habían hecho en otras partes de Londres; una comunidad en la que el detective Gables a priori no parecía encajar en absoluto. Cuando llegó al número veintinueve Anna estuvo tentada de llamar a la puerta de la casa, pero el ruido de una mujer canturreando algo irreconocible desde el piso situado bajo la altura de la calle captó su atención y decidió bajar a preguntar. La puerta del piso, si es que aquel espacio minúsculo podía considerarse tal cosa, estaba abierta, Anna llamó educadamente a la puerta, pero nadie le respondió, así que se decidió a entrar. La fuente de la canción era una muchacha joven, de unos diecisiete o dieciocho años limpiando el suelo con una escoba vieja.

—Disculpe —dijo Anna elevando ligeramente la voz para que la muchacha la oyese y consiguiendo que esta diese un salto como un gato al que arrojan agua fría—.

—¡Madre mía, señora, casi me mata usted del susto!

—He llamado, pero supongo que no me ha oído. Le ruego que me disculpe.

—No se preocupe —replicó la muchacha con una sonrisa desenfadada—, me debo estar quedando sorda como mi madre, la pobre está como una tapia. Y mi abuela no es que oyese mejor, eso sí, la vista la tenía como un halcón, por eso trabajaba de costurera. Mi madre sin embargo tuvo que darse a la limpieza y yo supongo que voy por el mismo camino, aunque me estoy preparando para ser cantante, ¿sabe?

—Ah, ¿sí? —contestó Anna pensando que toda aquella historia no podía interesarle menos pero no queriendo ser maleducada.

—Sí, quiero ser estrella en los musicales, allí se hace buen dinero por echarse unas canciones. Aunque tengo una amiga que tiene que combinar eso con el puterío para poder sobrevivir; pero eso no me va a pasar a mí, yo canto mejor que ella.

—Sí, ya me he dado cuenta. Estoy buscando al detective Gables —dijo Anna cortando la conversación por lo sano.

—¡Uy, sí, este es su piso! A mí me contrata la casera para que se lo limpie de vez en cuando por una miseria, pero me paga las clases de canto con un profesor que vive a dos calles de aquí. Entre usted y yo, podría sacármelas gratis con hacerle unas caricias al viejales, pero yo quiero hacerlo bien y pagar por mis cosas.

—¿Sabe dónde puedo encontrar al detective? —replicó Anna desesperada por la verborrea de la muchacha.

—Ni idea, yo casi nunca le veo, y cuando viene se pasa el día entre los libracos esos así que es como si no estuviera. —La muchacha señaló un montón de libros sobre una mesa que a duras penas se tenía en pie al fondo de la habitación. Anna se acercó y se sorprendió al ver que se trataba de libros sobre ocultismo, brujería y tratados de naturaleza paranormal. Conocía algunos de aquellos volúmenes porque eran famosos entre los estudiosos de lo que ahora se llamaban las ciencias ocultas. Junto a los libros había una gran pila de papeles amarillentos llenos de notas manuscritas difíciles de leer, pero una de las frases en aquellos papeles atrajo su atención de inmediato porque estaba subrayada varias veces.

*Y el poder de dios fue entregado a la madre.*

De repente, un golpe tremendo sacó a Anna de su ensimismamiento dándole un susto de muerte.

—Perdóneme, se me ha caído la escoba. Parece que le he devuelto el susto —dijo la muchacha visiblemente divertida.

—No se preocupe, un susto por otro —contestó Anna sin ganas.

—Parece que estamos las dos con los nervios de punta, vamos a tener que ir a darnos un paseo por uno de esos fumaderos de opio que ahora se están poniendo de moda a ver si nos relajan, ¿no le parece?

—¿Cómo? —contestó Anna sin tener idea alguna de a qué se refería.

—Sí, un sitio de esos donde los chinos te dan a fumar sus hierbas. Mi maestro va regularmente, dice que le ayuda a despertar a las musas, aunque no tengo ni idea de qué es eso. Es algún sitio en el este, lo llevan unos chinos que deben haber venido en alguno de los barcos que traen las especias y esas cosas que compran los ricachones, con perdón de la señora. Ming, o Chin, o Fing, no sé, un nombre de esos suyos.

—¿Cómo ha dicho? —replicó Anna como por resorte al oír aquellos nombres.

—Sí, que mi maestro dice que le ayuda con la inspiración...

—¡No, el nombre, me refiero!

—Ah...bueno, no sé, suena así como cuando una deja caer un plato, Ming, Chin, no sé, no soy buena con los nombres.

Tan pronto como escuchó aquello Anna salió casi corriendo escaleras arriba en dirección a la calle sin decir ni siquiera adiós. La muchacha desde la puerta del piso salió para gritarle.

—Si me dice su nombre puedo decirle al detective que ha venido usted.

—¡No es necesario, gracias! —chilló Anna en respuesta y salió disparada de vuelta a casa.

Anna ni siquiera se dio cuenta de cómo había llegado a casa o de cuánto tiempo había tardado, pero el dolor que sentía en su pecho cuando intentaba respirar le hacía suponer que debía haber sido mucho más rápido de lo que era habitual en ella. Hizo sonar el llamador de la puerta y por poco arrolla a la señora Prescott cuando esta abrió la puerta.

—Lo siento —le gritó sin siquiera volverse cuando entró como una exhalación directa al despacho donde Kitty se quedó mirándola con la cara desencajada.

—Pero ¿qué es lo que ocurre? ¿Ha pasado algo, estás bien?

—¡Estoy mejor que bien! Ese nombre, Ming lo que sea, creo que he descubierto de qué nombre se trata.

—Vaya, pues me alegro porque llevo aquí más de dos horas rebuscando entre estos libros tuyos y no he sido capaz de sacar nada en claro.

Anna le contó a Kitty su encuentro en Chelsea y la información que aquella muchacha había compartido con ella sin pretenderlo. Cuando terminó de explicárselo, esperaba que Kitty mostrase alguna emoción, a fin de cuentas, estaban algo más cerca de solucionar aquel misterio que había vuelto sus vidas patas arriba, o eso creía Anna. Sin embargo, Kitty se quedó mirándola con una cara inexpresiva y sin saber muy bien qué decir.

—Caramba, no pensé que te ibas a quedar así.

—No me malinterpretes, es magnífico que sepamos qué tipo de nombre es Ming Li Xia, pero eso no nos pone más cerca de saber quién es esa persona, hombre, mujer o cosa.

—En eso te equivocas. En una ciudad como esta saber el origen de una persona es muy importante porque Londres está lleno de pequeños guetos, sabiendo el origen de ese nombre al menos sabemos dónde buscar. Bueno, yo ahora mismo no tengo la menor idea, pero lo sabremos. Eso de los fumaderos de opio es algo que ya había escuchado, no conozco a nadie que suela frecuentarlos, pero para eso tenemos a nuestra amiga Beatrix que conoce a absolutamente todo el mundo digno de conocer en esta ciudad. Si hay alguien que pueda ayudarnos esa es ella.

—Y, ¿a qué estamos esperando entonces? —respondió la muchacha indicándole a Anna con las manos que se pusiese manos a la obra.

Anna sabía que Kitty tenía razón y que cada segundo que perdiesen podía alejarles aún más de Ming Li Xia e incluso poner vidas —incluidas las suyas—, en peligro así que sin dudar un instante se dirigió al escritorio del fondo de la sala y preparó una nota comunicándole a Beatrix que esa misma tarde irían a verla. El pequeño Toby fue el encargado de llevarla hasta la casa de Beatrix y de traer la esperada respuesta de la condesa en forma de coche esperándoles en la puerta. Así que tan pronto como acabaron de comer, Anna y Kitty, vestidas como toda dama que visita a otra que se digne de serlo debería, se montaron en el vehículo de camino a Westminster.

La casa de Beatrix, porque nadie en su sano juicio y que conociese el carácter de la condesa habría llamado a aquella la casa de su marido aunque fuese él quien pagase las facturas, se encontraba apenas a dos calles de la

misma abadía y se trataba de un edificio imponente que hacía al menos tres veces la casa de Anna lo cual hizo que los ojos de Kitty se abriesen de par en par como si acabase de ver las puertas del cielo tan pronto como se bajaron del coche.

—Pero, ¡por dios, aquí podría vivir medio Londres y sobraría espacio!

—Pues esto no es nada, tendrías que ver la casa que poseen en cerca de Oxford. En realidad, esta es sólo una segunda residencia —contestó Anna mientras un mozo vestido con una impoluta librea las acompañaba al interior.

—La señora les espera en el solárium. Si son tan amables de acompañarme, por favor —les dijo el joven una vez dentro.

—Solárium. ¡No tengo idea de lo que es un solárium, pero sea lo que sea yo quiero uno! —le soltó Kitty a Anna entre susurros haciendo que esta no pudiese reprimir la risa mientras caminaban por el pasillo por el que les había encaminado el joven. Cuando llegaron al final del corredor, dos grandes puertas de cristal se abrieron de par en par para dejar paso a algo que recordaba ligeramente al conservatorio de la casa de Anna solo que multiplicado por diez. Una gran sala completamente rodeada de paredes de cristal limpias como una patena se presentó ante ellas. En su interior, plantas de todos los tipos y tamaños posibles llenaban el espacio convirtiéndolo casi en una especie de selva y forzando a Anna y Kitty a apartar grandes hojas con sus manos para abrirse paso hasta el fondo. Allí Beatrix se encontraba de pie alimentando a unos pájaros de colores intensos que vivían en una jaula de dimensiones descomunales mientras les canturreaba algo. Tan pronto como las vio aparecer la mujer dejó el paquete de comida para aves que tenía en las manos y, limpiándose las sin decoro en la falda del vestido se acercó hasta ellas con los brazos abiertos de par en par.

—¡Queridas mías, qué alegría más grande! Me habéis arreglado el día con vuestra visita, estoy tan aburrida que hasta podría plantearme caer en tus malos vicios y empezar a leer —dijo guiñándole un ojo a Anna mientras la abrazaba con ternura para, acto seguido, hacer lo mismo con Kitty que se sintió pillada por sorpresa por tanta familiaridad. —¡Venid, vamos a tomar un tentempié!

Beatrix las guió por la pequeña selva que les rodeaba hasta una esquina donde el sol se filtraba por los ventanales generando una calidez deliciosa y les pidió que se sentasen en unos divanes que habían sido dispuestos rodeando una mesa baja de madera labrada de clara inspiración oriental. Sobre la mesa los sirvientes de la casa habían dispuestos todo tipo de golosinas y pasteles

que acompañaban a unas tazas de porcelana exquisitamente fina y una gran tetera de plata que arrojaba un aroma delicioso.

—Beatrix fue quien me sugirió que crease el conservatorio en mi casa para que no echase tanto de menos los espacios libres de Escocia —aclaró Anna a Kitty.

—Mi marido había acumulado toda clase de trastos de sus viajes por las colonias antes de conocerme, pero nadie les había dado ningún tipo de amor. La arpía de su primera mujer, que bien muerta esté, odiaba todo lo exótico y no completamente británico. Yo en cambio, estoy encantada de recibir con los brazos abiertos cualquier cosa que me alejé del tedio de esta sociedad nuestra, así que tan pronto como me casé con Alastair me puse manos a la obra para construir este pequeño trozo del paraíso en nuestras casas. Todas las plantas y los pájaros vienen directamente de las colonias —les explicó visiblemente orgullosa de su logro—. Pero bueno, ya está bien de cháchara. En tu nota me decías que necesitas mi ayuda, dime qué puedo hacer por ti.

—Me siento fatal por venir a pedirte ayuda otra vez, pero estamos en una especie de callejón sin salida.

—No seas tonta, sabes que estoy encantada de ayudar. Además, así al menos tendré algo que hacer, de otra manera acabaré por languidecer y a mí no me favorece nada estar delgada —contestó sacándole la lengua con sorna.

—El caso es que necesitamos encontrar a una persona.

—¡Querida, esa es mi especialidad! ¿De quién se trata?

—Ming Li Xia.

—¿Cómo?

—Me temía que reaccionarías así. En realidad, no te puedo dar muchos más detalles. Sólo sabemos su nombre y que podría ser de origen chino, no sabemos si es hombre o mujer, ni siquiera estamos seguras de que se encuentre en la ciudad.

—Cariño, sabes que no te voy a preguntar en qué andas metida, eso no es necesario entre nosotras, pero déjame decirte que, si te vas a mezclar con los chinos, es mejor que te lo pienses dos veces.

—¿Por qué lo dices?

—Solo sé lo que mi marido me cuenta, pero aparentemente en los últimos cinco años la población china se ha incrementado en la ciudad de manera vertiginosa. Lo cual no es un problema en absoluto en la babilonia que es Londres, pero en este caso parece ser que han ocupado el área de Limehouse, en el este de la ciudad, y se dice que gobiernan a todo el resto de inmigrantes



como si de un mini imperio se tratase. Nadie sabe en qué negocios andan metidos porque el secretismo alrededor de sus actividades es enorme, pero sí sé que aquellas que son de conocimiento público están causando un auténtico infierno en la ciudad.

—¿A qué actividades se refiere? —preguntó Kitty con ansiedad.

—¡Al opio, querida! Ese humo del demonio se ha instalado en la alta sociedad como si fuera la panacea capaz de curar todos los males. Los fumaderos que regentan están llenos día y de noche de hombres y mujeres de postín buscando un solaz que todos dicen que no se compara a nada que hallan probado antes. En los salones de cualquier dama de sociedad se recomienda para calmar todo tipo de aflicción, de tristeza a aburrimiento, pasando por un simple resfriado. No me malinterpretes, no es la primera vez que alguna sustancia milagrosa se abre camino entre las señoronas y los cantamañanas de sus esposos, pero esta vez me parece más peligroso. Ya he oído de un par de personas que han fundido toda su fortuna por su adicción al humo. Incluso uno de ellos se suicidó aparentemente porque no podía soportar las alucinaciones que la falta del humo le provocaba. Un asunto terrorífico en mi opinión.

—El caso es que la persona que estamos buscando podría estar vinculada a esos fumaderos, o al menos es la única opción que tenemos para averiguar quién es. ¿Sabes de alguien que pueda darnos acceso a esta gente?

—Creo que te estás metiendo en un terreno muy peligroso, querida, te rogaría que no lo hagas —insistió llevándose un pastelito de hojaldre a la boca.

—Lamentablemente no me queda ninguna opción, es una cuestión de vida o muerte. Lo comprenderé si prefieres no ayudarme, pero si tú no quieres hacerlo tendré que seguir buscando la forma de acercarme a esa gente.

—Sabes que haría todo lo que esté en mi mano para ayudarte, cariño, pero me temo que, en este caso, aunque quisiese no podría. Como te digo, lo que sé es lo que se comenta en las fiestas de sociedad, rumores en el mejor de los casos, nada concreto —respondió Beatrix mirando a Anna con preocupación—. O quizá no.

—¿Cómo?

—La vida es ridícula e impredecible algunas veces, supongo. Da la casualidad de que sé de primera mano de una persona que frecuenta esos antros y que ha desarrollado una adicción enfermiza a ellos. Supongo que no se la puede culpar.

—¿De quién se trata? ¿La conozco?

—Eso me temo —respondió la mujer casi con miedo a continuar—. Si hay alguien que puede ayudarte a acercarte a esos chinos esa es tu, quizá no tan querida, Lady Ashley.

Anna no dijo una palabra en todo el viaje de vuelta a casa, se le habían agotado todas con el jarro de agua fría que Beatrix le había arrojado. De hecho, aunque aún habían permanecido en su casa un par de horas más, Anna tan sólo había estado presente en forma física porque su mente estaba perdida en su propio infortunio. De todas las personas del mundo que podían tener la clave para que pudiese continuar con sus averiguaciones, ¿por qué tenía que ser precisamente Lady Ashley? Aquella mujer la odiaba con toda su alma, y la parte más insegura de Anna no podía dejar de pensar que quizá tenía razones para ello. Aún en el improbable caso de que encontrase el coraje de presentarse ante ella, sabía que no existía ninguna posibilidad de que la ayudase. Más bien era probable que mandase a los sirvientes que la echasen a patadas.

—Sé lo que estás pensando, y creo que te equivocas.

—¿Cómo? —preguntó Anna al verse sacada de su propia mente por las palabras repentinas de Kitty.

—Que sé lo que estás pensando, pero no tienes razón. Creo que, si te presentas ante Lady Ashley, te ayudará.

—Voy a tener que pensar que eres émpata, o telépata o algo semejante —replicó Anna pillada por sorpresa por lo fácilmente que la joven había averiguado lo que rondaba por su cabeza. Anna le había contado lo ocurrido con Lady Ashley y su hija unos meses antes en un intento de suavizar el malestar que sentía por esconderle otros secretos, como las visitas de su difunto esposo.

—No necesito leer tu mente para saber lo que piensas, probablemente yo pensaría lo mismo, pero te repito te equivocas. A fin de cuentas, te lo debe.

—¿Debérmelo? ¿Por qué iba a debérmelo?

—Porque fue ella la que te metió en este embrollo. ¿No fue ella quién te recomendó al detective Gables?

Los ojos de Anna se abrieron de par en par como los de alguien que ve por primera vez y que se maravilla ante las cosas que se despliegan frente a su mirada. ¿Acaso era posible que aquella muchacha hubiese dado en el clavo?

—En realidad —dijo—, esa no es una idea del todo descabellada. No me

malinterpretes, conociéndola, creo que aún así se negará en redondo a ayudarnos, pero es verdad que, si apelo a una deuda contraída, y sobre todo a su ego, puede ser que tengamos una oportunidad. Lady Ashley adora tener la oportunidad de demostrar su sabiduría, no importa la materia, si tiene la posibilidad de ponerse por encima de la persona que tiene enfrente lo hará. Quizá esa sea la única forma de atrapar a un pecador, ofrecerle razones para seguir pecando.

La idea continuó en la cabeza de Anna durante todo el resto del día y de la noche, generando un ruido constante que no la dejaba dormir y poniéndola en un estado de ansiedad que destestaba. A la mañana siguiente, cuando la señora Prescott entró en la habitación Anna ya estaba vestida y había tomado una determinación. Ocurriese lo que ocurriese, esa misma mañana iría a ver a Lady Ashley y le pediría ayuda para encontrar a Ming Li Xia. Sabía que no podía anunciar su visita porque la mujer simplemente se negaría a recibirla. Si deseaba tener alguna posibilidad era imprescindible que se presentase en su casa sin previo aviso y confiar en que la rabia que sin duda su presencia iba a generar hiciera que aquella mujer quisiera mirarle a la cara en lugar de lanzarla por una ventana. Kitty comprendió lo que ocurría en cuanto la vio bajar por las escaleras de la casa y se ofreció a acompañarla, pero Anna sabía que aquello era algo que debía hacer sola, así que con toda la serenidad que pudo reunir se dirigió hacia la casa de la que había sido su mentora esperando que quedase algo de lo que una vez las había unido.

La mansión de Lady Ashley se encontraba en la parte sur de Picadilly, no lejos del palacio de Buckingham, en la que probablemente era la zona más exclusiva de la ciudad. Había heredado la mansión de su esposo, un lord que era miembro de la baja nobleza y que a su vez la había heredado de un tío mucho mejor ubicado en la escala social. Aquel marido había muerto de pulmonía cuando Lady Ashley, cuyo verdadero nombre era Rebecca, apenas contaba cinco años de casada, dejándola libre para hacer lo que gustase, algo a lo que ella se había entregado completamente. Precisamente aquel estado de joven viuda era otra de las razones por las que Anna y ella habían conectado de forma casi inmediata. Mientras sus pasos ascendían los familiares peldaños de la entrada un pequeño escalofrío recorrió su espalda, pero Anna no quiso pensar que aquello pudiese ser un presagio de lo que estaba por llegar.

Cuando la puerta se abrió, el rostro familiar de la ama de llaves de la casa, que dicho sea de paso nunca había sentido especial predilección por Anna, la recibió sin sonrisas.

—Me temo que la señora no desea recibir visitas —le espetó sin siquiera permitirle decir hola. Pero Anna ya esperaba aquel obstáculo y no estaba dispuesta a dejarse intimidar.

—Eso vamos a dejar que lo decida Lady Ashley y no su sirvienta —le contestó irguiéndose en un intento de parecer más grande de lo que en realidad era—. Y ahora apártese y déjeme entrar o tendré que ser yo quien la aparte.

Por un instante la mujer le devolvió una mirada fría y Anna estuvo convencida de que no la dejaría pasar de ninguna manera, sin embargo, algo en su actitud debió de amedrentarla o hacerle pensar que aquella mujer que tenía frente a ella era más peligrosa de lo que ella suponía porque, sin dar más explicaciones, se echó a un lado para dejarla acceder al interior. Sus pasos resonaron en el suelo de mármol que cubría la gran entrada hasta la impresionante escalera principal que llevaba a las habitaciones de la casa. Tras la escalera, una gran puerta doble de madera llevaba hasta lo único que Anna envidiaba verdaderamente de Lady Ashley, la inmensa colección de libros que llenaba su biblioteca.

—¿Cuál debo decirle a la señora que es la razón de su visita?

—Eso es algo que sólo nos incumbe a ella y a mí.

—Me temo que eso es imposible —bramó la mujer—, nadie puede ver a la señora si no es anunciado convenientemente antes, así que tendrá que decirme que...

—No importa, señora Morris —resonó una voz en el vestíbulo haciendo que Anna se girase para mirar a la figura que se encontraba en lo alto de la escalera. Cuando sus ojos pudieron enfocar el origen de la voz, Anna se quedó petrificada. Aquella no era la mujer fuerte e imponente que recordaba. Su lugar había sido ocupado por una figura tan delgada que por un instante Anna pensó que estaba viendo uno de esos fantasmas que tenían la mala costumbre de aparecérselo. El cuerpo frágil de aquella mujer, en un vestido que hacía tiempo que ya no era de su talla y que acentuaba aún más su estado macilento y escuálido, descendió la escalera y sin siquiera dirigirle la mirada ni a ella ni a su ama de llaves pasó a su lado en dirección a uno de los salones de la casa y tan solo le susurró una orden.

—¡Acompáñeme!

Anna la siguió hasta una sala que Anna conocía bien porque había estado presente en las muchas sesiones con espiritistas que Lady Ashley solía organizar en esa misma habitación. En aquellas ocasiones el salón era oscuro y claustrofóbico debido a las pesadas cortinas que evitaban la entrada de

cualquier rayo de luz del exterior. Esta vez, estaba iluminado por la cálida luz de la mañana y eso hacía que pareciese más grande, sin embargo, Anna notó que algo no había cambiado, la temperatura de aquella sala seguía siendo heladora. Pero cuando el rostro de la mujer se giró por fin para mirarla con una absoluta carencia de emoción la temperatura descendió aún más. Anna había esperado rabia, odio, rencor y se había preparado para ello. Nada la había preparado para la ausencia de emociones y, de alguna forma, Anna no podía creerlo, sabía que eso solo podía ser una fachada; y en fachadas y mentiras, Lady Ashley era una experta.

—Y bien —soltó sin más la mujer.

—Gracias por recibirme, Rebecca.

—Para usted soy Lady Ashley, señora Parr. No estamos ni estaremos jamás al mismo nivel, así que le agradecería que me trate con el respeto que me es debido. —Anna recibió el jarro de agua fría consciente de que aquel sólo sería el primero de muchos, la fachada empezaba a despedazarse.

—Muy bien, Lady Ashley, como desee, estoy igualmente agradecida.

—Le recomiendo que vaya usted al grano y acabemos cuanto antes, las dos sabemos que este es sólo un trámite para su paz mental que a mí nada me aporta.

—Me temo que no la entiendo, ¿de qué trámite habla?

—Asumo que ha venido usted a pedir perdón por la muerte de mi hija, como cualquier buena cristiana haría. No veo otra razón para su visita. Pero creo que es bueno que sepa que como cristiana la perdonaré, como madre no lo haré jamás.

Anna notó como la presión en su mente aumentaba mientras la rabia se apoderaba de ella y su corazón se aceleraba. Casi podía oír cómo el rostro frío de aquella mujer se disolvía para mostrar su verdadera cara, la de una mujer dolida y llena de ansia de venganza. Una parte de sí quiso evitarlo, sabía que no era conveniente para su causa, que debía darle a aquella mujer lo que deseaba para obtener lo que necesitaba; pero otra parte de sí misma, la más profunda, no le permitió hacerlo.

—No estoy aquí para pedir disculpas ni perdón de tipo alguno porque no he cometido ningún pecado; y, desde luego, no voy a pagar por los pecados de los demás.

—¿Cómo se atreve? —gritó la mujer y su voz resonó en el salón como si de una caverna se tratase—. ¡Mató usted a mi hija!

—No es verdad, su hija se mató a sí misma incapaz de soportar una

verdad para la que usted no la había preparado y con un terror absoluto a decepcionarla. ¡Su hija es su pecado, no el mío!

—¡Mi hija es lo único que he querido en esta vida, habría dado mi vida por ella! ¿Qué sabe usted de hijos si ni siquiera puede concebirlos? —respondió con más gritos la mujer y Anna sintió el cuchillo afilado clavándose en lo más profundo de su ser.

—Es verdad, no puedo concebirlos; y, sin embargo, en muchas ocasiones fui más una madre para Josephine que tú misma —respondió olvidando completamente el trato.

—¡Mentira! Lo único que hiciste fue envenenar su cabeza con ideas ridículas, haciéndole creer que podía ser libre, que tenía derecho a elegir. ¡Las mujeres no elegimos, sobrevivimos a lo que la vida nos da! Si no hubiera sido por ti, mi hija habría escuchado mi consejo y seguiría viva.

—¿Tu consejo? ¿Qué consejo? Si por ti hubiera sido habría estado atada de por vida a un hombre que nunca la habría hecho feliz en ningún sentido y que habría acabado por alejarse de ella.

—Un hombre que le habría dado toda la seguridad que una mujer necesita. No se trataba de amor, ni siquiera de felicidad, se trataba de su seguridad y la de sus hijos.

—¿Qué hijos? Su prometido prefería a los hombres, por dios bendito. ¿Acaso no lo entiendes? ¡No puedo entender que como madre hubieras deseado ver a tu hija encerrada en esa mentira de matrimonio!

—Una mentira que ella no debía haber sabido jamás. Su marido habría hecho lo que debía hacer para asegurar la descendencia y, una vez que tuviesen una familia, el sería libre para hacer lo que le placiese fuera de casa y Josephine habría sido feliz con sus hijos y su fortuna. —El rostro de Anna se desencajó al comprender lo que aquella mujer estaba sugiriendo.

—¿Tú lo sabías? ¿Sabías que él prefería a los hombres?

—No solo lo sabía, sino que todo estaba acordado. Josephine habría estado protegida de esa mentira siempre.

—Eres un monstruo. Estabas dispuesta a inmolar a tu propia hija por dinero.

—Por su felicidad, no por dinero. He conocido a muchas mujeres como tú, esas sufragistas, las feministas, todas ellas piden lo mismo, que la mujer se equipare al hombre, que pueda decidir. Sois todas unas ignorantes. Los hombres nunca lo permitirán. Nosotras debemos ser más inteligentes que ellos y sacar lo mejor que podamos de una situación que nunca cambiará. Si mi hija

no hubiera sabido de las tendencias de su futuro esposo habría sido feliz, estaría viva. ¡Tú la mataste!

—Te equivocas, Lo que mató a tu hija no fueron las noticias que yo le di, sino el saber que nunca podría satisfacer los deseos de su madre, que nunca podría resignarse a la vida que tú querías para ella, que era demasiado libre para ello —respondió Anna con un calma y una serenidad que no sabía de donde habían salido y, por un instante, Lady Ashley se quedó mirándola sin decir nada hasta que finalmente se giró para mirar por la ventana dándole la espalda—. Ninguna de las dos puede traer de vuelta a Josephine, pero hay muchas otras mujeres a las que podrías ayudar. Un asesino anda suelto, uno que ataca a mujeres y que ya ha matado varias veces. Cabe la posibilidad de que le podamos parar, pero para ello necesito encontrar a una persona posiblemente vinculada a la red de fumadores de opio de la zona este de la ciudad. Sé que tú frecuentas estos lugares, te lo ruego, ayúdame a entrar en uno de ellos. Hazlo por las muchas mujeres que aún estamos aquí.

—¡Tu osadía no tiene parangón! —dijo girándose de nuevo para mirarla con los ojos enrojecidos y una rabia renovada—, ¿de verdad esperas que te ayude? No lo haría ni siquiera, aunque mi propia vida estuviese en juego. No recibirás de mí nada más que odio y venganza en esta vida y en la siguiente. Y si eso me condena al infierno, ¡que así sea!

—Si tanto me odias, ¿por qué me recomendaste para esta investigación en primer lugar? ¿Qué sentido tiene hacer eso y negarme tu ayuda?

—¿Recomendarte? ¿Yo? —dijo y de repente empezó a reírse con una carcajada digna de una loca—. No sé qué historia te han contado, pero te han mentido querida, yo no te recomendaría ni a mi peor enemigo.

Anna se quedó mirando a la mujer y su cabeza empezó a dar vueltas a una velocidad vertiginosa. ¡Era verdad, lo que aquella mujer le estaba diciendo era verdad, podía sentirlo! Y eso sólo significaba una cosa, el detective Gables la había engañado desde el primer momento, pero la pregunta era, ¿por qué? La ansiedad que se apoderó de ella era algo que no había sentido nunca antes. Darse cuenta de que quizá la persona en la que había confiado desde el primer momento la había engañado y no saber qué motivos podía tener para ello la hicieron sentirse frágil y estúpida. Sin pensarlo echó a correr y salió de aquella casa mientras la risa enloquecida de Lady Ashley resonaba en su cabeza. Salió a la calle y siguió andando sin saber en qué dirección se encaminaba, incapaz de concentrarse en lo que estaba haciendo. De repente, una voz tímida a su espalda la llamó por su nombre y, como si de una palabra

mágica se tratase, sus pies pararon como si hubiesen adivinado que era importante que prestase atención a aquella voz.

—Señora Parr —repitió la voz—, Anna.

La voz provenía de una mujer pequeña, de edad avanzada y completamente vestida de luto riguroso. Anna conocía bien aquel rostro que la miraba con dulzura, la misma dulzura que había mostrado con Josephine desde el día de su nacimiento.

—¡Señora Davenport! —llamó a la mujer por su nombre mientras esta la abrazaba como quien abraza a un niño y, sin saber cómo, aquel abrazo calmó el estado de ansiedad de Anna de forma inmediata—. ¡Hace tanto tiempo, pensé que había vuelto usted al campo!

—Quise hacerlo, ¡dios sabe que quise hacerlo después de lo que le ocurrió a mi pequeña Josephine!, pero no pude. Una vez le prometí a mi niña que siempre cuidaría de ella y de su madre, así que cuando ella ya no estuvo con nosotros me quedé para cumplir mi promesa y cuidar de Lady Ashley. Aunque me temo que en eso le he fallado a mi pequeña.

—¿Por qué dice eso? Estoy segura de que Josephine estaría muy agradecida por todo lo que está haciendo por su madre —replicó Anna intentando confortar a aquella buena mujer.

—Lamentablemente Lady Ashley está más allá de toda redención, ese humo ha consumido su cuerpo y su mente y no hay nada que nadie pueda hacer ya por ella.

—Entonces, ¿está usted al tanto?

—Cada vez que ella va a esos antros del infierno soy yo quien la acompaña con uno de los mozos de la casa. El humo le hace perder el conocimiento, así que yo me siento junto al diván hasta que recupera la consciencia para asegurarme de que nada malo le ocurra. Por eso quería hablar con usted. No he podido evitar escuchar su conversación en la casa y creo que mi pequeña Josephine querría que tenga usted esto —dijo tendiéndole un pequeño trozo de papel.

—¿Qué es esto?

—Es la dirección del fumadero que la señora suele frecuentar. Ella sólo va dos veces por semana y nunca en miércoles, si tiene usted cuidado no hay manera de que se encuentren. Si dice que va de su parte le abrirán las puertas de par en par, ha recomendado este lugar a muchos de sus amigos así que el negocio le está agradecido.

—No sé cómo agradecersele señora Davenport, quizá esto me ayude a



salvar la vida de muchas mujeres.

—Por eso lo hago. Por eso, y porque sé que es lo que mi niña habría querido. ¡Escúcheme! Mi pequeña no tuvo la fuerza de seguir afrontando esta vida que su madre le imponía, pero sé que en su corazón siempre sintió gratitud infinita porque hubiera sido usted la única persona honesta con ella y le hubiese mostrado la verdad. Lo que quiero decirle es que debe usted dejar ir la culpabilidad porque no hay nada de lo que deba sentirse culpable.

La mujer acarició su rostro con dulzura y acto seguido se alejó de vuelta a la casa sin decir una palabra más. Anna se quedó allí, paralizada en medio de la calle, mientras dos grandes lágrimas caían por su rostro. Unas lágrimas que eran en parte por gratitud y en parte por desahogo, pero que, por encima de todo, eran lágrimas de felicidad.

## *Espejos*

Anna había vuelto a casa de su visita a Lady Ashley en un estado de nerviosismo considerable. Aunque había conseguido lo que necesitaba gracias a la ayuda de la señora Davenport, se había llevado consigo muchísimo más. La confirmación de que el detective Gables nunca había conseguido su nombre gracias a Lady Ashley sugería muchas preguntas para las que no tenía respuesta, la primera y más importante de ellas, ¿por qué le había mentido? Si lo que necesitaba era su ayuda, quizá había pensado que utilizar el nombre de alguien conocido la predispondría a decir que sí, pero, ¿cómo había sabido entonces de la relación que la unía a aquella mujer? Según él, había sido la aparición de María lo que le había llevado hasta ella, pero eso no explicaba cómo había sido capaz de encontrar su dirección. Sin embargo, lo que más preocupaba a Anna era que, si había sido capaz de mentirle desde el principio, era posible que hubiese habido muchas más mentiras y eso hacía que su confianza en aquel hombre se hubiese esfumado. Durante todo el camino de vuelta Anna sopesó si debía contarle a Kitty lo que había descubierto sobre el detective, pero tras varios cambios de decisión concluyó que era mejor que la joven no supiese nada, al menos por el momento, hasta que ella hubiese sido capaz de aclarar algo más la situación. Así que Anna le contó aquella tarde a Kitty lo que había ocurrido en casa de Lady Ashley guardándose para sí todo lo relativo al detective Gables, e incluso supo evitar hábilmente la sugerencia de Kitty de involucrarle en el que debía ser el siguiente paso en su

investigación, la visita al fumadero de opio.

Tuvieron que esperar dos días para poder estar seguras de que, de acuerdo con las instrucciones de la vieja ama de cría, no coincidirían con Lady Ashley. Según su nota, el lugar no tenía nombre alguno, Anna supuso que para mantener la discreción que a fin de cuentas debía ser la base de su negocio; y se encontraba en un callejón a un par de manzanas de los astilleros de Limehouse. Anna sabía que aquellos astilleros estaban ya en desuso, pero seguían utilizándose como un excelente puerto de descarga de mercancías debido a su acceso directo a los canales que comunicaban el río Lea con el Támesis. Lamentablemente ese era todo el conocimiento que tenía de la zona aparte, por supuesto, de la mala fama de la zona. Aquello precisamente fue lo que hizo que Anna tomase una determinación que no gustó nada a Kitty. Iría sola a visitar aquel lugar. Los gritos de Kitty cuando se lo comunicó debieron de oírse en toda la calle. Inicialmente la joven se negó a aceptar su propuesta, pero al ver que su actitud no lograba que Anna cambiase su decisión intentó convencerla de forma más racional sobre los peligros de ir sola a una zona completamente desconocida de Londres. Para desgracia de Kitty, ni una cosa ni otra funcionaron y tuvo que darse finalmente por vencida y aceptar la decisión de Anna, lo cual hizo que la joven se pasara dos días enfurruñada como una niña a la que le hubiesen quitado un caramelo.

La siguiente complicación para Anna fue encontrar un medio de transporte que la llevase hasta Limehouse. Para poder asegurarse la entrada, y dado que desconocía totalmente la etiqueta del lugar si es que un sitio así podía tener algo semejante, Anna se vio en la obligación de acudir a las mismas horas a las que Lady Ashley lo hacía, que según la señora Davenport era al anochecer. Por desgracia, ninguno de los conductores de los coches de alquiler que normalmente solía usar aceptó llevarla a aquella zona a esas horas y esperar por ella hasta que hubiese terminado con sus asuntos. No importaba cuánto dinero estuviese dispuesta a pagar, aquellos hombres sabían que la zona era peligrosa, y una cosa era descargar su mercancía y marcharse inmediatamente y otra muy diferente tener que esperar allí por un número indefinido de horas. Así las cosas, no le quedó más alternativa que volver a recurrir a Beatrix, o santa Beatrix cómo había decidido empezar a llamarla dado que parecía que era quien la sacaba de todos los apuros. La mujer no preguntó siquiera la razón por la que necesitaba el coche, aunque Anna estaba segura de que lo sabía perfectamente.

Finalmente, la tarde del Miércoles Anna se preparó para su viaje a

Limehouse y a duras penas podía contener los nervios que se le agarraban al estómago como si fueran las garras de algún animal, casi como si de una premonición se tratase. Le hubiese gustado pasar de la forma más discreta posible, pero era consciente que el tipo de gente con la que se relacionaba Lady Ashley eran de todo menos discretos, así que se puso un vestido de seda con una capa a juego de color carmesí y, casi sin pensarlo, se adornó con el collar y el anillo de María y Camille. Cuando se disponía a salir por la puerta, Kitty se abrazó a ella como si no fuese a volver a verla jamás, lo cual no ayudó con los nervios de Anna, pero prefirió guardárselo y devolverle el tierno abrazo de la muchacha.

—¡Ten cuidado, por favor!

—Lo tendré, no tienes nada de qué preocuparte. Además —añadió mostrando un pequeño cuchillo que guardaba en un bolsillo escondido de su capa—, voy preparada para posibles emergencias.

—¿De dónde has sacado eso?

—De la cocina —sonrió Anna.

—Bueno, espero que no te haga falta para nada.

—Yo también, pero prefiero que no me haga falta y saber que lo tengo, que necesitarlo y no tenerlo.

Anna se montó en el coche y se arropó con la capa que llevaba puesta, no por frío, sino por algo mucho más sencillo, puro miedo. Estaba aterrorizada por igual por lo que pudiese encontrar en Limehouse como por no encontrar nada y hallarse una vez más en un callejón sin salida. Siempre había sido una mujer valiente, pero siempre había creído que la valentía no era la falta de miedos, sino que era lo que uno decidía hacer con ellos. Y ella había decidido hacía mucho tiempo no vivir más en el miedo por nada ni por nadie. Si se hubiese alejado de todo aquello, del asesino, de Kitty, de Gables, entonces aquel monstruo habría ganado simplemente porque ella había sido lo suficientemente cobarde para no enfrentarse a sus temores; y eso era algo que no estaba dispuesta a permitir.

El coche traqueteó por las calles de Londres durante casi dos horas, primero por calles que Anna conocía bien para poco a poco irse introduciendo en otras que le eran completamente ajenas mientras la luz del día se ocultaba por completo y era reemplazada por las llamas de las farolas. Anna no pudo evitar pensar en cuanto desconocía de su propia ciudad. Su vida se desarrollaba en un círculo tan pequeño, tan seguro que le impedía aventurarse en ese otro mundo que era el resto de Londres. Había acabado convirtiéndose

en todo lo que no deseaba ser. Cuando salió de Escocia se había dicho a sí misma que aquella era su oportunidad para ver algo más que la casa de sus padres, para abrirse al mundo y dejar que este la llenase por completo y, aunque era cierto que su marido se había encargado de no permitirlo, hacía mucho tiempo que él ya no estaba y, sin embargo, Anna seguía encerrada en aquel mundo que conocía y controlaba. Pasaba sus días disfrazada bajo una pátina de libertad que, para gente como Kitty, era el culmen de la libertad y la autorrealización, pero que ella sabía que no era real. En algún momento de su existencia se había perdido y ya era hora de que se reencontrase.

La voz del cochero la sacó de su momento de autoflagelación mental. El carruaje se había parado en una gran avenida literalmente junto al muelle. Grandes edificios con carteles indicando el nombre de diferentes empresas dedicadas a actividades que iban desde el transporte de mercancías a la importación de bienes coloniales de todo pelaje se alineaban en el lateral de la calle, todas ellas con nombres similares que delataban su carácter familiar, fulano de tal e hijos. El cochero abrió la puerta y la ayudó a bajar para acto seguido indicarle por dónde debía ir para llegar a la dirección que le había proporcionado.

—El coche no puede ir más allá, esas calles son demasiado estrechas. ¿Está segura de que quiere ir sola?

—Sí, es importante que vaya sola, gracias.

—¡Cómo usted quiera! La esperaré aquí mismo, la señora condesa me dio instrucciones de no marcharme sin usted.

—Se lo agradezco mucho, intentaré tardar lo menos posible —contestó Anna mientras se encaminaba a la calle que se adentraba entre las dos naves que tenía frente a sí. La calle estaba relativamente iluminada y aun pudo encontrarse un par de hombres que salían de alguna de las naves en dirección a sus casas tras un largo día de trabajo. Siguiendo las indicaciones del cochero y tras varios giros a izquierda y derecha llegó hasta una calle muy estrecha, apenas iluminada por un minúsculo farol en la que se veían dos sombras difíciles de distinguir desde la entrada. Anna estuvo tentada de dar marcha atrás, pero su mano aferró el cuchillo que llevaba bajo la capa y ajustándose la capucha continuó adelante. Solo había dado unos pasos cuando una música lejana le llenó los oídos y una de las sombras se acercó hasta ella. Resultó ser una muchacha, extremadamente joven y con una cantidad importante de pintura en la cara que se acercaba moviendo sus caderas de forma poco natural. Tan pronto como se dio cuenta de que era una mujer, la

muchacha paró en seco y le gritó a otra sombra al fondo de la calle.

—Es una mujer, otra de esas. Te dije que teníamos que cambiar de calle.

—¡Cállate y ponte más cerca de la entrada donde te puedan ver, estúpida! —dijo la sombra echando a caminar hacia ella. Cuando llegó hasta donde la luz de la farola le podía iluminar resultó ser un muchacho no mucho mayor que ella que la agarró por el brazo y la arrastró en la dirección que la indicaba de muy malas maneras—. ¿Acaso crees que van a venir a metértela en la boca? ¡Mueve esas tetas o esta noche no comerás más que golpes! —El joven se giró después para dirigirse a Anna y esta estuvo a punto de sacar el cuchillo, pero se contuvo en el último instante. —Lo que busca es por esa puerta del fondo, señora. A no ser que yo pueda ofrecerle algo que le ayude a relajarse mejor —dijo agarrándose la entrepierna con la mano mientras una sonrisa perversa a la que le faltaban un par de dientes le llenaba el rostro.

Anna ni siquiera le respondió y se encaminó sin más hacia la puerta que le había indicado. El muchacho todavía dijo algo más, pero Anna no pudo entenderle. Cuando llegó hasta la puerta de madera con un cerrojo de metal oxidado supo que había llegado al sitio correcto. Junto al cerrojo alguien había grabado un pequeño símbolo en forma de flor, la señal que la vieja señora Davenport le habla indicado que aquellos chinos usaban para indicar el camino hasta su local. Su mano se dispuso a abrir el cerrojo, pero no fue necesario. Desde el otro lado, alguien abrió la puerta. El rostro que la recibió no podía negar que no era de origen británico. Su piel del color de la cera antigua y sus ojos rasgados denotaban su origen exótico, pero si hubiese quedado alguna duda, su forma de vestir y el gorro que llevaba sobre la cabeza habrían servido para aclararlo.

—¡Bienvenida! —dijo con un acento marcado apartándose para dejar que Anna atravesase la puerta. Al otro lado, otro callejón, más estrecho aún que el anterior se desplegó ante los ojos de Anna, pero esta vez, la oscuridad no tenía cabida alguna en aquel lugar. La corta distancia que recorría el callejón estaba iluminada por hermosos faroles de papel que iluminaban el camino hasta otra gran puerta de madera situada al final de la calle, como si de señales indicadoras se tratase. Sus pasos la llevaron veloz hasta aquella nueva entrada a un mundo aún más profundo, aún más desconocido. Aquella puerta también tenía un guardián que salió de entre las sombras para recibir a Anna sin que ella supiese muy bien dónde había estado escondido. Esta vez se trataba de un hombre mayor, pequeño y con una larga coleta que asomaba por debajo de un gorro del mismo estilo del de su compatriota, pero esta vez no hubo sonrisas.

Su rostro serio y casi agresivo mostraba las arrugas de su edad que sin duda era muy avanzada. El hombre le dijo algo en su idioma que repitió varias veces al ver que Anna no le proporcionaba cualquiera que fuese la respuesta que buscaba. Con cada repetición el hombre se agitaba más y elevaba aún más el tono de voz. Sin saber qué hacer, Anna usó el único nombre que sabía que podía abrirle alguna puerta en aquel mundo. Lady Ashley. Como si de una palabra mágica se hubiese tratado el hombre iluminó inmediatamente su rostro con una sonrisa de oreja a oreja y con movimientos cortos y rápidos, que casi le recordaron a Anna a un insecto cuando les sorprende la luz, abrió la gran puerta de madera con una llave que llevaba colgada a la cintura. Anna siguió a aquel hombre diminuto a través de la puerta y descendió por unas escaleras estrechas que llevaban a un sótano. El olor a humedad era intenso y las escaleras parecían no acabar nunca hasta que, de repente, una nueva puerta bloqueó su paso, esta vez de metal oxidado y oscuro. El hombre llamó a la puerta dos veces y una pequeña mirilla en el centro de la puerta se desplazó para dejar ver unos ojos grandes y rasgados. El hombre intercambió unas palabras con su interlocutor y la puerta se abrió chirriando para dejar a Anna acceder a una pequeña habitación iluminada por velas. Tan pronto como entró, Anna vio que la persona que se encontraba al otro lado de la puerta era una joven, de rostro amable y no más de veinte años. Su pelo estaba recogido en una trenza que caía por su hombro e iba vestida con un vestido largo de un intenso color rojo.

—¡Bienvenida, si es tan amable de acompañarme...! —dijo la muchacha indicándole con la mano el camino.

Anna echó a andar detrás de la joven mientras sus ojos no daban crédito a lo que encontraba a su paso. A ambos lados de la sala unos camastros de madera dispuestos en literas ocupaban todo el espacio de la pared y sobre ellos hombres y mujeres de diversas edades yacían inconscientes. En sus manos unas pipas en forma de tubo, largas y con un pequeño recipiente en uno de los extremos humeaban ligeramente llenando la sala de un olor intenso y denso, como a flores quemadas, que mareaba ligeramente. Junto a los camastros, otros ciudadanos de origen chino esperaban, sin duda para controlar que no hubiese disturbios y para asegurarse que tan pronto como el efecto de aquella sustancia se terminase el camastro quedaría libre para un nuevo cliente. Ninguno de aquellos hombres y mujeres pertenecía a la alta sociedad y Anna se preguntó cuánto habrían tenido que pagar por aquel nuevo vicio.

—¡Por favor, sígame, este no es su lugar! —la instó la joven.

Anna se adentró tras la muchacha en una nueva sala comunicada con la primera por una puerta baja. La nueva sala era igual de oscura y tenía el mismo olor que lo impregnaba todo, pero era mucho más grande y no había literas que lo llenasen todo. En su lugar, unas cortinas parecían separar cubículos independientes. Mientras la joven la llevaba hasta el lugar que le habían asignado, Anna pudo observar cómo todos los otros cubículos estaban ocupados por hombres y mujeres en divanes, esta vez claramente de alta alcurnia, acompañados en todos los casos de criados que velasen por su seguridad. Aquella sección separada del resto del mundo había sido creada exclusivamente para aquellos que no deseaban mezclarse con los niveles más bajos de la sociedad, que pensaban que eran diferentes y que no querían admitir que todos, pobres y ricos, buscaban lo mismo, un nuevo pecado que les hiciese olvidar pecados más antiguos.

La muchacha le indicó un diván tras la última cortina y desapareció para regresar un instante después con una de aquellas pipas de la que emanaba aquel horrible olor que le estaba revolviendo el estómago. Anna tenía claro que no iba a probar aquel humo del diablo pasase lo que pasase, pero tomó la pipa de manos de la joven a fin de no crear una ofensa que le cerrase la puerta a su verdadero objetivo.

—¡Gracias! ¿Puedo preguntarle una cosa?

—Otros clientes —dijo la muchacha con dificultad tratando de hacerle entender que debía atender a otras personas.

—Lo comprendo, pero me preguntaba si podrías indicarme cómo encontrar a Ming Li Xia. —Tan pronto como aquel nombre salió de su boca el rostro de la joven cambió radicalmente y se transformó en una máscara de terror. Levantando sus manos en el aire y agitándolas como si le estuviesen atacando cientos de avispas la muchacha repitió una y otra vez la misma frase mientras se marchaba corriendo.

—¡No, no, yo no sabe, no sabe!

—¡No, espera, no te vayas! —le gritó Anna tirando la pipa para intentar sujetar a la muchacha, pero ella fue más rápida. Anna intentó salir tras ella, pero inmediatamente un hombre corpulento apareció para indicarle de malas maneras que debía volver a su cubículo. Anna vio cómo algunos de los otros clientes se habían asomado para ver qué ocurría, pero otros hombres y mujeres les indicaban también a ellos que debían volver al anonimato de las cortinas. En ese momento Anna se dio cuenta de la situación en la que se



encontraba y sucumbió a la frustración. La única razón por la que se encontraba allí era para poder encontrar a Ming Li Xia. En su ignorancia había pensado que aquello sería tan fácil como llegar hasta allí y preguntar, pero sólo ahora se daba cuenta de la realidad que la rodeaba. Aquel lugar era un negocio, y uno muy lucrativo e ilegal, y en ese tipo de negocios no tenían cabida las preguntas indiscretas. Por lo que ella sabía, Ming Li Xia podía no ser nadie o podía ser la cabeza de toda aquella organización, y tanto en un caso como en otro, su pregunta no pasaría desapercibida. Anna miró la cortina que la separaba de la salida de aquel antro y la sombra del hombre corpulento seguía allí. Era evidente que no la dejarían marchar hasta que supieran cuál era su verdadero propósito para estar allí. Estaba atrapada y no podía hacer nada al respecto.

Pasó un buen rato antes de que aquella cortina fuese apartada nuevamente, pero lo que apareció tras ella esta vez fue aún más desconcertante. Un niño de no más de diez años se acercó hasta ella y mirándola fijamente los ojos con una intensidad que pocos adultos tenían se dirigió a ella en un inglés perfecto.

—¿Por qué buscas a Nainai?

—¿Cómo? Creo que no te entiendo.

—Ming Li Xia. Nosotros la llamamos Nainai, ¿por qué buscas a Nainai?

—repitió el muchacho medio irritado por su falta de comprensión.

—En realidad no lo sé —contestó Anna con toda honestidad y anotando mentalmente que Ming Li Xia era una mujer—. Si me llevas hasta ella quizá pueda discutirlo personalmente.

—Nadie ve a Nainai, está prohibido. Ella no habla con extranjeros —dijo el muchacho girándose para marcharse.

—¡No, espera! No te estoy mintiendo, no sé por qué debo encontrarla, pero sé que debo hacerlo. Alguien me hizo llegar esta nota — continuó entregándole la nota al niño—, hay vidas en juego y lo único que sé es que alguien pensó que ella podía ayudarme.

El niño cogió la nota en sus manos y la leyó para acto seguido decirle algo en su idioma al hombre que le acompañaba. Anna se sorprendió por la autoridad que aquel pequeño parecía tener sobre todos a su alrededor.

—Espere aquí. —Fueron las únicas palabras que le dirigió a Anna antes de abandonar el cubículo dejándola con aquella especie de carcelero. Pasó un buen rato antes de que el pequeño volviera y se dirigiera nuevamente a su compatriota, esta vez haciendo que se marchase y le dejase a solas con Anna.

—Ella la recibirá ahora.

—¡Oh, muchísimas gracias! —respondió Anna levantándose como por resorte.

—Un momento, antes debe ponerse esto. —Y le entregó una capucha de tela basta y sucia. El desagrado y la sorpresa de Anna debieron manifestarse en su rostro porque el niño echó a reír de forma sonora. —Ella no la recibirá si no sigue sus instrucciones. —Anna sentía una gran aprensión por cubrirse el rostro y quedar completamente indefensa y en manos de aquellos hombres. ¿Y si aquello solo era una trampa y no pretendían llevarla hasta Ming Li Xia sino simplemente librarse de ella? El miedo se agarró de nuevo a sus tripas, pero algo dentro de ella le decía que no tenía más salida que obedecer, había llegado hasta allí y no existía vuelta atrás, así que se colocó la capucha sin convencimiento. Tan pronto como la tuvo puesta, Anna notó como una mano pequeña la cogía de la suya y la guiaba fuera del cubículo.

—No se suelte —la instruyó la voz del pequeño

El pequeño la guió por algún tipo de pasaje estrecho y bajo que obligó a Anna a agacharse para poder avanzar por él, el olor a humedad era muy intenso y Anna oía el ruido del agua al correr en algún lugar cercano. Aquel pasaje parecía no acabar nunca y Anna estaba a punto de decirle a su pequeño guía que necesitaba pararse a descansar debido a lo incómodo de la postura, pero justo en aquel instante el aire cambió y el olor del aire fresco inundó sus pulmones. El niño le indicó que ya podía caminar erguida y su espalda se lo agradeció con un sonoro crujido. Aún anduvieron un rato más hasta que, de repente, se pararon. Anna escuchó nuevamente una conversación en aquel idioma que le era tan ajeno y una puerta que chirrió al abrirse.

—Hemos llegado. Debe usted entrar en esta sala, yo no puedo acompañarla. Cuando esté dentro puede usted quitarse la capucha —le dijo el niño que soltó su mano y la empujó ligeramente hacia adelante. Anna pudo oír la puerta cerrarse tras de ella y sin esperar un segundo más se retiró la capucha.

Los ojos de Anna tardaron un segundo en adaptarse a la intensidad de la luz de aquella sala. El espacio se extendía en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista, aunque los techos eran bastante bajos. Las paredes eran de adobe oscuro, pero en el centro de la sala había una gran plataforma de madera rodeada de grandes quemadores de piedra con forma de inmensos calderos que desprendían un aroma delicioso a incienso. Sobre la plataforma, tres grandes espejos, más altos que cualquier hombre y con marcos de madera negra atraían toda la atención. La sala estaba iluminada tan solo con velas repartidas por todo el perímetro, pero su luz reflejada y aumentada en los

espejos era lo que hacía que aquella sala resultase tan clara como la luz del día. No había nadie más en la sala y Anna estuvo tentada de llamar en voz en alta, pero sus ojos no podían separarse de aquellos espejos y sus pasos la encaminaron de forma casi automática hacia la plataforma. Cuando ascendió los tres peldaños que llevaban a la parte superior de la estructura, el olor de los incensarios se hizo aún más intenso. Anna tocó el marco de madera de uno de los espejos y vio que el detalle del labrado era exquisito. Había sido trabajado para representar el cuerpo de un dragón que envolvía todo el espejo con la cabeza guardando la parte superior y mirando fijamente a cualquiera que se reflejase en el espejo. Aquel objeto era simplemente hermoso a la par que ligeramente amenazador.

—¡Has tardado muchísimo, casi no nos queda tiempo, muchacha! —habló de repente una voz a su espalda haciendo que Anna se girase sobresaltada. Ante ella, una mujer minúscula, de una edad difícil de definir, pero evidentemente muy avanzada y vestida con un gran vestido dorado de mangas muy anchas que arrastraba tras ella, la miraba con una expresión difícil de definir. —¡Vaya, aún en esta vida la inocencia no ha abandonado tu rostro! ¡En fin, no tenemos tiempo, rápido dime que recuerdas, o mejor, ¡qué no recuerdas!

—¿Cómo? ¡Disculpe, pero, ¿es usted Ming Li Xia?

—¡No puede ser verdad! ¡Dime que ese par de torpes de María y Camille no te han enviado aquí sin hacer su trabajo!

—Le prometo que no sé a qué se refiere, estoy aquí buscando a Ming Li Xia.

—Sí, sí. Ya te he oído la primera vez, y yo soy Ming Li Xia evidentemente, de otra manera no te habríamos dejado llegar hasta aquí, la pregunta es quién eres tú.

—Mi nombre es Anna...

—Parr, lo sé, ese es tu nombre ahora, pero no es eso lo que te estoy preguntando. ¡Por todos los dioses!, ¿no te explicaron María y Camille nada de nada? —dijo la anciana perdiendo la paciencia y subiéndose a la plataforma.

—¿Nada de qué? —respondió Anna nerviosa elevando a su vez la voz.

—¡Basta! Estamos perdiendo un tiempo precioso. —Y la mujer sacó sus brazos de las mangas y los movió lentamente en el aire como quien pinta un cuadro con sus manos. Inmediatamente el humo de los pebeteros que rodeaban la plataforma envolvió a Anna haciendo que no pudiese ver nada a su

alrededor cegándola por instante y un momento después salió proyectado hacia los espejos entrando en ellos como si estuviesen hechos de aire. Los ojos de Anna no daban crédito a lo que veían cuando el humo dejó paso a imágenes en cada uno de los tres espejos. —¡Rápido, mira en los espejos y dime que ves!

De repente, los ojos de los dragones que descansaban sobre el marco de los espejos se iluminaron con una luz blanca como si hubiesen cobrado vida y sus cuerpos se sacudieron como si acabasen de despertar de un largo sueño. Al mismo tiempo, unas figuras empezaron a materializarse en los tres espejos ante los ojos de Anna.

—¡Rápido, acércate a los espejos, antes de que las imágenes desaparezcan! —le urgió la anciana.

Anna se acercó hasta el espejo que tenía a su izquierda y se colocó frente a la imagen de una mujer, vestida con ropas sencillas y una capa de lana de color marrón que se reflejaba en su superficie. Anna habría jurado que aquella mujer la estaba mirando directamente a ella, con una ligera sonrisa, tierna y cálida, como quien sonríe a un niño pequeño. Tardó unos segundos en darse cuenta, el reconocimiento casi se le escapa, pero de alguna forma pudo aferrarse a la idea que acababa de pasar por su cabeza. Anna ya había visto a aquella mujer antes, solo que la que ella había visto era una versión mucho más joven. El rostro que la miraba desde el espejo era el de la muchacha que aparecía junto a Camille en aquella visión provocada por su anillo. Anna se quedó mirando fijamente aquel rostro que le resultaba cercano hasta que la voz de la mujer la interrumpió.

—Sigue mirando pequeña, aún no hemos terminado.

De repente, la imagen cambió y fue reemplazada por otra mujer, esta vez sus ropas sugerían un origen mucho más antiguo, su cuerpo estaba cubierto por ropajes como los que había podido ver en las colecciones del Museo Británico, aquellas impresionantes esculturas del Partenón que habían sido traídas de Atenas. La mujer tenía el mismo porte regio de aquellas figuras, la misma elegancia sin pretensiones. Las manos de aquella mujer sostenían unos rollos de algo que parecía algún tipo de papel y, una vez más, sus ojos la miraban con una dulzura extrema y cálida. Anna quiso fijarse mejor en aquellos rollos, pero no tuvo tiempo porque la imagen cambió de nuevo, solo que esta vez, no fue una mujer quien la miraba desde la superficie de aquel espejo, sino una niña. La pequeña, de piel de color oliva oscura y con unos inmensos ojos negros la miraba cómo las figuras anteriores, pero esta vez, la mirada no era dulce sino seria, fría y Anna habría dicho que hasta preocupada.

—Estos son los espejos de la iluminación —dijo de repente la anciana apareciendo a su lado frente al espejo—. Este es el espejo del primer peldaño, y su guardián es el dragón Yin Ying. Su nombre significa sombra y su espejo te muestra el pasado, el origen de tu camino, que como una sombra siempre camina tras de ti.

—¿El pasado de quién? ¿Quiénes son esas mujeres?

—Esas mujeres son tú, muchacha, todas ellas son tú.

—¿Cómo que son yo? No entiendo lo que quiere decir.

—¡Por todos los dioses! ¡Es verdad que no sabes nada! —protestó la mujer—. Esas son algunas de tus encarnaciones pasadas, todas ellas son tú, en un cuerpo diferente. Y en particular, esa niña con cara de pocos amigos es el origen de todo el embrollo en el que te encuentras metida. —La mujer se dio la vuelta y se dirigió hasta el espejo que ocupaba la posición central. —Estos espejos tienen miles de años, durante ese tiempo han sido utilizados para iluminar el camino de nuestras sucesivas encarnaciones, pero todo esto no significa nada para ti, esas palurdas de María y Camille te encontraron demasiado tarde, como yo les advertí, pero nadie quiso escuchar a la pobre vieja Ming Li. Este es el espejo de la puerta —continuó colocándose junto al segundo espejo—, y su guardián es el dragón Xin. Su nombre significa corazón y si le dejas te mostrará lo que el tuyo alberga. ¿Te atreves a mirar lo que quiere mostrarte?

Anna se colocó frente al espejo con aprensión, aunque en su interior deseaba saber lo que había en su reflejo. Desde la superficie limpia y pulida del espejo una sombra oscura de espaldas a ella se giró para mirarla, pero una capucha cubriéndole el rostro hacía imposible reconocer quién era. La sombra elevó una mano arrugada y deforme y golpeó la superficie del espejo como queriendo agarrar a Anna haciendo que ella retrocediese asustada.

—¿Qué ha sido eso?

—¡Eso es la señal de que nos quedamos sin tiempo, date prisa pequeña, debes ponerte frente al último espejo, te va la vida en ello! —la empujó la mujer apremiándola a que se moviese. Cuando se colocó frente al tercer espejo la superficie no mostraba nada en absoluto, excepto su propio reflejo, como un espejo cualquiera haría.

—Este es el espejo de la nada, y su guardián es el dragón Jià Zhí que significa valor. Este espejo te mostrará tu futuro solo si tú lo deseas y solo si tienes el valor para verlo. Se llama el espejo de la nada porque eso es el futuro, nada, un vacío inexistente hasta que encontramos el valor de

construirlo. ¿Tienes tú ese valor, Anna?

Anna no le respondió. Simplemente siguió mirando fijamente al espejo, a su propia imagen, consciente de que algo en aquella imagen era diferente, que no era la persona que ella veía cada día, pero sin saber definir de qué se trataba. Algo dentro de ella se revolvió y se encontró pensando, «¡basta, muéstrame la verdad, solo la verdad!». De repente, su reflejo se movió y de entre los pliegues de la capa la imagen sacó un gran libro que colocó sobre sus manos y sin dudarlo lo abrió. Tan pronto como el libro se abrió una gran cantidad de un líquido rojo brotó de entre sus páginas y se derramó por sus manos hasta caer al suelo formando un charco denso y oscuro a sus pies. En ese instante Anna lo supo. Aquella mujer era ella, su verdadero yo y aquel libro era suyo, más suyo que nada que hubiese tenido jamás. Hacía tiempo que le había sido arrebatado, pero seguía siendo suyo y debía encontrarlo costase lo que costase, aunque no supiese por qué, aunque el precio debiese pagarse en sangre.

—El libro —le dijo a la mujer con ansiedad—, ¿qué libro es ese?

—Ese libro, pequeña, es la razón por la que estás aquí, por la que todas nosotras hemos vivido una y otra vez y por la que debemos morir.

—¿Nosotras? ¿Quiénes somos nosotras? —dijo Anna sin darse cuenta de que se había incluido a sí misma en la pregunta—. Y, ¿qué hay en ese libro?

—Nosotras somos las madres del mundo y ese libro es nuestro fin y nuestra condena, una condena que tú misma nos acarreaste el día que decidiste escribirlo. Ese libro te pertenece y nosotras prometimos protegerle a él y a ti hasta el fin de los días, aunque eso nos cueste la vida. Una situación de la que tú eres la única responsable, dicho sea de paso.

—Pero, ¿no entiendo! ¿Qué quiere decir? ¿Qué papel tengo yo en esto?

De repente, un estruendo tremendo seguido de unos alaridos terribles de dolor provenientes del exterior llenó la sala.

—¡No tenemos tiempo, está aquí, debes marcharte! —dijo la mujer con una clara expresión de miedo que hizo que Anna se sintiese aún más atemorizada—. ¡Puedo contenerle durante un tiempo, lo suficiente para que puedas escapar, pero tienes que irte ya!

De repente la mujer elevó un bastón que Anna no pudo ver de dónde había salido y golpeó el espejo con todas sus fuerzas. Los tres espejos se rompieron en mil pedazos al mismo tiempo con un estruendo terrible que sonó como si hubiesen golpeado a una criatura y no a un objeto. La mujer se agachó para recoger un trozo de espejo del suelo y se lo entregó a Anna mientras la

empujaba hacia el fondo de la sala. —Debes buscar a Meredith, ella es la única que puede ayudarte a encontrar el libro, esto te ayudará cuando estés dispuesta a aceptar su ayuda. ¡Ahora rápido, te quedas sin tiempo, debes marcharte!

—Pero ¿qué pasa con usted? ¿Por qué no viene conmigo?

—No voy contigo porque mi tiempo se ha agotado. Tranquila, no es la primera vez. Volveremos a vernos, aunque no en este cuerpo ni en este tiempo. Es tu hora, y todas sabíamos que este momento llegaría. ¡Ahora huye, déjame hacer lo que debo hacer! ¡Corre! —concluyó mientras la empujaba a través de una puerta que había salido de la nada al fondo de la sala y que se abría a una oscuridad inmensa. Anna obedeció de forma instintiva y se lanzó corriendo hacia adelante sin saber a dónde se dirigía con sus manos frente a ella por miedo a qué pudiese encontrarse. De repente sus manos chocaron con algo sólido, una superficie áspera al tacto. Su mente procesó la información rápidamente y sus manos reaccionaron buscando algún tipo de picaporte. ¡Una puerta, aquello debía ser una puerta! Sus dedos encontraron una pequeña palanca en la parte central de la puerta y la accionaron sin dudar. La puerta se retiró para dejarle paso a un nuevo callejón, pero esta vez, la luz de la luna iluminaba el espacio, podía ver a dónde se dirigía, y había una sola dirección posible. Al fondo del callejón entre cajas de madera rotas y suciedad había una nueva puerta, aunque más que una puerta se trataba de una plancha hecha de maderos roídos. Anna corrió hacia aquella escapatoria, pero justo antes de llegar un dolor intenso la hizo pararse y llevarse las manos al pecho cómo intentando forzarle a coger el aire que sentía que se le escapaba. La sensación solo duró un instante, pero Anna sabía bien lo que significaba, no podía explicarlo, pero no le quedaba duda alguna. La anciana había cumplido su promesa de dar la vida por ella. Anna empujó la puerta para abrirse paso a un nuevo callejón indistinguible del anterior. Al final de aquel, una nueva puerta, idéntica a la que acababa de cruzar. Anna siguió corriendo hacia aquella nueva puerta, pero justo cuando iba a abrirla una voz cruel y gutural resonó en su cabeza.

«¿Acaso crees que puedes escapar, ratón? Puedes correr tanto como desees, pero nunca podrás esconderte de mí, porque no hay escondite donde la muerte no pueda encontrarte.»

El cuerpo de Anna se tensó al escuchar en su cabeza aquellas palabras que de repente recibieron un eco en el callejón en forma de golpes secos, como quien golpea un tambor en una cadencia lenta y ominosa. Aquella criatura,

fuese lo que fuese, estaba allí, con ella, en aquellos callejones y era solo cuestión de tiempo que la encontrase. Las piernas de Anna reaccionaron inmediatamente y cruzaron la puerta al siguiente callejón y de ahí al siguiente. Todos ellos parecían iguales, Anna sabía que Limehouse era un auténtico laberinto de callejuelas, y que ella estaba perdida en él. Sólo tenía una salida y esa era seguir corriendo siempre hacia adelante en la esperanza de ser más rápida que su perseguidor. El sonido de los golpes secos seguía resonando en todas partes y Anna podía sentirlo cada vez más fuerte, más cerca. De repente, el siguiente callejón fue diferente. Esta vez varias puertas rodeaban todo el espacio, diferentes rutas que poder tomar. Anna no tenía tiempo de evaluar la mejor opción, sabía que debía dejarse guiar por su instinto y así lo hizo. Tomó la primera puerta a su derecha, en el siguiente callejón la que estaba a su izquierda y así durante otros dos o tres callejones sin un patrón concreto, tan solo deseando que ninguna de aquellas puertas estuviese cerrada y le permitiese seguir huyendo hacia adelante. Su corazón parecía querer salirse de su pecho, un poco por el esfuerzo y la tensión de la carrera, en su mayor parte por algo mucho más primitivo, terror. Anna perdió la noción del tiempo, sólo aquella huida hacia adelante importaba. La voz gutural seguía gruñendo en su cabeza recordándole que no había escapatoria posible. De repente, Anna cayó en la cuenta de que el aire a su alrededor había cambiado. Un olor intenso a los detritus propios de un puerto llenó su nariz y comprendió inmediatamente lo que significaba. Había llegado al extremo del barrio, se encontraba junto al puerto. Si era capaz de encontrar una salida, el cochero que esperaba por ella vendría en su ayuda. Aquella era su única esperanza de poder escapar. Abrió la siguiente puerta esperando encontrar el puerto frente a ella, pero en su lugar una callejón estrechísimo y completamente oscuro la recibió. Al mismo tiempo, Anna oyó un estruendo a su espalda, aunque sabía que no debía hacerlo se giró para mirar qué había ocurrido y vio como la penúltima puerta que había cruzado había estallado en mil pedazos y tras ella una sombra cubierta con una capa de color oscuro se dirigía directamente hacia ella. Echó a correr como si fuese lo último que pudiese hacer, rogando en su interior que no lo fuese. Sus piernas volaron por aquel callejón oscuro siempre hacia adelante sin saber qué le esperaba al final, simplemente esperando que fuese una salida. Sus ojos no podían ver más que una pequeña luz al final de aquel túnel que parecía interminable. Sabía que la criatura le seguía, casi podía sentir su respiración tras ella, como una fiera que va tras su presa y que no está dispuesta a dejarla escapar. Anna corrió aún más, rogando que sus



pulmones y su corazón no la fallasen, no ahora. Pero nada parecía suficiente y la criatura estaba cada vez más cerca de ella, apenas a un paso. Anna extendió sus manos, como queriendo alcanzar la luz al fondo de aquel túnel, pidiendo que aquella luz la salvase de la oscuridad que la perseguía. Hasta que, de repente, su cuerpo chocó con algo duro como una piedra que impedía que continuase su camino. Anna sintió pánico al pensar que la criatura había logrado alcanzarla y trató de desenvolverse de una figura que la sujetaba con una fuerza inmensa sin dejarla escapar.

—¡No, no! —gritaba con el aire que quedaba en su cuerpo—, ¡no!

—¡Anna, Anna, por dios, pare! —respondió una voz que le resultaba familiar, pero que no era capaz de identificar—. ¡Anna, soy yo, escúcheme, soy Andrew!

Los ojos de Anna se elevaron para mirar el rostro de la persona que le hablaba, pero su cuerpo seguía forcejeando intentando separarse de él. El reconocimiento se asentó por fin en su mente y el rostro del detective Gables mirándola con preocupación extrema se clavó en sus pupilas consiguiendo por fin que su cuerpo reaccionase y dejase de luchar. Instintivamente Anna se giró para mirar al callejón donde la criatura había estado a punto de atraparla un segundo antes, pero la figura que le devolvió la mirada no era la sombra que ella había visto persiguiéndola sino el fantasma de su marido que la miraba con la cara desencajada en un grito mudo mientras su mano contraída y cadavérica la apuntaba acusadora. Anna retiró la mirada de aquella imagen y sus ojos volvieron a mirar al detective como confirmando que se trataba de él. En ese instante, su cuerpo ya no pudo más y se abandonó en su abrazo mientras la oscuridad del callejón invadía su mente.

## *Paredes*

Cuando sus ojos se abrieron Anna no pudo reconocer lo que la rodeaba, pero tampoco le importó. Su cuerpo había despertado, pero su mente seguía encerrada en las imágenes que habían ocupado sus sueños. Anna sabía que no eran más que eso, sueños, pero eso no lo hacía más fácil. Aquellas imágenes que la rodeaban se repetían una y otra vez en un círculo vicioso. Sus pies descalzos avanzando por el suelo de piedra de un túnel, encaminándose hacia la luz que brillaba al fondo. Sus pasos avanzaban caminando sobre los cadáveres que tapizaban el suelo del túnel, todos ellos deformados y contraídos en terribles muecas de dolor. Unos cadáveres que conocía muy bien, los rostros que la miraban con sus ojos vacíos y sin vida eran los de aquellos que más le importaban, Kitty, Beatrix, la señora Prescott. Y a su lado los de aquellas mujeres que parecían tener un vínculo profundo con ella, María, Camille y Ming Li Xia que parecían mirarla con desprecio y odio como recriminándole algo horrible. Pero en aquel sueño nada de todo eso le importaba. Los pasos de Anna siguieron adelante pisando sus rostros, sus manos, sin siquiera dignarse a mirar atrás hasta llegar al final del túnel donde este se abría a una gran plataforma desde la que Anna podía ver el mundo entero. Pero si había esperado ver un mundo hermoso, lleno de luz y vida, lo que le esperaba era algo completamente diferente. A sus pies se desplegaba un mundo abrasado, consumido por el fuego, sin un ápice de vida más que la de las llamas que aún permanecían encendidas sobre los cadáveres calcinados de

los hombres. Y ante aquella visión, una carcajada se formó en su garganta y resonó a su alrededor como el eco de una maldición. Y su voz era la voz de la sombra.

Aquel sonido resonando en su cabeza fue lo que hizo que su mente despertara por fin y se uniese a su cuerpo que se encontraba sentado sobre la cama. Al mirar nuevamente a su alrededor se dio cuenta que la habitación que no había sido capaz de reconocer al principio era en realidad su propio cuarto. Sobre la cama alguien había dejado una bata que se colocó por encima dispuesta a bajar al piso inferior para ver a Kitty y contarle lo que le había ocurrido, pero justo antes de abrir la puerta vio su capa sobre el asiento del tocador y, como si le fuese la vida en ello, registró frenéticamente los bolsillos. En el bolsillo interior de la capa, junto al cuchillo que había cogido de la cocina, estaban el pequeño saco de terciopelo con las joyas de María y Camille y un pedazo de cristal que reconoció inmediatamente como el trozo de espejo que la anciana Ming Li Xia le había entregado. Pero en su mano apareció algo más. Un pequeño alfiler con forma de dragón refulgió entre sus dedos. El diseño era de una delicadeza exquisita y los detalles era tremendamente realistas, casi parecía que el dragón echaría a volar de su mano en cualquier momento. Entre sus fauces, la criatura apresaba una piedra que Anna reconoció inmediatamente como gemela de las que tenían las joyas de María y Camille. Anna intentó hacer memoria de donde había visto aquella pieza antes y la imagen vino clara y nítida a su cabeza, aquel alfiler estaba prendido en el vestido de Ming Li Xia. No podía recordar cómo aquella joya había llegado hasta ella dado que no recordaba que la anciana se la hubiese entregado, pero llegados a aquel punto, ya no podía sorprenderse de las cosas inexplicables que estaban ocurriendo a su alrededor.

Sus pasos la llevaron escaleras abajo. La casa estaba en silencio, algo un tanto extraño dado que era bastante tarde. A esa hora habría esperado encontrar a la señora Prescott atareada limpiando una y otra vez la casa y gritándole instrucciones al pobre Toby. Se dirigió directamente al estudio y al abrir la puerta se encontró a Kitty y a la señora Prescott sentadas en el sofá que ocupaba el centro de la sala con una evidente tristeza. Al oír el sonido de la puerta al abrirse ambas mujeres se giraron y sus ojos se abrieron de par en par como si acabasen de ver a una aparición.

—¡Señora! —gritó la vieja ama de llaves.

—¡Anna, gracias a dios, estás despierta! —le soltó Kitty mientras se abrazaba a ella loca de alegría.

—¿Cómo que estoy despierta? Por supuesto, ¿qué más se supone que debía hacer? —Intentó responder Anna casi ahogada por la efusividad de Kitty.

—¡Por dios, muchacha, déjala respirar, en su estado no puede llevarse sobresaltos! —insistió la señora Prescott—. Voy a preparar ahora mismo un desayuno en condiciones para que recupere las fuerzas. ¡Toby, Toby, ¿dónde estás, muchacho del demonio? ¡Avisa inmediatamente al doctor Mainard!

—¿Al doctor? Pero, ¿a qué viene todo este jaleo? ¡Vaya manera de darme los buenos días! Kitty, ¿qué es lo que ocurre? —Logró preguntar Anna separándose del abrazo de hierro de la joven.

—¿Que qué ocurre? Esto es casi un milagro. El doctor Mainard estaba convencido que no despertarías, nos dijo que debíamos prepararnos para lo peor.

—Pero, ¿qué...? ¿Cómo que lo peor? ¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—No has estado dormida, Anna. Has estado inconsciente. ¡Una semana!

—¿Qué? —Anna sintió que las fuerzas le fallaban y con ayuda de Kitty se sentó en el sofá. —No me he enterado de nada, me desperté esta mañana como si tan sólo hubiese pasado una noche. ¿Cómo...?

—Le pedí a Andrew que fuese tras de ti. Lo sé, me pediste que no lo hiciese, pero no podía dejar que fueses sola a un sitio como ese. Y creo que no me equivoqué, Anna. Si no hubiese sido por él...Te trajo hasta aquí y llamamos al doctor. Confiábamos que despertarías pronto, pero, cuando pasaron tres días y no habíais vuelto en ti, el médico se puso en lo peor.

—Recuerdo ver el rostro del detective, pero después, nada.

—¿Qué es lo que pasó, Anna? ¿Encontraste a Ming Li Xia?

—Creo que encontré mucho más de lo que esperaba, Kitty. Ming li Xia estaba allí, pero también estaba alguien o algo más.

—¿Quién? No querrás decir que...

—Esa mala bestia estaba allí, de alguna forma vino tras de mí. Creo que ha matado a Ming Li Xia y trató de acabar también conmigo.

—Eso quiere decir que sabía que ibas a acudir al encuentro de Ming Li Xia, pero ¿cómo? Y, ¿pudiste hablar con esa persona? ¿Pudo aclararte algo?

—Es mejor que te cuente todo desde el principio.

Anna le contó toda su experiencia a Kitty sin omitir ningún detalle, ni siquiera aquellos que no podía comprender incluido todo lo relativo a las madres del mundo, pero pronto fueron interrumpidas por el doctor Mainard que insistía en comprobar que la paciente se encontraba bien. El hombre,

bajito y regordete, que había sido el médico de la familia ya en tiempos de su esposo, insistió de toda manera posible en que volviese a la cama, algo a lo que Anna se negó en redondo para desesperación del doctor y de la señora Prescott. El hombre hubo de conformarse con hacer los chequeos correspondientes en el sofá del estudio y, cuando finalmente concluyó que Anna se encontraba en un estado perfectamente normal más allá de la debilidad de haber estado inconsciente una semana, no le quedó más remedio que marcharse por donde había venido. De todas maneras, Anna no pudo continuar su conversación con Kitty porque la señora Prescott, cual general de todos los ejércitos, tomó el relevo del doctor y no dejó a Anna ni a sol ni sombra hasta que esta se hubo acabado el inmenso desayuno que le había preparado y se hubo dado un baño y vestido como correspondía a una dama de su altura. Para cuando hubo terminado, Kitty había desaparecido de la casa sin decir a dónde iba y Anna temió que hubiese decidido ir a contarle todo al detective Gables. Por más que estaba infinitamente agradecida a aquel hombre por haberla rescatado de aquella experiencia terrible en Limehouse, Anna todavía oía en su cabeza las palabras de Lady Ashley y no podía, aunque quisiese, depositar la misma confianza que la joven en Andrew. Cabía la posibilidad de que estuviese siendo injusta, que todo tuviese una explicación de lo más banal, pero hasta que pudiese confirmar aquel extremo, Anna no iba a tomar ningún riesgo.

Kitty regresó cuando ya era noche cerrada en un visible estado de excitación y llevando unos libros en su mano.

—¿Dónde has estado? Empezaba a preocuparme, ¿has ido a ver a Andrew?

—No. Nada de eso. En realidad, he ido a ver a mi antiguo jefe, y me alegro muchísimo de haberlo hecho —replicó quitándose el abrigo y tirándolo sobre el sofá del estudio.

—¿Qué es lo que te traes entre manos, Kitty?

—Verás, mientras estabas inconsciente, una compañera de la biblioteca me envió una nota para decirme que habían encontrado otros dos volúmenes de los libros de Lord Fitzroy si es que aún estaba interesada. Dado que suponía que entre el doctor y la señora Prescott no te iban a dejar en paz por un buen rato pensé que era un buen momento para acercarme a echarles un vistazo.

—Todo este preámbulo significa que has encontrado algo, ¿verdad? —preguntó Anna sonriendo.

—¡Pues, de hecho, sí! —contestó la muchacha guiñándole un ojo—. ¿Te acuerdas del cuento que nos contó la tal Lady Fitzroy?

—¿Aquél del primer hombre y la creación del mundo?

—Exacto. Pues resulta que ese mismo cuento aparece en uno de los volúmenes que me han dado hoy, sólo que con unas cuantas variaciones.

—¿Cómo cuáles?

—Para empezar, en la historia del libro el dios Brahma no esconde tan sólo las palabras de la creación en una cueva, sino que también hace lo mismo con las palabras del fin del mundo, el verbo de la destrucción, el único poder capaz de destruir todo lo creado por los dioses. Bueno, para ser más exactos, estas se las encomienda a su esposa Saraswati para que sean protegidas por toda la eternidad. Así que cuando Mahesh logra robar aquellas tablas inscritas sólo se lleva la mitad del premio que podría conseguir porque la tabla contiene las palabras de la creación, pero no las del fin del mundo; es decir, no tiene el poder para destruir lo que Brahma ha creado. Ya te puedes imaginar que, según la historia, el enfado de Mahesh cuando descubre el engaño fue considerable y juró dedicar el resto de su vida a buscar esas palabras con el único fin de destruir el mundo que los dioses habían creado para así tener su venganza.

—Deduzco que hay algo más, porque esa pequeña variación en la historia no justifica tu alegría.

—Tienes razón, hay más. Según la versión del libro, Saraswati entregó las palabras a cuatro mujeres elegidas por su pureza de corazón y que debían protegerlas con sus vidas hasta el fin de los tiempos. Esas cuatro mujeres representan el poder protector de lo femenino que se enfrenta al poder destructor de lo masculino.

—Y ¿quiénes son esas mujeres? ¿Hay alguna referencia en la historia?

—No, eso no lo dice, pero utiliza un término curioso para describirlas.

—¡Deja ya de ponerme nerviosa y dime cuál es, Kitty, por dios! —replicó Anna sin poder controlar la ansiedad.

—El nombre que esas mujeres recibieron fue el de madres del mundo.

Al oír aquellas palabras las manos de Anna empezaron a temblar. Anna intentó disimularlo agarrando fuertemente la una con la otra, pero no sirvió de nada.

—Así que, ya ves —continuó Kitty—, si necesitábamos alguna señal de

que íbamos bien encaminadas con nuestra búsqueda, ahí la tienes. La historia que nos contó la misteriosa mujer que aparentemente nunca existió y la que te contó la anciana china encajan a la perfección.

—Bueno, en realidad solo encaja un término. Además, aun suponiendo que estemos en el camino correcto, la pregunta es a dónde nos lleva ese camino.

—Pues parece que ahora mismo a la tal Meredith. A fin de cuentas, te dijo que ella era la única que podía ayudarte, ¿no?

—Pero, ¿tú sabes cuántas Meredith puede haber en Londres? Si ya fue difícil encontrar a Ming Li Xia a pesar de tener un nombre de lo más reconocible por cualquiera, encontrar a Meredith, así, sin apellidos ni nada es una tarea imposible.

—Sin embargo, tenemos cierta ayuda, ¿no?

—Ya sabía yo que te ibas a referir a eso, pero eso es un simple trozo de cristal.

—Pero, ¿qué es lo que te pasa? —protestó Kitty claramente molesta.

—¿Qué he hecho ahora?

—Algo ha cambiado en ti. Te has pasado años estudiando lo esotérico y sobrenatural, y cuando, de repente, todo eso llama a tu puerta te niegas a aceptar que existe algo más que lo que vemos. Ves fantasmas cada día de tu vida, las dos hemos estado presentes en el que probablemente sea el evento fantasmagórico más grande de la historia porque no se me ocurre otra forma de llamar a la fiesta de Lord Fitzroy, una anciana china te ha mostrado tu pasado, presente y futuro en unos espejos mágicos. Cualquiera estudioso de lo oculto consideraría que le ha tocado la lotería. Y si embargo tú parece que le tienes miedo.

—¿Es que quizá lo tenga, Kitty! —respondió bruscamente Anna.

—¿Por qué?

—Por ti —soltó Anna sin dudar—. Por miedo a que pueda volver a ocurrirte algo como lo que pasó en Escocia. Por miedo a que la próxima vez sea la señora Prescott, o Beatrix. Por miedo a que la próxima vez sea incluso peor y me vea abrazando vuestros cadáveres. ¡Esa criatura es pura maldad, Kitty, he podido sentirlo, ese ser sólo quiere causar dolor, cuanto más grande y terrible mejor!

—Precisamente por eso necesitamos enfrentarnos a él en igualdad de condiciones. Si las historias son verdaderas, aunque sea un poco, ese ser es una criatura mística con poderes terribles. La vida te ha dado la oportunidad de hacerle frente, pero para eso debes aceptar lo que eres.

—¿Lo que soy yo?

—Por supuesto, Ming Li Xia te lo dijo bien claro, tú eres una de las madres que describe la historia. No se trata de entenderlo o no, se trata de aceptarlo. Recuerda sus palabras, el cristal te ayudará cuando estés dispuesta a aceptar su ayuda. Tienes que aceptar de una buena vez quién eres.

—¿Es eso lo que quieres que haga?

—Lo que quiero es coger a ese hijo de puta y colgarle de un puente por los huevos para que se seque como un bacalao, pero ya he aprendido que una señorita no debe hablar así, así que diré que sí, eso es lo que quiero.

—Pues me temo que no sé cómo hacer lo que me pides— replicó Anna derrotada—, no tengo idea de cómo ese cristal puede ayudarnos, no sé quién es Meredith y ya no tengo muy claro ni quién soy yo misma.

—Pues entonces, lo descubriremos juntas. —Y la muchacha puso su mano sobre las de Anna en un gesto que no era más que pura sinceridad.

Un par de horas después Kitty se retiró a su habitación dando el día por concluido, pero Anna no pudo hacer lo mismo. Quizá fue que su cuerpo aún se resentía de la semana que había pasado tumbada en una cama o quizá eran las mil y una ideas que rondaban su cabeza, pero el caso es que no se encontraba cansada en absoluto.

—Señora... —resonó la voz de la señora Prescott en la puerta del estudio.

—Señora Prescott, ¿Se retira usted ya? Descanse, y gracias por todo.

—En realidad señora, venía a decirle que tiene usted una visita. —Y la mujer se apartó para que Anna pudiese ver al detective Gables que estaba tras ella.

—Andrew —dijo Anna sin saber disimular bien su sorpresa—. Pase, por favor, no se quede en la puerta.

—Entiendo que es una hora poco conveniente, pero no quería dejar pasar el día sin venir a preguntar por usted y la señora Prescott me ha sorprendido con la noticia de que había despertado usted hoy.

—Sí, así es. Kitty ya me ha explicado que ha estado usted viniendo a preguntar por mí cada día, se lo agradezco mucho —contestó Anna invitándome con un gesto al detective a sentarse en el sofá—. Aunque, por supuesto, por lo que le estoy verdaderamente agradecida es por haber acudido en mi auxilio la otra noche.



—¿Qué estaba usted haciendo en Limehouse, Anna? No puedo entender qué asuntos tenía que atender una señora como usted en un barrio como ese a esa hora de la noche —le soltó de repente el detective claramente irritado.

—Tiene usted razón en preguntárselo e incluso en estar enfadado. En realidad, solo pretendía ayudar a una amiga —mintió Anna—. Hace unos días su marido me comentó que había caído presa del maldito humo del opio. Pensé que si acudía al lugar donde va cada noche y podía hablar con ella lograría hacerla entrar en razón. ¡Una bobada por mi parte, lo reconozco! El caso es que, cuando los hombres del fumador se dieron cuenta de que yo no estaba allí como cliente, no tardaron ni un segundo en echarme de malos modos.

—Tiene usted razón, fue una estupidez por su parte, y una muy peligrosa, he de decir. Pudo usted haber perdido la vida.

—Bueno, seguramente no fue tanto como parecía. Comprendo que cuando me encontró debí parecerle aterrada, pero fue sólo porque cuando me echaron de aquel antro me hicieron salir por una puerta diferente a la de entrada que daba a un laberinto de callejones oscuros. Me asusté mucho cuando no me vi capaz de encontrar la salida, ya sabe usted que esa zona es un auténtico laberinto. Supongo que fue cuando verdaderamente me di cuenta de lo inconsciente de mi decisión.

—No lo sabe, ¿verdad?

—¿Saber? ¿Qué tengo que saber?

—Esa noche asesinaron a cinco mujeres en esa zona de Limehouse.

—¿Qué? —preguntó Anna no queriendo creer lo que el detective le contaba—. ¿Cómo ocurrió?

—Creo que es mejor que le ahorre los detalles, Anna.

—¡No!, quiero saberlo, por favor.

—Como quiera —dijo el detective nada convencido—, las cinco mujeres murieron de la misma forma terrible. Les arrancaron el corazón cuando aún estaban vivas. Quienquiera que lo hiciese se llevó además las vísceras como trofeo.

Anna tardó un instante en responder al detective mientras miraba las manos cruzadas sobre la falda de su vestido, tan fuerte, que el color desapareció de sus nudillos.

—Y, sin embargo, los dos sabemos quién es el responsable, ¿verdad?

—No tenemos razones para pensar que...

—¡Claro que las tenemos, y lo sabe usted perfectamente, tan sólo se niega a verlo!

—Se equivoca Anna, no me niego a nada, pero tampoco tengo ninguna pista que me ayude a pararle, ¿Acaso la tiene usted? —preguntó el detective con una seriedad absoluta.

—No, desafortunadamente no. ¡Disculpe mi comentario, comprendo que debe estar usted frustrado por no haberle podido atrapar y no le estoy ayudando con mis preguntas impertinentes! A fin de cuentas, en lo que a Kitty y a mí se refiere, sólo queremos mantenernos al margen de todo eso y olvidar lo ocurrido tan rápido como sea posible. Es preferible que dejemos el trabajo de detectives a los profesionales.

—Lo comprendo señora Parr —dijo usando su nombre formal—, y lamento que tuvieran ustedes que pasar por todo lo ocurrido por mi culpa.

—No debe usted torturarse Andrew, involucrarnos fue nuestra decisión igual que lo es ahora mantenernos al margen.

—Comprendo —dijo el hombre serio—, no la molesto más señora Parr, me alegra enormemente que esté usted recuperada y que nada grave le haya ocurrido. Si no necesita nada de mí, la dejó descansar, buenas noches.

—Buenas noches detective, y gracias por todo —respondió Anna formal mientras abría la puerta del estudio tras la que esperaba la señora Prescott para acompañar al detective a la puerta. Cuando el hombre se hubo marchado, Anna se quedó sola en el estudio abrazándose a sí misma y preguntándose si no le estaría dando demasiadas vueltas a todo, pero, algo en su interior, muy cerca de su corazón, le seguía gritando que aquel hombre le había mentido y que las mentiras siempre tienen un objetivo.

La señora Prescott pasó a decirle que se retiraba a sus habitaciones un poco después y Anna decidió subir a la suya, aunque era consciente de que no sería capaz de dormir. Al entrar en el cuarto, cálido e iluminado por la luz tenue del carbón que ardía en la chimenea, vio que su capa la seguía esperando sobre el asiento del tocador. La señora Prescott había arreglado la habitación, pero, conscientemente o no, no había tocado ni la capa ni las joyas que Anna había dejado sobre la mesa. Anna se sentó en el pequeño banco y puso la capa sobre sus rodillas. Sus manos se deslizaron en el bolsillo de la capa y encontraron el pequeño trozo de cristal que Ming Li Xia le había entregado. Lo miró detenidamente sin saber qué esperar, pero no ocurrió nada. Aquel era solo un trozo de cristal y nada más. Lo arrojó sobre la mesa descuidadamente junto a las joyas de aquellas mujeres que, sin quererlo, había heredado.

«¿Qué se supone que tengo que hacer?», pensó, «¿poner en riesgo mi vida

y la de los que quiero por algo que no comprendo?». Anna podía notar como la frustración crecía en su interior. Quería recordar por qué se había metido en aquel embrollo, pero no era capaz de hacerlo. El día que había tomado la decisión de escribir aquella nota para el detective Gables indicándole que le ayudaría no lo había pensado, lo había sentido. Simplemente había respondido a algo en su interior que le dijo que era lo correcto, había respondido a su propia naturaleza. Las palabras de Ming Li Xia resonaron en su cabeza nuevamente, el espejo del futuro le mostraría su destino si tenía el valor de aceptarlo, el valor de crear ese destino, el valor de aceptar quién era y quién debía ser. El mismo mensaje que Kitty le había transmitido esa misma tarde. Aquel fragmento de cristal pertenecía a aquel espejo, la mujer le había dicho que aquel trozo de vidrio podría ayudarle siempre y cuando estuviese dispuesta a aceptar su ayuda, pero, ¿cómo? La respuesta vino a su cabeza inmediatamente y sin pensarlo. «Aceptando quién eres y quién debes ser». Aquellas palabras despertaron una idea en su cabeza que a su parte consciente le parecía ridícula, propia de un cuento para niños. Pero Kitty tenía razón, durante años había estudiado todo aquello que no parecía lógico, todo lo que parecía sacado de cuentos de hadas, y ella mejor que nadie sabía que había mucha verdad en todo lo que desafiaba la lógica impuesta por una sociedad encopetada y que había perdido la conexión con la parte más profunda de sí misma. Exactamente el mismo error en el que ella estaba cayendo. Sus manos cogieron el cristal y su voz empezó a susurrar.

—Vamos a ver. Mi nombre es Anna Parr. —Pero, aunque no sabía exactamente lo que esperaba nada ocurrió—. Muy bien, yo soy Anna Parr y necesito ayuda. —Pero no hubo reacción alguna. Anna estuvo a punto de tirar el cristal contra la pared por pura desesperación. —¡Por todos los demonios!, ¿qué esperas que diga?

De repente, Anna se encontró mirándose a sí misma en el espejo del tocador, exactamente como lo había hecho en los espejos de Ming Li Xia y su mente lo comprendió al instante. Se trataba de quién era, de su verdadera naturaleza, aquella que le había sido mostrada por el primer espejo, su verdadero ser, el que había vivido en tantos cuerpos diferentes, el que seguía reencarnándose hasta el fin de los tiempos para proteger aquel libro que debía encontrar a toda costa. Sus manos aferraron de nuevo el trozo de cristal y mirando su propio reflejo en él pronunció la que sabía que era la única verdad que el espejo aceptaría.

—Yo soy madre del mundo.

En ese instante una luz intensa iluminó el fragmento de cristal y como si de un eco se tratase las piedras de las joyas que tenía sobre la mesa respondieron con la misma luz. Cuando la luz se extinguió, el espejo ya no mostraba su reflejo sino una imagen diferente, una que Anna conocía muy bien a su pesar. La entrada de un edificio gris, con dos grandes columnas en la entrada y unos peldaños sucios del mismo color que el edificio. Anna había pasado mucho más tiempo del que debía en aquel lugar y se había prometido a sí misma no volver jamás, pero tal parecía que la vida tenía otros planes porque aquella imagen tan terrible como su recuerdo era la entrada del sanatorio Bedlam.

A la mañana siguiente Kitty bajó al estudio para encontrarse a Anna buscando algo en todos los cajones de los muebles de la sala con aire desesperado.

—Buenos días —interrumpió la joven—, parece que hoy te has levantado con mucha energía.

—¿Sabes dónde está? No puedo recordar dónde la puse por más que lo intento, es imprescindible que la encuentre —respondió Anna sin siquiera mirarla, rebuscando frenéticamente en el contenido del cajón que el que se estaba peleando.

—¿Que encuentres qué?

—Aquella nota, aquel papel, necesito comprobar una cosa.

—Anna, no sé a qué nota te refieres y me estás poniendo nerviosa, ¿puedes clamarte un poco? En tu estado...

—La nota, necesitamos la nota, Kitty.

—Anna, si te refieres a la nota de ese hijo de perra que me atacó...

—¡No, no esa! La otra nota, la nota que nos dieron aquel día al volver del parque, ¿recuerdas?

—Sí, me acuerdo, pero no tengo idea de dónde la pusiste, además, ¿por qué es tan importante?

—Anoche el espejo me dio la ayuda prometida —respondió Anna parando por fin en su búsqueda para mirar a Kitty fijamente—. No me preguntes cómo, pero de alguna forma el espejo reaccionó cuando por fin acepté en voz alta que yo soy una de esas madres del mundo, sea eso lo que sea.

—¿Cómo que reaccionó?

—Que se iluminó como lo había hecho con Ming Li Xia y me mostró una imagen. Pero necesito esa nota para corroborar una teoría. —Y acto seguido le

dio de nuevo la espalda para continuar su búsqueda.

—Pero, ¿qué imagen? ¿Qué es lo que viste?

—¡Ah, aquí está! Menos mal, estaba empezando a pensar que la había destruido —dijo Anna sujetando el trozo de papel en sus manos y colocándolo al trasluz para buscar algo en él con avidez—. ¡Ajá, lo sabía, sabía que no estaba equivocada!

—Bueno, si no paras un instante y me explicas de que trata todo esto voy a empezar a chillarte.

—¡Ten, míralo tú misma! —dijo entregándole el papel que Kitty revisó por todos lados sin poder entender nada.

—¿Qué se supone que tengo que ver?

—Colócalo frente a la luz.

Kitty obedeció, pero fue incapaz de ver nada al principio. Le dio varias vueltas y lo acercó a una de las ventanas intentando comprender a qué se refería Anna hasta que finalmente, en una de las esquinas de la nota sus ojos empezaron a adivinar un dibujo.

—Ahora lo veo, hay algo dibujado en la esquina, ¿verdad?

—Es una marca de agua, un sello para ser más exacto. ¿Puedes ver las letras?

—¿Letras? ¡Ah, sí, hay tres letras sobre el dibujo! B, B, H.

—En realidad es B, R y H. Aunque es verdad que la R se confunde fácilmente debido al tamaño del sello.

—Pero, ¿qué significa? ¿Lo sabes?

—Me temo que lo sé demasiado bien. He visto ese papel, con ese mismo sello antes. El sello del Bethlehem Royal Hospital, aunque su nombre popular sea otro.

—¡Bedlam!

—Exacto, quienquiera que escribiese esa nota lo hizo usando papel de ese sanatorio que, curiosamente, es la misma imagen que el espejo me mostró anoche. Dado que no creo en las casualidades, no me queda más alternativa que pensar que ambas cosas están relacionadas.

—Pero, ¿relacionadas cómo?

—Piénsalo. La muerte de María nos llevó hasta Camille, la de Camille hasta Lord y Lady Fitzroy o sus fantasmas, como prefieras. Esa nota me llevó hasta Ming Li Xia y ella insistió en que debíamos llegar hasta la tal Meredith. Ming li Xia sugirió que María y Camille habían intentado llegar hasta mí antes de su muerte, que de alguna manera todas ellas y yo estábamos conectadas en

algún tipo de lazo místico. Independientemente de si quiero creer en esa historia o no, la realidad me demuestra que desde que acepté ayudar a Andrew con su investigación todo a nuestro alrededor se ha confabulado para que no haya forma de escapar, como si quisiese decirme que no debo huir de esto. Y ahora ese espejo y esa nota apuntan a que, para continuar esta investigación, debo ir de nuevo al único lugar en la tierra que prometí no volver a pisar jamás.

—Algo que, por supuesto, vas a hacer, ¿verdad?

—No tengo alternativa Kitty, aunque no sepa por qué esa criatura intenta destruirnos, no puedo permitir que siga asesinando, ni una mujer más debe perder su vida. No si yo puedo evitarlo.

—Muy bien, entonces, ¿qué es lo que vas a hacer?

—En realidad, creo que voy a necesitar que seas tú quien haga algo —replicó Anna y su cara no parecía indicar que a Kitty fuese a gustarle lo que tenía que proponerle.

Las dos mujeres salieron por la puerta de la casa vestidas con sus mejores galas. Nadie que las hubiese visto habría sospechado que toda aquella parafernalia que llevaban puesta encima era el resultado de tres días de trabajo y detallada planificación. Cuando se disponían a bajar los peldaños de la entrada de la casa, Kitty tropezó y tuvo que sujetarse a Anna para no caerse al suelo con todo y sombrilla.

—¿Estás bien? —le preguntó Anna volviendo a colocarle la pluma del inmenso sombrero que llevaba sobre la cabeza.

—Creo que los nervios van a acabar conmigo. ¿Estás segura de que yo puedo hacer esto?

—Sí, estoy segura de que lo harás perfectamente, no tengo ninguna duda.

—Si tú lo dices...

—Además, ya sabes que esta es la única forma en la que podremos entrar en Bedlam sin levantar sospechas.

—Ya, pero ¿no debería haberme vestido de otra forma? Más acorde a mi supuesta dolencia.

—Para nada, te puedo asegurar que si lo hubiéramos hecho así el doctor Bailey sospecharía inmediatamente.

—Muy bien, entonces que sea lo que dios o el diablo quieran —replicó Kitty santiguándose de forma automática haciendo que una sonrisa llenase el

rostro de Anna que la agarró dulcemente por el brazo para continuar su camino hacia St. James Park.

El plan que tan poco convencía a Kitty era el resultado de muchas horas de intentar encontrar la manera de entrar en Bedlam. Anna no sabía qué esperaba encontrar allí, pero dado que tanto el espejo como la nota apuntaban en la misma dirección, decidió dejarse llevar y seguir su instinto. Como todo sanatorio que se dignase de llevar ese nombre, Bedlam no aceptaba visitas, fundamentalmente porque nadie visitaba a los alienados, como se les definía en los círculos donde llamarles locos era poco decoroso. En Bedlam solo había dos tipos de pacientes, los demasiado pobres para que nadie se interesase por ellos y los demasiado ricos como para mostrar abiertamente su interés. Así pues, sólo había una manera de entrar en el recinto. Como paciente. Y eso solo era posible con la recomendación de un médico especializado en las desviaciones de la personalidad. Afortunadamente, Anna tenía su parte de experiencia con uno de aquellos doctores, en particular uno con una especial afición por las mujeres jóvenes y hermosas.

El doctor Bailey había sido la persona a la que el doctor Maynard le había referido cuando cometió el error de compartir con él las visiones de su marido fallecido que la atenazaban cada día. Si Anna había esperado recibir consejo profesional al respecto de la mejor manera de investigar lo que le estaba ocurriendo y por qué, el doctor Bailey acabó por referirla para una cura de nervios en Bedlam. Cuando Anna comprendió el callejón sin salida en el que se encontraba no le quedó más remedio que aceptar el ingreso a fin de evitar que aquel par de doctores acabaran incapacitándola y convirtiéndola en un pelele bajo la supervisión de algún miembro respetable de la sociedad que manejaría todos sus asuntos, retirándole todo poder de decisión. Era su libertad recién adquirida lo que estaba en juego, y Anna no estaba dispuesta a que se la arrebatasen. Lamentablemente, el precio que Anna debería pagar por ella en aquel sanatorio sería especialmente alto.

El doctor Bailey era un médico respetable y respetado, un profesional de prestigio entre sus colegas y, a vistas del mundo, un padre de familia devoto y un marido leal. Nada más lejos de la realidad. Tras aquella cortina de corrección se escondía un putero de primera clase, conocido en todos los burdeles de la ciudad y con especial interés en las actrices de cuarta de los musicales de bajo nivel. Precisamente una de aquellas mujeres había sido la responsable de que su fortuna casi desapareciese y se convirtiese en el hazme reír de la sociedad londinense. Su nombre, Lilly Joy. Lilly, cuyo verdadero

nombre era Sarah Hale, era una chica de coro en los localuchos del West end. Incapaces de competir con los musicales frecuentados por la audiencia con dinero, aquellos antros trataban de aprovecharse de la pátina de dignidad que usar el mismo nombre les daba, pero sus espectáculos estaban destinados a una audiencia que buscaba entretenimientos más carnales. Destinada exclusivamente a enseñar las piernas y el escote durante el tiempo en que fuesen dignos de ver y dedicarse a la prostitución después a fin de sobrevivir como muchas de sus compañeras, Lilly era simplemente una más de aquellas corderitas, como sus clientes solían llamarlas. Pero la suerte cambió para Lilly el día que el doctor se prendó de ella. ¡Y de qué manera! El físico le puso un apartamento cerca de Leicester Square, pagó todos sus caprichos — que eran muchos—, y se encargó de asegurar, con cantidades ingentes de dinero, que Lilly ascendiera al puesto de actriz principal de aquellos espectáculos. Todo a cambio de pasar las noches entre sus piernas, claro, algo a lo que Lilly accedió encantada. Nada de todo aquello habría sido extraño o poco habitual en Londres si no fuese porque Lilly había roto una norma fundamental de aquel puterío disfrazado de normalidad, tener la boca cerrada. Lilly empezó a dejarse ver por salones de té y los restaurantes de los hoteles frecuentados por la alta sociedad como si de una condesa se tratase, alardeando incluso de ser la futura señora de Alexander Bailey, doctor de renombre. Pronto, el doctor Bailey estuvo en boca de todo Londres, no por su escarceo con la señorita Joy, sino por su torpeza al gestionarlo; lo cual resultó en la muy poderosa familia de su esposa tomando cartas en el asunto. Pronto el doctor tuvo que elegir entre su juguete de carne y hueso o la muy abultada fortuna y prestigio que la familia de su señora le aportaba; y la decisión estuvo clara. A Lilly la encontraron desnuda y flotando en el Támesis y nadie más volvió a acordarse de ella o preguntar por qué había ocurrido aquello. A fin de cuentas, era más que evidente. Pero si aquello habría servido para hacer desaparecer los apetitos de otros libertinos, no era el caso del doctor Bailey, y eso era exactamente lo que Anna pretendía aprovechar.

—Entonces, me llamo Katherine Belroy, soy hija de un conde francés y una señorita de la alta sociedad de Edimburgo.

—Correcto.

—He vivido toda mi vida en París, hasta la muerte de mi padre y de mi madre. Desde entonces he estado viviendo contigo, una amiga de la familia, en Londres, pero el clima y la falta de luz de la ciudad me han sumido en un estado de tristeza profunda.



—Exactamente. Eso es lo que yo le he contado en mi nota pidiéndole que nos atendiese. En mi afán por cuidarte como le prometí a tu madre en su lecho de muerte, te he traído al mejor especialista de la ciudad que ya me ayudó a mí en un momento de necesidad. Tenemos que alimentar su ego.

—Y según tú, eso será suficiente para que me mande a Bedlam.

—No, eso sólo no. El escote y tu cara harán el resto, junto con el hecho de que yo cantaré las alabanzas del tratamiento que hizo conmigo y de cuánto vamos a publicitarle entre la alta sociedad de Londres si logra ayudarnos a que te recuperes. Él sabe de mi relación con Beatrix, así que le resultará perfectamente creíble.

—Me siento como una oveja que va al matadero.

—¡Perfecto, eso te ayudará con tu papel! —contestó Anna con una sonrisa de oreja a oreja que no ayudó a calmar a Kitty en absoluto.

Llegaron a la casa del doctor un poco antes de su cita, así que el secretario, un joven de apenas veintitantos años y con cara de no enterarse de nada que respondía al nombre de señor Prompton, las hizo esperar en una salita con una decoración realmente sobrecargada concebida para reforzar la idea de posición y riqueza de la que el doctor tanto presumía.

—El doctor Bailey las atenderá en seguida, ¿puedo ofrecerles un té?

—No gracias, no es necesario —respondió Anna amablemente.

—Para mí tampoco —añadió Kitty en un realista tono de tristeza profunda que hizo que Anna no estuviese segura si era fingido del todo.

El joven salió de la sala de vuelta a su escritorio que se encontraba justo tras la puerta de la estancia, no sin antes echar un vistazo a Kitty que a Anna no le pasó desapercibido.

—Bueno, parece que ya has llamado la atención del secretario, sospecho que el médico caerá a tus pies.

—¡Qué suerte! —respondió la muchacha con una sonrisa cínica.

—¡Señora Parr! —les interrumpió de repente una voz chillona—, ¡qué alegría volver a verla por aquí! No sabe bien cuánto nos hemos acordado de usted mi señora y yo.

—Doctor Bailey, es usted siempre tan amable —respondió Anna levantándose del asiento y ofreciéndole su mano a aquel hombre bajito y con barba para que la besase ceremoniosamente—. ¡Muchas gracias por recibirnos tan pronto!

—¡Oh, por favor, señora mía, lo que sea necesario por usted! Bueno, y por su amiga, claro está. Entiendo que es usted la señorita Belroy, ¿cierto? —dijo lanzándose directo a la mano de Kitty que cogió entre las suyas como quien guarda un tesoro.

—Así es, Doctor, encantada —respondió Kitty con un ligero temblor en la voz.

—Mi querida señorita, solo tengo que escuchar su voz para entender cuán necesitada está usted de mis servicios. ¡No tiene nada de qué preocuparse, está usted en unas manos que sólo buscarán su bienestar! —continuó el hombre que había cogido el brazo de Kitty bajo el suyo y ya la guiaba hasta la estancia vecina sin acordarse de la presencia de Anna.

—¡Se lo agradezco tanto, doctor!

—¡Nada, nada, querida! ¡Siéntense, por favor! —dijo señalando dos grandes sillones colocados frente a su aún más grande escritorio. La sala en la que les había introducido olía intensamente al humo de un puro que humeaba en un cenicero sobre aquella mesa y que hacía el aire denso y desagradable—. Ahora dígame, ¿cuál es la dolencia que tanto la atormenta?

—¡Es esta tristeza que me mata, doctor! Soy incapaz de ver felicidad alguna a mi alrededor. Mis días son negros y sin ilusión, grises como los cielos de esta ciudad. Incluso los ratos con mis queridas amigas, que tanto me entretenían antes, ahora son una carga. ¡Ay doctor, siento que me voy a morir! —soltó Kitty con tal convencimiento y aspavientos que pilló a Anna totalmente por sorpresa haciendo que le fuera difícil contener la risa, hasta el punto de que tuvo que llevarse la mano a la cara como si fuese a echarse a llorar para disimular.

—¡No diga eso, señorita, pronto nos encargaremos de que esté usted bien!

—¿Usted cree doctor? ¿Ha visto usted esto antes?

—Por supuesto, por supuesto. No es otra cosa más que melancolía, una enfermedad muy común en su sexo, señorita. De hecho, estoy tentado de decir que todas las mujeres nacen con esta afección, cosas del sexo débil como se puede imaginar. Además, entiendo que ha sufrido usted recientes pérdidas familiares —dijo y Anna se dio cuenta que ya no miraba a los ojos de Kitty sino mucho más abajo.

—¡Así es, doctor, mi querido papá...!

—Lo suponía, la pérdida de la figura masculina en su vida que no ha sido reemplazada todavía por un marido. Es imprescindible que busque usted la oportunidad de casarse cuanto antes querida mía. Y si eso no es posible, quizá

la figura de un benefactor, un mentor de alguna clase que cuide de usted y se encargue de que no le falte a usted de nada.

—Y mientras esa figura aparece, doctor, ¿cree usted que algún tipo de cura de nervios ayudaría? —interrumpió Anna viendo que el doctor llevaba la conversación por otros derroteros—. Yo siempre les cuento a todas mis amigas de sociedad cuánto bien me hizo el tiempo que usted me internó en Bedlam. Si no hubiese sido por usted y aquella decisión tan acertada, quizá yo no estuviese aquí.

—Por supuesto, por supuesto, eso también, una estancia en el sanatorio le ayudará muchísimo. Un ciclo de tratamiento intensivo en Bedlam y pronto estará usted como nueva para abrirse a nuevas ilusiones —soltó en un tono que no dejaba lugar a ninguna duda de a qué tipo de apertura se refería.

—¡Ay doctor, pero he oído tantas cosas terribles de ese lugar!

—Pero usted no debe prestar atención a esas habladurías, son cosas de la chusma. La forma en la que debemos tratar a todos esos pobres desgraciados que recogemos en las calles y que están fuera de sí mismos no es la misma en la que debemos tratarla a usted. No sufre usted de sus afecciones. Usted dormirá en sus propias habitaciones, lejos del pabellón de los alienados, en la zona de reposo. Estará usted como en su casa.

Anna no pudo evitar que un escalofrío le recorriese la espalda. Aquellas mismas palabras eran las que le había dicho a ella antes de enviarla allí y ella había podido comprobar cuán diferente era la realidad del paisaje idílico que aquel hombre intentaba pintar.

—Doctor, si usted está convencido de que este es el mejor modo de recuperarme, no se hable más, pongo mi vida en sus manos —respondió Kitty inclinándose de repente sobre la mesa y siendo ella quien tomase la mano del doctor—, pero ¿cree usted que sería posible que visitase el lugar de antemano para ver mis futuras habitaciones? Tengo algunos muebles que heredé de mi querido papá que me gustaría llevar conmigo si eso es posible, para que me recuerden constantemente cuánta falta me hace una figura como él en mi vida. ¡Ay, se parecen ustedes tanto! —Y soltó la mano del hombre para fingir llorar.

—Por supuesto que sí, querida mía, ahora mismo le diré a mi secretario que le haga un pase de visita para que vea las habitaciones. Es más, si lo desea, yo mismo iré con usted y le enseñaré el recinto.

—¡Se lo agradezco muchísimo doctor, pero no quiero molestarle! Aunque quizá pueda usted venir a verme una vez que esté instalada para confirmar que todo está bien. Podemos hablar de mi papá —contestó Kitty zalamera esta vez

casi colocando el escote frente a la cara del doctor.

—Nada podría apetecerme más, señora mía. Cualquier cosa por poder ayudarla en la forma que usted necesite. —Y los ojos iluminados del hombre no le dejaron lugar a dudas a ninguna de las dos que había mordido el anzuelo completamente.

Un instante después las dos mujeres abandonaban la casa del lateral de St James Park con su salvoconducto de entrada a Bedlam en el bolso.

—Ya puedes respirar, no puede vernos —dijo Anna—, tu actuación ha sido digna del mejor teatro del mundo. No sabía que tenías ese talento.

—Yo tampoco, créeme. Tengo los nervios de punta. No veo el momento de llegar a casa.

—¿Para volver a ser tú misma?

—¡Para tomarme un whisky! ¡O dos!

Poco tiempo después y aun riéndose por cómo había acontecido todo en casa del doctor, las dos mujeres entraron en la casa de Eaton Square para ser recibidas por la habitual energía de la señora Prescott que se apresuró a recoger sus sombrillas y sombreros.

—Gracias señora Prescott, ¿alguna novedad en mi ausencia? —preguntó Anna.

—Lo habitual señora, Toby haciéndose el perezoso. Ese muchacho va de mal en peor, pero le prometo que voy a hacer de ese sinvergüenza un hombre de bien, aunque tenga que deslomarle a palos —dijo sin indicación alguna de que aquello fuese una broma—. Ah, y le han dejado un paquete enorme, lo he puesto en la salita.

—¿Un paquete? ¿Sabe quién lo ha traído?

—Me temo que no, señora, alguien hizo sonar la campana de la puerta y allí me encontré la caja con una nota con su nombre.

—¡Qué extraño!

—Será mejor que mires que es, últimamente pasan muchas cosas extrañas por aquí— dijo Kitty y Anna comprendió que se refería a la posibilidad de que estuviese conectado con María, Camille y Ming Li Xia.

Anna entró en la pequeña sala de estar seguida por Kitty y se encontró una caja de tamaño considerable sobre la mesa. Estaba hecha de madera oscura y era de una belleza excepcional. Los dibujos que habían sido labrados en su superficie representaban plantas y flores y eran de un realismo que impresionaba. Sin duda era una obra de algún maestro artesano. Anna abrió el pequeño cierre dorado del frontal de la caja y levantó la tapa para encontrarse

con algo cubierto por una tela de seda roja. Cuando sus manos retiraron la tela, no logró reprimir un grito de horror que hizo que Kitty acudiera a su lado y mirase qué era lo que la caja contenía. Allí, perfectamente alineados, se encontraban cinco masas de carne ennegrecida. Kitty tardó un segundo en entender de qué se trataba, pero el mismo horror llenó su rostro cuando comprendió que lo que la caja contenía eran cinco corazones, cinco vísceras que, a pesar de su color macilento y putrefacto, eran perfectamente reconocibles. La muchacha, al ver que Anna no era capaz de reaccionar, cerró la caja rápidamente y salió a la entrada de la casa para llamar a gritos a la señora Prescott.

—¡Señora Prescott, señora Prescott, rápido, avise usted a la policía!

Dos agentes de Scotland Yard se presentaron en la casa para recoger la caja y acribillar a preguntas a las dos mujeres. Anna y Kitty sabían que aquello no podía llevarlas a ningún lado puesto que no podían responderles con sinceridad, así que tuvieron que limitarse a contestar con evasivas que sugiriesen que no tenían la más remota idea de cuál era el origen de aquella caja. En cierta forma para Kitty así era. Anna no podía culparla por haber llamado a la policía con tanta premura puesto que había olvidado completamente relatarle la visita del detective Gables y su conversación. Anna se había dado cuenta tan pronto como había visto lo que contenía la caja de la relación entre lo que le había contado y aquellos trozos de cuerpo humano. Cinco mujeres habían muerto la noche que logró escapar de Limehouse, a todas ellas les habían arrancado el corazón. No podía ser casualidad que cinco corazones putrefactos hubiesen aparecido en su casa, y Anna lo sabía.

Uno de los dos agentes, mucho más joven que el otro, y evidentemente más abierto a cierta empatía profesional, se acercó hasta Anna para decirle que se marchaban. Dada la falta de información no podían hacer mucho más, excepto reportarlo y confiar en que surgiese alguna pista que les ayudase a aclarar aquel misterio.

—Sería recomendable que no se queden ustedes en la casa, al menos por unos días. Todo esto puede haber sido una broma de mal gusto, o algo mayor y son ustedes tres mujeres solas —dijo sin que nada en su tono indicase otra cosa que preocupación por su bienestar.

—Le agradezco el consejo, pero creo que nos quedaremos aquí. Nos aseguraremos de cerrar bien todas las puertas y ventanas y no contestaremos al

timbre si no sabemos de quién se trata. Su colega el detective Gables es un buen amigo y no me cabe duda de que vendrá frecuentemente a comprobar si estamos bien si se lo pedimos.

—En ese caso no dude en hacerlo, como le digo, no tenemos ninguna pista que nos diga a qué se debe esto o de dónde han salido esos corazones, pero le prometo que seguiremos investigando.

—¿A qué se refiere? ¿No cree que puede estar relacionado con lo ocurrido en Limehouse hace unos días? El detective Gables me contó que encontraron los cadáveres de cinco mujeres a las que le habían arrancado el corazón. No quiero ni pensarlo, pero el número es el mismo, me parece demasiada coincidencia, ¿no cree?

—¿Cinco? ¿El detective Gables le dijo eso?

—Sí, ¿por?

—No lo sé, es extraño. Yo mismo fui a Limehouse cuando recibimos la notificación de que habían encontrado un cuerpo. Uno sólo, el de una joven prostituta, nunca hallamos cinco cadáveres.

El cuerpo de Anna se tensó de forma inmediata y sus manos se agarraron a los brazos del sillón en el que se encontraba al darse cuenta de lo que significaba lo que le estaba contando aquel muchacho.

—Quizá le entendí mal, no me haga caso agente, esta experiencia ha sido muy traumática para mí.

—Lo comprendo perfectamente señora, será mejor que la deje descansar y recuperar la serenidad. No dude en hacernos saber si podemos ayudarla de alguna manera.

—Así lo haré, muchas gracias por todo. —Y el agente salió de la sala para dejar a Anna sumida en la mayor angustia, algo que no pasó desapercibido para Kitty tan pronto como retornó a la habitación.

—Anna, Anna, ¿estás bien? —preguntó sin obtener ningún tipo de respuesta—. Anna, me estás preocupando.

—Lo...lo siento. Creo que es mejor que te sientes, tengo algo que contarte.

Anna le contó todo al respecto de sus sospechas sobre el detective Gables, como Lady Ashley le había explicado que nunca había hablado con él ni mucho menos recomendado que contactase con ella, su comentario con respecto a las muertes de cinco mujeres y como el joven agente le había confirmado que Scotland Yard no tenía constancia alguna de la muerte de esa cantidad de personas. El detective le había indicado que los corazones de las

cinco mujeres habían sido arrancados de sus cuerpos, los mismos cinco corazones que acababan de serle enviados. Si Scotland Yard sólo había encontrado un cuerpo sin corazón, ¿cómo había sabido el detective Gables que eran cinco las mujeres muertas?

Kitty no respondió, sólo se quedó mirando fijamente a Anna sin decir nada.

—Sé que debería haber compartido mis dudas contigo antes, pero no sabía cómo reaccionarías.

—¿Qué pensabas que ocurriría? —Respondió Kitty muy seria—. ¿Acaso creías que no te creería?

—No es eso, pero soy consciente que desde el primer día digamos que has sentido una proximidad evidente con el detective.

—Quieres decir que siento algo por él...

—Bueno —dudó Anna antes de continuar—, sí, creo que en cierta forma sí.

—No estás equivocada, es verdad que siempre le he considerado un hombre atractivo y supongo que en cierta forma he acabado algo obnubilada por él, pero nunca le pondría por encima de mi cariño por ti, Anna. Lo que has hecho por mí no tiene lugar a comparación. Si no fuese por ti no estaría viva. Ningún hombre puede superar eso, desde luego no el detective Gables.

—Gracias, tenía miedo de como reaccionarías cuando te contase mis sospechas. Pensé que te parecería todo ridículo y sin fundamento.

—¿Cómo voy a considerar sin fundamento lo que te dijo la bruja de Lady Ashley? Esa mujer no tiene nada que ganar con su comentario y, además, nadie puede negar que tiene toda la lógica. Esa mujer te odia porque considera que eres responsable de la muerte de su hija, ¿en qué cabeza cabe que pueda recomendarte para nada? Fuimos unas estúpidas al creerlo. La pregunta clave es, ¿por qué? ¿Qué sacaba Andrew de mentirte? Quizá lo hizo pensando que el nombre de esa mujer te predispondría a ayudarle.

—Puede ser, no creas que no he considerado esa opción, pero son los otros detalles los que me disturban más.

—Reconozco que eso de los cinco cadáveres a mí tampoco me deja tranquila. Quiero creer que existe una explicación y que estamos sacando las cosas de quicio, pero al mismo tiempo, creo que es mejor no correr riesgos y, al menos por el momento, intentar no compartir con él nuestros avances en la investigación.

—Hay una cosa más que no he podido quitarme de la cabeza...

—Creo que sé lo que me vas a decir —contestó Kitty y sus ojos mostraron una tristeza inmensa de forma repentina—. Sólo hubo dos personas que sabían que habíamos ido a Escocia, y de esas dos personas sólo una de ellas sabía dónde pensábamos hospedarnos. Solo el detective Gables sabía dónde encontrarnos cuando fui atacada.

Por fin llegó el día de su invitación para visitar Bedlam y, como no podía ser de otra manera, la mañana se despertó fría y gris como si quisiese hacer juego con el ánimo de Anna y Kitty. Desde que había compartido sus dudas con la joven, Kitty había entrado en un estado de tristeza que, a pesar de los esfuerzos de la muchacha por ocultarlo de la mejor manera posible, había sido evidente tanto para Anna como para la señora Prescott. El ama de llaves, fiel a su estilo, había estado acosando a Kitty con cuencos de sopa caliente, desayunos propios de un obrero de la construcción y tónicos de todo pelaje. Anna por su parte, no había podido evitar contagiarse de la tristeza de su joven amiga, acentuada por el hecho de que se sentía culpable por haber sido ella quien la pusiese en semejante estado. Anna pensaba que debía haberse guardado sus sospechas para sí misma, al menos hasta que estuviesen confirmadas, pero al mismo tiempo sabía que eso sólo ponía en peligro a Kitty. Si el detective Gables de alguna forma estaba involucrado en todo lo que les estaba ocurriendo, eso significaba que la confianza de Kitty en él era como poner al zorro a cuidar de las gallinas.

El traqueteo del coche que las llevaba de camino a Bedlam era aún más intenso debido al silencio entre las dos mujeres. Kitty estuvo todo el tiempo sumida en un estado de seriedad profunda y aquella fuerza que poseía y que se transmitía a los que la rodeaban parecía haberse extinguido. Anna no intentó generar ninguna conversación, no porque no lo deseara o pensase que no la ayudaría, sino porque simplemente no podía. El día que había abandonado por fin el infierno que había sido aquel sanatorio se había prometido a sí misma no regresar jamás y, sin embargo, parecía que los astros se habían alineado para que se viese obligada a romper esa promesa. Aquella visita le generaba una ansiedad que era incapaz de controlar, una angustia que le comía por dentro y le provocaba un dolor muy físico. Pero también sabía que aquello no importaba, aunque se sintiese como si le arrancasen las tripas de cuajo, debía ir a aquel lugar y confiar en que la vida le mostrase por qué.

Bedlam se encontraba al otro lado del río, así que el viaje les llevó un



buen rato. Anna vio el edificio mucho antes de que llegasen a él. La construcción de piedra oscura con una gran cúpula en su parte central y las negras verjas que cerraban el acceso al recinto, a los ojos de cualquiera para impedir que nadie sin autorización entrase, a los de Anna para impedir cualquier intento de huida. Cuando el cochero paró por fin frente a la entrada y las dos mujeres descendieron del vehículo, el gran edificio parecía amenazarlas desde las alturas. Anna ocultó sus manos tras el bolso intentando que Kitty no se diese cuenta del temblor incontrolable que las dominaba.

—En realidad es un edificio imponente, casi hermoso.

—Créeme —le respondió Anna—, en este sitio no hay lugar para ningún tipo de belleza.

Kitty entregó al personal de la puerta la nota que el doctor Bailey les había dado y un hombre alto y delgado con cara de odiar el trabajo que le había tocado en suerte les indicó que podían pasar y que alguien las recibiría en la entrada del edificio principal. Las dos se encaminaron por los jardines de la entrada hasta la gran escalinata situada exactamente bajo la cúpula. Cuando se disponían a subir los peldaños que se enmarcaban entre las grandes columnas de inspiración clásica, Anna tropezó y tuvo que poner sus manos en el suelo para evitar golpearse. Kitty corrió junto a ella y la ayudó a levantarse sujetando sus manos.

—Sé que esto es muy difícil, pero ya sabes que no voy a dejarte sola en ningún momento. Además, esta vez me toca a mí toda la charla —dijo Kitty sonriendo y haciendo que una pequeña sonrisa iluminase el rostro de Anna para acto seguido continuar el ascenso por la escalinata sin soltar su mano. Cuando llegaron a las grandes puertas dobles de madera y cristal y las abrieron, un terrible olor a antiséptico las golpeó de lleno.

—¡Bienvenida señorita Belroy! Entiendo que usted debe ser la señora Parr —les soltó una voz chillona de hombre que recibieron como una nueva bofetada.

—Eh...gracias, ¿usted es? —preguntó Kitty.

—Mi nombre es Alexander Mallory, soy el asistente del doctor Pye, el director del centro —soltó el hombre, una criatura, pálida y rubia, de aspecto casi enfermizo, tendiéndole la mano.

—Encantada señor Mallory —respondió Kitty.

—Señora Parr, encantado de conocerla también a usted. Yo no tuve la suerte de estar aquí durante su estancia con nosotros, pero me alegra ver que fue tan exitosa como para que nos traiga a sus queridas amigas.

—Fue absolutamente inolvidable, señor Mallory —respondió Anna que miraba a su alrededor como si esperase que algo fuese a ocurrirle, sin que le hombre entendiese el verdadero sentido de su comentario.

—Muy bien, pues si están ustedes listas y no les importa acompañarme, les enseñaré el área de reposo en el ala este del edificio donde usted se hospedará.

—Señor Mallory, ¿no era ese el área de confinamiento?

—Así es señora Parr —respondió—, veo que tiene usted muy buena memoria. El hospital ha sufrido algunas reformas en los últimos meses. Nos vimos obligados a mover el área de confinamiento para pacientes peligrosos a la zona más alejada del recinto, donde se ubicaban las antiguas barracas de los jardineros.

—¿Puedo preguntar la razón?

—Digamos que necesitamos incrementar el control sobre nuestros animalitos —dijo sonriendo cínicamente.

—Señor Mallory —respondió Kitty parándose en seco y muy seria—, considero de una falta de respeto sobrecogedora que describa usted a sus pacientes como animales.

—¡Discúlpeme, señora Belroy, no pretendía ofenderla en modo alguno! Hablaba de los pacientes más peligrosos y que son considerados más allá de remisión, para nada me refería a señoras como ustedes. Lamentablemente algunos de esos pacientes son literalmente animales sin raciocinio. Me preguntaba usted por la razón por la que tuvimos que mover la zona de confinamiento. Pues bien, me temo que fue debido a un desagradable incidente. Varios de los pacientes masculinos lograron escapar de sus celdas y acceder a las cocinas donde violaron a una de las jóvenes que trabajaba allí como friegaplatos. Un asunto extremadamente lamentable que tuvimos que atajar de forma efectiva. ¡Imagínese qué hubiese ocurrido si la víctima hubiese sido una de nuestras pacientes del sanatorio! —les respondió el hombre con una clara cara de desagrado que no dejaba lugar a dudas de que no consideraba que ellas mereciesen explicación alguna. Y acto seguido, continuó su camino seguido por las dos mujeres.

El área de reposo que aquel hombre les enseñó era exactamente como Anna la recordaba de su tiempo en aquel lugar, tan sólo la ubicación había cambiado. Habitaciones luminosas, decoradas con flores y en las que no faltaba ningún detalle de mobiliario, todas ellas impecables como si nunca nadie hubiese vivido en ellas, algo que Anna sabía que era exactamente así.

Durante su ingreso había pasado solamente una noche en aquellas habitaciones, la primera. Al segundo día fue trasladada sin ninguna explicación a una celda —porque no se podía utilizar otro nombre—, en la que tan solo había un camastro de metal y una pequeña mesa de noche. La ventana enrejada daba a un patio interior como muchas otras ventanas exactamente iguales. Nunca recibió una explicación por parte de las enfermeras que la visitaban a pesar de que la pidió repetidas veces, pero al día siguiente, cuando las enfermeras la acompañaron a su primera sesión de terapia, lo comprendió enseguida. Aquellas habitaciones estaban mucho más cerca de las salas de tratamiento y mucho más lejos de todo lo demás. Con el objetivo de su recuperación, un médico al que nunca llegó a conocer, había decidido que la terapia de agua era la mejor opción para ella. Aquel nombre que evocaba días de relajación y tranquilidad junto a arroyos y ríos era en realidad el nombre de una macabra forma de inducir un estado de choque en los pacientes. Anna fue llevada a una sala cubierta por baldosines blancos y fríos, despojada de sus ropas delante de hombres vestidos con una sucia bata blanca que la miraban sin reparo hasta que quedó cubierta tan solo por su camisión de lino. Inmediatamente después, y sin aceptar darle explicaciones, aquellos hombres empezaron a arrojarle cubos de agua helada, algunos de ellos aún con trozos de hielo que golpeaban su carne, hasta que su camisión se pegó a su piel convirtiéndose en algo incapaz de ocultar su desnudez. Los hombres reían mientras ella les gritaba que parasen, que no quería estar allí en un estado de incomprensión absoluta de lo que le estaba ocurriendo y por qué. Llamaba a gritos a la enfermera, a su doctor, pero nadie vino a socorrerla. Sus pies resbalaban en el suelo mojado haciendo que no pudiese sostenerse, pero lo hombres siguieron arrojándole cubos de agua mientras comentaban entre ellos algo que Anna no podía escuchar debido a su angustia, pero que claramente se refería a su cuerpo ahora totalmente expuesto. Pronto Anna ni siquiera tuvo fuerzas para gritar o para estar de pie. Su cuerpo se dejó caer en el suelo temblando, contraída en posición fetal tan solo susurrando una palabra. Basta. Cuando por fin la devolvieron a su celda y le entregaron ropa seca que ponerse Anna aún estaba traumatizada y era poco más que una marioneta que las enfermeras podían manejar a su antojo. La terapia había conseguido su objetivo, anular su voluntad. Pero aquello estaba muy lejos del fin. Al día siguiente las enfermeras volvieron de nuevo para llevarla a la misma sala. Esta vez Anna se reveló con todas sus fuerzas peleando como una gata, dando patadas, arañando, gritando. Algo que estaba muy lejos de poder

ayudarla pues era exactamente lo que las enfermeras necesitaban para poder justificar el porqué de aquella tortura. Sus nervios están descontrolados le gritaban, necesita usted que la ayudemos. La pesadilla duró dos semanas antes de que un doctor viniese a verla. Pero una vez más, Anna cometió el error de pensar que podría razonar con él, que aquel hombre enjuto y de rostro miserable la entendería, que comprendería que debía haber algún error de algún tipo, ella no necesitaba todo aquello. Pero nada de todo aquello sirvió, en realidad estaba a punto de descubrir que le traería más dolor. A los ojos del doctor Anna no era capaz de aceptar la situación por la que estaba pasando, su verdadera condición y eso había resultado en que acabase sufriendo alucinaciones en las que su difunto esposo, al que sin duda añoraba profundamente, aún estaba a su lado. Anna no les explicó que lo que aparecía junto a ella no era su querido esposo, sino un cuerpo medio descompuesto y sumido en un dolor intenso que Anna no podía comprender. Lo sabía bien porque cada noche durante su estancia en aquel lugar la criatura había seguido apareciéndose en su celda para gritarle como había hecho desde el primer día. Pero para aquel hombre, no habría importado que se lo tratase de explicar o no, porque su veredicto estaba decidido y su condena también. A la mañana siguiente las enfermeras la recogieron en su celda para llevarla al área de tratamiento, pero esta vez, no se trataba de la cura de aguas sino de algo mucho más siniestro. La sala estaba situada en la parte más alejada de la zona de terapia, tras una puerta metálica con una única y minúscula ventana enrejada en su parte superior. En el interior, una gran silla de madera de la que sobresalían una estructura metálica parecía ser el único mobiliario. Las enfermeras hicieron que Anna se sentase en aquella gran silla para, acto seguido, atarle con unas grandes correas de cuero los tobillos, las muñecas, el cuello y la frente. Tan pronto como Anna entendió que debía existir una razón para que la restringiesen de aquella manera intentó sacudirse con todas sus fuerzas haciendo que la estructura en la que estaba sentada temblase, pero sin conseguir ningún cambio en su estado. El doctor hizo su aparición en la sala y la miró directamente a la cara con una sonrisa tan falsa como podía concebirse y le dijo solamente una cosa.

—No se preocupe, señora Parr. Le prometo que este será el principio de su recuperación. Se trata de una nueva terapia. La llamamos electrochoque.

Un instante después Anna no pudo pensar en nada más porque un dolor abominable recorrió cada fibra de su ser de la cabeza a los pies. Era como si alguien hubiese desgarrado su cuerpo en miles de partes al mismo tiempo. A

través de las lágrimas en sus ojos Anna podía ver al despreciable doctor, sonriendo, orgulloso de poder demostrar cuán eficiente aquella nueva terapia era. Aquella fue la última imagen que Anna pudo procesar antes de que su cerebro recibiera una nueva descarga y su conocimiento la abandonase.

Durante semanas, aquellas dos terribles formas de terapia fueron alternadas con un único objetivo a los ojos de Anna, romperla. Pero la fiera que vivía dentro de Anna se negaba a doblegarse y seguía luchando con las enfermeras y los ayudantes del doctor cada vez que era llevada a terapia, y por las noches pasaba las horas de oscuridad en vela mientras sus gritos pidiendo a su difunto marido que la dejase en paz llenaban los pasillos del sanatorio diluidos entre los de muchos otros pacientes. Inevitablemente Anna perdió la noción del tiempo. Los días que se habían convertido en semanas se convirtieron en nada y cada minuto pasado en aquel infierno fue idéntico al anterior. De alguna forma Anna se había rendido, no existía forma alguna de que abandonase aquel lugar terrible, su vida acabaría entre aquellas paredes. Pero, de repente, algo cambió. Anna no supo si fue un sueño, una alucinación creada por aquellos choques a los que era sometida o simplemente tan real como ella lo había sentido, pero una noche, justo antes de que anocheciese, cuando la figura de su marido debía aparecer fue sustituida por una figura diferente. Se trataba de una mujer, de eso estaba segura, aunque era imposible distinguir su rostro pues estaba bañado en una luz azul intensa. Aquella figura se acercó hasta el camastro donde se encontraba postrada y con una ternura inmensa acarició su rostro y su toque resultó cálido y próximo a los ojos de Anna.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—Yo soy, como tú has de ser —respondió la figura con una voz suave y dulce—. Yo no te escogí para esto, así que, ¡vive!

Inmediatamente la luz se extinguió en la celda, pero no todo volvió a ser lo que era porque Anna había comprendido de repente lo que debía hacer para poder escapar de aquel infierno.

A la mañana siguiente, cuando fue llevada a terapia Anna no se reveló, no dijo nada, simplemente dejó que las enfermeras siguiesen con su ritual de atarla a la silla y que el doctor aplicase aquella horrible tortura a su cuerpo, pero esta vez su mente no se vio afectada. De alguna forma, Anna supo mantener su mente serena a través del procedimiento. Cuando por fin aquello acabó, Anna descolocó aún más al hombre dándole las gracias antes de marcharse. Tuvo que mantener aquella actitud de serenidad y fingido

agradecimiento durante varias semanas mientras las sesiones de terapia parecían no terminar nunca, pero pronto las sesiones con el doctor dejaron de ser en su celda y fueron trasladadas a su despacho. Sesiones en las que Anna se esforzó enormemente por transmitirle a aquel hombre horrible la idea de que todo había vuelto a la normalidad, que la imagen de su marido ya no la atormentaba y que todo había sido gracias a su buen proceder. Nada más lejos de la realidad, pero no importaba si conseguía escapar de allí. Y lo consiguió. Por fin, tres meses después de su ingreso el médico consideró que se encontraba lo suficientemente recuperada como para poder reintegrarse en su vida cotidiana y el día que por fin había logrado abandonar Bedlam fue el día que prometió no regresar.

—¡Anna, Anna! —La sacó de su ensimismamiento la voz de Kitty.

—Sí, perdón, por un segundo no estaba aquí. ¿Qué decías?

—Te preguntaba si no te parecen unas habitaciones simplemente ideales.

—¡Oh, por supuesto que lo son! —contestó Anna siguiendo el juego de Kitty—. Creo que aquí estarás muy bien.

—Yo también lo creo. El señor Mallory me explicaba que no hay problema en que traiga mi mobiliario, así que no creo que haya mucho más que decidir, ¿no te parece?

Anna no supo qué contestarle. Era evidente que aquella visita no les estaba aportando nada. De alguna forma había esperado que al entrar en Bedlam algo las habría puesto en el camino correcto para poder proseguir con su investigación y acabar con el monstruo que les acechaba, pero todo parecía indicar que aquel era un callejón sin salida.

—Dígame, señor Mallory, debe estar usted muy orgulloso de trabajar aquí —acudió de nuevo Kitty al rescate agarrando al enjuto hombre del brazo mientras abandonaban la zona de reposo—. Quiero decir que ayudan ustedes a tantas pobres criaturas que han perdido su dirección. Supongo que deben ustedes ver casos terribles.

—Así es señorita Belroy, no saldría usted de su asombro, créame.

—¡Ah, sí, cuénteme, cuénteme por favor!

—No quisiera darle pesadillas que le impidan descansar, señorita, es muy importante que pueda usted dormir adecuadamente.

—No se preocupe por eso, de hecho, saber el buen trabajo que ustedes hacen aquí, me tranquilizará de cara a mi próximo ingreso.

Anna siguió a la verja por los pasillos de vuelta a la entrada del hospital sin prestar atención alguna a su conversación sumida en la desesperación de que aquella hubiese sido una idea infructuosa. Su mente estaba en un estado tan oscuro y gris que no se dio cuenta del sonido de gritos y silbatos que llegaba hasta ella cuando llegaron a la entrada. De repente recibió un golpe intenso en la espalda y su cuerpo se vio arrastrado lejos de Kitty sin poder hacer nada por evitarlo, sin saber qué o quién tiraba de ella.

Los ojos de Anna se abrieron lentamente, pero nada a su alrededor cambió demasiado porque la oscuridad casi completa aún lo llenaba todo. Se encontraba sentada en el suelo, reclinada contra una pared sucia, en un pasillo repleto de puertas de metal oscuro con grandes cerraduras que sugerían que lo que hubiese tras ellas debía quedarse allí. Anna se incorporó y comprobó que no tenía nada roto ni ningún dolor en el cuerpo, tan sólo su cabeza estaba aturdida. Había perdido su bolso y su pelo estaba revuelto, pero no parecía que hubiese sufrido daño alguno. Miró al pasillo en ambas direcciones, pero ninguno de los lados parecía indicar una salida evidente así que decidió girar a la derecha. Dio unos pasos hasta la primera puerta y miró por la pequeña rejilla intentando comprender qué salas eran aquellas. Lo que vio la hizo comprender dónde se encontraba. El espacio del interior se encontraba completamente cubierto de una tela amarillenta que envolvía algún tipo de material que servía para acolchar la pared con la clara intención de evitar que quienquiera que habitase esa estancia se golpease contra ellas. El mismo material cubría el lado interior de la puerta. En el suelo, un colchón viejo y con evidentes manchas de orín era el único mobiliario. Sobre él, una mujer menuda acunaba un bulto cantándole en voz baja algo que parecía una nana. Al principio Anna pensó que la mujer tenía el pelo rapado, pero pronto se dio cuenta que una gran cantidad de heridas cubrían su cabeza y demostraban claramente que su pelo no había sido rapado sino arrancado fuese por ella misma o por terceros. La mujer no le prestó ninguna atención ni hizo el menor intento por acercarse a la puerta, aunque no hubiese podido hacerlo, aunque lo desease porque dos grandes grilletes metálicos en sus pies le impedían moverse.

Anna siguió adelante por el pasillo acelerando el paso comprendiendo dónde se encontraba. Aunque no recordaba cómo había llegado allí, era evidente se encontraba en la zona de contención y su cuerpo y su mente le

gritaban que debía salir de allí cuanto antes. Anna miró hacia delante y vio que algunas de las puertas del pasillo estaban abiertas lo que hizo que acelerase aún más el paso. Pasó por delante de aquellos huecos abiertos en medio de la oscuridad y no quiso mirar por miedo a qué o quién pudiese encontrar. Su pulso se aceleraba más y más por momentos y su cabeza sólo le gritaba una cosa. ¡Corre! Sus piernas la impulsaron hacia delante, más y más adentro en aquella oscuridad, pero de repente, unos brazos salieron de una de las últimas celdas y la sujetaron con fuerza mientras el peso de un cuerpo la lanzaba contra la pared opuesta. Anna gritó al mismo tiempo por miedo y dolor mientras un rostro sin dientes se colocaba frente a su cara y su saliva caía sobre su boca. Anna intentó sacudirse a aquella criatura de encima, pero su fuerza era descomunal y no podía hacer nada. De repente, el rostro de aquel ser se contrajo en una mueca de dolor y se retiró de ella en un instante mientras dos hombres vestidos de negro le golpeaban sin piedad con grandes porras y le arrastraban de vuelta a su celda. Un tercer hombre se acercó hasta ella y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—¿Se encuentra usted bien? ¿Le ha hecho algo este desgraciado?

—Sí...sí, me encuentro bien, no me ha hecho nada aparte del daño del golpe.

—¡Tiene usted que salir de aquí inmediatamente, señora, no está usted segura aquí! ¡Venga conmigo! —dijo mientras la agarraba autoritariamente del brazo y la conducía de nuevo por el pasillo en dirección a la salida.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo he llegado aquí?

—No sabría decirle —contestó sin siquiera mirarla—, ha habido otro fallo de seguridad y algunos majaderos han escapado como la última vez. Nos han indicado que había una persona desaparecida, pero no sabíamos de quién se trataba. No le habrán...

—No, no se preocupe, no me han hecho nada.

—Mejor, el papeleo habría sido horroroso.

El hombre la arrastró de malas maneras por aquel pasillo eterno hasta que, de repente, Anna pudo ver algo de luz al fondo y quiso acelerar el paso para salir de aquel infierno a la mayor brevedad. Cuando pasó por delante de una de las últimas celdas, los pies de Anna se pararon en seco haciendo que el hombre se girase para ver qué hacía.

—¿Qué diablos hace, señora? ¡Tenemos que salir de aquí!, ¿me oye? — Pero Anna no pretendía prestarle ninguna atención. Sus ojos estaban clavados en lo que podía ver a través de la rejilla de la puerta de la celda que tenía



delante. Una mujer, no demasiado joven, de unos cincuenta años, con el pelo largo y negro como el azabache que le caía liso sobre el camisón sucio que llevaba puesto la miraba seriamente desde el suelo de la sala haciendo que Anna no pudiese retirar los ojos de ella.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó sin dejar lugar a dudas de lo serio de su pregunta.

—¡No tengo idea, señora, por favor, debemos irnos!

—No pienso irme de aquí hasta que me den el nombre de esta paciente.

—No puedo dárselo porque no lo sé. Es una loca más, la paciente sesenta y ocho —dijo apuntando con la porra al número escrito en la puerta de la celda.

—¡Es imposible que eso sea lo único que sepan de ella, alguien debió de traerla hasta aquí!

— Señora, le repito que no lo sé. A esta a encontraron en la calle desvariando y hablando en algún idioma extraño. Nadie la conocía y nadie la ha reclamado, lo único que sabemos es el nombre que ella repite todo el tiempo, pero no tenemos idea de si es el suyo o de alguien conocido.

—¿Un nombre? ¿Qué nombre es ese? —insistió Anna para desesperación del hombre que pareció sopesar si responderle o asestarle un golpe con la porra.

—Meredith. Esta majadera sólo repite Meredith.

## *Barro*

Aquella tarde Anna y Kitty se encontraron de nuevo en el coche de alquiler de vuelta a casa, y cómo había ocurrido en el viaje de ida, ninguna de las dos pronunció una palabra, pero esta vez las razones eran muy diferentes. Toda su atención estaba centrada en la mujer que estaba sentada frente a ellas, con el pelo negro y sucio cayéndole sobre el rostro ausente y las manos sobre el regazo como si careciesen de vida.

Tan pronto como el empleado de seguridad le había dicho cuál era el nombre que aquella paciente repetía una y otra vez, Anna supo que aquella era la razón por la que había venido hasta Bedlam. Intentó hablar con la mujer, llamándola a través de la rejilla de la puerta, pero no obtuvo respuesta alguna. Cuando el hombre logró por fin arrastrarla de vuelta a la supuesta seguridad del edificio principal, Kitty se lanzó en sus brazos llorando de la desesperación.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te han hecho?

—Estoy bien, Kitty, no te preocupes. No me ha pasado nada. Me he despertado en la zona de confinamiento, pero no recuerdo cómo he llegado hasta allí.

—¡Lamento muchísimo lo ocurrido señora Parr, no tengo idea de cómo esto puede haber pasado por segunda vez! —le soltó a bocajarro un hombre bajito y calvo con unas gafas gruesas—. ¡Estoy absolutamente horrorizado por lo que le podía haber ocurrido, aunque me llena de alegría saber que está

usted bien!

—Este es el doctor Pye, el director del centro —interrumpió el señor Mallory.

—Doctor Pye, lamentablemente no puedo decir que me alegre de conocerle dadas las circunstancias. Es terrible pensar que el nivel de seguridad y responsabilidad de este lugar sea tan ínfimo. Como comprenderá, no sólo no permitiré que mi querida amiga se quede en este lugar ni un minuto más, sino que puede estar seguro de que me encargaré de que toda la sociedad londinense sepa lo que ocurre en este espacio que debería ser un santuario del bienestar —soltó Anna con un enfado tan grande que fue la señal para que Kitty entendiera que había algo más de fondo y le siguiera el juego.

—Yo no lo podría decir mejor, querida amiga.

—Por favor, señoras, les ruego que no tomemos decisiones precipitadas —contestó el hombre con voz temblorosa viendo peligrar su carrera—, esto ha sido un terrible accidente y les aseguro que...

—¿Un accidente? ¿Así es cómo llama usted a sus errores de gestión y de falta de control?

—Señora Parr, creo que está usted siendo extremadamente dura con esta institución, nosotros...

—¿De verdad va a excusar usted sus errores cargándolos a las espaldas de otros?

—Señora Parr, le aseguro que yo no puedo predecir el comportamiento errático y violento de todos nuestros pacientes, y si...

—Y, ¿qué me dice de su propio comportamiento y el de sus empleados?

—¿Cómo?

—Sí, señor mío, lo que he descubierto gracias a este desagradable incidente me ha dejado completamente horrorizada.

—Le prometo señora Parr que no sé a qué se refiere —respondió el hombre completamente confundido por el giro que había tomado la conversación.

—Me refiero a que me gustaría que me explicase usted cómo es posible que mi ama de llaves, desaparecida hace meses y a la que dábamos por muerta, se encuentre en una de sus celdas de confinamiento.

—¿Su ama de llaves? —preguntó el doctor girándose para mirar al empleado de seguridad.

—Es la paciente en la celda sesenta y ocho —respondió el hombre sin ver dónde estaba el problema.

—Pero, ¿cómo es posible?

—La encontraron en la calle, nadie sabía quién era y nadie quería hacerse cargo de ella —respondió el hombre con hastío.

—¿Y no contrastaron ustedes su identidad con los casos abiertos de Scotland Yard?

—No es la práctica habitual doctor, la mayoría de estos pobres desgraciados no tienen familia, son sólo...

—¡Haga usted el favor de callarse inmediatamente y desaparecer de mi vista! —gruñó el doctor con la cara roja de ira—. Mi querida señora, le ruego nos disculpe, ha sido un caso de negligencia que...

—Sí, un caso de negligencia por su parte doctor —le interrumpió nuevamente Anna con una seriedad en la voz que hizo que al doctor se le erizase el vello—. ¡Auguro que este será el final de su carrera, ha convertido usted esta institución en el hazme reír de su profesión!

—Se lo ruego señora Parr, no me juzgue usted por estos pequeños errores fácilmente subsanables. Dígame cómo puedo compensarla por estos terribles momentos que ha pasado usted hoy. —Y el hombre hizo una reverencia que casi acaba con su nariz aguileña rascando el suelo.

—No creo que exista compensación alguna, doctor. Pero, para empezar, espero que se encargue usted de que alguien monte a mi empleada en mi coche a la mayor brevedad. No quiero pasar ni un minuto más en este lugar.

—Por supuesto, por supuesto, ahora mismo me encargo de ello en persona. Hay cierto papeleo, claro, que debemos rellenar... —la mirada gélida de Anna al hombrecillo fue suficiente para que no acabara la frase—. Pero de eso ya me encargaré yo, por supuesto, nada de lo que deba usted preocuparse.

Un instante después Anna y Kitty se montaban en su coche donde la tal Meredith, si es que aquel era su nombre, ya les esperaba sentada y ausente, tal y como estuvo durante todo el trayecto de vuelta a Eaton Square.

Cuando llegaron a la casa, Anna ayudó a bajarse del coche a la mujer que no opuso ninguna resistencia y simplemente parecía dejarse llevar. En todo momento se mantuvo cabizbaja y sin dar señal alguna de que se estuviese dando cuenta de nada de lo que ocurría a su alrededor. Anna no pudo evitar preguntarse cuánto tiempo habría pasado en aquella celda y si el daño que eso le hubiese provocado no sería irreparable. Cuando por fin entraron en la casa,

le pidió a la señora Prescott que preparase la habitación de invitados y un baño caliente y, aunque la mujer no dijo nada, era evidente por la forma en que miraba a la nueva invitada que estaba horrorizada. Cogiendo a la mujer por la mano con dulzura la guió escaleras arriba hasta el baño y la ayudó a quitarse el camisón harapiento que llevaba puesto sin que hiciese ningún esfuerzo por ayudarla, como si se tratase de una muñeca sin voluntad. Cuando la señora Prescott acabó de subir los cubos de agua caliente y de llenar la bañera, Anna le indicó a la mujer que podía meterse dentro y la mujer nuevamente siguió sus indicaciones, pero cuando se dispuso a coger la pieza de tela suave para frotar su cuerpo las manos de la mujer agarraron lentamente las suyas y por fin algunas palabras salieron de su boca.

—No es necesario, yo puedo hacerlo, gracias.

Anna se quedó parada, no solo por el hecho de que aquella mujer que parecía vivir en otro mundo hubiese reaccionado de repente y le hubiese dirigido la palabra, sino porque en aquellas palabras no había ningún ápice de la falta de control que uno podía esperar en alguien internado en un sanatorio. Su voz era suave, serena, pero al mismo tiempo no dejaba lugar a dudas de que no esperaba ser cuestionada.

—Como desees —respondió Anna—, he dejado algo para que te pongas sobre esa silla del fondo, espero que sea de tu talla, creo que en eso somos parecidas. Si necesitas algo más sólo tienes que decirlo, la señora Prescott o yo misma te ayudaremos.

—¡Gracias, Anna! —dijo la mujer sin levantar los ojos, tan solo mirando su reflejo en el agua caliente y, al oír su nombre en los labios de aquella mujer, algo en su interior emitió una calidez reconfortante.

Anna se dirigió a su habitación y cambió su vestido por uno más cómodo y bajó hasta la sala de estar donde la esperaba Kitty en un estado de anticipación evidente por la manera en que se frotaba nerviosamente las manos.

—¿Y bien?

—¿Y bien, ¿qué?

—¿Cómo que qué? ¿Es la mujer que estamos buscando o nos hemos traído a otra alma perdida a la casa?

—Pues para serte sincera, creo que ambas cosas. De alguna manera sabe mi nombre, lo que me hace pensar que es la mujer que Ming Li Xia quería que encontrásemos, y no me parece que cuadre en ninguna de las definiciones de una persona demente; pero, al mismo tiempo, hay algo en ella que resulta

distante, lejano, como si no estuviera realmente aquí.

—¿No crees que sería mejor que fuésemos un poco prudentes? Esta es tu casa y no se me ocurriría cuestionar a quién traes a ella, más aún cuando yo me he convertido en una invitada permanente, pero en realidad no sabemos nada de esta mujer. ¿Y si nos estamos engañando? Tenemos que considerar la posibilidad de que esto solo sea una trampa y esta mujer esté compinchada con el asesino. Llámame desconfiada, pero después de lo que hemos descubierto sobre el detective Gables ya no me fio de nadie.

—Primero de todo, esta es nuestra casa, tú no eres una invitada —dijo Anna ligeramente molesta por el comentario que, por otro lado, no era nuevo —, y, en segundo lugar, no creo que tengamos mucha más alternativa. Piénsalo, todo lo que nos ha pasado desde que nos conocimos ha ido encadenado. Es como si la vida nos hubiese llevado de un paso al siguiente sin posibilidad de elección.

—Tuvimos la posibilidad de elegir alejarnos de todo esto, solo que las dos somos demasiado cabezotas para ello.

—No creo que se trate de cabezonería, ya te dije que cada vez estoy más convencida de que existe una razón para todo lo que nos está ocurriendo, todo es demasiado sorprendente para ser fruto de la casualidad. No lo sé Kitty, pero igual que siento que, de alguna forma, tú y yo debíamos conocernos, siento que no es casual que todas estas mujeres hayan entrado en mi vida.

—La casualidad no existe, todo tiene su razón de ser, aunque no seamos capaces de verla —resonó de repente la voz de la mujer a sus espaldas. Cuando Anna y Kitty se giraron para mirarla se llevaron una sorpresa mayúscula. La mujer que se encontraba frente a ellas nada tenía que ver con la que se habían traído de vuelta del sanatorio. Una vez retirada la capa de suciedad con la que había llegado, ante ellas se mostraba una mujer que habría sido calificada de hermosa en cualquier lugar. Su belleza no era de esas que hacen el mundo se pare a su alrededor en una fiesta y todos los asistentes se giren para mirarla, sino una belleza serena, madura, de mujer experimentada que ha vivido mucho y que, a pesar de todo, sigue siendo hermosa. Se había recogido el pelo negro azabache en un moño sencillo y aquello, junto con el hecho de que el vestido que Anna le había prestado parecía hecho para ella, la hacía indistinguible de cualquier señora de clase media londinense.

—Veo que el baño te ha sentado bien, me alegro. ¿Puedo ofrecerte un té, Meredith? Porque ese es tu nombre, ¿verdad? —le dijo Anna indicándole que tomase asiento en uno de los sillones de la sala.

—He tenido muchos nombres, pero sí, Meredith es uno de ellos. Supongo que recibiste mi nota.

—Así es, pero, ¿puedo preguntarte cómo conseguiste escribirla? El papel era del sanatorio, pero tú estabas encerrada en la zona de aislamiento.

—Fue un simple ejercicio de control mental. Me llevó un tiempo poder entrar en la mente de los otros pacientes, una mente alterada no es tan fácil de controlar como una mente serena, pero cuando lo conseguí fue relativamente fácil hacer que escapasen y creasen la distracción necesaria para que los guardias pudiesen hacerme llegar papel y lápiz. Después uno de ellos se encargó de que te fuese entregada.

Anna quiso preguntarle a qué se refería con control mental, pero Kitty no le dio tiempo.

—¿Cómo sabías quién era Anna y dónde vivía? —preguntó la joven desconfiada.

—Llevamos mucho tiempo buscando a Anna, demasiado para ser honesta. María logró encontrarla y debía haberse encargado de hacerle entender, pero por desgracia acabaron con su vida antes de que pudiese contactarte. Después ocurrió lo mismo con Camille y yo habría sido la siguiente, pero logré escapar, aunque a duras penas y no pude evitar acabar desorientada y sin poder hablar durante días. Por eso acabé en el sanatorio, alguien me tomó por loca y avisó para que me recogiesen.

—¿Escapar de quién? —dijo Kitty incisiva.

—Creo que tú sabes perfectamente de quién, ¿me equivoco? —respondió la mujer en un tono que Anna le resultó demasiado violento—. Siento muchísimo lo que te ocurrió, nunca debiste haberte visto involucrada, esto sólo incumbe a Anna —continuó haciendo que Kitty diese dos pasos atrás hasta chocar con la repisa que había sobre la chimenea—. La única razón por la que sé lo que te ocurrió es porque puedo verlo en ti, hay determinadas heridas que dejan una cicatriz en el alma que no se puede borrar.

Kitty intentó con todas sus fuerzas reprimir las lágrimas, pero cogida por sorpresa por aquel comentario de una completa desconocida fue incapaz de controlar sus emociones y finalmente salió corriendo de la sala escaleras arriba en dirección a su cuarto.

—¡Kitty! —gritó Anna intentando detenerla sin éxito.

—¡Déjala, necesita lamer sus heridas, a fin de cuentas, son solo tuyas!

—¿A qué ha venido eso? ¿Quién crees que eres?

—A estas alturas ya te debería haber quedado claro que la clave está en

quién somos, todas nosotras. Tú, yo o cualquiera de las otras por nosotras mismas no somos nadie. —Y aquellas palabras trajeron a su mente aquellas otras tan parecidas que le habían dicho Ming Li Xia y Camille—. De todas maneras, ahora mismo no tenemos tiempo para esto, necesito que me lleves a un lugar.

—No vas a ir a ningún sitio hasta que me expliques de qué se trata todo esto. Ming Li Xia ya se encargó de contarme esa tontería de mis vidas pasadas y conozco la historia de las madres del mundo por Lady Fitzroy y los libros de su marido, pero ya me he cansado de cuentos de hadas. Tengo tras de mí a un asesino, uno muy real que no ha salido de ningún cuento. Uno que ha matado a varias mujeres, entre ellas tus amigas, y que ha hecho un daño probablemente irreparable a la mía. No sé quién eres, y honestamente me trae sin cuidado, pero si puedes arrojar algo de luz a todo esto te ruego que lo hagas porque son vidas lo que está en juego.

—¿Tienes los libros? —preguntó la mujer sin dejarla responder y reaccionando cómo si alguien hubiese puesto un gran peso sobre sus hombros—. Lamento que hayamos llegado tan tarde hasta ti, tu iniciación debía haber comenzado mucho antes. Veo que Ming Li no pudo terminar el proceso.

—¿Qué proceso?

—Los espejos de Ming Li debían haberte hecho ver tu pasado, tus otras vidas y haberte devuelto los recuerdos de lo vivido en ellas, las lecciones que debes guardar contigo en esta vida. Tu incomprensión es en cierto modo esperable, a pesar de que las dos sabemos que son muchas las cosas que te han ocurrido y para las que no tienes explicación, ¿verdad?

Anna miró directamente a los ojos de la mujer y supo exactamente a qué se refería, pero no le respondió rehusando darle la razón a su afirmación.

—Ming Li me mostró sus espejos, pero fuimos interrumpidos por alguien.

—La sombra. —Y aquel nombre en los labios de Meredith hizo que un escalofrío recorriese la espalda de Anna recordando los momentos vividos en Limehouse. Su reacción no pasó desapercibida para la mujer. —Sabes bien de quién hablo, ¿verdad?

Anna quiso hacerse la fuerte, responderle que no tenía idea de a qué se refería, pedirle que se marchase. Pero algo dentro de ella se lo impedía y sintió cómo sus fuerzas le fallaban obligándola a sentarse en un sillón frente a la mujer.

—Había alguien —dijo por fin—, o algo, no sabría decirlo. Una voz que resonaba en mi cabeza como si estuviese a mi lado, a pesar de que no podía



ver a nadie. Una presencia tan intensa como una respiración profunda en mi cuello. Algo instintivo, casi animal me dijo que debía correr y lo hice. Aunque no creo que haya servido de nada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es muy posible que ese ser sea alguien muy cercano a mí y creo que está jugando conmigo antes de asestarme el golpe final. Creo que quiere acabar conmigo como lo hizo con María, Camille y Ming Li Xia. Creo que cada vez se encuentra más cerca, como una fiera que juega con su presa antes de destruirla. Pero no sé por qué ni cómo pararle.

—Ese ser no busca tu muerte, Anna, al menos no ahora mismo. Te necesita para encontrar lo que anhela desde hace milenios, muchacha. Somos nosotras quienes estamos en su camino, porque tú eres la protectora de su único deseo y nosotras las tuyas.

—¿Protectora yo? No sé qué extraña idea tenéis todas en la cabeza, pero yo no soy más que una mujer como cualquier otra, ¿qué voy a proteger yo?

—En realidad, lo que proteges, o debes proteger para ser más exacta, es una historia, una colección de ellas de hecho.

—¿Qué? ¿Qué ridiculez es esa! ¿Una historia? No me digas que todo esto se reduce a los libros de Lord Fitzroy y esa historia de las madres del mundo.

—¿Puedo preguntar cómo conseguiste los libros?

—Kitty trabajaba en la biblioteca de dónde María los cogía prestados, ella ha sido quien los ha conseguido para mí. Fuimos a visitar a Lord Fitzroy y a su mujer, incluso nos contó una de esas historias tuyas, aunque ahora parece que lo hemos soñado todo.

Los ojos de la mujer se iluminaron de repente y se inclinó hacia delante con extremo interés hasta sentarse en el borde del asiento.

—Explícame eso mejor, ¿de qué mujer hablas?

Anna, sin siquiera plantearse por qué estaba confiando en una completa extraña, le explicó lo acontecido en casa de Lord Fitzroy y su frustración al descubrir que aquellas personas que a sus ojos habían sido tan reales parecían haberse esfumado en el aire sin dejar señal alguna de su existencia. La mujer con una gran sonrisa se reclinó nuevamente en el asiento para mirarla fijamente.

—Comprendo que no seas capaz de darte cuenta de lo importante que es esto, pero eres muy afortunada.

—¿Importante por qué? Créeme, el hecho de que vea gente muerta no es nada excepcional —soltó Anna sin darse cuenta de que acababa de admitir lo

que un instante antes había decidido ocultar.

—Lo sé, ese ha sido siempre tu don, en todas y cada una de tus vidas anteriores, no me sorprende que también lo sea en esta. Pero ya hablaremos de eso —respondió Meredith sin darle ninguna importancia—. La razón por la que digo que es especial e importante es porque lo que visteis tú y tu joven amiga no son muertos, no pueden serlo porque no han existido jamás.

—Ahora sí que no entiendo nada.

—Lord Fitzroy no ha existido nunca, al menos no el Lord Fitzroy escritor que tú crees haber conocido. Nosotras le inventamos usando la identidad de un hombre fallecido para poder utilizar los libros como forma de comunicación. Las historias contenidas en su interior portan mensajes encriptados, concebidos para poder comunicarnos unas con otras en momentos de necesidad. Por eso María esperaba esos libros, estaba esperando instrucciones mías. En realidad, esta fue tu idea, no la nuestra. Tu amor por los libros siempre nos ha metido en problemas. ¿Puedo preguntarte cómo se llamaba la mujer del tal Lord Fitzroy?

—¡Buff, no recuerdo exactamente! Baharati, creo o algo semejante—. La sonrisa de la mujer se hizo aún más grande y su rostro se relajó completamente. Anna no podía entender nada de lo que estaba ocurriendo y empezaba a perder la paciencia. —¿Se puede saber qué es tan divertido?

—Baharati, Saraswati, Shakti, Hera, Freya, Isis, Astarté. Todos esos nombres son con los que aquella a la que llamamos la madre de todo ha sido adorada a lo largo de la historia. Una fuerza vital femenina que alimenta todo en este mundo y cuida de todas y cada una de las criaturas que lo pueblan. Pero entre todas, somos las mujeres, las hembras de cualquier especie, las que tenemos una conexión especial con ella. Y ella ha venido a verte específicamente a ti, pequeña.

—Que se me ha aparecido una diosa, ¿quieres que me crea eso?

—Como te he dicho antes, creo que te han pasado muchas otras cosas increíbles últimamente, ¿no? —respondió la mujer con cierto tono de sorna.

—Muy bien, hagámoslo a tu manera, supongamos que eso es verdad. ¿Por qué razón haría algo así?

—No tengo forma de saberlo, pero si tuviese que aventurar una respuesta diría que era su forma de hacerte entender que está a tu lado en este momento crítico de tu misión.

—Misión. Otra vez con eso. Yo no tengo ninguna misión —bufó Anna a punto de perder la paciencia.

—Te equivocas, tienes la misma misión que has tenido desde el día que ella te eligió como una de las madres del mundo. Proteger la creación de los dioses de aquel que solo es destrucción y caos.

—Este cuento ya me lo sé, la famosa historia del primer hombre, es la misma que ella nos contó aquella noche. Aunque convenientemente ella omitió la parte de las madres del mundo.

—Y, sin embargo, ambas versiones de esa historia están incompletas. Pero eso algo que yo puedo enmendar, si me dejas, por supuesto.

—¿Acaso tengo elección alguna? —replicó Anna sabiéndose en un callejón sin salida.

—Tomaré eso como un sí. Tengo mucho que contarte y no tenemos mucho tiempo, pero antes es imprescindible que me lleves a un lugar.

—¿A qué lugar?

—A Pottery Lane.

—¡Pottery...! ¿Qué diablos se nos ha perdido en Pottery Lane? Es la zona más deprimida de la ciudad, nadie en su sano juicio se adentraría en Pottery Lane.

—No lo entiendes. Cuando la sombra me atacó, no estaba sola. Necesito comprobar si la persona que me acompañaba está bien o si... —dijo sin querer terminar la frase.

—¿Y qué te hace pensar que encontrarás a esa persona allí?

—Allí era dónde nos ocultábamos cuando la sombra me encontró. No conoce nada más en la ciudad, así que es improbable que haya ido a ningún otro sitio. Además, la gente de aquel lugar le apreciaba, si ha necesitado ayuda estoy segura de que se la habrán prestado.

—Esa persona es importante para ti —respondió Anna sin intención de formular una pregunta sino de afirmar algo que para ella era evidente.

—Y creo que también lo será para ti, si logramos encontrarle.

—Pero, si siguiese allí, ¿no crees que hubiese hecho todo lo posible para encontrarte? —respondió Anna sin querer decirle que en realidad pensaba que quienquiera que fuese esa persona estaba probablemente muerto.

—No si no sabe dónde fui llevada. Cuando fui atacada por la sombra hice todo lo posible por alejarme de allí para evitar que nadie saliese mal parado, soy muy consciente de la crueldad que ese ser guarda en su interior, nadie está realmente seguro a nuestro lado —contestó tajante la mujer y a Anna le pareció que aquella era una clara alusión a lo que le había ocurrido a Kitty y hasta sintió que Meredith le estaba recriminando lo que le había ocurrido a su

joven amiga.

—Muy bien, pediré un coche para que nos lleve mañana mismo, pero ya te aviso que ningún cochero nos llevara hasta esa zona, intentaré que nos deje lo más cerca posible, pero...

—No puedo esperar tanto, necesito que vayamos esta noche.

—¿De noche? ¿Estás loca? No saldríamos de allí vivas, Pottery Lane no es lugar para mujeres sin compañía.

—En realidad, creo que te equivocas —resonó desde la puerta la voz de Kitty que había bajado de nuevo y que se dirigía a Anna sin siquiera mirar a Meredith—. Aparentemente se ha convertido en una zona bastante frecuentada por señoras de sociedad, sobre todo al anochecer. Se ha puesto de moda entre esas alcahuetas ir a los suburbios, cuanto más bajos mejor, con la excusa de hacer caridad; pero en realidad van buscando hombres con los que pasar el rato. Van en busca de algo un poco más salvaje que lo que se les ofrece en los salones de la ciudad. Algunos hombres lo hacen también.

—¿Y tú cómo sabes todo esto? —preguntó Anna sorprendida sin querer darle mayor importancia al hecho de que hubiese bajado de nuevo tras su disgusto.

—Lo he oído en la tienda, claro. Las muy ignorantes vienen a comprar tela para hacerse vestidos y la piden de la más barata y burda pensando que así podrán pasar más desapercibidas en ese ambiente cuando, en realidad, la única forma de pasar desapercibida sería probablemente no tener para ropa ni zapatos. Una de nuestras clientas se quedó preñada en uno de estos viajecitos y es la comidilla de todas las alcahuetas de sociedad porque el marido no se ha enterado de nada, aunque al parecer la muy imbécil se lo cuenta a todo el mundo y con todo lujo de detalles como si el bombo fuese una medalla de algún tipo. ¡Ya sabes cómo es esta ciudad!

—Lamentablemente, sí, lo sé bien. Pero sigo sin estar convencida de que esto sea seguro.

—Llevas viviendo en peligro durante meses, ¿acaso esto marca alguna diferencia? —replicó Meredith.

—En eso no le puedes quitar la razón —respondió Kitty poniendo de forma sorprendente del lado de Meredith.

—Muy bien, pues cómo vosotras digáis; iremos a Pottery Lane entonces y que sea lo que Dios quiera, pero más vale que le robes a la señora Prescott otro de esos cuchillos que me llevé a Limehouse porque creo que pueden hacernos falta.

—Tienes armas mucho más poderosas que esa a tu alcance, pero ya hablaremos de eso —respondió Meredith críptica para dirigirse inmediatamente después hacia Kitty y susurrarle algo al oído que hizo que su rostro se relajase y mostrase una extraña serenidad que Anna no había visto en ella desde lo ocurrido en Escocia. Anna se preguntó qué podía haberle dicho aquella mujer que tuviese aquel efecto, pero no quiso decirle nada. A fin de cuentas, aquello formaba parte de su vida privada y Anna debía respetarlo.

Esa misma tarde, cuando el cochero llamó a la puerta, las tres mujeres ya estaban listas. Se habían vestido con las ropas menos llamativas que pudieron encontrar en los armarios, pero Anna se negó a hacer un esfuerzo demasiado grande y caer en el mismo error de las patéticas señoras de sociedad que les había descrito Kitty. El sol empezaba a ponerse cuando el coche arrancó en dirección a su destino. El cochero había accedido a llevarlos hasta la zona norte de Holland Park por una considerable cantidad de dinero. Desde allí, apenas una corta distancia a pie les separaba de Pottery Lane. La fiebre constructora y reformista en la que la ciudad se había visto sumergida en los últimos cincuenta años había hecho que zonas tradicionalmente rurales que rodeaban al núcleo central de Londres se convirtieran en zonas residenciales y fueran anexionadas a la ciudad, contribuyendo a la expansión de un monstruo imparable. Pero eso había producido dos efectos, uno que los pobres que luchaban cada día para sobrevivir de la mejor manera posible fuesen excluidos a zonas más alejadas, dando lugar a auténticos guetos que, por otro lado, no duraban demasiado frente a la ambición constructora de la ciudad. La otra consecuencia era que esos guetos estuviesen cada vez más masificados, haciendo que las condiciones de vida en ellos fuesen deplorables e inevitablemente peligrosas porque el ser humano puede ser despiadado y cruel cuando el hambre se agarra a las tripas como un gato.

Evidentemente todo lo que Anna sabía de Pottery Lane y sus alrededores lo sabía por los comentarios que había oído en los salones de la ciudad. Tradicionalmente aquella había sido una zona de granjas de cerdos y fábricas de ladrillos que se aprovechaban del carácter medio pantanoso del área que les daba la materia prima para su actividad, pero debido a que los habitantes de otras zonas cercanas del norte de Hyde Park, como Marble Arch y el propio Holland Park, habían sido expulsados hacia el norte para dejar paso a las casas de nueva construcción, la zona ya no era capaz de proveer a todos

sus habitantes con un trabajo y un sueldo ganado honradamente. El resultado, a decir de la parte de la sociedad que se consideraba con derecho a juzgar a los demás, eran niños muriendo de hambre, mujeres vendiendo su cuerpo y hombres capaces de matar a quien fuese necesario por un chelín. Nada que no se dijese de cualquier otra zona deprimida de Londres, desde luego, la única diferencia era que Pottery Lane se consideraba peor.

Tan pronto como se bajaron del coche fue evidente que se adentraban en otro mundo. A su espalda, los grandes árboles de lo que habían sido los antiguos jardines de Holland Manor parecían amenazarles con la más terrible de las venganzas si se atrevían a traspasar sus límites. Aquella barrera marcaba el fin del Londres civilizado y ordenado, todo lo que quedaba fuera era caos, hambre y muerte, o al menos esa era la idea que aquella estructura boscosa parecía alimentar. Cuando Anna giró sus ojos hacia el norte, lo que la recibió no parecía querer llevarle la contraria a los árboles. En realidad, la calle que se presentaba ante ellas en la oscuridad de aquella noche temprana no era tan diferente de la que se podía encontrar en cualquier pueblo, casas bajas, de adobe en su mayoría, lo cual era chocante en una zona en la que se fabricaban ladrillos, aunque Anna comprendió en seguida que los ladrillos se vendían al mundo más allá de los árboles y no podían malgastarse en sus propias casas. La verdadera sorpresa fue la cantidad de gente que se concentraba en las calles. Por doquier había grupos de personas, incluidos niños pequeños medio desnudos que se apretaban alrededor de fuegos repartidos aquí y allá frotando sus manos para tratar de vencer al frío nocturno. A medida que ascendían por la calle adentrándose en los alrededores de Pottery Lane, Anna notó que la mayoría de los niños iban descalzos y los adultos no estaban en mejores condiciones. Una mujer de edad bastante avanzada y cara triste daba el pecho de pie a una criatura junto a una de las hogueras mientras a su lado, una niña de no más de siete u ocho años, con el pelo largo y enredado se apretaba contra su falda intentando escapar del frío. Dos hombres junto a ella discutían con un tercero en voz alta.

—¡Veinte, no voy a darte más!

—No la ha tocado nadie, va usted a estrenarla, eso vale al menos cincuenta.

—Si no está interesado puedo encontrar otra, cualquier vecino tuyo aceptará veinte.

—Cualquier vecino mío no le dará una sin usar. Si me da el señor cuarenta es suya. No puedo bajar más de ahí. Es muy preciosa, mi Lucy, ¿la ha mirado

bien?

El hombre miró hacia la mujer que amamantaba al pequeño y murmuró algo que Anna no pudo entender.

—Treinta, es mi última oferta.

—¡Qué diablos, usted gana, deme esos treinta! Puede usar ese cuarto de ahí atrás...

El hombre le entregó el dinero y acto seguido se dirigió como una fiera hacia la mujer, pero para horror de Anna no fue a la mujer a la que cogió por las muñecas sino a la pequeña. La madre, horrorizada, intentó detenerle, pero fue incapaz con el bebé en brazos y sólo pudo chillar.

—¡No, mi Lucy no, es muy pequeña, déjela señor, yo le daré lo que quiere, deje a mi pequeña!

—¡Calla ya, estúpida, el señor quiere estrenar a una, tú no le sirves! — contestó el hombre pegándole un guantazo brutal a la mujer sin preocuparse de la seguridad del pequeño que cargaba. La mujer se tambaleó, pero siguió intentando agarrar al hombre vestido con una capa negra que sin duda valía mucho más de lo que estaba pagando por aquel horrible trueque para que no se llevase a su pequeña, que a estas alturas gritaba desesperada tirando del hombre hacia su madre.

Toda la gente que estaba presente en la calle miraba. Anna esperaba que alguien socorriese a la pequeña que había desaparecido ya en el interior de la chabola arrastrada por el hombre, pero nadie movió un dedo. Anna no pudo contenerse más y salió corriendo tras el hombre sin pensarlo dos veces mientras las voces de Kitty y Meredith le gritaban que esperase. Pero Anna no podía oírlas, había entrado ya en la casucha y en la oscuridad se dirigió hacia una habitación al fondo, iluminada por unos candiles de vela. Allí se encontró al hombre abrazando a la muchacha por detrás con fuerza mientras esta intentaba liberarse sacudiéndose con todas sus fuerzas. En su obsesión por conseguir aquello por lo que había pagado, el hombre de unos cincuenta años y bigote blanco, no se dio cuenta de que Anna entraba en la estancia. No lo pensó, simplemente agarró el candil que estaba sobre una pequeña repisa en la pared y le golpeó en la cabeza con todas sus fuerzas haciendo que sus brazos soltasen a la pequeña que se quedó mirando a Anna sin saber qué hacer.

—¡Corre, pequeña, corre! ¡Vuelve con tu madre!

El hombre la miró también, y al comprender que había perdido su compra por culpa de aquella desconocida, emitió un sonido gutural y se lanzó con las dos manos por delante hacia Anna con clara intención de agarrar su cuello.

Anna se echó ligeramente hacia atrás, pero chocó con la pared del minúsculo recinto sin poder escapar. Justo cuando las manos del hombre iban a alcanzarla, su cuerpo salió proyectado hacia el techo de la sala con tal fuerza que parte de él se derrumbó. El cuerpo del hombre cayó con un golpe seco sobre el suelo y ya no se movió más. Anna intentó entender sin éxito qué había pasado hasta que la voz de Meredith la llamó desde la puerta.

—Este ya no hará más daño a nadie, vámonos pequeña, antes de que la gente venga a quitarle lo que puedan.

—¿Está...?

—Completamente muerto, sí.

—Pero, el cadáver, la policía...

—La policía no viene a estas zonas, Anna. Y en cuanto al cadáver, una vez que le quiten lo que tenga de valor, sus propios clientes se encargarán de hacer desaparecer el cuerpo.

—Pero, la pequeña, su padre la venderá de nuevo, no podemos...

—Su padre tampoco puede hacer más daño ya, ahora es su madre quien debe asegurarse de protegerla, no podemos hacer más. —Y agarrándola dulcemente de la mano la sacó por la parte trasera de la chabola donde estaba esperando Kitty.

—¿Estás bien?

—Sí, eso creo —respondió Anna—. ¿Qué ha ocurrido ahí fuera?

—Si te soy sincera, todo fue tan rápido que aún no lo sé, pero entre tú y yo —le dijo susurrando—, creo que Meredith mató al hombre, pero, ni siquiera se acercó a él, simplemente le miró y sus ojos...no sé, había algo en sus ojos.

—No entiendo qué quieres decir...

—Quiero decir que creo que hay algo más que una simple mujer en ella, algún tipo de...no sé, de poder.

Anna no dijo nada porque comprendía a qué se refería Kitty. Acababa de ver volar a un hombre de muchos kilos por el aire como si fuese una pluma sin que Meredith se acercara siquiera a él y no le quedaba duda alguna de que había sido ella quien lo había hecho. Del mismo modo que, de alguna manera, sabía algo más. Aquella mujer había disfrutado arrancándole la vida a aquel desgraciado y, en su interior, Anna sabía que no había sido la única.

No hubo tiempo para más conversaciones, Meredith las apremió para que salieran de aquel chamizo y la siguieran calle arriba para, instantes después, coger el primer desvío a su izquierda, después a la derecha y luego nuevamente a la izquierda. A aquellas alturas tanto Anna como Kitty estaban



perdidas. Todas aquellas calles, si es que podían recibir aquel nombre, tenían el mismo aspecto, una sucesión de chabolas que se alineaban de manera caótica a ambos lados de un barrizal. Ni siquiera las gentes que encontraban a su paso permitían distinguir unas de otras, en todas ellas reinaba la misma miseria y tristeza que había visto en la cara de la madre de la pequeña Lucy. En un par de ocasiones Meredith se paró, mirando a su alrededor, intentando orientarse. Era obvio que su idea de a dónde se dirigían no era tampoco completamente clara y Anna no pudo evitar acordarse de su experiencia en el laberinto de callejuelas de Limehouse y en su interior sólo pidió que no acabara de la misma manera.

Finalmente, la mujer se paró delante de una hilera de casas bajas con puertas de madera oscura que habían sido claramente robadas de algún otro lugar y que a duras penas eran capaces de obliterar todo el espacio que hacía las veces de entrada. De repente, Meredith echo a correr en dirección a las casuchas y se internó en una de ellas empujando la puerta de forma que esta dio un golpe tremendo. Anna y Kitty la siguieron sin tiempo para preguntarle qué ocurría y asumiendo que había encontrado lo que buscaba.

—¡Raj, Raj! —gritó Meredith al entrar en la chabola, aunque los gritos eran innecesarios porque el espacio era minúsculo y, además, estaba completamente vacío. La mujer miró a su alrededor como si esperase que alguien o algo se materializase en torno a ella, pero pronto se dio cuenta de lo inútil de su llamada y Anna creyó ver cómo sus hombros se derrumbaban con un enorme peso—. No está aquí.

—No sé quién es esa persona a la que buscas, pero ¿estás segura de que esta es la casa correcta?

—Sí, no tengo ninguna duda, esa caja de ahí es suya —dijo señalando una hermosa caja de madera labrada, oscura y brillante que se encontraba en el suelo junto al pobre fuego que ardía en un lateral de la vivienda—. Él nunca dejaría su caja, es su posesión más preciada. Sólo si...

—No nos pongamos en lo peor —dijo Kitty adivinando como continuaba aquella frase—, no creo que tu amigo esté muerto. Mirad esto. Este cuenco tiene un líquido caliente, es evidente que no hace mucho que lo han puesto aquí. Y que yo sepa las sopas, o lo que quiera que sea esto, no se calientan solas.

—Kitty tiene razón, ese tal Raj —a esas alturas Anna ya había deducido que el nombre era masculino—, no puede estar muy lejos si ha dejado su posesión más preciada aquí. Seguramente...

Anna no pudo continuar la frase, de repente el tablón de madera que hacía las veces de puerta se abrió de nuevo y esta vez fue un hombre de piel de color cobrizo, de unos treinta años y fornido quien asomó por el hueco de la entrada.

—¡Raj!

—¡Janani! —dijo el hombre con una voz profunda y claramente emocionada para acto seguido lanzarse en los brazos de Meredith que le recibió en un abrazo intenso. El hombre, mucho más alto que Meredith, tuvo que arrodillarse para poder devolverle el abrazo y se recostó contra ella como si de un niño y su madre se tratase.

—¡Mi buen Raj, pensé que te había perdido! ¿Te encuentras bien? —preguntó Meredith separando el rostro del hombre de su cuerpo para sostenerlo entre sus manos y mirarlo con dulzura.

—Estoy bien, pero pensé que la criatura había acabado contigo. ¿Por qué huiste? Debiste dejarme ayudarte, habría podido...

—Hice lo que debía hacer para protegerte, mi buen Raj, además, ya sabes que yo no soy lo importante. Ella lo es. —Y extendiendo su mano para agarrar la de Anna la guió ligeramente frente al hombre que la miraba ahora con unos ojos de color verde increíblemente grandes y hermosos, abiertos de par en par. Inmediatamente el hombre se postró en el suelo y agachando su cabeza en señal de respeto empezó a canturrear algún tipo de letanía en un idioma que Anna no podía entender pero que, de alguna manera, en su voz sonaba muy hermoso.

—¡Vaya, no sabía que tenías este efecto en los hombres! —soltó Kitty con sorna haciendo añicos la magia del momento y consiguiendo que Anna se ruborizase como una adolescente. Anna habría apostado que hasta Meredith sonrió divertida ante su comentario, pero, si fue así, duró tan solo un instante antes de que el rostro pétreo al que ya las tenía acostumbradas tomase de nuevo el control.

—Raj, ¿qué ha pasado en mi ausencia?, ¿ha vuelto la sombra?

—No, Janani, no he vuelto a sentir su presencia —respondió el hombre poniéndose de nuevo en pie y haciendo que Anna se diese cuenta de lo alto y apuesto que en realidad era—. Es lo que me hizo temer que quizá había conseguido su propósito. Pensé que, si habías logrado sobrevivir, tú me encontrarías dado que yo no sabía dónde buscarte. He esperado impacientemente, estaba a punto de rendirme. Las gentes de este lugar han sido muy buenas, han compartido su poca comida conmigo y yo he intentado

pagarles de la única manera que sé, intentando que sus vidas sean un poco menos miserables.

—¿Aún la tienes? —preguntó Meredith con un deje de ansiedad.

—Sí, Janani, aquí está. —Y el hombre introdujo la mano en su camisa para sacar algo que guardó en su puño hasta que Meredith agarró su mano. Entonces la abrió lentamente y Anna pudo ver que en su interior había una piedra, sin adornos, tan solo una piedra. Anna no tuvo que mirarla más que un segundo para comprender que aquella piedra era muy parecida a la de las joyas que había recibido de María, Camille y Ming Li Xia, una preciosa piedra limpia y cristalina, esta vez sin pulir, imperfecta en su forma, y, sin embargo, perfecta en todos los sentidos.

—Veo que la has reconocido.

—He visto ese tipo de piedra antes, sí, en las joyas de tus compañeras.

—Tus ojos me dicen que has visto más que no solo las piedras, no eres ajena a su poder, ¿cierto? —Y la mente de Anna recreó la imagen del brillo de las piedras cuando estaban juntas, pero no dijo nada. —No todo está perdido, entonces. —Y el rostro de Meredith sonrió nuevamente, pero esta vez no de una forma fugaz y casi inexistente, sino de forma clara y abierta, mirando fijamente los ojos de Anna.

—¿Puedo preguntar qué se supone que debemos hacer ahora que hemos encontrado a tu amiguito y cómo nos va a ayudar eso a parar a ese hijo de la gran puta? —soltó Kitty de repente pillando a todos por sorpresa no tanto por la pregunta como por el vocabulario que había escogido.

—Es mejor que no nos quedemos aquí, tenemos que...—la frase se vio ahogada por los gritos de Meredith y Anna que se sujetaban la cabeza como si un dolor terrible las atenazase y sus cuerpos se doblaron hacia adelante en un acto reflejo.

—¡Anna! —gritó Kitty corriendo hacia su amiga para sostenerla en sus brazos—. ¡Anna, por dios!, ¿qué ocurre?

—No...no lo sé, ha sido como si me atravesasen con algo al rojo vivo, no p...¡agh! —Los gritos de las dos mujeres a coro llenaron nuevamente el espacio y Raj se arrodilló para sujetar el cuerpo de Meredith que se encontraba ya en el suelo. Haciendo un esfuerzo terrible la mujer alargó su brazo para coger la mano de Anna y colocarla bajo la suya sobre el suelo. Todo paso muy rápido, pero la mujer pronunció una sola palabra que Anna no pudo entender y de repente el dolor cesó por completo y su cuerpo se relajó de golpe haciéndola caer sobre el suelo de tierra.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Anna intentando recuperar el aliento.

—¡Está aquí! ¡Tenemos que movernos, rápido, no tenemos más tiempo! — Y como si no hubiese pasado nada Meredith se levantó de golpe y agarrando a Anna por la mano la ayudó a levantarse y la sacó fuera de la casa. El frío de la noche les golpeó en la cara, pero Anna agradeció la sensación. Meredith tiró de ella, haciéndola correr por la calle ahora completamente vacía seguida de Raj y Kitty.

Tan pronto como giraron en la primera esquina tuvieron que pararse en seco. En el medio de la calle desierta, iluminado por los fuegos de las hogueras que se alineaban a los lados, donde antes se calentaban los habitantes de aquel infierno, se encontraba la figura de un hombre. Su rostro, inclinado hacia abajo se ocultaba en su propia sombra haciendo imposible reconocer de quién se trataba, pero no era necesario.

—Ese es...—preguntó Kitty.

—Sí, es el detective Gables —respondió Anna en un susurro.

—No, no lo es, pequeña —dijo la voz de Meredith y Anna creyó intuir cierto temor en su tono—. Esa es la sombra. Poneros detrás de mí. —Y con sus manos guió a Anna hasta ponerla tras su cuerpo.

De repente una risa empezó a resonar en sus cabezas, una risa que Anna conocía bien porque la había oído antes, en Limehouse. Pero no era la única. Anna vio como el cuerpo de Kitty se echaba hacia atrás de forma inconsciente al reconocer aquella voz, la voz del ser que la había atacado brutalmente en Escocia. Aquel ser que estaba frente a ellas era la criatura que las había perseguido sin descanso desde el momento en que el detective Gables había llamado a la puerta de su casa, el ser que había intentado destruir a Kitty, el que había matado a María, Camille y Ming Li Xia y a otras tantas mujeres inocentes.

—¡Apártate de nuestro camino o te juro que acabaré contigo! —gritó Meredith.

—Shatindra, los dos sabemos que si tuvieras el poder para ello ya lo habríais hecho hace mucho tiempo. Sin embargo, todas vosotras lleváis corriendo una vida, varias en realidad. ¡Guárdate tus amenazas vacías! —replicó la voz arrastrando las palabras como si le costase hablar—. Estoy aquí para hablar con Anna, no contigo.

—Yo no tengo nada que hablar contigo, maldito bastardo —contestó Anna sin dejar intervenir a Meredith—. ¡Maldita sea la hora en la que confié en ti! Debería haber acabado contigo en ese mismo instante.

—Eso te hubiese gustado, ¿verdad? —rio la voz—. Eso es lo que siempre me ha gustado de ti, a diferencia de tus supuestas protectoras, tú siempre has tenido un gusto especial por la sangre, por la destrucción y el caos. En realidad, no somos tan diferentes, Anna. Puedo oler tu ansia de venganza desde aquí, tu cuerpo ansía la sangre derramada sobre tus manos.

El cuerpo de Anna se tensó al oír aquellas palabras, aunque no supo por qué, la imagen de sus pies andando sobre los cuerpos de Meredith y las demás y sus manos ensangrentadas en el espejo de Ming Li Xia ocupó su mente provocándole una sensación de calor en su interior.

—¡Basta! Si crees que te dejaré hacerle algún daño es que no me conoces en absoluto —gritó Meredith apretando los puños y Anna sintió como si una energía invisible acabase de desplegarse en torno a ellas.

—¿Hacerle daño? ¿Yo? Nada más lejos de mi intención, maldita traidora. ¿Por qué le haría ningún daño a la persona que va a darme lo que deseo?

—¡Yo no pienso darte nada excepto tu muerte!

—¡Oh, al contrario, querida! No es mi muerte lo que me darás, sino la muerte del mundo. Y, ¿quieres saber por qué lo harás? Porque si no lo haces serán aquellos a los que amas los que pagarán por tu error. ¿No me crees? — Y le lanzó algo que calló a sus pies. Anna se quedó mirándolo y le costó reconocer de qué se trataba, pero cuando por fin su mente encontró el reconocimiento que buscaba su cuerpo se echó a temblar. Era un broche que ella misma había regalado a Beatrix por su último cumpleaños. —Exacto. Tu querida Beatrix va a pasar un tiempo conmigo, hasta que me traigas lo que necesito o yo me canse de jugar con ella, lo que ocurra antes. Cuanto antes me des lo que anhelo, menos probabilidades de que te devuelva a tu amiga por trozos. ¡Tú decides! Ah, y supongo que ya me conoces lo suficiente para saber que esto no es un farol, pero, por si te queda alguna duda, aquí tienes una prueba.

De repente, de una de las casas salió una niña que caminó lentamente hasta colocarse junto al detective Gables. Tan pronto como llegó junto a él y la luz de las hogueras le iluminó el rostro pudieron ver que se trataba de Lucy, la pequeña a la que habían salvado a su llegada al suburbio. Pero había algo diferente. El rostro de la pequeña estaba cubierto de pústulas y tenían un tono amarillento. Sus ojos, en blanco, carecían de vida y sus labios estaban ensangrentados. De repente, su cuerpecito se sacudió hacia adelante y vomitó una masa sanguinolenta para acto seguido caer al suelo, claramente sin vida.

—¡Maldito hijo de puta! —gritó Anna lanzándose de repente hacia

adelante y proyectando sus manos como si estuviese empujando algo grande y pesado. En un instante, un arco de luz se materializó ante ella que salió disparado a una gran velocidad hacia la criatura. Todo pasó muy rápido. El haz de luz barrió el cuerpo del detective Gables que cayó de rodillas sobre el vómito de Lucy. El rostro del detective se alzó de repente y sus ojos se encontraban inyectados en sangre y la rabia contraía los músculos de su cara. Aquella voz terrible volvió a resonar en su cabeza esta vez gritando con una crueldad que erizaba la piel.

—¡Tú y yo somos uno y lo mismo, no importa cuánto intentes evitarlo! ¡Tienes dos lunas para traerme el libro al lugar donde todo empezó! ¡Si no lo haces la sangre de todos los que quieres inundará la tierra empezando por tu querida Beatrix!

Una luz roja salió del cuerpo del detective que les cegó obligándoles a cubrirse los ojos. Cuando por fin la luz se extinguió en la calle solo quedaban dos cuerpos inertes, el de una niña pequeña y el de un detective de Scotland Yard.

## *Vidas*

Anna cerró la puerta de la habitación tras de sí, tratando de no hacer ruido y evitar que se le cayese la bandeja de vendas que llevaba en las manos.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Kitty medio en susurros en el rellano de la escalera.

—Sigue igual, ahora duerme, pero parece tener pesadillas todo el tiempo y los pocos momentos en que está consciente no parece reconocermme.

—Bueno, Meredith ha dicho que pasarán varios días antes de que sepamos a ciencia cierta si puede recuperarse, es cuestión de tiempo —replicó la joven con una sonrisa triste dándose la vuelta para volver al piso inferior.

—Kitty —la llamó Anna—, sé lo difícil que es para ti, pero, ¿estás segura de que no quieres entrar? Estoy convencida de que él lo agradecería.

—¡No puedo, Anna, ahora mismo no, lo siento! —replicó Kitty tras unos segundos de silencio—. Necesito asumir muchas cosas.

Anna no quiso insistir. La visita a Pottery Lane había dejado una huella profunda en las dos, pero sabía que, sin lugar a dudas, la suya era la que más dolía. Tras el ataque de la sombra, Anna había corrido junto a los dos cuerpos caídos en medio de aquel barrizal, pero no fue el cuerpo del detective Gables el que atendió primero sino el de la pequeña Lucy. Por desgracia, era demasiado tarde. La pequeña estaba muerta, sus ojos sin vida vueltos en blanco, sus labios y sus mejillas grises y sin color, y su piel cubierta de pústulas. Meredith le gritó que no la tocara. Ella ya sabía de qué se trataba

porque lo había visto antes. Peste negra, pero no la peste negra a la que el mundo ya se había enfrentado antes sino una forma fulminante capaz de acabar con la vida de cientos de personas, poblados enteros en minutos. La marca personal de la sombra. Raj entró en las casas adyacentes para confirmar sus sospechas, el silencio del hombre a su vuelta lo decía todo.

—Debemos marcharnos, no podemos seguir exponiéndote a este peligro —le apremió la mujer agarrando su brazo e intentando separarla del cadáver de la pequeña.

—Pero, no puedo dejarla aquí. Hay que enterrarla, a todos, no podemos dejarles aquí a merced de los perros y las alimañas.

—¡No tenemos tiempo para eso! Daremos aviso a las autoridades de que ha habido un brote de peste en la zona, ellos se encargarán.

—¿Se encargarán? ¡Les pondrán en una fosa común!

—¡A ella ya no puede importarle, Anna!

—¿Cómo puedes ser tan cruel? —gritó Anna y su voz resonó en toda la calle.

—¡A ella ya no puedes ayudarla, pero para muchos otros aún hay tiempo! Siento que tengas que pasar por esto, pero es tu responsabilidad como madre del mundo. Acepta de una buena vez tu destino o estaremos todos perdidos. — La mujer no había levantado la voz, su tono había sido casi dulce mientras le soltaba aquellas recriminaciones, sin embargo, a Anna le pareció que su mensaje había sonado mucho más alto y más claro que nada de lo que ella había dicho. Su cuerpo se relajó, no porque se sintiese seguro y protegido, sino porque se sentía rendido e impotente y, sin más, se dejó llevar por las manos de aquella mujer y se separó del cuerpo de la pequeña.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Raj haciendo que Anna y Kitty se girasen sorprendidas.

—Si sigue vivo aún hay esperanza para él, debemos llevarle con nosotros.

—Pero, no entiendo, él es la criatura, la sombra —soltó Kitty claramente asustada.

—No, no lo es, pequeña. La criatura no tiene cuerpo propio desde hace mucho, al menos no uno que pueda mantener por mucho tiempo, así que toma el control de otros cuerpos, como si fuera un parásito. Ese hombre que ves ahí ha pasado por la peor de las torturas porque, cuando la sombra te posee, tu consciencia no desaparece, durante todo el proceso eres consciente de que alguien más está en tu interior y no tienes poder alguno sobre tu propio cuerpo. Tus ojos ven, tu piel siente y tu corazón se rompe mientras tus manos y el resto



de tu cuerpo se ven obligados a hacer las cosas más terribles bajo su poder. En el mejor de los casos, cuando por fin tu cuerpo es liberado, la angustia de lo vivido hace que el corazón se rompa y la muerte acabe con la pesadilla; en el peor, aunque el cuerpo se recupere, la mente no lo hace nunca y acaba para siempre perdida en la oscuridad del tormento vivido. Aún no sabemos lo que ocurrirá con él, pero tiene una oportunidad.

Raj había cargado el cuerpo del detective todo el camino de vuelta hasta Holland Park donde el cochero les esperaba y, tras pagarle extra por los dos nuevos pasajeros que debía transportar, los había llevado de vuelta a la casa de Eaton Square. De aquello hacía tres días. El detective Gables había recuperado la consciencia de forma transitoria varias veces en ese período, pero en ninguno de los casos de forma definitiva y Anna empezaba a no estar segura de si alguna vez lo haría. En todo ese tiempo Kitty no se había acercado para nada a la habitación y Anna sabía por qué. El hombre que yacía en esa cama no solo era el hombre por el que había albergado, y quizá aún lo hacía, sentimientos muy intensos. No sabían cuánto tiempo aquel hombre había estado controlado por la sombra, pero si había sido así desde el primer momento entonces una terrible conclusión podía extraerse de todo aquello. Aquel hombre por el que había sentido algo, aquel cuerpo que ahora yacía en una cama de la misma casa, podía ser el hombre que había violado a Kitty.

—Mi señora no debería hacer esto, Raj puede encargarse —le soltó de repente el hombre de tez color aceituna que había aparecido en el medio de la escalera como por arte de magia y que ofrecía sus manos para recibir la bandeja que Ana llevaba en las suyas. Esta vez llevaba puesto un turbante de color claro que le cubría la cabeza y que añadía altura a su ya bastante imponente figura. Los ojos verde oscuros del hombre, la miraban intensamente y la seriedad de su rostro y lo inesperado de su aparición hicieron que Anna diese un ligero salto hacia atrás y que las cosas que llevaba sobre la bandeja amenazaran con derrumbarse—. Lo siento mucho, mi señora, no quería asustarla.

—¡Pues lo ha hecho, le agradecería que no volviese a aparecerse ante mí de esa manera! ¡Y deje de mirarme así, esta es hasta dónde yo recuerdo mi casa, estaré muy agradecida si se limita usted a la cocina! Además, ¡yo no soy su señora! —contestó Anna con una agresividad que hizo que hasta ella misma sintiese un pellizco de remordimiento por la forma en que trataba a aquel

hombre que, hasta ahora, no había sido más que amable con ella. El hombre, sin cuestionar ni una sola de sus palabras, agachó la cabeza en una reverencia tan solemne que Anna se sintió aún peor e hizo lo único que creyó que correspondía hacer en ese instante, bajar el resto de las escaleras casi corriendo, huyendo de su propia vergüenza. Aquel hombre la ponía nerviosa, no podía evitarlo. Desde el mismo momento en que lo había visto por primera vez, la forma en la que la miraba, la manera en la que se desvivía por Meredith, pero sobre todo por ella misma. Anna no estaba acostumbrada a aquella devoción sin límites, ni a tener a alguien constantemente en su camino, alguien que no la dejaba hacer nada. Aquel hombre amenazaba algo que había conseguido con mucho esfuerzo y que valoraba por encima de todas las cosas, su libertad. Y aquella era una razón suficiente para que Anna le considerase un incordio, aunque hasta entonces no había provocado una reacción tan violenta en ella.

—Sabes que solo intenta ayudar, ¿verdad? —la recibió la voz de Meredith cuando entró en la pequeña sala de estar.

—No lo pongo en duda, pero estoy harta de que me persiga a todas partes intentando hacer todo por mí. ¡No estoy incapacitada! —contestó dejando la bandeja sobre la mesita que había junto a la ventana y quedándose allí mismo, mirando a través de los cristales hacia Eaton Square, tratando de comprender en qué momento había dejado de poder tener un instante de intimidad en su propia casa—. ¿Qué clase de vida es esa?

—En realidad es la única que ha conocido —respondió Meredith ignorando que la pregunta en realidad se refería a ella misma y no al insistente hindú de la escalera—. Su familia le educó para servirte, ese es el único sentido que su vida ha tenido desde que tuvo uso de razón. Cuando cumplió quince años le enviaron conmigo con una única finalidad, ayudarnos a encontrarte para pasar inmediatamente a tu servicio.

—Yo no necesito su servicio, puedes quedártelo.

—Ya te he dicho que no puedo. Ha sido criado para servirte a ti, desde el día en que llegaste a su vida, solo tú existes. Como lo hicieron otros de su familia, antes que él.

—¿Toda la vida preparándose, tan solo para ser el sirviente de alguien a quien no conoce, que quizá no existe? —replicó Anna girándose visiblemente enfadada.

—Creo que aún no entiendes el valor que tienes para mucha gente en este mundo. Mientras no aceptes eso, seguirás sin poder evolucionar, y no

llegaremos a ninguna parte.

—¡Tienes razón, no lo entiendo! ¿Quieres saber lo que sí entiendo? Entiendo que tengo a una persona extremadamente importante para mí sufriendo porque he metido a su posible violador en la casa, y la otra persona que lo es todo para mí está desaparecida, más que probablemente en manos de una bestia que ya ha demostrado que no tiene el más mínimo escrúpulo en matar de las formas más horribles tan solo por el placer que ello le comporta. Ahora mismo solo quiero que me digas cuanto antes dónde está ese maldito libro que esa criatura quiere para poder devolver a mis amigas a la seguridad de la que nunca debí haberlas arrancado.

—¡No puedes entregarle el libro, eso sería el fin del mundo!

—¡Por mí el mundo puede irse al infierno!

—Te puedo asegurar que eso es lo que pasará si dejas que ese ser ponga sus manos sobre ese libro.

—Pero ¿qué diablos hay en ese libro, por dios?

—Ese libro contiene historias, leyendas de miles de años que han pasado de generación en generación contadas por los ancianos de los pueblos del mundo, al calor de las hogueras, de las madres y abuelas a sus hijos y nietos antes de irse a dormir; y que, hace algo más de doscientos años, decidiste poner juntas y por escrito.

—¿Me vas a decir que esa criatura está buscando unos cuentos para niños? Esto es el colmo...

—Busca esas historias, pero no por las historias en sí mismas sino por lo que escondiste en ellas. En esos cuentos, como tú los llamas, están ocultas las palabras que el dios Shiva entregó a Brahma para que pudiese destruir el mundo llegado el momento.

—Un momento, ¿no se supone que Shiva había ayudado a Brahma a crearlo?

—Así es, pero tienes que entender que en esta vida todo sigue un ciclo sin fin, todo tiene un principio y un fin y los ciclos se repiten de forma infinita. Shiva mostró a Brahma como crear el mundo, pero también como destruirlo para que pudiese regenerarse y evolucionar. La criatura logró robar las palabras de la creación del lugar donde estaban escondidas y ellas son las claves de su poder, pero eso no es suficiente. Su meta es destruir el mundo que conocemos para poder crearlo nuevamente a su voluntad. Sin el poder para destruir, el poder para crear no le aporta nada. Ese ser quiere acabar con todo lo que los dioses crearon, para convertirse él mismo en un nuevo dios.

—¿Y se supone que yo tenía esas palabras y las puse en un libro?

—En contra de todos mis consejos, sí. Algo que has hecho mucho a lo largo de tu vida desde el día en que te encontré por primera vez hace miles de años.

—Shatindra.

—¿Cómo? —preguntó a la mujer como si le hubiesen echado un jarro de agua fría.

—Aquel ser te llamó Shatindra, como la mujer de la historia de lady Fitzroy...

Meredith no dijo nada, sus ojos serios se quedaron mirando profundamente a los ojos de Anna que ni siquiera pestañeó, aguantando la mirada de la mujer, leyendo lo que había tras ellos, tras aquella oscuridad que parecía ocuparlos por completo. Y entonces lo supo.

—No te llamas como ella. ¡Tú eres Shatindra, la mujer de la historia!

—Será mejor que te sientes —replicó Meredith con una voz profunda—, ya es hora de que sea yo quien te cuente una historia a ti.

*Nuestra historia, la tuya y la mía, la de todas las madres, parte del inicio de los tiempos, cuando el velo entre el mundo de los hombres y los dioses no era tan denso como lo es ahora, cuando la naturaleza y sus hijos eran uno solo, el mismo momento en que el hombre empezó a creerse señor de todo lo que le rodea y a labrar su propio fin.*

*Ya conoces lo acontecimientos que tuvieron lugar tras la muerte de Shatupra y como llegué a la vida de Manushya y a la de su hijo Mahesh: y aunque la versión que escuchaste es la que aún se cuenta de boca en boca en los poblados de la india, no hay nada en ella que no sea más que la verdad. Sí, yo soy Shatindra, y sí, yo soy la responsable de todo lo que ocurrió como resultado de mi ambición, y aún estoy pagando el precio. Debí haber muerto en aquella cueva en la que Mahesh me demostró que su amor no existía. Debí haber muerto allí no sólo por todo lo que había desencadenado con mis actos sino porque tampoco tenía otra razón para vivir. Más allá de lo que puedas haber pensado al escuchar la historia, en aquella cueva quien quedó yaciendo abandonada entre escombros era una mujer enamorada con el corazón roto. Porque, aunque la historia haya omitido o disfrazado esa parte, mi amor por Mahesh era absoluto e inmenso. Yo había cometido el error de pensar que el amor podía utilizarse*

*para manipularle sin darme cuenta de que era yo la manipulada, pero más allá de aquella lucha por el poder, mi corazón siempre fue absolutamente de Mahesh.*

*Pasé tres largos días en aquella cueva, llorando hasta que mis ojos se secaron, no porque mi destino me hubiese condenado a morir en la oscuridad de aquella cárcel de piedra, sino por la verdad que se había mostrado ante mis ojos, la única persona que creía que me había amado de verdad, no por mi cuerpo, sino por la persona que era, me había engañado absolutamente. ¡Qué ciega fui algo darme cuenta de que un amor que se deja alimentar de mentiras sin protestar no podía ser más que una mentira en sí mismo! Quizá debería haber intentado moverme, tratar de buscar una salida o una forma de pedir ayuda, pero no lo hice. Ni siquiera moví un dedo, acepté mi muerte, que consideraba inevitable, y tan solo elevé una oración a Saraswati pidiéndole que enmendase todo el daño que yo había causado. No sé qué es lo que la hizo apiadarse de mí, nunca es sencillo saber lo que los dioses piensan o por qué actúan de una determinada forma, pero el caso es que la bondad de la madre de todo, inmensa como es, me alcanzó incluso en la profundidad de aquella cueva.*

*Al principio pensé que soñaba o deliraba, a fin de cuentas, llevaba varios días sin comer nada y sin probar agua. Sabía que mi cuerpo no aguantaría mucho más y que era muy posible que estuviera empezando a ver cosas que sólo existían en mi cabeza. Una luz de un hermoso color azul, tenue al principio, intensa como el fuego más ardiente después, llenó la cueva donde me encontraba. Aquella luz se movía por aquel espacio aumentando su tamaño a medida que se acercaba a mí. Cuando se encontró apenas a unos pasos tuve que llevarme las manos a los ojos porque su intensidad me impedía ver nada a mi alrededor. De repente, unas manos delicadas cogieron las mías con dulzura retirándolas de mi rostro y hablándome con la voz más dulce que haya escuchado jamás.*

*—No tengas miedo Shatindra, puedes abrir tus ojos. Tú me has llamado y aquí estoy.*

*Mis ojos se abrieron con temor, pensando que la luz los abrasaría, pero la luz intensa había sido reemplazada por una gran bola de luz cálida en cuyo centro se encontraba una mujer joven, pequeña, de pelo negro como la noche que vestía un sari del mismo color azul intenso de la luz que había visto al principio. Al mirarla a los ojos, vi que no tenían pupilas, sino que todos ellos eran como un cielo estrellado, como si todo el universo estuviese*

*contenido en su interior. Mis piernas reaccionaron antes que mi cerebro, y me postré de forma inmediata a sus pies sabedora de en presencia de quién me encontraba.*

*—Madre —fue la única palabra que salió de mis labios, casi susurrada, casi sin atreverme a pronunciarla.*

*En respuesta, ella puso sus manos sobre mi rostro y no dijo una palabra más, pero mi mente supo inmediatamente por qué estaba allí y cuál era mi tarea. Yo había pedido que ella enmendase el daño que yo había causado, pero en su lugar ella me daba la oportunidad de ser yo quien lo hiciese. Si un hombre amenazaba con destruir la creación de Brahma, una mujer, o mejor dicho varias pues la madre no me dejaría sola en esta tarea, serían las encargadas de evitarlo. Las madres del mundo. Ella nos dio ese título en honor al suyo propio, madres del mundo de la mano de la madre de todo, y como madres, nosotras nos encargaríamos de que el mundo pudiese seguir creciendo, eliminando los peligros del camino como habríamos hecho con nuestros propios hijos. Mahesh, la sombra, como desde aquel día fue llamado pues solo la oscuridad anidaba en su interior, pronto se daría cuenta de que sólo había conseguido la mitad de su premio. Las palabras que le permitirían destruir todo lo creado por los dioses nunca habían estado en aquella cueva. Saraswati en su sabiduría había convencido a su esposo Brahma de que debía encomendárselas a ella y las había escondido en un lugar donde la sombra nunca pensaría buscar. En el corazón de una niña pequeña. La misión que Saraswati me encomendaba era clara, buscar a las otras madres, hacerles entender cuál era su misión y juntas, buscar a la pequeña y protegerla con nuestra propia vida si fuese necesario. Pero aquel perdón tenía un precio, uno inmenso que la madre me hizo ver muy claramente. Debíamos proteger a la pequeña hasta el fin de los tiempos, ciclo tras ciclo, vida tras vida. No tendríamos otra existencia más que la de aquella pequeña y su tesoro. Pude haber dicho que no, que no deseaba esta carga, que prefería morir en aquella cueva y esperar que en mi próxima vida pudiese hacer las cosas mejor, pero aquello no se pasó por mi cabeza ni por un instante. Yo era la responsable de lo que había ocurrido, yo era quien debía arreglarlo hasta dónde me fuese posible. Y así, en aquella cueva en las entrañas de la tierra, me convertí en la primera de las madres del mundo. Lo último que recuerdo fue el rostro de la diosa mirándome fijamente con aquellos ojos de inmensidad llenos de lágrimas. Con delicadeza, se llevó las manos al rostro cubriéndolo y cuando las retiró*

sobre ellas había cinco hermosas piedras transparentes que emitían una delicada luz que parecía palpitar. Sonriéndome con dulzura las depositó en mis manos, las lágrimas de Saraswati. Una piedra por cada una de nosotras, que nos permitirían encontrarnos nuevamente en cada encarnación y que, si la necesidad apremiase, nos permitirían solicitar la ayuda de la madre de todo. Esas son las piedras que has ido obteniendo de cada una de nosotras.

No hay mucho más que pueda recordar de aquel momento porque tan pronto como acepté mi responsabilidad la oscuridad llenó de nuevo la cueva y mi mente. Cuando me desperté nuevamente me encontraba en el interior de una casa que no conocía rodeada de extraños. Acababa de retornar al mundo y este me daba la primera lección. Aquellas personas que nada sabían quién era yo o cuál era mi recién adquirida misión me habían encontrado en el medio de la selva, inconsciente y, sin cuestionar el por qué, me habían llevado a su hogar y habían cuidado de mí, sanado mis heridas y alimentado mi cuerpo. Nunca ninguno de ellos pidió nada a cambio. Nunca pude darles nada que pudiese pagar aquella gracia. Hube de quedarme entre ellos por varias semanas hasta que mi cuerpo estuvo listo para poder emprender mi camino y cuando tuve que dejarles lo hice con un corazón pesado pues había llegado a quererlos con si fuesen mi propia familia. Nuestros caminos no volvieron a encontrarse jamás, pero en mi corazón aún vive su recuerdo para repetirme una y otra vez que este mundo merece ser salvado, que no todo está perdido para el hombre.

Pasaron cuarenta años antes de que mis pasos me llevasen a encontrar a todas las madres. Cada una de ellas diferente en raza, clase social, educación y cultura, pero todas ellas con algo en común, ninguna era una mujer normal. Todas y cada una de nosotras tiene un don, un poder especial si quieres llamarlo así, que nos ha acompañado a través de todas nuestras vidas. La mujer a la que conociste como María tenía el don de la curación y nunca hubo enfermedad alguna que estuviese más allá de su conocimiento; Camille, el don de la visión, la capacidad para descorrer el velo entre el presente y el futuro; Ming Li Xia, el don de la iluminación, la capacidad para mostrar lo que anida en el corazón de cualquier persona más allá del pasado, presente o futuro, un poder que se vio aún más aumentado el día que sus espejos llegaron a ella, pero esa es otra historia. Por mi parte, la capacidad para dominar la mente de los hombres, hacer que se sometiesen a mi voluntad pensando que era la suya propia quien les guiaba, un don de los más apropiado dado que había pasado mi vida entera engañando y

*manipulando a los hombres.*

*Con el tiempo todas fuimos desarrollando nuevas habilidades, aprendiendo todo lo que podíamos de los lugares por los que pasábamos, de aquellas mujeres que habían acumulado el conocimiento de la naturaleza y sus secretos. Inevitablemente, los rumores no tardaron en llegar, y de los rumores a las leyendas. Para algunos cuatro mujeres sabias que buscaban un arma de gran poder, para otros cuatro brujas malvadas que embaucaban a los hombres y les llevaban a su guarida en las montañas para devorarlos vivos. Nunca prestamos demasiada atención a todo aquello, sin embargo, eran otras leyendas las que nos interesaban. Durante los primeros años de nuestra búsqueda los rumores sobre terribles acontecimientos fueron frecuentes. Aldeas enteras cuya población había sido asesinada, ríos de fuego que arrasaban ciudades, terremotos que engullían reinos enteros. Solo nosotras sabíamos cuál era la razón de todas aquellas desgracias. Todas ellas traían la marca de la sombra. Yo sabía que exploraba su nuevo poder, que no tardaría en darse cuenta de que había sido engañado y que más tarde o más temprano volvería sus ojos hacia nosotras, por eso era imperativo que te encontrásemos cuanto antes.*

*Es difícil explicar cómo funciona nuestra conexión, cómo somos capaces de encontrarnos unas a otras, vida tras vida. Supongo que para cualquier persona entraría en la categoría de presentimiento y no me atrevo a decir que en realidad no lo sea. El caso es que cada vez que una de nosotras fallece, todas las demás podemos sentirlo, como si una parte de nuestro interior se desvaneciese de repente. Algún tiempo después, normalmente varios años, de alguna manera ese vacío nos fuerza a encaminarnos en una determinada dirección, a dirigirnos a un determinado país, lugar, ciudad, hasta que finalmente nos encontramos nuevamente. Esa búsqueda es más sencilla cuando todas las demás aún estamos vivas, cuando todas podemos sentir ese impulso que nos fuerza a la búsqueda. Cuando por fin encontramos nuevamente a aquella que nos dejó es cuando empieza el proceso para restaurar la memoria, el proceso por el que tú no has tenido la oportunidad de pasar en esta vida. Un proceso que necesita de todas las demás para culminarse con éxito. Y no puedo decir que nunca haya sido fácil. Normalmente, la persona elegida ha sentido algo durante toda su vida que la prepara para la llegada de las demás, un vacío, una insatisfacción, una necesidad de saber que solo se ve satisfecha cuando por fin nos reencontramos. Eso ayuda. En el peor de los casos, cuando nada de todo eso*



*ha existido tenemos que enfrentarnos no solo a la falta de entendimiento de unas familias que, como supondrás, no están dispuestas a dejar marchar a sus hijas con un grupo de extrañas que hablan de cosas místicas que no pueden entender, sino al miedo de la misma elegida que le pide que se aleje de nosotras. Pero siempre, en cada ocasión, la fuerza inmensa que se genera cuando estamos juntas acaba por imperar.*

*La primera vez que sentimos esa fuerza fue sesenta años después de mi encuentro con la madre en aquella cueva, cuando por fin pudimos encontrarte. Nuestra búsqueda nos había llevado hasta la actual península de Anatolia, hasta una pequeña ciudad próxima a las montañas de Armenia. Cuando llegamos nos encontramos un panorama desolador que por un segundo nos hizo pensar que era demasiado tarde. Muchos de los habitantes de la ciudad habían fallecido debido a una enfermedad que les provocaba altas fiebres y que consumía sus cuerpos en apenas unos días. La fiebre se había extendido tan rápidamente por la ciudad que había excedido su capacidad para dar descanso a sus propios muertos y los cadáveres se apilaban en las calles y se pudrían en las casas sin nadie que les diese sepultura. Aquellos pocos que habían conseguido salvarse vivían encerrados en el palacio del gobernador, fallecido en la primera tanda de muertes, e inevitablemente habían buscado alguien a quien culpar de su desgracia, un chivo expiatorio que pagase por lo que les ocurría y no podían explicar. No les había costado encontrar a la culpable, una niña pequeña, de unos cinco años, con un don terrible que a los ojos de sus vecinos demostraba que estaba aliada con demonios. Aquella pequeña criatura poseía el don de ver a los muertos y poder hablar con ellos. No necesitaron de más explicaciones, aquella criatura no podía ser normal y, por lo tanto, eso la convertía en la responsable a los ojos de todo el mundo. No podía siquiera imaginar lo que aquella pequeña debía haber pasado al descubrir su don en una ciudad donde los cadáveres se pudrían en las calles, en aquel infierno donde lo único que abundaban eran los muertos. Aquella pequeña eras tú, Anna, y ese don te ha acompañado en todas y cada una de tus encarnaciones.*

*Te encontramos en la plaza de la ciudad, tu pequeño cuerpo atado a un poste como si fueses una alimaña, sin agua ni alimento alguno, sucia y demacrada y tan pronto como te vimos todas nosotras pudimos sentirlo en nuestro interior, una sensación de plenitud que nunca habíamos sentido antes. Habíamos encontrado aquella a la que debíamos proteger y ahora*

*todo empezaba a tener sentido. Cuando nos acercamos a ti, algunos hombres de la aldea intentaron hacer que nos alejáramos. A sus ojos debíais morir para que la muerte acabase; el ser humano es así de irracional y piensa que en verdad el fuego puedo ayudar a extinguir al fuego. Estuve tentada de usar mi poder para descargar mi ira sobre ellos, hubiese necesitado apenas un instante para convencerles de que se inmolasen en las mismas piras en las que ardían los cuerpos de sus conciudadanos y un escalofrío recorrió mi espalda al pensarlo, no de horror sino de placer. Afortunadamente mis compañeras supieron hacerme ver que ellos no eran culpables de su propia ignorancia y me conformé con hacer que te soltasen de tus cadenas y enviarles de vuelta al palacio. Cuando por fin fuiste liberada corríste hacia los brazos de la mujer a la que tú conociste como Camille y te aferraste a ella como si fuese tu madre. Aquel vínculo especial, creado en aquel momento, nunca más se rompió y ella sería sin duda alguna de todas nosotras la más próxima a ti en todas tus vidas. Tan pronto como te sentiste segura y protegida en los brazos de Camille giraste tu pequeña cabeza y con el rostro sucio y una seriedad absoluta te dirigiste a mí:*

*—¿Por qué habéis tardado tanto? Ya pensé que no vendríais.*

*Y tus palabras provocaron una risa en todas nosotras que nos hizo quererte desde ese mismo instante. Porque esa es la única verdad, Anna, aunque es nuestro deber protegerte a toda costa, para nosotras nunca ha sido otra cosa más que un acto de amor incondicional.*

*Los años pasaron y las vidas también. Ciclo tras ciclo los mismos patrones se repetían, una ausente y el resto en su búsqueda, hasta que el ciclo comenzaba de nuevo. Cada vez que te perdíamos el miedo a no ser capaces de encontrarte de nuevo se agarraba a nuestras tripas, pero siempre y en cada ocasión volviste a nosotras, siempre el mismo don, siempre el mismo carácter, siempre el mismo amor. Nunca, en ninguna de tus vidas, te preguntamos por tu carga. Tan sólo estábamos ahí para ayudarte a transportarla, tus compañeras de viaje, tus protectoras. No necesitábamos saber más.*

*Por desgracia, el tiempo llegó en que la sombra supo de tu existencia, nunca supimos cómo, pero el caso es que fue capaz de encontrarnos. Gracias a los dones que la madre nos había entregado pudimos ponernos apenas un instante por delante de él y escapar de sus garras, pero aquello sólo convirtió su persecución en un ejercicio de caza, uno que ha durado hasta hoy en día. Lamentablemente, no siempre se puede ganar, y a lo largo*

*de los siglos ha habido numerosas ocasiones en que ha conseguido alcanzarnos y, aunque siempre hemos logrado mantenerte a salvo, el precio a pagar han sido nuestras propias vidas. Pero esta vez ha sido diferente. En otras ocasiones nuestras hermanas han dado su vida para evitar que te encontrase, para ponerte a salvo, siempre un paso por delante en esta ocasión la sombra ha atacado antes incluso de que pudiésemos encontrarte. Y eso es algo para lo que me temo que no tengo explicación. Ese instinto que nos ha llevado siempre hasta ti tardó demasiado en despertar esta vez. Debíamos haberte encontrado cuando estuvieses a punto de entrar en la pubertad, en todas las ocasiones tras nuestro primer encuentro ha sido así, pero algo cambió esta vez. Ese retraso dio tiempo a la sombra para encontrarnos y que pudiese acabar con nosotras. No me cabe duda de que él ha debido estar tan confundido como nosotras mismas al ver que no te encontrabas entre nosotras. Y habría aceptado dar mi vida de buena gana si con eso hubiésemos evitado que te encontrase, pero el vínculo es demasiado fuerte y, esta vez, fuiste tú quién vino hasta nosotras. No puedo decirte en qué momento la sombra se apoderó de tu amigo el policía, quizá él pueda explicártelo si sobrevive, pero tiendo a pensar que cuando llegó hasta ti por primera vez ya estaba en sus manos. No sé si María sucumbió a su tortura o si utilizó su poder para extraerle esa información, pero, fuese como fuese, creo que él ha sabido en todo momento quién eras. No puedo imaginar la frustración que debió de sentir cuando comprendiese que aún no habíais despertado como madre del mundo y, por lo tanto, no podías darle lo que verdaderamente anhelaba. No me cabe duda de que las muertes de Camille y Ming Li Xia y la violación de tu amiga fueron simplemente formas de mantenerte interesada en esta búsqueda, de convertirla en una venganza para que no te desviases de tu camino, sabedor de que yo te encontraría, más tarde o más temprano. ¡Lo siento muchísimo, pequeña, pero creo en nuestro afán por protegerte, te hemos puesto en peligro a ti y a aquellos a los que quieres! Y, lamentablemente, no es la primera vez que pagamos este precio por cumplir con nuestra misión.*

Anna dejó que Meredith acabase su historia si decirle una palabra, sin interrumpirla ni una sola vez. Cuando por fin sólo hubo silencio entre ellas, sus pulmones cogieron aire como preparándose para emitir un gran suspiro que nunca llegó a producirse. Aquella historia estaba llena de cosas que una

mujer educada no podía aceptar. Anna quiso decirle que ella había sido educada en la fe cristiana, que no creía en más reencarnaciones que la del señor Jesús y la de los justos del fin de los días, que no creían en brujas y hadas y que quería que se marchase de su casa inmediatamente. Pero no pudo. Era demasiado tarde para cerrar los ojos a su realidad. Hacía muchos años que sabía que en el mundo había miles de cosas que no tenían explicación y ella había decidido escudarlo para buscarles una. Ella era el mejor ejemplo. Nadie podía decirle que los muertos que se le aparecían e intentaban hablar con ella no eran reales. De sobra sabía ella que lo eran. Sus estudios con Lady Ashley le habían enseñado que su condición era sólo la punta del iceberg, que había muchas más cosas ocultas en el mundo que le rodeaba. Ella misma había visto el poder de Ming Li Xia y había sentido el poder de la criatura que había acabado con ella. Había visto cómo Meredith mataba a un hombre sin siquiera esforzarse y como la rabia por la muerte de la pequeña de Pottery Lane había desbordado algo en ella que siempre había estado en su interior, aunque escondido en lo más profundo de su ser. Sabía que aún le quedaba mucho por saber, que era necesario que esa mujer le contase donde se encontraba el bendito libro que podía salvar la vida de Beatrix, pero esa noche ya no podía más.

—¿Te importaría dejarme sola, por favor? —le dijo a la mujer sin siquiera girarse para mirarla.

—¡Por supuesto! —Respondió tras un instante sin que su voz reflejase ni un ápice de incompreensión para acto seguido salir de la sala sin hacer ningún ruido.

La cabeza de Anna empezaba a dar vueltas. Se tocó las sienes con las manos sabedora de que una terrible jaqueca se cernía sobre ella. En aquel momento fue consciente de lo agotada que se encontraba. Desde el día que visitaron Bedlam no habían parado y no había tenido una noche decente de sueño. Quiso subir a su cuarto para echarse en la cama y, con suerte, poder alejarse del mundo por unas horas, pero sus pasos la sorprendieron llevándola hasta el conservatorio. Abrió las puertas de cristal que daban al pequeño jardín y el aire de la noche que le golpeó la cara le hizo sentir inmediatamente mejor. Se sentó en el pequeño banco de piedra al fondo del minúsculo jardín junto a la fuente del mismo material que llenaba todo con su música. Aquel pequeño espacio había sido su capricho junto con el invernadero y, posiblemente, el único que su marido había aceptado concederle. Como si aquel pensamiento hubiese servido para convocarle, la imagen de su marido se

apareció frente a la puerta del invernadero acompañada del habitual escalofrío que recorría todo su cuerpo. Pero, esta vez, algo era diferente. La figura cadavérica y pálida que la atormentaba regularmente la miraba con una expresión diferente, casi serena. No hubo gritos, ni lamentos, ni gestos que Anna no pudiese entender, tan solo una mirada tranquila, casi calmada, como si aquel ser no quisiese añadir más a su agotamiento. Puso sus manos sobre la piedra fría del banco y cerró sus ojos para concentrarse en el ruido el agua que lo llenaba todo, intentando no prestar atención a aquella presencia e inmediatamente su cuerpo empezó a relajarse sabedor, de alguna manera, de que la figura se había marchado. Permaneció así unos segundos hasta que un ruido de hojas pisadas la sacó de aquel momento de abstracción. Anna abrió los ojos y se giró para encontrarse con Raj que salía de detrás del cerezo que ocupaba la parte posterior del jardín.

—¡Lo siento mucho, mi señora, volveré a mi cuarto inmediatamente! —dijo el hombre con una reverencia para alejarse rápidamente.

—¡No, espere! —le gritó Anna haciendo que el hombre se parase en seco y se girase para mirarla con aquellos ojos verdes inmensos—. ¡Quédese un momento, por favor!

—Como mi señora ordene...

—Sólo quería... —balbuceó levantándose de banco— Bueno, quería disculparme por mi comportamiento con usted estos días. No es justificación, pero últimamente he estado sometida a mucha tensión y supongo que acabé por hacerle pagar a usted. Le ruego que me disculpe.

—Mi señora no tiene nada por lo que disculparse. Raj entiende su situación. Raj y Janani son dos extraños para mi señora y mi señora nos ha acogido en su casa. Raj solo puede estar agradecido.

—Pero eso no justifica mi comportamiento. Es solo que..., bueno, no estoy acostumbrada a que alguien esté detrás de mí todo el día.

—Raj lo comprende y procurará no abrumar a mi señora. Pero si la señora necesita algo, sea lo que sea, solo tiene que pedirselo a Raj —replicó con una sonrisa que derribó de golpe todas las defensas de Anna.

—Muy bien, lo tendré en cuenta —contestó devolviéndole la sonrisa—. ¿Puedo preguntarle qué hacía ahí detrás?

—Intentaba escuchar a los árboles.

—¿Cómo? —preguntó Anna sin comprender a qué se refería.

—En mi hogar, pasamos mucho tiempo fuera de nuestras casas, en la naturaleza. Ella nos ayuda y nosotros intentamos ser buenos hijos escuchando

su voz y respetando su orden. Aquí es más difícil. Todo es piedra y metal. Supongo que echo de menos mi casa.

—Estoy segura de que debe ser muy diferente.

—Sí, mucho. En mi hogar, el viento acaricia nuestros rostros, por las noches podemos oír las llamadas de los animales en la jungla, el olor de la flor del jazmín llena el aire y las historias se cuentan alrededor del fuego entre los brazos de nuestras madres y abuelas como siempre ha sido. Durante el día, los colores inundan nuestros ojos, el calor del sol lo alimenta todo y nuestros pies desnudos sienten la tierra caliente dándonos su fuerza.

—Suena muy hermoso, quizá algún día pueda conocerlo.

—Se que si mi señora pudiese verlo lo amaría tanto como él. Allí vivimos más cerca de la madre tierra, aquí todo está apartado de ella.

—¿Nunca se plateó quedarse allí, entre las cosas que le hacen felices?

—No, mi señora, hay cosas que son más importantes que la propia felicidad.

—¿Qué puede ser más importante que su felicidad?

—Usted —contestó con una sinceridad y decisión tales que Anna no supo qué responderle—. Raj entiende que ahora mismo usted no puede comprenderlo, pero algún día entenderá que su papel en este mundo es el más importante porque gracias a usted tenemos un mundo, gracias a usted la vida existe.

—Esa carga me parece demasiado grande para espaldas tan pequeñas como las mías.

—Eso es tan sólo porque usted no sabe aún lo grande que puede llegar a ser. Raj, lo sabe bien, su bisabuelo se lo contó a su abuelo y este al padre de Raj. Hay mucho más en usted de lo que cree.

—¿Su bisabuelo?

—Mi bisabuelo estuvo a su servicio en su última reencarnación como Raj lo está ahora. Él contó a su familia las grandes cosas que usted hizo en aquel tiempo. Usted aún es la misma en su interior, sólo necesita recordarlo.

Anna sintió que una calidez extraña llenaba su interior ante las palabras dulces de aquel hombre que, a pesar de no conocerla de nada, creía en ella de la forma más absoluta y estaba dispuesto a sacrificar toda su existencia para estar a su lado y servirla. Hombres como aquel le hacían creer que a lo mejor no todo estaba perdido en el mundo.

—¿Puedo preguntarle cómo se llamaba su bisabuelo?

—Su nombre era...

—¡Madhur! —le interrumpió de repente.

Y los ojos de Anna se llenaron de lágrimas repentinas al recordar el nombre y el rostro de aquel hombre que había sido tan importante para ella.

Aquella noche Anna se quedó dormida rápidamente, el cansancio acumulado y las emociones del día pasaron su factura. Los rostros de Raj y de otro hombre se entremezclaron mientras sus manos, cálidas y delicadas, acariciaban su cuerpo despertando en ella sensaciones que había olvidado completamente. Anna quería perderse en aquel sueño, disfrutar de aquella sensación de plenitud, pero pronto una oscuridad fría y desagradable lo llenó todo y las manos cálidas fueron reemplazadas por grilletes fríos de metal áspero. Anna intentó sacudir sus manos, todo su cuerpo, intentó ponerse en pie, pero también ellos estaban sujetos por grilletes. Gritó, lo hizo con todas sus fuerzas, pero de alguna manera sabía que nadie podía escucharla. El suelo frío y sucio sobre el que se encontraba la hacía temblar. O quizá era el miedo. Pánico. Un temor horrible de que la criatura volviese, que la tocara de nuevo. Anna podía oler su propia sangre que brotaba de las heridas que le había infligido en su última visita. El cuchillo sucio y oxidado que había usado aún se encontraba sobre una mesa de madera al fondo de la celda, junto a la vela que era la única luz disponible. Anna oyó de repente el sonido de puertas, cerrojos abriéndose y cerrándose y supo qué estaba ocurriendo. Su corazón se aceleró sabedor de lo que estaba por llegar, intentó de nuevo liberarse con todas sus fuerzas, pero aquel esfuerzo era en vano. De repente la puerta de la celda se abrió y la criatura entró en ella y sus manos agarraron de nuevo el cuchillo. Anna empezó a gritar mientras se agitaba intentando buscar una salida inexistente, su cuerpo temblando por el miedo más absoluto. De repente la figura se colocó frente a ella, su rostro cubierto por una capucha oscura y su voz, una voz que no necesitaba de labios que la articularan, resonó en su cabeza.

—Veamos, ¿dónde nos habíamos quedado, querida Beatrix?

Anna se despertó de golpe en medio de gritos terribles y convulsiones violentas, su cuerpo intentando aún liberarse de unos grilletes que, en realidad, apresaban a otra persona. Cuando abrió los ojos se encontró con Kitty y Meredith sentadas en su cama intentando calmarla mientras Raj y la señora Prescott observaban desde la puerta.

—¡Tranquila, tranquila, estas a salvo, todo está bien! —intentó calmarla

Meredith sujetando sus hombros para que dejase de agitarse.

—¡Anna, Anna, estás a salvo, soy yo, Kitty!

Anna reconoció la voz y en un acto reflejo se abrazó a su joven amiga.

—¡Kitty, oh dios, la he visto. He visto a Beatrix, la tiene él, ese ser y le está haciendo cosas terribles. ¡La he visto sufrir, está aterrada! ¡Podía sentir su miedo, su dolor, en mi propio cuerpo...!

—No debes creer todo lo que ves, Anna, esas imágenes pueden ser provocadas por la sombra en su intento de causarte un dolor que te haga entregarle el libro —dijo Meredith.

—¿Provocadas? ¿Y si no lo son? ¿Y si mi amiga está verdaderamente sufriendo por algo que nada tiene que ver con ella? ¡No pienso permitirlo de ninguna manera, nadie más sufrirá por mí, así que ya puedes estar empezando a decirme dónde está ese maldito libro!

Las palabras de Anna no dejaban lugar a dudas que si no hacían lo que les decía estaba dispuesta a todo, pero lejos de recibir una respuesta inmediata, Meredith miró con pesadumbre a Raj que seguía en la puerta y que asintió ligeramente.

—Verás, creo que tenemos un pequeño problema con eso.

—¿Qué problema, ¿qué ocurre ahora?

—Pues que, en realidad, no puedo decirte dónde se encuentra el libro porque no tenemos la más remota idea.



## *Herencias*

—¿De qué diablos estás hablando? —gritó Anna levantándose de la cama como por resorte sin que ni las palabras ni las manos de Meredith y Anna sirviesen para retenerla. En un instante se encontraba en el centro de la habitación con su camión de algodón blanco encarando a la mujer incapaz de creer lo que escuchaba —. ¡Explícate ahora mismo!

—Creo que es mejor que te calmes un segundo, te lo contaré todo, pero en este estado no puedes pensar de forma coherente. ¡Siéntate por favor!

Una parte de Anna oía las palabras de Meredith y las suyas propias y era consciente de que tenía razón, la rabia había tomado control de ella y no le dejaba pensar, tan solo le pedía que el mundo ardiese a su alrededor. Ya había pasado por ese estado muchas veces antes y era consciente de lo que podía pasar, de cuán irracional podía llegar a ser cuando se negaba a pensar. Una imagen pasó fugazmente por su cabeza, la rabia que había sentido cuando el cuerpo de la pequeña de Pottery Lane se había desplomado a los pies de la bestia. Aquella rabia, igual a la que sentía ahora, la había dominado, pero entonces había ocurrido algo más, algo dentro de ella se había despertado y se había expandido a su alrededor, algo poderoso y destructivo, algo que sabía que podía causar mucho mal, algo que no sabía controlar. Aquellas personas que la rodeaban no eran sus enemigos, ninguno de ellos tenía razones para querer su mal, ninguno de ellos debía pagar por nada. Debía controlarse, debía respirar. Podía oír su propio corazón acelerado como el de un caballo al

galope. En un esfuerzo titánico Anna cerró los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos y cerrando los ojos se concentró en su propia respiración, en sentir como el aire entraba y salía de sus pulmones, haciendo que su corazón frenase su acelerada carrera. Poco a poco, su concentración surtió efecto y notó como la tensión de los músculos de su cuerpo se disipaba y el agotamiento por el esfuerzo sostenido tomaba el control obligándola a sentarse en la cama. Cuando abrió los ojos, la mano de Kitty sostenía la suya mientras Meredith, que ahora estaba de pie, la miraba con cara triste. Sin embargo, los ojos de Anna no la miraban a ella, sino a la figura de un hombre hindú, alto y apuesto que la observaba desde la puerta con una intensidad desmedida. Sus ojos correspondieron a aquella intensidad tan solo por un instante para, acto seguido, dirigirse hacia el suelo como si huyesen de lo que aquellos ojos pudiesen decirle.

—Muy bien —susurró Anna sin levantar la vista del suelo—. Dime lo que sabes.

Meredith le contó que no habían vuelto a ver el libro desde su última encarnación a finales del siglo diecisiete en Francia, más concretamente en el palacio de Versalles. En aquella encarnación el nombre de Anna había sido Catherine de Boisen, o para ser más exactos, baronesa Catherine de Boisen. En realidad, en aquella vida Catherine había nacido como la hija de un herrero en un pequeño pueblo del Languedoc. Ya hacía varios siglos que Meredith y el resto de las madres se turnaban para encontrarse unas a otras en cada reencarnación, todo con la intención de evitar que la sombra pudiese encontrarlas a todas juntas, siempre moviéndose de un lugar a otro, siempre huyendo. La persona encargada de encontrar a Catherine fue en aquella ocasión, como en muchas otras, Camille. No fue difícil convencer a un padre de doce hijos de que dejase que la pequeña de ellos partiese al cuidado de aquella mujer que prometía enseñarle todo lo necesario para que pudiese tener una vida digna. No solo era una boca menos, además era la oportunidad de librarse de una niña, mucho menos productiva a sus ojos que un varón. Camille acogió a la joven Catherine bajo su manto y le enseñó todo lo relativo a su carga, a las otras madres, a su pasado y a cómo dominar sus habilidades, tal y como había hecho en sus dos vidas previas. Todo ello mientras se movían de pueblo en pueblo ganándose la vida como curanderas, parteras o temporeras, siempre intentando pasar tan desapercibidas como les fuese

posible, siempre ocultándose. Pero pronto fue evidente que aquel tipo de vida no cuadraba con la forma de ser de Catherine. Cansada de correr de un lado para otro y que se le negase la posibilidad de tener otros amigos que no fuesen Camille, o la posibilidad futura de tener una familia, Catherine optó por entrar al servicio de un hombre viudo, llamado Phillip Demartres. Phillip era un hombre de unos cincuenta años que había perdido a su esposa en una epidemia de fiebres diez años antes y que vivía en una gran casa en medio de la nada, rodeada de campos de cultivo fértiles que le habían permitido hacer una fortuna considerable con el comercio del trigo. A pesar de ser el hijo de un conde, Phillip no tenía derecho a ningún título nobiliario por ser el cuarto en la línea de sucesión, así que había tenido que labrar su propio futuro. Camille no opuso resistencia alguna a la idea de Catherine porque pensó que sería algo transitorio, pronto se cansaría de aquella vida de servidumbre y partirían nuevamente. Un completo error de juicio por su parte.

Luis XIV había asumido la corona de Francia demostrando que no estaba dispuesto a que las cosas siguiesen como hasta entonces y entre los muchos cambios que había implementado se incluía la creación de las baronías. Por primera vez en la historia de Francia cualquier terrateniente con dinero podía comprar un título nobiliario, una oportunidad que Phillip no estaba dispuesto a dejar pasar. En unos meses se convirtió en el Barón de Boisen, retornando a los círculos sociales de los que su puesto en la familia le había excluido. Evidentemente los nobles de alta alcurnia no recibieron la noticia de los nuevos advenedizos que entraban a formar parte de su círculo con mucha alegría, pero no había nada que pudiesen hacer, a fin de cuentas, el rey así lo había dispuesto. Sin embargo, para poder encajar sin mucho ruido en la alta sociedad, había algo que Phillip no tenía, y eso era una esposa, a ser posible joven y hermosa, alguien a quién poder exponer en los salones de la alta sociedad, y sus ojos se habían posado en una candidata muy cercana. Si Catherine aceptó cansada de la vida nómada que Camille le imponía o llevada por su deseo de tener algo parecido a una familia tradicional es algo que nunca supieron, el caso es que en menos de tres meses Catherine se había convertido en la Baronesa de Boisen y se había mudado a Versalles por expresa petición del rey. Evidentemente Camille no iba a dejar a Catherine lejos de su protección, así que acabó mudándose con ella a la corte como su dama de compañía. Aquel podía haber sido el fin de la historia, Catherine podía haber tenido una vida normal que le permitiese pasar desapercibida y oculta a los ojos de la sombra, pero el destino no estaba por la labor de facilitar las cosas,

y el carácter de Catherine tampoco. Pronto fue evidente que aquel matrimonio no sería feliz. La incapacidad de Catherine para concebir, unida a la frágil salud de Phillip, hicieron que el matrimonio pronto hiciese vidas separadas. Las opciones de Phillip para sumar amantes a su histórico se multiplicaron en Versalles, algo que él no dudó en aprovechar al máximo. Por su parte Catherine, acabó en los brazos de su sirviente indio, Madhur, el bisabuelo de Raj, un detalle de lo más jugoso que, en una corte como aquella, solo contribuyó a hacerla tremendamente popular.

Phillip murió un año después de su llegada a Versalles y Catherine pasó a ser la baronesa viuda de Boisen. Camille había esperado que en aquel instante Catherine hubiese decidido volver a su casa en el campo, vivir una vida retirada al lado de Madhur, pero había otras razones que la hicieron permanecer en Versalles. Durante su estancia allí, Catherine había acogido bajo su manto a una joven de provincias, de una familia sin nombre ni títulos pero que se encontraba bajo la protección del rey. Su nombre era Sabine de Bonniere. Su padre, un comerciante protestante con contactos en toda Europa, usaba su red de distribución comercial para prestar servicios de espionaje al rey, fundamentalmente en España y Holanda, con quienes Luis XIV se encontraba en permanente conflicto. A fin de poder tenerle controlado, y bajo la amenaza de condenar a toda su familia a la hoguera por herejes, Luis había insistido en que su hija residiese en la corte, con la excusa de poder darle la mejor exposición de cara a un buen matrimonio; aunque, en realidad, Sabine era simplemente un látigo que Luis usaba para fustigar a su padre.

Catherine supo ver en cuánto llegó que aquella muchacha inocente y dulce no sobreviviría entre los lobos de Versalles y la acogió y protegió como si de una hija se tratase. Sabine era muy parecida a ella. Más inocente, sí, pero compartía su mismo amor por los libros y las historias, su mismo deseo de tener una familia propia, su ambición de escapar de Versalles y la corte. Dentro de lo que cabe, puede decirse que Catherine fue feliz, al menos por unos meses, pasando su tiempo con Sabine y sabedora de la protección que podía otorgarle. Pero una vez más, aquello estaba a punto de cambiar, esta vez debido a dos decisiones equivocadas; una de la propia Catherine, la otra de su eterna guardiana, Camille.

Catherine siempre había amado los libros, algo que no era nuevo y que había pasado en todas y cada una de sus encarnaciones anteriores. Su amor por las historias contadas al calor del fuego en los pueblos y aldeas se había extendido a la palabra escrita cuando los hombres empezaron a entender que,

de aquella forma, sus historias podían perdurar. Sus ojos se iluminaban como si hubiesen visto todo el universo cuando en sus manos caía un manuscrito, sin importar lo que contase, lo único importante era que aquel trozo de papiro, vitela o cualquier otro material que los hombres usaban para el mismo propósito con el pasar de los siglos contuviese el registro de las palabras de alguna persona, concebidas para durar una eternidad. Versailles no fue ningún tipo de obstáculo para poder continuar con su amor por la literatura. Cada mes cajas y cajas de volúmenes impresos le eran entregadas desde todas las partes del continente. No pasaba mucho tiempo antes de que todos aquellos ejemplares fuesen devorados con avidez extrema. De alguna manera lo que ocurrió después fue la evolución natural de su amor por la lectura y los libros, pronto leer no fue suficiente y Catherine decidió que era el momento de pasar a escribir su propia historia, un volumen que contenía todas las leyendas y mitos que le habían sido contados, de un modo u otro, a lo largo de sus vidas. Camille no hizo nada por frenarla en su ambición, a fin de cuentas, ¿qué daño podía hacer que escribiese historias? Poco podía sospechar Camille cuál era la verdadera intención de Catherine.

Recuperar los recuerdos nunca era fácil para las madres del mundo. En el mejor de los casos se trataba de adolescentes a las que de repente se les imponía la carga de todo lo vivido en sus existencias pasadas, cada recuerdo, bueno o malo, dulce o extremadamente agrio, cada dolor, volvía de repente y se convertía en una imposición, a veces, demasiado pesada. Catherine había callado aquel dolor, un dolor que le estaba comiendo por dentro y había comprendido que todo aquel sacrificio se debía a la obligación que la diosa había impuesto sobre ella. Si hubiese compartido su dolor con Camille, quizá ella hubiese podido ayudarla, o quizá habría podido llamar al resto de las madres para entre todas tratar de hacerlo más fácil para Catherine. Pero nada de eso pasó. Catherine decidió escribir su libro con una única intención, esconder en sus historias las palabras que la madre había puesto en su corazón. Las palabras perdidas, el verbo de la destrucción. Catherine creyó que así, el papel de las madres desde ese momento sería proteger el libro y no a ella. Quizá así, por fin, ella podría tener una vida como la de cualquier mortal. Quizá así podría ser libre.

Camille debía haber visto venir lo que iba a ocurrir, su poder debía haberla alertado. Pero ella se había visto afectada por su propia decisión. Había decidido amar y todas sus decisiones se vieron influenciadas por su amor, un amor por alguien que nunca podría corresponderla y que no era otro

que la misma sombra. Camille nunca explicó como había ocurrido, como la sombra había conseguido encontrarlas, como había conseguido acercarse a ella y derribar sus barreras, pero el caso es que fue capaz de ganarse su afecto poco a poco y de alimentar en ella, no solo la idea del amor, sino otra mucho más poderosa, la redención. Camille llegó a pensar que podía salvar a la bestia, que su amor era suficientemente fuerte para borrar todas las cosas horribles que aquel ser había hecho, suficiente para transformarle y que pudiesen tener un futuro juntos. Tan grande era su amor que no fue capaz de darse cuenta de que la sombra tan sólo la manipulaba para averiguar dónde se encontraban las palabras perdidas. Camille, débil en su amor, se reunió con la sombra en una vieja casa de París y acabo por hablarle de Catherine, de todas las madres, de nuestra misión y de cómo habíamos sido capaces de cumplir con ella durante milenios. No necesitó nada más. En ese mismo instante aquel ser despreciable asestó un doble golpe mortal al corazón de Camille. Uno, el físico, acabaría con su cuerpo; el segundo, mucho más fuerte destrozaría su alma, el dolor del amor hecho añicos. La sombra partió inmediatamente hacia Versalles en busca de Catherine, pero Camille, con sus últimas fuerzas, logró enviar una imagen a la mente de Catherine para que pudiese entender lo que había ocurrido, un último acto de amor que fue lo que logró salvarla.

Catherine logró partir aquella noche de Versalles gracias a Madhur que la escondió en un carro de reparto de los que llevaban los suministros al palacio. Ese día dejó de ser la baronesa de Boisen para ser de nuevo tan solo Catherine y volver a vivir una vida oculta y nómada. El ciclo se cerraba. La sombra no había conseguido su propósito, aunque el precio que se había pagado por ello era muy alto. Meredith logró llegar hasta Camille justo en el momento en que su vida se extinguía y esta le pudo contar lo ocurrido. Aunque ella, María y Ming Li Xia buscaron a Catherine por todas partes, nunca pudieron encontrarla, hasta que un día sintieron que su luz se había extinguido e hicieron lo único que podían hacer, iniciar de nuevo su búsqueda.

—¿Qué fue de Catherine? —dijo de repente Anna que hasta entonces había escuchado en absoluto silencio.

—En realidad el único que puede responderte a eso es Raj —respondió Meredith girándose para mirar al hombre que seguía en la puerta de la habitación.

—Dos años después de su partida de Versalles, mi bisabuelo retornó a

nuestro poblado. Había vuelto para despedirse de sus hijos, pues había decidido retirarse y dedicar su vida a la meditación. Él sabía que no volvería jamás y sus hijos que no le verían de nuevo. Mi bisabuelo quiso hablar con su esposa también, para pedirle perdón porque había encontrado el amor con otra mujer y ya no podía estar con ella como esposo. Mi bisabuela sabía de qué mujer se trataba y nunca le guardó rencor, por mucho que su corazón se hubiese roto en pedazos pues le amaba intensamente. Cuando mi bisabuela le preguntó por qué la mujer no le acompañaba, mi bisabuelo le contó que la mujer que era su amor había fallecido unos meses antes intentando salvar a un pequeño de un incendio en su casa. El dolor de la pérdida de Catherine fue demasiado para él, y decidió retirarse del mundo hasta que llegase su hora.

El corazón de Anna se rompió en mil pedazos al oír aquellas palabras, no por la tristeza de lo que Raj le contaba, sino porque, de repente, el rostro de Madhur, tan parecido al de Raj, había llenado su mente y su alma de un vacío inmenso.

—¿Qué fue del libro? —preguntó Kitty sacando a Anna de su pena en un gesto que agradeció enormemente.

—Catherine no fue la única que abandonó Versalles aquella noche. Sabine de Bonniere abandonó la corte francesa disfrazada de sirvienta y con la ayuda de amigos de su padre emigró hasta Ámsterdam donde los protestantes no eran rechazados y su familia tenía numerosos apoyos. Sabine no debía ser consciente de que Catherine también partiría esa noche y algunas semanas después una carta llegó al palacio dirigida a la baronesa de Boisen. Afortunadamente, una criada del palacio que era amiga de Camille la interceptó antes de que fuese destruida y me la hizo llegar. La carta decía ser de un comerciante francés que creemos que no es otro que la misma Sabine. En ella explicaba cómo la paloma había llegado sana y salva al molino, además indicaba que otras palomas la habían acogido sin reservas entre los naranjos. Algo que parecía indicar que se encontraba en la corte de Guillermo de Orange, en Holanda. Pero lo más importante era que el supuesto comerciante añadía una frase al final de la carta. «Guardaremos por siempre vuestro libro en recuerdo permanente de vuestro cariño.» Esa es la última referencia que tenemos del libro. No sabemos qué pudo ser de él, como no sabemos cómo la sombra llegó a saber de su existencia, pero es evidente que de alguna manera sabe lo que el libro contiene.

Cuando Meredith finalizó su relato Anna no sabía qué decir, estancada entre la decepción de saber que aquello que necesitaba enormemente se encontraba perdido y que quizá había sido destruido hacía muchos años, y la confusión de haberse dado cuenta de repente que algo había cambiado en ella. Por primera vez, aceptaba como verdad lo que Meredith le estaba contando. Por primera vez nada dentro de ella le decía que aquellas mujeres estaban locas, que le estaban contando cuentos de hadas. Por primera vez algo en su ser había vibrado cuando había oído aquel nombre, Catherine. De alguna forma, de una que no podía explicar, sabía que aquello era verdad, que ella era Catherine cómo había sido muchas otras antes de ella. Durante todo el tiempo que había estudiado lo sobrenatural con Lady Ashley lo había hecho motivada exclusivamente por sí misma, por la necesidad de saber qué le estaba ocurriendo y como pararlo, pero realmente nunca había creído en todo lo que leía, no de la forma en la que otros acólitos de Lady Ashley lo hacían, no de la forma en que aquellas mujeres lo hacían. Había devorado libros, tratados, anales, enciclopedias enteras, aumentando sin cesar su conocimiento de algo de lo que, muy en el fondo de su ser, no se sentía parte. ¡Qué poco sabía cuánta parte todo aquello tenía en su existencia! Pero aquella incredulidad casi bendita que la había ayudado a mantenerse suficientemente alejada para ser racional se había esfumado reemplazada por una certeza absoluta de que ya no podía escapar de quién era.

Pronto fue evidente que el cansancio se estaba cobrando un alto precio en todos los que la rodeaban y Anna decidió que era mejor que todos se fueran a descansar y que la conversación continuara al día siguiente. Meredith se quedó mirándola y la sonrió como si hubiese comprendido el cambio que había tenido lugar en su interior. Anna no dijo nada. Aquella noche no durmió en absoluto. En parte por el miedo a que las imágenes terribles de lo que Beatrix podía estar sufriendo retornasen, pero fundamentalmente porque su mente tenía demasiado que procesar. Cerró sus ojos de pie junto a la ventana, intentó concentrarse, conjurar alguna imagen de su vida como Catherine, no era posible que no hubiese quedado nada dentro de ella. Todos los estudios que había leído sobre reencarnación coincidían en lo mismo, siempre había algo, un olor, una imagen, un sonido que despertaba el recuerdo. Una llave que abría la puerta a las experiencias vividas. Se concentró con más fuerza y, de repente, de forma tenue, una imagen se fue formando en su cabeza, una sensación escondida en su subconsciente, el recuerdo de unas manos grandes y recias que recorrían su cuerpo con una dulzura casi inconcebible para dicha



herramienta. Su cuerpo reaccionó inmediatamente, sus pezones se endurecieron y su respiración se agitó. Anna se aferró al recuerdo, no quería que cesase, necesitaba que continuase cada vez más y más intenso. De repente, una respiración subió por su cuello, un lenguaje sin palabras que recibió una respuesta en forma de gemido. Anna notó como unos brazos la aferraban con fuerza, sin intención de dejarla escapar y la giraban lentamente para mirarla frente a frente. Los ojos de Anna, aún cerrados, se negaban a abrirse por temor a que la sensación desapareciese. Sus labios pronunciaron un nombre que no era extraño, sabía que lo había pronunciado mil veces. Madhur. Sus ojos se abrieron buscando el rostro de aquel hombre que era todo menos un desconocido, pero en su lugar fue otro rostro el que le devolvió la mirada antes de disolverse en el aire como el humo de una vela, el rostro de otro hombre al que conocía bien, uno del que ella era la única señora.

A la mañana siguiente Anna bajó al comedor vestida para salir a la calle y se encontró a Kitty y Meredith que estaban desayunando enzarzadas en una conversación de lo más trivial que le hizo preguntarse cuándo aquellas dos mujeres se habían hecho amigas.

—¿A dónde vas a estas horas? —preguntó Kitty.

— A buscar el libro de marras, o al menos a intentar localizar a su última dueña.

—¿Hay algo que nos hallamos perdido?

—Anoche estuve pensando que lo único que sabemos a ciencia cierta es que Sabine de Bonniere se llevó el libro de París a Ámsterdam. Es la única pista que podemos seguir así que tendré que intentar tirar de ese hilo. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras Beatrix sufre, Kitty.

—Pero ¿por dónde vas a empezar?

—En realidad, confío en tener algo de ayuda, no será fácil, pero debo intentarlo. Tengo que marcharme o se me escapará la oportunidad, pero prometo que os contaré todo más tarde. ¿Puedo pedirlos que os ocupéis del detective Gables en mi ausencia?

—Yo lo haré, no debes preocuparte por nada —respondió veloz Meredith viendo el temor reflejado en el rostro de Kitty.

—Gracias, es importante para mí —le respondió con una leve sonrisa y dejándolas en el comedor salió como alma que lleva el diablo.

La mañana era tremendamente fría y parecía gritar a voces que el verano

se había acabado. El suelo de Eaton Square ya presentaba hojas caídas de los árboles y Anna sabía que los días no tardarían en acortarse. Paró un coche de alquiler y le indicó al cochero la dirección a la que debía dirigirse para, acto seguido, sentarse en la parte posterior y empezar a pensar cómo iba a convencer a la persona a la que iba a visitar de que la ayudase en algo tan irracional como la búsqueda que tenía por delante.

Media hora después el coche se paró delante del número doce de Gainsford Street, en el barrio de Camdem. La hilera de casas, todas iguales, denotaba el origen nuevo y residencial de clase media de la zona. Una placa dorada en la puerta anunciaba la identidad de su ocupante. Doctor Alastair Plummer. Historiador.

Anna había conocido al doctor Plummer un año antes cuando se encontraba haciendo una investigación para Lady Ashley sobre aquelarres de brujas en Inglaterra y sus conexiones con grupos del continente. Lady Ashley estaba convencida de que, tras la caza de brujas del siglo dieciséis que acabó con muchas de ellas —y muchas mujeres inocentes también— quemadas en la hoguera, lejos de desaparecer como la sociedad había creído, muchos de estos aquelarres habían huido al continente, integrándose en grupos locales para volver a Inglaterra una vez pasada la tormenta. Con vistas a confirmar su hipótesis Lady Ashley le sugirió que solicitase la ayuda del doctor Plummer, el cual daba la casualidad de que era uno de los historiadores estrella de la Sociedad Camdem para la Historia y que poseía una de las más extensas colecciones de libros de historia del continente y de Inglaterra que se hubiesen visto jamás. El buen doctor, resultó ser un viejo huraño y desagradable que le hizo el trabajo muy complicado y que accedió a ayudarla tan solo porque Lady Ashley era una gran benefactora de la sociedad. Anna sabía que si alguien podía encontrar rastro de Sabine de Bonniere ese era él, aunque sabía que conseguir su ayuda sería ahora mucho más difícil. Todo el mal carácter del viejo tenía su respuesta en la dulzura y amabilidad de su hija, Florence, con la que Anna había entablado una bonita amistad. Por ella sabía que su padre no pasaba un buen momento. La sociedad Camdem había sido absorbida por la Real Sociedad de Historia, para desagrado del doctor Plummer que consideraba aquello una traición de orden mayor a los fundadores de su sociedad. Por desgracia, se había visto solo en sus críticas y, ante la falta de apoyos por parte de sus compañeros de asociación, había decidido coger todos sus volúmenes —una parte considerable del fondo bibliográfico de la sociedad—, y largarse a su casa. Sin embargo, con su partida se había

esfumado también una jugosa cantidad de dinero que percibía como director de la sociedad, así que él y su hija se habían visto obligados a mudarse a Gainsford Street.

Anna hizo sonar la campanilla de la puerta y escuchó los pasos de la mujer que venía a abrirle. Era la misma Florence con un pequeño mandil por encima de un vestido gris sin pretensiones que la miró sorprendida al reconocerla.

—Anna, ¡qué bonita sorpresa! No te esperaba, pasa por favor.

—Espero que puedas disculparme Florence, debí haber enviado una nota antes de venir, pero se trata de algo un tanto urgente.

—No seas tonta, estoy encantada de que estés aquí —dijo cerrando la puerta—. Pasa al salón por favor. ¿Ha ocurrido algo?

—No, no, nada terrible. Simplemente necesito algo de ayuda.

—Claro, lo que sea, dime.

—En realidad necesito la ayuda de tu padre...

—Está en la biblioteca, bueno, en la sala de las cajas de libros, ya sabes, demasiados volúmenes para el espacio que hay en esta casa.

—Lo comprendo. En realidad, pensé que él y sus libros podrían ayudarme, estoy buscando datos sobre una persona que vivió hace un par de siglos y en eso él es el mejor.

—Creo que tu llegada es de lo más oportuna. Desde que pasó lo de la sociedad no ha tenido nada en qué meterse realmente y me está volviendo loca, además su humor está empeorando, si es que eso es posible, y me preocupa que acabe por afectar a su salud. Cualquier cosa que le tenga entretenido le vendrá bien. Eso sí, no esperes que no se hará de rogar.

—¡Oh, estoy segura de ello, Florence! —rió Anna sabiendo lo que se le venía encima.

Anna se dirigió a la biblioteca y encontró la puerta ligeramente entornada y sujeta por una enorme caja de madera que contenía, como no podía ser de otra manera, libros. Llamó suavemente a la puerta y fue una voz rasposa y seria quien le respondió.

—¡Florence, ya te he dicho que no quiero nada, no tengo hambre y estoy demasiado ocupado! ¿Has visto la caja con los tratados Flaubachen? Es la única copia de esos tratados que existe fuera del continente, si esos energúmenos de la sociedad me los han robado van a vérselas conmigo, inútiles petulantes, historiadores de barrio, voy a...

—Creo que están sujetando la puerta, doctor Plummer —interrumpió Anna

haciendo que el anciano se girase ligeramente sorprendido al no reconocer la voz de su hija. El hombre, bajito, enjuto y arrugado como una pasa vestía un batín de color granate y una especie de gorrilla de lana del mismo color. Sus gafas, de lentes minúsculas descansaban sobre su nariz aguileña y sus ojos la observaban por encima de ellas.

—¡Vaya, mire lo que ha traído el gato! ¡La respuesta es no!

—Pero, ¿si ni siquiera sabe por qué estoy aquí!

—Señora Parr, los dos sabemos que no soy el tipo de persona con la que a usted le gusta socializar, ni usted la mía, dicho sea de paso, así que dudo mucho que su visita sea de carácter social. Por lo tanto, sin duda viene usted de la mano de esa arpía traicionera de Lady Ashley y la respuesta siempre será no.

Anna no tenía idea de a qué se refería ni por qué el hombre hablaba en aquellos términos de Lady Ashley, pero era evidente que la asociación que él creía que conservaba con ella no iba a ayudarla esta vez.

—En realidad —dijo Anna saltando como pudo sobre la caja que bloqueaba su camino y acercándose al hombre que había vuelto a meter su nariz en una estantería llena de libros polvorientos—, Lady Ashley y yo, digamos que no estamos en los mejores términos. Y no, no vengo de su parte, sino de la mía propia.

—En ese caso, me alegro mucho por usted dado que ha logrado librarse de una influencia perniciosa, por ser educado, pero la respuesta sigue siendo no.

—Pero... ¿deme al menos la oportunidad de explicarle por qué estoy aquí!

—¿Por qué razón ustedes los jóvenes tiene que ser siempre tan prepotentes y descerebrados? —respondió el hombre girándose violentamente para mirarla a los ojos—. Soy un historiador, lo he sido toda mi vida, no sé hacer otra cosa ni deseo aprender nada más, nuestra única interacción ha sido cuando usted ha necesitado mis servicios como historiador, no hay que ser un genio para saber que esta vez se trata de lo mismo. Y la respuesta sigue siendo no. Estoy retirado, su Lady Ashley me ha retirado.

—Me temo que no sé a qué se refiere, sé lo que ha ocurrido con la sociedad y lo lamento, pero ¿qué tiene que ver con esto Lady Ashley?

—¿Qué tiene que ver? Todo, querida señora Parr, todo. Ella fue la persona que convenció al presidente de la real sociedad de historia para que intentasen absorber la sociedad Camden. ¿Quiere saber por qué? Porque me negué a falsear datos históricos para que pudiese usarlos para justificar sus teorías

descabelladas. Fue una venganza. ¡Muy bien, pues la respuesta sigue siendo no!

En parte Anna se sintió horrorizada por lo que aquel viejo le estaba contando, aunque, por otro lado, pudo reconocer la marca Ashley en todo lo que le describía. Pero no podía darse por vencida. Ella nada tenía ya que ver con aquella mujer y el doctor Plummer tenía que entenderlo.

—Doctor Plummer, siento muchísimo todo lo que le ha ocurrido, lo siento por el cariño que le tengo a Florence y por usted mismo. Un profesional de su talla jamás debería haberse visto en esa situación y si hubiese algo en mi mano para poder enmendar la situación, le prometo que lo haría. Pero yo no soy Lady Ashley. He venido hasta usted porque no sé de nadie más que pueda ayudarme. No es ningún capricho lo que me trae hasta aquí. Una muy buena amiga mía puede encontrarse en peligro mortal en este momento y la única forma en la que la puedo ayudar es averiguar qué fue de una persona que vivió hace doscientos años. Si usted no me ayuda, nadie más lo hará. Se lo ruego, escúcheme al menos.

Aquella verborrea desbordada de alguna forma captó la atención del hombre que dejó sobre una caja un pesado volumen que tenía en las manos para después colocarse las gafas minúsculas.

—Muy bien, escucharé lo que tenga que decirme, pero no le prometo nada.

—Me basta con eso doctor Plummer, si cree usted que no puede o no debe ayudarme, le prometo que me marcharé por donde he venido y no me verá usted más.

Anna le dio los detalles de Sabine de Bonniere al doctor sin decir una palabra de cómo había llegado esta información hasta ella ni de que lo que buscaba realmente era un libro. El doctor no pareció quedarse muy contento con una historia que tenía demasiados agujeros para poder tener sentido, pero no dijo nada.

—Veamos, si lo he entendido, su Sabine vivía en Versalles, pero era protestante, hugonota, ¿correcto?

—Sí, eso es lo que creemos.

—Bueno, pues eso no tiene ningún sentido. Luis XIV no habría permitido protestantes en su corte.

—En realidad, creemos que estaba allí a modo de garantía por ciertos servicios que su padre prestaba a la corte, servicios de espionaje.

—Eso ya suena mejor, si su presencia en la corte era como rehén a cambio de asegurar la fidelidad de su padre, eso ya es más propio de Luis. Lo que está

claro es que debió de ser antes de 1685.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque en 1685 Luis revoca el edicto de Nantes y acaba con la libertad de culto que Enrique IV había dado a los protestantes calvinistas, los hugonotes. Desde ese momento la conversión a la fe católica fue obligatoria para ellos. Ya estaban los dragones para encargarse de ello.

—¿Los dragones? —preguntó Anna sin saber a qué diablos se refería.

—Sí querida, los dragones —respondió el hombre con un deje de condescendencia—, tropas especialmente comisionadas por Luis XIV para mudarse literalmente a las casas de los protestantes, torturarles y hacerles la vida imposible hasta forzar su conversión. La alternativa era la muerte, así que ya puede usted imaginarse que muchos optaron por abrazar aquella fe impuesta. Varios años antes ya se había prohibido a los protestantes emigrar a otros países más tolerantes y estaba castigado con las galeras para los hombres y la prisión para las mujeres. Si la tal Sabine vivía en la corte, pero usted está convencida que logró escapar a Ámsterdam, necesitó recibir ayuda.

—Creemos que otros protestantes amigos de su familia pudieron ayudarla a escapar.

—Sí, precisamente eso es lo que estaba pensando, y si ese el caso, quizá podamos al menos confirmar si llegó a Ámsterdam —concluyó el hombre buscando inmediatamente un libro en las estanterías que le rodeaban. Anna quiso decirle que ella ya sabía que había llegado sana y salva a Holanda, pero para ello debería hablarle de la carta y del libro, así que prefirió callar y ver a dónde podía llegar el buen doctor.

—¡Ah, aquí está! —dijo el hombre de repente poniendo sobre una de las cajas un libro pequeño de páginas amarillentas que parecían estar escritas a mano—. Este es el compendio de Dyck De Brouwer, la única recopilación de familias protestantes emigradas a Holanda que se hizo en el siglo diecisiete. Verá —continuó al ver claramente que Anna no entendía lo que quería decir—, los humanos somos todos iguales independientemente de la fe que profesemos. Los protestantes holandeses no eran el grupo de almas caritativas dispuestas a aceptar a cualquier extranjero que profesase su fe que usted pueda pensar. A sus ojos el influjo de protestantes que les llegaba desde otras partes de Europa amenazaba su estatus quo tanto como podían hacerlo para los cristianos en Francia. La amenaza se veía de forma menos grave en las provincias, pero para las grandes familias de la capital, era un asunto muy distinto. No pasó mucho tiempo antes de que aquellas familias prohibieran a sus vástagos

mezclarse con protestantes de origen extranjero y, para asegurarse de que nadie que no debiese hacerlo pasaría su filtro, comisionaron al bueno de Dyck, un abogaducho de Ámsterdam de una familia sin mancha, la creación de este, llamémoslo censo, de todos los protestantes emigrados a la ciudad. Ya ve, el miedo a lo ajeno prolifera en todos los entornos.

—Entonces cree que ese libro puede confirmar que Sabine llegó a la ciudad.

—Espero que confirme mucho más que eso. Cuando las familias que llegaban a la ciudad eran acogidas por alguna otra familia, el señor De Brouwer, muy eficiente él, también dejó constancia de ello. Veamos que encontramos aquí.

El anciano estuvo leyendo ávidamente las páginas de aquel manual durante lo que a Anna le pareció una eternidad. Estuvo tentada de decirle que si debía leer el volumen entero quizá debería ayudarle, pero sabía que no la dejaría acercarse a sus libros.

—¡Vaya, vaya! Mire usted por dónde...

—¿Ha encontrado algo?

—Sí, creo que he encontrado a su Sabine. Veamos. De acuerdo a nuestro amigo Dyck en el año 1682 llegó a Ámsterdam una joven de veinte años llamada Sabine De Bonner.

—Pero ese no es el mismo nombre, ¿no?

—La mayor parte de los protestantes franceses que emigraron a Holanda cambiaron sus nombres por apellidos holandeses tan pronto como llegaron al país, en un intento de integrarse en la sociedad sin delatar de forma demasiado evidente su origen. No es que se les pueda culpar. Si lo primero que ocurre cuando emigras al que crees que será un paraíso seguro de tolerancia y libertad es que te obligan a registrarte, dar evidencia de todas tus posesiones y de dónde vas a hospedarte, yo también entendería de forma inmediata que a lo mejor el entorno no es tan abierto y libre como parece. En este caso, la tal Sabine parece haber cambiado el de Bonniere por el más apropiado y holandés De Bonner. Pero lo más interesante no es eso, sino quién era su anfitriona. Nada más y nada menos que Agnes Van Der Verkolje.

—Disculpe mi ignorancia doctor, pero, ¿quién es esa señora?

—¿Esa señora? —preguntó el hombre indignado—. Esa señora no es nada más que el ama de cría de William, príncipe de Orange, quien, por su matrimonio con Mary Stuart, hija de James II, se convertiría en rey de Inglaterra con el nombre de William III. El caso es que la educación de

William fue vigilada muy de cerca por su abuela, la princesa Amalia de Solms-Braunfels, que debía de ser algo así como una loba y que a la muerte de su hijo apartó de un golpe a la madre de William, otra Mary Stuart, la hermana de James II. La abuela puso al niño en los brazos de Agnes cuando esta tenía dieciocho años y no se separó de su lado en toda su vida. Cuando William fue nombrado Stadtholder de la república holandesa, un título que viene siendo algo así como el mandamás de todo el país, Agnes se mudó a Ámsterdam para, a todos los efectos, actuar como gobernadora de su corte.

Para cuando el hombre había terminado su parrafada los nombres y las fechas bailaban en la cabeza de Anna. Evidentemente sabía quién eran William de Orange, James II y Mary Stuart, su padre se había encargado de que conociese al detalle la historia de Inglaterra, pero en lo que se refería a los nombres holandeses que el viejo había mentado, le eran tan desconocidos como podían serlo los de la corte imperial china.

—Me pregunto si... —soltó el anciano que seguía rebuscando en libros como si Anna no estuviese allí, completamente absorto en la búsqueda que, sin duda, le estaba resultando apasionante—. ¡Vamos a ver! Sí, lo sabía, tenía que ser... —Y el hombre estalló en carcajadas que hicieron que Anna diera un pequeño bote por la sorpresa.

—Doctor Plummer, ¿podría decirme de qué se trata? ¡Me está poniendo usted nerviosa!

—Sí, sí, ya voy. Deme usted un segundo para acabar de leer. ¡Pero, por supuesto! Esto es fantástico.

—¡Doctor! —elevó Anna la voz frustrada.

—Sí, discúlpeme, me encanta cuando los datos confirman mis hipótesis. El caso es que su Sabine fue acogida por una de las personas con más influencia en la corte holandesa, así que pensé que era posible que Agnes la hubiese introducido en la corte. ¿Qué sabe usted de Elizabeth Villiers?

—Pues con toda honestidad, nada de nada.

—¡Terrible! —bufó el hombre claramente encantado de poder educarla—. Elizabeth Villiers era una de las damas de la esposa de William de Orange, Mary Stuart. En 1685, el rumor de que se había convertido en la amante de William corrió como la pólvora por la corte en Ámsterdam, aunque nunca hubo datos para poder confirmarlo y se sospecha que el rumor pudo haberlo extendido el propio padre de Mary, en un intento de dañar a William por su aperturismo protestante. El caso es que Mary montó en cólera y mando de vuelta a Inglaterra a todo su personal inglés, reemplazándonos a todos y cada



uno de ellos con personal holandés. ¿Y quién fue la persona que se encargó de proporcionarle a sus nuevas damas? Por supuesto, Agnes Van Der Verkolje.

Anna notó como empezaba a erizarse el vello de sus brazos en anticipación de cómo continuaría la historia.

—Este volumen —continuó el hombre abriendo de nuevo el inmenso volumen que había estado leyendo tan ávidamente—, contiene el listado de las nuevas damas de la futura reina Mary II. ¿Quiere usted leer el tercer nombre, por favor?

Anna cogió el volumen con dificultad porque era tremendamente pesado y miró la página que el doctor Plummer le indicaba. Allí, escrito en preciosa letra de imprenta sobre papel amarillento estaba el nombre que deseaba encontrar, Sabine De Bonner.

—Así que, ya ve, he encontrado a su Sabine, nada más y nada menos que en la corte de la futura reina, Mary II.

—Pero este libro no dice qué fue de ella, sólo que se convirtió en dama de Mary.

—Eso es verdad, porque lo que fue de ella está escrito en este otro volumen —dijo abriendo un pequeño cajón en una de las estanterías sacando un pequeño libro que cabía en su mano.

—¿Qué libro es ese?

—Este es un volumen de mi colección personal que nunca cedí a la sociedad Camden, no por su valor histórico, que puede ser cuestionable, sino por su valor emocional dado que es un diario escrito de puño y letra por su propio autor. Este es un libro de historia diferente, este libro no habla de hechos y fechas, o no solo de ello. Este libro habla de emociones y vidas, vidas reales, como la suya y la mía.

—¿Puedo preguntar quién es el autor?

— Por supuesto, el autor es William Bentinck, primer conde de Portland. Su nombre no le dirá nada, William no es un personaje de gran relevancia, al menos no comparado con otros de sus coetáneos, pero el hecho de que escribiese este diario para contar su vida, lo convierte en algo muy valioso para mí.

—Y, ¿qué tiene que ver William con Sabine?

—Pues en realidad, todo. Léalo usted misma.

Anna cogió el frágil volumen y leyó con esfuerzo el texto escrito con una caligrafía verdaderamente enrevesada.

Hoy me has dejado. Hoy te he perdido para siempre y ni siquiera el consuelo de nuestro hijo puede hacer que mis ojos no se deshagan en lágrimas. Hoy mis remordimientos son mayores que nunca. Remordimiento por no haberte sabido dar tu lugar, por no haber sabido reconocer justamente la bondad de tu corazón entregando tu propio hijo a Anne. Sólo puedo confiar en que pronto nos veremos nuevamente, en un lugar mejor, en un lugar donde el mundo no nos separe. Donde pueda estar siempre a tu lado, mi dulce Sabine.

—Sabine...

—Exacto. Cuando me dijo usted que buscaba a Sabine de Bonniere no supe darme cuenta de quién se trataba. Mis dudas desaparecieron cuando pude leer el nombre Sabine De Bonner. William Bentinck fue un personaje relevante en la corte de William de Orange. Hay evidencias de que incluso llegaron a ser amigos y desde luego pasó mucho tiempo en Ámsterdam. Por aquel entonces estaba casado con Anne Villiers —nada que ver con Elizabeth Villiers aparte de compartir apellido—, pero su matrimonio no le había dado hijos. No hay mucha información al respecto de cómo conoció a Sabine, pero supongo que fue en la corte, a donde Agnes había llevado a Sabine, sin duda para introducirla en sociedad. El caso es que, de acuerdo a las crónicas de la corte de William de Orange, el conde de Portland y su esposa Anne tuvieron un hijo algún tiempo después de su llegada a Holanda. El diario sugiere que ese hijo era en realidad de Sabine que se había convertido en el gran amor del conde, hasta el punto de que, cuando William and Mary se convierten en monarcas de nuestra gran nación, Sabine viene a Inglaterra como parte de la corte de Mary, tan solo para poder estar cerca del conde. Su relación duró hasta la muerte de Sabine en 1697, cuando su hijo tenía doce años. El conde hizo que la enterrasen en una de sus propiedades cerca de Cambridge. Visité aquella propiedad hace unos años cuando intentaba averiguar lo máximo posible de las personas que el conde describe en su diario. Su nombre aparece inscrito en la lápida en su forma holandesa, Sabine De Bonner.

Anna sintió como aquella lápida de la que hablaba el doctor Plummer caía sobre sus hombros. Había conseguido encontrar por fin a Sabine, pero nada de lo que el buen doctor le había contado le indicaba el posible paradero de libro.

—Sospecho que no he podido darle toda la ayuda que usted necesitaba, ¿verdad?

—Oh, muy al contrario, doctor, le estaré eternamente agradecida por su

ayuda, es mucho más de lo nunca pude haber esperado —respondió Anna dándose cuenta de que estaba a punto de pasar por una desagradecida.

—Ha sido un auténtico placer, señora Parr, creo que necesitaba un desafío como este, me ha devuelto usted algo de mi vida que creía haber perdido.

—¿Puedo hacerle una pregunta más?

—Adelante...

—En el caso hipotético de que quisiese encontrar algo que una vez perteneció a Sabine, ¿por dónde empezaría usted?

—Curiosa pregunta —respondió el hombre mirándola de forma que indicaba claramente que siempre había sabido que había algo más —, ¿cabe la posibilidad de que ese algo fuese querido para ella, algo emotivo?

—Sí, eso creo...

—En ese caso, sospecho que Sabine hubiese hecho lo mismo que todos nosotros, intentar dejárselo a alguien a quien amamos, ¿no le parece? Y en su caso, solo me vienen dos posibles personas a la cabeza, el conde de Portland o su hijo.

—Comprendo, tiene usted razón.

—Si yo quisiese encontrar esa cosa, quizá le prestaría una visita al único descendiente vivo del conde, el actual Duque de Portland. Quizá, si lo que busca fue suficientemente importante para Sabine y el conde, haya sido conservado en la familia. Da la casualidad, de que el duque ha sido tan amable de recibirme en numerosas ocasiones para ayudar en mis investigaciones sobre su antepasado. ¿Le gustaría que le escriba una nota pidiéndole que la reciba?

—Le estaría eternamente agradecida, doctor...

Volvió a casa con la tarde avanzada, cansada, aunque feliz de saber que existía una posibilidad de encontrar el libro. Sabine podía haber sido un callejón sin salida en el que se muriesen todas las esperanzas de salvar a Beatrix, pero en su lugar Anna sentía que una nueva puerta se había abierto ante ella y estaba más determinada que nunca a cruzarla y acabar con la pesadilla que todos estaban viviendo. La señora Prescott le abrió la puerta y cogió su abrigo e inmediatamente partió hacia la cocina sabedora de que era más que probable que su señora no hubiese probado bocado en todo el día. Un ruido proveniente del pequeño salón de visitas atrajo la atención de Anna que supuso que se trataba de Kitty o Meredith y se dispuso a entrar deseosa de

contarles lo que había descubierto.

—Creo que tengo una pista de donde puede estar el... —sus palabras se ahogaron en su garganta negándose a salir al ver que era el detective Gables quien se encontraba frente a ella. El hombre se encontraba arrodillado en el suelo recogiendo una taza de té que debía haber caído de sus manos y, al verla en la puerta, intentó levantarse rápidamente, pero las piernas le fallaron. Anna acudió en su ayuda al darse cuenta de sus dificultades.

—¡Andrew, no creo que deba usted estar en pie! —dijo mientras le ayudaba a llegar hasta el sillón junto a la chimenea y recogía la taza derramada sobre la alfombra.

—Mi enfermera y guardiana me ha dado permiso. Para serle sincero, no podía estar ni un minuto más en esa cama.

—Pero, ¿cuándo ha despertado?

—En realidad nunca he estado inconsciente, recuerdo como me han traído hasta aquí, sus cuidados, cada conversación en la habitación. Pero no podía mover mi cuerpo, ninguna parte de él. La angustia ha sido inmensa. Era como si estuviese paralizado de pies a cabeza, como si mi cuerpo no quisiese volver a la realidad, como si quisiese seguir en ese sueño oscuro y terrible. —Los ojos del detective rodeados de una gran mancha oscura denotaban un agotamiento extremo mezclado con algo más, una culpa inmensa. Algo que no pasó desapercibido para Anna.

—Andrew...

—¡No diga nada, se lo ruego! Hasta ahora ha demostrado usted que su amabilidad conmigo no tiene límites, después de todo lo ocurrido podía usted haberme dejado en aquella calle para que los perros hiciesen lo que quisiesen conmigo, eso era lo que merecía. Y en su lugar me ha traído usted a su propia casa, ha cuidado de mí como si fuese su propia familia. Usted y la señorita St. John, Kitty. ¡Oh dios, Kitty! —Y los ojos del hombre se velaron por las lágrimas que rápidamente echaron a correr por su rostro sin afeitarse.

—¡Andrew, basta, se lo ruego! —dijo Anna acercándose a él y cogiendo su mano entre las suyas—. ¡Esto no ayudará a nadie, mucho menos a usted o a Kitty!

—¡Usted no lo entiende Anna, lo recuerdo todo! Cada uno de los momentos que ese ser estuvo entro de mí, cada cosa que me hizo hacer. Recuerdo la sangre de las mujeres de Limehouse a las que arranqué el corazón, recuerdo haber prendido fuego a Madame de la Cours, recuerdo haber ido a Escocia tras ustedes, recuerdo... —El hombre se rompió de nuevo

y Anna supo que su mente estaba perdida en el horror que Kitty había tenido que vivir—. Cada instante que esa criatura me obligaba a hacer algo, era como si me arrancasen la piel a tiras, ser consciente de todas aquellas atrocidades, ser culpable y no poder hacer nada por evitarlo. Sólo deseaba morir, peor ni siquiera de eso era dueño, solo era una marioneta en sus manos.

—¿Recuerda cuándo empezó? Quiero decir...

—No, no lo recuerdo exactamente —contestó el hombre entendiendo su pregunta—, pero debió de ser en algún momento tras nuestra visita al depósito de cadáveres.

—Quiere decir que cuando usted vino a verme por primera vez...

—Mi visita fue sincera, María se me apareció como le expliqué y susurró su nombre una y otra vez. Cuando le dije que me estaba volviendo loco, no le mentí. Pero no podía saber que eso no era nada comparado con lo que tendría que vivir. —El hombre se frotó las manos, nervioso intentando sin duda bloquear el recuerdo que volvía de nuevo a su cabeza.

—¿Puedo preguntarle por qué me mintió cuando vino a verme? Usted nunca hablo con Lady Ashley, ¿verdad?

—No, no lo hice. María susurró el nombre de Lady Ashley e hice las averiguaciones necesarias para saber de su relación con ella, pero nunca fui a verla y nunca la recomendó para el trabajo. Estaba desesperado, no podía arriesgarme a que usted me dijese que no y usé ese argumento pensando que así usted se sentiría inclinada a aceptar, aunque fuese por orgullo. Lo lamento muchísimo, nada de todo esto hubiese pasado si yo no hubiese venido, si...— gimoteó de nuevo el hombre.

—Ya no hay tiempo para lamentaciones Andrew. Si algo he aprendido en este tiempo es que esto habría pasado de todas maneras porque lleva pasando durante cientos de años, esta no es una historia nueva, en cierto modo es la más antigua de todas. Y ya es hora de que esto se acabe para siempre —dijo Anna sorprendiéndose a sí misma por la determinación de su voz y de sus intenciones. De repente se dio cuenta de que su intención al encontrar el libro iba mucho más allá de salvar a su querida Beatrix. Iba a encontrar ese libro, salvaría a su amiga y acabaría con esa pesadilla de una vez por todas. Borraría a la sombra y a todo el mal que había causado en este mundo hasta que no quedase siquiera el mínimo recuerdo. Hasta que el mundo pudiese empezar de nuevo—. Necesita usted descansar Andrew, es mejor que intente volver a la cama. Entiendo que no será fácil, pero la tarea que tenemos por delante requerirá todas sus fuerzas.

—¿Tenemos...?

—Por supuesto Andrew, empezamos esta aventura juntos, y la terminaremos de la misma manera —respondió Anna sonriéndole dulcemente para después girarse en dirección a la puerta.

—Anna —llamo el hombre antes de que se marchase haciendo que Anna se girase de nuevo—. Ese ser..., esos ser no es humano Anna, es tan solo oscuridad, la más profunda y oscura que he visto jamás.

—Lo sé, Andrew, lo sé. —Y se marchó dejando al detective en la sala iluminada tan solo por la luz del fuego.

Subió las escaleras de la casa en dirección a su cuarto, despacio, como si llevase un gran peso a sus espaldas, uno muy físico, uno que había llevado ya por bastante tiempo, pero del que ahora era más consciente que nunca. Cuando llegó a la parte superior de la escalera un ruido le hizo mirar hacia abajo y pudo ver cómo Kitty se encontraba frente a la puerta del salón donde se encontraba el detective Gables y sujetaba el pomo de la puerta sin atreverse a entrar. Finalmente, llenando de aire sus pulmones como si fuese a sumergirse en un mar inmenso y bravío, sus dedos giraron el pomo y se adentró en la sala.

—La luz encuentra su camino en los sitios más oscuros —susurró y una pequeña sonrisa lleno su rostro y su corazón.

## *Deudas*

El día siguiente pasó desesperantemente lento. El doctor Plummer le había indicado que debía esperar a recibir una respuesta del duque de Portland y le había advertido que esa respuesta podría tardar varios días, pero estaba convencido de que acabaría por recibirla. Anna había querido explicarle al doctor que no podía permitirse unos días, pero finalmente no dijo nada y aceptó pacientemente que no había nada que pudiese hacer. Sin embargo, una cosa era lo que le hubiese dicho al doctor y otra verse en casa, esperando que sonase la campanilla de la puerta sin saber en qué otra cosa invertir sus energías. Había decidido mantenerse al margen de Kitty y de Andrew, sabedora de que, si existía alguna posibilidad de curar la inmensa herida que había entre ellos, haría falta tiempo. Por su parte Meredith y Raj habían vuelto a Pottery Lane pues sentían que de alguna forma tenían una deuda con aquellas personas que les habían acogido sin cuestionar su origen o intenciones y que habían pagado un alto precio por ello. Meredith quería utilizar su poder —que Anna aún no conocía en detalle— para intentar ayudar a alguno de los enfermos de la zona. Anna convenció a Raj de que no la dejase sola, aunque era evidente que el hombre se encontraba dividido entre a cuál de las dos mujeres era más importante que prestase sus servicios en aquel momento.

Anna pasó todo el día en el estudio, releendo los libros de Lord Fitzroy, esperando que le arrojasen algo de claridad sobre cómo enfrentarse al poder de la sombra, pero fue en vano. Aquellos libros no eran para ella más que una

colección de leyendas, hermosas y vivas como suponía que debía de ser el país del que provenían, como el mismo Raj, pero que no le decían nada. Ni siquiera podía intentar leer los supuestos mensajes ocultos que las otras madres podían haber escondido en ellos porque no tenía idea de la clave usada para codificarlos. ¡Era tanto lo que no sabía! En su vida se había abierto una puerta a una nueva parte inexplorada de ella misma y alguien la había empujado dentro, pero sin los espejos de Ming Li Xia, se enfrentaba a ella sin recuerdos, sin mapa que la guiase.

Meredith y Raj volvieron casi al anochecer, ella visiblemente cansada, Raj tan inmutable como siempre. Tan pronto como Anna les confirmó que aún no tenía noticias del duque se retiraron a sus habitaciones sin poder hacer nada más por ayudar. Anna iba a retirarse también cuando de repente la campanilla de la puerta resonó alegremente en el silencio de la casa. Las manos de Anna temblaron por un segundo, pero eso no le impidió dirigirse rápidamente a abrir la puerta. Cuando lo hizo se encontró a un joven, alto y delgado, vestido con una librea que sostenía un pequeño sobre en la mano.

—¿La señora Parr, por favor? —preguntó el muchacho formal y educado.

—Soy yo —respondió Anna casi queriendo arrancarle la nota de las manos.

—Este mensaje es para usted, de parte de la baronesa Bolsover.

Anna cogió la nota con las dos manos murmurando un gracias y el muchacho desapareció casi de forma instantánea como si nunca hubiese estado allí. Anna cerró la puerta, pero no abrió la nota inmediatamente, algo no cuadraba. El muchacho había dicho que la nota era de una baronesa, no del duque. Anna no podía comprender por qué una baronesa respondería a una nota enviada al duque, pero su parte racional le decía que podía haber miles de razones. Quizá estaban relacionados de alguna manera, quizá incluso eran matrimonio y su esposo estaba de viaje, o quizá le había pedido a ella que declinase formalmente la solicitud de una entrevista, algunos hombres tenían el mal gusto de encargar a sus mujeres esas tareas menos agradables creyendo infantilmente que una negativa sería mejor recibida de labios de una mujer.

Sus manos rasgaron el sobre y sacaron la pequeña nota manuscrita. Las letras sobre el papel de color sepia eran hermosas y trazadas con un gusto exquisito, una caligrafía perfecta en todos los sentidos.

—¿Noticias del duque por fin? —resonó la voz de Kitty desde lo alto de la escalera haciendo que Anna se sobresaltase ligeramente.

—Sí...sí —balbuceó—, supongo que sí.



—¿Cómo que lo supones?

—La nota no es del duque, sino de una tal Baronesa Bolsover. Me pide que acuda a verla mañana.

—Bueno, es un poco raro, pero ¿es lo que necesitamos, ¿no?

—Sí, es sólo que no entiendo por qué la nota no la envía él mismo.

—Bueno, a saber, los hombres son las criaturas más raras que hay en este mundo. ¿Dónde tienes que ir?

Los ojos de Anna se fijaron en la dirección del lugar de la cita que un segundo antes había pasado por alto.

—¡Vaya! Pues parece ser que tengo que verla en el Langham.

El Langham era probablemente el hotel de mayor prestigio en todo Londres y, sin duda alguna, el más caro. Se encontraba en el distrito de Marylebone, en Langham Place, que le daba su nombre, y desde su construcción algo más de quince años antes se había convertido en el paradigma del lujo y la ostentación en la ciudad. El edificio había sido el primero de la ciudad en tener ascensores hidráulicos y luz eléctrica en todas las plantas, algunas de las muchas comodidades modernas que ofrecía, y pronto se había ganado un sitio en el corazón y las carteras de la alta sociedad; hasta el punto de que algunos de los aristócratas que acudían a la ciudad preferían quedarse en el hotel aun cuando poseían inmensas casas en las que poder hospedarse. De alguna forma se había convertido en un símbolo de estatus. Pronto los artistas de renombre siguieron a la alta sociedad y, gracias al nombramiento de un americano como director, la sociedad capitalista americana se unió a ellos en aquella especie de gueto del lujo y el dinero.

Fuese como fuere, era el tipo de lugar que Anna no frecuentaba y, lamentablemente, si quería acudir a su visita, debería asegurarse de poder encajar en aquel entorno a la perfección. La nota indicaba claramente que debía estar allí a las diez de la mañana en punto, así que su día empezó muy temprano. Lo primero de todo debía ser escoger el atuendo adecuado y por suerte Kitty estaba ahí para ayudarla. Juntas revisaron todo el armario de Anna, pero pronto fue evidente que no había mucho que pudiese escogerse para aquella ocasión. Finalmente optaron por un vestido en color blanco roto con pequeñas flores de colores en el talle que obligaría a Anna a llevar un apretadísimo corsé que ciñese su cintura hasta niveles casi inhumanos. Anna sólo se había puesto aquel vestido una vez, para acudir a una reunión de su

marido con los compañeros de trabajo en un hipódromo y aún recordaba el inmenso dolor que tuvo que soportar. Se había prometido a sí misma que nunca más se torturaría de aquella manera por una estúpida norma social, pero a esas alturas era evidente que había más de una promesa que se vería en la obligación de romper. El vestido se completaba con unos botines blancos, un gran sombrero de ala ancha que caía ligeramente sobre su rostro y una sombrilla con el mismo patrón que el vestido. Aquella combinación era un riesgo. El verano se había acabado y el otoño empezaba a apoderarse de la ciudad, aquel vestido era claramente de primavera, algo que Anna podría disimular si el día estaba soleado, pero si el día amanecía nublado y lluvioso, aquel vestido solo le atraería demasiada atención no deseada y gritaría a los cuatro vientos *intrusa*. Afortunadamente cuando el día despertó por fin, fue evidente que el verano aún les guardaba alguna que otra sorpresa y aquel día sería luminoso y cálido.

Exactamente cinco minutos antes de las diez, el coche de alquiler paraba en la puerta del Langham y Anna, vestida como una auténtica señora de sociedad y sin poder apenas respirar, descendió del vehículo ayudada por uno de los empleados con librea que esperaban a los clientes en la puerta. El joven la acompañó directamente hasta un gran salón de té ubicado en la parte posterior de la planta baja del hotel, decorado con hermosas palmeras que le daban un aire ligeramente exótico. Tras indicarle a Anna una mesa en la que podía sentarse, le pidió el nombre de la persona a la que acudía a ver y sin más preguntas asintió como si supiese perfectamente de quién se trataba. Tan pronto como se marchó, uno de los camareros de la sala se acercó a la mesa para ofrecerle un té que Anna aceptó encantada. El salón estaba repleto de gente, algo que Anna no esperaba a aquella hora de la mañana, pero sorprendentemente nadie parecía interesado para nada en prestarle la más mínima atención y eso hizo que la tensión que se acumulaba en sus hombros se relajase ligeramente. De momento parecía que al menos había conseguido no ponerse en evidencia y mimetizarse con el ambiente de una forma casi decente.

El té llegó unos minutos más tarde, pero Anna no tuvo tiempo de disfrutarlo. Casi de forma inmediata un murmullo llenó el salón y Anna vio cómo las cabezas de los comensales se giraban hacia la puerta, no todas de forma discreta. Sus ojos se giraron para tratar de averiguar qué atraía las miradas y los comentarios de todo el mundo y pudo ver a una mujer que hacía

su entrada en el salón como si se tratase de la misma reina. Su cuerpo alto y delgado, aunque con hermosas curvas, ajustado por un vestido negro que la cubría desde casi el borde de la mandíbula hasta arrastrar en el suelo tras ella, le daban un porte y una elegancia que no podían dejar a nadie indiferente. Su manera de caminar, elegante y pausada, con la seguridad de quien se sabe señora de su territorio, eran simplemente apabullantes y Anna no pudo evitar sentirse pequeña. Era evidente que aquella mujer no se plegaba a las convenciones de la sociedad, era la sociedad quien debía plegarse a ella. Sus pasos lentos la llevaron hasta la mesa de Anna y a aquellas alturas ya no le quedaban dudas de que aquella era la mujer a la que venía a ver, la baronesa Bolsover.

—Señora Parr, me alegro de pudiese atender mi invitación —dijo la mujer sin presentarse ni siquiera extender la mano en un gesto amable.

—¡Soy yo quien le está extremadamente agradecida por su tiempo, Baronesa! —respondió Anna levantándose de su asiento como señal de respeto.

—Siéntese, por favor, y puede usted llamarme Augusta —contestó sentándose en la silla que había frente a Anna provocando que un enjambre de camareros empezase a moverse a su alrededor disponiendo frente a ella un té con pastas—. Supongo que debe estar usted sorprendida por recibir la nota de mi parte, y no de la del duque, ¿me equivoco?

—Debo reconocer que sí —contestó Anna correspondiendo a la claridad de la mujer con honestidad—. Verá, esperaba poder discutir con el duque un asunto...

—¿Puede usted hablar con los muertos? —Anna se quedó parada ante aquella frase que no estaba segura si era una pregunta o una afirmación.

—Disculpe...

—Le pregunto si puede usted hablar con los muertos, porque me temo que esa será la única manera en que pueda usted hablar con el duque.

—¿El duque ha fallecido?

—Déjeme que le explique, señora Parr —prosiguió la mujer y Anna podía jurar que una ligera sonrisa, casi imperceptible se había formado en su cara—. La nota que el doctor Plummer envió solicitaba una entrevista entre usted y John Bentinck, el quinto duque de Portland. Lamentablemente, el duque falleció el pasado invierno.

—Lo lamento muchísimo, no lo sabía... —respondió Anna y algo dentro de ella se rompió al ver las opciones de recuperar el libro evaporarse en el

aire.

—Se lo agradezco, lamentablemente la vida es así, todos debemos morir —soltó la mujer sin darle ninguna importancia mientras se llevaba la taza de té a los labios para dar un sorbo—. El caso es que el duque murió sin descendencia, así que el título pasó a las manos de su primo, William Cavendish-Bentinck, mi hijastro.

—Comprendo —dijo Anna recuperando algo de esperanza—, y, a riesgo de ser impertinente, ¿cree que podría hablar con el nuevo duque?

—Me temo que eso es del todo imposible. Mi hijastro se encuentra en el continente y no se espera su regreso en los próximos tres meses.

El rostro de Anna debió de demostrar su decepción e incluso algo de desesperación que sin duda no pasaron inadvertidas para la baronesa.

—En realidad, cuando la nota del doctor Plummer llegó nos preparábamos para volver a la casa que el duque posee en Nottinghamshire, pero dada la urgencia que el doctor parecía tener en arreglar su encuentro con el duque quise conocerla. Dígame la verdad, ¿tiene usted un hijo del difunto duque?

—¿Cómo? —preguntó Anna levantando la voz más de lo que quería—. ¡Por supuesto que no, ni siquiera he visto a ese hombre en mi vida!

La mujer frente a ella se aclaró la garganta incómoda ante su claro error de juicio.

—¡Le ruego que me disculpe señora Parr, he cometido el terrible error de asumir que...! Verá, el difunto duque era una persona que puede clasificarse de excéntrica. Nunca salía de su casa de día, no se dejaba ver por nadie que no fuese su sirviente de confianza, y nunca se preocupó de sus posesiones, pero somos conscientes que gustaba de tener amantes de toda clase y condición, algunas de las cuales dieron a luz a bastardos. No sé cómo de familiarizada está usted con la rumorología de esta ciudad, pero durante años por los círculos de la alta sociedad londinense corrió el rumor de que el duque vivía una vida paralela con un nombre falso, como un vulgar tapicero, y que incluso se había casado y fundado una familia que nada sabían de su verdadera condición. Así que, como podrá entender, tras su muerte, no nos sorprendería que empezasen a florecer nuevas reclamaciones de paternidad. La premura de la solicitud del doctor Plummer nos llevó a una conclusión errónea.

—¡Absolutamente errónea, señora baronesa! —respondió Anna irritada —, mi único interés en tener una entrevista con el duque era intentar encontrar un objeto que puede estar en su posesión y que perteneció a un miembro de mi familia hace doscientos años. Todo ello con la única finalidad de trazar la

historia de alguien querido para mí —mintió Anna.

—En ese caso señora Parr, y dada mi inexcusable equivocación —dijo la mujer y Anna notó como le costaba reconocer su error—, si me dice de qué se trata haré lo posible por ayudarla.

—Se lo agradezco enormemente baronesa —contestó Anna dispuesta a no dejar escapar la oferta de ayuda—, en realidad lo que estoy buscando es un libro, un libro antiguo, probablemente manuscrito. Un libro de mitos y leyendas.

—¿Un libro? ¿Y está segura de que estaba entre las posesiones del duque?

—No podemos estar seguros, pero creemos que pasó a la familia del duque y, debido a su valor sentimental, pudo haberse conservado.

—En ese caso, señora Parr, me temo que me es imposible ayudarla.

—¿Por qué? —soltó Anna demasiado directa llevada por la desesperación.

—Ya le he dicho que el duque era introvertido y excéntrico. De acuerdo a su testamento, sus posesiones y títulos pasaban a mi hijastro William, pero cuando tomó posesión de sus nuevas propiedades lo que encontró fue una pesadilla. Las casas y mansiones están en un estado ruinoso y requieren mucho trabajo para ser reparadas, el contenido de las casas es casi inexistente y lo poco que hay está también en estado de abandono. Y le puedo confirmar que tanto en su casa en Londres como en la casa de Nottinghamshire no había un solo libro.

—¿Ni uno sólo? ¿Cómo es posible?

—Muy sencillo, los hizo desaparecer antes de morir.

—¿Desaparecer? ¿Los destruyó?

—¡Oh, no!, todo lo contrario. Ya le he dicho que el duque ha sido padre de hijos ilegítimos. Aunque no dejó nada en su testamento para ellos, sabemos que tampoco les dejó sin nada, simplemente le entregó lo que consideró que debía entregarles justo antes de morir, personalmente.

—¿Quiere decir que pudo entregarle los libros a uno de sus hijos?

—De hecho, a su hija. Su criado de confianza nos confirmó este extremo cuando mi hijastro tomo posesión del título porque temía que le acusaran a él de haber desvalijado las propiedades.

—Se lo ruego, señora baronesa, ¿sabe usted cómo puedo encontrar a esa hija?

—¿Puede explicarme por qué ese libro es tan importante para usted? Y no me repita que está trazando la historia de su familia, es obvio que hay algo

más, señora Parr.

—Necesito ese libro para poder salvar la vida de mi mejor amiga —le respondió Anna en total honestidad.

La mujer no dijo nada, tan sólo se quedó mirando fijamente a Anna como si quisiese excrutinar su interior, su corazón, averiguar si le mentía en alguna manera. De repente se giró hacia la puerta y uno de los sirvientes que la habían acompañado en su entrada se acercó para que pudiese susurrarle algo al oído. Un instante después, el sirviente trajo un pequeño papel y una pluma. La mujer garabateó algo en el papel en la misma letra impoluta de la invitación del día anterior y se la entregó a Anna.

—Su nombre es Fanny, no sé su apellido. Esa es su última dirección conocida. Le deseo buena suerte, señora Parr —dijo levantándose de la mesa.

—Gracias señora baronesa, pero ¿puedo preguntarle por qué me ayuda? —le soltó Anna intrigada por su actitud. La mujer la miró con ojos tristes y, esta vez sí, una pequeña sonrisa.

—Hubo un tiempo en que yo no era baronesa, sino simplemente Augusta Browne, una mujer como usted, y yo también tenía amigas por las que habría dado todo. Hasta que un día cambié todo aquello por amor, pero también por posición y dinero. Augusta Browne sigue lamentando aquella decisión profundamente y es ella quien la está prestando ayuda, no la baronesa. Es una deuda que tengo conmigo misma. —Y sin decir una palabra más la mujer se giró para salir del salón con el mismo aire de reina con el que había entrado.

Anna se quedó mirando la dirección que le había entregado por un segundo y tomó la determinación de dirigirse allí inmediatamente en lugar de volver a su casa para cambiarse de ropa. Sabía que su atuendo iba a ser algo muy llamativo a aquella hora del día en la zona a la que se dirigía, pero dado que parecía que encontrar el libro de marras le iba a costar más de lo que esperaba o deseaba, no podía permitirse perder un segundo más. Anna se dirigió al mostrador de la recepción del hotel, que ocupaba la parte central de la entrada y le pidió a uno de los trajeados caballeros que le buscara un coche de alquiler. Si al hombre le pareció extraño que un miembro de su clientela, que normalmente poseía sus propios carruajes le pidiese tal cosa, no lo demostró y el coche estaba esperando por ella en la entrada unos minutos después. Si el recepcionista no se había extrañado por su petición, el cochero definitivamente lo hizo cuando le indicó a dónde debía dirigirse. Lambeth.

La zona siempre había sido gris y húmeda como muchas otras de las zonas que vivían directamente del tráfico fluvial que el Támesis proporcionaba, pero en los últimos diez años se había convertido en un auténtico nido de chimeneas humeantes y pestilentes como resultado de la invasión de nuevas industrias que se beneficiaban del acceso directo a una vía de transporte rápido como lo era el río y de los bajos alquileres de la zona. La afluencia de trabajo había traído asociada la afluencia de trabajadores que inevitablemente había masificado la zona. El área era popular por la noche entre los señores de sociedad debido a la presencia de algunos teatros musicales, de los cuales el más popular era sin duda el gran anfiteatro nacional Sanger. Lord George Sanger —un tipo excéntrico que no era lord en absoluto, pero insistía en ser llamado así— había adquirido un viejo teatro y lo había convertido en algo parecido a una pista de circo, un negocio que había resultado ser de lo más rentable pese a que la entrada era gratuita. Y es que las ganancias del bar que los visitantes se dejaban en sus barras compensaban enormemente la inversión.

El coche se dirigió esquivando el caótico tráfico de carros y caballos de la zona hacia Murphy street, una callejuela situada en la parte posterior del teatro. La calle era demasiado estrecha para que el coche pudiese pasar, así que Anna tuvo que bajarse y recorrer la calle a pie, no sin antes indicarle al cochero que debía esperar a que volviese, no quería encontrarse sin medio para salir de aquella zona. En aquel momento Anna se dio cuenta de las similitudes con su excursión a Limehouse y sólo pudo rogar en silencio que aquel viaje no acabase igual.

Murphy street resultó ser una calleja oscura y simplemente indistinguible de la de cualquier otro suburbio. A los lados de la calle se alineaban edificios medio ruinosos de ventanas pintadas y puertas cochambrosas. La calle estaba llena de excrementos y suciedad y Anna pudo comprender por qué cuando una mujer gorda y con cara de pocos amigos casi la baña al arrojar con ganas el contenido de un orinal en medio de la calle. Anna se dio cuenta de que no se veía ningún hombre, solo mujeres charlando entre ellas o riñendo a voz en grito a los chiquillos que corrían entre ellas. Supuso que los maridos estaban trabajando o durmiendo las borracheras de la noche anterior. La dirección que le había dado la baronesa no indicaba número de casa, y, de todas maneras, ninguno de los edificios parecía tenerlo, así que no le quedó más remedio que preguntar a una mujer mayor que se encontraba barriendo la entrada de una de aquellas casuchas minúsculas. La mujer le indicó dónde vivía la única Fanny que ella conocía y Anna se dirigió hacia allí confiando en que fuese la persona

que estaba buscando. La casa que le indicó la mujer era idéntica a todas las demás y estaba situada en el extremo opuesto de la calle. Anna llamó suavemente a la puerta y pronto escuchó una voz gritando en respuesta.

—¡Niña, abre la bendita puerta, si es el casero otra vez dile que ya sabe dónde puede meterse la renta! —chilló una voz de mujer al tiempo que la puerta se abría para mostrar el rostro sucio de una chica joven, de no más de dieciocho o diecinueve años vestida con un viejo vestido gris y con el pelo a medias de recoger sobre su cabeza.

—¡No es el casero, madre! —respondió al grito la muchacha con otro del mismo calibre.

—Y entonces, ¿quién carajo se supone que es muchacha estúpida? —respondió la mujer de nuevo esta vez acercándose a la puerta y haciendo que Anna se quedase sin respiración al reconocer el rostro arrugado y gris de la mujer que tenía delante —. ¡Vaya, vaya, mira lo que ha parecido en nuestra puerta, sí que es verdad que este mundo está lleno de sorpresas! —dijo poniéndose las manos en jarras sobre las caderas.

—¡Señora Copper! —respondió Anna a modo de saludo sin saber qué más decir—. Debo estar en el lugar equivocado, estoy buscando a una mujer llamada Fanny.

—¡Yo soy Fanny! —respondió de golpe la muchacha que ahora se escondía detrás de la figura de la mujer mayor.

—¡Cállate, idiota, vete para la cocina! —le espetó la mujer dándole un pescozón en la cabeza.

—Sin duda debe haber algún error, vengo de parte de la familia del duque de Portland, debo tener la dirección equivocada...

—¡No, no, tiene usted la dirección correcta, señora Parr! —respondió la mujer como el gato que se relame delante del ratón—, será mejor que entre, si no le da a usted reparo, claro...

Anna tenía todos los reparos del mundo, pero sabía que no tenía otra alternativa que entrar en la guarida de aquella mujer, porque sólo así podía calificarse el hogar de una alimaña como ella. Maddy Copper, o como a ella le había gustado llamarse, Mademoiselle Copper, la medium más grande que jamás había existido, aunque se hubiese demostrado que en realidad era la farsante más grande que jamás había existido, algo en lo que Anna había tenido participación directa.

Había conocido a la mujer —como no podía ser de otra manera— gracias al círculo de Lady Ashley y su obsesión con todo y todos los que parecían



tener una conexión con el mundo espiritual. Anna había asistido a numerosas sesiones con médiums de distinto pelaje en casa de Lady Ashley y, a pesar de su propia situación, mantenía un sano escepticismo con respecto a la mayoría de ellos. Anna sabía que una parte de ellos podían tener su propia condena, como lo hacía ella, y que quizá algunos intentaban ayudar a otras almas en pena de forma sincera, pero que para la mayoría de los que se presentaban a sí mismos como los únicos seres capaces de contactar con aquellos que habían dejado este mundo, todo era una pantomima extremadamente lucrativa. Un año antes el nombre de Mademoiselle Copper se había hecho muy popular entre la alta sociedad debido a su extrema habilidad para contactar con los difuntos de aquellos que podían pagar bien por sus servicios. Aquel patrón de clientes hizo que Anna sospechase que sus sesiones tenían más de espectáculo que de sesión sobrenatural y había transmitido sus sospechas a Lady Ashley que moría de ganas por invitarla a su casa. El resultado fue que Lady Ashley le pidió que acudiera a una de sus sesiones en casa del conde de Westmoore e intentase confirmar sus sospechas antes de que ella procediese a la invitación. Anna sentía que tenía cierta deuda con Lady Ashley por permitirle el acceso a su gran biblioteca y facilitarle su educación sobrenatural, así que accedió a prestarle aquel servicio sin saber bien en qué se metía.

El conde resultó ser un pobre hombre mayor y destrozado por la muerte de su querida esposa con la que había estado casado cerca de cincuenta años. Anna acudió a la sesión organizada en su casa en lugar de Lady Ashley y allí vio por primera vez a la señora Copper que lucía un aspecto muy diferente del que tenía ahora. Vestida completamente de negro en un traje de seda con brocado y el pelo recogido en un moño sencillo sujeto con brillantes horquillas de ónice y sus manos cubiertas por largos guantes de seda del mismo color, la mujer transmitía una sensación de oscura serenidad y elegancia sin duda perfectamente ensayada. Anna había sentido una terrible repulsa hacia ella desde ese primer momento, una sensación de rechazo que no podía explicar y casi estaba por apostar que había sido correspondida.

La sesión empezó como muchas otras que Anna había visto antes, velas, incienso, silencio, murmullos incomprensibles de la medium, convulsiones provocadas por la supuesta conexión sobrenatural y el conde completamente rendido a los poderes de su invitada. La señora Copper desplegó su espectáculo de forma inmediata y convincente, indicándole al conde que podía sentir una presencia, una mujer fuerte, de carácter, pero con un gran corazón que deseaba hablarle. El conde no necesitó más para asumir que se trataba de

su esposa. Según la medium, su esposa deseaba confesarle un gran secreto, uno que no se había atrevido a confesarle en vida, nada más y nada menos que la existencia de una hija secreta. El conde y su esposa nunca habían tenido hijos, así que el mensaje había cumplido su misión de captar la atención de aquel hombre sumido en el más terrible dolor. La señora Copper le soltó una ridícula historia al respecto de un embarazo mientras él estaba en las colonias por negocios, un estado de enajenación transitorio que había hecho que la madre rechazase a su hija y la entregase a otra familia para callar por siempre su terrible secreto. El mensaje acababa con una petición, que hiciese todo lo posible para encontrar a su hija y le diese la vida que debía tener. Ni que decir tiene que el conde inmediatamente se levantó de la silla para gritar al aire que lo haría, aunque fuese lo último que hiciese en este mundo. Y por supuesto, ¿quién era la única persona que podía ayudarle a encontrar a su pequeña? Mademoiselle Copper; eso sí, no sería barato.

En ese momento Anna ya había tenido suficiente, pero no había nada que pudiese hacer contra los tejemanejes de aquella mujer. A fin de cuentas, si el conde quería comprar las mentiras de aquella arpía era su problema, y casi que lo tenía bien merecido por dejarse embaucar por esa charlatana. Pero lo que ocurrió después hizo que Anna no pudiese mantenerse al margen. De repente un chillido terrible rasgó el aire de la sala, uno que solo Anna podía oír y que le hizo llevarse las manos a la cabeza en un gesto de dolor absoluto. Cuando el dolor se calmó un poco y pudo abrir sus ojos pudo ver con toda claridad la figura de una mujer, demacrada, pálida, muy parecida a la de su marido que le atormentaba cada noche, mirándola desde la entrada del salón. Ante su reacción, todos la miraron con la cara desencajada preguntándole qué le ocurría. La figura de la mujer la miró mientras apuntaba con el dedo a la señora Copper y chillaba nuevamente haciendo que Anna se contrajese por el dolor, esta vez una sola palabra resonó en sus oídos. Mentirosa.

Anna no pudo contenerse más y se levantó para gritar mentirosa a la cara de la señora Copper que le devolvió una mirada de odio profundo y se levantó a su vez para preguntarle a gritos como se atrevía a ofenderla de esa manera. El conde, que para ese entonces ya no comprendía nada de lo que ocurría, le pidió una explicación a Anna por su comportamiento y Anna se vio en la obligación de explicarle lo que podía ver. Sabía que tenía las de perder, se enfrentaba a una farsante que había tenido mucho tiempo para ganarse la confianza del conde y la reacción de este fue de la más absoluta incompreensión. Pero la figura, que aún la miraba desde la puerta acudió en su

ayuda. Su mano se introdujo bajo su vestido y acto seguido le mostró un pequeño ramo seco de violetas. Anna no estaba dispuesta a dejar que aquella farsante se saliese con la suya y le pidió al conde que le dejase demostrarle que aquella mujer le estaba mintiendo. El conde accedió tan solo con el afán de aclarar aquella situación. Anna le miró fijamente y le dijo que sabía que antes de que enterrasen a su esposa, él había depositado algo en su cuerpo. En ese momento los ojos del conde se abrieron como platos y apenas pudo balbucear que eso era correcto. Anna le pidió a la señora Copper que, si podía hablar con la esposa del conde, le preguntase qué era lo que él había depositado en su cadáver. La mujer palideció y montó en cólera tratando de dar todo tipo de explicaciones de por qué no podía responder a esa pregunta, pero para entonces ya era tarde. El conde le preguntó a Anna de qué se trataba, y esta describió con todo detalle el ramo de violetas, el lazo que lo ataba y dónde lo había colocado en el cuerpo de su mujer. Tan pronto como el conde confirmó que su información era correcta en todos los detalles Anna le explicó que su esposa nunca había tenido una hija, y que aquella mujer le engañaba para sonsacarle dinero. Su esposa había aparecido aquella noche para evitar el ultraje que la señora Copper pretendía cometer con sus mentiras, un último acto de amor absoluto por su esposo. No hicieron falta más palabras. Aquella noche fue el final de Mademoiselle Copper y Anna se granjeó una enemiga más, una a la que nunca había pensado volver a ver. Y por su mente solo pasó una idea. El destino era un gran hijo de puta.

—¡Así que viene usted de parte de la familia del energúmeno ese, supongo que le pega a usted relacionarse con ese tipo de gente! A buen seguro viene usted mandadita por la señorona esa que se las da de baronesa Y, ¿qué se supone que quiere ahora? Si pretende que devolvamos algo de las cuatro miserias que ese desgraciado nos dejó, está más que apañada...Así que ya puede usted largarse de vuelta a su ama y decirle que...

—No vengo de parte de la baronesa —le soltó Anna interrumpiéndola—. Es verdad que fue ella quien me dio su dirección, pero vengo a hablar con su hija porque necesito su ayuda.

—¡Esta sí que es gorda! Ahora resulta que la señorona que nos dejó sin trabajo y la culpable de que vivamos en esta covacha viene a pedirnos ayuda. ¿Has oído eso muchacha? —gritó en dirección a la cocina que se encontraba al fondo de la sala—. Este esperpento de mujer primero nos deja sin comer y después viene a que la ayudemos. Le voy a decir yo por donde se puede meter nuestra ayuda...

—¡Yo no la dejé sin trabajo, usted se dedicaba a estafar a pobres desgraciados que se aferraban a su dolor como única esperanza! —La voz de Anna resonó en la habitación y se dio cuenta de que había gritado más de lo que había pretendido.

—Ustedes las señoronas de la alta sociedad se creen que lo saben todo, pero en realidad son unas ignorantes. Yo me aprovechaba de ellos, es cierto, les sacaba tanto dinero como podía, es verdad. Pero esas personas recibían de mí lo que querían recibir, lo que necesitaban. Esas personas necesitaban la esperanza que les daba pensar que estaban hablando con sus seres queridos. Lo mío podía llamarse un servicio de caridad.

—Una caridad muy cara. Además, esa crueldad solo prolongaba su dolor por la pérdida, usted solo alargaba el sufrimiento. Esas personas no podían seguir adelante con su vida por culpa de lo que usted decía proporcionarles.

—¿Seguir con su vida? ¡No se entera usted de nada! Pero, ¿en qué clase de mundo vive usted? ¿Quiere usted saber lo que le ocurrió al conde de Westmoore una vez que usted consiguió que me echara de su casa? Tras dos meses el hombre no pudo soportar el dolor que le provocaba la ausencia de su mujer y lo encontraron flotando en el Támesis. Eso es lo bien que aquel hombre pudo seguir con su vida, señora Parr —le espetó la mujer dejando a Anna horrorizada por la noticia—. ¿Cree que ese hombre no hubiera sacrificado con gusto su dinero por poder vivir los últimos años de su vida aferrado al recuerdo de su esposa y no al dolor de su pérdida?

—No voy a permitir que justifique usted lo que hacía, era usted una timadora sin más, una arpía cruel que jugaba con los sentimientos de sus víctimas.

—Tanto como lo hizo usted, señora Parr. Le repito que yo no soy una santa, pero al menos yo lo reconozco. Yo no me creí dios con derecho a imponer sobre otros mi criterio sin importarme su dolor.

—¡La verdad os hará libres! —soltó Anna acordándose de los sermones de su padre que se veía obligada a escuchar con tanta frecuencia.

—¿La verdad o su verdad, señora Parr? Yo creo que cada persona tiene derecho a escoger aquello que desea creer. Pero supongo que eso no funciona con gente como usted. Solo con pobres muertas de hambre como nosotras. Y, sin embargo, aquí estamos, ahora es usted la que viene a pedir a mi puerta, el destino tiene un humor tremendo.

Anna quería gritarle, pero sabía que no debía hacerlo. No tenía ninguna duda de que lo que había hecho en su último encuentro había sido lo correcto.

El conde mismo se lo había agradecido, aunque era verdad que nunca había querido interponer cargos contra aquella mujer, algo que Anna nunca pudo entender. Ahora, escuchando sus argumentos, Anna se preguntaba si no lo habría hecho porque en el fondo de su corazón le estaba agradecido a aquella mujer por sus mentiras. Anna deseaba seguir rebatiéndole sus argumentos, desmontándolos como las mentiras que eran porque algo dentro de ella detestaba a aquella mujer, pero sabía que tenía todas las de perder. Esta vez ella se encontraba en desventaja, esta vez era ella quien necesitaba su ayuda.

—Mire, no voy a entrar en más discusiones con usted, no creo que ninguna de las dos vaya a sacar nada de todo esto. Y creo averiguar que a usted y a su hija les vendría bien algo de ayuda. Así que, será mejor que nos tomemos esto como un negocio. Yo le diré lo que quiero y usted pondrá su precio. Si llegamos a un acuerdo, cada una cumplirá su parte del mismo y no tendremos que volver a acordarnos de la otra nunca más.

—¡Vaya, veo que no le gusta a usted perder el tiempo! Muy bien, y ¿qué es lo que necesita que puedan darle estas dos humildes almas? —dijo la mujer con sorna tratando de disimular su obvio interés en lo que pudiese sacar.

—Estoy buscando un libro que estaba en posesión del duque. La baronesa me ha indicado que podría haberle dejado sus libros a su hija.

—¿Y qué tiene de tan importante ese bendito libro?

—Nada que le incumba a usted, de momento solo necesito que me confirme si su hija ha recibido algo así del duque.

—Sí, el señor duque me dio una caja enorme de libros antes de morir, están ahí detrás.

—¡Cállate tú, idiota! —le soltó la mujer al tiempo que le arreaba un sopapo que resonó en la habitación e hizo que la muchacha se echase a llorar llevándose las manos a la cara para confortarse del dolor—. Toda la vida serás una cateta, como tu padre. Si no te hubiera comido la cabeza con tanto libro y hubieras aprendido algo más de mí quizá no estaríamos en este antro.

Anna miró a las dos mujeres y se dio cuenta del poco parecido que tenían. La joven tenía un rostro más recio, enjuto, de facciones más cuadradas que poco tenían que ver con el rostro casi delicado de su madre. Anna supuso que lo había heredado de su padre y no pudo evitar preguntarse cómo se las había arreglado aquella mujer para tener una hija del duque. Evidentemente la muchacha podía no ser su hija, pero lo que era evidente era que el mismo duque debía haber estado convencido de que lo era dado que parecía haber mantenido algo de contacto durante la vida de la joven y se había tomado la

molestia de dejarle en herencia algo tan personal como sus libros.

—Necesito revisar esos libros...

—De eso nada, señorona. Aquí no va usted a revisar nada hasta que hayamos fijado el precio.

—Primero necesito saber si ese libro está entre los de esa caja.

—¡De ninguna manera! Si usted quiere esos libros tendrá que pagar por todos ellos, lo que encuentre o no en la caja no es de mi incumbencia, lo es de mi monedero. Lo toma usted o lo deja.

Era evidente que la mujer no quería arriesgarse a que Anna no encontrase el libro que buscaba entre los de la caja y perder así su negocio, así que había decidido asegurar el precio de la caja entera. Anna se encontraba atada de manos y lo sabía, así que no le quedó más remedio que claudicar.

—Muy bien, maldita sea. ¡Dígame su precio!

—Perfecto, parece que nos vamos a entender. Muy bien, en ese caso, respecto al precio, en realidad es muy sencillo, sólo quiero que me haga usted un favor.

Todas las alarmas de Anna empezaron a sonar de forma simultánea y su cuerpo se tensó tratando de que no las ignorase.

—¿Qué tipo de favor? —preguntó Anna sintiendo un escalofrío por la espalda que se acentuó cuando la mujer le dio por respuesta una sonrisa cargada de maldad que le hizo recordar a un zorro que encuentra abierta la puerta del gallinero.

El sol estaba desapareciendo cuando Anna volvió por fin a casa. Había pedido al cochero que la dejase en Hyde Park y desde allí había caminado de vuelta a casa. Necesitaba aire, por encima de todo eso era lo que necesitaba. Suponía que el apretado corsé que había llevado todo el día era lo que le hacía sentirse ahogada y sofocada, pero en el fondo sabía que había algo más. Sus pasos la llevaron como un autómata por el lateral del parque, más allá del estanque hasta sentarse frente a él en un banco iluminado por el sol de la tarde. Allí había pasado un buen rato tratando de poner en orden sus ideas hasta que el sol había empezado a descender y el parque se había convertido en una zona no recomendada para señoras sin compañía. La angustia que le apretaba el pecho le gritaba que lo que había hecho no era correcto, y pocas dudas le quedaban de que se arrepentiría de ello. Se acordó de una historia que su buena Beatrix le había contado, una de una ópera de un tal Arrigo Boito a la

que había acudido unas semanas antes de su desaparición y que había generado cierto revuelo en la ciudad. Mefistófeles. A Anna le había llamado la atención el argumento porque trataba de un hombre que hacía un pacto con el diablo. No podía recordar los detalles, pero sabía que no acababa bien. Y así exactamente era cómo se sentía ella. Sabía que acababa de hacer un pacto con el diablo y sólo él sabía cómo podía acabar aquello.

La señora Prescott la recibió en la puerta de la casa, pero no soltó ninguna de sus habituales peroratas, probablemente porque pudo leer en su cara que el día no había sido el mejor. Anna le entregó la sombrilla y el sombrero y se dirigió directamente al estudio sin saber bien por qué. Al abrir la puerta se encontró a Meredith que estaba observando los libros que se acumulaban en una de las estanterías del extremo de la sala.

—¡Oh, por fin has vuelto! Estaba preocupada...Espero que no te importe, estaba mirando tus libros. Supongo que no debería sorprenderme que los haya por toda la casa, en realidad —dijo con una sonrisa que no fue correspondida y le hizo entender que algo no estaba bien—. ¿Qué ha ocurrido? ¿No has tenido suerte con tus pesquisas?

—En realidad, no lo sé.

Anna le contó los detalles de su visita a la baronesa y de cómo aquella había acabado por dirigirla hasta la señora Copper y su hija. Tuvo que darle algún detalle de su historia con la señora Copper para que pudiese entender por qué todo aquello tenía el aspecto de una broma macabra y finalmente llegó a la parte de la historia que la tenía en aquel estado de derrota.

—El caso es que la muchacha confirmó que posee una caja con libros del duque, nada asegura que el libro vaya a estar entre ellos, pero a estas alturas tengo que aferrarme a cualquier esperanza, así que he hecho un trato con ellas.

—¿Qué clase de trato? —preguntó la mujer con el temor por la respuesta reflejado en su rostro.

—Me entregará la caja de libros, todos ellos a cambio de que le haga un favor.

—Pero, ¿qué tipo de favor, Anna?

—Quiere que le ayude en una sesión espiritista.

—¿Cómo? —inquirió la mujer sin entender a qué se refería.

—Quiere volver a recuperar su negocio y los buenos ingresos que le daba. Necesita volver a crearse una identidad, con un nombre diferente para volver a introducirse en la sociedad de Londres y crear una cartera de clientes, pero para ello necesita captar la atención de esos clientes potenciales y necesita

hacerlo a lo grande. Pretende hacerse pasar por una medium venida del continente, organizar una sesión de presentación en casa de alguna incauta de alta sociedad y a partir de ahí hacer que la bola ruede para que otros clientes se enreden en su tela de araña de mentiras y engaños. Pero para eso necesita ser capaz de generar un gran espectáculo y necesita que la información que maneje sea real.

—¿Y eso qué tiene que ver contigo?

—Muy sencillo. Ella sabe que yo puedo ver fantasmas, muertos o almas en pena, llámalos como quieras y quiere que sea yo quien obtenga esa información de ellos y se la transmita para que ella pueda utilizarla.

—Pero...corríjeme si me equivoco, tú no puedes provocar el contacto. No has podido hacerlo en ninguna de tus vidas anteriores.

—Lo sé y se lo he intentado explicar, pero no le importa, ese es su precio si quiero conseguir los libros. Y yo no puedo permitirme decirle que no. Beatrix no puede permitirse que yo diga que no.

Quizá era la falta de aire o el estrés generado durante el día, pero Anna estaba convencida de que lo siguiente por parte de aquella mujer era algún tipo de sermón y estaba resignada a recibirlo; sin embargo, la mujer no dijo nada y simplemente se levantó y salió de la sala dejando a Anna confundida. Pasaron unos instantes antes de que Meredith retornase portando algo en su mano y cerrase la puerta tras ella.

—Si hubiésemos tenido tiempo habrías aprendido esto mucho antes, pero no tenemos la opción de elegir nuestro destino —le dijo sentándose en una silla frente a ella.

—¿Aprender el qué?

—Ya te he explicado que cada una de las madres tiene un don especial, un poder que la define, una habilidad innata que se conserva vida tras vida. Lo viste en Ming Li Xia con sus espejos, por ejemplo. —Anna asintió sin saber a dónde quería llegar—. En tu caso, tu don ha sido la habilidad para ver y comunicarte con aquellos que han abandonado sus cuerpos físicos, pero, por alguna razón, siguen ligados a este mundo. Pero tú nunca has sido quien controla esa comunicación, son ellos los que vienen a ti.

—Todo eso ya lo sé.

—Sí, lo sabes, pero no lo entiendes. ¿Quién es la persona que se te ha aparecido en esta vida con mayor frecuencia?

—Mi esposo.

—Y, ¿te has preguntado por qué?



—¿Que si me lo he preguntado? Miles de veces. Incluso se lo he preguntado a él otras tantas, cada vez que me atormenta con su presencia, pero la única respuesta que recibo son gritos de dolor y gemidos terribles.

—Te equivocas, eso es lo tú interpretas de su respuesta porque asumes que esa es su intención. Digamos que tú transformas la respuesta en algo odioso y terrible porque eso es lo que esperas. ¿No te has preguntado por qué eso no ocurrió cuando destapaste las artimañas de esa tal señora Copper? En ese instante no esperabas una respuesta aterradora y no la recibiste. Lo mismo ocurrió cuando viste a María. La primera imagen pudo ser semejante a la de tu marido, pero en un segundo cambió, ¿cierto?

—Sí, es verdad, pero yo no sabía lo que podía esperar allí.

—Exacto. Tu comunicación con el más allá funciona en las dos direcciones, pero eres tú quien la controla, quien decide como ha de ser. Si abres tu mente sin prejuicios el mensaje llegará claro y sencillo, sin adornos alrededor. ¿Puedo preguntarte en qué circunstancias se te ha aparecido tu esposo?

—En todas. La primera vez fue al poco de su muerte y desde entonces ha sido casi cada día, de forma cons... —Anna no acabó la frase.

—¿Ocurre algo?

—No ha aparecido de forma constante, en realidad, no.

—¿Cuándo ha aparecido?

—Tras su muerte apareció todos los días hasta que salí de Bedlam. Cuando empecé a estudiar con Lady Ashley sus visitas fueron menos frecuentes y silenciosas hasta que...

—¿Hasta qué...?

—Hasta que el detective Gables vino a mi casa. Aquella noche le vi de nuevo, sus gritos horribles como al principio, su aspecto terrorífico. Después volvió a pasar, en Escocia, cuando Kitty... Y con Ming Li Xia, en Limehouse, cuando ese ser me perseguía y Andrew... Andrew estaba allí.

—No sé tú pequeña, pero no me parece que sus visitas hayan sido casuales...

El rostro de Anna miró a la mujer fijamente y su mente empezó a aceptar que tenía razón, no sabía cuál, pero existía algún tipo de patrón.

—Pero, ¿qué se supone que debo hacer?

—Eso sólo puedes decidirlo tú, pero parece que hablar con él es una buena opción, ¿no crees?

—Pero, ¿cómo...?

La mujer cogió su mano, la giro dulcemente y depositó algo sobre ella. Los ojos de Anna reconocieron inmediatamente de qué se trataba.

—Una lágrima de Saraswati.

—Así es, la mía. Creo que soy la única madre que no ha engarzado la suya en algún tipo de fruslería. ¿Aún tienes las otras tres?

—Sí —respondió Anna.

—Muy bien. Lamentablemente no tenemos idea de donde se encuentra la tuya y al no haber recuperado tus recuerdos no hay forma de que puedas decirnos donde la viste por última vez, pero las nuestras te ayudarán. Las lágrimas de la madre son luz pura, capaces de iluminar el lugar más oscuro, incluso cuando ese lugar está en nuestro interior. No te ayudarán a provocar la comunicación —nada puede hacerlo—, pero te ayudarán a traer luz al mensaje para que puedas verlo como es y no como tu mente cree percibirlo. ¡Quédatela y úsala, no sé qué mensaje es el que tu esposo intenta transmitirte, pero me parece que es lo suficientemente importante para que le escuches con atención!

Los dedos de Anna se cerraron sobre aquella piedra de color claro y forma irregular e inmediatamente sintió un calor reconfortante recorriendo su cuerpo. Meredith no dijo nada más, tan sólo acarició el rostro de Anna con dulzura y se marchó de la sala dejando a Anna con sus pensamientos.

Tardó unos instantes en encontrar las fuerzas para dirigirse a su habitación. Le pidió a la señora Prescott que le ayudase a liberarse de aquel vestido que la había oprimido todo el día y se sintió mejor cuando el aire pudo llenar plenamente sus pulmones. Soportó como pudo las protestas de la señora Prescott cuando le indicó que no cenaría y, cuando por fin se encontró sola, en la habitación, con la puerta cerrada, sacó del cajón del vestidor el saco de terciopelo negro que contenía las joyas de las otras madres del mundo. Las puso sobre la mesa y colocó a su lado la piedra que le había entregado Meredith. De repente las cuatro piedras empezaron a brillar con una intensidad enorme, despidiendo una luz que parecía palpitar como si tuviese vida propia. Anna acercó sus manos a la luz y pudo sentir su calidez inundándola, podía sentirla en su interior reconfortándola, reparando todo lo que estaba dañado, llenándola de algo parecido a esperanza.

Esta vez fue diferente. No hubo ningún frío que le recorriese la espalda, ninguna de las señales habituales que anunciaban su llegada. Esta vez tan solo un pequeño susurro en una voz que conocía bien resonó en su cabeza alertándola de que ya no estaba sola. Anna se giró lentamente aún temerosa de lo que pudiese encontrar y le vio frente a la ventana. Su rostro tenía la palidez

de la muerte, y se asemejaba a las estatuas de los mausoleos, sus ropas estaban sucias y en estado de podredumbre, pero esta vez sus ojos estaban allí, no había cuencas vacías como otras veces, ni mostraba la pesada respiración con la que le había atormentado en el pasado. Anna podía reconocer perfectamente el cuerpo de su difunto esposo.

—Stuart —le llamó por su nombre.

—Sí, soy yo, Anna...mi querida Anna. —Las palabras resonaron en su cabeza dulces, calmadas, sin ápice de rabia o dolor, pero sus labios no se abrieron en absoluto.

—Yo...

—No digas nada, por favor, no tenemos mucho tiempo. ¡Y tengo tanto que decirte! —continuó la voz en su cabeza—. ¡Lo siento tanto Anna, siento no haber sido el hombre que necesitabas, que merecías! Tenía que combatir mis propios monstruos y no pude hacerlo.

—Stuart, ¿estás...? —intentó preguntar Anna.

—Estoy bien, mi amor, aquí no hay dolor, las cargas se quedan ahí, no traemos nada con nosotros. Aquí todo es paz y calma. ¡Pero tú, mi querida Anna, tú estás en peligro! Traté de avisarte, traté de decirte que esa criatura se acercaba a ti, traté de decirte que no debías confiar en ese detective, pero no supe hacerme entender.

—No fue tu culpa Stuart sino la mía, no sabía ver más allá del velo, no sabía entender el mensaje. Pero lo importante es que ahora lo sé, que todo está bien y no debes pensar más en el pasado.

—Anna, esta es la última vez que me verás —dijo la voz con una tristeza infinita—. Es mi momento, debo continuar. Pero tengo un mensaje de otra persona.

—¿De otra persona? ¿De quién?

—Camille. —Anna se quedó parada por un segundo al saber que Camille había usado a su esposo para hacerle llegar un mensaje—. Ella ya no está aquí, su camino ha continuado, pero me pidió que te hiciese llegar este mensaje sin falta.

—¿De qué se trata, Stuart?

De repente las imágenes empezaron a formarse en la mente de Anna, imágenes claras, sin lugar a interpretación posible, imágenes de lo que habría de ocurrir, escenas del futuro del que no podía escapar, del que no debía escapar; y el alma de Anna se hizo añicos.

Como reaccionando a su dolor, la figura de su esposo se desplazó hasta el

lugar donde se encontraba y con una dulzura infinita depositó un beso sobre su frente, uno que Anna pudo sentir como si aún estuviese vivo y junto a ella en aquella habitación. Un último gesto de despedida antes de desaparecer para siempre y dejar a Anna ahogándose en sus lágrimas por lo que ahora sabía inevitable.

El día en que debía cumplir con lo acordado con la señora Copper llegó por fin tres amaneceres más tarde. Anna estaba sorprendida por lo rápido que aquella terrible mujer había sido capaz de organizar el infame espectáculo, pero en el fondo agradeció que así fuese pues cada día perdido era un día que corría en contra de Beatrix. La noche antes una muchacha vestida con harapos y sucia hasta decir basta había traído una nota para Anna manuscrita con letra casi ilegible. La nota, considerablemente extensa, contenía las instrucciones para lo que debía ocurrir al anochecer del día siguiente.

Anna debía vestir completamente de negro y bajo ningún concepto debía hablar con nadie a su llegada a la casa de la víctima que la señora Copper había elegido, la mujer de un comerciante de armas que vivía en Kensington. El esposo, ausente como todo buen esposo, nada sabía de los asuntos que su mujer se traía entre manos. La familia había perdido recientemente a sus dos hijas, de diez y doce años respectivamente debido al sarampión y, mientras el padre tenía sus viajes y sus negocios para refugiarse del dolor, la madre había sucumbido a él. La bruja Copper —como Anna la llamaba internamente y no por sus actividades sino por su maldad— llegaría a la casa acompañada por la persona que había arreglado la visita haciéndose pasar por Frau Werner, una supuesta medium y vidente originaria de algún país báltico que había conseguido hacerse un gran nombre en la corte de Viena. A fin de evitar que nadie notase que era Anna quien transmitía el mensaje a la bruja Copper y no al revés, la mujer había ideado toda una red de excusas que Anna no pudo por menos que reconocer que eran brillantes. Frau Werner, de acuerdo a su plan, no hablaba alemán cuando entraba en trance —un idioma que era factible que alguno de los invitados conociese dado que hasta la propia casa real británica era de origen germano—, sino que hablaría en susurros en su idioma natal, una lengua poco común de los Balcanes. Por ello, Anna debería ser su intérprete, lo cual les daba la oportunidad de conversar en susurros sin que nadie se atreviese a interrumpirlas y facilitaría que Anna transmitiese el mensaje correcto como si viniese de la misma Frau Werner.

Anna sabía que, sin embargo, había algo en su plan que, de fallar, daría al traste con todo. Era más que probable que no viese a ningún alma, que no fuesen las de las pequeñas o simplemente que no pudiese recibir ningún mensaje de ellas. Pero a esas alturas se había metido en un callejón del que ya no podía salir.

Cuando llegó el momento de montar en el carruaje que la llevaría a la casa en cuestión Anna metió la mano en el bolsillo interno de su abrigo, negro como su vestido, y agarró fuertemente las lágrimas de Saraswati que llevaba en su precioso saco de terciopelo y no las soltó hasta que llegó a su destino. Entró en la casa acompañada por un sirviente que la había recibido en la puerta y tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para no echarse a reír. La imagen que la recibió en el salón de aquella casa era de los más ridícula. Se habían dispuesto dos sillas en el centro de la sala, una de ellas estaba ocupada por la bruja Copper, vestida de negro de arriba a abajo y con un velo de encaje del mismo color que le cubría el rostro. Junto a ella, una silla vacía que Anna supuso sería para ella. Alrededor, se habían dispuesto dos docenas de sillas rodeando a la mujer como si de un anfiteatro se tratase y todas ellas estaban llenas de invitados, en su mayoría mujeres de una cierta edad que cuchicheaban entre ellas sin dejar de observar a la mujer que permaneció impertérrita en su silla, y ahora a Anna.

—¡Ah, por fin! Bienvenida, supongo que ahora ya podemos empezar, ¿verdad? — dijo una mujer entrada en carnes y corpulenta dirigiéndose primero a ella y luego a un hombre alto y con barba que se encontraba en la esquina del salón casi oculto por los grandes cortinajes.

—¡Por supuesto, señora Reddington! —respondió el hombre cogiendo a Anna por el brazo sin mucha delicadeza y llevándola hasta su silla. Cuando se sentó, la bruja Copper se agachó ligeramente para susurrarle al oído:

—¿Lista para el espectáculo?

—Esto es un error —le susurró Anna en respuesta.

—Recuerde lo que se llevará a cambio.

—Amigos todos —les interrumpió la voz chillona de la señora Reddington—, muchas gracias por venir y por apoyarnos en este acto de amor, porque eso es lo que es. Vosotros sabéis bien lo que mi esposo y yo hemos sufrido debido a la pérdida de nuestras hijas y sabéis también que yo siempre he sido una fiel defensora de que la vida no acaba aquí, que algo nos espera al otro lado. Pensé que mi vida estaba acabada, como lo haría cualquier madre, pero afortunadamente nuestro señor trajo a mi vida al señor Mayer —dijo

indicando al hombre con barba—, y, gracias a él, a la querida Frau Werner. Esta humilde señora —continuó y Anna casi se ahoga al contener la risa que el calificativo le provocó—, ha ayudado a las grandes casas de Europa a superar el dolor de pérdidas como la nuestra, la misma emperatriz Isabel de Austria cuenta con ella entre sus asesores más cercanos y hoy tenemos la suerte de tenerla entre nosotros. Así que, sin más, dejemos que comparta su luz con nosotros.

Anna no podía comprender como aquellas personas, sin duda con acceso a cierto nivel de educación, podían estar creyendo aquella sarta de estupideces, pero no tuvo tiempo de pensarlo más porque de repente las cortinas de las ventanas se cerraron y las velas que iluminaban la sala se apagaron de forma que solo unas cuantas estratégicamente colocadas quedaron encendidas. Aquello le dio a la sala un aire tétrico que sin duda formaba parte del escenario requerido por la bruja Copper. El espectáculo empezó de forma inmediata y el cuerpo de Anna se tensó como la cuerda de un violín.

La bruja Copper, completamente metida en su papel de Frau Werner, empezó a canturrear algo incomprensible al tiempo que movía su cuerpo en la silla hacia delante y hacia atrás. En el silencio y la oscuridad de la sala aquel sonido recurrente y constante cobraba un efecto casi hipnótico. Anna sabía que aquello no duraría, pronto necesitaría darle algo sustancial a la señora Reddington o aquella sesión sería un fracaso. Sus ojos empezaron a mirar frenéticamente a su alrededor esperando ver alguna figura, alguien que quisiese transmitir algún mensaje para aquella mujer, pero nada ocurrió. Anna empezó a ponerse nerviosa, la bruja Copper le dio un golpe disimulado en el pie, su forma de indicarle que necesitaba decir algo, no podía alargarlo más. Anna llevó la mano al saquito que llevaba en su bolsillo, podía notar su calor, pero no podía notar nada más. Aquella casa estaba vacía, no había fantasmas de ningún tipo, desde luego no los que la señora Reddington esperaba. La respiración de Anna empezó a acelerarse, la imagen de Beatrix encadenada en aquella celda en manos de aquella criatura era lo único que le venía a la memoria. La bruja Copper empezó a emitir unos gemidos terribles, y a sacudir su cuerpo como si sufriese convulsiones, su forma de decirle que no podía alargarlo más. Y de repente, el silencio.

Anna no supo comprender de forma inmediata lo que había ocurrido, simplemente pensó que la mujer se había callado probablemente dando la sesión por perdida, como ella debería dar por perdida a Beatrix, pero, de repente, sus ojos procesaron la información a su alrededor. Las llamas de las

velas que iluminaban la sala habían dejado de moverse, permanecía quietas, sin nada que indicase que estaban vivas a pesar de que seguían iluminando el espacio. Anna enfocó sus ojos en los asistentes que estaban frente a ella. Los abanicos de las señoras habían parado su movimiento en el aire, el humo de los cigarrillos de los caballeros se había detenido en su ascenso hacia el techo. Todo a su alrededor se habían detenido como si hubiesen sido congelados en aquel preciso instante, como si nada de todo aquello fuese ya real. La comprensión de lo que estaba viendo hizo que Anna se levantase de la silla asustada. ¿Podía ser que él se encontrase allí? ¿Acaso la sombra la había seguido hasta ese lugar?

—¡No tengas miedo, pequeña! —Le dijo una voz a su espalda, una voz que había oído antes, aunque el recuerdo de donde no vino inmediato a su mente.

Anna se giró para mirar en la dirección de la voz y se encontró frente a ella a una mujer bajita, regordeta y vestida con un sencillo vestido de lana que la miraba con una dulzura inmensa. María.

—¿María? Tú eres María, ¿verdad?

—Así es, pequeña, o debería decir que así fue. ¡Perdona que mi aparición haya sido tan dramática, aunque creo que es realmente culpa tuya, es el efecto de las lágrimas, aumentan tu poder de forma natural! Pero, no tenemos mucho tiempo...

—Estas personas...

—¡Oh, no te preocupes, una vez que me haya marchado no recordarán nada! Tu angustia debe haber sido muy grande para hacer que me aparezca de nuevo ante ti y de esta manera...

—Pero yo no he pensado en ti para nada, en realidad intentaba llamar a las hijas de la señora Reddington...

—Esas pequeñas hace tiempo que han traspasado a su siguiente ciclo, no puedes llamar a algo que ya no existe, Anna. Esa es la clave de tu poder que debes entender, tu poder te muestra aquello que debes ver, ni más ni menos. Y debes abrirte a él para que pueda guiarte. Nunca podrás influenciarlo, pero no lo necesitas, Anna. En tu caso más que en ningún otro, las cosas pasan por una razón.

—Tengo miedo —dijo de repente Anna sin saber bien de dónde había salido esa confesión.

—Lo sé, y creo que por eso inconscientemente me has convocado aquí, para que puedas entender que tener miedo es normal. Como es normal estar

enfadada, y como es normal estar confundida. La carga que se pone sobre los hombros de las madres del mundo en cada ciclo es inmensa. Nosotras salvaguardamos el mundo de un mal tan terrible que acabaría con él, que traería el fin de todo lo que conocemos, de todo lo que los dioses crearon. Es el peso del futuro de la humanidad el que descansa sobre nuestros hombros, sobre los tuyos. Quien diga que no tienes derecho a tener miedo es un imbécil, pequeña.

—Pero...si fallo...Beatrix, Kitty, Andrew, todos aquellos a los que amo...

—Sí, perecerán, como lo harán todos aquellos a los que no conoces. Por ridículo que pueda parecerte solo superarás tu miedo a la tarea que tienes por delante cuando entiendas de verdad lo grande que es, cuando entiendas que es mucho mayor que aquellos a los que amas, que es tan grande como el mundo entero. Cuando aceptes la inmensidad de lo que se te pide, entonces podrás por fin dejar el miedo atrás y centrarte en tu tarea.

—Y ¿qué ocurre si no puedo?

—Tú ya sabes lo que ocurrirá, te ha sido mostrado, ¿me equivoco? — Y Anna supo que se refería a la imagen que Camille le había hecho llegar a través de su esposo.

—Sí, lo sé.

—En ese caso, ya sabes lo que debes hacer. Confía en ti misma, confía en lo que puedes hacer, porque está en tu interior, ha estado contigo siempre, desde el día en que la madre de todo te eligió para esta misión, Anna. Confía en aquellos que te quieren.

—¿Puedo confiar en Meredith? —preguntó de repente sacando de su pecho la pregunta que la atormentaba.

—Nadie es blanco ni negro, Anna, ni siquiera tú como bien sabes. Y eso no nos convierte en malas personas, simplemente nos hace humanos. Mira en tu corazón Anna, ahí podrás ver quien merece tu confianza — dijo mirándola con tristeza—. Me hubiera gustado mucho poder conocerte en esta vida, Anna, perdóname por no haber sabido encontrarte antes.

—En mi vida, las cosas pasan por una razón —respondió sonriendo y dando la misma frase que momentos antes ella le había dicho.

—Muy buena respuesta —respondió con una sonrisa—. Ahora debo marcharme. NO sé si te veré más mi pequeña, no sé si en esta forma. Pero confío que nos volveremos a encontrar. Pronto.

—Espera, por favor. No te vayas aún. No sé qué debo hacer con esto —le soltó Anna indicando al salón.



—Sí que lo sabes, pequeña, harás lo que sea necesario. —Y sin más su imagen se disolvió en el aire como el humo de aquellos cigarros que llenaba la sala.

Anna miró de nuevo a su alrededor y vio cómo la imagen de lo que le rodeaba vibraba ligeramente y adivinando lo que aquello significaba volvió a su asiento. Los sonoros aullidos de la bruja Copper llenaron de nuevo el aire y todo volvió al estado en el que estaba antes de que María se apareciese ante ella. Anna comprendió inmediatamente a lo que la mujer se refería con hacer lo que fuese necesario y se inclinó sobre la bruja Copper como intentando oír lo que le decía, la señal que la mujer necesitaba para reemplazar sus aullidos por murmullos y comenzar la farsa.

—Este es el mensaje que las jóvenes Reddington han transmitido a Frau Werner —dijo en voz alta—. Un mensaje de despedida.

—¿De despedida? ¿Por qué? ¿Qué va a ser de mis pequeñas?

—Sus hijas se encuentran en los brazos de los ángeles como lo hacen todos los justos muertos antes de su tiempo. El mismo arcángel Gabriel las ampara bajo sus alas y le pide que las deje marchar para que puedan dejar atrás este mundo de dolor y tristeza.

—¿Dejarlas marchar? ¿Así? Pero, ¿qué será de mí?

—Usted debe vivir con la alegría de saber que ellas están mejor, que usted fue una buena madre y que la estarán esperando cuando llegue su momento dentro de muchos años.

—Pero ¿cómo puedo yo vivir con este vacío, con este dolor?

—Sus hijas le piden que dedique su vida a la caridad hacia los demás, que vuelque su amor por ellas en amor por el prójimo y que haga obras benéficas en su nombre.

La mujer miró a Anna con los ojos llenos de lágrimas. Evidentemente no era lo que esperaba oír, pero al mismo tiempo, aquello le daba un nuevo sentido a su vida, uno que no necesitaría de mujeres como Frau Werner y que sin duda aportaría más valor que todo aquello. Anna no tenía duda de que la bruja Copper no estaría contenta. De un plumazo Anna había eliminado toda posibilidad de seguir sacándole dinero a aquella pobre mujer, pero también era cierto que todo aquello haría que su nombre corriese como la pólvora entre la alta sociedad, y le abriría las puertas de otras casas, así que, todo el mundo obtenía lo que quería.

El hombre de barba que había organizado aquel espectáculo, viendo que no había nada más que se pudiese hacer, puso en marcha la maquinaria de salida. Con la excusa de que Frau Werner se encontraba exhausta y debía descansar sujetó por el brazo a la bruja Copper y se dispusieron a abandonar la sala acompañados de la señora Reddington. Anna pretendía irse con ellos y cobrar el precio acordado por sus servicios, pero los invitados se levantaron todos al mismo tiempo y bloquearon la salida de la sala. Para cuando consiguió llegar al exterior de la casa el coche que llevaba a la bruja Copper ya se había marchado. Anna comprendió en ese instante que había cometido un error de cálculo fatal al no pedir nada que asegurase que recibiría su pago tras sus servicios. La bruja Copper no era una mujer en la que se pudiese confiar y ahora que a sus ojos la había traicionado, mucho menos. Sabía que debía darse prisa y pidió al sirviente de la casa que estaba en la puerta que le pidiese un coche. Desgraciadamente el coche tardó mucho y para cuando llegó a la casa de Lambeth donde se había encontrado con la bruja Copper y su hija unos días antes, fue evidente que había sido engañada. La puerta de la casa estaba abierta, pero su interior estaba vacío, oscuro y frío. No había duda de que se habían llevado todas sus cosas mucho antes de esa noche, aquella mujer no tenía intención de pagar su deuda con Anna de ninguna de las maneras. Anna se derrumbó en el suelo sucio y con el rostro en sus manos empezó a llorar desconsoladamente sintiéndose estúpida por haber entregado su confianza a aquella mujer, tan solo por desesperación.

Para cuando llegó a casa era más de media noche. La señora Prescott la había esperado despierta y no era la única. En realidad, toda la casa esperaba ansiosa las noticias que pudiese traer. Anna pensó que su rostro derrotado y sus ojos hinchados serían explicación suficiente, que no sería necesario hablar, pero, a pesar de todo, entró en la salita buscando el calor de la chimenea y el de la compasión. Cuando la puerta se abrió, se encontró a Meredith, Raj, Kitty e incluso a Andrew que observaban algo grande colocado en el suelo en el centro de la sala.

—Yo... —balbuceó Anna sin mirar lo que había frente a ella.

—Anna... —dijo Kitty con un tono precavido—, esto ha llegado para ti tan pronto como te has marchado—. Los ojos de Anna miraron hacia dónde apuntaba la joven y se encontraron con una caja enorme en el suelo de la habitación. Inmediatamente su cerebro reconoció de qué se trataba. La caja de libros que el duque de Portland le había dejado a Fanny. —Vino con esta nota —dijo entregándole un sobre viejo que contenía una nota escrita con letra

infantil.

*Querida señora Parr,*

*Si conozco a mi madre un poco, sé que hará lo posible por engañarla. Por favor, no la odie por ello, ella no puede ser más que lo que es, pero es una buena madre, aunque no sea muy cariñosa.*

*Ella siempre dice que soy como mi padre y sé que él querría que usted tuviese estos libros.*

*Espero que encuentre lo que necesita.*

*Fanny.*

Anna no supo cómo reaccionar por un instante. Su corazón se encogió al pensar que aquella muchacha dulce y honesta se había arriesgado a la más que segura paliza de su madre cuando descubriese lo que había hecho, tan solo para honrar la deuda que tenían con ella. Le hubiera gustado poder hablar con ella, devolver una respuesta a su nota, simplemente darle las gracias de alguna manera por su ayuda, pero sabía que era probable que nunca más volviese a verla y lo único que Anna deseó en silencio fue que, de alguna manera y a pesar de su madre, aquella muchacha pudiese tener una vida feliz.

Dejó la nota sobre la mesa y con la ayuda de Andrew y Raj abrió la caja. En su interior había unas dos docenas de libros de diferentes tamaños, todos ellos con cubiertas de piel y protegidos entre paja para evitar que se dañasen en el transporte. Era evidente que la caja había sido preparada por alguien que amaba los libros y para quien eran muy importantes. Anna estuvo tentada de sacar todos los libros y empezar a revisarlos buscando el que tan urgentemente necesitaban, pero no fue necesario.

Entre los libros de la parte superior de la caja había uno, grande, sin nada escrito en el lomo de piel oscura. Un libro distinto a los demás porque emitía una luz cálida y atrayente, una luz que Anna sabía que sólo ella podía ver. Sus manos lo cogieron con ternura, casi como si se tratase de una criatura, como si fuese lo más valioso sobre la faz de la tierra, porque para ella lo era. Sus manos lo giraron para que sus ojos pudiesen mirar la cubierta, tan vacía como el lomo excepto por un gran camafeo de nácar encastado en un marco fino de oro que ocupaba la parte central de la cubierta. Sus dedos acariciaron la superficie hasta llegar al camafeo que representaba el rostro de una mujer y en ese instante Anna lo supo, pudo recordar sus dedos recorriendo esa misma superficie mucho antes y supo cuál era el nombre de la mujer cuyo rostro se

mostraba en aquel camafeo. Catherine de Boisen. Aquel había sido su rostro doscientos años antes.

## *Retorno*

Sus dedos recorrieron los bordes del camafeo y pudo sentir algún tipo de energía que los recorría. El rostro que se mostraba en él era diferente del suyo, pero no era extraño, era como si el perfil en blanco nácar fuese el de un familiar al que hacía mucho tiempo que no veía, como el de una vieja amiga. Sus manos pasaron del camafeo a la suave piel de la cubierta, por un segundo Anna cerró los ojos y le pareció recordar aquella sensación reconfortante y agradable. Sin duda debía haberla experimentado tantas veces. Sus dedos abrieron el libro, no por la primera página sino por el centro, por una página cualquiera elegida al azar si es que el azar existía. El texto que se mostraba en ella inundó sus ojos. Las letras hermosas y elegantes de las palabras manuscritas que se mostraban en la página le provocaron una sonrisa. Aquel era un trabajo hecho con todo el amor y la delicadeza del mundo, preparado para emocionar el alma de quien lo leía. No prestó atención a las palabras, no estaba interesada en leer el texto, no en ese momento; tan solo quería disfrutar de la belleza que tenía ante ella, sólo para ella. Pasó algunas de las páginas, todas ellas similares, igualmente hermosas. Algunas tenían señales que indicaban donde se había cometido un error en forma de borrón y cómo había sido corregido raspando delicadamente con algún objeto afilado para eliminar la tinta seca. Pero incluso eso había sido hecho con extremada delicadeza. Sus dedos tomaron nuevamente el control y la llevaron a la primera página donde una dedicatoria breve ocupaba todo el espacio.

*A mi querida Sabine,  
¡ojalá mis historias traigan luz a la tuya propia!*  
*Cat.*

Aquella frase, tan sencilla, lo decía todo. Hablaba no sólo de un cariño inmenso sino de una preocupación por el futuro de Sabine. Saber, cómo ahora sabía, que su vida había sido difícil pero relativamente feliz le hacía sentirse mejor. Sus historias —porque una parte de sí asumió la posesión— habían traído algo de luz; no todo en sus vidas había sido pena y oscuridad.

Cuando volvió a la cubierta y sus dedos recorrieron de nuevo el camafeo algo ocurrió, un pequeño chasquido al rozar la parte superior del delicado marco de oro que lo rodeaba. En respuesta la superficie del camafeo pareció despegarse de la cubierta y Anna temió haberlo roto; pero nada más lejos de la realidad. La superficie del camafeo hacía las veces de una tapa que cubría un pequeño compartimento. Por supuesto, Anna tenía joyas así, concebidas para ser prácticas además de hermosas. Receptáculos que podían usarse para guardar pequeños recuerdos de aquellos a los que se amaba, de aquellos que ya no estaban o, de forma más práctica, sustancias olorosas o estimulantes de uso diario. Nada de aquello estaba contenido en el que tenía frente a ella. El compartimento guardaba algo mucho más importante que Anna reconoció inmediatamente, una pequeña piedra blanca e impoluta, de superficie pulida y brillante. Una lágrima de Saraswati, su lágrima. ¿Qué podía haber provocado que tomase la decisión de desprenderse de algo tan importante? ¿Acaso Catherine esperaba volver a ver a Sabine? O, ¿de no ser así, por qué quiso desprenderse de aquello que la definía como madre del mundo? De repente Anna recordó algo importante. Ella era Cat y Cat era ella y, de alguna forma, en su interior supo ver la verdad. No era sólo en esta vida en la que le costaba aceptar su papel. Cat debía haber sufrido enormemente por tener que vivir una vida en constante huida, sin poder amar libremente a quién deseaba y sin poder optar a cosas comunes para el resto de los mortales, como una familia. Meredith se lo había dicho, Catherine se había casado en un intento de tener una vida normal, de escapar de su obligación, una por la que sin duda se vio obligada a pagar un alto precio, uno que Anna seguía pagando hoy en día.

Cogió la piedra con sus dedos y sintió una sensación nueva, diferente, un reconocimiento, como si aquel trozo de roca estuviese vivo y le diera la bienvenida. Giró la piedra ligeramente y vio que había sido perforada y un

pequeño agujero la atravesaba de lado a lado. Inmediatamente supo qué debía hacer con ella. Se acercó al vestidor y abrió su joyero rebuscando entre el contenido hasta que encontró lo que buscaba, una pequeña cadena de oro tan fina que podía hacerse pasar por el interior de la piedra. Tan pronto como lo hizo, sacó el saquito que contenía las piedras de las otras madres y las puso sobre la mesa junto con su recuperada posesión. El reconocimiento entre aquellos objetos fue inmediato y la luz que Anna había visto emitirse en varias ocasiones antes hizo su presencia de nuevo, pero esta vez con mucha mayor intensidad y acompañada de una especie de música apenas audible como si las piedras cantasen su alegría por el reencuentro. Anna volvió a coger el cordón con la piedra y se lo colocó al cuello. Al hacerlo su mano se posó delicadamente sobre la piedra e inmediatamente todo lo que la rodeaba cambió. Su habitación desapareció, la casa entera se vio reemplazada por un vacío nebuloso y frío que no le permitía ver nada a su alrededor. Y, sin embargo, Anna sabía que no estaba sola. No podía verle, pero podía sentirle, podía escuchar los latidos de su corazón y hasta su respiración agitada en anticipación. Pronto fue su voz sibilante y arrastrada la que inundó su pensamiento.

—Veo que tu poder sigue aumentando por momentos. Me alegro, lo necesitarás.

Anna no sabía dónde estaba, pero sabía quién era su interlocutor. Esa voz no era confundible, la había oído ya varias veces. La sombra. Pero esta vez la sensación que provocó no fue de terror sino una muy diferente. Odio. Odiaba a aquella criatura con todas sus fuerzas por lo que le había hecho a Kitty, a Andrew, a Beatrix y no estaba dispuesta a seguir cediendo terreno. Algo dentro de ella se volvió consciente, un nuevo entendimiento de quién era y qué podía hacer y con un sólo gesto de su mano Anna le ordenó a la niebla frente a ella que se disipase, dejando al descubierto la figura encapuchada de la sombra que la observaba desde la oscuridad. La figura sin embargo no era exactamente como la recordaba, algo sutil y apenas perceptible había cambiado. Aquel ser encapuchado no era la figura imponente que había visto en otras ocasiones, era como si hubiese encogido, como si su cuerpo hubiese envejecido.

—Has aprendido trucos nuevos... ¿o debería decir trucos viejos? Espero que no pienses que el haber recuperado parte de tu poder te ayudará a evitar tu destino en absoluto. ¿Has encontrado el libro?

—Sí, lo he encontrado. Dime tus términos, sólo quiero recuperar a Beatrix

cuanto antes...

—¡Ah, sí, tu amiga Beatrix! Es una pena, ¿sabes? Empezábamos a hacernos amigos. En realidad, muy íntimos...

Anna sintió como la rabia crecía en ella, pero esta vez era un poder enfocado en el ser que tenía delante, dirigido a hacer daño, a causar un inmenso dolor. La criatura se llevó la mano a su brazo izquierdo sisando en respuesta.

—¡Maldita zorra...!

—Si descubro que le has tocado un pelo a Beatrix no tendrás que preocuparte del libro porque acabaré contigo hasta que no seas ni siquiera un recuerdo...

—¿De verdad crees que tienes poder para vencerme?

—No lo pretendo, mi única intención es completar un trueque que tú has solicitado, pero para ello Beatrix no debe sufrir daño. Créeme, no quieres tenerme por enemiga —soltó sin saber de dónde venía aquella seguridad.

—Muy bien, si así es como lo quieres. Te espero donde todo empezó cuando la noche sin luna anuncie la llegada del destructor de mundos. Un día más tarde y lo único que encontrarás de tu amiga serán sus cenizas. —E inmediatamente la conexión se rompió dejando en el aire el sonido del siseo de la criatura, como si de una serpiente se tratase.

Anna tuvo que sujetar sus manos por un instante para hacer que dejaran de temblar, ese era el efecto que aquel ser tenía en ella, un miedo subconsciente, miedo a todo lo que le había hecho, miedo a lo que pudiese hacer, pero pronto la misma energía que se había manifestado cuando hablaba con él tomó nuevamente el control.

Sus ojos miraron el libro que se encontraba sobre la cama, sus manos lo cogieron nuevamente y abrieron sus páginas, pero esta vez era diferente, ahora sabía qué buscaba, sabía cómo encontrarlo. Sus ojos enfocaron las páginas, pero más allá de la historia, de las letras, y tan sólo deseó una cosa, ver. Y su deseo fue como una orden. De repente, las letras empezaron a bailar en las hojas, a fundirse y desaparecer y del rastro de tinta nuevas formas surgieron, dibujos, caracteres que Anna no era capaz de asociar con un idioma concreto y que, sin embargo, podía leer y entender sin dificultad alguna. Esos caracteres empezaron a brillar con la misma energía y fuerza que la luz emitida por las lágrimas de la diosa justo antes de desaparecer por completo dejando tras ellos las mismas letras e historias del principio. Pero esta vez, ya no importaba, porque esta vez, aquellas palabras tanto tiempo perdidas, estaban grabadas en



el corazón de Anna. Una marca a fuego, una capaz de arrasar el mundo.

Al día siguiente Anna reunió a todos en el salón de la casa porque, si bien aquella ya no era una historia que la incumbiese solo a ella —en realidad nunca lo había sido—, Anna estaba decidida a que nadie más sufriese por culpa de todo aquello. Sin preámbulos, les explicó cómo había encontrado la piedra en el libro, lo que había ocurrido al ponérsela y las palabras de la sombra.

—Pero, ¿dónde se supone que empezó todo? —soltó Kitty sin darle tiempo a Anna a explicar más.

—No lo sé, pero eso es lo que me ha dicho. Esperaba que tú pudieses ayudarme a identificar el lugar —dijo mirando a Meredith.

—¿Puedes repetirme exactamente qué es lo que te dijo, palabra por palabra?

—A ver, no sé si sabré acordarme de todo exactamente, pero fue algo así como que me esperaba donde todo empezó en una noche sin luna y algo sobre un destructor de mundos.

—Maha Shivatri —dijo de repente Raj casi susurrando.

—Eso es lo que había pensado —replicó Meredith con la misma seriedad sin añadir nada más.

—Y, eso significa... —preguntó Anna exasperada por tanto circunloquio.

—Maha Shivatri es un festival hindú en honor a Shiva, el destructor, el dios que creó las palabras de las que eres guardiana. Ocurre siempre en la catorceava noche de luna nueva, en una noche sin luna de febrero de acuerdo a nuestro calendario.

—Suena terrible —interrumpió Kitty.

—En realidad, no lo es. Shiva es el protector de los ciclos del mundo, el dios de la regeneración, la destrucción es un paso más en ese ciclo. Sólo es terrible si la destrucción se ve como un fin y no como un medio. En realidad, es un festival muy importante. No solo es un momento para pedir que Shiva nos libre de nuestros pecados y nos regenere, sino que, para las mujeres, es un momento para pedir por sus esposos o rogar que les envíe un buen hombre para compartir su vida.

—Pero...si es en febrero, eso es dentro de cinco meses —replicó Anna con cara de terror—, deduzco que tengo un viaje considerable por delante si me ha citado dentro de tanto tiempo. No puedo pensar en que Beatrix deba

estar aún todo ese tiempo en sus manos, sabiendo lo que...

—Creo que no te ha citado dentro de cinco meses mi señora, sino mucho antes. La fecha de celebración del festival de Maha Shivatri ha cambiado, tradicionalmente se celebraba en los alrededores del solsticio de invierno, eso te deja menos de dos meses.

—Un segundo, ¿cómo que tienes un viaje largo por delante? —interrumpió Kitty dándose cuenta de la jugada de Anna—. Supongo que quieres decir, tenemos.

—¡De ninguna manera, ni lo sueñes...! No voy a permitir que ninguno de vosotros ponga en peligro su vida ni un instante más por algo que sólo me atañe a mí.

—Yo no sé los demás, pero yo no pienso quedarme al margen ahora, ese hijo de puta me debe una muy grande y yo voy a ayudarte a acabar con él. Puedes llevarme contigo, o hacerme perseguirte, pero de que te acompaño, te acompaño. ¡Y no te molestes en decirme que no pretendes acabar con él y que sólo quieres recuperar a Beatrix porque a estas alturas te conozco lo suficiente para saber que lo que leo en tus ojos es la llama del odio!

Anna se quedó callada mirando seriamente a Kitty que en ningún momento bajó la vista, no desafiándola sino reafirmando lo que acababa de decirle. Finalmente, sus palabras salieron duras como el cemento.

—Esta criatura lleva milenios causando dolor, muerte y destrucción tan sólo por nuestra culpa, la de las madres. Durante años nos hemos limitado a escondernos y huir dejando que él tomara el control de la situación, todo bajo la excusa de que aquello que protegíamos era mucho más importante que nuestras propias vidas. ¡Pues bien, no lo es! En todo caso es igual de importante, si es la vida del mundo la que se nos ha encargado proteger nosotras también somos parte de él. Y estoy determinada a invertir el estatus quo. Yo no pienso correr más, no en esta vida, por lo que parece ya he huido bastante en las anteriores. Esta vez yo seré el cazador, y él la presa. Si logro vencer, el mundo podrá por fin descansar y la pesadilla se habrá acabado. Si no lo hago...bueno, en ese caso ya no importará porque el mundo tal y cómo lo conocemos no existirá más.

Anna soltó todo aquello sin apenas respirar, con una determinación que dejó a todos sorprendidos. Al acabar su retórica se giró para mirar fijamente a Meredith convencida de que el mayor desafío a sus intenciones vendría de ella, pero para su sorpresa, fue una sonrisa lo que encontró en su rostro.

—Durante siglos he rogado que pudiésemos por fin encontrar las fuerzas

para desafiar lo que nos había sido impuesto, pero nuestra cobardía o nuestra precaución, siempre nos ha llevado a sacrificar nuestras vidas. Yo tampoco estoy segura ya de que ese sacrificio no haya sido en vano puesto que esta amenaza ha vuelto a nosotras, al mundo, una y otra vez. No sé si con esto estamos traicionando la fe que la madre ha depositado en nosotras, pero ya no me importa. ¡No estarás sola en esta empresa, pequeña, como no lo has estado nunca!

Anna miró a su alrededor, y vio los rostros de todas aquellas personas que mostraban la misma determinación, la misma seguridad. Y supo que había perdido aquella batalla. Una parte dentro de sí misma estaba aterrada de poner a aquellos que ya habían sacrificado tanto nuevamente en peligro, pero una voz aún más poderosa y decidida le gritaba que el tiempo de los miedos se había acabado.

—Muy bien, si así ha de ser, así será, pero quiero que entendáis que no puedo garantizar qué será de nosotros, esta tarea que emprendemos hoy puede ser la última.

—En ese caso —respondió Andrew que hasta entonces había permanecido callado— asegurémonos de que será recordada siempre.

—No tenemos mucho tiempo—añadió Meredith—, si debemos estar en India en un poco más de un mes hay mucho que organizar, debemos asegurarnos de que nuestros aliados allí son informados y nos esperan listos para lo que pueda acontecer. Raj, ¿puedes encargarte tú, por favor?

—¡Por supuesto, Janani! —respondió el hombre.

—¿India? ¿Aliados? ¿Tenemos de eso? —preguntó Kitty incrédula.

—En la actual India es dónde empezó todo, concretamente en un lugar próximo a la ciudad que los británicos llaman Chennai; la ciudad de los templos, Kanchipuram. Y por supuesto que tenemos aliados, son muchos los que han trabajado durante años para proteger a las madres de otra manera no creo que hubiésemos sobrevivido. Y sin duda lo harán una vez más en esta última batalla. Pero, además, hay mucho que necesitas aprender, Anna.

—Lo sé, y estoy dispuesta a hacerlo, pero hay algo que debo hacer primero. —Sus manos agarraron el libro y sin pensarlo un segundo lo arrojó en el centro del fuego que ardía en la chimenea.

—¿Qué haces, te has vuelto loca? —gritó Kitty intentando en vano detener a Anna.

—No Kitty, todo lo contrario. Este libro fue un error desde el primer momento, aquello que la sombra busca está más seguro si está guardado dentro

de mí, sin riesgo de que este libro pueda caer en sus manos por alguna desgracia o por el mismo azar. Con esto elimino la única carta que él podía tener en su mano para evitar un enfrentamiento conmigo. Esto será entre él y yo.

Las llamas crepitaron de forma audible como si hubiesen reconocido el alimento que Anna acababa de entregarles y se regocijasen de la labor que se les había encomendado y los ojos de Anna se quedaron mirándolas sintiendo que eran el eco de las que ahora ardían en su interior.

Pronto Raj les había dejado para cumplir con lo que Meredith le había encomendado y Andrew le pidió a Kitty que le acompañase a algún lugar, dejando a Anna a solas con Meredith lista para comenzar su educación.

—Bueno, ¿por dónde empezamos?

—Quizá deberíamos empezar por que me contases lo que no has querido decir frente a tus amigos.

—No sé a qué te refieres —mintió Anna sorprendida por la habilidad de la mujer para leer en su interior.

—Anna, hemos pasado muchas vidas juntas, situaciones muy difíciles, ciclo tras ciclo como si se tratase de una maldición. No puedes mentirme, aunque lo intentes —respondió la mujer con una amabilidad tremenda y una sonrisa dulce como quien regaña a un niño.

—La otra noche Stuart, mi difunto esposo, se apareció nuevamente, pero esta vez seguí tus consejos y pude por fin hablar con él —le confesó finalmente Anna sintiendo que un peso se elevaba de su pecho.

—Me alegro de que así fuese, estoy segura de que esa era una conversación muy necesaria por las dos partes, pero, ¿qué te dijo que te ha dejado en este estado? No pareces tu misma...

—No me siento yo misma —respondió Anna con seriedad—. En realidad, su mensaje fue sencillo, me explicó que, como me dijiste, sus apariciones sólo trataban de alertarme del peligro de la sombra en mi vida y su frustración por no ser capaz de hacerme entender el mensaje era tan grande como la mía por no poder comprenderlo.

—Pero, eso no fue todo...

—No, no lo fue. Stuart traía un mensaje de alguien más, un mensaje en forma de imágenes. Un mensaje de Camille.

Si aquello había sido alguna sorpresa para Meredith, la mujer no lo

expresó y su rostro permaneció inamovible dejando que Anna continuase.

—Lo que Camille quería que Stuart me mostrase no era algo que no hubiese visto antes. En realidad, era una imagen que ya vino a mi mente cuando nos encontramos cara a cara con la sombra en Pottery Lane, cuando aún estaba en el cuerpo de Andrew.

—Déjame adivinar. Pudiste verte a ti misma con las manos ensangrentadas, andando sobre cadáveres, reinando sobre un mundo muerto, un mundo que tú habíais destruido —soltó la mujer haciendo que Anna la mirase con los ojos muy abiertos al reconocer su descripción de las imágenes que había visto en su cabeza—. No debes sorprenderte, no es la primera vez que te oigo hablar de esas imágenes, te han atormentado durante toda tu vida, pequeña, durante todas ellas, desde el día que te encontramos por primera vez.

—Pero... ¿qué significan? Y, ¿por qué Camille deseaba que las recordase?

—Me temo que eso es algo que no puedo responder, en todos estos milenios no hemos sido capaces de explicarlas o de evitar que te atormentasen. Lo único que puedo pensar es que de entre todas nosotras tú eres sin duda la que porta la carga más grande. Tienes que entender que esas palabras que la madre ha depositado en ti para que las protejas, son palabras de destrucción, son el poder de los dioses para regenerar esta tierra, y para regenerar vida primero debe existir la muerte. Por mucho que su objetivo sea la creación su medio son la muerte, y eso sin duda debes ser una oscura carga en tu corazón. Quiero creer que esa es la única razón por la que esas imágenes te atormentan.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si en realidad esas imágenes son una forma de visión del futuro?

—En ese caso, de nada nos valdrá el preocuparnos ahora porque pronto todo habrá terminado... —Y las palabras de la mujer sumieron a Anna en un pozo aún más profundo.

Meredith pasó el resto de la tarde intentando enseñar a Anna cómo controlar y utilizar lo que ella llamaba su poder, y que a Anna seguía resultándole completamente extraño. La mujer intentó hacerle entender que lo que ella llamaba de aquella manera no era más que una forma de energía que vivía en su interior. Más allá de su talento para hablar con los muertos, Anna, como el resto de las madres no tenía ninguna habilidad especial, nada que las

distinguiere de cualquier otro ser humano, excepto la capacidad de conectar con esa energía que vivía en su interior y utilizarla a voluntad. E incluso eso se manifestaba a veces en algunos humanos de forma espontánea, esa era la verdadera magia. Cuando esa conexión se establecía era cuando podían pasar cosas maravillosas. Pero, por supuesto, todo tenía un precio. El esfuerzo requerido para controlar y manejar esa energía podía debilitar rápidamente su cuerpo así que de ninguna manera podía ser algo a lo que recurrir con frecuencia.

Meredith empezó con lo básico, la concentración necesaria para encontrar esa energía dentro de sí misma, algo en lo que su piedra podía ayudarla porque, según la mujer, aquellas piedras estaban hechas de la misma energía. En realidad, la mujer intentó explicarle algo al respecto de que esa energía estaba dentro de cada cosa que les rodea y era la base para todo lo que existía, pero para entonces Anna ya se había perdido para desesperación de Meredith. Piedra, energía, poder. De momento aquellos tres conceptos tendrían que ser suficientes.

Para sorpresa de Anna, conseguir la concentración necesaria para encontrar aquella forma de energía no le costó nada. No quiso decírselo a Meredith, pero se había dado cuenta que, en su caso, era el odio y la venganza lo que facilitaba aquella conexión. Sólo tenía que pensar en la sombra, en aquella criatura despreciable y su conexión con aquel poder se hacía palpable. Si Meredith supuso algo al respecto tampoco dijo nada y se limitó a felicitarla por sus progresos. Pasaron todo aquel día haciendo una sola cosa, aprender a defenderse. Meredith le enseñó cómo usar aquella fuerza para construir a su alrededor lo que ella llamaba muros, barreras de energía capaces de protegerla de ataques como los de la sombra. Una vez que consiguió dominarlos, Meredith la obligó a seguir practicando hasta que sus muros fuesen tan duros como el hierro y Anna acabó agotada. Cuando por fin la mujer consideró que la práctica había sido suficiente para un día, Anna solo quería irse a dormir, pero esta vez fueron Kitty y Andrew quienes entraron por la puerta, y la risa de la muchacha, claramente feliz, lo llenó todo incluida la cabeza de Anna.

—¡No te lo vas a creer, pero está todo arreglado! ¡Tenemos pasajes para la India en tres días! —soltó la joven en cuanto vio a Anna sin darle ninguna importancia a su cara de cadáver.

—¿Cómo que tenemos pasajes...?

—Sí, Andrew lo ha arreglado todo, ha estado magnífico, no te lo puedes

imaginar...

—¿Andrew? Creo que no le entiendo, a no ser que Scotland Yard tenga también contactos en las navieras del imperio...

—En realidad Scotland Yard no, pero yo sí —replicó el hombre claramente no muy cómodo de tener que dar explicaciones.

—Su padre... — interrumpió Kitty—. ¡Díselo Andrew, no hay nada de qué avergonzarse, por dios!

—Puedo prometeros a los dos que no estoy entendiendo absolutamente nada...

—Su padre es Balthazar Gables —soltó Kitty dejando a Anna con un palmo de narices.

—¿Cómo? Balthazar Gables, quieres decir... ¿Sir Balthazar Gables?

—Ese mismo.

—¿Sir Balthazar Gables miembro del parlamento, mano derecha del primer ministro Gladstone?

—Me temo que sí, de hecho, desde que ganaron las elecciones a primeros de año es también ministro de industria.

Anna recordaba haber visto las noticias. El partido liberal de Gladstone había ganado las elecciones en marzo, y si uno podía creer lo que decían los titulares de los periódicos, había sido para disgusto de su majestad la reina, que detestaba al serio e intransigente Gladstone profundamente y era, sin embargo, ardua defensora de su predecesor, el conservador Benjamín Disraeli. Aquella era una situación que Anna no había podido entender nunca, cómo una mujer en un puesto de sumo poder como lo era su majestad podía gustar de rodearse de aduladores como Disraeli que públicamente habían manifestado que lo mejor para lidiar con su majestad era recordar que ante todo era una mujer; en clara alusión a sus maneras lisonjeras con la que era la dueña y señora del imperio más grande del mundo.

—El caso es que aparte de todo eso, mi padre es también el dueño de una de las navieras más grandes del imperio. Mi relación con él es inexistente desde hace muchos años, en realidad, desde el día en que me negué a seguir sus pasos, y es parcialmente responsable de que entrara a formar parte de Scotland Yard.

—Pero si no tienen ustedes relación, ¿cómo ha conseguido que nos dé pasajes?

Andrew y Kitty se miraron sin atreverse a responder sabedores de que Anna montaría en cólera en cuanto entregaran las noticias.

—Mi herencia... —susurró el hombre.

—¿A qué se refiere con su herencia?

—¡Ha renunciado a la herencia de su padre y a toda posible reclamación legal al respecto a su muerte a cambio de los pasajes, protección, asistencia durante el viaje y a nuestra llegada a la india!

—¿Qué? —gritó Anna—. ¡Decidme que es una broma...!

—No, no lo es. Era la única forma de conseguir lo que necesitábamos Anna. Además, mi padre nunca ha querido dejarme su dinero, considera que mi hermana, con su vida de alta sociedad, es la única persona digna de sucederle, así pues, no pierdo nada porque no tenía nada.

—Pero, era su futuro, Andrew...

—No, no lo era, ya le digo que mi padre habría hecho todo lo posible para no dejarme nada. Simplemente he usado mis cartas para darle lo que él quiere obteniendo lo que necesito. Además, de poco me serviría mi futuro como usted lo llama si este mundo se va al demonio.

Anna no pudo decir nada más, en parte porque no había nada más que se pudiese decir dado que Andrew había firmado ya los papeles de la cesión de su herencia delante del notario, y en parte porque un sacrificio tan grande merecía el respeto del silencio.

Kitty y Andrew se retiraron a sus habitaciones y Anna se sentó por un segundo en el sillón del estudio pensando en cuanto había cambiado su vida en unos meses. No había pedido nada de todo aquello, y el dolor por el que habían tenido que pasar todos los que la rodeaban era muy grande, un dolor que aún estaba presente en la ausencia de Beatrix y las vidas perdidas de las otras madres, incluso en las de los pobres inocentes que la criatura había matado en su camino hacia ella y las benditas palabras perdidas. Pero en toda aquella oscuridad, y quizá porque inconscientemente sus dedos habían empezado a jugar con la lágrima que colgaba de su cuello, Anna supo ver que también existía luz, la luz de las heridas que empezaban a sanar entre Kitty y Andrew, la del sacrificio de Andrew por el bien de su misión, la del amor incondicional de Meredith, una mujer que debería ser una extraña y sin embargo no lo era.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por Raj que entró en la casa desde la cocina recorriendo todas las salas.

—Disculpe señora, Olivia me ha pedido que apague las luces, no sabíamos que aún estaba usted aquí —dijo refiriéndose a la señora Prescott por su nombre de pila.



—No se preocupe, Raj, en realidad ya me iba a la cama, puede usted seguir con lo que estaba haciendo...

El hombre respondió con una inclinación de cabeza a la vez que colocaba sus manos juntas sobre su frente en una señal de respeto que Anna ya le había visto hacer antes, pero a la que no sabía muy bien como corresponder, así que se limitó a desearle buenas noches y comenzó su ascenso por la escalera. Al llegar al descansillo se giró un segundo para volver a mirar al hombre y una sola idea vino a su mente. Había luces más intensas que otras, luces que traspasan vidas y siglos, luces que no se apagan nunca.

## *Travesía*

Anna no fue consciente de lo que significaba el viaje que estaba a punto de emprender hasta que a la mañana siguiente se encontró la casa hirviendo de actividad por los preparativos. Kitty se había escogido a sí misma como organizadora de todo aquel embrollo e insistió, para frustración de Anna, en que ella debía concentrarse en aprender lo máximo posible de lo que Meredith tuviese que enseñarle y desentenderse de todos los preparativos. Pero, por más que Anna sabía que Kitty era más que capaz de apañarse sola a la hora de preparar baúles y bultos para el viaje, había otras cosas de las que encargarse. Aquel movimiento significaba cerrar la casa de Eaton Square al menos por varios meses, y eso tenía consecuencias para otros de sus habitantes.

La señora Prescott no supo qué responder cuando le comunicó las noticias, y eso era un indicativo de cuán terribles debían haber sido para aquella mujer que, en cualquier otra circunstancia, no habría callado. Anna intentó suavizar el golpe asegurándole que seguiría recibiendo su sueldo durante todos los meses que ella estuviese fuera y que, tan pronto como retornase, la cosas volverían al mismo estado en el que estaban; pero aquello fue un terrible error de juicio. Aquella mujer, como le hizo saber de forma muy seria, no podía preocuparse menos por su sueldo, iría a pasar esos meses de ausencia de su señora con su hermana en el campo, donde la tierra y los animales les proveían de todo lo que necesitaban. Su única preocupación era cómo lograría sobrevivir su señora todo ese tiempo sin ella a su lado para

recordarle que debía comer, dormir y tener una vida ordenada, de lo contrario caería enferma. Al escuchar aquella cantinela familiar, Anna hizo algo que salió de lo más profundo de su corazón. Se levantó, agarró a aquella mujer bajita y rechoncha entre sus brazos y le soltó un enorme beso en el carrillo que la dejó completamente confundida y emitiendo pequeños chillidos de azoramiento. En ese momento, Anna se dio cuenta de lo afortunada que era por poder decir que tenía una gran familia, no una formada por un marido y unos hijos, sino una formada por mucha gente que la quería incondicionalmente. A fin de cuentas, eso era la definición de familia.

El ritmo de actividad frenético de la casa puso a Anna en un poco saludable estado de nerviosismo. La realidad era que nunca había estado tanto tiempo fuera de casa y, de repente, sin tener casi tiempo para prepararse, se iba a embarcar en una travesía que duraría varios meses hasta llegar a un país que desconocía completamente. Toda su seguridad de mujer que quería ser independiente se había ido a pique —literalmente—. A Anna no le gustaban los barcos, no le gustaba la idea de estar atrapada en una estructura flotante sin más salida que a nado y a disposición de los caprichos de la naturaleza. Kitty, que estaba como siempre más que entusiasmada con la idea de aquella aventura, había tratado de convencerla de que cientos de barcos hacían aquel viaje al cabo del año, pero sólo consiguió que Anna no dejase de preguntarse cuántos no conseguían llegar a destino.

Meredith hizo todo lo que estuvo en su mano de hierro con guante de seda para mantenerla distraída a base de inacabables ejercicios de concentración, encaminados a hacer más fácil y automática la conexión con el poder interno que todas las madres poseían. La mujer no dejaba de repetirle que no tenía idea de lo grande que su poder podía llegar a ser y Anna empezaba a preguntarse qué significaba aquello verdaderamente. El caso era que no podía negar que los ejercicios a los que la sometía, dignos de la más dura institutriz, de alguna manera habían cambiado algo en ella. Para empezar, ya no se cuestionaba si podía hacer o no según qué cosas, sino cómo podía hacerlas. Había terminado por asumir que la habilidad, el poder o el talento para hacer cosas extraordinarias formaba parte de ella misma, fuere por su naturaleza de madre del mundo o simplemente por necesidad. Siempre había creído que los humanos eran capaces de los mayores milagros cuando la fe les acompañaba, cuando verdaderamente creían en sí mismos. Y quizá eso era lo que se había

despertado en ella, la habilidad de hacer milagros.

Kitty y Meredith no eran las únicas que encontraban algo positivo en aquella vorágine de cambio que les rodeaba. Aunque, fiel a su forma de ser, Raj no mostraba ninguna de sus emociones, Anna había notado un cambio sutil en su manera de comportarse, una ligereza de carácter que no le había visto desde que llegara a su vida y que le daba una especie de luz cálida y cercana. Intrigada por aquel cambio no pudo por menos que preguntarle a Meredith si ella también lo había observado.

—Es normal, supongo, para Raj es una vuelta a su hogar, a todo lo que un día amó y fue su mundo.

—¿Cuánto tiempo hace que no ha vuelto a su casa?

—Raj dejó su casa cuando tenía quince años y no ha vuelto nunca desde entonces, lleva a mi lado más de veinte años, Anna.

—¿Veinte años? Su familia debe estar deseando verle...

—En realidad, cuando Raj dejó su hogar, sus familiares celebraron su funeral...

—¿Cómo? —preguntó Anna sin poder creer lo que oía.

—Tienes que entender que, para ellos, su partida significaba la posibilidad más que segura de no volver a verle. Celebrar su funeral justo al día siguiente de su marcha les ayudó a aceptar la pérdida, cerrar la página del libro, de otro modo no habrían podido continuar.

—Pero, es terrible...

—En realidad, es terrible para él. Piensa que su familia, aún con una mentira, encontraron la forma seguir adelante. Para él, ellos siguen vivos, no solo en su corazón sino en sus ojos, la última imagen que vio de ellos. Comprendo que la posibilidad de volver a verles le llene de esa luz que dices ver, pero no me cabe duda de que, al mismo tiempo, debe ser absolutamente doloroso recordar que para ellos estás muerto. Más aún cuando poco queda ya del niño que les dejó en el hombre que emprende el retorno.

Aquellas palabras resonaron en Anna de alguna forma incomprensible y sintió dolor por Raj, dolor por aquel hombre que había sacrificado su propia existencia por todo lo que las madres representaban y protegían. Un dolor que le hubiese gustado ser capaz de hacer desaparecer, un dolor que le hubiese gustado calmar.

Casi sin darse cuenta el día de la partida llegó y Anna se encontró frente a

la puerta de su casa, llave en mano, lista para cerrar por meses el que hasta ese entonces había sido su hogar. Nunca antes se había dado cuenta de lo importante que era para ella. Era verdad que su vida en aquella casa había sido casi una casualidad, y una no siempre feliz, eso era cierto; pero había algo en aquel lugar que le pertenecía, que vivía dentro de ella. Cuando sus dedos se cerraron por fin sobre la llave para hacerla girar, no pudo evitar preguntarse si volverían a abrirla nuevamente. No quiso mirar atrás cuando se subió al coche que la llevaría junto con Kitty hasta el muelle, no podía permitírselo. Desde ese momento, para ella solo existía el camino que tenía por delante, la llevase donde la llevase.

El coche las condujo hasta los muelles de Limehouse, no demasiado lejos del lugar donde Anna se había adentrado en el barrio donde conocería a Ming Li Xia. En previsión de lo que Anna pudiese sentir cuando viese el barco en el que debía estar encerrada varios meses, Andrew le había explicado que se trataba de un barco de mercancías, con ciertas facilidades para pasajeros, pero que su viaje distaría mucho de ser lujoso. Pero toda aquella preparación no fue suficiente para evitar que se le cayera el alma a los pies cuando vio la nave que les esperaba en el muelle. Se trataba de un navío inmenso, pintado en un horrible color gris oscuro que hacía juego con el humo que salía por sus chimeneas y que gritaba a los cuatro vientos que aquella mole se movía gracias a la fuerza del vapor. Sobre el lateral, unas letras inmensas en color negro anunciaban que su nombre era la reina de Calcuta. Lamentablemente, Anna solo podía pensar en que aquella reina tenía un aspecto muy poco regio.

Cuando subieron a bordo, Raj y Andrew, que se habían encargado de supervisar que el equipaje fuese cargado correctamente, las recibieron en la cubierta y las guiaron hasta sus camarotes donde las esperaba Meredith. Las mujeres compartirían un camarote doble, con su propio baño, para descanso de Anna que se veía compartiendo intimidad con la marinería. Los hombres por su parte, se hacinarían en un camarote minúsculo al otro extremo de la cubierta. El barco poseía doce camarotes como el de Anna y otra decena de los pequeños, además de otros tantos camarotes comunales para los marineros. Andrew les explicó que no debían preocuparse por nada. Aquellos barcos estaban acostumbrados a llevar personas de cierto rango social y las normas de comportamiento eran absolutamente estrictas a la hora de separar las zonas en las que los marineros podían desenvolverse de aquellas dedicadas exclusivamente para los pasajeros y la capitania. Por si eso no fuese suficiente, y tal como había acordado con su padre, dos hombres inmensos,

uno de origen claramente africano llamado Hamsa y el otro tan británico como la propia Anna y que respondía al peculiar y aterrador nombre de cuchillo, guardarían vigilancia permanente en el pasillo de entrada a los camarotes y siempre que ellas decidiesen salir a cubierta o abandonar el barco en alguna de las escalas que tenían por delante.

Al oír el término escalas a Anna se le erizó el vello.

—¿Cómo que escalas? ¿Pararemos por el camino?

—Sí claro, es imposible hacer el viaje de aquí a la India en un barco como este sin repostar. Estoy convencido de que pararemos en Gibraltar y en Adén, pero además tendremos que parar a la entrada del canal de Suez hasta que se nos permita el paso.

—¡Pero, eso nos retrasará aún más!

—Ligeramente, pero las escalas no serán demasiado largas, un día a lo máximo.

Anna quiso decirle que un día en la vida de Beatrix podía marcar una gran diferencia, pero comprendió que Andrew sólo intentaba calmarla y que no había razón para pagar su nerviosismo con él, y de alguna forma se tragó su angustia y no dijo nada. Pasó las siguientes horas colocando como mejor pudo algunas de sus cosas en los minúsculos armarios del camarote, pero pasado el cabreo inicial, comprendió que era imposible que aquellos cubículos tuvieran espacio para sus cosas y las de Kitty —Meredith apenas tenía nada— y acabó por desistir. Cuando el sol empezaba a caer, el estruendoso sonido de la sirena del barco anunció su partida y Anna supo que ya no había vuelta atrás.

Los primeros días de navegación fueron básicamente incómodos. El malestar general que Anna sentía al no estar acostumbrada a navegar se unió a la agobiante sensación de sentirse atrapada. Una sensación que se hizo aún más difícil de llevar por el hecho de que todos sus compañeros de viaje parecían disfrutar completamente de aquella aventura y nadie compartía su angustia. Para colmo de males, Anna pronto descubrió que aquel viaje tenía un elemento considerable de interacción social. En su mente había concebido que aquella travesía sería larga, pero que no tendría que preocuparse por las estrictas normas sociales de Londres y podría relajarse, si eso era posible, en la compañía de aquellos que compartían su carga. Pero nada más lejos de la realidad. El segundo día de navegación el capitán les hizo llegar una invitación para cenar con él en el comedor de almirantes, una invitación que incluía una clara petición. La vestimenta debía ser formal. Si aquello ya habría sido suficiente para hundir a Anna, sintió como si alguien le pisara la cabeza

para hacerla llegar más abajo cuando se dio cuenta de dos cosas. La primera, aquello iba a repetirse cada noche durante todo el viaje, la segunda que, por supuesto, no eran los únicos pasajeros del navío.

En total, contando a los cinco que conformaban su grupo, había doce pasajeros en el barco. Renata, una joven de piel casi transparente, pelo rubio como un ángel de iglesia y con una actitud de niña consentida que destrozaba los nervios de todos, y que iba acompañada de una muy seria dama de compañía que más parecía una institutriz completamente vestida de negro como un cuervo y con un carácter a juego. Lady Madeleine Chatterdowns, la mujer gorda y sudorosa de un general del ejército británico que se dirigía a Calcuta con sus tres hijos, de entre cinco y doce años —todos ellos con un serio problema de náuseas debido al movimiento del barco—, para unirse a su esposo que comandaba una de las legiones de la ciudad. Y, por último, Robert Putney, un maestro de escuela de unos cincuenta años que había decidido aceptar un puesto como tutor del hijo de cierto príncipe hindú no lejos de Bombay. Anna quiso llorar cuando vio el grupo de personas con el que le tocaría fingir que disfrutaba cada noche. Pero lo mejor estaba por llegar cuando le preguntaron cuál era la razón de su viaje a la India y fue incapaz de generar una respuesta rápida, acabando por balbucear algo incoherente delante de toda su audiencia. Afortunadamente Kitty fue mucho más rápida y acudió en su rescate. ¡Y de qué manera! Con dos frases Kitty convirtió a Anna en la rica heredera de una empresa de exportaciones internacionales que acababa de casarse por poderes con un joven y apuesto empresario dedicado al cultivo de algodón en India y se dirigía a unirse con él en una de sus muchas plantaciones. Por si aquello no había sido suficiente, Kitty convirtió a Andrew en un amigo del esposo que había prometido velar por Anna hasta su llegada a sus nuevos dominios, mientras que guardaba para Meredith y para sí misma el papel de devotas amigas de la novia que la acompañaban a donde quiera que fuese. Raj por su parte no había sido invitado a la cena al considerarle servicio, así que nadie preguntó por él y Anna se habría cambiado por él en cualquier momento.

La cena pasó de forma relativamente agradable, fundamentalmente gracias al capitán, un hombre de unos cincuenta años con barba canosa y unos hermosos ojos azules que claramente tenía que pasar por aquello con frecuencia, y que en todo momento supo mantener la conversación viva apelando a los intereses de todos sus invitados. Pero a pesar de ello, cuando volvió a su camarote, Anna no pudo evitar preguntarse cómo iba a sobrevivir

aquello cada noche durante el tiempo que durase su viaje.

Los días se hicieron eternos debido al tedio que provocaba que todos ellos fuesen iguales. La mayoría de sus horas eran monopolizadas por Meredith y sus enseñanzas, pero, al menos eso tenía un elemento de descubrimiento que Anna disfrutaba. El resto del día era una incesante sucesión de eventos sociales que destrozaban sus nervios. Desayunos, comidas, el té de la tarde, todos ellos ocurrían en el mismo lugar, con la misma gente desesperantemente aburrida. Para terminar de complicar las cosas, el Atlántico había decidido que, aunque navegable y según el capitán perfectamente seguro, les iba a dar un viaje movidito y las olas sacudieron el barco durante días. Aquello no sólo ponía a Anna en un terrible estado de nerviosismo, sino que hacía imposible salir a cubierta en absoluto, haciendo que se sintiese cada vez más como un pájaro enjaulado.

Afortunadamente, las cosas cambiaron tan pronto como pasaron por el estrecho de Gibraltar y se adentraron en el Mediterráneo. Como si hubiesen atravesado una barrera invisible los días se volvieron luminosos y cálidos, las aguas se calmaron y Anna pudo por fin salir a cubierta y oler el aire fresco y salado del mar. Para entonces ya llevaban casi dos semanas en mar abierta y, quizá por la dificultad de aquellos primeros días, todos los pasajeros y hasta la marinería intentaron aprovechar al máximo el sol en las cubiertas del barco. Todos los pasajeros, excepto la institutriz de Renata por supuesto, habían cambiado sus ropas por otras más ligeras y claras. Era extraño poder disfrutar de aquellas temperaturas cuando al mismo tiempo en Londres el frío y la lluvia debían ya haberse apoderado de la ciudad sin piedad. Aquel cambio tuvo también un efecto en Anna que de repente se encontró mejor, disfrutando de sus paseos por cubierta sin tener que preocuparse por su mareo y sin pensar en el fin último que la había llevado hasta aquella situación. Puso sus manos sobre la barandilla de la cubierta y cerró sus ojos para concentrarse en el sonido del mar intentando relajarse, pero pronto fue otro sonido el que llenó sus oídos, una especie de susurro, un murmullo reverente que parecía llenarlo todo. Abrió sus ojos, pero no pudo ver a nadie a su alrededor, aunque el murmullo seguía llegando hasta ella. Sin pensarlo, siguió el sonido hasta su origen al otro lado de la cubierta, en la parte posterior del barco. Allí, una silueta familiar se encontraba de cara al mar, con sus ojos también cerrados y de sus labios salía aquella cantinela como si se tratase de una música dulce. Como si de repente su presencia hubiese distraído su atención, el cuerpo de Raj inspiró profundamente y sus ojos se abrieron, aunque no se giró para



mirarla.

—Mi señora... —le dijo en el mismo tono susurrante y dulce.

—Lo siento mucho, Raj, no pretendía interrumpirle. Oí un murmullo y la curiosidad...

—Mi señora no necesita disculparse —dijo girándose por fin con una sonrisa amable—, sólo estaba lanzando una plegaria a mis dioses.

—¿A alguno en particular?

—Supongo que a todos ellos —contestó riendo abiertamente—, y eso es mucho decir para un hindú.

—¿Puedo preguntar qué les pedía? —insistió suavemente.

—Lo mismo que les he pedido desde el día que abandoné mi hogar, que cuiden de la familia que dejé atrás.

Anna miró a los ojos del hombre y comprobó que se habían inundado de lágrimas, pero, contrariamente a lo que ella hubiese esperado, él no se molestó en ocultarlas ni sintió vergüenza alguna por mostrar algo que, para cualquiera de los hombres que ella había conocido antes, hubiese significado debilidad.

—Supongo que debe estar muy emocionado de volver a la India, ¿verdad? De volver a ver a su familia...

—La emoción es muy grande, es cierto, el dolor también...

—¿Dolor? No creo que deba tener dolor Raj, estoy seguro de que ellos le están esperando con los brazos abiertos... —El hombre sonrió con timidez y Anna pudo percibir una amargura en su rostro que resonó en su pecho como si de un gong se tratase. —¿Cree que no será así?

—No solo lo creo, sino que lo sé —replicó sonriéndole nuevamente como quien sonríe a un niño pequeño que malinterpreta el mundo que ve a su alrededor—. Mi familia no solo no podrá abrazarme, sino que ni siquiera sabrán que estoy allí, no podré mostrarme ante ellos.

—¿Cómo? Pero, ¿por qué? —dijo Anna elevando la voz hasta casi gritar.

—Porque para ellos estoy muerto. Si volviese a ellos significaría que alguien fallecido ha retornado para vivir en el seno de mi familia y eso se consideraría una maldición. Para usted será difícil de entender, pero eso haría que todo el poblado les diera la espalda, arruinaría sus vidas y les convertiría en parias. Yo nunca haría eso a mi familia.

Anna quiso decirle que todo eso eran bobadas, pero algo dentro de ella logró detenerla justo a tiempo. Miró a sus ojos profundamente y comprendió que había tanto que desconocía del mundo... ¿Quién era ella para juzgar la fe y la forma de sentir de ninguna persona?

—Así que, este viaje en realidad es doloroso para usted, más doloroso que para ninguno de nosotros...

—Una parte de él lo es, pero lo importante es por qué estoy aquí, por qué mi familia decidió entregar mi vida por esta causa, por usted...

—Esa es la parte que a mí me cuesta aceptar, Raj, que todo esto sea por mí...yo no soy nadie.

—Mi señora es todo, mi señora es madre del mundo...

—Tu señora es tan solo una mujer asustada por todo lo que ha descubierto en los últimos meses, asustada del precio que sus seres queridos están pagando por ello, asustada de sí misma... —le dijo con una sinceridad que no supo identificar de dónde venía.

—El miedo es normal, y también necesario. El cazador que no tiene miedo del tigre sucumbirá bajo sus garras... Además, mi señora no está sola.

—Lo sé, sé que Meredith está conmigo, y que Kitty y Andrew harán cualquier cosa por ayudarme a recuperar a Beatrix...

—No. Mi señora no está sola porque Raj nunca dejará su lado...

Y Anna no dijo nada más, ni siquiera cuando se dio cuenta de que la mano de aquel hombre sostenía la suya.

Tal y como Andrew le había predicho, el barco hizo su primera escala en el puerto de Alejandría. La posibilidad de bajar del barco, estirar las piernas e incluso hablar con otras personas que no fuesen sus inevitables compañeros de travesía se presentaba ante Anna como un oasis en medio del desierto. Lamentablemente, como todo oasis era algo que simplemente no existía. El capitán les explicó que la escala sería tan corta como fuese posible a fin de no retrasar los tiempos establecidos para su llegada a la India y que no permitiría que ninguno de los pasajeros descendiese del barco por su propia seguridad. Aparentemente, el entorno político y social de la ciudad y de todo el país no era muy favorable para los británicos y el capitán debía poner la seguridad del pasaje por encima de todo. Andrew, al ver que Anna no comprendía exactamente el porqué de la decisión y que se encontraba debidamente frustrada, decidió explicarle lo que ocurría verdaderamente. Y la raíz de todo era el famoso canal por el que tendrían que navegar para cruzar al mar de Suez.

El canal había sido construido en colaboración con franceses y británicos con dinero de bancos europeos. Aparte de la inevitable corrupción

gubernamental que una obra de aquella envergadura y en la que se manejaban cantidades ingentes de dinero habían generado, tan solo cinco años antes el gobierno egipcio —más concretamente su cabeza el Khedive Ismail Pasha— había vendido sus derechos sobre el canal a los británicos para saldar las terribles deudas que le atormentaban. Como resultado de aquello, Francia y Reino Unido eran ahora los verdaderos controladores de las finanzas egipcias y, por extensión, de todo su gobierno, que no era otra cosa que una marioneta en sus manos. El pueblo egipcio había aceptado aquella condena impuesta por sus propios líderes hasta ese año, cuando una terrible hambruna y una epidemia que había acabado con la mayoría del ganado habían arrasado el país. Pronto los ojos de los egipcios, aquellos que nada sabían de gobiernos y leyes, se habían girado hacia los que ellos consideraban opresores y las revueltas eran cada vez más frecuentes. El gobierno de su majestad, en respuesta, se estaba planteando la invasión absoluta del país, lo cual tampoco ayudaba a calmar los ánimos.

Después de aquella lección de historia moderna, a Anna sólo le quedó clara una cosa, podía irse despidiendo de bajar a tierra. Si la situación era tan tensa como el capitán y el detective Gables parecían creer, era evidente que no era el entorno adecuado para que una mujer británica y sola se pasease por la ciudad. La escala duró apenas unas cinco horas, tal y como el capitán había indicado y todo lo que los ojos de Anna pudieron ver de Alejandría fueron sus minaretes y los techos de sus casas que se alejaban en la distancia y que parecían llamarla como si se tratase de cantos de sirena. Una llamada que lamentablemente no podía responder.

La reina de Calcuta prosiguió su viaje hacia Port Said, a donde llegaron un par de días más tarde. Después de todo lo que Andrew le había contado sobre el canal Anna esperaba que al menos podría ver aquella magnífica obra de ingeniería, pero tal parecía que la vida no estaba por la labor de regalarle nada durante aquel viaje del infierno. El barco paró a la entrada del puerto y uno de los almirantes del navío fue enviado a tierra para hacer las gestiones necesarias para que les fuese granjeado el paso. Las noticias que trajo de vuelta aquel hombre no eran las que Anna quería oír. La parte positiva era que podrían pasar por el canal de forma inminente, la negativa que lo harían de noche y, dado que el paso les llevaría unas doce horas debido a la limitación en los nudos a los que podrían navegar por él, era improbable que Anna llegase a ver mucho del famoso canal.

Llegados a aquel punto, Anna desistió y decidió que esa noche se iría a

dormir temprano con la única intención de que el tiempo pasase lo más rápida e indoloramente posible; pero una vez más, nada salió de acuerdo a sus planes.

Esa noche los sueños plagaron su mente, sueños tan vívidos que Anna no podía distinguirlos de la realidad, sueños que Anna hubiese jurado que no eran tales. Sus pasos resonaban en el suelo de piedra de una gran estancia como si de un templo o un palacio se tratase. Al fondo algo parecido a una gran mesa de piedra con un único objeto sobre ella atraía toda la atención, tanto que Anna no se dio cuenta del hombre que se encontraba junto a ella dándole la espalda. Sus pasos la llevaron lentamente hasta la mesa, atraída de forma inevitable por lo que había sobre ella, sus manos deseando tocarlo, sus ojos deseando ver de qué se trataba. A medida que se acercaba pudo ver que el objeto era un gran bol dorado, sencillo, sin apenas decoraciones, pero refulgente como el sol. Cuando apenas le faltaban unos metros para poder alcanzar la mesa y el bol, las manos del hombre agarraron algo ubicado en él y sin dudar se lo llevaron a los labios. Anna quiso gritar que no lo hiciese, como si fuese consciente que algo terrible habría de pasar, pero las palabras se negaron a abandonar su garganta. Inmediatamente el cuerpo inmenso del hombre se contrajo en un gesto de dolor acompañado por un terrible grito, sus manos se agarraron a la mesa de piedra y sus dedos quebraron la roca de la que estaba construida. De repente, el hombre se giró para mirar a Anna y esta no pudo retirar los ojos de él. Se trataba de un hombre de una belleza casi inconcebible, con una corpulencia tremenda y un pelo largo de color castaño oscuro que le caía sobre los hombros. Se encontraba completamente desnudo y su miembro estaba erecto. Su piel era de color grisáceo, casi azul y sus ojos eran de un verde intenso como los de Raj. Sobre su frente, algo aún más inesperado ocupaba la posición central, un tercer ojo de la misma intensidad que los anteriores y que se abrió para mirarla igualmente. A sus pies, algo parecido a un tridente yacía en el suelo. Una de sus manos se tocaba la garganta como si un dolor terrible la atenazase y Anna pudo ver que donde sus dedos tocaban su piel la garganta se había vuelto de un intenso tono azul. Como si al mirarla con aquel tercer ojo la hubiese reconocido, los labios carnosos y rojos del hombre se abrieron y pronunciaron unas palabras en un idioma que Anna no podía identificar, pero que podía entender, unas palabras que se quedaron con ella más allá del sueño. «La muerte es solo el camino.»

A la mañana siguiente, Anna se despertó ansiosa por contarle a Meredith lo que había soñado, preocupada por el hecho de qué podía significar y si aquel sueño podía ser otro intento de la sombra por entrar en su mente; pero para su sorpresa, se encontraba sola en el camarote. Se vistió y se aseó tan pronto como pudo y salió a la cubierta del barco donde encontró a Kitty y a Meredith riendo alegremente sentadas al sol.

—¡Bueno, menos mal, ya me tenías preocupada, hoy se te han pegado las sábanas! —le soltó Kitty nada más verla aparecer.

—¿Por qué lo dices? ¿Qué hora es?

—Pues sospecho que nos avisarán para comer en cualquier momento —le respondió la joven haciendo que Anna se sorprendiese al comprender lo mucho que había dormido—. Pensé que queríais ver algo del canal, hace rato ya que salimos de él.

—No...no sabía qué hora era...

—¿Te encuentras bien? —preguntó Meredith adivinando que había algo más que la preocupaba.

—En realidad, no lo sé. —Anna les contó el sueño que había tenido sin omitir ningún detalle y su preocupación por lo que pudiese significar.

—Shiva —murmuró Meredith tan pronto como escuchó su descripción del hombre en su sueño.

—¿Cómo?

—El hombre que describes, no es un hombre, es el dios Shiva. Hay quien le llama el destructor, pero es injusto darle ese nombre porque en realidad, es todo lo contrario.

—¿Puedes explicarme eso?

—Shiva es el encargado de la regeneración del mundo, no puede haber vida sin muerte, no puede haber un nuevo comienzo sin que exista antes un fin. Shiva destruye para que el mundo pueda nacer de nuevo, recuerda que los hindúes creen en la reencarnación, todo muere y se regenera ciclo tras ciclo.

—Un segundo —dijo Kitty—, ¿no hemos oído esto antes? En la historia de Lady Fitzroy...

—Es cierto, Shiva era el dios al que recurrió Bhrama para crear el mundo si no recuerdo mal...

—Así es —dijo Meredith—, y es también el creador del gran secreto que tú guardas, las palabras perdidas vienen de Shiva.

—Entonces, ¿qué es esto? ¿Algún tipo de mensaje? O puede ser un truco de la sombra...

—Me extrañaría, tu poder es ya lo suficientemente grande como para que le sea demasiado difícil establecer una conexión tan larga y tan vívida.

—Pero, entonces... ¿qué significa ese sueño? —protestó Kitty viendo que no llegaban a ningún sitio.

—Lo que Anna describe en su sueño es uno de los mitos atribuidos a Shiva. Cuando los otros dioses crearon el mundo, lo primero que se creó fue un gran veneno. Para salvar al mundo que se estaba creando y a los mismos dioses, Shiva bebió el veneno, sacrificándose por todos. Pero en lugar de morir, su esposa Sati ató una cobra a su garganta para contrarrestar el veneno y su garganta se volvió azul, por eso siempre se le representa con la garganta azul y una serpiente al cuello.

—Pero todo esto, ¿qué tiene que ver conmigo?

—No lo sé, pero no me cabe duda de que pronto lo descubrirás. Ese mensaje que te han hecho llegar forma parte del mismo concepto de la vida que la religión hindú profesa, la muerte no es el fin sino el camino para llegar a algo mayor, a un nuevo ciclo. Recuerda que las madres nacimos de la misma cuna que esa fe, no es posible que el mensaje no tenga relevancia. Lo único que puedes hacer es esperar a que su significado se revele.

Anna no dijo nada más, aunque en su mente una nueva idea había surgido y golpeaba con fuerza por salir. No podía evitar pensar que ese mensaje estaba relacionado con otro que le habían entregado recientemente y que no podía olvidar, las imágenes que su marido le había comunicado de parte de Camille. Anna no sabía cuál era el nexo, no sabía cómo conectar ambas piezas del puzle, pero sentir que estaban relacionadas era suficiente para hacerle creer que algo terrible estaba a punto de pasar.

La oportunidad tan deseada por Anna de bajar del barco y poder volver a sentir algo que no se movía todo el tiempo bajo sus pies llegó cuando hicieron escala en el puerto de Adén. La travesía por el mar rojo había sido de lo más placentera, con un tiempo inmejorable y además el capitán les había indicado que habían logrado atravesarlo en dos días menos de lo que habían estimado, cosa que hizo a Anna muy feliz por un momento; pero, después de varias semanas encerrada en aquella estructura de metal y madera, el carácter de Anna rallaba lo insufrible y era muy consciente de que todo el mundo pensaba lo mismo. Su humor se estaba agriando tanto que empezó a pasar más y más tiempo sola, incapaz siquiera de soportar la constante felicidad que Kitty y

Andrew desprendían tan sólo por el hecho de estar juntos. Las heridas que sin duda existían entre sus dos compañeros de viaje estaba sanando a marchas forzadas y, aunque nada sugería que hubiese entre los dos nada más que una bonita amistad, Anna era capaz de ver una dependencia uno del otro que le hacía pensar que era inevitable que acabase surgiendo algo más profundo entre ellos. Anna se alegraba mucho por Kitty, bueno por los dos, pero al mismo tiempo, consideraba aquello una distracción de lo que verdaderamente les había traído hasta aquel bendito barco y le hacía sentirse cada vez más sola. Se repetía a sí misma una y otra vez que todo era resultado del encierro continuado y del estrés por lo que pudiese tener por delante, pero, en el fondo de su corazón sabía que había algo más. Sus sueños eran la prueba evidente de ello.

Hacía ya dos semanas que aquellos sueños se repetían una y otra vez, unos sueños que la volvían nerviosa y le generaban ansiedad, sueños en los que su vida presente y su vida como Catherine se entremezclaban hasta el punto de no saber distinguir que pertenecía a cuál. Pero el principal problema era la naturaleza de dichos sueños, y más todavía su acompañante en ellos, porque aquellos sueños que la dejaban tan confundida eran de naturaleza sexual. Cada noche, como si de un libro que hubiese leído miles de veces se tratase, su mente recreaba escenas de pasión desbordada en la que unas manos que la conocían bien recorrían cada esquina de su cuerpo haciéndola vibrar como si fuese la tensa cuerda de un violín, tan solo para ser sustituidas por labios y lengua que a su vez recorrían cada poro de su piel. Tras la lengua, aquel hombre que la conocía tan bien la penetraba con una intensidad como nunca había conocido, sin prisa, tan solo haciéndola disfrutar como si quisiese demostrarle todo lo que se había perdido en su propio cuerpo. Cada noche se entregaba a aquel juego, a aquel hombre que la tenía subyugada, a aquel placer que sabía nuevo y desconocido, hasta que llegaba el momento de ver su rostro y este siempre era el mismo, el rostro de Raj que la miraba con ansia.

Anna nunca había sido una mojígata y nunca se había negado a sí misma la posibilidad de disfrutar el sexo con su marido mientras este había tenido algún interés en ella, pero interesado tan solo en él mismo, su esposo nunca había prestado ningún tipo de atención a su placer. Exactamente lo contrario de lo que le ocurría en su sueño. Anna sabía que aquello era solamente eso, un sueño, pero lo que experimentaba en él era diferente a todo lo que conocía, no solo por la escena en sí misma, sino porque en él Raj le descubría cosas de sí misma que no sabía que vivían en su interior. Su problema era por un lado la

recurrencia del sueño, que le creaba adicción y le hacía esperar con ansiedad el momento de irse a dormir y, por otro, que cada mañana tenía que enfrentarse de nuevo al rostro de Raj que, esta vez, la observaba de una forma muy real generándole una sensación de inseguridad y una forma de pudor que detestaba.

Acababa de amanecer cuando la reina de Calcuta por fin atracó en el puerto de Adén y a Anna le costó un mundo pasar por el ritual del desayuno que parecía eternizarse antes de poder por fin lanzarse pasarela abajo hacia la tan añorada tierra firme. Para su sorpresa el resto del pasaje no tenía mayor interés en descender del barco. Renata soltó uno de sus comentarios al respecto de qué iba a hacer ella en un lugar como ese que hizo pensar a Anna que aquella muchacha tenía por delante una vida muy complicada en la india si se acercaba a ella con esa mentalidad. Por su parte, el profesor Putney se encontraba en cama con jaqueca y Lady Chatterdowns prefería quedarse en el barco donde sus vástagos, perfectamente recuperados ya de sus mareos, eran más fácilmente controlables. Así las cosas, Anna se encontró con que los únicos interesados en ver lo que aquella pequeña ciudad tenía que ofrecerles fueron Kitty y Andrew, lo que hizo que Anna se pensase por un segundo si bajar a tierra con la única compañía de aquellos tórtolos no sería peor que quedarse en el barco. Meredith no apareció en la cubierta en toda la mañana, pero se encargó de informar a Raj que bajo ningún concepto debía dejar sola a Anna. Por si pasar todo el día con una pareja en ciernes no era suficiente, tendría que hacerlo teniendo por compañía al hombre al que se entregaba cada noche en una pasión sin control, eso sí, sin que él supiera nada al respecto. El sol calentaba la ciudad desde primera hora de la mañana, pero aquel panorama hizo que Anna sintiese que una gran nube negra flotaba sobre su cabeza. Sin embargo, necesitaba tanto escapar de aquel recinto cerrado que, encontrando fuerzas en algún sitio olvidado de su interior, decidió que de alguna manera disfrutaría aquellas horas de semi libertad.

Adén era una ciudad pequeña, en realidad era más puerto que ninguna otra cosa. En su historia reciente había pasado por las manos de los portugueses, los otomanos, el sultanato de Lajeh y, desde hacía aproximadamente cincuenta años, se encontraba gobernada por los ingleses que habían ubicado en ella un centro de operaciones estratégico que servía de puerto seguro para los muchos barcos que hacían la travesía entre Inglaterra y las colonias orientales. Un vistazo breve al puerto dejaba claro que la población británica en aquella ciudad era básicamente militar. El asentamiento de soldados en la ciudad había comenzado en los años cuarenta a modo de prevención de la piratería en



la zona y desde entonces había sido constante.

Tan pronto como abandonaron la zona del puerto la realidad a su alrededor cambió completamente, era como si hubiesen cambiado de ciudad. Las casas de la ciudad eran bajas, casi todas de una planta, dos como mucho, con la única excepción de un edificio algo más alto, con una cúpula de color blanquecino y una especie de torreta en el lateral que Anna pudo reconocer inmediatamente como una mezquita. Ella nunca había visto una en persona, tan solo las representaciones que había podido ver en los libros, pero estaba segura de que estaba en lo correcto. Sin pensarlo les indicó a sus compañeros de visita que quería acercarse para verla mejor y, aunque dudaba de que ninguno compartiese su excitación, nadie se opuso a la idea. Así que se encaminaron entre las callejuelas de la ciudad en dirección a aquella cúpula. En su camino no se encontraron apenas con nadie, algún que otro hombre que los miraba con cara desconfiada, pero ninguna mujer o niño.

—La muerte de la alegría —le dijo Raj cuando expresó en voz alta su incompreensión.

—¿Cómo? —corearon todos.

—Pasa en todos los pueblos conquistados. No es diferente de lo que ocurre en mi tierra—respondió el hombre con un tono de rabia que Anna nunca había oído en él antes—. Cuando una potencia más poderosa se apodera de la tierra de un pueblo, por mucho que quieran disfrazarlo de convivencia, en realidad se trata tan sólo de ocupación. Aquellos que son ocupados ven de repente como su mundo, en el que se creían seguros, en el que reían y cantaban, en el que vivían sus vidas en plenitud, deja de ser suyo. El miedo se apodera de ellos, su mundo se ve reducido a la seguridad de su hogar, alrededor del fuego que les calienta. Los pueblos se vuelven reprimidos, desconfiados, temerosos y la barrera entre el mundo de los ocupantes y los ocupados se hace cada vez mayor. Y la alegría desaparece de las calles, es la muerte de la alegría.

Al ver la vehemencia con la que el hombre explicaba la situación que les rodeaba Anna comprendió que en realidad debía estar hablando de lo que él mismo había vivido siendo un niño y sintió pena por él, por lo mucho que debía haber perdido. Hubiera querido abrazarle, poder explicarle de alguna manera que entendía cómo se sentía, pero no podía, sabía que ella no podía entenderlo, ella formaba parte de los ocupantes. Ella era uno de aquellos seres que había matado la alegría en su pueblo. Y Anna simplemente agachó la cabeza y continuó su camino.

Algún tiempo después de haber sorteado casas entre callejuelas que parecían no acabarse nunca llegaron por fin a la mezquita. El edificio era mucho más pequeño de lo que Anna había esperado. Apenas un bloque de adobe blanqueado encajado entre las casas que lo rodeaban y cubierto por una cúpula que ahora parecía demasiado grande para el edificio que la sostenía. Las puertas, la cúpula y la cubierta de la pequeña torre adyacente estaban pintadas de un color azul claro que, a la luz del sol y en la distancia, les había sido imposible distinguir del blanco del edificio. Las puertas del edificio estaban cerradas y, como en el resto de la ciudad, no había un alma alrededor. Andrew y Kitty se encaminaron a la parte trasera del edificio esperando encontrar a alguien allí, pero volvieron como se habían marchado.

—Entiendo lo que nos ha contado, Raj, pero ¿no le parece un tanto excesiva esta soledad? —le preguntó Kitty sin querer ofenderle—. Entiendo que la alegría se muera, pero en tiempos de desesperación la gente se aferra aún más a sus dioses, este lugar debería tener algo de vida, ¿no cree?

Raj no tuvo tiempo de responder porque fue interrumpido por Anna.

—¡Un momento, espera! —dijo mientras salía corriendo como una exhalación en dirección al laberinto de casas que les rodeaba.

—¡Anna, espera, ¿dónde vas? —gritó Kitty saliendo tras ella seguida por Raj y el detective Gables—. ¡Espera, te digo! ¿qué ocurre?

Pero Anna no esperó, continuó su carrera entre aquellas casas bajas y en estado medio ruinoso como si supiese exactamente dónde se dirigía, cómo si la guiase alguien. Tras una carrera que parecía interminable por fin llegó hasta la puerta de madera oscura de una casa idéntica a todas las que había visto en el resto de la ciudad. No había nada en ella que le pareciese especial, nada que pudiese atraer su atención de una manera especial. Nada, excepto que esa era la casa donde había entrado la niña.

La había visto por casualidad, un movimiento frente a la mezquita captado en el extremo de su campo de visión, algo que podría haber pasado desapercibido, pero no lo hizo. Sus ojos se giraron y se encontraron con una pequeña, de unos seis o siete años, con un vestido de tela basta en tonos marrones y un velo de color azul muy intenso que cubría su pelo, oscuro como sus ojos. La niña estaba descalza y cuando se dio cuenta de que Anna la había visto, echó a correr para internarse entre las casas. Sin saber por qué, Anna había echado a correr detrás de ella, algo la impulsaba a hacerlo. Necesitaba hablar con la pequeña, preguntarle qué ocurría, ¿dónde estaba todo el mundo?

Raj fue el primero en alcanzarla frente a la casa, con Kitty y Andrew

siguiéndole de cerca.

—Mi señora... ¿qué ocurre?

—La...la niña, ¿no la habéis visto? Había una niña en la mezquita, quería preguntarle dónde está todo el mundo, pero echó a correr. Ha entrado en esta casa...

—¿Estás segura, Anna? Nosotros no hemos visto a nadie...

—Es verdad que estábamos más lejos, quizá todo fue demasiado rápido, pero...—añadió Andrew.

Anna no esperó a que terminase la frase. Como si de repente hubiese comprendido algo que a los demás se les escapaba, empujó la puerta de la casa y entró sin dudar. La escena que la recibió tardó unos instantes en asentarse en su cerebro y dejarla comprender.

Frente a ella, en la oscuridad de la casa, un cuerpo envuelto en un sudario yacía en el suelo. Junto a él, una mujer cubierta de pies a cabeza por una tela negra lloraba amargamente sacudiendo su cuerpo adelante y atrás como movida por un resorte. Dos hombres de unos cincuenta años, igualmente afectados se encontraban de pie en el centro de la sala observando el cuerpo mientras lloraban desconsoladamente. El ruido de los gemidos de la mujer, rota de dolor, hizo que por un segundo ellos no la viesen a ella y que Anna no se diese cuenta de la otra figura que se encontraba en la sala. Junto al cuerpo, de pie, se encontraba la niña que había visto en la mezquita, y Anna comprendió qué ocurría. Aquella niña no era una hermana u otro pariente del cuerpo que se encontraba en el suelo, aquel cuerpo era suyo. La pequeña, como dándose cuenta de que Anna había comprendido sonrió ligeramente, pero no dijo nada. Anna quiso preguntarle por qué la había traído hasta allí, qué quería de ella, qué le había ocurrido, pero no hubo tiempo. De repente, los dos hombres se dieron cuenta de su presencia y de la de Raj que entraba ahora en la casa tras ella y comenzaron a chillarle en un idioma que no podía entender empujándola para que abandonase su hogar. En medio de aquel alboroto Anna captó una última imagen de la pequeña que le miraba fijamente indicando algo con su mano. Anna giró su cabeza para mirar lo que la muchacha le indicaba y vio sobre una mesa baja una pequeña caja de madera, sin adornos con el cierre de la tapa abierto. Sus dedos se dirigieron inmediatamente hacia la caja, sabedora de que el contenido había sido puesto allí para ella. Cuando sus manos desplazaron la tapa hacia arriba fueron sus ojos los que se encontraron con algo que reconoció inmediatamente. La piel tersa había adquirido un tono grisáceo, macilento, las uñas sucias aún

mostraban indicaciones de que su dueña era una mujer, una que cuidaba sus manos, en el dedo central un pequeño anillo con forma de flor, cubierto en unas pequeñas piedras que brillaban enormemente a pesar de la poca luz de la sala, un anillo que conocía bien porque lo había visto cientos de veces, en la mano de su amiga Beatrix. Y la mano era lo que la caja contenía, tan solo una mano que había sido extirpada del resto del cuerpo de su dueña y que había sido depositada en aquella caja a modo de regalo tétrico y cruel. Anna supo reconocer inmediatamente el mensaje que le hacían llegar, ya había vivido esa situación antes. Sus manos no se atrevieron a tocar la que le esperaba en la caja impregnada de una sustancia marrón y oscura. Sangre seca, sangre de Beatrix.

En un instante Anna notó como la rabia se apoderaba de ella, como un único deseo llenaba su mente, la necesidad de destrucción, de muerte, de venganza. Un hambre intensa por destruir a aquel que le estaba causando tanto daño, aquel que amenazaba con destruir todo su mundo. No se trataba de salvar al mundo, no se trataba de un bien superior, aquello era personal. Anna solo deseaba sentir su sangre corriendo entre sus dedos mientras su corazón dejaba de latir en su mano, mientras su vida se extinguía. Y en aquel estado de rabia desbordada, la oscuridad la llenó nuevamente por dentro y por fuera.

## *Samsara*

Gritos. El sonido de una voz estridente, desgarrada y cercana a la desesperación fue lo que disipó la oscuridad, como si el sonido de aquella voz le hubiese ordenado que se marchase. Anna sintió un dolor terrible en la espalda cuando notó que su cuerpo se incorporaba. Un dolor que recibió su eco en otro que le atravesó el cerebro cuando la luz entró en sus ojos y que le hizo llevarse las manos a la cabeza.

Inmediatamente, unas manos intentaron sujetar las suyas, acompañadas de una voz que Anna ni conocía ni podía entender. Sus ojos se giraron para mirar a la persona que le hablaba y encontraron a una muchacha de piel de color aceituna, de apenas unos doce o trece años, vestida con una tela de color rojo intenso que se ceñía a su cuerpo y que la miraba con los ojos muy abiertos, como quien ve a un fantasma. Sus manos continuaban intentando retener las suyas, en un claro amago de calmarla, sin éxito alguno. Anna miró a su alrededor para comprender que no se encontraba en la reina de Calcuta, sino en una habitación grande y majestuosa con hermosas columnas de piedra blanca labradas con formas que no podía reconocer. Las ventanas situadas en el lateral estaban cubiertas con una celosía de madera que filtraba la luz exterior creando una calidez amable en la sala. Quiso preguntarle a la muchacha quién era, dónde estaba y cómo había llegado hasta allí, pero la joven no le dio tiempo para ello y salió corriendo por las puertas dobles de madera de la habitación, dejándola sola. Quería levantarse de la gran cama en

la que se encontraba, pero sus piernas parecían no querer obedecerle y eso hizo que se asustase. Miró nuevamente a su alrededor y vio que en diferentes lugares de la gran habitación alguien, sin duda la joven, había colocado incensarios que desprendían un delicioso olor dulce y relajante. La muchacha estaba cuidando de ella, de eso ya no le cabía duda alguna, pero ¿por qué? Y lo más importante, ¿dónde? Las puertas de la sala se abrieron de golpe y esta vez fue un rostro conocido el que entró gritando su nombre. Kitty la miró con la cara desencajada, con los ojos llenos de lágrimas y se dirigió hacia la cama para abrazarla como si no la hubiese visto en mucho tiempo. Anna se dio cuenta de que iba vestida de forma similar a la muchacha, pero en tonos azules. Tras ella, entró Meredith, más tranquila, pero claramente aliviada de encontrarla despierta. Su indumentaria no era diferente de la de sus dos compañeras, pero en ella, la forma de vestir aquella tela era regia, la forma en que la vestiría una mujer que la ha llevado toda la vida.

Anna logró a duras penas separarse de los brazos de Kitty que, para entonces, ya estaba hecha un mar de lágrimas y, aunque le costó un dolor terrible en la garganta logró hacer una pregunta.

—¿Qué ha ocurrido?

Las explicaciones de lo que había acontecido tuvieron que esperar. Kitty insistió en que lo primero que debía ocurrir era que el doctor comprobara su estado. El doctor al que la mujer se refería resultó ser un hombre con tantos años como Matusalén que se dedicó a inspeccionarla de arriba a abajo sin decir una palabra más allá de murmuraciones que nadie podía entender. A Anna no le hacía ninguna gracia ser sometida a ese escrutinio sin saber por qué, dónde se encontraba o qué había ocurrido, pero tuvo que callar y aguantar dada la intransigencia de la joven. Cuando finalmente el chequeo terminó, el doctor le habló directamente a ella, algo que Anna agradeció.

—Ha tenido usted mucha suerte, señora Parr. Parece que su cuerpo se recuperará completamente y no me cabe duda de que en unos días se sentirá como nueva, tan solo necesita recuperar sus fuerzas, lo normal tras un período largo postrada en la cama.

—Disculpe, doctor, pero, ¿le importaría explicarme qué es lo que ocurre? ¿Y a qué se refiere con período largo?

—Verá, señora mía, ha pasado usted por lo que los médicos llamamos una fase de estupor. Nada anormal en situaciones traumáticas o de choque

emocional intenso. Ha pasado usted un tiempo sin poder moverse, hablar o realizar cualquier otra actividad. A todos los efectos, los pacientes que sufren de estupor están muertos en vida, y la mayoría de ellos no vuelven a recuperar la consciencia, sus cuerpos acaban por debilitarse pasados unos días debido a la falta de alimento y agua dado que no pueden comer ni beber activamente. No sé de nadie que se haya recuperado, ni mucho menos tan bien como lo ha hecho usted. Si creyese en milagros, diría que este es uno de ellos.

—Pero... ¿cuánto tiempo he estado así?

—Cerca de cinco semanas —respondió Meredith sin dejar que lo hiciese el doctor—, casi habíamos perdido toda esperanza. Somos muy afortunados de poder contar con los servicios del doctor aquí —concluyó dándole cera al doctor que la recibió con gusto.

—Y, ¿dónde es aquí exactamente?

—Está usted en el palacio del gobernador de Madrás.

—¿Puede alguien explicarme qué ha ocurrido y por qué estamos en el palacio de un gobernador?

—En realidad esperábamos que tú pudieses arrojar algo de luz al respecto de todo esto. ¿Qué es lo último que recuerdas?

—¿Lo último? —dijo mientras se esforzaba por rebuscar en su mente la última imagen registrada, y fueron dos las que la asaltaron, claras como el agua—. La niña, la mano...

—Un momento, ¿qué niña y qué mano? —preguntó Meredith.

—Había una niña, en la mezquita —se explicó Anna al recordar que Meredith no estaba con ellos en Adén—, yo pensé que era una niña normal, me llamó, me indicó que la siguiese y corrí tras ella por las calles de Adén hasta aquella casa.

—Nosotros te seguimos hasta la casa, no sabíamos por qué corrías, no pudimos ver a ninguna niña —interrumpió Kitty.

—Sí...no me di cuenta cuando la vi, sólo cuando entré en la casa.

—¿No te diste cuenta de qué?

—De que no estaba viva, estaba viendo un fantasma, por eso vosotros no podíais verla —dijo Anna con toda naturalidad como si asumiese que aquellas dos mujeres la entenderían—. Cuando entré en la casa la niña estaba allí, junto a sus padres que lloraban sobre su cuerpo, me había atraído hasta su propio cadáver.

—¿Qué pasó entonces?

—Entonces me lo mostró.

—¿El qué? —insistió Meredith con tono de frustración.

—La niña apuntó con su mano a una caja medio abierta sobre una mesa en la habitación, fui hasta ella, la abrí y entonces lo vi...

—¿La mano?

—Sí, la mano, estaba allí en la caja, muerta, medio descompuesta, pero vi el anillo...lo conozco perfectamente, era de ella... aquella mano era de Beatrix —concluyó Anna llevándose las manos al rostro incapaz de verbalizar lo que aquello significaba. Kitty y Meredith se miraron fijamente en reconocimiento sin decir nada.

—¿Es eso lo último que recuerdas?

—No, lo último que recuerdo es la oscuridad, una oscuridad terrible que lo ocupó todo y, después, sólo despertarme aquí... No puedo creer que haya estado inconsciente tanto tiempo.

—Anna, creo que no lo entiendes —respondió Meredith—, no has estado inconsciente, has estado carente de vida, un estado más allá de la inconsciencia. Lo que el doctor ha llamado un estupor para mí fue sin duda inducido por tu poder que crece por momentos, cada vez más fuerte y poderoso a medida que nos acercamos al origen de todo. Si no puedes controlar ese poder, tu cuerpo se bloquea induciendo una especie de trance muy profundo. Entiendo que lo que creíste ver indujo una respuesta en ti, pero al mismo tiempo es lo que te hizo perder el control...

—¿Lo que creí ver? —interrumpió Anna— ¿Sugieres que me lo he imaginado?

—No sugiero, afirmo que has sido engañada para testar el alcance de tu poder...

—Anna, nosotros no vimos a la niña, lo cual tiene su explicación —resolvió Kitty—, pero tampoco vimos la caja ni la mano. No había nada en aquella casa, ni siquiera la mesa sobre la que dices que estaba la caja. Tan solo aquella familia llorando a su pequeña.

—Entonces, Beatrix...

—No podemos concluir nada —continuó Meredith—, pero sabemos con certeza que la imagen que viste no existía.

—En ese caso, pudo haber sido mi propia mente, mi propio estrés. Quizá esta situación me está sobrepasando y mi mente imagina cosas...

—Me temo que no, pequeña. Lo que ocurrió fue un mensaje, una



advertencia a la par que un examen.

—¿Un mensaje de esa criatura?

—Exacto. Una forma de decirte que sabe que estás de camino y que puede localizarte en todo momento. Me temo que hemos perdido la ventaja que creíamos tener...

—¿Por qué tengo la sensación de que hay algo que no me estáis diciendo?

—Aquella niña... —dijo finalmente Kitty incapaz de soportar el terrible silencio impuesto por la falta de respuesta de Meredith—. Nosotros solo vimos que de repente empezaste a gritar de una forma terrible en aquella casa y que te desmayaste. Raj te cogió en brazos y nos fuimos de allí tan deprisa como pudimos mientras aquella familia nos echaba a patadas al no saber quiénes éramos ni por qué interrumpíamos su dolor. Volvimos directos al barco esperando que un doctor pudiese ayudarte porque no parecías volver en ti. ¡Nunca he visto a un hombre correr tanto con un peso en brazos como Raj aquel día! Cuando llegamos al barco, el capitán llamó al doctor del cuartel de la guardia británica, que confirmó tu estado, pero...también confirmó algo más.

—¿Qué más? —preguntó Anna con miedo de la respuesta.

—Aquella pequeña —continuó Meredith— no había sido la única que había fallecido aquella noche. En total perdieron la vida veinticinco pequeños, todos menores de diez años, todos sin causa aparente.

Los puños de Anna se crisparon aferrándose a las sábanas de su cama al oír lo que Meredith le contaba mientras sus ojos la miraban fijamente negándose a derramar las lágrimas que los inundaban.

—El doctor atribuyó las muertes a alguna epidemia desconocida, pero... —quiso concluir Kitty, pero no pudo.

—Pero no hay duda de que sus muertes eran una demostración de poder y un mensaje, uno que no creo que haya acabado.

—¿Crees que hay más?

—Una vez que el médico confirmó tu estado, se nos plantearon dos opciones para tratar de llevarte a un lugar seguro donde pudieses recibir algún tratamiento. Podíamos volver a Alejandría o continuar hasta Madrás. En el mismo momento en que decidimos que volver a Alejandría era la opción lógica por su cercanía, la capitanía de Adén recibió mensaje de avisar a todos los barcos que fondeasen en su puerto que el puerto de Alejandría se había cerrado por un brote de peste y todas las naves debían buscar puertos alternativos. Me parece demasiada casualidad que al mismo tiempo que tú

enfermabas y nos plateábamos volver, esa opción se nos cerrase.

—Crees que fue él...

—Estoy segura. Además, aún hay más...

—¿Más?

—Está pasando aquí también...

—¿Qué está pasando?

—Cuando llegamos a Madrás, Andrew nos convenció que debíamos dirigirnos inmediatamente al palacio del gobernador —explicó Kitty—, un viejo amigo de su familia que podría proporcionarnos asistencia médica para ti, y así es como acabamos aquí; pero desde que llegamos han pasado cosas extrañas.

—¡Por dios Kitty!, ¿puedes hablar sin rodeos?

—Han desaparecido unas mujeres, bueno unas muchachas.

—¿Cómo? —replicó Anna incrédula de que estuviese pasando algo parecido a lo ocurrido en Adén.

—Ya van nueve, todas de las poblaciones cercanas a la ciudad, los lugareños empiezan a hablar de un demonio que secuestra a sus jóvenes.

—¿Y no se ha sabido nada de ellas?

—Nada, y algunas llevan desaparecidas dos semanas.

—Y tú sigues creyendo que... —le preguntó a Meredith.

—No creo en la casualidad, Anna, además, conozco sus maneras. Esta es su forma de decirte que sabe que estás aquí. Y su forma de demostrar que es él quien tiene el control de la situación. Ahora estás en su territorio, y te lo está haciendo saber.

—En ese caso no pienso retrasar esto ni un minuto más, en cuanto recupere las fuerzas iré en su busca y terminaremos con esto de una vez para siempre...

—No estás preparada, si te enfrentas a él ahora perecerás y contigo cualquier esperanza de detenerle...

—Pues si así debe ser, que así sea, pero no puedo dejar que siga sacrificando inocentes por mí.

—¡El bien de unos pocos sigue haciéndote olvidar el bien de muchos, con esa mentalidad, estás perdida! Mientras sigas pensando que esto se trata de ti, de mí, de Beatrix, mientras sigas pensando que es personal, nunca encontrarás las fuerzas para vencerle. El poder que habita en ti es el de una madre del mundo, mientras no aceptes ese rol, no lograrás dominarlo. Tu deber es proteger al mundo, aún si eso significa perder a alguno de sus miembros.

—¡No puedo permitir más muertes!, ¿acaso no lo entiendes? —gritó Anna con rabia ante la incomprensión de Meredith.

—¡Eres tú quien no comprende, —respondió la mujer con la misma crispación y el mismo tono de voz—, en esta batalla desgraciadamente hay daños colaterales, los ha habido desde el mismo día en que los hombres pusimos por primera vez el pie en este mundo, pero debes decidir qué es lo que quieres salvar porque te aseguro que no puedes salvarlos a todos, no en esta guerra pequeña, no en esta vida! —Y acto seguido la mujer dejó la habitación cerrando la puerta con un tremendo golpe y dejando a Anna enfadada, confundida y sintiéndose más sola que nunca.

Durante los dos días siguientes Meredith no volvió a ver a Anna, y esta no quiso pensar en ella ni por un segundo. Kitty y Andrew, que por fin había aparecido por su habitación al día siguiente, se encargaron de no dejarla sola en ningún momento y de ayudarla en su rehabilitación para que recuperase la movilidad de las piernas. Por suerte, su cuerpo recordó enseguida cómo funcionar correctamente y, tan pronto como recuperó algo de sus fuerzas, pudo levantarse de la cama para dar pequeños paseos alrededor de la habitación. El detective Gables también le trajo otra visita, el señor Jackman, el secretario del gobernador. El hombre, delgado, de unos cuarenta años y con cara de ratón de biblioteca, era en realidad la mayor autoridad del gobierno de su majestad en Madrás en aquel momento dado que, como le explicó en su visita, el puesto de gobernador había cambiado recientemente de manos, lo que había resultado en cierto vacío de poder durante unos meses hasta que el nuevo gobernador y su familia se mudasen a la ciudad a primeros de año. El hombre también le recordó algo que Anna había olvidado por completo, la época del año en la que se encontraban, cuando le indicó que sería para él un honor que todos ellos se uniesen a él en la cena de navidad que tendría lugar una semana más tarde.

Si había algo que Anna detestaba profundamente era la navidad y la manía de todo el mundo de aparentar ser bueno, amable y preocuparse por los demás, aunque durante el resto del año fuesen auténticas arpías. No soportaba la mentira, y la navidad se le antojaba la más grande de todas ellas. Pero tal parecía que este año no podría escapar de ella y tendría que unirse a la pantomima. Claro estaba, si para entonces su enemigo no había tomado algún tipo de acción que hubiese acabado con el mundo conocido. Anna supo

reconocer inmediatamente el tono cínico de sus pensamientos y sabía que de ahí a la autodestrucción había un paso, así que decidió poner aquellas ideas a un lado e intentar centrarse en su recuperación.

A la ausencia de Meredith se unió la de Raj, que no apareció por la casa del gobernador en ningún momento. Kitty le explicó que no sabían dónde podía estar, pero que al enterarse que se alojarían en el palacio del gobernador, había pedido permiso para ausentarse sabedor de que ella recibiría el mejor cuidado posible en aquel lugar. Pero no fue lo único que Kitty le explicó. Al parecer Raj no se había separado de su cama en todo el viaje desde Adén, velando por ella día y noche sin parar para comer o descansar él mismo. No hacía falta ser un genio para saber leer entre las líneas de lo que Kitty le contaba que ella asumía que había algo más que compromiso con su causa tras aquella devoción y preocupación absolutas. Anna se moría por preguntarle más detalles a Kitty, pero sabiendo que la joven escrutinaba su rostro en busca de algún tipo de reacción, decidió cambiar de tema rápidamente.

La realidad era que, a esas alturas, algo dentro de Anna ya había aceptado que sentía algo por aquel hombre, algo que no sabía definir ni nombrar, pero que le hacía sentirse muy agitada y el hecho de que, cada vez que pensaba en él, sus sueños húmedos del barco volviesen con claridad nítida a su mente, no le ayudaba para nada. El caso era que se moría por verle de nuevo, pero como siempre, aquello que deseaba no estaba en sus manos, tendría que ser cuando él quisiera, si es que quería.

Los siguientes días lograron mejorar un poco su ánimo y hacerle recuperar un poco de la alegría de vivir que parecía haber perdido ya no sabía ni cuándo. Su cuerpo respondía nuevamente, podía desplazarse sin problemas y su energía parecía recuperada. Kitty venía cada día a su habitación para recogerla y casi forzarla a caminar por los jardines del palacio. A Anna le costaba aceptar que estaban en diciembre, la temperatura era tan cálida y el ambiente tan húmedo que su mente no podía asociar esas condiciones a su concepto de navidad. Y, sin embargo, su cuerpo parecía adorar aquel clima. En aquellos paseos al calor del sol o sentada bajo los grandes árboles de la residencia del gobernador se sentía más viva que nunca. Tanto ella como Kitty habían dejado atrás los corsés y trajes de telas densas y pesadas propios de la sociedad británica y habían abrazado aquella moda india de telas ligeras y

frescas sin que nadie las criticase por ello. Anna incluso se había atrevido a andar descalza por el jardín y el contacto de la tierra directamente con sus pies, si al principio fue extraño y ajeno, acabó por resultar reconfortante y cercano. En aquel país, en aquel lugar, se sentía más parte del mundo de lo que lo había sido en ningún otro sitio.

Pero pronto el jardín se quedó pequeño, tanto para ella como para Kitty que tomó cartas en el asunto pidiéndole al señor Jackman que les permitiese salir a dar un paseo por la ciudad. Evidentemente ninguno de ellos era un prisionero en aquel palacio sino un invitado, pero Anna era consciente que, como deferencia a su anfitrión y para asegurarse de que su visita sería segura, Kitty hacía lo correcto hablando con él previamente. A Anna le había sorprendido que aquel hombre aún no hubiese preguntado qué les traía hasta Madrás. Había sido tan amable como para invitarles a quedarse en el palacio para celebrar las fiestas, pero seguramente su hospitalidad no podía extenderse para siempre, al menos no sin preguntas. Sin embargo, Anna lo comprendió todo cuando Kitty le sugirió que Meredith podía tener algo que ver con su alojamiento permanente. Es decir, la mujer estaba usando sus poderes para influir en las decisiones del secretario. Meredith y ella no habían vuelto a hablar desde su enfrentamiento, pero una vez que Kitty consiguió permiso y escolta del señor Jackman para pasear por la ciudad, Anna decidió extender la invitación a la mujer que, para su alegría, decidió aceptar.

A la mañana siguiente, Anna y Kitty se levantaron temprano ilusionadas con poder salir por fin de su jaula de oro. Esta vez habían dejado atrás los cómodos saris hindúes que habían estado vistiendo todos esos días y se pusieron unas faldas largas de color caqui y una camisa blanca de tela ligera. El señor Jackman había sugerido que ir vestidas como señoras del imperio ayudaría a su seguridad dado que todos los nativos —palabra que Anna odió en los labios de aquel tipo estirado— se darían cuenta de que eran personas de relevancia si su escolta de tres guardias del gobernador no era suficiente para ello. A Anna todo aquello le parecían estupideces, pero, sin saber hasta dónde llegaba la influencia de los poderes de Meredith, prefirió no arriesgar su visita turística diciéndole lo que pensaba.

Cuando se reunieron con los hombres que les servirían de escolta en la entrada del palacio, Meredith y Andrew ya les esperaban. Era evidente que Meredith no estaba por la labor de que le impusiesen normas y estaba vestida con un hermoso sari de color púrpura que acompañaba con unas simples sandalias de piel. Anna notó que sus manos y sus pies estaban ahora cubiertos

con dibujos en un color oscuro, casi negro y que su larga melena castaña caía libremente por el lateral de su rostro. Aquella mujer era hermosa, no importaba en qué lugar del mundo se encontrase, pero, por alguna razón, su belleza parecía haber florecido aún más en aquel país. Andrew por su parte era indistinguible del mismo señor Jackman, con la misma ropa oscura y densa que le hacía sudar terriblemente debido al calor y la humedad. Kitty se dirigió discretamente hacia él y le hizo quitarse la chaqueta que llevaba puesta sobre la camisa de lino que ella había escogido para él, y el hombre se dejó hacer dócilmente.

Así preparados, la compañía se echó a las calles de Madrás bajo un sol de justicia, pero con una actitud jovial y decidida.

—¿A dónde deberíamos ir entonces? —preguntó Kitty mirando a su alrededor—. Y, ¿dónde está el coche?

—No hay coche, la mayoría de las calles de Madrás son demasiado estrechas para que pase ningún tipo de vehículo, especialmente alrededor del bazar.

—¿Bazar? Pensé que ese era un término propio de países árabes.

—Así es, el término hindú es Bazaar, pero hablamos de lo mismo. Ya ves pequeña, en este mundo estamos todos conectados, no somos diferentes unos de otros, aunque algunos se empeñen en ver diferencias dónde no las hay. —Y Anna pudo oír un ligero reproche en sus palabras.

Caminaron por un buen rato a lo largo de la avenida que llevaba al palacio del gobernador, adentrándose en la ciudad y los ojos de Anna se llenaron de todo lo que la rodeaba. La avenida en sí no tenía nada, un par de edificios claramente de construcción británica alineados a los lados de una calle demasiado angosta. Pero, a medida que se acercaban al corazón de la ciudad, Anna podía sentir como aquella especie de ilusión creada por los invasores, como les había descrito Raj, iba desapareciendo para ser reemplazada por una realidad más viva, con muchos más colores y, lamentablemente, con mucho más miedo. Cuando por fin llegaron inicio del mercado, Meredith se paró un instante.

—Aquí comienza el mercado, entramos en la Madrás real, pero si queréis ver cómo es la vida en esta ciudad hay algo que debo hacer primero. —Sin dudar un segundo, la mujer se acercó hasta los soldados que los acompañaban y les susurró algo que Anna no pudo oír. Cuando regresó junto a ellos, los soldados no la acompañaban.

—¿No vienen? —preguntó Andrew.

—No, señor Gables, nos esperarán aquí hasta que regresemos, pero no se preocupe, le aseguro que estaremos a salvo.

Anna no tuvo que preguntarse si el hecho de que los guardias se quedasen atrás se debía al buen hacer de Meredith con las palabras o a algo más, ya conocía la respuesta, pero también confiaba en la mujer y sabía que aquella era la decisión correcta.

Se internaron en la calle principal del bazar que resultó no ser tal; apenas unos metros más allá de la entrada se transformaba en una pequeña callejuela que se perdía en una maraña de otras callejuelas todas ellas llenas de gente que paseaba entre los puestos que se encontraban en los laterales y que, en muchos casos, no eran más que una tela dispuesta en el suelo donde los comerciantes mostraban sus productos. Inmediatamente los ojos de Anna detectaron algo que su mente tardó un poco más en comprender.

—Los puestos...están prácticamente vacíos.

—Así es, esta zona del país ha sufrido mucho Anna y, aunque se supone que lo peor ha pasado, las secuelas aún están presentes. No tienes más que mirar a sus ojos para comprender que la tristeza sigue muy viva.

—La hambruna... —interrumpió el detective Gables.

—¡Así es, pero la sequía fue impredecible, la hambruna y sus consecuencias fueron provocadas por aquellos que se consideran señores de una tierra que no les pertenece! —respondió la mujer sin siquiera mirar a Andrew.

A aquellas alturas Anna tenía claro que Andrew y Meredith tenían algún tipo de guerra encubierta por algo que no acababa de comprender y, aunque no creía que la sangre fuese a llegar al río, ciertamente era algo que enrarecía el ambiente.

—Hace unos cuatro años —dijo Andrew sintiéndose en la necesidad de dar explicaciones—, toda esta zona sufrió una terrible hambruna debido a una terrible sequía.

—Esa es una visión parcial, si me permite que se lo diga Andrew. La sequía no provocó la hambruna ni la devastación que trajo con ella, fue el gobierno de su país —respondió inmediatamente Meredith.

—¿Por qué? —inquirió Anna.

—Porque había grano y alimentos almacenados suficientes para que la población pudiese sobrevivir, pero el Raj británico, el gobierno del imperio, decidió que ese alimento debía exportarse a otras zonas donde se le pudiese sacar un beneficio económico, condenando a la población de esta y otras zonas

de la india a morir de inanición.

—Pero, eso es terrible...

—Así es, condenar a un ser a morir cuando puedes salvar su vida tiene un único nombre. Asesinato.

—Pero el gobierno hizo lo posible por ayudar después, entiendo que quizá fue tarde, pero...

—¿Ayudar? —respondió la mujer indignada—. ¡Ayudar no es dar raciones miserables de comida a cambio de trabajar de sol a sol sin importar si eres hombre, mujer o niño! Por no hablar de aquellos que estaban demasiado débiles para trabajar, lo que les condenaba irremediabilmente a morir. ¡Eso es esclavitud!

—No quiero que piensen ustedes que justifico lo que se hizo —contestó el hombre balbuceando claramente avergonzado—, sólo intentaba constatar los hechos...

—Los hechos, Andrew —respondió Meredith más calmada, pero fría como el hielo— son que miles de personas murieron innecesariamente y que años después, este país aún no se ha recuperado de las consecuencias. ¿Te preguntabas por qué no había comida en los puestos, Anna? Es sencillo, no quedan jóvenes que cultiven los campos y los que quedan se ven obligados a trabajar para el gobierno británico para poder alimentar a sus familias. La tristeza en los ojos de esta gente...bueno, no creo que eso tenga que explicarlo.

Anna miró al rostro de Meredith y vio que las lágrimas habían invadido sus ojos y se sintió extraña. A esas alturas la imagen que tenía de aquella mujer era la de una roca, un muro de piedra casi indestructible y, sin embargo, había algo que la destruía completamente, el dolor de los demás. Y Anna empezó a comprender qué era lo que significaba ser madre del mundo.

Siguieron su camino entre las callejuelas del bazar en un silencio algo incómodo, esquivando a la gente y maravillándose por lo que veían a su alrededor. A pesar de todo, el bazar era un mercado y, como tal, estaba lleno de olores, colores y rostros que cautivaban a Anna haciendo que una sonrisa llenase su rostro mirase donde mirase. Sin saber por qué, se paró en uno de los puestos donde una mujer mostraba telas de colores intensos y vivos, de las que se usaban para hacer los hermosos vestidos que había visto en algunas de ellas. La mujer le sonrió sin decirle nada, simplemente indicando su mercancía con sus manos. Anna correspondió a su sonrisa y se inclinó para acariciar la mercadería. En ese momento, un pequeño de unos cinco o seis años se acercó



hasta ella. Estaba muy delgado y vestido tan solo con una especie de pantalones que le llegaban a las rodillas. Su pelo negro y largo le llegaba a los hombros y su sonrisa, pícaro y desinhibida acompañaba unas palabras que Anna no pudo entender.

—No puedo entender lo que dices, pequeño —respondió Anna con una sonrisa arrodillándose junto al niño que le devolvió la sonrisa, pero salió corriendo por la calleja que estaba a su espalda. De repente, la mujer del puesto le llamó claramente preocupada queriendo retenerle.

—¿Es tu hijo? —preguntó Anna al ver que la mujer no sabía cómo hacer para correr tras el pequeño sin dejar su puesto, y su única fuente de ingresos, desatendido—. ¡No te preocupes, yo le traeré de vuelta! —Y Anna salió corriendo tras el niño sin pensarlo.

El pequeño diablo resultó ser mucho más rápido de lo que parecía y Anna estuvo a punto de perderle un par de veces, pero consiguió no hacerlo. Sin embargo, en un movimiento que no podía esperar, el pequeño cogió un callejón a la derecha y se metió por una puerta de madera. Anna fue detrás y al cruzar la puerta se encontró, para su sorpresa, en una gran explanada a la orilla de un río. Un grupo pequeño de gente se encontraba al fondo de la explanada, pero mucho más cerca de su posición, se encontraba el pequeño al lado de un hombre alto, vestido de forma tradicional y con un turbante. Anna reconoció su rostro inmediatamente, Raj.

Se dirigió hasta ellos y Raj sonrió ligeramente al verla mientras el pequeño se escondió entre sus piernas.

—Mi señora...veo que has caído presa de los juegos del pequeño Rutjit.

—Salió corriendo de su madre, quise ayudar y... ¿acaso sabía que me traía hasta ti?

—¡Oh, no, en absoluto, creo que la casualidad ha jugado su papel en nuestro encuentro! A Rutjit le gusta corretear por el mercado para disgusto de su madre, conoce a todo el mundo y todo el mundo el conoce a él—. El hombre se inclinó para dirigirse al pequeño en su lengua e inmediatamente salió corriendo de nuevo hasta entrar por la puerta por la que habían accedido a la explanada un momento antes.

—¿Dónde va?

—De vuelta con su madre, mi señora no tiene que preocuparse, estará a salvo.

—Me extrañó no verle cuando desperté —soltó Anna a bocajarro.

—Sí, ruego que mi señora me disculpe, pero no podía quedarme en ese

lugar —dijo el hombre con tristeza en el rostro—, no mientras mi pueblo sufre.

—Lo comprendo Raj —dijo Anna acordándose de la conversación que había tenido unos instantes antes con Meredith al respecto de la gran hambruna—. Es sólo que Kitty me dijo cuánto cuidó usted de mí cuando perdí el conocimiento en Adén y, no he tenido la oportunidad de darle las gracias.

—Mi señora no tiene que darme las gracias, estoy para servirla en lo que sea necesario.

—No Raj, se lo ruego, entre usted y yo no debe haber señora y sirviente, ya no, no tras todo lo que usted ha hecho por mí. Le rogaría que me considere su amiga, si eso no le genera un problema moral.

El hombre miró profundamente a sus ojos y Anna lamentó lo aséptico de sus palabras y sólo pudo esperar que hubiese sabido leer el mensaje más allá de ellas.

—Prometo que así lo haré, mi señora...bueno, creo que puede llevarme un tiempo acostumbrarme...

—No se preocupe Raj —respondió Anna riendo aliviada—, lo comprendo. Este lugar es muy hermoso —dijo queriendo cambiar de tema para hacerlo más fácil—, ¿qué hacen aquellas personas?

—Se trata de un funeral, ¿le gustaría verlo?

—¿Es posible? No quisiera importunar, un funeral es una cosa privada...

—No se preocupe, no es necesario que nos acerquemos demasiado, pero le ayudará a entender un poco mejor a mi pueblo...

—En ese caso, me encantaría —contestó Anna dejándose tomar de la mano por Raj lo cual hizo que un escalofrío recorriese su espalda.

Se acercaron un poco al grupo, lo justo para que Anna pudiese ver lo que ocurría. El grupo estaba formado por hombres, mujeres y niños de todas las edades que se disponían en torno a una gran pila de troncos de madera sobre la que Anna pudo ver un cuerpo envuelto en una tela de color blanco.

—Nosotros llamamos a esto, Antyeshti o Antima Sanskar, el último sacrificio. En nuestra cultura, el cuerpo y el universo son sólo vehículos para el alma. Cuando morimos, retornamos el cuerpo a los elementos para liberar el alma y que esta pueda continuar su camino en el Samsara, el ciclo de renacimiento.

—Todo debe ser destruido para renacer de nuevo. He leído algo de esto en el libro de Catherine.

—Exacto, así es.

Anna tenía miles de preguntas, pero de repente un movimiento atrajo su atención, un hombre saliendo de las aguas del río.

—Ese es el sacerdote que oficiará la ceremonia. Ha purificado su cuerpo en las mismas aguas donde se arrojarán las cenizas del difunto para que su alma sea purificada.

El hombre, de edad avanzada, con el pelo recogido en la parte de atrás de su cráneo y cubierto por un taparrabos se dirigió a la pila de maderas y anduvo a su alrededor varias veces canturreando algo en su lengua mientras todos los miembros del grupo se colocaban alrededor de la pira. El hombre se paró de repente en la cabecera de la pira y arrojó sobre ella un líquido de un cuenco que llevaba en la mano. En ese instante, todo el grupo se giró para mirar en su dirección y Raj hizo una inclinación de cabeza. Inmediatamente, como si aquella hubiese sido la señal esperada y, sin que Anna pudiese ver cómo lo había hecho, la pira se prendió y el fuego envolvió la madera y el cuerpo depositado sobre ella. Raj no dijo nada más, tan solo se quedó mirando la pira y Anna empezó a comprender que había más de lo que sus ojos podían ver en aquella ceremonia. Sin pensarlo, cogió la mano del hombre con la suya y se dirigió a él con toda la dulzura de la que fue capaz.

—¿Quién es, Raj?

El hombre respiró profundamente un segundo y sin dejar de mirar a la pira le respondió mientras apretaba su mano.

—Era mi madre.

Anna no fue consciente de cuánto tiempo pasaron en aquella explanada, viendo como el cuerpo de la madre de Raj se consumía como la madera sobre la que estaba depositado, en silencio, aunque el dolor de la pérdida sin duda gritase en el interior de aquel hombre. Anna no se atrevió a romper aquel momento, pero no soltó su mano en todo ese tiempo. Cuando las llamas y el calor de la brasa se habían por fin extinguido, el sol de la tarde ya empezaba a descender y algunos de los asistentes a la ceremonia se acercaron para recoger las cenizas que depositaron en un cuenco. Raj soltó de repente su mano para acercarse hasta ellos, Anna no se atrevió a seguirle, aquel era un momento familiar, íntimo, uno que ella no deseaba invadir. El sacerdote que había oficiado la ceremonia se acercó al encuentro de Raj y le entregó el cuenco, al tiempo que le dirigía unas breves palabras. Acto seguido, Raj se dirigió al río y, sin pensarlo, se introdujo en él hasta las rodillas con el cuenco aún en sus

manos. Allí permaneció por unos instantes hasta que, justo cuando el sol se ocultaba tras el horizonte, donde el río se perdía, el hombre elevó el cuenco y entregó las cenizas a las aguas que las arrastraron con ellas. Anna no podía entender toda la simbología que sin duda aquel acto llevaba asociada, pero no le importaba, la belleza y la solemnidad de lo que estaba viendo se imponían ante toda incompreensión. No era necesario comprender sino sentir.

Raj salió del agua y devolvió el cuenco al sacerdote que desapareció en la distancia tras despedirse de él. Volvió junto a Anna y no dijo nada, tan sólo la miró fijamente a los ojos con los suyos de color verde intenso, una mirada incómoda que Anna quiso que no acabase jamás. Como si supiese que Anna no podía haber entendido lo que había visto, Raj le ofreció una explicación no solicitada.

—Al entregar las cenizas al agua el alma se libera completamente de su carga física y es libre para continuar con su siguiente ciclo de vida, su próxima encarnación. Eso es Samsara.

—¿Puedo preguntarte cómo...? Quiero decir que Meredith me dijo que no podías volver a ver a tu familia porque para ellos estabas muerto. Las personas que estaban aquí, ¿son ellos tu familia?

—Sí, muchos de ellos lo son, otros son amigos, vecinos, gente que quería a mi madre y a quienes ella quería.

—Entonces... ¿pudiste verla?

—Supongo que India es un país de ritos y costumbres complicadas de entender para un occidental —dijo con la ternura y la paciencia que eran características en él—. El día que me marché, mi familia celebró mi funeral, no por rabia, ni por despecho, ni porque sintiesen que les traicionaba o algo semejante. Me habían preparado toda mi vida para servir a las madres, ellos mejor que nadie comprendía lo que debía hacer. Pero celebrar mi funeral era la forma en la que ellos podían sobrevivir al dolor de la pérdida, su forma de poder continuar.

—Sí, Meredith me lo explicó, pero pensé que volver a verlos impondría algún tipo de maldición sobre tu familia.

—Así es, pero eso cambió cuando supe que mi madre se estaba muriendo —explicó con una tristeza profunda en los ojos—. Aunque mi madre tuvo la suerte de poder sobrevivir la hambruna de hace unos años, su salud quedó gravemente dañada y se fue deteriorando aún más con el tiempo. Ya no podía tomar alimento alguno. Cuando se confirmó que no se podía hacer nada por ella, la situación cambió. Para nosotros, los moribundos caminan en la frontera

entre la vida y la muerte, y creemos que las personas en ese estado pueden ver más allá, que el velo entre los mundos desaparece. En ese estado, mi madre podía verme de nuevo porque para un moribundo es normal poder ver a una persona que ha muerto tiempo atrás si todavía no ha completado la transición a su nueva vida. ¡Lo sé, no es sencillo!

—No, pero creo que lo entiendo. ¿Pero qué hay del resto de tu familia?

—Algunos de los hombres y mujeres que mi señora ha visto en ese grupo son mis hermanos y hermanas, tíos, tías y otros familiares, pero ya ha visto que no se han acercado a mí, ni yo a ellos.

—Para evitar un mal presagio...

—Así es —dijo Raj—. Pude sostener la mano de mi madre en su lecho de muerte, pude verla nuevamente antes de decir adiós, y estoy extremadamente agradecido por ello, pero eso es todo lo que puedo recuperar de mi familia.

—Y todo por mí, por nosotras.

—No, nunca ha sido por las madres, por vosotras como personas. La razón es mucho más importante, es lo que las madres representan, la supervivencia del mundo —dijo el hombre y a Anna le sonó a Meredith.

—Me gustaría poder estar tan segura como tú de que este mundo merece ser salvado. No tengo más que mirar a mi alrededor para que las dudas se siembren en mi corazón. Mira sin ir más lejos lo que mi pueblo le ha hecho al tuyo, ¡cuántas personas han muerto por la ambición desmedida de otras! ¿En verdad merece la pena que protejamos esto? A veces pienso que...

—Que la sombra tiene razón y sería mejor destruir todo esto y empezar de nuevo....

—Pues sí, no puedo negar que a veces lo he pensado.

—Sólo que la sombra no pretende destruir para volver a crear. Ese ser es puro caos, destrucción y muerte sin una finalidad de ningún tipo. Los hindúes no vemos la muerte como algo negativo, ninguna forma de destrucción lo es, todo es parte de samsara, es necesario morir para renacer, destruir para volver a crear. Él sólo desea destruir porque desea ser el único señor de la nueva creación, una creación a su imagen y semejanza, negra, tirana y terrible.

—Lo sé, no creas que no sé lo que pretende, pero, a veces, no es fácil no sucumbir a la oscuridad cuando uno tiene que vivir en esta ausencia de luz.

—¿Me permite mi señora que la lleve a un lugar? —respondió Raj de repente como si se hubiese acordado de algo importante.

—Sí...supongo que sí, claro. ¿A dónde?

—A un lugar lleno de luz.

Anna se dejó llevar de la mano más allá de la explanada, a las afueras de la ciudad hasta que se encontraron con una pequeña valla de madera basta y sin pintar que parecía delimitar algo semejante a un poblado. Raj la hizo pasar por el pequeño arco de madera pintada de ocre que hacía las veces de entrada y accedieron a un grupo de casas de adobe bajas dispuestas en un círculo en torno a una pequeña explanada en la que unas mujeres se afanaban en encender un fuego. Tras el primer círculo de casas Anna pudo ver que había algunas más, todas muy próximas. De repente, de una de las casas unos chiquillos salieron corriendo mientras reían con alegría perseguidos por una muchacha de unos diez o doce años vestida con un sari de color oscuro y que por el tono en que les hablaba parecía regañarles. Los chiquillos pasaron corriendo entre Anna y Raj que les dijo algo con una sonrisa enorme visiblemente contento de observar sus juegos.

La muchacha se acercó a las mujeres y empezó a ayudar con el fuego. Estas levantaron la mirada y le dijeron algo a Raj sonriendo que les contestó señalando a Anna, sin duda explicando su presencia.

—¿Dónde estamos?

—Este es tan sólo un poblado más. Desde que nuestro barco atracó me han dejado una habitación en una de las casas para que tuviese un lugar donde dormir a resguardo. Y eso lo han hecho sin pedir explicaciones. Simplemente necesitaba ayuda, y ellos me la han dado. Esto es lo que yo llamo luz, mi señora.

—Anna... —protestó Anna.

—Muy bien, Anna —replicó sonriendo—. Frente a toda la oscuridad que la sombra pretende traer al mundo aún queda la luz de la gente que tiene un corazón bueno y ofrece amor de forma desinteresada. Puede ser que no todo el mundo sea capaz de albergar esa luz en su interior, pero mientras uno solo de nosotros la guarde y la alimente, la luz no se habrá extinguido permanentemente.

De repente una niña pequeña, vestida como una mujer cualquiera del pueblo llegó corriendo hasta Raj que la cogió en brazos riendo abiertamente lo cual hizo que sus ojos se iluminaran de una forma que rompía todas las barreras de Anna.

—Esta es la pequeña Vadhi, su nombre significa fe en nuestra lengua.

—Es un nombre muy hermoso, encantada de conocerte Vadhi —replicó

Anna sabedora de que la pequeña no podría entenderla, aunque no importó porque Raj tradujo inmediatamente. La pequeña soltó una retahíla de vuelta en su idioma a la par que insistía para que Raj la dejase en el suelo.

—Está invitándote a que cenes con su familia.

—¡Oh, yo...en realidad no quiero molestar, ¡qué dirán sus padres, si puedes explicárselo...!

—En realidad sus padres se enfadarán si no te invita, es tradicional abrir la puerta a los viajeros entre mi pueblo, le harías un gran honor si aceptases.

—Bueno, en ese caso...pero no tengo nada que ofrecerles.

—No necesitas nada, tan sólo tanta alegría como puedas traer en tu corazón. —Y Anna comprendió que se encontraba en otro mundo, uno muy distinto de aquel del que ella venía, uno donde había cosas mucho más importantes que las posesiones materiales.

Anna pasó entre aquellas gentes la que probablemente fue la noche más feliz de su vida, no solo porque todas las gentes de aquel poblado parecían vivir solamente para que su invitada se sintiese a gusto, sino porque Raj no se separó de su lado ni un instante haciéndola sentir la persona más importante del universo. Tan pronto como el fuego estuvo listo, un pequeño grupo de gente empezó a reunirse a su alrededor y las mujeres de la aldea empezaron a sacar platos de arroz y otras cosas parecidas a legumbres que Anna no pudo reconocer y que se echaron a cocer en una gran olla junto con otras verduras. El sol empezaba a caer y la temperatura descendió rápidamente, pero Anna sentía una calidez que sabía a ciencia cierta que se debía más a la proximidad de Raj que al efecto del fuego. Tan pronto como la comida estuvo lista, las mujeres empezaron a repartirla en cuencos y Anna fue la primera en recibir el suyo, el que contenía una ración mayor. Anna quiso protestar, pero Raj le tocó el brazo y le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza para hacerle entender que debía aceptar, así que cogió el cuenco con sus manos lo cual hizo que el rostro de la mujer que se lo ofrecía se iluminase de alegría.

La cena transcurrió entre risas y el deambular incesante de los pequeños del poblado que no parecían estar por la labor de quedarse sentados. La pequeña Vadhi se hizo un hueco entre las piernas de Anna y allí se sentó con su pequeño cuenco como si fuese el lugar más natural del mundo para sentarse a comer, y ya no se movió de allí en toda la noche. Cuando hubieron terminado la cena, Anna pensó que debían marcharse, pero Raj le explicó que aún quedaba lo mejor. En ese momento, una anciana que Anna no recordaba haber visto antes apareció en medio del grupo y todos se apartaron para dejarle

sitio con un respeto que rallaba la devoción.

—Nashani, es la mujer más mayor del poblado, así que todos cuidan de ella y la protegen como si fuese su propia madre. Ella es la encargada de contar las historias por las noches, a luz de este y tantos otros fuegos, ella es la memoria del poblado. Esto también es luz, Anna, la luz que yo quería compartir contigo.

—Pero, no podré entenderla...

—Yo traduciré para ti, pero, de todas maneras, nosotros decimos que las palabras se escuchan más fuerte cuando van de corazón a corazón. —Y con aquella frase se acercó un poco más a ella, y Anna le dejó hacerlo.

Tan pronto como la anciana empezó a hablar con su voz bajita y dulce, sus ojos se clavaron en Anna mientras el sonido de sus palabras era reemplazado por el de las de Raj, profundas e hipnóticas.

*En un tiempo ya olvidado, mucho antes de que el hambre y la muerte poblara la tierra, cuando todo era felicidad y alegría, cuando el hombre y el tigre compartían la jungla bajo el amparo de Brahma, antes de que el odio y la envidia destruyeran todo lo que de hermoso alguna vez fue creado, todos los hombres que vivían sobre la Tierra eran dioses y como dioses andaban por el mundo que Brahma les había entregado para que fuese su dominio. Y Brahma era feliz al ver que los hombres cuidaban de todas las cosas hermosas que había creado para ellos y que la luz inundaba el mundo.*

*Pero pronto, la verdadera naturaleza del hombre se apoderó de sus corazones. La envidia, los celos, el odio, la ambición y todo aquello que nace de la oscuridad anidó en ellos pudriéndoles por dentro y los hombres abusaron de su divinidad queriendo cambiar lo que Brahma había creado a su voluntad como si en verdad fuese suyo. Al darse cuenta de cómo sus corazones habían sido corrompidos por la oscuridad, el dios supremo repudió aquello en lo que se habían convertido, porque él les había creado de luz y no de materia putrefacta. Así, decepcionado y triste, decidió privarles del aliento divino que había depositado en su interior el día de su creación y esconderlo donde jamás pudieran encontrarlo de nuevo, para que así nunca más pudieran emplearlo para el mal.*

*Brahma convocó a todos los dioses, sus hermanos y hermanas, para decidir dónde debía esconder la divinidad del hombre.*

*—¡Escondámosla en el fondo de la tierra donde nunca puedan llegar*



*con sus manos! —dijo Shiva.*

*—No —dijo Brahma—, porque yo le di al hombre el conocimiento para construir herramientas con las que cavarán hasta encontrarla.*

*—¡Entonces hundámosla en lo más profundo del mar! —replicó Kali llena de ira por lo que el hombre había hecho.*

*—Tampoco —dijo Brahma—, porque yo di al hombre el valor y tarde o temprano se atreverá a sumergirse en el mar y también allí lo encontrará.*

*—¡Escondámosla entonces en la montaña más alta dónde sólo las águilas y los dioses pueden llegar! —replicó Visnú con su voz que bramaba como el viento que resuena en los picos más altos.*

*—No —volvió a replicar Brahma—, porque yo di al hombre el tesón y un día el hombre subirá a la montaña más alta y obtendrá de nuevo su aliento divino.*

*Los otros dioses se mostraron confundidos al quedarse sin opciones para Brahma, pero este, pensativo, les dijo:*

*—¡La esconderé dentro del hombre mismo; ¡porque en su prepotencia, jamás pensará en buscarla allí!*

*Y así lo hicieron.*

*Y así es como oculto en el interior de cada ser humano se encuentra la naturaleza divina del hombre, aquello que le acerca a dios. Y desde ese día, el hombre ha recorrido la tierra, ha nadado en los mares, ha subido a las montañas buscando lo que los dioses le dieron y no supieron cuidar, sin saber que todo el tiempo ha estado en lo más profundo de su ser.*

Anna se encontró de repente profundamente conmovida por aquella historia. No sabía si era la voz de Raj medio susurrada a su oído que se le clavaba en el corazón como un puñal, si eran los ojos de aquella mujer pequeña, de piel arrugada y oscura que la miraban con una luz muy especial o si era la propia historia, recordándole que en el interior de cada ser humano residía algo único, especial y lleno de luz, pero sus ojos se llenaron de lágrimas que no pudo controlar. Tan pronto como se percató de ello, la pequeña Vadhi se levantó del lugar que había tomado entre sus piernas para sentarse en su regazo y abrazarse a ella y Anna comprendió inmediatamente que no lo hacía para pedir amor, sino para entregarlo. La luz inundaba todo a su alrededor, y allí, en aquel poblado cuyo nombre desconocía, en un país extranjero y rodeada de extraños, Anna fue feliz.

Poco después un gran estruendo cruzó el cielo y rompió aquel momento

mágico que Anna estaba viviendo. Como si el cielo se hubiese abierto de par en par, una enorme tromba de agua se derramó sobre ellos haciendo que todos se levantaran apresurados y corriesen en todas direcciones para volver a sus casas. Raj la cogió por la mano y la dirigió sin preguntar a una de las casas que se encontraban en la parte posterior del poblado. Anna no podía ver a donde la llevaba exactamente debido a la lluvia, hasta que atravesaron una portezuela de madera y se encontró en el interior de una chabola de adobe en la que tan solo había un camastro de madera bajo y un pequeño hogar para un fuego.

—Mi señora, te has empapado, caerás enferma —dijo el hombre recordándole a la señora Prescott mientras cogía una tela basta que estaba depositada sobre la cama y se la ponía sobre los hombros —. Cúbrete con esto, señora, encenderé el fuego ahora mismo para que puedas secarte.

—Anna... —soltó de nuevo haciendo que el hombre se parase y la mirase.

—¡Lo siento! Me cuesta acostumbrarme... Anna —replicó sonriendo con la timidez de un niño regañado.

El fuego llenó la sala de un calor agradable tan rápido como había prometido y Anna no pudo evitar fijarse en que la luz del fuego les daba a los ojos del hombre un brillo casi sobrenatural, como el de los ojos de un gran gato, un tigre. Los ojos de Anna se movieron de su rostro a sus brazos que se marcaban contra la camisa empapada, su pecho mucho más fuerte y musculado de lo que había notado hasta entonces.

—Debes acercarte al fuego Anna o el frío se te meterá hasta los huesos.

Anna se acercó, pero no al fuego que ardía en la sala, sino al que le desprendía aquel hombre. Si alguna parte racional dentro de ella le decía que parase, que aquello no estaba bien, de alguna manera supo callarla para siempre. Cuando llegó frente a él, Raj la miraba, pero no con incomprensión, sino anticipando lo que iba a ocurrir y sus ojos le dijeron que él lo deseaba tanto como ella. Anna dejó caer la manta al suelo para liberar sus manos que inmediatamente acariciaron los músculos de sus brazos ascendiendo hasta acariciar su rostro, su barba recia que cubría una piel perfecta, unos labios carnosos que la llamaban a gritos. No hizo falta responder a la llamada. Raj la abrazó inmediatamente atrayéndola hacia él, sin dejarla escapar besándola con una intensidad que ella no había conocido hasta entonces. Anna se abandonó a su beso cómo las cenizas se habían abandonado al agua, para renacer. Podía sentir el calor de su cuerpo que la reconfortaba de la humedad de sus ropas, notaba como su cuerpo se tensaba bajo sus manos por la pasión del momento y

el suyo respondía sin reparos. De repente notó algo más, hasta entonces no se había dado cuenta de lo ligeras que eran las ropas en ese país. Podía notar como el miembro de Raj presionaba contra ella a través de aquellos pantalones que llevaba puestos y el deseo ardió en su interior con una furia desmedida. Cómo si adivinase sus pensamientos, Raj desabrochó su camisa liberando sus pechos sobre los que arrojó sus labios sin esperar un instante. En ese momento, Anna se perdió a sí misma para encontrarse plenamente. Arrebatada por la pasión abrió la camisa de su amante y después los pantalones llevando su mano a su miembro haciéndole gemir. Raj la tomó en brazos y la puso sobre el camastro para acto seguido desnudarla completamente. Su cuerpo pedía que la penetrase, que entrase en ella con toda la fuerza que adivinaba en él, pero aquel hombre tenía otros planes. Arrodillándose frente al camastro, con Anna ya totalmente desnuda y entregada, la atrajo hacia sí tirando ligeramente de sus caderas a la par que separaba sus piernas, para después perder su boca entre ellas. Aquel acto de entrega absoluta hizo que Anna, que nunca había vivido aquella forma de placer, no pudiese reprimir los gritos que parecían querer competir con los truenos que llenaban la noche. Anna no supo cuánto tiempo duró aquel placer inmenso, solo supo que no quería que acabase. Pero Raj estaba lejos de pretender acabar. Sus labios recorrieron su cuerpo de forma ascendente parando para descansar en sus pechos hasta llegar a su boca, al mismo tiempo que su miembro se colocaba entre sus piernas. Para entonces el cuerpo de Anna estaba más que preparado para recibirle y se entregó a él sin ningún tipo de reparo y sin noción alguna del tiempo.

Anna se despertó con algo de frío a pesar del calor del cuerpo de Raj que yacía junto a ella. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que la tormenta y su pasión estallasen al unísono, pero recordaba cada una de las cosas que habían ocurrido y el recuerdo hizo que la excitación invadiese de nuevo su cuerpo. Raj se encontraba a su lado, profundamente dormido y no quiso despertarle. Se levantó sigilosamente del catre reprimiendo sus ganas, se vistió en silencio y, echándose una de las mantas por encima, salió de la chabola. El aire fresco le hizo bien, despejándola y alejando la ansiedad por el cuerpo del hombre que había dejado en el catre. La lluvia había cesado dejando atrás charcos enormes en el poblado, pero también había impregnado el aire de un delicioso olor a tierra mojada. Anna cerró los ojos por un

instante recreándose en aquel perfume y sin pensar en nada. Cuando los abrió de nuevo la sorpresa casi la mata de un susto. A unos pasos frente a ella se encontraba Nashani, la anciana que había contado la hermosa historia la noche anterior. La mujer la miraba sonriendo dulcemente hasta que, de repente, levantó su mano para indicarle que la siguiera. Anna no sabía qué hacer, aquella escena se parecía demasiado a la de la pequeña de Adén y en aquella ocasión todo había acabado bastante mal para ella. La mujer no esperó a que tomase una decisión, echó a andar perdiéndose entre las casas del poblado y el cuerpo de Anna tomó una decisión por ella encaminándose tras la anciana.

Anduvo durante un rato hasta que finalmente la mujer se paró bajo las ramas de un gran árbol que se encontraba junto al río, a cierta distancia del poblado. La mujer estaba de espaldas frente a ella y Anna se acercó lentamente.

—¿Por qué querías que te siguiera? ¿Qué quieres de mí? —preguntó Anna directamente—. ¿Qué diablos, supongo que no puedes entenderme, y aunque lo hicieras yo no puedo entender una palabra de tu lengua!

—Me entenderás cuando me escuches con el corazón, Anna Parr —replicó la voz de la mujer dejando a Anna tan sorprendida que dio un paso atrás.

—¿Qu..quién eres tú? —balbuceó Anna al tiempo que todo su cuerpo se puso en tensión preparándose para un nuevo encuentro con la sombra.

La mujer se giró para mirarla y al tiempo que lo hacía, su imagen empezó a disolverse en una especie de luz dorada dejando paso a una persona diferente, alguien que Anna pudo reconocer. Su cuerpo cubierto por un sari de color dorado cuyo brillo competía con el de las joyas que lo adornaban y el de sus propios ojos. Lady Fitzroy.

—¡Saraswati! —susurró Anna usando el verdadero nombre de aquella mujer tal y como Meredith le había contado.

—Espero que sepas disculpar que elija aparecerme de esta manera. En realidad, espero que sepas disculpar todo lo que te ha ocurrido —le respondió con una sonrisa resplandeciente que inmediatamente provocó una calidez en el interior de Anna.

—Hasta hace unos meses, esta situación habría sido inconcebible para mí. De hecho, hubiera pensado de forma inmediata que estaba loca —respondió Anna con serenidad—. En realidad, no estoy segura de que no lo esté...

—Y, sin embargo, aquí estás hablando conmigo, aceptando de forma natural que un dios pueda aparecerse ante ti. Has logrado entender que en el mundo hay cosas que desafían la comprensión humana, pero no por ello son

menos reales, algunas maravillosas, otras oscuras y terribles. Has recorrido un largo camino, uno especialmente duro y yo estoy orgullosa de que hayas llegado hasta aquí.

—Este camino me lo has hecho recorrer tú, vosotros, no sé, quienes seáis. Y para poder andar este camino me habéis hecho pagar un precio especialmente alto. No sólo a mí, son muchos los inocentes que han sufrido en ese camino, que aún lo hacen —respondió Anna y los rostros de Kitty, Andrew y Beatrix aparecieron en su mente mezclados con los de María, Camille, la pequeña de Adén...tantas almas perdidas—. Y todo, ¿para qué?

La mujer se acercó lentamente hacia ella y su manera de andar era sutil y ligera, como si flotase. Iba descalza y donde sus pies tocaban el suelo una especie de luz dorada iluminaba la hierba en la que crecían pequeñas flores salidas de la nada.

—No puedo culparte por no poder comprender tu papel en todo esto, no es tu culpa sino mía. Pensé que así te protegería, que protegería al mundo que mi esposo creó, todas las cosas hermosas que depositó en este jardín, incluido vosotros mismos, los hombres. Y, sin embargo, quizá me equivoqué, quizá todo habría sido más fácil si hubieses podido recordar, si hubieses guardado el recuerdo de quién eres, de quién fuiste, de la persona que siempre serás.

Saraswati se colocó frente a ella mirándola directamente a sus ojos y Anna pudo ver que no eran como los suyos. Aquellos ojos que parecían oscuros como los de cualquier humano estaban en realidad llenos de estrellas, como el cielo de una clara noche de verano, se podía ver el universo entero en ellos.

—¡Tú eres madre del mundo! —dijo con dulzura.

—Eso me lo han repetido ya muchas veces, pero yo no soy más que...

—¡Es hora de recordar Anna, es hora de que sepas quién y qué eres, es el momento de que entiendas por qué estás aquí y cuál es tu misión!

Y con dulzura elevó su mano tocando lentamente su frente con uno de sus dedos que dejó una marca como la que había visto en las frentes de las mujeres y hombres de aquel país sólo que la suya tenía un intenso color dorado. Bindi, le había dicho Meredith que se llamaba, y representaba el tercer ojo que mira hacia el mundo interior. Y en el mismo momento en que Saraswati depositó aquella marca sobre ella, una parte de su mente que había estado cerrada durante mucho tiempo se abrió y Anna pudo por fin comprender lo que significaba Samsara.

Raj abrió los ojos como si despertase de una pesadilla y se encontró con Anna sentada a su lado mirándole con dulzura

—Te has vestido... —dijo tomando su mano.

—Debo volver al palacio, deben estar preocupados por mí. Si lo retraso más enviarán a los soldados en mi busca, quizá ya lo hayan hecho.

—Confiaba en que mi señora...perdón...confiaba en que pasaríamos algo más de tiempo juntos.

—De hecho, confío en que así sea —dijo Anna acariciando su miembro lentamente con clara intención de provocar una reacción—, pero es imprescindible que vuelva al palacio ahora. Sé que probablemente me dirás que no, pero... —empezó Anna, pero sin atreverse a terminar la frase.

—Pero, ¿qué? Sabes que no necesitas esconder nada conmigo, Anna.

—Sé que tus sentimientos hacia mi gente no son precisamente positivos, y no puedo culparte por ello, pero mañana es el día de Navidad, una celebración importante para nosotros, aunque yo la odie. El secretario del gobernador ha organizado una fiesta y estamos invitados. Me preguntaba si...

—¿Si qué...?

—Me preguntaba si querrías acudir como mi acompañante. Si dices que no, lo entenderé, no quiero que te sientas obligado a...

—No me separaré de tu lado —replicó el hombre interrumpiéndola mientras su mano se introducía dentro de su camisa para agarrar uno de sus pechos—. Pero tendrás que explicarme como debo comportarme, no quisiera que mis maneras te pusieran en un compromiso —continuó mientras sus labios se cerraban alrededor de su pezón haciéndola gemir—, sería terrible que acabase haciendo algo que te pusiese en algún tipo de situación incómoda. — Y su mano se perdió dentro de su falda haciendo que Anna perdiese el control sin remedio y se olvidase de sus prisas por volver al palacio que fueron reemplazadas por ansias más urgentes.

Anna volvió al palacio acompañada de Raj que se negó a dejarla sola ni un instante y no fue una sorpresa encontrarse a Kitty y a los demás preocupados y enfadados a partes iguales. Tuvo que inventarse una media verdad y explicarles que se había perdido en el bazar al ir detrás del pequeño que salió corriendo, pero que por suerte se había encontrado con Raj. Desgraciadamente la tormenta les había pillado en el camino de vuelta y

tuvieron que refugiarse con unos conocidos del hombre para pasar la noche. Anna estaba convencida de que no la habían creído, nada más tenía que ver la media sonrisa de Kitty mientras se lo contaba, pero prefirió hacer como si no pasase nada. Si Kitty estaba claramente contenta por las cosas que suponía que debían estar pasando entre los dos, Meredith presentaba un rostro de piedra y miró a Raj con una seriedad que claramente denotaba que, supusiese lo que supusiese, no le hacía ninguna gracia.

Raj, fiel a su promesa de no dormir bajo el techo de los opresores de su pueblo, se marchó a media tarde para frustración de Anna que seguía sintiendo el mismo ansia por su cuerpo que la noche anterior y que no sabía cómo iba a sobrevivir sin él ahora que había probado de lo que era capaz. El hombre prometió volver a la tarde siguiente para la celebración y se despidió de ella delante de todos llamándola de nuevo mi señora y como si nada hubiese pasado entre ellos y, aunque Raj le había explicado de antemano que así sería, Anna no pudo evitar sentir cierta frustración.

Decidió no contar nada inmediatamente de su encuentro con Saraswati. Sabía que debería hacerlo tarde o temprano, era imprescindible que ellos supiesen lo mismo que ella ahora sabía y comprendía por su propia seguridad, pero no sería fácil de explicar. Con la excusa de encontrarse cansada por la pequeña aventura en la ciudad, Anna se dirigió a sus habitaciones. Sus pasos resonaban en los suelos de mármol de los pasillos cuando una voz la interrumpió.

—Ha venido de nuevo a ti, ¿verdad? —resonó la voz de Meredith a su espalda.

—Sí, se apareció frente a mí disfrazada de anciana del poblado. ¿Puedo preguntar cómo lo sabes? —contestó Anna en un tono neutro girándose para ver a la mujer que la observaba seria desde el otro extremo del pasillo.

—Puedo ver el bindi en tu frente, su aura dorada aún permanece sobre ti. Es invisible para cualquier otra persona, pero no para mí. ¿Qué te dijo?

—Me mostró la verdad de quién soy —dijo Anna tras un instante de duda—, me mostró qué significa ser madre de mundo.

—Me alegro de que haya sido así, y confío en que ahora entenderás que tu papel en este mundo es muy importante.

—Créeme Meredith, lo entiendo, y siento si hasta ahora ha sido difícil para ti, pero yo no conservaba mis recuerdos como madre como María, Camille y tú misma. Necesitaba poder ver, no lo que soy, sino lo que he sido, quién he sido. Pero ahora todo está bien, créeme, ya no tengo dudas, sé quién

soy, quién fui, quién debo ser —replicó Anna con una sonrisa conciliadora que escondía una gran tristeza girándose para continuar su camino.

—Si es así entonces sabrás que no puedes estar con él, que no debes estar con él.

Aquellas palabras pararon a Anna en seco y tuvo que llenar los pulmones de aire antes de poder girarse nuevamente y responderle.

—Esa es una parte de mi vida que solo me corresponde a mí, Meredith, lo que ocurra entre Raj y yo es sólo de mi incumbencia y la suya.

—¡No, no lo es! —respondió la mujer en una forma mucho más agresiva de lo que Anna esperaba que la pilló por sorpresa—. Raj llegó a mí cuando apenas era un muchacho, yo he sido quien le ha convertido en el hombre que es hoy en día, hemos pasado toda nuestra vida juntos, nuestra unión es completa.

—No me sorprende —respondió Anna fría como el hielo al entender lo que Meredith sugería entre líneas—, Raj vive para servir a las madres, ese ha sido siempre su compromiso.

—No lo entiendes...

—¡Sí, si lo hago, Meredith! —replicó Anna elevando la voz—, eres tú la que no entiende que no me importa lo que Raj haya hecho en su pasado, me importa su presente, nuestro presente. Lo que tú no entiendes, Meredith, es que ninguno de los que estamos involucrados en esta historia de traiciones y miedos estamos hechos de barro. Tú crees que todos somos peones en un tablero con una misión clara y que eso debe ser lo único que nos mueva, pero somos personas. Tenemos vidas, sentimientos, metas y ambiciones que van mucho más allá del papel que tú, las madres o la misma Saraswati nos habéis concedido en todo esto.

—¿Ambiciones? Las ambiciones solo sirven para destruir vidas, créeme, yo lo sé bien. Hay cosas que están por encima de todo eso. El futuro del mundo está en tus manos y eso debe ser más importante que todos tus deseos.

—Es muy triste...

—¿El qué?

—¡Que a lo largo de tantos años hayas dejado de ser un ser humano! Hoy he aprendido lo que significa Samsara, el ciclo del renacimiento que nos hace mejores, que nos hace crecer y ser más sabios. Tú te has perdido en el ciclo. Tú que has renacido más veces que ningún otro humano, has perdido el sentido de lo que Samsara es, en lugar de convertirte en un mejor ser humano has escogido dejar de serlo.

—¡Una elección que me fue impuesta, tuve que hacerlo por ti y por todas



las otras madres!

—Lo comprendo Meredith, pero ha llegado el momento que dejes de hacerlo, ha llegado el momento de reconectar con quien verdaderamente eres, de recuperar tu alma.

—Me temo que sea demasiado tarde para eso— replicó la mujer y sus palabras cortaban como un cuchillo.

—En eso caso, sólo puedo decirte una cosa —dijo Anna justo antes de darse la vuelta y dejar a la mujer en el pasillo—. ¡Lo siento muchísimo!

Al día siguiente Anna se despertó descansada, fresca y contenta. A pesar del desagradable intercambio de impresiones con Meredith y de todo lo que bullía en su cabeza debido a la información que Saraswati le había mostrado, su cuerpo necesitaba recuperarse de la mucha energía invertida en sus encuentros con Raj y había tomado la determinación de sumirla en un sueño profundo.

Desayunó en la habitación, más para evitar ver a Meredith que por otra razón, y pasó el resto del día leyendo, intentando apartar su mente de las imágenes del cuerpo desnudo de Raj que no cesaban de intentar distraerla constantemente. No ayudó el hecho de que Kitty irrumpiera en su cuarto con la excusa de comer juntas en el jardín porque, evidentemente, la joven se pasó toda la comida intentando sonsacarle cosas con respecto a lo que había ocurrido realmente con Raj y eso sólo sirvió para que su cabeza recrease aún más las imágenes de la noche anterior. El caso fue que Anna logró sobrevivir al día —y a la curiosidad de Kitty, dicho sea de paso— de forma digna y sin verse en la tesitura de contar hasta el más mínimo detalle y pronto llegó la hora de arreglarse para la cena.

Cuando regresó a su cuarto encontró un paquete, hermosamente envuelto sobre su cama con una nota del secretario del gobernador que indicaba que aquel era su regalo de navidad. Regalos. Anna se había olvidado completamente de que era tradicional en esas fechas hacer algún regalo a los seres queridos y, dado que no tenía remedio a esas alturas, confiaba en que todos estuviesen en la misma situación. A fin de cuentas, todos habían tenido otras cosas en qué pensar, no en la bendita navidad.

Anna abrió el paquete con un cuidado extremo y se encontró una caja que contenía el más hermoso vestido que hubiese visto jamás. Era un sari, como

los que había visto en la mayoría de las mujeres del país, pero en este caso estaba hecho de la seda más fina que había visto jamás en color gris plateado y los bordes de la tela estaban cubiertos con brocado hecho con un finísimo hilo de plata. Aquel vestido debía de costar una fortuna. La muchacha que se había encargado de su servicio todo ese tiempo vino para ayudarla a arreglarse y sus ojos al ver el vestido confirmaron idea de que era una auténtica obra de arte. Cuando por fin se lo puso encima, Anna no pudo por menos que sentir la reina del universo. El vestido iba acompañado de unas sandalias blancas hechas de una piel muy suave y la muchacha arregló su pelo de forma que lo llevase suelto, pero caído en un lateral. Pero las sorpresas no acabaron ahí. La muchacha salió de la habitación un segundo para regresar con una caja llena de joyas, anillos, collares, tobilleras, pulseras y arreglos para el pelo que caían sobre la frente, lista para ponérselos todo, pero Anna le pidió que no lo hiciese porque ella tenía una idea diferente. Rebuscó en el baúl donde tenía guardadas sus cosas y encontró el saquito con las lágrimas de Saraswati, las joyas que habían pertenecido a las madres. La muchacha, aunque no hablaba una palabra de su idioma, entendió perfectamente lo que deseaba y, excepto por las hermosas tobilleras de plata, reemplazó todas las otras joyas con aquellas que Anna le entregaba. El resultado era simplemente arrebatador. Anna a duras penas podría reconocer su imagen en el espejo y, sin embargo, sabía que una parte de su interior se sentía más ella misma vestida así que de ninguna otra manera.

Cuando estuvo lista se dirigió al gran salón del palacio donde tendría lugar la recepción. La imagen que la recibió fue impactante. Un gran árbol había sido colocado en una esquina del salón y decorado al estilo británico y, aunque no se trataba del típico árbol navideño sin de una especie de gran arbusto típico de la zona, el efecto era el mismo. En el salón ya la esperaban Kitty, vestida como ella con un hermoso sari de color rojo fuego bordado en hilo de oro que nada tenía que envidiar al suyo; Andrew, vestido con un traje y corbata ligeramente estrechos para su complexión; y Meredith con un sari azul oscuro sin bordados y sin ninguna joya, pero igualmente hermosa. Kitty dejó escapar una exclamación cuando la vio entrar.

—¡Estas hermosísima, pareces una diosa!

—En verdad lo parece —interrumpió el secretario Jackman apareciendo por detrás de ella y sin dejarla responder—, espero que le hayan gustado mis regalos. ¡Feliz navidad!

—¡Feliz navidad, señor Jackman! Le aseguro que sus regalos nos han

dejado sin palabras, no necesitaba usted esforzarse de esta manera.

—¡Oh, señora Parr, permítame cierto grado de indulgencia, no tenemos fiestas de forma frecuente en esta casa! Es bueno para levantar el espíritu. Aunque ya veo que no todos mis invitados están de humor para celebraciones —dijo mirando a Meredith que le escuchó desde la distancia, pero simplemente se giró para darle la espalda—. ¡En fin! Me dicen que ha llegado su invitado señora Parr, he pedido que le acompañen hasta aquí.

—¡Muchísimas gracias, señor Jackman!

Si hasta entonces todo había sido una maravillosa sorpresa, lo que sus ojos vieron después la dejaron sin palabras. La persona que entró en la sala unos instantes después no podía ser nadie que ella conociese, era imposible. En el marco de la puerta doble del gran salón apareció un hombre vestido a la manera tradicional hindú, con unos pantalones y una chaqueta cerrada con un gran cinturón, todo ello en seda de color ámbar bordado de la forma más delicada en un hilo inmaculadamente blanco, acompañado por unas sandalias cerradas de piel clara y un turbante de hilo blanco con una gran piedra roja en su frente. Aquella vestimenta y su barba arreglada hacían que Raj casi fuese irreconocible, para todos menos para Anna que sintió cómo sus piernas flaqueaban nada más verle. Sus ojos verdes, rodeados de toda la luz que reflejaban la tela y los adornos que llevaba, parecían refulgir con fuego.

—¡Anna...no tengo palabras para decir lo hermosa que estás...debes tener cuidado, los dioses caerán prendidos de ti esta noche! —dijo el hombre acercándose a ella y besando su mano al estilo occidental—. ¡Señorita St. John, tal parece que ha decidido usted hacerle competencia a la luna esta noche, desprende usted la luz de mil estrellas! —E hizo lo propio con ella.

—Raj, no deja de ser usted una caja de sorpresas...Está usted arrebatador, ¿verdad Anna? —Y tanto Anna como el hombre se sonrojaron por el comentario.

—Será mejor que nos dirijamos al salón para la cena —interrumpió el secretario para alivio de Anna que estaba tan implantada que no sabía qué decir.

—Sí, será mejor. —Y cogiéndose del brazo de Raj siguieron al señor Jackman hasta la sala contigua.

La cena transcurrió entre conversaciones banales de las que todos excepto Meredith hicieron lo posible por disfrutar. La mujer no se había dignado

siquiera en saludar a Raj, mostrando así su malestar por lo que había surgido entre Anna y él, y mucho menos participó de ninguna conversación, tal era como si una estatua los acompañase esa noche. La comida fue deliciosa, aunque la cantidad fue simplemente exagerada y la mayoría de los platos volvían a la cocina a medias. Anna sabía cuánto debía incomodar a Raj aquella situación, especialmente sabiendo las penurias que su gente debía pasar todos los días. Pero ni una palabra salió de su boca que pudiese arruinar aquel momento para Anna, tal era su devoción. Anna, reconociendo el esfuerzo que aquel hombre hacía por ella, agarró su mano bajo el mantel de hilo blanco para hacerle saber lo agradecida que estaba y su caricia fue correspondida con una sonrisa que lo decía todo.

Tras la cena, volvieron de nuevo al gran salón donde unos músicos vestidos en el más formal estilo inglés, a pesar de ser claramente del país, hicieron lo mejor que pudieron por tocar algunas piezas que les hiciesen la velada amena mientras ellos se recreaban en sus conversaciones y en el alcohol que los criados se aseguraban de proporcionarles todo el tiempo. Aquel suministro constante de bebida tuvo su efecto en Andrew, que acabó contando chistes y haciendo bromas para disfrute de todos, incluso de la seria Meredith a la que Anna juraría que había visto sonreír al menos con un par de sus chistes. A esa parte de la recepción se unieron otros ciudadanos británicos residentes en la ciudad, en su mayoría hombres de negocios y sus señoras, y todos ellos fueron presentados uno a uno, pero Anna fue incapaz de recordar un sólo nombre, se encontraba demasiado perdida en los ojos de su acompañante del que no se separó un segundo.

A pesar de las diferencias de religión, ideologías y de posición en la ridícula escala de poder establecida en el país, la fiesta transcurrió de forma amable, quizá por aquella manía de que en navidad todo debía ser amor y armonía, hasta que un gran portazo interrumpió la música causando una gran sorpresa en todos los invitados. Como una exhalación, uno de los criados entró por la puerta corriendo y se dirigió directamente al señor Jackman que salió corriendo de la sala. Andrew, abrió una de las puertas que daban a la terraza exterior desde donde pudieron ver al señor Jackman saliendo a la entrada del palacio y hablando con uno de los soldados que se disponían a bloquear el acceso a la propiedad.

Anna comprendió inmediatamente que algo no estaba bien. Frente a la línea de soldados, dispuestas igualmente en hilera e iluminadas por las teas que alumbraban el jardín había un grupo de mujeres, diez pudo contar Anna.

Todas ellas estaban vestidas con ropas sucias, cubiertas de tierra y barro; y todas ellas llevaban algo en su mano.

—¿Qué quieren a estas horas? ¡Les ordeno que vuelvan a sus casas o tendré que pedir a los soldados que las detengan! ¿Me entienden? —bramó el señor Jackman con voz de pito, pero las mujeres no se movieron.

De repente, las mujeres elevaron sus rostros en dirección a la terraza donde Anna se encontraba y las cuencas de sus ojos estaban vacías, sus ojos extirpados. Anna sintió un escalofrío temiendo lo que pudiese pasar a continuación y las mujeres empezaron a hablar, una sola palabra cada una.

—Te.

—Espero.

—Donde.

—Todo.

—Empezó.

—Madre.

—Ha.

—Llegado.

—El.

—Momento.

Inmediatamente y al unísono, como si de marionetas accionadas por el mismo hilo se tratase, las mujeres elevaron sus manos y Ann pudo por fin ver lo que portaban.

—¡No! —gritó, pero su voz se vio ahogada por el grito del resto de los asistentes a la fiesta al ver que las diez mujeres seccionaban sus gargantas y sus pechos se llenaban de sangre derramada a borbotones.

La conmoción que siguió a aquel hecho horrible fue dramática y caótica. Raj cogió la mano de Anna y le indicó a Kitty y Andrew que le guiasen hasta sus habitaciones mientras el resto de los invitados intentaban comprender qué había ocurrido y hacia dónde debían correr en busca de seguridad. Cuando llegaron a las habitaciones de Anna cerraron la puerta tras Meredith que fue la última en llegar.

—¿Estás bien? —preguntó la mujer a Anna visiblemente preocupada.

—Sí, sí, estoy bien.

—¡Dios mío, esas pobres muchachas! Pero, ¿por qué? —sollozó Kitty en los brazos de Andrew.

—Ha sido un mensaje, un mensaje para mí —dijo Anna antes de que Meredith dijese nada.

—¿Un mensaje de esa criatura?

—Así es...

—Pero, ¿qué es lo que quiere? Ya te había convocado donde todo empezó y aquí estás, ¿a qué viene repetir el mensaje y de esa forma tan horrible?

—Porque este no es el lugar donde Anna ha sido convocada, ¿me equivoco? —preguntó Meredith mirando seria a Anna.

—¿Cómo? ¿Puede alguien explicar todo esto, por favor?

—Malinterpreté el mensaje, Kitty, pensé que me convocaba a la india porque aquí es donde nacieron las madres, pero no es cualquier lugar de la india sino uno muy concreto. No podía saberlo hasta que Saraswati me mostró mi pasado.

—¿Tu pasado? —preguntó Raj—, ¿Cuál de ellos?

—El primero de todos.

—¿Saraswati te mostró tu vida en aquel poblado dónde te encontramos? —inquirió Meredith claramente ansiosa.

—No, ella me mostró una vida anterior a esa, la primera de todas. Y sin esa información yo no podía entender a qué lugar me estaba convocando.

—Y, ¿podemos saber qué vida es esa, si es posible, para que todos hablemos el mismo idioma? —preguntó Andrew irritado.

Anna miró a Meredith que de alguna forma había adivinado ya la respuesta y sus ojos estaban abiertos de par en par en un rostro lleno de pavor como nunca había visto antes.

—En mi primera vida, yo...

—¡Anna, por dios acaba de una vez!

—En mi primera vida yo fui Shatupra, la primera mujer, la madre de la sombra.

## *Principio*

—¿Shatupra? ¿De qué me suena ese nombre? —preguntó Kitty confundida.

—¿Quién es Shatupra? ¿Y qué tiene que ver en todo esto?, no comprendo nada —interrumpió el detective Gables.

—¡Andy, cariño, es mejor que me dejes a mí un segundo...! —replicó Kitty cortante.

—¡Shatupra, madre del mundo! —susurró Raj mirándola con la cara desencajada.

—¡Es evidente que Saraswati tiene un gran sentido del humor! —soltó Meredith

—Pero, sentido del humor ¿por qué? ¿Puede explicarme alguien algo? —insistió Andrew elevando ligeramente la voz frustrado.

En un instante la habitación de Anna se convirtió en una jaula de grillos con todo el mundo hablando al mismo tiempo unos con otros, sin que nadie le prestase la más mínima atención a ella o a lo que acababa de ocurrir en el exterior. Su cabeza empezaba a dar vueltas, los ruidos a su alrededor la aturdíán, necesitaba que se callasen, que la dejarasen pensar. Los sonidos eran como una opresión física que la atenazaba y no la dejaba respirar. Hasta que finalmente explotó.

—¡Basta! —Sus gritos resonaron con rabia de tal manera en la habitación que el grupo de personas que compartía con ella aquel espacio la miraron asustados al verla reaccionar así por primera vez. —Pero, ¿es que ninguno de

vosotros es capaz de darse cuenta de lo que acaba de ocurrir? ¡Diez mujeres acaban de morir frente a nuestros ojos, por todos los dioses, diez mujeres inocentes que, por si no lo habíais notado antes, fueron torturadas de forma terrible antes de ser obligadas a cometer esa atrocidad! ¡Y todo por mí, maldita sea, simplemente por mí!

Ninguno de ellos se atrevió a acercarse inmediatamente a Anna cuando la desesperación la sumió en el llanto y hundió el rostro entre sus manos. Pasaron unos instantes que parecieron eternos hasta que por fin Raj, arrodillándose junto a ella cogió sus manos entre las suyas y le hizo elevar el rostro ahora húmedo por las lágrimas.

—Anna...Anna, escúchame. Todo está bien. No estás sola, nunca lo has estado. Combatiremos esto juntos.

Los ojos del hombre la miraban con una dulzura tal que los de Anna dejaron de llorar para poder corresponder a su mirada, no merecía menos.

—No sé si puedo Raj, no sé si tengo la fuerza para enfrentarme a él. Desde que hemos llegado aquí puedo sentirle, más cerca de lo que le he sentido nunca, más intensamente que antes. Algunas noches siento como si respirase en mi nuca, como si estuviese a mi lado. Y el miedo se apodera de mí, un miedo ancestral, profundo, un miedo que me devora por dentro.

—¡No necesitas tenerle miedo, Anna, nos vamos a encargar de ese hijo de puta juntas!

—No lo entiendes. No es miedo a él, Kitty, es miedo a mí misma, miedo a lo que tendré que hacer para detenerle —respondió Anna con una seriedad y una tristeza profundas.

—Porque tú eres su madre... —susurró Meredith mirando fijamente a Anna.

—¡Exacto!

—¿Cómo que eres su madre? ¿Puede alguien explicarme esto, por favor? —soltó Andrew más perdido aún que antes.

Anna respiró profundo para poder explicarles todo con el detalle necesario. Les contó cómo se había despertado en la chabola de Raj, aunque omitió los detalles de cómo había acabado allí. Les explicó cómo la anciana se había acercado hasta ella pidiéndole que la siguiese y cómo, al alcanzarla, esta se había transformado en la misma mujer que Kitty y ella habían conocido como Lady Fitzroy, que resultó no ser otra que la diosa Saraswati. Intentó contarles tanto como recordaba de su conversación y cómo la diosa había puesto su mano sobre su frente marcándola con un bindi que solo Meredith



había podido ver. Cuando aquella marca se había depositado sobre ella Anna se había sentido ligera y feliz, como si una energía especial la elevase por encima de todo lo que la rodeaba, por encima de ella misma y entonces lo había visto. Retazos de sus vidas anteriores, de todas ellas, uno a uno pasando frente a sus ojos como si estuviese allí, hasta llegar a la escena que Meredith había descrito sobre el día que ella y las otras madres la encontraron en un poblado de Anatolia. Pero las imágenes no pararon allí, porque aquella no había sido su primera vida, había existido una más. Anna se había visto a sí misma, en otro cuerpo, con un aspecto muy diferente del que tenía ahora, pero estaba segura de que era ella misma. Se había visto paseando por una jungla, ascendiendo los peldaños de un templo, la misma imagen que María le había mostrado la primera vez que se le apareció. Se vio en los brazos de un hombre, un buen hombre, ella había llevado en su vientre a sus hijos y juntos habían poblado la tierra. Pero también había visto su propia muerte, había sentido como su cuerpo se quedaba sin energía, el cansancio de sus últimos días, la tristeza en los ojos del hombre y la luz a la que se unió cuando su cuerpo descansó al fin. Y en medio de esa luz, el rostro de una mujer que era mucho más que eso, Saraswati que susurraba unas dulces palabras en su oído: Tú serás madre del mundo hasta el fin de los tiempos.

—Pero, ¿qué significa todo eso? Es otra de tus vidas pasadas, comprendo eso —interrumpió de nuevo Andrew, aunque su cara no denotaba comprensión alguna—, pero ¿por qué esta es importante? ¿Quién es Shatupra?

—Para los hindúes Shatupra es la primera mujer, la esposa de Manushya, el primer hombre. Es la madre de todos, todos venimos del vientre de Shatupra.

—O sea, que es algo así como Eva para los cristianos.

—O Lilith —replicó Anna haciendo referencia a la verdadera primera mujer del mito de la creación cristiano, la que acabaría convertida en un monstruo de venganza por rebelarse contra el dominio de Adán.

—Cuando estuvimos en Escocia —continuó Kitty teniendo que hacer un claro esfuerzo para acabar la frase—, Lady Fitzroy, bueno Saraswati o como se llame, nos contó la historia de la criatura y como su madre Shatupra y su padre Manushya habían sido felices hasta que esta murió y su padre se encontró con...

—Conmigo —concluyó Meredith—. En mi primera encarnación yo fui la encargada de ocupar el lugar de Shatupra y la responsable de todo lo que ha ocurrido después. Por eso no puedo dejar de pensar cuán irónico es que la

madre me encargase a mí cuidar por siempre de ti, y que depositara en tu interior el poder del fin del mundo. Supongo que en realidad tiene sentido — dijo soltando el aire de sus pulmones como quien exhala un último aliento—, tú mejor que nadie representas la creación, el origen de todo; es justo que tu mano sea la única capaz de destruirlo.

—Lo que no entiendo es por qué la diosa no te contó todo esto cuando nos vio en Escocia. Podríamos habernos ahorrado mucho sufrimiento y vidas.

—Si eso es lo único que no entiendes tienes suerte, yo... —volvió Andrew al ataque.

—La madre no podía revelarles su secreto hasta que Anna nos hubiese conocido y hubiese aceptado su papel como madre del mundo, solo entonces estaría preparada para lo que debe hacer. Ella no interfiere, los hombres somos libres —contestó Meredith ignorando al detective.

—Y, ¿se supone que ahora estoy preparada?

—Quizá más de lo que crees, de otra manera Saraswati no se habría revelado a ti de forma tan clara.

—Un segundo —volvió a interrumpir Andrew no dispuesto a que le ignorasen—, el mensaje de esas mujeres... ¿No te han llamado madre?

—¡Es verdad! Lo hicieron. Significa eso que... ¿sabe quién eres? — preguntó Kitty agarrado la mano del detective Gables como diciéndole que aquella era una muy buena observación.

—Es una posibilidad, no lo había pensado, pero quizá forme parte del mensaje. Te convoca al lugar donde todo empezó...

—Pero, ¿acaso sabemos dónde empezó todo? ¿Dónde vivía cuando era Shatupra?

—Vivisteis en varios lugares, pero hubo uno que siempre fue especial para ti y para Manushya, de hecho... —respondió Meredith mirando a Raj con intensidad claramente ocultando algo.

—De hecho, ¿qué?

—Que, si esa hipótesis es correcta, te está convocando al lugar donde descansan los restos de Shatupra, tu propia tumba —contestó Raj sin soltar su mano.

—Vaya por dios, las alegrías no acaban. Y, ¿dónde se supone que está esa tumba si puede saberse?

—En Kanchipuram, por supuesto, la ciudad de los mil templos.

Raj le explicó que Kanchipuram era uno de los lugares más sagrados de la india, uno de los pocos lugares donde, de acuerdo a la religión hindú, podía obtenerse el Moksha, el estado de iluminación que permitía a un individuo que hubiese alcanzado la iluminación liberarse del Samsara y no necesitar continuar el ciclo eterno de renacimiento. La ciudad albergaba, entre cientos de otros templos, Kailasanathar, uno de los templos más antiguos conocidos erigidos en honor al dios Shiva.

—En realidad, los hombres lo han olvidado, pero existe una razón por la que Manushya escogió aquel como tu lugar de descanso. En el lugar que hoy ocupa Kanchipuram fue donde Brahma lloró de agradecimiento por Shiva cuando vio por primera vez la belleza del mundo que había podido crear gracias a él. Es un lugar de veneración de Shiva desde el inicio de los tiempos. Y te recuerdo que Shiva es el autor de el verbo de la destrucción que llevas varias vidas protegiendo.

—Y, ¿qué se supone que tengo que hacer? ¿Ir a este sitio, levantar una lápida y, cuando encuentre mis huesos, sabré que estoy en el sitio correcto?

—Me temo que va a ser mucho más complicado que todo eso —dijo Meredith.

—Por supuesto, no podía ser tan fácil. ¡A ver, cuéntame!

—Tienes que entender que para Manushya lo fuiste todo...

—Hasta que llegaste tú... —interrumpió Anna.

—Te equivocas, yo tuve el amor del cuerpo de Manushya, su lujuria, solo tú tuviste su corazón —contestó la mujer y Anna creyó oír un deje de tristeza en su réplica—. Tal fue su devoción que a mí nunca me mostró el lugar donde depositó tu cadáver, pero sí me contó cómo se encargó de protegerlo.

—Siento que esto no nos va a gustar nada —soltó Kitty juntándose un poco más al detective Gables.

—Manushya me explicó que había encomendado tu cuerpo a cuatro diosas protectoras, Kali, Sati, Lakshmi y la propia Saraswati. Nunca me explicó qué era lo que eso significaba, pero él estaba convencido de que nunca nadie podría perturbar el descanso de Shatupra. Así que no puedo creer que encontrar el lugar concreto de esa tumba vaya a ser una tarea sencilla. Y aún no hemos hablado de qué vas a hacer cuando te encuentres frente a frente con la criatura, recuerda que tu control sobre tus poderes es muy limitado. Eso te pone en una terrible desventaja.

—Bueno —dijo Kitty de repente—, eso puede ser verdad, pero Anna tiene algo que ese monstruo no se espera.

—Ah, ¿sí? Y, ¿quieres compartir con nosotros de qué arma secreta se trata?

—Es evidente, ¿no? Anna nos tiene a nosotros.

Esa misma noche Anna tomó la determinación de no esperar un instante más y arriesgarse a que la sombra arrancara la vida de ningún otro inocente para llamar su atención; así que, a pesar de la oposición de Meredith que seguía insistiendo en que no estaba preparada, decidió partir para Kanchipuram a la mañana siguiente.

La ciudad de los mil templos se encontraba a unas cuarenta millas de Madrás, hacia el interior y, dado que el viaje sólo podía hacerse a pie, Raj le había indicado que podría llevarles unos tres días. El hombre se encargaría de organizarlo todo de forma que fuesen disfrazados de peregrinos hindúes en camino al gran templo de Shiva que se encontraba en la ciudad. Así, sin guardia que los acompañase, conseguirían atraer tan poca atención como fuese posible. Era evidente que la criatura sabía que venían de camino, pero evitando atención, lograrían que el número de potenciales víctimas colaterales de la depravación de aquel ser fuese el menor posible.

Anna no se engañaba, sabía que Meredith tenía razón, no tenía ningún control sobre su poder y eso no podía ayudarla. Las únicas veces que había conseguido infligir algún tipo de daño a aquel monstruo habían sido inconscientes, no porque supiese lo que estaba haciendo. Pero también era cierto que su poder era más grande cuando no lo controlaba, y quizá esa fuese la clave. Lo que sí tenía claro era que no estaba dispuesta a arriesgar la vida de sus amigos. No importaba si ella acababa perdiendo la suya porque de alguna manera ya había aceptado que su vida no le pertenecía a ella sino al mundo, pero la de sus compañeros era harina de otro costal y tenía que ser capaz de averiguar la manera de dejarles al margen de todo aquello.

Para poder salir del palacio a la mañana siguiente, casi cuando el sol aún no se había despertado, necesitaron una vez más de la ayuda de Meredith. Tras lo ocurrido la noche anterior, el señor Jackman no estaba por la labor de permitir que nadie abandonase la seguridad de aquel recinto, así que necesitaron de las habilidades de la mujer para influenciar la mente de los soldados que montaban guardia y del propio secretario a fin de que no opusiesen resistencia a su partida.

Justo antes del amanecer todos se encontraron en la entrada del palacio

vestidos a la más tradicional manera hindú, listos para acudir al encuentro de Raj que les esperaba con la caravana lista en las afueras de Madrás. Evidentemente, cualquiera que les prestase algo de atención se habría dado cuenta de que no eran hindúes, no solo por su tono de piel sino por sus modales y maneras, que gritaban a los cuatro vientos que no estaban acostumbrados a moverse en aquella indumentaria, pero siempre sería mejor que nada. Raj había querido acudir a recoger a Anna a la puerta del palacio, pero esta le pidió que no lo hiciese. Sería mucho más discreto si ellos caminaban el corto trayecto hasta la carretera principal de salida de la ciudad que si una caravana, como la que Anna suponía que sería la que les esperaba, se presentaba en las puertas del palacio.

Pero tan pronto como el grupo llegó al lugar de encuentro convenido, Anna se dio cuenta de que el concepto caravana significaba algo diferente en su mente y en la de su querido Raj. El hombre les esperaba vestido como un campesino cualquiera al borde de la carretera, junto a un carromato que parecía caerse a pedazos, al que se habían uncido un par de bueyes feísimos que no le generaban a Anna ninguna confianza.

—¿Dónde está el resto de la caravana? —preguntó Kitty tan pronto como llegaron hasta él y Anna agradeció no ser ella la que tuviese que hacerlo.

—Esta es nuestra caravana. Se supone que vamos de peregrinación al templo de Shiva como una familia. La mayoría de las familias no pueden permitirse ni un carromato y hacen el trayecto a pie. Cualquier cosa más ostentosa que esto gritaría a los cuatro vientos que no somos de aquí. Queréis pasar desapercibidos, ¿no?

—Es mejor que confiéis en Raj, él sabe mejor que nadie cómo mezclarnos con las gentes de aquí —replicó Meredith subiendo al carro con una agilidad sorprendente—. Las mujeres en el carro; Andrew usted tendrá que caminar junto a él, como Raj.

—Me estaba oliendo algo así.

—No pasa nada Andy, podemos hacer turnos —contestó Kitty con una sonrisa de oreja a oreja que hizo que Anna no pudiese evitar sentir un punto de envidia y sus ojos se girasen hacia Raj buscando una respuesta semejante; pero el hombre se encontraba revisando los bueyes y ni siquiera se percató de su mirada, lo que le hizo sentir un pequeño pinchazo en el corazón.

El viaje fue más placentero de lo que Anna había esperado y, hasta cierto

punto, pudo llegar a olvidarse de lo que le esperaba al final del camino y, por un instante, sintió que eran simplemente una familia que peregrinaba junta. Una familia. Era extraño, pero de alguna manera se habían convertido en algo parecido a eso. Habían empezado aquel viaje vital como extraños, unidos por lo que parecía la casualidad, pero, a lo largo de aquel camino lleno de sufrimiento y muerte, sus vidas se habían entrelazado de una forma intensa, como ocurre en las familias. Anna no pudo evitar recordar una de sus frases favoritas. «La casualidad no existe, es tan sólo la forma en la que los hombres llaman al destino cuando no pueden entenderlo». No sabía dónde había oído o leído aquella frase, probablemente en alguno de los libros de su padre en la rectoría donde pasó su infancia, pero de alguna forma había resonado con ella, lo cual era extraño, porque ella siempre había creído que todos los seres humanos poseen el poder para cambiar su destino. Pero, quizás incluso cuando ese poder se hacía patente, no era más que el destino mismo dejándonos pensar que nosotros llevábamos las riendas.

Los días de viaje fueron largos y con muy pocos descansos porque Raj quería que completasen el camino a Kanchipuram lo más rápido posible. Pasaron las noches siempre en poblados que les permitían acercarse a sus fuegos y dormir en la seguridad relativa que les proporcionaban las pocas casas que los conformaban y, aunque sin duda notaron que se trataban de extranjeros, en ninguno de esos lugares se sintieron como extraños. Anna no sabía si eso se debía a que Raj los acompañaba y si, quizá habiendo acudido vestida al modo occidental, su recepción no hubiese sido tan cálida, pero algo le hacía pensar que aquellas gentes no tenían tantos prejuicios, que eso era cosa de las grandes ciudades como Londres, donde uno dejaba de ser un ser humano para convertirse en un código postal.

Finalmente, al atardecer del cuarto día —un día más tarde de lo planeado—, Raj les indicó que habían llegado a Kanchipuram. Anna no sabía muy bien qué esperar y quizá por ello lo que la recibió la pilló aún más por sorpresa. La extensión de la ciudad era verdaderamente inmensa y a ambos lados de la carretera que los llevaba hasta ella las casas se extendían sin aparente fin. A medida que se internaron en la ciudad pudo ver que los templos no se encontraban aislados y separados de las zonas donde la gente vivía, como hubiese esperado de un lugar de culto tan importante, sino que los habitantes de la ciudad habían integrado las casas en el recinto de templos, como si convivir con los dioses formase parte de su día a día de la forma más natural. Eso le hizo recordar lo que Raj le había explicado, para los hindúes, los

dioses no eran criaturas lejanas que imponen sus leyes sobre los hombres, sino seres que caminan, respiran y viven entre ellos, en una cercanía absoluta sin que eso significase que mereciesen menos respeto sino, en todo caso, al contrario. Ahora comprendía a qué se refería. En el mundo de Anna, Dios vivía en el cielo, lejos de los hombres; en el de Raj, los dioses podían venir de los cielos, pero su presencia se respiraba al lado de los hombres.

Raj les guió hasta el extremo opuesto de la ciudad, hasta las proximidades del gran templo de Kailasanathar. Las casas no habían llegado hasta el extremo de templo, como si aquel lugar sagrado fuera merecedor de una especial devoción y, en consecuencia, alrededor de la gran estructura se desplegaba una extensión de terreno donde se encontraban acampados muchos otros peregrinos.

—¡Raj, pensé que la idea era mantenernos alejados de tanta gente como fuese posible! ¡Si me quedo aquí la criatura lo tendrá muy fácil para poder torturarme con tantas víctimas potenciales alrededor!

—Anna, en realidad, creo que lo tendrá fácil vayamos donde vayamos. En este momento hay varios festivales dedicados a diferentes dioses que tienen lugar al mismo tiempo en la ciudad. La cantidad de peregrinos es enorme, sólo necesita mirar a su alrededor para escoger una víctima. De todas maneras, no pretendo que nos quedemos aquí, pero necesito devolver el carro y los bueyes a su dueño que se encuentra acampado aquí. Después os llevaré al lugar donde podemos pasar la noche.

Anna sintió que, con toda la dulzura del mundo, Raj acababa de darle un cachete verbal que tenía más que merecido y no volvió a preguntar nada más. Una vez que habían devuelto las posesiones a su legítimo dueño, Raj les guió de nuevo a la ciudad esta vez callejeando entre las casas bajas de adobe y los impresionantes edificios que se elevaban entre ellos hacia el cielo. Pasado un rato, Anna estaba completamente perdida y desorientada, pero no se atrevía a preguntar cuando acabaría aquel peregrinaje, hasta que de repente Raj giró en la esquina de una casa y, como salido de la nada, se encontraron de frente con un edificio de piedra gris cubierto por vegetación que parecía estar en un terrible estado de abandono.

—Pasaremos la noche aquí, no nos molestará nadie.

—¿Aquí? —preguntó Kitty desanimada—. Y yo que pensaba que hoy dormiríamos en una cama blanda y cómoda.

—Esto es más seguro, y mucho más adecuado, creo.

—¡Muy apropiado! —dijo Meredith seria mientras pasaba al lado del

hombre y entraba en el edificio por la arcada de piedra que hacía las veces de entrada.

—¿Por qué dice que es apropiado? —preguntó Anna a Raj mientras entraba en el templo detrás de Kitty y Andrew.

—Porque este templo está dedicado a Shakti, el poder divino femenino.

—Y eso es relevante, porque...

—En realidad lo es porque Shakti es la energía femenina que está en todo y todos, aunque nosotros creemos que tiende a manifestarse en forma de nuestras diosas, y de esas tenemos muchísimas, ¡créeme! El caso es que este templo ahora está en desuso, pero se construyó para celebrar eso, la divina feminidad.

—Bueno, la verdad es que el concepto es refrescante considerando cómo algunas religiones lo han centrado todo en torno al hombre —soltó Kitty a voces desde dentro del palacio.

—Pero la razón por la que Meredith dice que es apropiado es por esto —dijo mostrándole una hilera de estatuas de mujeres de pequeño tamaño no más altas que un brazo que se disponían en la pequeña y oscura nave lateral del templo.

—¿Quiénes son?

—Nuestras diosas, las manifestaciones de Shakti: Parvati, Lakshmi, Saraswati, Kali, Sati y muchas otras. Pero creo que la que más te llamará la atención es esta. —Y le indicó una estatua que a los ojos de Anna era idéntica a las demás.

—Y, ¿por qué debería llamarme la atención?

—¡Porque eres tú! —replicó la voz de Meredith tras ellos seria y tajante—. Esa es una estatua de Shatupra como madre del mundo, como vehículo de Shakti.

Las manos de Anna recorrieron la pequeña figura que estaba frente a sus ojos mientras la luz de la luna, que lo llenaba todo debido a la falta de techo del pequeño templo ruinoso, le confería a su piel un tono grisáceo no tan diferente del material con el que la figura estaba construida. Sus dedos recorrieron sus formas, su pequeña cabeza, el rostro erosionado hacía mucho tiempo, las plantas talladas con delicadeza como si trepasen por sus piernas, como si fuese ella quien las hiciese crecer. A aquellas alturas ya nada debía sorprenderla, eran tantas las vueltas que había dado su vida desde la primera



visita del detective Gables, tantas las cosas que había descubierto, aún sin querer, sobre el mundo, sobre ella misma que aquella era simplemente una más. Y, sin embargo, no lo era.

—¿Estás bien? —le preguntó la voz cantarina de Kitty a su espalda.

—Sí, sí...Es solo que... —farfulló sin atinar a responder—, esta estatua...

—Lo sé. Meredith y Raj nos lo han contado. Es Shatupra. Pero parece que te ha impactado de verás...

—Sí, lo ha hecho, Kitty. Nada de lo que nos ha pasado en los últimos meses es fácil de aceptar, ni de procesar, pero de alguna manera me he acostumbrado a que, con respecto a mi vida, es más lo que desconozco que lo que creo saber. A estas alturas podrían decirme que soy la zarina de todas las Rusias, y estaría dispuesta a creérmelo. Pero esto, esto es diferente. Esta estatua... Alguien la talló con toda la delicadeza y el amor del mundo, con todo el respeto incluso, con una única finalidad, adorar a la mujer que representa. ¡Por dios esto es un templo! Saber que la mujer representada aquí y yo somos la misma persona, y que en un tiempo lejano alguien consideró que esa persona era especial y merecía adoración, se me hace muy difícil de aceptar.

—Tú te criaste en el seno de una familia religiosa, ¿verdad?

—Sí, mi padre, bueno el único que he conocido, era pastor. Pero eso ya lo sabes...

—¡Sí, pero parece que tú lo has olvidado! Durante años has oído hablar de Jesús. Un tipo que era carpintero o vete tú a saber qué, pero de lo más normal seguro, que, de repente, descubre que es hijo de Dios y le acaba adorando la mayor parte de la población mundial.

—No me estás comparando con Jesús, ¿verdad? Te recuerdo que en esa historia le matan.

—No, lo que pretendo hacerte entender es que el hombre a lo largo de la historia ha idolatrado a las figuras más inconcebibles y no importa lo más mínimo porque lo relevante no es a quién le rezas sino qué haces en su nombre —le espetó la muchacha muy seria—. Alguien, en algún momento idolatró a esa mujer que tú eras, te usó como un icono, un referente, probablemente como un ejemplo, la más madre de todas las madres, la primera. Seguramente acudió a esta figura con fe; fe en que le ayudarías, en que velarías por él o ella, y seguramente esa fe les hizo hacer cosas maravillosas. ¡Alégrate por ello y sigue adelante!

—¡Pero ese es el caso, no puedo, porque esa mujer y yo somos la misma persona!

—¡No, no lo sois! Tú eres Anna, una mujer de su tiempo, independiente, resuelta y extremadamente inteligente. Shatupra fue una mujer del suyo, madre de sus hijos y esposa de su marido, seguramente porque no tenía nada más, y una mujer que no ha vivido lo que tú has vivido. Vuestra alma, la energía que os llena, puede ser la misma, pero no sois la misma mujer. ¡Tú eres Anna, no Shatupra, no Catherine ni ninguna otra de tus encarnaciones! ¡Simplemente Anna! Y no necesitas ser nada más para acabar con ese hijo de puta, solamente aquello que eres.

Las palabras de Kitty fueron como un jarro de agua fría, pero uno que Anna verdaderamente necesitaba. Su mente estaba perdida en aquello que debía hacer como madre del mundo, como Shatupra, pero ella nunca sería capaz de hacerlo porque ella no era aquella mujer. Las visiones que su marido le había mostrado de parte de Camille, las pesadillas en las que el mismo Shiva se aparecía ante ella, la atenazaban constantemente, pero sólo había una manera en la que podía enfrentarse a ellas, como Anna Parr.

—Gracias Kitty, parece que has venido a mi vida para ser la voz de mi consciencia —replicó Anna acercándose a la joven y fundiéndose en un abrazo correspondido—. ¡No sé qué haría sin ti!

—Pues, utilizando la frase favorita de una buena amiga nuestra: «Sin duda caer enferma». —Y las dos mujeres se echaron a reír sin poder parar hasta que los ojos les lloraron y les dolieron los músculos.

—Anna... —dijo Kitty cuando logró calmarse y en un tono mucho más bajo.

—Dime.

—¿Crees que Beatrix...? —Y la pregunta hizo que el aire se helase de repente.

—No lo sé, Kitty. Y creo que prefiero no pensarlo.

La joven no dijo nada más, tan sólo sonrió con una tristeza infinita y se alejó dejando a Anna en la única compañía de aquellas estatuas que representaban todo lo femenino que los hombres habían adorado, todo lo que habían considerado bueno y que estaba contenido en la forma de una mujer y, de alguna manera, una idea tranquilizadora se asentó en ella. Aquellas personas no habían adorado a esas mujeres por ser diosas o algo parecido, sino por lo que representaban, por su poder, por su bondad, por su capacidad para la compasión, por su poder de creación y todo ello aún vivía dentro de

ella como mujer, dentro de todas las mujeres que conocía. Por eso Shatupra se encontraba entre las diosas hindúes en aquel panteón, aún sin ser una de ellas. Anna estaba convencida de que como mujer ella tenía una conexión con la naturaleza mucho más profunda que la de los hombres, algo que había sentido siempre. Quizá era presuntuoso pensar así, pero era como ella se sentía. Aquel poder, su poder, no nacía del hecho de ser una madre del mundo, sino del hecho de ser mujer. En su ignorancia había creído que debía aceptar un rol que no sentía como suyo para poder dominar aquel poder cuando, en realidad, tan sólo debía aceptar que ese poder era suyo por el hecho de ser lo que era.

Como si la idea hubiese germinado en su interior y se hubiese transformado en la más bella flor, Anna sintió en todo su cuerpo que el poder se elevaba. Pero esta vez era diferente, esta vez era consciente de ello y podía manejarlo a su voluntad. Con una caricia cubrió el rostro destruido de la estatua con su mano, simplemente deseando crear, ver, sentir y, al retirarla, el rostro perfecto e intacto de la figura la miraba de vuelta con una sonrisa. Una sonrisa que era un reflejo de la suya propia.

Anna cerró los ojos por un instante y se recreó en la sensación de placer inmenso que le producía saber que ella era el artífice, la creadora de aquella belleza, que aquello no estaba ocurriendo por una fuerza incontrolada e incontrolable, que no era una reacción automática, sino que ocurría porque ella así lo deseaba. Su sonrisa se hizo aún mayor y se vio acompañada por las campanillas del sonido de una risa. Le costó un segundo darse cuenta, poder arrancar sus manos de la piedra cálida que conformaba la estatua, sacar sus ojos de la oscuridad placentera y calmante, pero finalmente se atrevió a mirar a la derecha, hacia el fondo oscuro de la nave del templo y encontró que el origen del sonido la miraba de vuelta. Una mujer hermosísima, vestida con un Sari de color verde, bordado en plata, con el rostro y las manos llenos de joyas del mismo material y su hermoso pelo negro recogido en una gran trenza la miraba y le tendía la mano, llamándola. Una escena ya muy familiar que Anna sabía que no podía ignorar. Se giró por un segundo, buscando con la mirada a su grupo de acompañantes que dormían junto al fuego en la nave central y descubierta del templo. Ninguno de ellos notaría su ausencia, ninguno sabría lo que había ocurrido. Anna volvió sus ojos hacia la mujer y esta, con un rostro sereno, se lanzó contra el muro de la nave desapareciendo a través de él. Al menos esta vez no había trucos ni engaños, aquella mujer no era una presencia física, aunque aquello no la hiciese menos real.

Anna salió del templo sin hacer ruido y giró a la derecha, hacia el lateral

de la estructura donde se encontraba la parte externa del muro que la mujer había atravesado y allí, iluminada por la luna que la hacía aún más hermosa, la encontró, esperándola. Tan pronto como Anna llegó hasta ella, la mujer echó a andar. No dijo una sola palabra, no siquiera la miró, simplemente comenzó a caminar y Anna la siguió.

No pudo recordar cuánto tiempo estuvieron andando, pero de alguna manera sabía que podría repetir el camino siempre que lo deseara, la mujer la estaba guiando y Anna se dejaba guiar. Salieron de la ciudad y la mujer se internó en una especie de bosque, adentrándose sin miedo en la espesura. Anna la siguió sin cuestiones. Caminaron entre las plantas, no había caminos que seguir allí. Aquel no era un bosque sino un fragmento de jungla, oscura y cálida, casi asfixiante; pero Anna no sentía miedo alguno. No podía ver nada a su alrededor, tan solo a la mujer que parecía refulgir con su propia luz. El camino se hizo poco a poco más duro porque la vegetación se cerraba más y más a medida que se internaban en la selva hasta que, de repente, ante sus ojos surgió una imagen que Anna ya conocía. Los peldaños de piedra ascendiendo hasta la gran hilera de columnas cubiertas de vegetación, el templo que María le había mostrado en su primera aparición. La mujer la miró sonriendo y entonces Anna lo supo. No necesitaba de más explicaciones, no necesitaba de confirmación alguna. Aquella mujer, aunque una versión anterior, más joven, y con un cuerpo distinto, no era otra que María que, una vez más, había venido para mostrarle lo que debía ver.

Sus ojos enfocaron de nuevo la escalinata y el templo y, esta vez, la imagen cambió. La vegetación que la cubría y amenazaba con devorarlo desapareció dejando al descubierto las delicadas e intrincadas tallas de las columnas, ahora de color blanco inmaculado. Unas teas colocadas en todo el recinto iluminaban, no solo el templo, sino el camino hasta él y, de repente, el ruido de una canción distante surgió a su espalda. Anna se giró, pero no tuvo tiempo de apartarse para dejar paso a la comitiva que se abalanzaba sobre ella. Cuando Anna ya se veía arrollada las figuras pasaron a través de ella como si estuviesen echas de aire. Una nueva imagen traída de otro tiempo para que Anna la viese. Anna se retiró ligeramente para dejar paso a la comitiva y entonces lo vio. Un cuerpo envuelto en una tela blanca depositado sobre una especie de palanquín de madera que cuatro hombres portaban con extremo cuidado. Tras ellos, otro hombre, mayor, aunque aún en perfecta forma física, que caminaba tras el cuerpo como si arrastrase una carga terrible que pesase más que su propia vida. Anna miró a los ojos del hombre bañados en lágrimas,

miró a sus manos agarradas para poder ocultar un ligero temblor, sus pies que se arrastraban por la tierra. Y entonces comprendió. Sus ojos se volvieron de nuevo hacia el cuerpo y sin un ápice de duda lo supo. Supo que aquel cuerpo había sido suyo, como lo había sido aquel hombre, como lo sería aquel templo. Sus ojos se volvieron a la mujer que la había traído hasta allí, y como si hubiese reconocido su comprensión en su mirada, se despidió con una sonrisa dulce y sincera. y desapareció junto con toda la comitiva. Anna se quedó sola frente al templo, en medio de la oscuridad de la jungla, pero no tuvo miedo porque sabía que acababan de mostrarle lo que tanto necesitaba. Se encontraba frente a la tumba de Shatupra y ahora sabía lo que debía hacer.

Volvió junto al grupo en el viejo templo, sin dudar un segundo del camino que ahora parecía estar grabado en su mente y sin temer ni por un instante la oscuridad de la noche o de la jungla, pues sabía de sobra que no eran esas las oscuridades que los hombres debían temer. Llegó al templo justo antes del amanecer y comprobó que el grupo seguía durmiendo, nadie había notado su ausencia. Se quedó parada nuevamente frente a la estatua que representaba a Shatupra y que ahora la miraba con el rostro sonriente que ella misma le había dado y, casi sin pensarlo, su mano flotó frente a aquel rostro nuevamente esta vez para hacerlo desaparecer. Shatupra estaba muerta y así debía seguir.

—¡No sabía que habíais aprendido a controlar tu poder de esa manera! — le dijo una voz a su espalda y, al girarse, sus ojos se encontraron con la mirada seria de Meredith.

—Yo tampoco, la verdad —respondió en una mentira a medias—, supongo que será este lugar que debe haber despertado algo en mí.

—En India hay un refrán que dice que a veces es una sabia decisión no despertar a una fiera que duerme, puede ser la diferencia entre la vida y la muerte.

—Fuiste tú quién me dijo que debía abrazar mi poder y controlarlo...

—Así es, creo que es imprescindible si quieres sobrevivir a la batalla que tenemos por delante, pero saber usar algo y controlarlo son dos cosas diferentes.

—Bueno, en todo caso es un primer paso, ¿no? —contestó Anna ligeramente irritada por tanta moralina.

—Estás diferente...

—¿Diferente? Bueno, supongo que ver qué puedo hacer más cosas con mi

poder me ha animado algo. Pero ahora lo importante es que despertemos al resto y empecemos a buscar la tumba de Shatupra cuanto antes.

—¡Anna! —elevó la voz la mujer para alcanzar a Anna que ya se alejaba de ella.

—¿Sí? —dijo Anna sin girarse.

—El poder de destruir nace de la voluntad de crear, recuérdalo cuando debas usarlo. El poder no funcionará si la única meta es la destrucción en sí misma.

—Lo haré Meredith, te lo prometo —replicó Anna no prestando ninguna atención a las palabras de la mujer.

Anna se alejó para despertar con suavidad a Raj y mientras lo hacía, Meredith se acercó hasta la estatua de Shatupra y repitiendo el mismo gesto que Anna había hecho hizo aparecer un nuevo rostro sobre aquel cuerpo de piedra y polvo, pero esta vez no fue el rostro amable y sonriente que Anna había hecho aparecer anteriormente, sino uno lleno de rabia y contraído en una mueca de locura que habría helado la sangre de cualquiera. Y la voz de la mujer, susurró como si desease que sólo la piedra la escuchase.

—¡Eso espero pequeña, eso espero, por el bien de todos nosotros!

Anna representó una pantomima digna de la mejor actriz de los escenarios del mundo durante todo el día. Tan pronto como hubieron acabado el frugal desayuno se echaron a las calles de la ciudad dispuestos a recorrer los templos y lugares que Meredith y Raj había identificado como posibles indicadores del lugar exacto de la tumba de Shatupra. En realidad, ninguno de los dos tenía idea alguna y su única sugerencia era recorrer los templos más antiguos y hablar con los sacerdotes en la esperanza de que en alguno de esos lugares se hubiese conservado, en forma de leyendas, cuentos o quién sabe qué, alguna pista que les permitiese acotar la búsqueda. Así que pasaron todo el día de peregrinación de templo en templo. Si aquello no era de por sí cansado —la ciudad tenía una extensión verdaderamente gigantesca para ser recorrida a pie—, se le sumó el detalle de que para Anna, Kitty y Andrew fue bastante aburrido dado que en mucho de los templos la entrada estaba prohibida a los occidentales. Sin embargo, por alguna razón parecía que esa norma no aplicaba para Meredith que, a pesar de su claro aspecto europeo, era bienvenida con los brazos abiertos allí donde fuesen. Durante todo ese tiempo Anna aguantó estoicamente las caminatas, las esperas y hasta logró fingir la

tremenda desesperación que aquel callejón sin salida le producía, todo ello sin que nadie notase absolutamente nada, sin que nadie sospechase que ella ya sabía dónde estaba enterrada Shatupra y que pretendía ir allí esa misma noche.

Cuando al final del día volvieron todos al templo, no había uno solo de ellos que no se encontrase agotado y, para todos excepto Anna, el agotamiento iba acompañado de decepción. En un intento de animarles, Raj quiso explicarles que era factible que tardasen varios días en encontrar algún tipo de información útil, pero que aún tenían muchos templos por recorrer. Desgraciadamente el efecto de su comentario fue justamente el opuesto del pretendido y todos acabaron por sentirse aún más cansados al pensar que al día siguiente el paseíto se repetiría. Prepararon algo de sopa para cenar e inmediatamente se fueron a dormir incapaces de mantener los ojos abiertos; todos excepto Anna.

Había estado esperando ese momento todo el día. Esperó bastante rato después de que todos pareciesen dormidos para asegurarse de que nadie se despertaría cuando se levantase y con un sigilo propio de un gato se escabulló fuera del templo y no paró hasta alcanzar el otro templo, el escondido en la jungla. Cuando por fin llegó a él estaba helada, la noche era mucho más fría de lo que lo habían sido las anteriores y la calidez que había sentido en su primera visita de la mano de María se había extinguido. Anna tuvo que respirar profundamente un par de veces para encontrar el valor de poner el pie en el primer peldaño de la escalinata y, cuando finalmente lo hizo, un ruido como un chasquido resonó entre los árboles. Le costó un instante procesar la información y comprender que el ruido no había sido generado por ella. Su cuerpo se giró rápidamente esperando encontrarse frente a ella a la sombra, a la criatura despreciable que la había traído hasta allí, pero en su lugar fueron los ojos dulces e inmensos de Raj quienes la miraban intensamente.

—Déjame adivinar, después del día de hoy tu cuerpo necesitaba andar un poco más, ¿verdad? —dijo el hombre sin sonreír.

—Raj, ¿qué diablos haces aquí? No debes, no puedes...

—¿No debo quererte? ¿Es eso lo que me quieres decir? Porque esa es la razón por la que estoy aquí, esa es la razón por la que todos te hemos acompañado todo este camino, por si no te habíais dado cuenta. —Sus palabras sonaron dolidas e hirientes y pillaron a Anna por sorpresa.

—¡Raj, tú no lo entiendes, tengo que hacer esto sola, es importante para manteneros a salvo, esta es mi carga...!

—¿Puedes hacer le favor de dejar de repetir lo mismo todo el tiempo?

—¡No lo hago!

—Sí lo haces, a todos nosotros y a ti misma. Esa cantinela de que no puedes permitir que nos pase nada lleva en tu boca desde antes incluso de que te conociese, desde que la sombra atacó a Kitty. ¿A estas alturas aún no has entendido nada?

—¿Qué es lo que tengo que entender, Raj?

—Que Saraswati nunca ha querido que llevases esta carga sola. ¿Por qué crees que creó a las madres? Para protegerte, para que no estuvieses sola, para que no sucumbieses al peso de lo que pedía de ti.

—Y, ¿qué se supone que debo hacer, dejar que todos vosotros sacrificuéis vuestras vidas una a una por algo que no os incumbe?

—¿Te has parado a pensar que a lo mejor eso es algo que estamos dispuestos a hacer por ti, por aquello que debes proteger, por lo que representas?

—¡No puedo permitir que mueras, ni tú ni ninguna de las personas a las que quiero, aunque eso signifique tener que enfrentarme a esa mala bestia sola! ¡Así que ya puedes darte la vuelta y volver con los otros porque este camino voy a hacerlo sola!

—¡No! —soltó Raj con una voz autoritaria y tajante pillando a Anna completamente desprevenida—. Fui educado para obedecerte a ti y al resto de las madres en cualquier cosa que deseaseis, pero también se me encomendó protegeros costase lo que costase, para poder cumplir con lo segundo tendré que romper mi primer juramento, pero si así ha de ser, así será.

—¡Raj, te lo pido por favor, no seas irracional! Si te tengo a mi lado estaré pendiente de que no te pase nada y eso me pondrá en desventaja —le espetó Anna sin creerse lo que decía, pero en la esperanza de que aquella mentira le hiciese cambiar de opinión.

—Anna, yo no puedo predecir el futuro, pero pase lo que pase vamos a enfrentarlo juntos, así que no merece la pena que gastes tus energías en discutir conmigo, es probable que las necesites más tarde.

Se quedó mirando al hombre que tenía frente a ella con aquellos inmensos ojos verdes que se encontraba en medio del camino que llevaba al templo, como una estatua más de la estructura y comprendió que había perdido aquella batalla. Aquel hombre había sido educado para cuidarla, aún si el precio a pagar era su propia vida, un precio que estaba más que dispuesto a entregar, un precio que en gran parte ya había entregado.

—Muy bien, si así es como están las cosas, ¿me ayudas a subir? —Y le



tendió la mano que él agarró con dulzura para ayudarla a ascender las empinadas escaleras del templo.

La jungla hacía tiempo que había reclamado su posesión de la estructura y el ascenso por la escalinata no se hizo sencillo porque algunos peldaños estaban completamente cubiertos de maleza, pero con la ayuda de Raj logró llegar a la parte superior. Desde arriba la vista no proporcionaba muchos más detalles de cuán grande podía ser el templo, o de dónde empezaba y acababa. Al final de la escalinata les esperaba algo semejante a una sala, rodeada de grandes columnas de un material blanquecino talladas con intrincados detalles de forma que no quedaba un fragmento de columna que no representase algo. La viveza de las imágenes era increíble, incluso entre la maleza que las cubría. Pero no había más nada. Entre las columnas un espacio vacío y sin techo, abierto al cielo que empezaba a amanecer, era todo lo que se podía ver; más allá sólo había jungla.

—¿Y dónde se supone que está la entrada?

—¿Me podrías explicar cómo has concluido que esta es la tumba de Shatupra?

—María se apareció ante mí en la forma de una mujer joven y me guió hasta aquí, pero desapareció en cuanto llegué a la escalera, no me mostró nada más. Confiaba en que la entrada a la tumba estuviese en la parte de arriba, pero esto está completamente vacío.

Raj no respondió, sus ojos estaban fijos en las columnas y sus manos acariciaban las figuras mientras daba vueltas alrededor del recinto.

—Esto es... ¡Sí, no hay duda!

—¿Qué es? ¿Has encontrado algo?

—No lo sé. Verás, en los templos hindúes todo tiene una razón de ser, no decoramos nuestras paredes y columnas como estas con figuras porque sí, se hace para contar una historia. Y esta es tu historia, bueno para ser más exactos la de Manushya.

—¿Cómo?

—Sí, mira, en nuestros templos siempre damos vueltas alrededor del recinto en el sentido de las agujas del reloj, Samsara, ¿recuerdas? El ciclo vital. Si comienzas en la columna que te recibe tan pronto como subes de la escalinata y empiezas a girar en esa dirección las columnas cuentan la historia de la creación del mundo. Y en esta columna estás tú, sosteniendo la mano de Manushya —dijo señalando a una pequeña figura que parecía dejarse guiar por otra de sexo masculino—. La historia continúa pasando por tu muerte y tu

funeral y las tres últimas columnas representan la traición de Mahesh y Shatindra.

—Un segundo —dijo de repente Anna que no había podido dejar de mirar una de las columnas que Raj le señalaba—, ¿has dicho que este es mi funeral?

—Sí, eso parece. Puedes ver la figura de Manushya contraído de dolor y mientras tu cuerpo arde. El ritual no es tan diferente del de ahora, hay un río donde Manushya depositaría tus cenizas.

—A eso me refiero, eso es imposible.

—¿Por qué es imposible?

—Porque María me mostró la imagen de la comitiva que trajo mi cuerpo hasta aquí, pude ver cómo mi cuerpo era ascendido por la escalinata y aquí no hay ningún río. ¿No lo entiendes? Manushya no quemó mi cuerpo, lo que cuenta la columna no es verdad.

—Pero, ¿por qué iban a mentir en algo tan tonto? Cualquiera que viviera en la época sabría lo que había ocurrido en realidad.

—¡O quizá no! Recuerda lo que nos explicó Meredith, Manushya quiso que la tumba de su esposa se mantuviese oculta. Quizá esa era la idea, que aún en el caso en que alguien encontrase este lugar, pensasen que era un callejón sin salida, un templo vacío y que Shatupra fue incinerada.

—Pero entonces estamos tan perdidos como al principio, este lugar no nos aporta nada.

—Exactamente lo que Manushya quería, y sin embargo... ¿Has visto si hay alguna columna que represente a alguna diosa?

—Sí, la siguiente columna representa la energía del Shakti que toma forma de diosa. Supongo que se usó para representar que Shatupra se había unido al Shakti. Pero, ¿por qué es eso relevante?

—Porque Meredith dijo que Manushya encomendó el cuerpo de Shatupra a diosas protectoras. ¿Estás seguro de que es la única imagen de una diosa en todo el templo?

—Sí, bueno hasta donde puedo ver, sí. Es esta de aquí —Y con las manos le señaló una gran estatua que ocupaba una columna entera y que representaba una mujer vestida con un elaborado sari y con un gran tocado sobre la cabeza. En una de sus manos sostenía un báculo mientras la otra apuntaba hacia el cielo y una de sus piernas tocaba la tierra. Anna se acercó y acarició la estatua.

—¿Puedes contarme algo de esta diosa?

—Bueno, como te decía, es la representación de Shakti que es la energía

creadora femenina. Es un concepto complicado porque es algo que está en cada uno de nosotros y en cada dios y diosa, digamos que todas las diosas de mi religión pueden ser Shakti en un determinado momento. Normalmente la equiparamos con Parvati, esposa de Shiva.

—¿Por qué teníais que hacerlo tan complicado? —dijo Anna mirándole medio irritada.

—Lo sé...

—¿Por qué tiene esa postura?

—Porque Shakti es la energía que nos lleva a la liberación espiritual, el Moksha. Es la energía que conecta la tierra y el cielo, este mundo y el más allá por ponerlo en términos occidentales.

—Es decir, que ella controla el paso al otro mundo que es donde queremos ir nosotros exactamente —contestó Anna sin retirar sus ojos ni sus manos de la estatua—. Y, si yo quisiese adorar a Shakti, ¿qué tendría que hacer?

—Bueno, empezarías por prostarte a sus pies y...

Lo que pasó a continuación duró apenas un instante y pilló a los dos por sorpresa. Siguiendo las indicaciones de Raj, Anna se había arrodillado frente a la columna sin retirar sus manos de ella y la columna, de repente, había cedido bajo su empuje desplazándose unos centímetros. Inmediatamente, como en respuesta, un gran estruendo resonó en la plataforma haciendo que los pájaros que dormían en los árboles cercanos escapasen asustados.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Anna.

Raj se levantó desde detrás de la columna para observar el centro de la plataforma.

—¡Creo que será mejor que mires esto, Anna, sospecho que Shakti ha respondido a tu plegaria!

Anna se levantó y acudió a su lado para encontrarse con que la plataforma central había desaparecido para ser reemplazada por un gran agujero oscuro en cuyo lateral nacían unas escaleras de piedra que se internaban en la estructura del templo.

—Raj, creo que acabamos de encontrar nuestra puerta.

—Sí, eso es evidente, pero ¿a dónde?

Anna fue la primera que se introdujo en la oscuridad que se había abierto

a sus pies, en contra de las protestas de Raj que consideraba que no era seguro que fuese ella en cabeza. Los peldaños de la escalera que a primera vista parecían de sólida roca resultaron ser mucho más frágiles y algunos de ellos empezaron a desmoronarse bajo su peso. Frente a ella no se veía nada excepto una oscuridad absoluta.

—Por un casual no tendrás algo con lo que iluminar el camino, ¿verdad?  
—dijo girándose para mirar a Raj.

—Me temo que no, recuerda que mi intención era detenerte no acompañarte.

—Ya, pero... —Anna no pudo continuar, de repente su pie sobre el tercer escalón puso en funcionamiento algún tipo de resorte y la tierra comenzó a temblar bajo sus pies. Como por arte de magia, la oscuridad que se encontraba frente a ella se llenó con parches de una luz tenue y débil, pero que era suficiente para poder ver el camino que se desplegaba frente a ellos.

—No sé lo que has hecho, pero parece que nuestra situación mejora algo.

—Ha sido este peldaño, debía haber algún tipo de mecanismo que ha activado la iluminación.

—¡Es sorprendente, me pregunto cómo habrán conseguido traer la luz aquí abajo!

—No tenemos tiempo para elucubrar, parece que es un túnel, más vale que veamos a dónde nos lleva.

—¿Estás segura? La compuerta puede cerrarse y atraparnos dentro.

—No creo que nos quede mucha opción llegados hasta aquí.

Anna bajó el resto de los peldaños hasta el túnel que se mostraba ante ellos y que tenía un suelo de tierra prensada claramente creado por la mano humana. El techo era bajo, tanto que Raj tenía que agachar ligeramente su cabeza para poder pasar, y estaba cubierto de raíces de árboles que lo invadían indicando que el túnel se encontraba bajo el templo y discurría bajo la jungla. Continuaron su camino por aquel pasillo, esquivando las grandes raíces que a veces le impedían avanzar, hasta que de repente llegaron a una zona donde se abría una gran abertura en el lateral del túnel por la que se filtraba aquella luz tenue que lo había invadido todo

—¡Ahí tienes tu explicación! —dijo Anna señalando al interior de la abertura—. Ese hueco está cubierto de cristales de algún tipo, pulidos para que reflejen la luz. El otro extremo debe estar abierto a la superficie y la poca luz que tenemos es el sol del amanecer que se filtra por la abertura y se refleja en los cristales. Es muy ingenioso.

—Entonces más vale que nos demos prisa.

—¿Por qué?

—Porque eso significa que tan pronto como el sol se ponga nos quedaremos sin luz de ningún tipo —contestó Raj recordándole lo obvio.

Avanzaron por el túnel que se hacía cada vez más estrecho hasta que acabó por obligarles a caminar en fila. Los hombros de Anna rozaron más de una vez en las paredes y su pelo se quedaba enredado entre las raíces y tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no pensar en la cantidad de insectos que podía haber en ese lugar ni imaginárselos trepando por su cuerpo. Finalmente, tras lo que había parecido una caminata interminable, el túnel se ensanchó nuevamente y llegaron hasta lo que parecía el dintel de una puerta, construido con piedra labrada con símbolos que Anna no podía reconocer y sostenido por dos pilares del mismo material. El hueco de aquella primitiva puerta estaba vacío, tan solo era una especie de arco que marcaba la entrada a lo que parecía ser una gran sala; pero no fue nada de todo aquello lo que dejó a Anna horrorizada, sino el guardián que se encontraba junto a la puerta. Con una altura mucho mayor que la de cualquier hombre se erigía una estatua de piedra pintada en lo que seguramente habían sido vivos colores en su tiempo. La estatua representaba a una mujer de piel oscura como la noche que tenía cuatro brazos y que sacaba la lengua entre sus dientes afilados en una mueca terrible. La sola imagen de aquella mujer hubiera sido suficiente para imprimir terror, pero, por si fuera poco, su cuello estaba adornado con una guirnalda de cabezas y su cintura con un faldellín de brazos esculpidos con un realismo incomparable. En cada una de sus cuatro manos la mujer portaba un objeto, un cuchillo, una cabeza cortada, un bol que recogía la sangre de la cabeza y un tridente. Aquellos accesorios, daban un aspecto aún más terrible a la figura e hicieron que Anna no pudiese retirar sus ojos de ella.

—¡Kali! —dijo de repente Raj.

—¿Cómo? —replicó Anna saliendo de su ensimismamiento.

—Esta es la diosa Kali —contestó sin retirar sus ojos de la estatua de forma casi reverente.

—Pues supongo que esta es una de las diosas a las que Manushya dijo haber encomendado a su esposa. ¿Por qué tiene un aspecto tan terrible? Da auténtico pavor.

—Esta es Samhara Kali, la diosa de la destrucción.

—Precioso...

—Recuerda lo que te he explicado Anna, para los hindúes la destrucción

de cualquier forma posible tiene asociado un renacimiento, no todo es negativo en la destrucción.

—No es que su imagen sea muy positiva.

—No todo es lo que parece —dijo apartándola por un segundo para mirar a través del hueco de la puerta en la gran sala que había más allá—. ¡Mira!

Anna obedeció y sus ojos se encontraron con que al otro lado de la sala había otro dintel de piedra, indistinguible del que se erigía en su lado e igualmente guardado por otra estatua con una gran multitud de brazos y cubierta en una pintura dorada.

—¿Otra diosa?

—En realidad es la misma, esa que ves allí es Mahakali, la forma de Kali como diosa de la restauración. La destrucción en un lado, la restauración en el otro, ¿lo ves?

—Sí, lo veo, aunque no acabo de ver que significa, será mejor que ... — Anna se dispuso a entrar en la sala cuando de repente sintió un gran tirón que la arrastraba hacia atrás justo antes de que una especie de sonido sibilante recorriese la sala. Anna acabó en el suelo, a los pies de Raj y comprendió que había sido el hombre quien había tirado de ella.

—Pero, ¿a qué ha venido eso? —dijo pataleando como una cucaracha en el suelo mientras Raj intentaba ayudarla a levantarse.

—A que tienes que mirar por dónde andas.

—¿Cómo que tengo que...? —Los ojos de Anna se fijaron en la sala y su rostro se desencajó. El centro de la sala estaba ahora ocupado por grandes cuchillas que habían salido de las paredes de la sala en todas las direcciones y que, de haber encontrado en su camino, habrían hecho picadillo de su cuerpo.

—No todo es lo que parece —le espetó Raj.

—Era lo que me faltaba, ¿a qué loco se le ocurre poner trampas en un sitio como este?

—Creo que ya sabemos a qué se refería Manushya con lo de que las diosas protegían a Shatupra. —En ese instante las cuchillas de la sala empezaron de nuevo su movimiento acompañado del sonido sibilante y desaparecieron en las paredes del recinto.

—¿Y cómo se supone que vamos a atravesar la sala?

—No lo sé, Anna, quizá deberíamos volver y buscar ayuda...

—¡De ninguna manera, no puedo volver atrás, cada instante que pierdo es la vida de Beatrix la que está en riesgo! ¡Debo encontrar la manera!

Raj se quedó mirándola fijamente, reconociendo la determinación que la

hacía tan especial y convencido de que no había manera en el mundo en que pudiese hacerla cambiar de opinión. Anna se encontraba en el quicio que daba entrada a la sala, pensativa, sin decir una sola palabra hasta que de repente algo captó su atención.

—Pasos...

—¿Cómo? —replicó Raj sorprendido.

—Pasos, en el suelo, veo huellas en las losas. ¿No las ves tú?

Raj se acercó junto a ella y miró a los baldosines que cubrían el suelo dándose cuenta de que tenía razón, los baldosines tenían dibujada en un color rojizo la figura de un pie, uno por baldosín. El tiempo había hecho que el color estuviese prácticamente extinguido, pero aún podía verse si se prestaba atención.

—¿Por qué habrían pintado huellas en el suelo?

—No lo sé, pero me pregunto si... —dijo dejando a Anna para volver junto a la estatua de Kali.

—¿Qué? No puedes dejarme así...

—Un segundo, Anna, por favor, intento recordar —le espetó tajante dejando a Anna con un palmo de narices—. Hay una leyenda...si pudiese recordar...

—¿Una leyenda de qué?

—De Kali. Eso es, la leyenda de Raktabija.

—Ahora todo tiene sentido, claro, ¿cómo no me habré acordado? Raj, ¿de qué hablas?

—Perdona, déjame que te explique —dijo el hombre al ver la frustración de Anna que ya no entendía nada—. De acuerdo a la leyenda, Kali fue convocada por la diosa Durga para destruir al demonio Raktabija. Durga había intentado destruirle ella misma, pero de cada gota de sangre del demonio que lograba derramar surgía uno nuevo, así que convoco a Kali, la forma de Samhara Kali, que con su rabia y sed de sangre logró matarle. Cuando logró acabar con él, Kali dejó su espada y celebró su victoria con un baile sobre el cadáver del demonio.

—Precioso, y supongo que crees que esa historia está relacionada con todo esto.

—Estoy convencido. Las cuchillas representan la espada de Kali, los pasos son una referencia a su baile.

—Y, ¿qué esperas que haga? ¿Que me meta en esa sala a bailar como una posesa?

—No lo sé, Anna. Pero creo que ahí está la clave.

—A ver, un segundo, pensemos esto fríamente. Todos los baldosines de esa sala tienen pintadas huellas, ¿cómo sabría quién intentara pasar cuales debe pisar y en qué orden?

—No lo sé, pero dudo mucho que Manushya no hubiese pensado en una manera de hacerlo, aunque fuese para pasar el mismo.

—¿Cómo es eso que has dicho sobre lo que hizo Kali cuando mató al demonio? —preguntó Anna de repente.

—Que bailó sobre su cadáver.

—No, antes de eso...

—Que dejó caer su espada y...

—Exacto. Me pregunto si...—Y sin pensarlo un momento se dirigió a la estatua de Kali que la miraba con aquel rostro terrible. Arremangándose el Sari que limitaba sus movimientos trepó hasta la estatua y se colgó de uno de sus brazos, el que portaba la espada que cedió bajo su peso.

—¡Anna! ¿Estás bien? —preguntó Raj acudiendo a su lado.

Inmediatamente, un sonido llenó la sala y Anna pudo ver cómo algunos de los baldosines se elevaban del resto en una secuencia concreta que recorría toda la sala levantando polvo con sus movimientos. Aquello duró tan solo un instante y de repente todos volvieron a sus posiciones originales.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Raj.

—Ese ha sido nuestro salvoconducto al otro lado. Esa secuencia de baldosas es la que debemos pisar para poder cruzar sin que nos rebanen en trocitos, estoy segura, ese es nuestro baile.

—En ese caso, podemos repetir lo que has hecho para poder verlo mejor.

—Me temo que va a ser imposible —replicó Anna—, mira. —El brazo de Kali que Anna había hecho descender se encontraba en la misma posición en la que lo había dejado, no había vuelto a su lugar original. —Creo que el mecanismo está preparado para funcionar una sola vez.

—Pero...entonces, ¿cómo vamos a hacerlo?

—Creo que tendremos que confiar en mi memoria.

—¡Anna, eso es una locura...!

—Raj, tengo una memoria excelente, tienes que confiar en mí, sé qué secuencia de baldosas debemos pisar.

—Anna, eso es de locos, nadie puede recordar...

—Yo sí —respondió Anna mirando fijamente a sus ojos con una seguridad absoluta —, yo nunca te pondría en peligro, tienes que confiar en mí.



Anna era consciente de que en ese momento a Raj solo se le estaba pasando por la cabeza darle un golpe para dejarla inconsciente y sacarla de ese infierno, pero, si ese era el caso, el hombre simplemente se limitó a agarrar su mano y pronunciar una sola palabra.

—¡Guíame!

Anna se levantó del suelo como por resorte y agarró la mano que le ofrecía para llevarle hasta la entrada de la sala y colocarse frente a él.

—Pisa donde yo lo haga, y solo donde yo lo haga, ¿de acuerdo?

—Sí, mi señora —respondió sin ápice de sorna.

Anna dio el primer paso y cerró los ojos como si esperase que la primera cuchilla la atravesase limpiamente, pero nada ocurrió y eso hizo que estuviese segura de que tenía razón. Raj la siguió, pisando tras ella y tampoco nada pasó esta vez. Uno tras otro y lentamente recorrieron la sala saltando de baldosa en baldosa como auténticos bailarines guiados tan solo por la memoria de Anna. Cuando finalmente lograron alcanzar el dintel del otro extremo de la sala, los dos soltaron el aire que sin darse cuenta habían retenido en sus pulmones durante todo el camino.

—Si tengo que repetir eso, casi prefiero las cuchillas —dijo Raj apoyándose en sus piernas, pero Anna no le escuchaba. Sus ojos estaban concentrados ahora en el rostro de la estatua de Mahakali que la miraba esta vez con dulzura y sonriente como si se sintiese orgullosa de que hubiese podido superar aquella prueba. Más allá de la estatua, un nuevo túnel se abría ante ellos y sin perder un segundo más, Anna cogió la mano de Raj que aún intentaba recuperar su aliento y se encaminaron hacia su interior.

Aquel nuevo túnel era diferente del anterior, aunque esta vez la anchura les dejaba caminar el uno junto al otro de forma cómoda, la trayectoria que seguía era mucho menos recta con numerosas vueltas y cambios de dirección que hicieron que acabasen completamente desorientados. Además, aquel tramo tenía muchas menos entradas de luz, forzándoles a caminar casi sin poder ver a dónde se dirigían, lo que les hizo perder aún más la orientación. El tiempo que pasaron en aquel túnel se hizo eterno y Anna empezó a pensar que quizá en algún tramo poco iluminado el túnel se había bifurcado y se habían desviado de la trayectoria principal, hasta que, de repente, la aparición de un nuevo dintel como el de la primera sala les hizo parar en seco. Esta vez el dintel se encontraba ubicado en una especie de ensanchamiento del túnel que convertía

el espacio en algo semejante a una pequeña capilla, y en ella, una nueva guardiana les esperaba.

Esta vez la estatua no era aterradora y amenazante como lo había sido la imagen de Kali, sino todo lo contrario. La figura representaba a una mujer joven y hermosa, vestida con un sari de color rojo que sostenía una flor de loto entre sus manos. Tras ella, Anna podía ver una sala como la que acababan de pasar, pero esta vez su tamaño era mucho más pequeño y estaba iluminada por una gran claridad. Cuando se acercó para observar desde el dintel de piedra vio que la sala era en realidad un gran tubo de piedra que se abría al exterior en su parte superior, como una chimenea.

—Al menos esta vez la imagen es más amable, ¿sabes quién es?

—Es difícil de decir, el símbolo de la flor de loto es común a varias diosas y es extraño que no hayan incluido ningún otro símbolo que permita distinguirlas. Diría que se trata de Parvati, la esposa de Shiva.

—¿Esa no era Kali?

—Ambas lo son, ya te dije que la mitología hindú es muy compleja.

—Yo lo que veo es que Shiva parece tener todas las ventajas —replicó Anna medio indignada provocando la risa a carcajadas de Raj—. ¿De qué te ríes?

—De que estamos atrapados en un túnel que no sabemos a dónde nos lleva, de camino a que salves al mundo de la destrucción total y, aún en estas condiciones, tienes tiempo para recriminar actitudes machistas.

Anna se limitó a responderle con un gruñido y sin pensarlo dos veces entró en la sala sin escuchar a Raj que le pedía que esperase. Se giró para mirarle y decirle que podía entrar, que aquella sala no era más que un tubo de piedra, pero la gran piedra que descendió sin poder ver de dónde para bloquear la entrada por la que acababa de entrar le impidió decir nada. En un acto reflejo Anna se giró para mirar la salida de la sala en el lado opuesto, pero otra gran piedra, similar a la primera acababa de bloquearla también. Lamentando su estupidez Anna corrió hacia la piedra que la separaba de Raj para llamarle a voces.

—¡Raj, Raj! ¿me oyes?

—Sí, puedo oírte, ¿te encuentras bien?

—Sí, estoy bien, pero estoy encerrada. La salida también se ha bloqueado con una roca como esta, no puedo moverla, son muy pesadas.

—¿Puedes mirar si hay algún resorte? Deben poder abrirse desde dentro...

—No hay nada Raj —dijo mirando frenéticamente a su alrededor—, ¿puedes mirar tú por ahí?

—Ya lo he hecho, aquí tampoco hay nada.

—La estatua, mira la estatua quizá funcione como la de Kali.

—De acuerdo, dame un instante.

Anna espero pacientemente mientras el hombre comprobaba la estatua como le había indicado, pero sus nervios empezaron a tomar el control y empezó a sentirse muy acalorada. Sus ojos miraron hacia arriba, lo único que pudieron ver fueron la claridad del sol que parecía distorsionarse como quien mira su reflejo en un pozo.

—Anna, no hay ningún mecanismo que yo pueda ver, la estatua es maciza, no como la anterior. Pero si me das un segundo, estoy seguro de que puedo sacarte de ahí.

—¡Raj...!

—¡Dime!

—¡Raj, está empezando a hacer mucho calor aquí, creo que la sala se está calentando!

—¿A qué te refieres con que se está calentado?

—¡A que se está calentando, Raj, que cada vez hace más calor como si se estuviese calentando desde abajo, el suelo arde cada vez más!

—¡Oh, no!

—Raj, eso no me tranquiliza nada, ¿por qué dices eso?

—Anna, la estatua, ¿recuerdas que te dije que podía ser Parvati?

—Sí, ¿qué hay con eso?

—Que empiezo a pensar que se trata de Sati.

—Raj, ¿eres consciente de que eso no significa nada para mí?

—Sati es la primera esposa de Shiva, Parvati es su reencarnación.

—Bueno, y ¿qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que Sati murió incinerándose en un acto de inmólación, se suicidó entregándose a las llamas.

—¡Por todos los dioses! Raj, ¿cómo salgo de aquí? —chilló Anna entendiéndolo inmediatamente lo que aquello significaba y notando como el calor del suelo empezaba a ser más fuerte que la suela de sus sandalias.

—Anna, debes mirar bien a tu alrededor, tiene que haber una forma de salir de ahí, un mecanismo, como en la sala anterior.

—¡Pero en la sala anterior el mecanismo estaba fuera...!

—Sí, pero esta vez la trampa solo se ha accionado cuando ya estabas

dentro, tiene que haber una forma de salir.

—¡Estoy mirando Raj, pero no veo nada de nada, las paredes son lisas no hay ninguna abertura, ni ningún hueco que pueda contener un resorte!

—¡Mira bien!

—¡Lo estoy haciendo...! ¡Ay!

—¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien? ¡Anna!

—Estoy bien, pero el suelo arde de veras, casi no puedo apoyar los pies en él, tengo que andar de puntillas —contestó Anna con una voz quejumbrosa y claramente asustada— ¡Un segundo!

—¿Qué pasa, has visto algo?

—Sí, he visto unos dibujos muy tenues, están por encima de mi cabeza, por eso no los vi antes, son como garabatos hechos por un niño, pero tienen... sí, tienen una especie de cordón que sobresale de ellos.

—¡Esa es, Anna, tiene que ser la salida...!

—Sí, pero ¿cuál de ellas?, si tiro de la que no es puede que el proceso incluso se acelere y muera carbonizada, Raj.

—¡Dime qué dibujos son!

—Un segundo —pidió Anna claramente con dificultad para respirar debido al calor lo que hizo que Raj se preocupase aún más—, veo un pájaro, un loto, algo parecido a un sol y una cosa que parece una concha. ¡El loto, Raj, debe ser el loto como el que porta la diosa!

—¡No, quieta, no lo toques!

—¿Cómo que no lo toque?

—¡No, es la concha, Anna, debes tirar del cordón de la concha!

—¿Cómo que la concha? ¿Qué tiene que ver una concha con todo esto?

—¿Podrás por favor dejar de discutir y hacerme caso? Sati fue resucitada por Visnú tras su inmólación para que pudiese reencarnarse en Parvati. La concha es uno de los símbolos de Visnú, hazme caso, ¡tira de la cuerda de la concha!

—Más vale que tengas razón porque si te equivocas...

La frase quedó ahogada por el ruido de las dos grandes rocas retirándose para dejar paso al aire fresco del túnel que lleno todo el espacio disipando el calor acumulado. Acto seguido fue Raj quien entró como una exhalación para abrazar a Anna que cayó exhausta en el suelo ahora mucho más frío.

—¡No puedo creerme lo cabezota que puedes llegar a ser!

—Bueno, te he hecho caso, ¿no?

—Sí, pero lo tuyo te ha costado.

—Anda, salgamos de aquí antes de que a esto le dé por arrancar a calentar de nuevo —dijo levantándose, pero tuvo que retirar sus pies tan pronto como los puso en el suelo.

—¡Anna, tus pies, están quemados!

—Sí, estas sandalias no sirven de mucho para suelos al rojo vivo.

—¡Espera, déjame! —Y quitándose la tela de su turbante la partió en dos y vendó los pies de Anna—. No será muy cómodo, pero al menos podrás caminar.

—Gracias, no sé qué haría sin ti.

—Diría que caer enferma, pero seguramente estarías muerta señorita flor de loto.

—¡Oh, ya está bien, anda, sigamos a ver si acabamos con esto de una buena vez! —Y Raj echó a andar tras ella sonriendo abiertamente mientras Anna abría el paso indignada y dolorida.

El nuevo túnel resultó ser aún más oscuro que el anterior y el suelo no se encontraba tan liso como en los tramos previos, así que acabaron tropezando repetidamente en las piedras que había repartidas por el suelo. Cada golpe que recibía en sus pies ya doloridos era una tortura para Anna, pero ella hacía todo lo posible por no emitir el más mínimo sonido sabedora de que cualquier queja sería la excusa que Raj necesitaría para empezar de nuevo con su retahíla al respecto de volver a buscar ayuda.

A medida que avanzaban por el angosto espacio notaron como el aire se hacía más denso y difícil de respirar, sin duda por la falta ventilación que en los tramos anteriores proporcionaban las aberturas creadas para filtrar la luz.

—Anna... —susurró la voz de Raj a su espalda y Anna se giró para encontrarse al hombre de rodillas.

—Por dios bendito, ¿qué haces arrodillado?

—Me temo que hace un rato que no tengo alternativa. —Y sus ojos señalaron hacia el ya muy bajo techo. Anna no se había percatado porque para su altura sólo había significado tener que agachar un poco la cabeza, pero aún podía caminar erguida, sin embargo, para Raj, significaba que le era imposible caminar en una posición normal.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—¿Cómo tú me has contado lo de tus pies? Llevan sangrando un buen rato Anna, recuerda que voy tras de ti, aún con esta poca luz puedo ver las huellas ensangrentadas en el suelo.

—¡Bonito par de imbéciles que podemos llegar a ser! Anda, sentémonos

un rato, sospecho que tus rodillas lo agradecerán tanto como mis pies.

Se sentaron descansando la espalda en la pared del túnel y Anna notó como los pulmones de Raj se llenaban de aire agradeciendo el descanso.

—Todo esto no tiene sentido —soltó el hombre de repente.

—Raj, si vas a empezar otra vez con lo de que volvamos atrás...

—No me refiero a esto que estamos haciendo, que tampoco, sino a todas estas pruebas o barreras o como lo quieras llamar. ¿Por qué iba Manushya a poner trampas mortales para proteger el cuerpo de Shatupra? Por mucho que la quisiese, entiendo que escondiese el cadáver, pero este grado de protección no cuadra, es como si quisiese proteger algo más, ¿no crees? Creo que hay algo que aún no entendemos.

—Yo lo único que he logrado entender hasta ahora es una sola cosa.

—Ah, ¿sí? ¿El qué?

—¡Que todos mis maridos han sido siempre unos imbéciles integrales en todas mis vidas! —Y los dos estallaron en carcajadas que resonaron en el túnel en un eco sordo que duró unos segundos mientras sus manos se entrelazaban y, sin darse cuenta, se abandonaban al sueño.

—¡Raj, Raj, despierta ya, maldita sea, nos hemos quedado dormidos!

—¿Có...Cómo?

—¡Que nos hemos quedado dormidos! Estoy helada. Y no sé cuánto tiempo hemos estado aquí, ¡no me puedo creer que haya hecho esto!

—¡Tranquilízate Anna, ya no tiene remedio, lo único que podemos hacer es seguir adelante!

—¡Venga, vamos, no pienso pararme ni un instante más! ¡Sólo espero que mi pereza no le haya costado la vida a Beatrix!

—¡Respira Anna, por los dioses, este estado de ansiedad no te ayuda para nada!

—¡No voy a discutir Raj, simplemente camina, por favor! —soltó Anna cortando en seco la conversación en un tono cáustico.

Siguieron adelante como pudieron, mucho más lento de lo que a Anna le hubiese gustado, pero a la máxima velocidad posible dado que Raj no podía más que andar de rodillas. Para hacer todo un poco más complicado, el techo del túnel siguió descendiendo y pronto fueron los dos los que se vieron obligados a avanzar a cuatro patas.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Qué ocurre? —preguntó Raj incapaz de ver nada tras Anna.

—El techo, aquí delante desciende aún más, apenas hay espacio para arrastrarse como una serpiente.

—¡Es mejor que no entres Anna, podríamos quedar atrapados! —Pero Anna ya no le escuchaba y se arrastraba por el túnel ahora ya completamente a oscuras, guiándose con sus manos y sintiendo la tierra en la boca. El miedo empezó a aferrarse a sus tripas. Nunca le habían dado miedo los sitios estrechos, su gran problema eran las alturas, pero sabía que Raj tenía razón. Si se veían atrapados, las posibilidades de salir de esa especie de madriguera eran muy limitadas, sin espacio para dar la vuelta tendrían que reptar hacia atrás, eso suponiendo que les quedasen fuerzas. Y si era Raj quien las perdía primero, no había forma humana en que ella pudiese empujar su cuerpo hasta salir del túnel por sí misma. De repente, y entendiendo que aquella situación sólo tenía una salida hacia adelante, Anna vio algo que captó su atención. Era algo semejante a un ligero brillo, un pequeño resplandor en la distancia. Sus ojos tardaron un instante en poder enfocar el objeto, pero finalmente concluyó que aquello debía ser una salida.

—¡Raj, Raj! ¿me oyes?

—Sí, te oigo, ¿qué ocurre?

—¡Creo que hay una salida Raj, veo luz al final del túnel, tenemos que continuar hacia adelante!

—Eso será si el túnel nos deja, a duras penas puedo arrastrarme más, esto es muy estrecho para mí.

—No está mucho más lejos Raj —dijo Anna sintiendo en su voz que las fuerzas del hombre no podían dar para mucho más—, sólo necesitamos aguantar un poco más. Agarra uno de mis pies, así podrás avisarme si el espacio es muy pequeño para ti, ¿de acuerdo?

El hombre no dijo nada, pero Anna sintió como su mano aferraba su tobillo derecho y tomó aquello como una respuesta afirmativa. Los siguientes instantes fueron eternos. Anna no podía distinguir la luz lo suficiente para saber cómo de lejos estaba, pero en su interior rogaba porque no estuviese muy lejana porque sabía que, de otra forma, no lo conseguirían. Poco a poco, centímetro a centímetro se fue arrastrando con ansias por llegar a la luz que la esperaba al final, hasta que finalmente sus manos lograron alcanzarla, tan sólo para chocar con algo en su camino. La luz que Anna había visto era real, podía verla, casi podía sentirla, pero la separaba de ella una especie de muro de tierra con una pequeña abertura por la que la luz se filtraba en el túnel. Sus

ojos miraron por la abertura y pudieron ver una sala, no muy diferente de las que habían encontrado antes y ni siquiera por instante pensó en qué podía albergar esa sala, qué nuevo peligro tendrían que enfrentar allí, lo único en lo que podía pensar era en que el espacio y el aire que aquella sala les proporcionaba.

—¡Raj, hay una especie de pared, tenemos que empujar, ¿me oyes? Es la única manera de salir de aquí. ¡Raj! ¿Raj? —Pero el hombre no respondió Y Anna notó como su mano, aún sobre su tobillo ya no le apretaba, sino que descansaba sobre ella inerte. Inmediatamente el corazón de Anna se aceleró como nunca lo había hecho y empezó a bombear sangre a su cabeza. Como si respondiesen al sonido de los latidos, sus puños se cerraron y empezaron golpear con toda la fuerza de la que eran capaces la pared que le bloqueaba el acceso a la sala que sería su salvación. Sus puños se resentían doloridos, pero Anna simplemente golpeaba con más fuerzas, por ella, por su vida, por la de Raj y Beatrix, por la de todos los que habían perecido a manos del asesino que la había puesto en esa situación, por el mundo mismo. Y de repente, consumido por su rabia, el muro se derrumbó junto con la parte del túnel en la que se encontraban ellos, arrastrándolos en una nube de polvo y tierra la interior de la sala.

El cuerpo entero de Anna estaba magullado y dolorido, el túnel se encontraba mucho más alto con respecto a la sala de lo que parecía y la caída les había arrojado directamente sobre las piedras que se habían derrumbado con ellos, así que Anna sólo podía pedir que no tuviese nada roto. Se incorporó como pudo sobre los restos del derrumbe e, ignorando el dolor de su cuerpo, buscó a Raj con la mirada. Encontró su cuerpo un poco más lejos de donde estaba ella, pero, aunque le llamó varias veces, no le respondió. Su corazón empezó a bombear sangre de nuevo por la angustia de pensar que pudiese haberle ocurrido algo y cómo pudo se arrastró hasta dónde se encontraba. Puso su cabeza contra su pecho y pudo sentir como su corazón latía acelerado y dio gracias a dios —a cualquiera de ellos— por ello, si aún estaba con vida quería decir que tan sólo se encontraba inconsciente. Puso sus manos sobre sus mejillas sin saber muy bien qué debía hacer cuando de repente los ojos del hombre se abrieron lentamente.

—¡Raj! ¿Estás bien? ¡Gracias a dios, pensé que te había perdido!

—Para no ser religiosa te acuerdas mucho de Dios.

—Es la fuerza de la costumbre... ¡pensé que se había acabado!

—La verdad es que yo pensé que era el fin también, el túnel era



demasiado estrecho, no podía respirar...

—Lo sé, nunca debí haberte pedido que continuases por el túnel, he arriesgado tu vida en vano. ¡Perdóname, por favor!

—¡No empieces de nuevo! Sabes que no te dejaría sola en ningún instante, no importa que lo pidieses o no, te habría seguido hasta el fin del mundo. — Anna escuchó aquellas palabras y supo que eran la más sinceras que había escuchado jamás y sin pensarlo un segundo le besó en los labios con toda la pasión que sus pocas fuerzas le dejaban—. ¡Vaya, gracias! Pero a lo mejor deberíamos haber esperado a salir de esta, ¿no te parece?

—¿Te parece que no hemos superado bastante?

—Mucho más de lo que me gustaría, pero me temo que esto no se ha acabado, Anna. —Y con dulzura giró su cara para que observase el techo de la sala que quedaba a sus espaldas. La visión que encontró llenó su mirada. En el techo de la sala se encontraba la imagen pintada de una hermosa mujer de pelo oscuro y suelto, vestida con un sari de color rojo y cubierta de joyas. Tenía cuatro brazos y portaba en cada uno de ellos una flor de loto del mismo color encendido que su sari y descansaba de pie sobre un pedestal con la forma de la misma flor. Alrededor de la sala, que Anna podía ver ahora que era circular, grandes cabezas de elefantes con sus trompas levantadas se encontraban dispuestas a intervalos observándoles desde las alturas.

—¿Es que no vamos a tener un segundo de descanso? ¿Quién se supone que es nuestra anfitriona?

—Esa es la diosa Lakshmi —contestó Raj incorporándose con dificultad—. Es la diosa de la abundancia y la suerte. Los elefantes son símbolos de su poder.

—¿Y el loto? Parece que todas las diosas hindúes tienen un aprecio especial por el loto.

—Ya te dije que es común a todas ellas, porque todas representan el Shakti, el divino poder creador femenino. El loto es una flor que nace tanto en aguas limpias como sucias, es la belleza creada en cualquier condición, la resiliencia de la vida que se abre camino. Y nosotros asociamos eso con la mujer.

—Perfecto, y ¿qué tenemos que hacer para salir de esta sala entonces? Porque no veo ninguna puerta por ningún lado —dijo Anna levantándose también a trompicones.

—No lo sé, pero de momento lo mejor será que... —la frase fue interrumpida por un ligero chasquido provocado por el pie de Anna sobre una

de las baldosas de la sala—, tengamos cuidado donde pisamos.

—¿Cómo iba yo a saber que eso estaba ahí? —protestó Anna molesta por el tono de reprimenda.

Acto seguido, las trompas de los elefantes que se encontraban sobre la sala descendieron y un ruido como de algo que se arrastrase lleno todo el espacio. Un instante después, por las trompas de piedra auténticos ríos de arena empezaron a derramarse sobre la sala levantando una polvareda que hizo que Raj y Anna empezasen a toser y no pudiesen ver nada.

—¿Arena? ¿En serio? No me lo puedo creer, como si no hubiésemos tenido suficiente tierra en el maldito túnel.

—¡Anna, aléjate de los chorros de arena! ¡No tenemos mucho tiempo, ven aquí, al centro de la sala, sigue mi voz!

—¿Tiempo? ¿Tiempo para qué, para morir? Esta sala no tiene salida, la arena nos sepultará —chilló Anna asustado buscando a Raj con los brazos extendidos hasta que finalmente fue él quien la encontró a ella.

—Las dos salas anteriores tenían una forma de escapar de ellas, esta no será diferente, pero tenemos que averiguar cómo.

—¿Alguna idea? Porque mis conocimientos de mitología hindú no van a ayudar.

—Lo estoy intentando, pero no puedo recordar ninguna leyenda en la que salga la diosa Lakshmi que tenga que ver con arena.

—Pues si no encuentras una pronto, moriremos ahogados en este mar de tierra.

De repente, como si Anna hubiese pronunciado la palabra clave, los ojos de Raj se abrieron completamente.

—¡Mar, eso es, mar!

—¿Algo un poco más específico, por favor? —replicó Anna tosiendo mientras la arena acumulada en la sala alcanzaba sus muslos.

—Lakshmi nació del mar cósmico primordial.

—Precioso, y ¿eso cómo nos ayuda?

—Lakshmi nació del mar primordial porque los dioses y los demonios se unieron para batirlo y de él salieron varias maravillas, incluida la diosa Lakshmi.

—Sigue sin ayudarnos Raj, por dios, ¿qué quieres decir?

—Deprisa, mueve la arena.

—¿Qué?

—¡Que muevas la arena, con las manos, con los pies, como puedas, pero

mueve la arena, como si la batieses!

—¿Estás loco? ¿Cómo nos va a sacar eso de aquí?

—¡Hazme caso, Anna, bate la arena en el sentido de las agujas del reloj, por favor!

—¡Raj, estás como un cencerro! Más vale que esto funcione porque si no, te juro que te amargaré la existencia en la otra vida —soltó Anna cabreadísima.

—¡Calla y bate!

—Pero...

—¡Anna, bate! —le chilló el hombre y Anna respondiendo con un gruñido de frustración empezó a remover la arena con sus piernas siguiéndole alrededor de la sala en la dirección que le había indicado. La arena acumulada hacía cada vez más difícil avanzar y la que caía de las trompas de los elefantes y que les golpeaba con una fuerza tremenda cada vez que pasaban bajo uno de ellos, hizo que Anna perdiera el equilibrio en más de una ocasión. A pesar de todo, Anna siguió avanzando cómo pudo en la misma dirección siguiendo a aquel hombre que estaba convencida que había perdido completamente el juicio. Pronto, sus ya muy mermadas fuerzas empezaron a fallarle y ya no pudo avanzar más, la arena cubría ya hasta su pecho y le era imposible desplazar el peso que ejercía sobre ella. Quiso llamar a Raj que frente a ella aún seguía esforzándose en continuar con aquel ritual que no los llevaba a ningún sitio, pero no pudo. Su cuerpo se negó a continuar, su corazón batía desbocado por la angustia de pensar que iba a morir, que todo acabaría allí y de repente se abandonó sin reparos. Su cuerpo se dejó llevar por el movimiento de la arena, que seguía girando en la misma dirección en la que Raj se movía. Anna cerró sus ojos pensando en que no había nada que pudiese hacer para evitar lo inevitable y, de repente, aquella oscuridad trajo luz a su mente y se dio cuenta de que algo no estaba bien. La arena se movía. Ella había dejado de empujar, de intentar avanzar, pero la arena aún se movía, arrastrándola en la misma dirección de las agujas de un reloj. Anna se concentró en su cuerpo, en sus brazos y piernas, en la presión sobre su pecho que le dificultaba respirar, y comprendió que algo había cambiado. La presión era menor, como si la arena se estuviese retirando. Sus ojos se dirigieron a los elefantes y le parecía que el que tenía más cerca ya no derramaba tanta arena como antes. Podía ser su imaginación, seguramente lo era. Pero sus ojos se fijaron en el siguiente que ya casi no derramaba arena y su suposición se vio confirmada. Quiso gritarle a Raj que tenía razón, que aquello estaba

funcionando, pero no tuvo tiempo. De repente la arena empezó a girar a una velocidad tremenda y perdió todo punto de referencia, sus ojos solo podrían ver imágenes borrosas incapaces de enfocarse en nada a aquella velocidad y, un instante después, su cuerpo golpeó duramente contra el suelo haciendo que su espalda se resintiese con el golpe.

—¡Auch! —gritó por el dolor.

—¿Estás bien? —le gritó Raj desde el otro extremo de la sala.

—Sí, estoy bien —dijo incorporándose—, pero ¿qué ha pasado?

—El movimiento de alguna forma accionó un mecanismo de vaciado de la arena, mira, ha salido por esos desagües enrejados del lateral. No los vimos al llegar porque caímos desde el túnel.

—Bueno, supongo que te debo una disculpa, parece que tenías razón —dijo Anna colorada y con una sonrisa de circunstancias.

—¡De nada! Ya te dije que debía haber una salida, era cuestión encontrarla.

—Bueno, estrictamente hablando aún estamos atrapados, vivos, pero atrapados.

En ese instante, un gran ruido le hizo girarse y vieron como unos peldaños de piedra emergían de la pared de la sala y el techo con la figura de Lakshmi se retiraba dejando paso a una nueva oscuridad.

—¿Decías algo? —rio Raj mientras Anna bufaba indignada.

—¡Anda, ayúdame a subir y no hablemos más de esto!

—¡Cómo mi señora ordene! —replicó el hombre claramente divertido ofreciéndole su mano a Anna para que pudiese ascender los empinados peldaños.

El espacio al que ascendieron resultó ser —¡cómo no! — un nuevo túnel, pero esta vez alguien había pensado en la necesidad de iluminación y a la entrada pudieron encontrar unas teas apiladas y un cesto con unas piedras que Raj reconoció como pedernal. Sin pensarlo dos veces, el hombre cogió una de las teas y dos de las piedras y empezó a hacerlas chocar entre sí hasta que consiguió que las chispas que desprendía el mineral prendiesen la tea. Encendiendo otra tea con la primera, se la pasó a Anna.

—Anna, tus pies —dijo mirando el trozo de tela de su turbante que había utilizado para vendarle los pies y que estaba completamente ensangrentado—, me temo que las heridas se infectarán si no los lavamos pronto.

—No creo que vaya a ser tan fácil encontrar agua en este laberinto, Raj.

—Lo sé, solo quería decir...

—Sé lo que querías decir Raj, pero no tengo más alternativa que seguir adelante. —Y sin darle opción alguna a réplica se encaminó hacia el interior del túnel.

Aquel tramo resultó ser recto, ancho y liso, así que comparado con los anteriores fue como si estuviesen dando un paseo, por un túnel pedregoso bajo tierra y con Dios sabía cuántas trampas mortales, pero, a fin de cuentas, un paseo.

—He estado pensando en lo que me comentaste antes con respecto que era raro que Manushya pusiera tantas trampas sólo para proteger a su esposa y creo que tienes razón. No puedo dejar de pensar que tiene que haber una razón por la que la criatura me ha convocado aquí, no puede ser casualidad.

—¿Crees que ambas cosas están relacionadas?

—No me cabe ninguna duda, Raj. Ese ser no da puntada sin hilo, es imposible que no exista conexión, pero no tengo forma de saber qué se trae entre manos.

—Bueno, sea lo que sea, no tenemos más opción que continuar y enfrentarlo.

—¿Eres consciente de que hasta hace rato eras tú el que intentaba convencerme de que volviésemos atrás y pidiésemos ayuda?

—Lo sé, pero eso fue antes de estar a punto de perder nuestras vidas tres veces. Honestamente, no me veo capaz de pasar esas tres cámaras de nuevo de vuelta para atrás; así que, adelante tendrá que ser.

—¡Muy bien, como el señor ordene! —se burló Anna y el hombre agarró su mano sonriendo para continuar el camino.

Aquel tramo resultó ser el más largo de todos, pero, afortunadamente, las teas aguantaron todo el tiempo, así que no les faltó luz y ser capaces de ver dónde pisaban y sus propias caras era de alguna manera reconfortante. Los pies de Anna habían dejado de dolerle y ella sabía bien que eso no podía ser buena señal porque podía significar que sus heridas hubiesen empezado a gangrenarse, pero no le dijo nada a Raj para que no la obligase a parar. Por fin, un buen rato después, llegaron hasta el final del túnel y encontraron un nuevo dintel de piedra como los de las salas anteriores, pero esta vez no fue una sala lo que le recibió sino algo mucho más agradable.

—¿Es eso...?

—¡Sí, sí lo es! —gritó Raj que salió corriendo—. ¡Es una cascada!

Frente a ellos se desplegaba una pared de piedra por la que discurría una hermosa cascada que se iluminaba por la luz que entraba por la parte superior de la caverna en la que se encontraba y que se reflejaba en el agua haciendo que las teas fuesen innecesarias. Anna aceleró el paso tanto como sus pies y su cansancio se lo permitían y llegó hasta Raj que observaba la cascada desde una especie de plataforma elevada donde terminaba el camino.

—¡Por fin podremos beber y podré lavarme las heridas de los...!

—¡Alto Anna, no te acerque más! —respondió de repente Raj sujetándola con su brazo.

—¿Cómo qué...? ¡Oh, no!

Los ojos de Anna no podían dar crédito a lo que veían y que era la razón por la que Raj la había detenido. Bajo la plataforma, en lo que parecía la playa de rocas del pequeño estanque donde moría la cascada, cientos de criaturas se arrastraban enredándose unas con otras generando un horrible sonido sibilante.

—¡Serpientes! Pero, ¿cuántas hay? Es imposible...

—Me temo que es muy real Anna. Además, no puedo distinguir las todas desde aquí, pero te aseguro que algunas de las que puedo ver podrían matarte con una simple mordedura.

Anna sintió que las piernas le flaqueaban y se derrumbó de rodillas en el suelo golpeándolo con los puños cerrados incapaz de controlar su frustración.

—¡No, no y no! ¿Hasta cuándo va a durar esto? ¿Cuántas más pruebas debo pasar?

—¡Anna, no debes rendirte ahora!

—¿Que no debo rendirme? Y, ¿quién dice eso? Soy yo la que no puede más, la que está harta de este papel de salvadora del mundo. No lo he pedido, Raj, ¿me oyes? ¡He perdido ya demasiado por este bendito mundo! Así que, ¿quién más puede pedirme que no me rinda? —le chilló llena de rabia.

—Creo que la única que te lo puede pedir. Ella. —Y sus ojos señalaron la pared de la caverna que quedaba a su espalda y por la que habían accedido desde el túnel.

Los ojos de Anna se elevaron hacia donde Raj estaba mirando y se encontraron con un rostro de mujer que la sonreía desde arriba con la dulzura de una madre hacia su hijo.

—¡Saraswati! —susurró Anna al reconocer el rostro que la miraba y que pertenecía a una estatua enorme que ocupaba gran parte de la caverna—. ¡Ella es la última protectora!

—Tiene sentido. Ella eligió a Shatupra como madre del mundo, seguramente Shatupra era devota de Saraswati y Manushya quiso que ella fuese su última guardiana.

De repente, como si hubiese reconocido la presencia de la diosa, Anna empeño a notar un calor en el pecho. Se llevó la mano al punto de donde irradiaba la temperatura y sus dedos se cerraron sobre su lágrima que ahora brillaba y parecía emitir pulsos como si estuviese viva. El gesto no pasó desapercibido para Raj.

—Creo que el poder de la diosa está verdaderamente en esta caverna, Anna, de otra manera la piedra no la hubiese reconocido.

—Todo eso es ideal, pero la piedra no nos sacará de esta caverna ni nos hará inmunes al veneno de las serpientes.

—En realidad creo que tienes razón, porque creo que la madre te está diciendo que eres tú, no la piedra, la que puedes sacarnos de aquí. Y lo está haciendo alto y claro.

—Ya veremos si eso es verdad —dijo Anna levantándose de malas maneras para dirigirse inmediatamente hacia la pared donde se encontraba la figura de la diosa—. La estatua era inmensa, fácilmente más de quince metros de altura y representaba a la diosa tal y como ella la había conocido, sólo que presentaba cuatro brazos. En sus manos, la diosa presentaba diferentes objetos de los que Anna pudo reconocer algo parecido a un rosario y un cuenco de barro. En la tercera mano portaba un instrumento musical que Anna no había visto jamás.

—Eso es una Vina —dijo Raj adivinando su pregunta al mirar el objeto con forma de pera—, es parecido a un Sitar, pero tiene siete cuerdas en total. Y no me preguntes cómo se toca porque no tengo la más remota idea.

—¿Qué lleva en esa otra mano?

—Esta es en verdad una representación muy antigua de la diosa. Nosotros la representamos con un libro en esa mano porque para nosotros es la diosa del conocimiento. En tiempos más antiguos portaba una pluma de cisne, el animal que la representa.

—Pues ya puedes estar pensando qué leyenda se supone que tenemos que honrar aquí porque no tengo idea de por dónde empezar.

—Creo que no va a hacer falta —replicó Raj elevando la voz para que Anna se diese cuenta de que se encontraba algo más lejos, junto a uno de los pies de la diosa donde parecía haber algún tipo de dibujo en la pared.

—¿Por qué? ¿Qué has encontrado?

—Nuestra leyenda —dijo el hombre mirando los dibujos—. Y esta sí la conozco. Es la leyenda de Vritrasura.

—¿Y ese quién es?

—Vritrasura era un demonio serpiente o dragón, como prefieras. En algunas leyendas fue Saraswati quien acabó con él convocando el poder del rayo para destruirle.

—Al menos ya sabemos el porqué de las serpientes. Y, ¿dice la leyenda algo de cómo consiguió Saraswati convocar el rayo?

—Pues de hecho sí, al menos en la versión que yo conozco la diosa convocó al rayo tocando una melodía con su Vina.

—¡Perfecto, simplemente perfecto! Y, ¿qué se supone que debo hacer yo, canturrear algo?

—Creo que a lo mejor podrías probar con esto —dijo Raj mientras sacaba detrás del pequeño altar un objeto lleno de polvo y que parecía que iba a desmoronarse en cualquier momento. Anna pudo reconocer de qué se trataba al instante por la forma de pera. Una Vina.

—¡No puedes estar diciéndolo en serio!

—Es obvio que está aquí por una razón. No estoy seguro de que puedas sacarle ningún sonido a esto dada su condición, pero estoy seguro de que está aquí para esto.

—Y, ¿puedes decirme cómo se supone que un poco de música va a ayudar con las serpientes?

—No tengo idea Anna, pero si queremos salir de aquí tendremos que intentarlo. ¡Tendrás que intentarlo!

—Pero si yo no sé tocar eso. Bueno, ni eso ni nada, no sé nada de música.

—Eso no importa porque probablemente Shatupra sí lo sabía.

—Pero yo no soy Shatupra.

—No, pero lo fuiste. Sus recuerdos aún están dentro de ti, en algún lugar. ¿Y si esta prueba está aquí para que puedas conectar nuevamente con esa parte de ti?

Anna había estudiado las técnicas de regresión utilizadas para recuperar recuerdos de vidas pasadas y sabía que lo que decía Raj no era imposible. Había estudiado los casos de personas que habían sido capaces de superar problemas en sus vidas actuales al entender que la raíz estaba en algunas de sus vidas anteriores. Ella nunca había creído mucho en ello, pero, aunque hubiese sido como terapia psicológica, había visto cómo esas técnicas ayudaban a esas personas a seguir adelante. Exactamente lo que ella deseaba



en aquel momento.

—¡Toma, sujétalo y simplemente deja que la música fluya! —le espeto Raj mientras le entregaba la Vina con sumo cuidado.

—Pero, ¡no sé qué tengo que hacer!. ¡Yo no sé usar esto!

—Cierra los ojos y concéntrate, si consigues alcanzar un estado de concentración profundo tu alma hará el resto.

—En serio Raj, esto es una bobada. Más nos valdría buscar un paso alrededor de esos bichos.

—¿Puedes intentarlo por mí? —dijo mirándola con aquellos ojos verdes y su mejor cara de perrillo abandonado que sabía que Anna no podía resistir.

—Eso es trampa.

—Vosotros decís que en el amor y en la guerra todo vale.

—Cómo quieras, pero no va a funcionar...

Anna se limitó a cerrar sus ojos mientras sus dedos agarraban aquel objeto áspero y rugoso debido al paso de los años, que Raj le había entregado. Casi podía sentir como la madera crujía bajo sus dedos con la más mínima presión y estaba convencida de que si intentase tocarlo se desmoronaría entre sus manos. Intentó concentrarse, pero no sabía en qué. No tenía ningún recuerdo consciente de su vida como Shatupra, así que no tenía ningún hilo del que tirar. Todo aquello era ridículo. Podía oír el agua de la cascada cayendo tras ella y sentir el calor de la proximidad de Raj. Aquel calor despertó la memoria equivocada y las imágenes de su noche de pasión con ese hombre llenaron su cabeza desconcentrándola aún más. Podía incluso percibir su olor, a sudor, a tierra, incluso a sangre por las heridas sufridas al arrastrarse por el túnel. Y todo eso la excitaba. El agua y su frescor no eran bastante para distraerla del cuerpo de aquel hombre, del calor que le provocaban. Y ese calor trajo el recuerdo.

Anna se encontró de repente sentada junto a un arroyo con el pecho descubierto y el pelo cayéndole por la espalda suelto. La Vina se encontraba entre sus manos y a un paso, tendido sobre la hierba de la ribera, un hombre musculado, joven y completamente desnudo la miraba con deseo, un deseo que sabía que acababan de probar, el mismo deseo que vivía en ella y que le daba aquel calor que el frescor de la corriente no podía evitar. Anna podía ver como el hombre no retiraba su mirada, observando su pecho desnudo mientras su miembro se volvía erecto preparándose para tomarla una vez más. Como queriendo jugar con él, Anna agarró aún más fuerte la Vina y empezó a pulsar sus cuerdas en una melodía inspirada por aquel hombre, por su pasión, por la

vida maravillosa que tenían, La notas fueron saliendo del instrumento dibujando su amor en una melodía, dulce al principio, apasionada e intensa después. Los dedos de Anna recorrieron cada cuerda del instrumento como si del cuerpo de su amante se tratase, dulcemente, pero de manera sabia, conocedora de lo que sus dedos podían provocar. La melodía fue creciendo en intensidad hasta que de repente, el gran clímax llegó y la melodía estalló en mil colores musicales como su cuerpo había estallado cuando aquel hombre se había derramado en su interior.

El gran estruendo sacó a Anna de su trance y se encontró con los ojos de Raj que la miraban y su deseo casi le hizo besarle allí mismo, pero sus palabras la interrumpieron.

—¡Lo has hecho, Anna, lo has hecho!

Anna le miró confundida sin saber a qué se refería, algo que no pasó desapercibido para el hombre.

—La caverna es una caja de resonancia, Anna. La melodía que has tocado con la Vina ha resonado de tal manera que ha accionado el mecanismo de salida. Mira, esa loseta se soltó de la pared con la vibración.

Anna giró su cabeza para mirar a dónde Raj le indicaba y vio una gran plataforma de piedra que ahora conectaba aquella en la que ellos se encontraban con el centro de la cascada donde un gran dintel de piedra similar a los anteriores marcaba la salida de la caverna. Lo había conseguido. Los recuerdos de Shatupra que aún vivían en ella les había salvado de una muerte segura.

Salieron por la abertura que se había descubierto tras la cascada y se encontraron con unas escaleras amplias de piedra que descendían en la oscuridad sin que se pudiese ver hacia dónde. De repente, Anna se detuvo sujetándose la cabeza.

—Anna, ¿qué ocurre? —preguntó Raj visiblemente preocupado por el repentino malestar de Anna.

—No sé. Es mi cabeza, siento una especie de vibración, pero es cómo si viniese de fuera. ¿Tú no notas nada?

—No, no noto nada diferente. El aire está mucho más cargado aquí, quizá sea eso.

—Puede ser, no lo sé, pero siento como si la cabeza me fuese a explotar.

—¿Crees que puede ser él?

—Quizá. La realidad es que debemos estar cada vez más cerca de encontrar la tumba de Shatupra y es de esperar que él estará allí.

—Me preocupa que tengas que enfrentarte a él en estas circunstancias, estás débil por todas esas pruebas y has sangrado mucho por tus pies. Soy consciente de que has perdido la sensibilidad en ellos, aunque no me lo quieras decir.

—No te lo he ocultado por nada— mintió Anna—, simplemente no quería retrasarnos más.

—Tú eres la razón por la que estoy aquí, sólo tú podrías retrasarme. —Y sus ojos la miraron con una clara expresión de amor que renovó las energías perdidas de Anna.

—¡Anda, vamos! De todos los lugares del mundo dónde no me importaría estar contigo este es el último que se me pasaría por la cabeza. —Y levantándose del escalón en que estaba sentada reemprendieron la marcha.

La escalera continuó su descenso en círculos durante un tiempo que Anna le pareció interminable y el hecho de tener que descender por ella con extremo cuidado debido a la falta total de luz no ayudó nada. Finalmente, cuando Anna empezaba a perder su poca paciencia y a sentirse mareada de dar vueltas en la oscuridad, un reflejo rojizo empezó a iluminar el espacio y se hizo más intenso a medida que se acercaban al final de la escalera. Cuando alcanzaron el último peldaño la luz se había vuelto muy intensa y se había acompañado de un calor insoportable. Al final de la escalera encontraron otra de aquellas puertas que anunciaban la entrada a las salas de las diosas y Anna sólo pudo pensar en qué les tocaría ahora. Para su sorpresa, lo que les esperaba al otro lado de aquel dintel no era una sala sino un puente de piedra, una simple línea de roca suspendida en el aire en el centro de una caverna inmensa que se extendía en todas las direcciones. Pero el problema no eran la caverna ni el puente, sino lo que discurría bajo él y que le daba la luz y la temperatura a todo el entorno. Bajo el puente, un auténtico río de lava recorría la caverna hasta desaparecer bajo una de las paredes de la misma. El punto, concebido para poder salvar tan peligroso enclave, acababa en la pared opuesta de la caverna, en una puerta idéntica a la que les había recibido.

—Era lo único que me faltaba...ya nos podemos dar la vuelta porque yo no puedo pasar por ahí, tengo un vértigo horroroso.

—Anna, sabes perfectamente que no podemos volver atrás, la única salida de este lugar es hacia adelante.

—No puedo, Raj, es absolutamente imposible, el miedo a las alturas me

paraliza, ¿entiendes? No existe forma humana de que yo pase por ese puente a no ser que me golpees hasta que pierda el sentido y cargues conmigo hasta el otro lado.

—En realidad, quizá...

Raj dejó que Anna mantuviese la cara a mitad de camino entre el susto y la indignación por un segundo, antes de explicarle lo que pretendía. Su plan consistía en vendar los ojos de Anna de forma que no pudiese ver por dónde andaban. Él la guiaría entonces a través del puente hasta el otro lado. Un plan que sobre el papel podía funcionar, pero que no generaba ninguna confianza en Anna que mantenía que si iba a morir quería ver cómo, pero que cambió de opinión tan pronto como se acercó al borde del puente y fue ella misma quien rompió la camisa de Raj. Así pertrechados Raj la agarró de la mano y la llevó al borde del puente.

No fue fácil conseguir que Anna diese el primer paso. Aún con la venda, su miedo se había despertado tan pronto como vio el puente y ahora sabía por dónde andaba, así que el efecto de su ceguera forzosa no era tan efectivo como habían planeado. El puente que les había parecido una sólida plataforma de piedra, un firme soporte sobre el abismo resultó haber sufrido los daños de los miles de años que podía llevar en ese lugar y algunas de las partes amenazaban con desmoronarse simplemente con el peso de ellos dos. Para complicar todo aún más, Raj se veía obligado a andar hacia atrás a fin de poder guiar a Anna por el puente sin retirar sus ojos de ella. Anna no supo cuánto habían tardado en cruzar aquel infierno, pero estaba segura de que habían sido horas. Entre la vibración de su cabeza, el calor que el río de lava desprendía, el ruido de la corriente infernal bajo ella y el esfuerzo de concentrarse por tanto tiempo en la voz de Raj hicieron que, cuando finalmente Raj le indicó que estaban a salvo, estuviese realmente agotada. Pero aquello no fue nada comparado con el estado en que encontró a Raj cuando se retiró la venda. El hombre que había aguantado estoicamente aquel tormento tan solo por conducirla a un lugar seguro estaba empapado en sudor, y a duras penas si podía encontrarse en pie. Lo poco que quedaba de su camisa estaba pegado a su cuerpo como una segunda piel y su rostro ardía al tacto como si del propio río de lava se tratase. Anna miró sus ojos y se dio cuenta enseguida de lo que ocurría. Estaba deshidratado. Llevaban sin ingerir agua ni alimento desde hacía muchísimas horas y siendo sometidos a un nivel de estrés físico y emocional tremendo. El cuerpo del hombre no podía dar más y estaba a punto de romperse.

—¡Raj, Raj, escúchame! Tenemos que salir de aquí, ¿me oyes?, necesitamos sacarte de aquí o tu cuerpo colapsará. Necesito que me ayudes, tenemos que buscar un lugar más fresco y agua para que puedas recuperarte. ¡Vamos, ayúdame! —dijo Anna mientras tiraba del cuerpo del hombre con las pocas fuerzas que le quedaban para acercarlo hasta la salida. Le costó tres intentos conseguir desplazar el cuerpo del hombre hasta la nueva puerta. Al llegar a ella, un agradable frescor contrarrestó el calor del infierno que dejaban atrás y, de alguna manera, ayudó a que Raj encontrara las fuerzas para poder levantarse un poco y hacer la tarea de Anna de cargar con él más llevadera. Tras aquel dintel apareció una rampa de tierra, con una pendiente que hizo difícil que no acabaran rodando cuesta abajo por ella, pero Anna se sujetó a la pared con una mano mientras con la otra ayudaba a Raj para poder descenderla y así consiguieron avanzar. Al final de la rampa, una nueva puerta se mostró ante ellos como si fuese el marco de un cuadro que envolvía la imagen más deseada, un riachuelo de agua cristalina que llenaba todo con su deliciosa música. Cómo si hubiese despertado de un trance, Raj elevó su rostro como queriendo comprobar que no soñaba e inmediatamente se soltó de Anna para salir corriendo y lanzarse sobre las aguas de aquella pequeña corriente. Anna entró tras él, pero sus ojos no llegaron a posarse en el riachuelo sino en la inmensidad del espacio por el que discurría, una nueva caverna tan inmensa como la anterior, pero esta vez con el techo cubierto de cristales como si se tratase de una inmensa geoda. Sus ojos miraron todo lo que la rodeaba, pero su cerebro fue demasiado lento para comprender lo que veían.

Al fondo de la caverna, en una especie de plataforma natural creada por el suelo se encontraba una figura oscura, envuelta en una capucha de color marrón que la observaba sin decir nada.

—¡Raj, no bebas...! —gritó Anna, pero sus oídos sólo llegaron a captar el sonido de los lamentos terribles del hombre que se retorció en el suelo.

## *Fin*

Anna corrió junto a Raj al tiempo que una voz sibilina hacía eco en la caverna.

—¡No te molestes, madre, estará muerto en unos instantes! ¡El último regalo de tu amante esposo, Shatupra!

—¡No, no, no! ¡Raj, dios mío, Raj! —Las palabras de Anna trataban de traer de vuelta al hombre que había perdido completamente el conocimiento y empezaba a adquirir un ligero color azul. Anna puso sus manos sobre su pecho, intentó concentrarse, hacer que pasase algo, lo que fuese, cualquier cosa que le trajese de nuevo a la vida, que no le permitiese partir. Ella era madre del mundo, su poder debía servir para algo. ¿Qué clase de salvadora del mundo iba a ser si no era capaz de salvar a aquellos a quienes quería? Sus manos golpearon el pecho de Raj, cuando en realidad quería golpearse a sí misma por su incapacidad para proteger a los que la rodeaban. El miedo y la frustración que la habían atenazado por semanas tomó las riendas mientras los ojos de Raj se quedaban sin la vida que los había inundado, sin la vida que tan generosamente había compartido con ella. Las palabras se extinguieron, las voces de desesperación por traerle de vuelta se remplazaron con las lágrimas silenciosas de quien comprende que ha fallado, que ha perdido.

—Supongo que te das cuenta de lo patética que resultas con esa actitud, madre —susurró la voz de aquel ser como si estuviese junto a su oído.

—¡No te atrevas a llamarme de esa manera, jamás, maldita bestia! ¡Tú y yo no tenemos nada en común!

—¡Oh, pero te equivocas, madre querida! Aunque supongo que es normal, es probable que así no me reconozcas, ¿verdad? Quizá este otro aspecto te será más familiar.

Anna miró a la sombra que se encontraba en la distancia con una mezcla de indignación y curiosidad, justo a tiempo para ver como su hábito se enrollaba en torno a su cuerpo como si fuese una serpiente, como si tuviese vida, y de repente los pliegues de la tela se fundieron para dejar paso a una nueva figura, un hombre alto, joven y extremadamente hermoso, con el pelo largo y oscuro como la noche, que la observaba con unos ojos igual de oscuros.

—¿Esto te trae algún recuerdo, madre? —inquirió el hombre con una voz masculina y profunda que resonó en la caverna—. ¡Pero claro que no, me había olvidado de que no tuviste tiempo de recuperar tus recuerdos, le arranqué el corazón a esa maldita vieja de los espejos antes de que pudiese acabar sus trucos contigo, ¿verdad? —dijo en referencia clara a Ming Li Xia.

—Puedes intentarlo tanto como desees, no me interesan tus provocaciones, estoy aquí por una sola razón. ¿Dónde está Beatrix?

—¿Beatrix? ¿En serio me preguntas eso? ¿Es posible que no te dieses cuenta?

—¿Cuenta de qué, maldito bastardo? —replicó Anna levantándose con rabia.

—Supongo que estabas demasiado ocupada fornicando con tu juguetito colonial, ¿no es cierto? Tanto que no te diste cuenta de que perdías lo único que deseabas.

—¿De qué diablos hablas? —chilló.

—Tu punto débil siempre han sido los detalles, madre, en tu caso es el bosque quién no te deja ver los árboles e inevitablemente acabas perdida. No supiste ver que la llegada de ese detective no podía ser casual, no supiste ver que confiando en él me servías en bandeja a tu querida amiga de carnes prietas y labios dulces, como no supiste ver que las nueve muchachas desaparecidas tenían un fin, uno que escapaba a tu pensamiento lineal y simple.

Nueve muchachas. Las palabras del aquel ser retumbaron en la cabeza de Anna gritándole que comprendiese, pero sin comprender.

—Nueve... —susurró—, ¡no, no había nueve, eran diez!

—Sí, había diez, pero solo nueve de ellas eran muchachas. La décima había dejado atrás esa etapa hace tiempo, aunque déjame decirte que eso no

fue inconveniente para que pasáramos muy buenos ratos mientras esperábamos por ti. Bueno, para ella creo que no fueron tan buenos, pero yo los disfrute enormemente.

Anna apenas escuchó lo que le había dicho ni sintió la maldad de sus intenciones, su mente estaba estancada en su frase anterior. Nueve muchachas. No podía ser, seguramente lo decía tan solo para herirla. La imagen de las diez mujeres que se auto inmolaron frente al palacio vino de nuevo a su mente fresca como si estuviese ocurriendo en ese momento. Diez muchachas pequeñas y delgadas. ¡No, nueve! Ahora lo veía claramente, la última de las mujeres, la que quedaba más cerca de ella no tenía la misma constitución física. Vestía como ellas, sí, un pañuelo cubría su cabeza, pero su cuerpo era más alto, más voluminoso, un cuerpo propio de alguien que no ha pasado penurias. El reconocimiento de lo que aquello significaba derrumbó a Anna que tuvo que arrodillarse incapaz de que sus piernas la sujetasen más.

—¡No, no puede ser, Beatrix, no! —sollozó Anna destruida por la comprensión de lo ocurrido a su amiga.

La risa de la criatura resonó por toda la caverna nuevamente, esta vez con un deje terrorífico como los que había oído a muchos de los enajenados en Bedlam.

—¡Mi patética y penosa, madre! No has sido capaz de predecir ninguno de mis movimientos, ni una sola vez. ¿De verdad creías que te entregaría a tu amiga a cambio del libro? Sólo la necesitaba para poder atraerte hasta este mismo lugar, esta cueva. ¿No sabes dónde estamos? ¡Déjame que te refresque la memoria!

Algo rodó junto a las rodillas de Anna de repente. Dos bultos redondos que Anna no reconoció inmediatamente hasta que, en su último giro, la parte frontal de los objetos se quedó mirando hacia arriba provocando que Anna lanzase un grito de horror. Allí, entre sus piernas, mirándola con la cara desencajada en una mueca terrible se encontraban la cabeza del detective Gables y la de Meredith, cercenadas de su cuerpo. Anna se arrastró hacia atrás instintivamente queriendo apartarse de aquel horror que ahora no dejaba de observarla con la mirada fija.

—¡No puedes imaginarte el placer tan terrible que me ha producido librarme de ese despojo de detective! Tener que habitar su cuerpo durante tanto tiempo fue una pesadilla, excepto por el rato que pasé entre las piernas de tu amiguita, por supuesto. ¡Eso estuvo casi bien! Y Shatindra, ¿qué puedo decir? No debería haber salido nunca de esta cueva donde yo la dejé —dijo



claramente remarcando la frase—. ¡Sí madre, esta es la cueva de donde obtuve el verbo de la creación!

—¡Eres un monstruo! —gritó Anna incapaz ya de controlar sus lágrimas.

—¡Sí, lo soy! —respondió él a sus gritos claramente enfadado—, ¡el monstruo en el que tú, mi padre, los mismos dioses me convertisteis! ¡Yo debería haber sido el dios, yo soy el único capaz de gobernar este mundo con mano de hierro, el único capaz de mantener a los hombres donde merecen, bajo mi pie! Pero en lugar de eso, ¿a quién le concedieron los dioses el conocimiento del poder absoluto? Primero a mi padre, y cuando él estuvo demasiado ocupado en el coño de Shatindra, te trajeron a ti de vuelta, la siempre perfecta e ideal Shatupra. ¡Me da asco pensar que la sangre que corre por mis venas pueda ser la de dos criaturas tan patéticas!

—¡Eres un maldito bastardo, esas personas eran inocentes! Ninguno de ellos tenía nada que ver en este juego de poder del que crees que formo parte.

—¡Oh, por favor! ¡Deja de mentirte a ti misma! Has tenido miles de oportunidades para hacerte a un lado, pero algo dentro de ti siempre te ha empujado a continuar, sin importar los obstáculos, de una forma ciega e irracional. Tan ciega que no supiste ver que todo el tiempo era yo quien te empujaba hacia las madres y no quien intentaba alejarte de ellas. Yo era el más interesado en que te encontrasen, sabedor de que esa era mi única opción de encontrar el libro. ¡Esa ha sido siempre tu perdición, madre, en todas tus vidas! No eres capaz de resistirte a aquello que no entiendes. De todas las madres, María era la más peligrosa, la única que habría podido convencerte de que te ocultases, que te alejases y no te expusieses al mundo, a mí. Ella debía ser la primera en morir, mi excusa para introducir a ese policía de pacotilla en tu vida. Camille y la vieja china eran necesarias para que sintieras que deseabas conocer todo lo que se te ocultaba. Luego sólo tuve que hacerte entender que el libro era parte de toda la conspiración y tú sola lo encontraste por mí. Sólo me quedaba una cosa por hacer, traerte hasta mi terreno. ¡Y aquí estás, madre! Me cuesta creer lo fácil que ha sido todo.

—¿Crees que has ganado? ¿Crees por el hecho de estar aquí, porque hayas matado a las personas a las que quería voy a darte lo que me pides? —preguntó Anna levantándose del suelo con los puños cerrados por la rabia que ahora empezaba a recorrer su cuerpo—. Si es así, no me conoces nada. ¡Hace mucho tiempo que destruí ese libro, maldita bestia, has perdido este juego antes incluso de empezarlo!

—¡Oh, esta se parece más a la mujer que yo recordaba! Puedo sentir el

odio y la sed de venganza en tu cuerpo, tensando tus músculos, preparándote para la caza, como si fueses un animal. A mí nunca pudiste engañarme, madre, yo siempre supe que en el fondo de tu corazón vivía la misma rabia y el mismo ansia de poder que en el mío. Es intoxicante, ¿verdad? No hay nada más poderoso que el odio, madre, pero desgraciadamente a ti te hace perder el enfoque —contestó con palabras arrastradas mientras se acercaba a ella andando lentamente, como un depredador, de forma que Anna podía incluso sentir el olor ácido y podrido que desprendía su cuerpo—. ¿Es este el libro que destruiste?

Y en aquel momento, sobre su mano extendida empezaron a circular unos torbellinos de color gris que giraron sin cesar tomando poco a poco una forma familiar que Anna reconoció enseguida. El libro de las palabras perdidas.

—En tu precipitación te olvidaste de que mi poder es el de la creación. No hay nada que tú puedas destruir que yo no pueda volver a crear, madre. Una vez más los árboles y el bosque. No te diste cuenta de que lo que necesitaba y buscaba no era en realidad el libro, sino el conocimiento que despertaría en ti. Tú escribiste el libro, sólo tú podías leerlo y yo necesitaba que lo hicieses. Una vez que el conocimiento ha regresado a ti, esto no tiene mayor utilidad. —Y sin siquiera hacer un gesto unas llamas de color verde intenso brotaron de la mano que sostenía el libro y lo consumieron nuevamente en cenizas que salieron volando por la caverna.

Anna se sintió estúpida. ¿Cómo podía haber sido tan ciega? ¿Cómo podía ser que no se hubiese dado cuenta de que estaba siendo manipulada, conducida al matadero como una res? Se había dejado engañar y aquella criatura tenía razón, lo había hecho por ansia de conocimiento, por su maldita obsesión con ser capaz de explicarlo todo. Pero era su estupidez la que no tenía explicación alguna, y eran sus amigos los que habían pagado por ello, el siguiente sería el mundo entero. La cuestión ahora era qué iba a hacer al respecto. Ahora que ya no tenía nada que perder excepto a sí misma, todo tomaba una claridad absoluta. No iba a jugar el juego de aquel ser, no sucumbiría a sus artimañas más, aquella tortura acababa allí. Tan pronto como aquel pensamiento surgió en su cabeza, la risa terrible de la sombra volvió a resonar en toda la caverna.

—¡Madre, no puedes ocultarme tus pensamientos, son como gritos en la noche silenciosa del desierto! ¿En serio crees que aún puedes vencerme, que puedes evitar que obtenga lo que deseo?

—Lo que buscas está en mi cabeza, bastardo, y te puedo asegurar que no lo obtendrás ni siquiera aunque me mates.

—Madre, este juego está empezando a aburrirme. ¿Es que nunca vas a comprender nada, aunque sea para hacérmelo un poco difícil? Si yo fuese tú miraría bien al fondo de la caverna.

Los ojos de Anna no querían desviarse de aquel ser por temor a cuál pudiera ser su siguiente movimiento, pero algo dentro de ella la obligó a hacerlo. La caverna era muy larga y la luz que se reflejaba en todas partes parecía volverse más oscura al fondo. Sus ojos tardaron un segundo en enfocar, pero cuando lo hizo, pudo distinguir claramente lo que parecía un cuerpo situado sobre una losa de piedra. Su cerebro empezó a acelerar como un caballo desbocado a medida que empezaba a comprender lo que veía, pronto aquel movimiento se trasladó a sus piernas y Anna se encontró corriendo hacia aquel cuerpo yacente.

—¡Kitty, Kitty! ¿Te encuentras bien? —dijo casi zarandeando el cuerpo de la joven que parecía estar inconsciente.

—No te molestes, no puede escucharte —respondió la sombra apareciendo de repente frente a ella al otro lado de aquella especie de mesa de piedra— Su piel es tersa, como los pétalos de una flor e igual de dulce —dijo pasando unos de sus dedos con una uña larga y desagradable hasta que hizo que la piel de la joven sangrara por el arañazo.

—¡No la toques! —gritó Anna retirando su mano de un golpe.

—Bueno, eso depende de ti. Como ves ahora mismo está inconsciente pero sólo tengo que desearlo y su vida terminará en un instante. Sabes de sobra que ni siquiera necesito acercarme a ella. Simplemente el deseo de crear agua en sus pulmones y morirá asfixiada. A mí personalmente me gustan más las muertes más creativas, pero esa te aseguro que sería dolorosa, muy dolorosa.

—¡No lo permitiré! —El poder de Anna estalló sin que pudiese controlarlo, sin que quisiese hacerlo, y fue como si una bomba de un color azul intenso hubiese estallado frente a la criatura haciendo que lanzase un grito de dolor que resonó como un eco a su alrededor. La explosión de poder vino acompañada de un calor intenso en su pecho, su lágrima que parecía arder con el mismo fuego que ella sentía ahora en su corazón. Cuando la intensa luz se disipó, la figura que estaba frente a ella era nuevamente la sombra encapuchada que la había recibido a su llegada a la caverna y su voz era aún más parecida al siseo de un reptil, pero lejos de mostrar su rabia fue su risa lo que lanzó contra Anna.

—¡Veo que has aprendido a controlar parte de tu poder! Es evidente que

Shatindra te ha enseñado bien, pero también sé que no ha tenido tiempo de enseñártelo todo, tu obcecación en rechazar algo que te convierte en una diosa te ha puesto en una situación muy delicada. Simplemente no tienes la fuerza necesaria para vencerme. Y si lo vuelves a intentar, será la zorra de tu amiga la que pague por ello —dijo y la última frase sonó terrible entre sus dientes.

Anna no comprendía cómo aquel ser podía saber tanto, ¿cómo era posible que supiese que Meredith había intentado ayudarla, enseñarla?, ¿cómo podía ser que supiese de su miedo y su rechazo a aquel poder?

La risa oscura volvió a invadir la caverna mientras el ser volvía a caminar a su alrededor como una fiera que rodea a un cordero.

—Veo que te preguntas cómo sé lo que sé. ¡Déjame que te muestre algo! De repente, su cuerpo volvió a cambiar de nuevo como lo había hecho cuando se transformó en Mahesh, pero esta vez fue una figura diferente la que se mostró ante ella. Una mujer vestida de negro y enjuta, con cara de pocos amigos, la acompañante de la joven Renata que iba con ellos en el barco. Tan pronto como reconoció la figura, esta cambió y se transformó en un hombre, el señor Mallory, el ayudante del doctor Pye, y un segundo después, en otra figura diferente que Anna también pudo reconocer inmediatamente, el joven Toby, el mozo de su propia casa. El rostro de Anna se desencajó al comprender lo que aquello significaba. —¿De verdad creíste que me desentendería de ti sin supervisar qué hacías? Tu grado de estupidez es inconcebible, madre, eso demuestra que no eres digna del poder que te han dado.

Anna quiso reaccionar, su mano agarró la lágrima que colgaba de su cuello deseando ser capaz de lanzar un nuevo ataque, uno más poderoso que acabase con aquel monstruo, pero de repente el cuerpo de Kitty se tensó en un arco antinatural sin emitir ningún grito hasta el punto de que Anna pudo oír como sus huesos crujían por la tensión.

—¡Basta! Ya te he dicho que no lo intentes de nuevo o tu amiguita morirá.

—¡No, por favor, te lo ruego, no lo intentaré más, pero no le hagas daño! —chilló Anna a punto de llorar.

—¡Una sola vez más y mi paciencia se habrá agotado! —le susurró al oído de forma que Anna sintió náuseas por su pestilencia—. ¡Y, ahora, sígueme!

Anna no quería dejar sola a Kitty, alejarse de ella en forma alguna, pero también sabía que no tenía alternativa. Si no concedía lo que aquel ser repulsivo le pedía, su amiga no sobreviviría y ya había perdido a demasiados seres queridos, debía proteger a Kitty pasase lo que pasase. La criatura se

internó en la parte posterior de la caverna, más allá de las dos mesas de piedra donde se encontraba Kitty. Al pasar junto a ellas, Anna vio un montón de huesos medio destruidos en el suelo tras la mesa vacía.

—Eso es lo que queda de tu maldito esposo, madre. Manushya, el primer hombre, padre del mundo. Bendecido por los dioses para acabar hecho polvo y olvido, como un humano cualquiera. —Le dijo La sombra adivinando su pregunta—. Supongo que te preguntarás dónde está tu cuerpo si ese es el suyo, ¿no?

—No tengo el más mínimo interés —respondió Anna con desdén.

—Pues deberías, de hecho, vas a verlo en un instante.

Sus pasos continuaron internándose en la gruta hasta que de repente se paró y se apartó para que Anna pudiese ver lo que se mostraba ante ella. Allí, sobre un pedestal de piedra labrado con figuras que a Anna le parecían semejantes a las de las columnas de la entrada del templo, había una especie de gran cuenco, de un diámetro mayor que su propio brazo y, aunque Anna no podía distinguir el material exacto del que estaba hecho, podía apreciar que estaba también hermosamente labrado. Un cuenco que había visto antes, en un sueño.

—Esta —dijo la criatura introduciendo sus dedos en el cuenco y levantando en su mano algún tipo de polvo gris—, eres tú, madre, esto es todo lo que queda de Shatupra.

—¡No puede ser, me estas mintiendo! —dijo inmediatamente Anna entendiéndolo que la criatura sugería.

—¡Vaya, veo que te has dado cuenta de la gran mentira! Pues me temo que es así, madre, Manushya me mintió a mí, a ti y a todos los demás.

—No tiene sentido —susurró Anna.

—Sí, sí lo tiene madre, lo tiene cuando por fin aceptas que mi padre era un bastardo mentiroso al servicio de los malditos dioses y no de los hombres ni de su propia familia. Mi padre nunca tuvo en su posesión el verbo de la destrucción —continuó explicando con clara rabia en su tono de voz—, los dioses solo le encomendaron el cuidado del verbo de la creación que él depositó en esta cueva. ¡Ya ves, ni siquiera él que se consideraba el hijo predilecto de los dioses era digno de su confianza! Este mausoleo no fue creado para albergar tu cuerpo, o al menos no solo eso, aquello fue toda una estratagema. Con la excusa de proteger tu cuerpo creó este sistema de cámaras plagadas de trampas intentando disuadir a cualquiera de llegar hasta aquí. Tu cuerpo fue incinerado, como debía haber sido desde el primer momento, pero

a los ojos del mundo, permanecerías intacta en este templo, protegida por tus diosas. Gracias a ti le dio al templo una pátina de santidad que contribuía a que no fuese violado en forma alguna.

—Pero, si no protegían el cuerpo de Shatupra, ¿qué era lo que intentaba proteger?

—Algo mucho más valioso que le fue encomendado tan pronto como yo me apoderé del verbo de la creación. El fin mismo del mundo. Y curiosamente su principio, contenido en la forma de un cuenco.

—¿Un cuenco? ¿Toda esta muerte y destrucción para proteger un cuenco?

—¡No un cuenco cualquiera, estúpida, sino el cuenco que Shiva utilizó para beber el Kalakuta, el veneno nacido del mar primordial! —Anna recordó la historia que Raj le había contado en la cámara de la arena. —Así que conoces la historia, o al menos, parte de ella.

—Conozco la historia del mar primordial y el nacimiento de Lakshmi, pero no recuerdo que hubiese ningún cuenco.

—Eso es porque tu amante no te contó toda la historia. Los dioses y los demonios firmaron una tregua por la que se comprometían a agitar juntos el mar primordial en el que todo estaba concebido para extraer sus maravillas. Lo que buscaban en realidad era algo que ambas partes ansiaban, la Amrita, el elixir de la vida eterna. De aquella acción salieron muchas cosas del mar primordial, entre ellas la diosa Lakshmi como te contó tu juguete sexual. Pero eso no fue para nada lo primero que surgió. La primera cosa que salió del mar primordial fue el Kalakuta, un veneno que, de expandirse por el mundo acabaría con toda la vida, incluida la de los mismos dioses.

—Shiva... —susurró Anna recordando sus sueños en el barco y la historia que Raj le había explicado entonces.

—¡Exacto, madre, veo que empiezas a entender el propósito de este secreto de siglos! Fue Shiva, como bien dices, quien evitó la destrucción del mundo bebiendo él mismo el Kalakuta en un acto de sacrificio. Al final su esposa Parvati pudo parar el veneno en su garganta que se volvió azul, evitando que perdiese su vida, así que en realidad no hubo tal sacrificio. El cuenco que mi padre puso tanto esfuerzo en ocultar no es otro que el que usó el mismo Shiva para beber el Kalakuta.

—¿Esto es lo que tanto ansías? ¿Esta es la razón por la que has acabado con tantas vidas a lo largo de los siglos, un simple trozo de barro? —chilló Anna con rabia ante lo incomprensible de todo aquello consiguiendo que la risa podrida y oscura de aquel ser resonase nuevamente en la caverna.

—Eso que tú llamas un simple trozo de barro, posee algo de un poder indescriptible. Cuando Shiva bebió el Kalakuta una sola gota de él quedó en el cuenco, una gota de la mayor herramienta de destrucción que el mundo ha conocido jamás, una simple gota del único poder capaz de destruir este mundo y a los mismos dioses que lo crearon. Un poder que, una vez liberado, transformará este mundo en un lienzo en blanco sobre el que yo crearé una versión mejorada del hombre.

—¡Una versión que no tenga más voluntad que la tuya, que no reconozca más dios que a ti!

—¡Exactamente cómo siempre debía haber sido! Y tú serás el verdugo que ejecute mi venganza. Tú serás quién pronuncie el verbo de la destrucción, la llave para desencadenar el poder del Kalakuta en el mundo.

—¡Estás loco, si piensas que...! —La frase de Anna se vio interrumpida por los gritos de dolor de Kitty.

—¡No, para! ¡Déjala en paz! ¡Para, te lo ruego!

—Será su vida o la del mundo, madre. Cumple mi voluntad, y tú y tu amiguita tendréis un papel en ese nuevo mundo, a mi lado, prometo que nada os ocurrirá. Seréis los testigos del renacer de este planeta y todo lo que contiene. Pero, si te niegas, ella morirá, y tras ella cualquier persona que ames, o que simplemente se acerque a ti, hasta el fin de los tiempos. Vivirás el resto de tu vida sabiendo que fuiste la responsable de las muertes de cada ser que tuvo la desgracia de cruzarse en tu camino. Una carga que incluso a estas alturas se hace imposible de llevar, ¿verdad? Tú eliges madre, una vida feliz en mi nuevo mundo, o una vida de miseria y muerte.

Las palabras de aquel ser, siseadas como escupidas por una serpiente, no dejaban lugar a dudas de la seriedad de su propuesta. A la mente de Anna vinieron los rostros de todos aquellos que ya habían perdido su vida por aquella cruzada sin sentido. Rostros que fueron inmediatamente reemplazados por aquellos que aún estaban en su vida y que vivían ajenos a lo que sería su futuro. Si aceptaba la propuesta de la sombra no podría salvarles, perecerían en la destrucción del mundo que ayudaría desencadenar, no importaba que decisión tomase, su futuro estaba sentenciado. Pero si aceptaba ayudarlo, no todo se habría perdido, al menos una vida se salvaría, la vida de una persona que lo había dado todo por ella, y que todo lo había perdido. Sin querer pensar ni un instante más en lo que hacía, Anna agachó la cabeza y ni siquiera se dignó en verbalizar su respuesta, tan sólo tuvo que pensarla.

—Muy bien, madre, veo que el sentido común no te ha abandonado

completamente. —En ese instante, la sombra golpeó con su mano el cuenco que contenía las cenizas de Shatupra y lo lanzó en el aire haciendo que las cenizas se desperdigasen por la caverna. Una parte de Anna sintió un pinchazo extraño en su corazón, aunque no estaba segura si se debía al hecho de que aquellas cenizas habían sido una vez su cuerpo, o la falta de respeto de aquel ser por aquellos que le habían dado la vida.

Al lanzar el cuenco, Anna pudo ver mejor la superficie del pilar de piedra sobre el que descansaba y vio que presentaba un gran círculo en el centro del que partían unas líneas labradas que recorrían el pedestal por el lateral hasta su base. La criatura cogió el brazo de Anna sin previo aviso y tiro de ella para colocar su mano sobre el pilar. Sus dedos, ásperos y fríos eran desagradables al tacto y sus uñas afiladas como garras le herían la carne, pero no dijo nada. La criatura colocó su mano sobre la suya para evitar que pudiese retirarla y apretó hacia abajo para asegurarse de que su palma tocaba la fría piedra.

—¡Ahora, las palabras, vamos! Y no se te ocurra intentar jugármela, ya sabes lo que pasaría...

Anna sucumbió a la impotencia. Deseaba hacer algo, destruir a aquel ser, evitar que culminase su maldito plan, ese era su papel como madre del mundo. Pero la mujer que albergaba a la madre no podía hacerlo, su corazón y su amor por la joven Kitty pesaba mucho más que aquella responsabilidad. Anna cerró los ojos, no para concentrarse, sino para pedir a los dioses, a cualquier dios que quisiese escucharla que parasen aquello, que acabasen con su vida si era necesario, pero que no dejaran que su debilidad fuese el fin del mundo; pero en respuesta, lo único que vino a su mente fueron las palabras perdidas, aquellas palabras que había conocido siempre, que ella misma había puesto en un libro cientos de años antes de forma egoísta sin saber que, en realidad no importaba, porque aquel era su legado y acabaría por volver a ella. Ella que era madre del mundo sería ahora su verdugo.

—¡Habla de una puta vez! —Le gritó aquel ser repulsivo apretando aún más su mano generándole un dolor inmenso. Anna no quiso abrir los ojos, no podía hacerlo. Pero sus labios se separaron para entonar una canción, una melodía que había olvidado —o eso había creído—, una canción compuesta de palabras olvidadas para el mundo, una canción de perdición.

Las palabras de su boca llenaron el aire y, justo cuando acabó, Anna abrió los ojos para ver si el mundo seguía aún vivo. Nada había cambiado a su alrededor, o eso le pareció hasta que se dio cuenta de que una luz cálida iluminaba su rostro. La luz provenía del pilar. De su mano, aún sujeta por la



criatura al pedestal, había surgido un haz de luz dorada que se había derramado por la estructura como si se tratase de algo líquido y que recorría ahora las líneas del lateral en dirección a la base del pedestal. Cuando la luz alcanzó por fin el pie de la estructura, desencadenó una reacción que hizo que tanto Anna como la criatura retirasen sus manos. El círculo de piedra empezó a abrirse con un sonido mecánico y de la parte central ascendió el más humilde de los objetos, simplemente un cuenco de barro, sin adornos, apenas una semiesfera irregular aplanada en su base para que se sostuviese horizontal.

—¡Finalmente! —siseó la criatura claramente excitado—. ¡Rápido, cógelo!

—¿Yo, por qué?

—Porque tú eres la guardiana del verbo de la destrucción, sólo tú puedes cogerlo. ¡Cógelo te digo!

Anna dudó por un instante, pero la actitud amenazante de aquel ser le recordó lo que estaba en juego. Extendiendo las dos manos cogió el simple cuenco y sus dedos pudieron notar la calidez de su tacto. Inmediatamente, como si de una reacción en cadena se hubiese tratado, Anna notó que su lágrima empezaba a emitir también un calor cercano en su cuello, como si hubiese existido un reconocimiento entre esos objetos. Los ojos de Anna miraron al interior del cuenco vacío. Por un instante pensó que algo no podía estar bien, que aquel objeto era demasiado simple para ser el que buscaba; pero, de repente, de las paredes internas del cuenco empezó a derramarse un líquido hacia el interior, como si el cuenco llorase por lo que estaba a punto de hacer.

—¡El cuenco te reconoce! —chilló la criatura al mismo tiempo que la parte de la caverna que se encontraba frente a ellos empezaba a temblar y grandes trozos de la pared empezaban a desprenderse. Anna tuvo miedo, miró a su alrededor pensando que aquella era la venganza de los dioses por su debilidad, por su traición, pero la criatura la sostenía por el brazo fuertemente no dejándola marchar. Frente a ellos se abrió un gran espacio desde el que una imagen hermosa como pocas se mostraba. El derrumbe había provocado que ahora se encontrasen en una plataforma elevada desde la que Anna podía ver la Jungla y un gran río al fondo que reflejaba la luz del sol que empezaba ya a ponerse. Los sonidos de los animales, asustados y sorprendidos por el derrumbe llegaban hasta sus oídos y varias bandadas de pájaros alzaron el vuelo llenando el cielo. El sonido del agua al correr llamó su atención y Anna miró a sus pies. Del pedestal surgía ahora un riachuelo que se derramaba por el extremo de la plataforma como si regase la jungla a sus pies.

—¡Deprisa, el Kalakuta ha aparecido en el cuenco, debes arrojarlo a la corriente para que inunde el mundo! ¡Cumple con lo acordado, madre, acaba con el mundo para mí!

Anna miró a los ojos de reptil de la criatura y después al cuenco dónde un líquido negro y brillante parecía girar describiendo hondas. Un ligero gemido a su espalda le hizo girar su cabeza para encontrarse con los ojos de Kitty que la miraban desde la mesa de piedra llenos de lágrimas, como pidiéndole que no hiciese lo que estaba a punto de hacer. Más allá, el cuerpo de Raj yacía en el suelo inmóvil recordándole el precio que había pagado por ella, para que pudiese salvar al mundo. Junto a él aparecieron de repente las figuras de Meredith, Beatrix y el detective Gables que la miraban con dulzura, como queriendo recordarle que nunca había estado sola y un escalofrío recorrió la espalda de Anna al reconocerles. Y allí, en ese instante, supo lo que debía hacer.

Anna miró de nuevo a la imagen que se mostraba frente a ella, pero esta vez, esa imagen del mundo había cambiado. El verde de la jungla y el azul del cielo habían sido reemplazados por el marrón de una tierra devastada y desértica y el rojo del fuego que lo consumía todo y que inundaba el cielo. Miró un segundo a sus pies y el suelo de la caverna estaba ahora cubierto de huesos de todos los tamaños que se apilaban unos encima de otros. Su sueño, aquel que la atormentaba hacía tiempo, se hacía realidad frente a sus ojos y por su mano.

Anna cerró de nuevo los ojos pidiendo perdón por lo que estaba a punto de hacer, sabedora de que nada podía hacerla escapar de aquel momento, porque aquel había sido siempre su destino y, sin pensarlo un instante, llevó el cuenco hasta su boca y bebió de un trago su contenido mientras la voz de la sombra resonaba en toda la caverna y en la jungla más allá de ella, con una rabia nunca antes escuchada. Anna sintió como las manos de la criatura intentaban aferrarla, arrebatarle el cuenco, pero no importaba nada porque el cuerpo de Anna ya había emprendido un camino sin retorno y se rodeaba de oscuridad mientras se derrumbaba en el suelo. Una última imagen llenó su mente, el rostro de un hombre inmenso de piel oscura como la noche que apareció frente a la sombra y el rostro de la criatura, lleno de terror, al reconocer su destino.

## *Luz*

Kitty no quitó ojo del hombre que se afanaba en conseguir que la placa quedase fijada a la pared junto a la puerta.

—¿Está segura de que esta es la posición definitiva? No creo que pueda volver a cambiarla, señora.

—Sí, no se preocupe, ese es el lugar exacto donde lo quiero, sólo asegúrese de que no se mueva.

—Señora, este cartel no lo mueve de aquí ni un huracán.

—Es una placa, no un cartel, y no esperó ningún huracán en Londres de momento, me bastaría con que no se caiga cada vez que cerremos la puerta, gracias.

El hombre farfulló algo que Kitty no pudo ni quiso entender pero que no debía ser muy agradable.

—¡Ea, pues esto ya está! —replicó el hombre mientras limpiaba la esquina de la placa dorada para borrar sus huellas. En ese momento la puerta de la casa se abrió y salieron Anna y la señora Prescott.

—Sociedad Parr de estudios esotéricos —leyó la señora Prescott en voz alta—. ¡No tengo ni idea de qué es eso de los estudios esotéricos, pero si esto va a significar más gente entrando y saliendo de la casa, voy a pedir unas normas muy estrictas al respecto de las horas de visita, señora Parr, de lo contrario...

—¡Vamos a caer enfermas! —corearon Anna y Kitty a la vez para

indignación de la señora Prescott que salió bufando de vuelta al interior de la casa mientras el hombre de la placa se marchaba con sus aperos.

—¡Bueno, pues parece que somos una sociedad! ¿Estás de segura de esto? —preguntó Kitty.

—Sí, Kitty, completamente segura. Es la mejor manera en la que puedo ayudar a personas que puedan estar enfrentándose a cosas que no entienden. Y en eso tú y yo tenemos una experiencia considerable, ¿no te parece? Además, llevamos meses haciendo esto de todas maneras, al menos, hagámoslo bien.

—¡Eso es cierto! —rio la muchacha—. Bueno, será mejor que me vaya o no llegaré a tiempo de abrir la tienda y mi jefe me va a reñir.

—Dudo mucho que tu jefe, que vive completamente enamorado de ti, vaya a decirte nada...

—Bueno, da igual, lo importante es ser profesional, ¿no?

—Supongo que sí —rio Anna y se despidió de ella con un abrazo cariñoso—. Te veo para cenar.

—¡Por supuesto, te veo luego, Anna!

Anna observó por un instante como Kitty se alejaba por la plaza, siguiéndola hasta que desapareció por el lado norte y volvió a entrar en la casa dirigiéndose directamente al estudio donde le esperaban una pila considerable de libros por catalogar. Eran parte de los libros del duque de Portland y algunos eran auténticas joyas. Quería concentrarse en la tarea, pero le fue imposible porque su mente no dejaba de darle vueltas a todo lo que Kitty había pasado por su culpa. No había sido capaz de librarse de la carga de culpabilidad por todo lo ocurrido. Kitty, más que ninguna otra persona, merecía la oportunidad de ser feliz, una oportunidad que, desgraciadamente, ella misma no contemplaba. Hacía ya seis meses que habían vuelto de la India y sabía que Kitty aún lloraba la pérdida de Andrew, lo que hacía que los avances de su jefe en la tienda de telas fuesen infructuosos. Anna confiaba en que esa situación cambiase con el tiempo. Cuánto tiempo, era algo que nadie podía saber.

El recuerdo de Andrew trajo muchos otros recuerdos tristes y fríos y, por más que Anna quiso evitarlos, los rostros de Meredith y Beatrix llenaron su mente y le contrajeron el corazón. Anna debía encontrarse con ellas, pero los dioses no lo habían querido así.

El recuerdo de la oscuridad que habían invadido su cuerpo cuando bebió el Kalakuta le llenó el corazón de una sensación helada y negra. Aquella oscuridad había sido su decisión, su sacrificio, como aquel de Shiva, en la

esperanza de que fuese suficiente para salvar al mundo. Ella se había entregado a aquella oscuridad absoluta sin remordimiento, sabedora de que aquel había sido siempre su destino. Pero aquella oscuridad no era la muerte, sino algo mucho peor. En aquel espacio vacío en el que su mente se sumió, Anna tenía la compañía de todos los inocentes que habían muerto por su causa o como consecuencia de sus actos, seres que la atormentaban recordándole su culpabilidad, echándole en cara que no había sabido protegerles, que ella era responsable de sus muertes. Un infierno perfecto para la persona que más culpabilidad acumulaba en su interior. Anna comprendió que aquel era su purgatorio, el lugar donde debía expiar los pecados cometidos, fuesen esos los que fuesen.

Su mente se entregó a la oscuridad, su corazón hizo lo propio y Anna se preparó para sufrir aquel tormento por el resto de la eternidad. Pero, de repente, una luz pequeña y lejana se acercó poco a poco hasta ella. Al principio no pudo distinguir de qué se trataba, pero a medida que la luz fue creciendo pudo ver que esta emanaba de una figura y cuerpo humanos, una imagen que conocía bien. Saraswati.

—¡Es hora de irnos, Anna! —dijo con la dulzura de una madre para con sus hijos y tomándola en sus brazos la llevó a un lugar luminoso, uno que también había visto antes, el lecho del río donde se había amado con Manushya. Anna puso sus pies sobre la hierba fresca y miró a su alrededor sin comprender nada.

—¿Por qué estoy aquí?

—Estás aquí porque cuando tomaste el Kalakuta tu cuerpo murió, deberías haber pasado el resto de la eternidad en la oscuridad del fin del mundo, pero mis hermanos y yo consideramos que tu sacrificio debía ser recompensado. ¡Has hecho algo muy grande, Anna!

—Pero...Kitty, los demás, la criatura...

—Kitty se encuentra bien, todo gracias a ti, Anna. Desgraciadamente Meredith y Andrew estaban más allá de todo poder y nosotros también debemos respetar el Samsara.

—¿Qué ha ocurrido con Raj?

—Vivirá. No bebió lo suficiente para que el veneno acabase con él. Su corazón era muy fuerte y le mantuvo con vida, albergaba un amor demasiado grande para morir faltando a su promesa de protegerte.

—¿Puedo preguntar qué ha pasado con Mahesh? —dijo Anna usando el nombre humano de la sombra.

—Brahma, Shiva y Visnú están lidiando con él, no tienes nada de qué preocuparte, no volverá a ser una amenaza para el mundo. —Y, a medida que lo decía, imágenes del hombre de piel oscura como la noche y de las terribles cosas que le esperaban a aquel ser en sus manos llenaron su mente de horror.

—Pero, no lo entiendo, si tan fácil era para vosotros pararle, ¿por qué no lo hicisteis antes? ¿Por qué dejar que tantas vidas se perdiesen? —replicó Anna con una rabia creciente en su interior.

—Es normal que no lo comprendas, Anna, pero debes recordar que nosotros solo interferimos cuándo es absolutamente necesario, cuando es la misma creación la que está en riesgo. Además, no todos los dioses están de acuerdo en salvar al hombre, hay algunos de nosotros que piensan que el hombre ha perdido su camino de forma irremediable y que creen que sería mejor que el hombre dejara de ser. Evidentemente yo no soy una de ellos, pero no podía interferir de forma directa. Lo único que pude hacer fue darle al hombre, bueno, a la mujer, el poder de cambiar las cosas. Que lo hicierais o no, debía ser una decisión tomada libremente.

—Mi decisión...

—Así es. Tú decidiste libremente sacrificarte para que el mundo pudiera seguir siendo, para que el hombre tuviese una nueva oportunidad y ese amor incondicional por lo que nosotros creamos es lo que hizo que tomásemos la determinación de intervenir. Tu bondad le mostró a Brahma que hay posibilidad de redención para el hombre.

—Y, ¿ahora qué? ¿Qué será de mí?

—Bueno, en realidad esa es tu elección —respondió la mujer acercándose aún más a ella con su luz dorada—. Si lo deseas puedes quedarte aquí para siempre, tu propia versión del paraíso, el lugar donde no te faltará de nada, por toda la eternidad. O, si así lo prefieres, puedes volver a tu cuerpo, pero debes saber que, si lo haces, vivirás la vida de un humano, como un humano.

—Eso significa que no seré más madre del mundo, que mi poder no existirá...

—Tú siempre serás madre del mundo porque tú eres Shatupra y ese poder siempre vivirá en ti, forma parte de tu conexión con la tierra, con nosotros mismos, aunque su intensidad será menor.

Los ojos de Anna miraron a su alrededor, a aquel lugar que la llenaba de felicidad, que le hacía sentir que no existía el mal, la crueldad, el dolor ni la mentira, todas las cosas que odiaba. Cerró sus ojos lentamente, respirando el aire profundo y fresco que venía del río y tomó su decisión.

Un instante después se había despertado en la parte superior del mausoleo de Shatupra, y su cuerpo se sentía renovado y fresco como si nada de lo que habían pasado en su interior hubiese acontecido jamás. Se levantó lentamente y notó el olor a jazmines que provenía de la jungla y el calor del sol que acababa de salir. Se acercó a las escaleras del templo y al disponerse a bajarlas pudo ver que dos personas se encontraban en la parte inferior de espaldas a ella. La figura más alta se giró al oír sus pasos en los peldaños, y sonrió con sus inmensos ojos verdes a la vez que le indicaba a la otra figura, más pequeña y menuda, que se girase. Kitty no esperó a que bajase la escalera y subió corriendo los peldaños tropezando aquí y allá hasta fundirse en un abrazo inmenso con Anna, uno que lo significaba todo, uno que no se rompería jamás.

El ruido del traqueteo de un coche en la plaza sacó a Anna de sus recuerdos. Cogió entre sus manos un sobre que se encontraba sobre la mesa del escritorio, una carta recibida el día anterior y que aún no había podido abrir. Por el sello que portaba sabía de quién era y de dónde venía. Raj había decidido quedarse en la India y no regresar a Londres con Kitty y con ella, algo que Anna comprendió, aunque le dolió separarse de él. Sabía que su corazón estaba con su pueblo y que nunca sería completamente de ella, y sabía que eso era lo correcto, así que le había dejado marchar incapaz de apisonarle ahora que las madres del mundo ya no existían.

Kitty y ella habían vuelto a sus rutinas londinenses, pero pronto fue evidente que aquello no era suficiente y habían tomado la determinación de ayudar a tantas personas como les fuese posible, y aunque las voces chismosas de aquella ciudad las tildaban de locas, la realidad era que en los meses que llevaban desempeñando su labor, no les habían faltado los clientes. Aquel trabajo le hacía sentir a Anna que, de alguna forma, seguía siendo responsable de proteger el mundo, y eso le hacía sentirse bien, llena y feliz.

—¡Disculpe señora —interrumpió sus pensamientos la señora Prescott—, pero tiene usted una visita!

—¿De quién se trata?

—Es una tal Sylvia Sorensen.

—Y, ¿ha dicho qué quiere?

—Algo sobre contratar sus servicios...

«Aquí vamos otra vez...», pensó Anna cerrando sus ojos por un instante y simplemente le indicó a la señora Prescott que la hiciese pasar mientras devolvía la carta a la mesa.

Muchísimas gracias por leer "El Libro de Las Palabras Perdidas". Espero de corazón que lo hayas disfrutado.

Tu opinión es muy importante y algo que valoro enormemente, así que te agradecería mucho si te animas a dejar una opinión en Amazon.

Nos vemos en la próxima aventura.

Un abrazo,  
Daniel.



## OTROS LIBROS DEL AUTOR

### **Las Mentiras del Cielo**

Becca Engels se esconde en Nueva York tras una vida predecible y aburrida de investigadora post-doctoral construida para ocultar un gran secreto, hasta que recibe la llamada de un bufete de abogados que le comunica que ha heredado una gran fortuna de una madre a la que no recuerda. Becca viajará hasta Escocia para tomar posesión de su herencia, pero lo que había concebido como un mero trámite se revela como algo mucho más complicado cuando los intentos por acabar con su vida empiezan a sucederse. Al mismo tiempo, un padre al que nunca ha conocido empieza a hacerle llegar unos misteriosos manuscritos que parecen relatar la historia del mismo Lucifer contada en primera persona y que cambiarán profundamente a Becca poniendo en riesgo la existencia del mundo tal y como lo conocemos. Becca se verá obligada a sumergirse en la historia de su familia, una historia casi tan antigua como el propio mundo, y que la llevará desde Sumeria a la Alemania de la segunda guerra mundial pasando por Egipto, la Inglaterra medieval o la América colonial, todo con la finalidad de desentrañar el misterio que rodea su propia identidad, y comprobará que su familia esconde secretos mucho mayores que los suyos propios y que hay mentiras de las que no se puede escapar, en particular, aquellas que vienen del cielo.

**¡Cómpralo en Amazon!**